

proposiciones



CHILE HISTORIA Y "BAJO PUEBLO"

SVI
EDICIONES

19

Paul. Waller



proposiciones



CHILE HISTORIA Y "BAJO PUEBLO"

SUR
EDICIONES

Esta publicación cuenta con el apoyo de SAREC
(Agencia Sueca para la Cooperación y el Desarrollo)

© SUR Profesionales, Consultores Ltda.
julio 1990
J. M. Infante 85, Providencia, Santiago

Inscripción N° 76.095

Director Ejecutivo de SUR, Profesionales Consultores: Carlos Vergara D.
Editor y responsable legal de *Proposiciones*: José Bengoa C.
Comité editor: José Bengoa, Javier Martínez, Eugenio Tironi

Edición de los textos: Paulina Matta

Diseño gráfico y portada: Allan Browne E.
Manuel F. de la Maza G.
Juan Hernández T. (Trabajo fotográfico)
Fono: 662 205, Viña del Mar

Fotografía portada: Niños obreros de una salitrera
(Colección Museo Histórico Nacional)

Composición de textos y diagramación:
VALGRAF Comunicaciones Ltda.
Esmeralda 1083, 4° Piso, Valparaíso
Teléfono - Fax: (032) 250 533

Impreso en los talleres de
Imprenta LIBRA
Juana Ross 35
Valparaíso

En venta en:
Librería de Ediciones SUR
J. M. Infante 85, Providencia, Santiago
Fonos: 497 908 - 460 658 - 225 1928 Fax: (562) 274 0514

Se permite cualquier reproducción total o parcial
de esta publicación, con indicación de la fuente.

HECHO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

proposiciones 19

INDICE

EDITORIAL	7
IDENTIDAD GERMINAL	17
El malón de Curiñamcu. <i>El surgimiento de un cacique araucano (1764-1767)</i> Leonardo León	18
"Los hijos del vicio y del pecado". <i>La mortalidad de los niños abandonados (1750-1930)</i> René Salinas & Manuel Delgado	44
<i>Ser niño 'huacho' en la historia de Chile (Siglo XIX)</i> Gabriel Salazar	55
<i>Penas de amor de un "roto estudiante"</i> Anónimo. Compilado por Gabriel Salazar	84
EL DISCIPLINAMIENTO	89
Azote, salario y ley. <i>Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817-1850)</i> M. Angélica Illanes	90
<i>La caldera del desierto.</i> <i>Los trabajadores del guano y los inicios de la cuestión social</i> Julio Pinto	123
<i>Una hacienda a fines de siglo: Las Casas de Quilpué</i> José Bengoa	142
<i>La capacitación técnico-manual de los trabajadores ferroviarios chilenos (1852-1914)</i> Guillermo Guajardo	173
REBELDIAS	200
<i>El taylorismo y la gran huelga Yarur de 1962</i> Peter Winn	202

<i>La movilización de las bases. Poblaciones marginales y resistencia en Chile autoritario</i> Cathy Schneider	223
---	-----

REFLEXION HISTORICA	244
----------------------------	------------

<i>El tiempo de la modernidad</i> Jean Chesneaux	246
---	-----

<i>Sociedad y política rural chilena en un enfoque comparativo</i> A. J. Bauer	254
---	-----

<i>Bandolerismo: mito y sociedad. Algunos apuntes teóricos</i> Andy Daitzman	263
---	-----

<i>Los sectores populares urbanos como sujetos históricos</i> Luis Alberto Romero	268
--	-----

NOTAS TECNICAS	279
-----------------------	------------

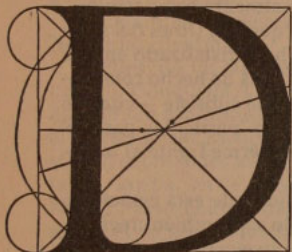
<i>Tesis sobre temas de Historia de Chile: 1973-1988. (Títulos de un primer balance)</i> Gonzalo Cáceres	280
---	-----

<i>Bibliografía sobre Historia Social. Artículos publicados en Revista Proposiciones: 1979-1989</i> José Bengoa	285
--	-----

DOCUMENTOS	289
-------------------	------------

<i>El derecho a la mugre</i> Jean Robert	290
---	-----

REVISTAS	293
-----------------	------------



I

e acuerdo a su definición originaria, la Historia ha sido la ciencia que estudia la realidad social en tanto ésta se comporta como un conjunto de 'particularidades en movimiento'.

Así la intuyeron, en sus principios helénicos, sus fundadores. Así también la entendieron, en los siglos XVIII y XIX, los grandes autores de la historiografía moderna y de la llamada teoría de la historia. Y así también han procurado sostenerla, ya en este siglo, los historiadores (motejados a menudo de "revisionistas") que intentan defender la historicidad de 'lo particular' y la legitimidad del 'proyecto' y el 'cambio' sociales, frente a la expansión avasalladora del modernismo abstracto, y la supremacía valórica aplastante de los equilibrios macrosistémicos, que, por doquier, han privilegiado las ciencias que Wilhem Windelband, en el siglo pasado, llamó "monotéticas" (por su tendencia a concentrarse exclusivamente en las totalidades, en lo general-estático, y en las leyes o teorías sistemáticas o tautológicas que se derivan de esa opción), marginando las que asumen la vida cotidiana e histórica del hombre concreto (que Windelband llamó "ideográficas").

Ha sido un hecho significativo que, en sus orígenes, la Historia haya surgido, libre de toda presión ideológica colateral, como un anuario sencillo de hechos particulares dignos de ser recordados; como un eruditismo relativo a hechos de ese tipo, e incluso, como una liviana 'chismografía social', que todos los hombres de carne y hueso creyeron necesario leer o conocer, para ilustrar su propio desenvolvimiento individual. Así la Historia, surgida de lo particular, fortaleció y nutrió el movimiento de lo particular.

Pero también ha sido significativo otro hecho: el que, durante los siglos XVIII y XIX, esta ciencia haya sido utilizada centralmente por las élites constructoras del Estado Moderno, aprovechando su capacidad para proporcionar la información y en cierto modo la teoría concreta que permitan explicar y a la vez implementar las 'hegemonías modernas' (noción de Estado Nacional, de ciudadanía, de política económica, de mercado, etc.). Durante esos siglos, la Historia, surgida de lo particular, nutrió y fortaleció los movimientos sociales que promovieron con éxito los proyectos históricos que devinieron en valores más o menos universalmente compartidos.

Es aun más significativo, sin embargo, que hoy (fines del siglo xx), cuando esos movimientos y valores ya han cristalizado en una 'modernidad' general y abstracta, la Historia sea de hecho considerada y tratada como una ciencia marginal, que subsiste —cuando subsiste— gracias a su precaria defensa de lo 'particular-pasado' (los orígenes de la modernidad triunfante), inerte frente al imperialismo ideológico de lo 'general-presente'.

De algún modo, la creciente marginalidad de esta ciencia ha sido un fenómeno correspondiente y paralelo a la también creciente devaluación que la civilización moderna, en su expansión mundial, ha venido perpetrando respecto de lo particular, lo cotidiano, y el cambio social. Tan sólo ayer —Guerra Fría, confrontación entre macrosistemas— el estatus de esa dimensiones de la realidad llegó a ser más bajo que nunca. Hoy, cuando se habla de "post-modernidad", es casi tanto como ayer (dictadura liberal indisputada del Fondo Monetario Internacional, la banca multinacional y de los servicios cripto-estatales coligados de las grandes potencias). De modo que, al considerar lo anterior, no debería ser una sorpresa para nadie que, por ejemplo, el "materialismo histórico", surgido en el siglo XIX como una ciencia de proyección para lo 'particular-proletario', experimente hoy más o menos la misma devaluación y crisis que ha estado afectando a casi todo lo denominable histórico. Y menos debería extrañar que, en 1988, Francis Fukuyama —un prominente planificador de macroequilibrios sistémicos en el mundo occidental— proclamara, *urbi et orbi*, que el "fin de la historia" ha llegado, con la derrota definitiva del socialismo, y el triunfo irreversible de los mecanismos automáticos del mercado y del modernismo abstractos propios del capitalismo liberal. Y no tendría por qué extrañarnos también que su proclama fortaleciera en todas partes —incluso en este país— la fe modernista de las élites dirigentes.

En Chile, sin duda, el proceso de modernización no ha empapado todavía todos los rincones de la sociedad. El 'equilibrio sistémico', después de los últimos sismos, no parece aún consolidado del todo. Sin embargo, y sin necesidad de recurrir a Francis Fukuyama, se ha puesto "fin a la historia". Para ello, ha bastado solamente la acción de la misma Historia de Chile predominante en el país, que ha evolucionado como un virtual exterminador de 'las particularidades en movimiento'.

En Chile, la Historia predominantemente ha trabajado con "lealtades divididas".

Pues, de un lado, en lo tocante al pasado remoto (Descubrimiento, Conquista, Colonia, Independencia y Estado Portaliano), ha operado conforme la más pura tradición clásica: reconstituyendo el 'hecho social particular', la trayectoria de los 'actores protagónicos', y, sobre todo, los 'procesos' que, partiendo desde abajo, remataron, arriba, en la constitución de un 'sistema general' (Patria, Nación, Institucionalidad, Estado, etc.). Es decir, procediendo en estos respectos con lealtad hacia un enfoque social-progresista.

Pero, de otro lado, en lo tocante a los tiempos contemporáneos (específicamente, respecto del período que se inicia con la crisis del primer tipo de Estado Portaliano, en 1860), ha operado más cerca de la tradición "nomotética" que de la "ideográfica": 'ilustrando' uno a uno los rasgos funcionales y paradigmáticos del sistema portaliano (presidencialismo, jerarquización social, empresariado schumpeteriano, probidad administrativa, moneda estable, apertura al mercado externo, alto sentido patriótico de unidad nacional, etc.), y 'juzgando' las acciones erosivas de sus opositores (los caudillos de masas, la democracia populista, el movimiento popular, y el marxismo, principalmente). De este modo, tributando lealtad a un enfoque típicamente sistémico, ha construido una suerte de ley general que rige hasta hoy la evolución de la sociedad chilena: la historia, como construcción de sistema, se agotó con el establecimiento del Estado Portaliano, en el siglo XIX; lo que ha venido después de esta culminación, en consecuencia, sólo ha sido o podría ser histórico en la medida en que tribute a la estabilidad de ese sistema. De lo contrario, aparte de ser regresivo, sería involutivo. No sería 'histórico', por lo tanto, construir en el siglo XX un sistema distinto al que ha regido tradicionalmente la sociedad chilena.

Ese juego de lealtades dobles ha dado un carácter peculiar a la forma predominante de la Historia (General) Contemporánea de Chile: la de una multi-voluminosa lamentación ética por el quiebre

del "espíritu" unitario de la Nación (obra de la lucha de clases) y de la "noción" portaliana de Estado (obra de la democracia populista). Esta lamentación, iniciada a comienzos de siglo por ensayistas como Agustín Ross y Francisco Encina, ha sido institucionalizada más tarde por historiadores del prestigio de Alberto Edwards, Mario Góngora y Gonzalo Vial, entre otros. El realce ético que esos autores han hecho de los valores supuestamente quebrados por la lucha de clases y el populismo, ha encubierto, además, una sorda indignación política por las acciones 'particulares' y los 'cambios' intentados en el siglo xx por el movimiento popular y los grupos populistas. Y de consiguiente, también una creciente negativa a historiografiar esas acciones e intentos.

De este modo, el tipo de Historia de Chile que ha sido predominante en el país ha devenido en una ciencia adscrita a la constelación teórica que administra el equilibrio del sistema nacional vigente desde el siglo pasado. Se ha convertido, por tanto, en una ciencia auxiliar más de las que componen el corpus de ciencias nomotéticas 'oficiales'.

En cambio, los intentos "revisionistas" que han tenido como objetivo aplicar el clásico paradigma 'social-progresista' a la historia nacional del siglo xx (caso de los historiadores marxistas de las décadas de 1950 y 1960, y de los de filiación democratacristiana después de 1980, sobre todo), aunque encomiables en sí mismos, no han tenido la consistencia científica ni la persuasividad suficiente como para quebrar la mentalidad portaliana que prevalece —desafortunadamente, más en los hechos que en el discurso— en el grueso de la clase política chilena, tanto civil como militar.

III

Lo anterior no tendría ninguna importancia, si sólo formara parte de un debate académico. Pero ha sido y es algo más relevante que eso.

Como todo profesor de historia sabe, la enseñanza de su ciencia es determinante en la formación de la 'conciencia cívica' de todo ciudadano. Y a través de ella, es también determinante en la configuración social de la 'conciencia histórica'. En Chile, el problema ha sido que casi toda la masa ciudadana, ya por varias generaciones, ha estado expuesta sistemáticamente a la enseñanza de una historiografía que no sólo es en esencia "conservadora", sino que, por su compromiso esencial con 'sistemas de equilibrio' de origen predemocrático y preindustrial, no está en condiciones de desenvolverse en el chileno medio una conciencia ni social ni moderna para 'hacer historia'.

¿Qué es lo que un chileno medio —formado en el sistema formal de educación— ha incorporado como sustrato básico de su conciencia histórica?

Esto:

- a) que la Historia de Chile es la Ciencia de la Patria, que demuestra cómo algunos puñados de 'hombres ejemplares' levantaron un sistema nacional 'clásico'; y cómo, después, masas de individuos con poca o ninguna conciencia patriótica, han conspirado contra ese sistema, provocando una dramática "crisis moral" y rompiendo, de paso y de un modo apenas recuperable, la unidad de todos los chilenos;
- b) que la historicidad existe de modo preferente en las 'esencias generales' que articulan el sistema nacional (y en las acciones particulares de los héroes que en el pasado remoto levantaron ese sistema), pero no en las 'acciones particulares' que, contemporáneamente, desafían la legitimidad de ese sistema y apuntan a construir otro superior;
- c) que, en el presente, sólo 'hacen historia' los que, a nivel de sistema, luchan por preservar la estabilidad del mismo y la gobernabilidad de la sociedad, pero no los que permanecen aherrojados en su particularidad social.

Según enseñan los hechos, aunque es cierto que todos los chilenos han vivido y viven inmersos en su particularidad concreta, sólo algunos han tenido y tienen la posibilidad de operar 'a nivel de sistema'. La absoluta mayoría no sólo ha permanecido por siglos aprisionada en su particularidad social, sino que además ha creído y cree que, por eso mismo, estará siempre al margen de la historia. Ha creído y cree que sus acciones cotidianas no construyen sistema (es materia de héroes y caudillos), que su tipo de protagonismo carece de historicidad (o configura delito contra el Estado o/y contra la unidad nacional) y que, en definitiva, su rol en este mundo es constituirse en comparsa social, acampada del otro lado de las fronteras históricas.

La Historia (conservadora) de Chile ha ejecutado una desigual distribución de la conciencia histórica entre los chilenos. Como resultado, algunos chilenos son más 'históricos' que otros.

Tampoco eso tendría ninguna importancia, si no fuera porque, entre los chilenos a quienes ha correspondido una cuota mínima de historicidad académica y real, se cuenta nada más y nada menos que la masa mayoritaria de la Nación. Y ella, casualmente, coincide con ser también la masa más necesitada. Y esto sí es importante. En

primer lugar, porque, en tanto necesitada, es una mayoría que está dispuesta a presionar más consistentemente que ningún otro sector para reformar o derribar el sistema nacional que la particulariza de ese modo, o para construir (emulando a los también 'necesitados' héroes del pasado) otro de calidad superior. De modo que sería, cuando menos, un contrasentido negarle el derecho histórico a moverse en esa línea. En segundo lugar, porque, en tanto mayoría nacional y en tanto necesidad masiva, esos chilenos son dueños de un 'poder histórico' mayúsculo (no son un "puñado", tan solo), el cual, al no estar adecuadamente equilibrado por una conciencia histórica cultivada, podría ser usado de un modo que estaría más cerca de la destrucción irresponsable de un sistema, que de la destrucción-constructiva. Y en tercer lugar, porque quien niega a semejante 'actor potencial' la conciencia histórica necesaria para convertir su particularidad indeseada en una generalidad satisfactoria, comete un grave error de lesa política: en lugar de cultivar unidad nacional, cultiva irracionalidad histórica. Y ningún sistema soporta por mucho tiempo el peso creciente de esa irracionalidad, como el sistema portaliano mismo ha demostrado ya hasta el cansancio.

La violencia política, que ha caracterizado la historia contemporánea de Chile, ni es inherente a la intrínseca perversidad de las masas, ni a la intrínseca represividad de las élites. Es, sobre todo, una cuestión de no saber 'hacer historia'. Y esto es un subproducto social que reconoce diversas raíces. Una de éstas ha sido la historiografía conservadora —dominante en el país—, que ha traicionado al clasicismo historiográfico desertando al cientifismo 'oficial' de los sistemas. Otra ha sido la incapacidad de los historiadores "revisionistas" para levantar un paradigma capaz de ser efectivamente útil a las mayorías necesitadas de la nación. Y otra —no por última la menos relevante— la irracionalidad política de la propia clase dirigente que, al aferrarse a un sistema liberal que ha tenido y tiene en la mayoría de la Nación a su más importante enemigo (según enseñan los hechos), ha concluido por vivir dominada por el "miedo a la Sociedad". Que es un modo de gobernar sin 'conciencia histórica'. Y de cultivar violencia política.

El revisionismo histórico no es, pues, hoy, en Chile, un simple experimento más de algún porfiado investigador premodernista. Más bien, es una necesidad social. Y una necesidad que no sólo tiene que ver con la gran masa popular necesitada y des-historizada de este país, sino también con la posibilidad de asentar un sentido más social y dinámicamente profundo de unidad nacional que el que ha impuesto la historiografía conservadora, y con un sentido más racional de la acción política a nivel de sistema.

Las masas populares chilenas han permanecido encerradas en su particularidad estructural desde, cuando menos, fines del siglo XVII. La escasa historia social que hasta ahora se ha escrito en Chile respecto de esa particularidad revela, categóricamente, que ése ha sido un encierro tenso. Sin salida hacia una conciencia histórica cultivada y volcada hacia la construcción de sistemas, la historicidad popular ha girado en círculos en torno a la misma identidad, con irritabilidad creciente. La rebelión sorda, el bandidaje, la adicción alcohólica o lúdica y la violencia política, han sido expresiones frecuentes de esa anomia histórica. De modo intermitente, esa anomia ha producido estallidos insurreccionales que han remecido por entero la estabilidad del sistema. Las recientes veintidós "jornadas de protesta" revelaron no sólo cuán fuerte es el poder histórico incultivado que late en el movimiento popular chileno, sino también cuán cerca y a flor de piel del sistema está ese poder.

La historiografía conservadora y la mayoría de los que operan a nivel de sistema han interpretado siempre los movimientos de la base popular como una amenaza de desintegración social y de desestabilización política. No habiendo estudiado en profundidad esos movimientos (el foco intelectual ha estado preferentemente clavado en el sistema general), han asumido una actitud regularmente irracional hacia el poder latente en ellos. Porque, al no haber cultivado una ciencia 'social', han desarrollado 'miedo a lo social'. Y en vez de apoyarse en las mayorías nacionales para establecer un Estado de contenido social, han desencadenado neuróticas represiones y promulgado desfinanciadas políticas sociales. Como resultado, no han hecho más que fomentar los factores objetivos del miedo, cerrando el círculo. Pero ninguna clase dirigente podría reconocer sus miedos. De modo que ha sido preciso vestirlos de ropaje teórico (o seudoteórico). O sea, de un cierto tipo de 'teoría social', funcionalmente construida sólo para negar los fantasmas productores del miedo (la historicidad de las masas, la existencia de movimientos sociales populares con proyección sistémica, la validez del revisionismo histórico, etc.), pero no para desarrollar, desde abajo, nada. O, cuando menos, construida sólo para sostener lo que hay. Normalmente, las ciencias nomotéticas chilenas han operado con teorías de este tipo.

Con el tiempo, el viejo sistema nacional (portaliano) ha terminado por generar una serie de subproductos: un significativo "miedo a la Sociedad", una historiografía nomotética, una política cultivadora de violencia contra el Estado, una teoría social contrapuesta a

los movimientos sociales, y una mayoría nacional encarcelada en su particularidad. Todo lo cual equivale a sustentar, como sistema, el miedo fundamental a la historia.

Y ha sido la irracionalidad de ese miedo lo que ha producido y explica, de un lado, la ineficiencia política normal del sistema respecto de las mayorías nacionales —pues no podría aducirse que es una cuestión de incapacidad mental, como a veces se ha dicho— y, de otro lado, la intermitente violación de los derechos humanos de los chilenos que, por estar empozados en incómodas identidades sociales al margen de la historia, han estimado conveniente iniciar peligrosas marchas de politización 'socialista', cuesta arriba del sistema.

El miedo, inherente a las élites dominantes chilenas —con su efecto en la irracionalidad de las conductas de dominación—, las ha llevado también al margen de la historia. Necesitan, pues, como las grandes masas dominadas, salir de su encierro en esa peligrosa particularidad.

V

Si las masas populares necesitan aún salir de su particularidad indeseada en marchas destructivo-constructoras sobre el sistema, deberán, imprescindiblemente, cultivar su conciencia histórica y su capacidad para hacer historia social y efectivamente. Como no podrán hacer eso auxiliándose de la historiografía conservadora y de las ciencias oficiales (nomotéticas), ni del viejo materialismo histórico vulgar (en crisis), entonces deberán construir su propio paradigma histórico y desarrollar una específica 'ciencia popular'. De lo contrario, no tendrán otro camino que continuar enfrentando los miedos (e irracionalidades) de las élites dirigentes por medio de nuevos 'reventones históricos' y de mayor violencia política contra el 'sistema general'.

Paralelamente, si las élites dirigentes aspiran aún a estabilizar la sociedad chilena conforme a un patrón global de integración y unidad nacionales, necesitarán cultivar su conciencia social y revisar las teorías (defensivas) que niegan historicidad a los movimientos sociales. De lo contrario, continuarán criando 'fieras sociales' en la sentina ahistórica de la nación, y alimentando sus ancestrales miedos políticos. Les es imperativo, pues, socializar e historizar su paradigma historiográfico (es lo que, en cierta medida, está haciendo Gonzalo Vial Correa) y asumir que, hoy por hoy —sea de su agrado o no—, la centralización del análisis histórico no sólo es necesaria en Chile, sino que además sólo es posible a condición de que se concentre en lo particular-proletario. Es decir, que retome, de

un mejor modo y con más eficientes resultados, la línea abierta pero no concluida por el materialismo histórico. De no hacer esto (o sea, fundar una 'ciencia popular', para el servicio de los intereses y perspectivas a nivel de sistema), las élites dirigentes del país verán su discurso de unidad nacional convertido, como ha ocurrido durante el último siglo, en un *flatus vocis* que, más temprano que tarde, es barrido por las 'fieras' de la historia.

La ciencia histórica, en tanto ajustada a su paradigma original, resulta imprescindible como elemento de mediación entre el polo 'particular' y el polo 'general' de la irracionalidad política que ha caracterizado las últimas décadas de la historia de Chile. Pues es la única que se fundamenta en las dos dimensiones básicas de la dinámica social: en el suelo diversificado (particular) de lo general, y en el proceso generalizador (sistémico-constructivo) de lo particular. La reducción de la violencia sistémica y antisistémica sólo es posible en la medida en que se preserve y cultive el derecho y el poder históricos de las grandes masas ciudadanas. Es decir, en la medida en que se privilegie, en todo momento, el desenvolvimiento del proceso social de humanización. Pues este desenvolvimiento es el que compone, en lo esencial, de un lado, el protagonismo de los movimientos sociales, y de otro, el verdadero equilibrio histórico de los sistemas democráticos. Privilegiar ese desenvolvimiento equivale, por ello, a 'hacer historia' tanto como a 'construir democracia' y a 'practicar socialismo'. Cualquier otro tipo de privilegiamiento conduce a algo que no es ni historia, ni democracia, ni socialismo.

¿Quiso decir Francis Fukuyama que con el "fin de la historia" concluyó también la lucha social por la humanización? ¿Que el proceso particular y general de humanización ha terminado?

Sin duda, es muy poco probable que haya querido decir eso. Como tampoco los historiadores conservadores dirían que, con el establecimiento del Estado Portaliano entre 1830 y 1860, llegó a su fin la historia de Chile. O que, con lo uno y con lo otro, se acabaron las irracionalidades políticas de derecha, de centro y de izquierda, extinguiéndose los miedos arriba y los odios abajo. O todavía que, con el cosmopolitizado consumismo industrial, han desaparecido de las 'particularidades humanas' la deshumanización, la angustia y la soledad.

En verdad, si la historia no es sino el camino que rotura la humanización de todos, entonces aún queda mucha historia por recorrer. Y no sólo Chile estaría antes del fin de la historia, sino también, en masa, la misma modernidad. De modo que, si en vez de imponer la 'unidad nacional' (implicando, en realidad, preservación de 'un' sistema), se trabaja con 'solidaridad social' (afirmando

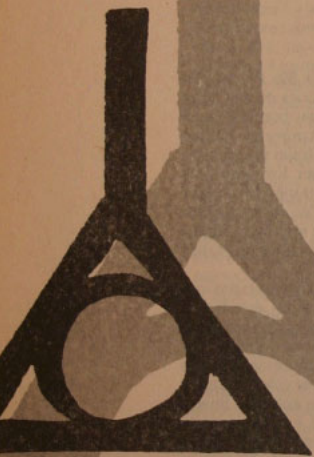
el derecho de todos a la historicidad), entonces habría condiciones más que suficientes para recolocar la Historia sobre sus definiciones originarias.

En este número de *Proposiciones* se edita una miscelánea de trabajos históricos referidos al "bajo pueblo" chileno. Son trabajos que han sido planeados y ejecutados, independientemente, por investigadores chilenos y extranjeros, de 'esta' generación, y de 'la otra'. Ninguno de ellos fue solicitado expresamente para esta revista. El conjunto constituye, pues, una muestra de la particularidad en la que, desde fines del siglo XVII, se ha debatido ese "bajo pueblo".

La miscelánea enfoca prácticamente todas las dimensiones relevantes del drama histórico que se resuelve en la base de la sociedad chilena. De una parte, los problemas soterrados en la *identidad germinal*, tanto en lo que hace a las raíces indígenas (artículo de L. León), como a las de la infancia indigente (trabajos de R. Salinas y M. Delgado, y de G. Salazar). De otra parte, la tensión surgida entre el *disciplinamiento* sistémico que pugna por imponer un férreo cuadrillado de identidades funcionales, y las identidades emergentes de la masa social (trabajos de M. A. Illanes, J. Pinto, J. Bengoa y G. Guajardo). Asimismo, los estallidos de crisis y *rebeldía* —con violencia involucrada— entre un movimiento popular ya politizado, y un sistema que ha desperdiciado gran parte de sus oportunidades históricas (estudios de P. Winn y C. Schneider). Por último, está también el momento de la *reflexión histórica*, necesario para evaluar el significado específico de ciertos problemas, o del movimiento conjunto (J. Chesneaux, A. Bauer, A. Daitsman y L. A. Romero).

El objetivo específico de esta edición ha sido contribuir al desarrollo de una genuina 'ciencia popular', local, en Chile; a la vez que mostrar, a los centros editores de la 'ciencia oficial' (sistémica), las 'particularidades en movimiento' que, con sangre netamente humana, laten en el interior de los fantasmas que producen el gran "miedo a la Sociedad". Porque, en última instancia, el objetivo general de esta edición ha sido contribuir, con un grano de arena "revisionista", a la reconciliación nacional, en tanto que basada en la verdad dinámica que sólo la historia social puede ofrecer.

Identidad germinal



la preñez



muerte de un niño

El malón de Curiñamcu

El surgimiento de un cacique araucano (1764-1767)*

Leonardo León Solís
Institute of Latin American Studies,
University of London

A fines de 1766, las villas y fuertes de la línea fronteriza del río Bío Bío fueron nuevamente visitados por el espectro de la Guerra de Arauco. Después de una larga época de relativa paz, una ola de destrucción y muerte rompió temporalmente el sistema de coexistencia que hispano-criollos y las tribus de la Araucanía habían desarrollado en las décadas previas. El antiguo espíritu de confrontación retornó con inusitada fuerza y ferocidad: los indígenas luchaban por detener los proyectos expansionistas de la élite local, y los hispano-criollos trataban una vez más de someter a las tribus independientes y extender la autoridad imperial sobre los vastos territorios del cono sur americano. Bajo nuevas formas se repetía una vez más la dialéctica bélica en otra fase del épico Flandes indiano. Fueron los días del *malón* [guerra, asalto] iniciado por el *lonko* Agustín Curiñamcu.

El objetivo de este artículo es examinar la transformación de Curiñamcu en uno de los principales líderes de los linajes araucanos. Básicamente, es un estudio de política indígena, que pretende reconstruir con datos históricos algunos aspectos de la generación de liderazgo entre las etnias araucanas en la segunda mitad del siglo XVIII.

Para ello se analizarán tres eventos que influyeron en el desenvolvimiento de la ascendencia política ganada por Curiñamcu. En primer lugar, se estudiarán las divisiones que creó la introducción del proyecto de *pueblos de indios* entre los linajes araucanos y la reacción que produjo en los círculos coloniales la explosión de la violencia indígena; luego se bosquejará el carácter que asumieron los conflictos intertribales como consecuencia de la nueva guerra con los europeos. Finalmente, se analizarán las disputas que surgieron entre los caciques gobernadores, sustentadores tradicionales del poder político, y los emergentes *lonkos* encabezados por Curiñamcu.

Metodológicamente, el énfasis ha sido puesto en el mundo indígena, pues fue allí donde se forjaron los eventos que más tarde regularon y dieron el tono a las relaciones hispano-indígenas.

* Una versión de este trabajo fue presentada en la Conferencia de Latinoamericanistas realizada en la Universidad de Warwick en 1985 y luego en el "Seminario de Historia de América", en la Universidad de Londres. Mis agradecimientos a John Lynch, Guy Thomson, Anthony McFarlane y Rafael Varón por sus valiosos comentarios. La investigación en España fue financiada con fondos del Central Research Fund de la Universidad de Londres.

El 'problema' indígena en Chile en la segunda mitad del siglo XVIII era político y militar. Político en la medida en que la independencia de los araucanos representaba un desafío al poder imperial y una muestra objetiva de las dificultades que enfrentaba la Corona cuando intentaba imponer su autoridad en la periferia. Los habitantes de la Araucanía no pagaban tributos ni servían en encomiendas o mitas mineras, no estaban sujetos a ninguna forma de coerción legal, mantenían la estructura social tribal de antaño y reproducían los antiguos patrones culturales. La poligamia y el paganismo continuaban existiendo en un ambiente que se plagaba lentamente de fugados, criminales y 'mal entrenados criollos'.

Militarmente, los indígenas constituían una constante amenaza contra la seguridad de los poblados y estancias fronterizas, en la medida en que los maloqueros arrasaban los villorrios malamente defendidos, destruían las viviendas, asesinaban a los hombres y se robaban a las mujeres, ganados y propiedades. La Gran Guerra de Arauco era reemplazada lentamente por la guerra del malón, por la 'guerra chica'. Este nuevo tipo de confrontación era periódico y tenía un impacto aun mayor sobre la sociedad hispana, en cuanto afectaba a las zonas ganaderas más ricas, interrumpía algunos ciclos económicos vitales —como las vaquerías y la recolección de sal en las pampas bonaerenses—, desarticulaba el comercio intracolonia transandino y sembraba el terror en los asentamientos situados en la periferia del territorio indio.

En la segunda mitad del siglo XVIII los malones contra las estancias y haciendas adquirieron regularidad, y aumentaron con el paso de los años. Las expediciones depredatorias creaban un espectáculo de anarquía que demandaba un urgente y drástico remedio, especialmente porque generaban un alto grado de militarización de la sociedad fronteriza, provocaban gastos regulares y cuantiosos, distraían los esfuerzos defensivos dedicados a contener potenciales invasores de ultramar, obligaban a desmovilizar la mano de obra para dedicarla a tareas militares. Por sobre todo, la nueva forma de la guerra contribuía al fortalecimiento de la influencia y autoridad de la élite local en el seno de la administración y del ejército colonial.

Las empresas maloqueras, sin embargo, eran sólo parte del problema militar que afectaba a la Corona española en el cono sur americano. Otra dimensión del mismo tenía que ver con problemas más lejanos y cuyos orígenes estaban en Europa. Nos referimos a la amenaza contra el dominio español en el Nuevo Mundo, representada durante el siglo XVIII por Inglaterra y Francia. No es necesario entrar aquí a detallar las diversas instancias en que esta amenaza se cristalizó a través del continente, pero no se puede dejar sin mencionar que, a pesar de la distancia, este problema se conectó con el indígena, en la medida en que ambas naciones consideraron la posibilidad de invadir y establecer una colonia propia en la Patagonia, el archipiélago austral o en las costas de Chile. Peor aún, los proyectistas europeos tuvieron más de una vez en cuenta el estado de independencia que gozaban los indígenas y planearon establecer una alianza militar con ellos.

El Pacto de familia forjado entre las monarquías de Francia y España eliminó parcialmente a Francia de la lista de naciones rivales que podían aspirar a ganar

1. Esta sección ha sido preparada utilizando la información que presentamos en mayor detalle en otros trabajos; para las invasiones, véase "Las invasiones indígenas contra las localidades fronterizas de Buenos Aires, Cuyo y Chile, 1700-1800", *Boletín Americanista* (Barcelona) 37 (1987); "Maloqueros, tráfico ganadero y violencia fronteriza en Buenos Aires, Cuyo y Chile, 1750-1770" (en prensa, 1988); sobre el peligro de ultramar, véase "Los navegantes europeos y los indios de Araucanía, Patagonia y las Pampas, 1570-1790" (en prensa, 1988); sobre guerras intestinas, véase "La corona española y las guerras intestinas entre las tribus de Araucanía, Patagonia y las Pampas, 1750-1800", *Nueva Historia* (London, 1982). Información adicional en Sergio Villalobos et al., *Relaciones fronterizas en la Araucanía* (Santiago, 1982).

territorios en el Nuevo Mundo. Sin embargo, Inglaterra continuó siendo una amenaza. En la búsqueda de nuevos mercados para sus manufacturas, Gran Bretaña forzaba al máximo el sistema legal que regulaba el comercio ultramarino hispano y lo infiltraba a través de sus bases en el Caribe y Nacimiento. Más que ninguna otra potencia europea, los británicos contaban con los recursos navales apropiados y con la voluntad política de romper el monopolio comercial impuesto por España sobre las colonias. De otra parte, como lo habían demostrado sus acciones en Louisiana, Virginia, Carolina del Norte y Florida en Norteamérica y en la costa de Mosquito, los ingleses habían aprendido a manipular a los nativos como auxiliares en sus luchas rupturistas y antipeninsulares. En ambas regiones, los indios se habían mostrado dispuestos a unirse con los "colorados" para derrotar a sus enemigos franceses o españoles. En síntesis, la alianza entre los ingleses y araucanos no era una posibilidad remota ni una quimera, y convenía prevenirla a toda costa.

Esta era la precaria situación que imperaba en el cono sur americano a causa de la independencia que gozaban las tribus araucanas y sus aliados de las Pampas. Sin embargo, para los habitantes de la Araucanía la vida independiente no había significado aislamiento. Por el contrario, por décadas los aborígenes mantuvieron un constante flujo de contactos con los hispano-criollos de Concepción, Valdivia, Mendoza y Buenos Aires, bajo la forma de intercambios comerciales, de relaciones de trabajo y de alianzas militares y políticas. Estas relaciones habían producido un considerable grado de dependencia entre los indígenas respecto a los productos europeos, principalmente el alcohol, la pólvora, hierro, los abalorios y vestidos de paño, además de las tintas para los tejidos y la plata para los orfebres. Más aún, el complejo sistema de relaciones fronterizas contribuyó a modificar sustancialmente el modo de producción indígena, con el surgimiento de unidades de producción orientadas hacia el mercado hispano y la realización periódica de ferias y conchavos. Asimismo, los contactos amenazaban con destruir la unidad étnico-cultural que unía a las tribus. Superficialmente esta amenaza se manifestaba en la adopción de modos de vida europeos, pero a un nivel más profundo se expresaba en la lenta adopción de valores y conductas exógenos a la sociedad tribal y en la cristianización de algunas parcialidades indígenas fronterizas.

Bajo el impacto de las relaciones fronterizas, la sociedad indígena sufría un profundo proceso de fragmentación y de destrucción de los mecanismos tradicionales de cohesión social. El antiguo liderazgo político, encabezado por los jefes de linajes, amenazaba desaparecer bajo el ímpetu de los *lonkos* y capitanes maloqueros, de una parte, y de los *ulmenes* u hombres ricos, de otra. En la medida en que la sociedad tribal contaba con una fuente inagotable de riquezas y prestigio —riqueza representada por las estancias ganaderas transandinas y los mercados de Concepción y Valdivia—, ubicada más allá del control político o social de la jefatura tradicional, el poder de los caciques gobernadores palidecía. Con su mera presencia, el botín que ofrecía el mundo hispano-criollo fronterizo corrompía y desestructuraba continuamente la sociedad tribal.

Desde comienzos del siglo XVIII, los cambios experimentados por la sociedad tribal del cono sur se reflejaron en por lo menos tres procesos globales. En primer lugar, debe mencionarse el notorio aumento de las malocas que se registró desde 1720 en las fronteras de Cuyo, fruto de la transformación del cazador pampino del siglo XVII en maloquero y ladrón. Si bien es cierto que este último fenómeno fue acelerado por la temprana extinción del ganado cimarrón y el surgimiento de estancias ganaderas en Mendoza, Magdalena y Luján en el este, y en la Isla de la Laja en Chile, no es menos cierto que los ataques contra las estancias también estaban inspirados por el deseo de vender o intercambiar los ganados allí capturados, en los mercados fronterizos de Chile o Valdivia o entre los mismos araucanos.

En segundo lugar, debe destacarse un fenómeno directamente vinculado a las

invasiones: las guerras internas entre los habitantes de Araucanía, Patagonia y las Pampas desde 1750. Si bien las causas de estos conflictos eran múltiples y complejas, las malocas e invasiones depredatorias dislocaban aun más el cuerpo social, al ofrecer a los guerreros la oportunidad de adquirir riquezas fáciles y repentinas. Asimismo, la interferencia de los 'conchavadores' fronterizos y la tendencia mostrada por algunos comandantes militares hispano-criollos a establecer lazos de favoritismo con algunos caciques, brindaban una nueva simiente de legitimidad política a los emergentes *lonkos* maloqueros y estimulaban las luchas entre éstos y los representantes tradicionales del poder político tribal. Las guerras intertribales tenían su dinámica propia, pero ocurrían en el contexto cada vez más rico de las relaciones fronterizas. Ya no se trataba de disputas entre indígenas de guerra o indígenas de paz, sino de conflictos entre *lonkos*, *ulmenes* y caciques gobernadores.

El tercer evento era menos violento, pero igualmente importante. Nos referimos a la intensa migración indígena que se registró a partir del siglo xvi desde la Araucanía hacia los territorios de Neuquén, Limay, Bahía Blanca y las Pampas Centrales, fenómeno que se ha englobado bajo el concepto de "araucanización de las Pampas". El desarrollo de la Guerra de Arauco y la introducción de las malocas esclavistas del siglo xvii fueron factores importantes en este movimiento de los nativos que huían hacia el este en busca de recursos y tranquilidad. Durante la segunda mitad del siglo xviii la migración comenzaba a sentirse en las puertas de Buenos Aires; las etnias pampinas independientes se empezaron a ver cercadas, generándose un alto grado de inestabilidad política y militar en la sociedad tribal con el surgimiento de poderosos linajes que controlaban tierras a ambos lados de los Andes.

Estos eran los problemas estructurales y el contexto general en que se desarrolló el malón de Curiñamcu.

La primera fase del conflicto

Los testigos de la época coinciden en señalar que el origen del malón de Curiñamcu se encuentra en el proyecto de pueblos de indios en Araucanía, promovido por el gobernador de Chile, Antonio de Guill y Gonzaga.² De acuerdo a las fuentes contemporáneas, Guill y Gonzaga era un hombre de carácter apasionado y religioso, que actuó en los últimos años de su administración bajo el influjo de los miembros más jóvenes de la Orden de San Ignacio. El proyecto de pueblos no era nuevo y se insertaba adecuadamente en la política fundacional auspiciada por la Corona borbona. De acuerdo a esta política, se debía agrupar a la población rural para facilitar la colección de tributos, fiscalizar las transacciones comerciales, regularizar el proceso de formación de la propiedad territorial y 'racionalizar' la vida cotidiana del campesinado. A su amparo habían surgido con relativo éxito una serie de villas y poblaciones a lo largo de Chile Central y se había puesto cierto orden en los pocos pueblos de indios "sometidos".³

Inspirado por el éxito alcanzado en esta empresa fundacional y el estado de relativa calma que imperaba en la frontera del Bío Bío, Guill y Gonzaga inició un

2. Ignacio Molina, *The Geographical, Natural and Civil History of Chili*, 2 vols. (London, 1809), 2:123. Sobre el proyecto de pueblos, véase Boris Osses, "Los esfuerzos por integrar en pueblos a los Araucanos en el siglo XVIII", *Revista de Indias* 21, no. 83-84 y ss.; Enrique Silva Vargas, *Tierras y pueblos de indios en el Reino de Chile* (Santiago, 1962); Magnus Mörner, *La corona española y los foráneos en los pueblos de indios de América* (Estocolmo, 1970), califica el proyecto de extraordinario y temerario.

3. Santiago Lorenzo Schiaffino, *Origen de las ciudades chilenas. Las fundaciones del siglo XVIII* (Santiago, 1983); véase también Gabriel Guarda, *La ciudad chilena del siglo XVIII* (Buenos Aires, 1968); y Rubén Stehberg y Angel Cabeza, "El cacazgo de Malloa", *Nueva Historia* 10.

proceso similar en las tierras araucanas. Para ello revivió una Real Orden emitida en 1752 —y reiterada en 1758—, en la que se sugería la fundación de pueblos indios bajo la tutela de los jesuitas.⁴

Diferentes grupos sociales y políticos estaban interesados en implementar la Real Orden. Los jesuitas jóvenes la vieron como un instrumento que les permitiría imitar la conquista pacífica realizada por la Orden entre los guaraníes, en la medida en que sus misiones servirían de modelo para las futuras villas. Los asentamientos nativos serían reemplazados por reducciones con iglesia y plaza, los caciques gobernadores se convertirían en regidores, se separarían las tierras privadas de las comunales, se crearían dehesas reales y se organizaría una milicia indígena local. Lo que no se había logrado en casi doscientos años de guerra, los jesuitas jóvenes esperaban conseguirlo en un día.

Los hispano-criollos, particularmente los que se dedicaban al comercio fronterizo, estimaron que la fundación de pueblos de indios en la Araucanía les facilitaría la realización de sus negocios, y al mismo tiempo ayudaría al reclutamiento de mano de obra indígena. Bajo la dirección o en sociedad con los jesuitas, podían contar con una economía indígena eficiente y capaz de generar mayores excedentes económicos, destinados a consolidar la emergencia de la economía regional penquista.

El ejército colonial también esperaba cosechar frutos propios, con el establecimiento de su autoridad sobre los inquietos jefes rebeldes asentados hacia el interior de la Araucanía. El alto grado de influencia que habían logrado desarrollar entre las etnias de las fronteras podía ser expandido territorialmente, sin disparar un tiro.

Para la Corona, la pacificación definitiva de los guerreros prometía poner fin a un conflicto caro y anacrónico. Por lo menos se podía esperar que la reducción de los indígenas fortalecería la posición militar de España en el cono sur, eliminando de raíz las posibilidades de una alianza entre los naturales y los enemigos europeos de ultramar.

En una palabra, se estimó que el proyecto de pueblos beneficiaría a todo el mundo.

No obstante, surgieron voces disidentes. Según un escritor de la época, "las personas prácticas del país se reían de este quimerico proyecto".⁵ Otro observador anotaba que entre los propios jesuitas había quienes "juzgaban esto no solo por ser imposible sino un paso muy peligroso".⁶ Es difícil juzgar si esta disidencia fue fruto de los prejuicios contra los indígenas o si obedecía a una evaluación correcta de la situación política prevaleciente en la frontera. Lo importante es que desde sus comienzos, la política de creación de pueblos de indios sembró divisiones en el reino.

Por sobre todo, un aspecto vital fue olvidado: la opinión de los indígenas. En sus propios fundamentos estaba claro que el proyecto no tendría posibilidades de éxito si los araucanos rechazaban agruparse en villas. También se sabía que, siguiendo sus prácticas ancestrales, los araucanos preferían seguir viviendo en asentamientos pequeños y aislados.

Sin considerar los riesgos, Guill y Gonzaga convocó a las tribus araucanas a un parlamento especial en Nacimiento, durante el cual les presentó su proyecto. La reunión tuvo lugar en diciembre de 1764, y congregó a más de doscientos caciques y

4. "Instrucción que puede tenerse presente en la fundación de los Pueblos que se formen por mandato de S.M. en el Reyno de Chile entre el río Biobío y el Archipiélago de Chiloé, 22 de diciembre de 1752", *Academia de la Historia* (Madrid), Colección Mata Linares, Tomo IX, ff. 331 y ss.

5. Molina, *op. cit.*

6. Felipe Gómez de Vidaurre, "Historia Geográfica, Natural y Civil del Reino de Chile (1789)", en *Colección de Historiadores y Documentos Relativos a la Historia Nacional* 14:278. Colección citada en adelante como CHDHN.

alrededor de dos mil indios. Durante su curso, los caciques gobernadores acogieron cautelosamente la propuesta del gobernador: "ofrecieron llanamente y juraron por el sol —escribió más tarde Guill y Gonzaga al rey— cumplir con todo lo que se les mandaba, i para dar prueba de la verdad con que procedían reservaban el dar respuesta sobre la reduccion a pueblos (a que todos los presentes estaban prontos) hasta que, tratandolo con los demas que no habian asistido, prestasen su consentimiento y no se ofreciese motivo a duda".⁷

La respuesta de los caciques gobernadores al proyecto de pueblos propuesto por el gobernador Guill y Gonzaga fue condicional. De acuerdo a la dinámica interna de la política tribal, los caciques gobernadores no podían dar su aprobación sin antes generar un consenso con los demás segmentos de la sociedad indígena. Especialmente importante era el apoyo que pudieran prestar los *lonkos*, cuya autoridad e influencia había prosperado durante la segunda mitad del siglo XVIII a consecuencia de las fructíferas empresas maloqueras que comandaban en las estancias ganaderas transandinas.⁸ Los jesuitas, sin embargo, interpretaron la declaración de los caciques como un truco táctico destinado a ganar tiempo y acumular fuerzas para una nueva guerra.

El acuerdo condicional alcanzado en Nacimiento entre los caciques gobernadores y las autoridades coloniales no fue aprobado por los demás indígenas cuando fue presentado en una "junta de Indios" en Angol. Agustín Curiñamcu, un *lonko* menor del asentamiento de Quechereguas que había reunido un considerable grado de apoyo entre los *conas* o guerreros, y que incluso contaba con su propio capitán, emergió rápidamente como el líder y vocero de los naturales que se oponían al proyecto de pueblos, rechazándolo públicamente. En represalia, Guill y Gonzaga ordenó su detención y dispuso que fuese llevado en cadenas a Concepción, para reportarlo del país.⁹ La rápida intervención de los jesuitas y de los demás caciques gobernadores aseguró eventualmente su liberación. Convencido de que sus acciones serían vistas por los araucanos como un acto de magnanimidad, Guill y Gonzaga escribió a España: "Admira la dosilidad a que han llegado estas gentes".¹⁰

El gobernador de Chile no se equivocaba. A pesar de la oposición interna, los caciques gobernadores continuaron expresando su apoyo al proyecto de pueblos, reiteraron los acuerdos de paz firmados en Nacimiento y solicitaron herramientas y recursos materiales para iniciar la construcción de villas en sus tierras. A través de 1765, el maestre de campo Salvador Cabrito, el comisario de naciones y los capitanes de amigos apostados en la frontera del Bío Bío, sostuvieron reuniones con los naturales de Marbén, Chacaico, Malleco, Quechereguas, Rucalgue, Tucapel, Caitupil, Malguilla, Tirúa, Ranilgue e Imperial, destinadas a finiquitar acuerdos con ese objetivo.¹¹ En algunas ocasiones los hispano-criollos efectivamente repartieron herramientas, materiales de construcción y ganados para alimentar a los trabajadores indígenas. Como fruto de esas negociaciones se echaron los cimientos de las futuras poblaciones de San Carlos en Angol, San Luis en Huequén y San Miguel en Niminco. El cacique gobernador Juan Yampilleupen, de Purén, resumió en pocas palabras el ánimo que

7. Carta del gobernador de Chile, Antonio de Guill y Gonzaga, al fiscal de la Corte, 1 de marzo de 1765, en *Archivo General de Indias*, Audiencia de Chile, Legajo 240. Citado en adelante como AGI, ACh.

8. Leonardo León, "Comercio, trabajo y contacto étnico en las fronteras de Chile, Cuyo y Buenos Aires, 1750-1800" (manuscrito, 1987); se han analizado los aspectos pacíficos de las relaciones hispano-indígenas en el contexto global de las diferentes fronteras.

9. José Pérez García, "Historia Natural, Civil y Sagrada del reino de Chile", CHDHN 23:386.

10. Guill y Gonzaga al fiscal de la Corte, 1 de marzo de 1767, *op. cit.*

11. "Relación Anónima de los Levantamientos de Indios" (1772?), *Cuadernos de Historia* 4 (1985), con una nota introductoria de Luz María Méndez. El autor de la relación tuvo acceso a la mayoría de los documentos oficiales de la época y en algunas ocasiones parece haber asistido a las reuniones que describe.

predominaba entre los nativos, al manifestar que "la experiencia de sus muchos años le enseñaba no podían los Yndios vivir con alivio sin el ánimo de los Españoles".¹²

No obstante, la sombra amenazadora de Curiñamcu y sus conas no había desaparecido completamente. Por esa razón, el maestre de campo Cabrito urgió a los caciques gobernadores reunidos en Nacimiento en noviembre de 1765 a que "no se dejaran impresionar del Yndio Curiñamcu del que de los principios de este negocio se baltó el Demonio para sembrar la cezaña en esta tan hermosa Sementera de que se esperaba cojer copiosos frutos".¹³ Al mismo tiempo, las autoridades coloniales eliminaron los agravios que enturbiaban las relaciones con las tribus araucanas, repartiendo generosos regalos y ordenando la ejecución de un español que había muerto a un cacique. No menos importante fue la intervención que hicieron en la disputa que dividía a los asentamientos de Boroa y Huequén. Acusados los primeros de ser los autores de una maloca contra Huequén, los hispano-criollos responsabilizaron a Curiñamcu y sus guerreros, quienes "tenían la culpa de todas las desgracias acaecidas, y muerte de los expresados caciques". Lo que se perseguía no era pacificar los conflictos, sino galvanizar el ánimo de los nativos que apoyaban el proyecto de pueblos y eliminar definitivamente la amenaza disidente de Curiñamcu. Las gestiones del maestre de campo Cabrito también estuvieron dirigidas a eliminar el temor que sentían los nativos, en cuanto a que a través del proyecto se introdujera el antiguo sistema de encomiendas o esclavismo. Al respecto, Cabrito aseguraba a los caciques gobernadores que no debían sentir "el menor recelo ni sospecha de servidumbre, esclavitud, mitas ni encomiendas".¹⁴

La intensa campaña de propaganda desatada por los hispano-criollos contra Curiñamcu fue bastante exitosa. Juan Nancuvilu de Boroa expresó su lealtad durante una conferencia celebrada con Cabrito, "poniéndose la mano en la cerviz que si por el en lo futuro se experimentase el menor tumulto o traición estaba pronto a pagar con su caveza, y mas enfervorizado continuo diciendo [que] el autor de todos estos enredos, y el que ha rebuelto los quatro Butalmapus es el maldito Curiñamcu, y al malo se le ha de cortar la caveza".¹⁵ Juan Antivilu de Maquegua manifestó por su parte que Curiñamcu era "el peor indio de toda la tierra y que le había sofocado con diversos mensaxes que no obedeciese al Señor Presidente, y Maestre de Campo".¹⁶ El cacique gobernador de Angol, Huenulaf, supuestamente superior en rango a Curiñamcu, señaló "lo mismo y con iguales expresiones".

Las muestras públicas de apoyo dispensadas por los caciques gobernadores hacia el proyecto de pueblos y sus manifestaciones de repudio contra Curiñamcu convencieron a las autoridades de Chile de que los disidentes habían sido exitosamente aislados. En consecuencia, Guill y Gonzaga ordenó al maestre de campo que cruzara la frontera y comenzara la construcción de villas; tres columnas fueron enviadas a Angol, Huequén y Niminco a cargo de Cabrito, del sargento mayor Ribera y del capitán Joaquín Barbosa. El comisario de naciones tendría a su cargo la fundación de pueblos en el Butalmapu de la Costa y los capitanes de amigos se encargarían de iniciar las labores en sus respectivos asentamientos. En total se pensaba construir cincuenta villas a través de la Araucanía.¹⁷

12. "Relación Anónima . . .", *op. cit.*, 180.

13. *Ibid.*, 183.

14. *Ibid.*, 184.

15. *Ibid.*

16. *Ibid.*

17. Pérez García, *op. cit.*, 387; Diego Barros Arana, *Historia General de Chile* 16 vols. (Santiago 1884-1902), 6:233; Horacio Lara, *Crónica de la Araucanía*, 2 vols. (Santiago, 1889), 2:101.

Cabrito fue bien recibido en Angol por el cacique gobernador Huenulaf y sus seguidores. Según escribiera más tarde en su "Diario" el maestre de campo, Huenulaf se sentó frente a él "con sus caciques en su banca y mucho concurso de Indios e Indias. Dicho Gobernador estremo este día un bestido completo de paño encarnado guarnecido todo de galones de oro . . . concluida la función passo a cumplimentarme el Gobernador con todos sus Casiques y vasallos, me hicieron sus camaricos de cordero, ternera, aves, alperjas, Huebros, Guindas, habas, Fresas y Pejes; yo les correspondi con su refresco de vino y tabaco".¹⁸

El propio Curiñamcu pareció dispuesto a sumarse a las celebraciones, pues se presentó el 24 de diciembre en Angol y solicitó a Cabrito que le entregara una chacara de tierras en el sitio del nuevo pueblo. Asimismo, como los demás caciques, demandó que las autoridades recibieran a un hijo suyo para ser educado cristianamente. Sin embargo, el 25 de diciembre, el *lonko* y alrededor de quinientos conas sitiaron al maestre de campo, mientras otros guerreros atacaron las columnas de Ribera y Barbosa. "Los Araucanos —escribió el abate Molina—, en vez de coger sus hachas cogieron sus lanzas, acuchillaron a los superintendentes, y después de haber reunido quinientos bajo la bandera de su Toqui, sitiaron a Cabrito en su campo".¹⁹

La osada acción militar de Curiñamcu cogió de sorpresa tanto a los hispano-criollos como a los caciques gobernadores. La más alta autoridad militar del reino estaba prisionera en las manos de los conas, los guerreros habían desplazado sus lazos de lealtad de los caciques a los *lonkos*, y el proyecto de pueblos de indios estaba en peligro de fracasar completamente. A través de un rehén español, los rebeldes solicitaron que Cabrito y Huenulaf se presentaran a negociar una tregua; cuando estas gestiones fracasaron, Curiñamcu ofreció suspender sus hostilidades a condición de que Cabrito y sus soldados abandonaran Angol, manifestando que los conas "no querían las Paces, ni Padres misioneros ni oficiales españoles".²⁰

Interesado en conseguir un arreglo adecuado, Cabrito recurrió a los caciques gobernadores leales para que negociaran en su representación con los disidentes. El cacique gobernador Juan Nancuvilu asumió esta comisión y se reunió con Curiñamcu, para manifestarle que los votos de lealtad que habían hecho en el pasado los caciques gobernadores a los europeos eran genuinos y que habían aceptado voluntariamente la fundación de villas en sus tierras "para cuio cumplimiento —escribió Cabrito— y en cuia fe havia pedido a la Real Hacienda los crecidos subsidios de Bacas, Bueyes, Hachas, azadas, haces, y todo lo demas necesario".²¹ La respuesta del *lonko* no se hizo esperar. Según los disidentes, "la construcción de pueblos no hera de la mente del Rey Nuestro Señor sino una mera voluntad del Maestre de Campo, del Padre Misionero Juan Gelves, del Comisario de Naciones, del Lengua General y del Capitan de Angol".²² En síntesis, el *lonko* y sus conas argumentaban que sus acciones rebeldes no eran contra la Corona, sino contra el mal gobierno representado por los principales estamentos de la sociedad fronteriza y sus aliados aborígenes.

Los caciques gobernadores de los poderosos linajes asentados en Repocura y Maquegua también se presentaron en Angol para negociar una tregua con los

18. Salvador Cabrito, "Diario de los eventos que tuvieron lugar durante el sitio de Angol, Nacimiento, 1 de enero de 1767", AGI, ACh, Leg. 257.

19. Molina, *op. cit.*, 2:260; las mejores descripciones de las campañas militares realizadas en 1766-1767 se encuentran en la obra de Vicente Carvallo Goyeneche, "Descripción histórico-geográfica del reino de Chile", CHDHN, Vols. IX, X y XI (Santiago, 1879), particularmente Vol. 2; véase también Gómez de Vidaurre, *op. cit.*, 279.

20. Cabrito, "Diario . . .", loc. cit., día 26 de diciembre.

21. Cabrito, "Diario . . .", loc. cit., día 28 de diciembre.

22. "Relación Anónima . . .", *op. cit.*, 186.

rebeldes. Remulao, hermano del cacique gobernador de Repocura Juan Penchulevi, eventualmente consiguió una entrevista directa entre Cabrito y Curiñamcu. Durante esa conferencia, el *lonko* expresó que no era

culpable de aquella sublevación, y que los mosetones eran los que le habían seguido, y que no tuviese encono con el... la causa que daban los mosetones para la sublevación respondió ser la de los pueblos, y que el se había opuesto a ellos desde sus principios, y que aunque había en el Parlamento General prestado juramento no sabía lo que él había hecho, ni que cosa hera juramentos, y que ningún Señor Presidente se había atrevido a otro tanto, sacando por exemplar a los Excmos. Señores don Gabriel Cano de Aponte, don Joseph Manso de Velasco y a don Manuel de Amat... diciendo que a sus mosetones los maltrataba el Comisario de Naciones y el Capitán Garces... se hincó de rodillas pidiéndome que lo perdonase, que se retirarian a vivir a sus casas, que levantaria el sitio que tenía puesto, y que yo también me retirase con mis tropas.²³

El 31 de diciembre de 1766, el maestre de campo del ejército imperial apostado en Chile abandonó a pie el paraje de Angol. Sus caballos quedaron en manos de los sitiadores. La columna de los derrotados no estaba compuesta solamente por soldados y milicianos. También engrosaban sus filas comerciantes, conchavadores, colonos y misioneros. "Ha sido lastimoso —escribía algunos días más tarde el comandante del fuerte de Nacimiento— ver venir al Sargento maior, Padres de la Compañía, Capitanes y Tenientes de Amigos, soldados, reservistas, mugeres y niños que estaban en la tierra, algunos desnudos, otros heridos, los mas a pie, y descalzos, traspasados de hambre, hinchados los pies de las fatigas del camino, pero todos esforzados y con ganas de vengar una tan injusta injuria".²⁴ El edificio de la coexistencia fronteriza que había crecido por décadas, quedaba en ruinas.

Aunque el ataque principal de los disidentes se concentró en Angol, se registraron hostilidades similares en Niminco, Huequén, Marbén, Minas, Chacaico, Purén, Danculco, Tucalque y Tucapel. En Marbén los conas asaltaron la misión y profanaron las imágenes religiosas; en Rucalhue un guerrero pehuenche, vestido con ropas de sacerdote, se dedicaba a celebrar "misas". En Dalculco, cerca de Paicavi, el toqui Colompillan ordenó a sus guerreros que descuartizaran a un prisionero español, cortándole aun estando vivo las manos y los pies y ultimamente la cabeza para remitir estas partes del cuerpo a varias reducciones que esto es lo que ellos llaman repartir la flecha.²⁵ El número de hispano-criollos muertos no subía de cinco, pero las relaciones entre ambos mundos habían sufrido una dramática transformación. La guerra había retornado a la Araucanía.

La reacción del Reino

El ejército fronterizo había sido humillado y el trabajo de los misioneros deshecho. Todos en el reino, apuntaba un testigo, "ardían por emprender una campaña en regla contra los indios".²⁶ En una carta al gobernador, el maestre de campo Cabrito escribía:

Señor parece que la Divina providencia ha dispuesto ya la sujeción de esta Nación la que en el día es conseguible quasi sin gastos pues con solo quatro mil maulinos, y dos mil fronterizos que el mes que viene entren por tres partes hasta la jurisdicción de Valdivia

23. Cabrito, "Diario...", loc. cit., día 29 de diciembre.

24. Carta de Pablo de la Cruz al gobernador Guill y Gonzaga, 5 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

25. "Relación Anónima...", op. cit., 190.

26. Barros Arana, op. cit., 6:236; Osses, op. cit., 44.



INDIOS ATACANDO A LOS ESPAÑOLES

De: R. Lloyd, ed., *Impresiones de la República de Chile en el siglo veinte*
(Londres, 1915), p. 57

dandoles el saqueo, y quien los made con algunas Municiones y Armas, conseguiria quanto se quisiese, y de lo contrario sera preciso coronar a Biobio para sostener sus ynsultos que seran continuos, perder la comunicacion con Valdivia que ya la tienen zerrada, y no sabemos que habran hecho con los que fueron con las Armas y Bacas.²⁷

Las expresiones de Cabrito, como cabeza del ejército que había sufrido la deshonra del sitio de Angol, reflejaban seguramente sus resentimientos personales y los de sus más cercanos colaboradores. Sin embargo, sus afanes de venganza no eran aislados. Por el contrario, ellos se insertaban en un nuevo clima de opinión que empezaba a echar raíces en el país y que era propiciado por los miembros de la élite local. Al respecto, el provincial de los jesuitas escribía en una vena similar a la de Cabrito:

Soy de parecer que el atentado escandalosissimo de los Yndios cuias perjudiciales resultas [dañan] hasta el nombre del Christiano, el credito de las armas Catholicas, y todo este Reyno de Chile deve ser castigado con rigor y exemplarmente ... siendo constante y notorio que no han experimentado de parte de los Españoles, sino buen tratamiento, liberalidades y beneficios, haviendo pues correspondido ellos infamemente, acometiendo con traicion a sus Bienhechores y amigos, no cave que quede sin escarmiento tanta exorbitancia. Lo segundo porque si se dexa sin castigo el enorme delito de haver violado la respetable persona del Maestre de Campo, aprisionado y maltratado los principales ofiziales, desterrado con ignominia a tantas misioneros despojandolos de sus haveres, robado y arrebatado el ganado y caballadas del exercito y de tanto español residente en la Tierra; y lo que es mas de haver profanado los santos templos y ornamentos y vasos sagrados, ¿que se podra esperar de esta gente indomita y sacrilega.²⁸

Este rápido cambio de opinión respecto a los indígenas entre aquellos que se habían plegado con entusiasmo al proyecto de pueblos fue una reacción natural frente a la violencia del malón de Curiñamcu; pero no se puede obviar el hecho de que esos mismos sectores que comenzaban a agitar la bandera de la guerra a muerte en nombre de tantos principios, habrían sido también los principales beneficiarios materiales del proyecto de pueblos, si triunfaba. Tampoco se puede ignorar lo frágil que resultaron ser sus convicciones respecto a la posibilidad de un plan de sometimiento pacífico de la Araucanía. Es cierto que los conas cometieron atropellos y tropelías, que quebraron las promesas suscritas por los caciques gobernadores y que causaron la muerte de algunos hispano-criollos. Sin embargo, comparada con otras guerras y enfrentamientos, la violencia del malón de Curiñamcu fue mínima y controlada; el movimiento mismo involucró solamente a algunos linajes y no a todas las tribus. ¿Por qué se amenazaba entonces con la guerra total? ¿Por qué no se hacía un esfuerzo por distinguir por lo menos los linajes en pie de guerra y los de paz?

La reacción del maestre de campo y del provincial de los jesuitas no fue un evento único. Sin duda el malón despertó viejos resentimientos y ambiciones en el reino. "Yo amigo —escribió el comisario del Ejército al comandante de la guarnición de Concepción— esto lo veo muy malo si de esta no se determina tomar satisfaccion, y vengarse de las injurias y daños que hacen los Yndios faltando a la palabra, como también al respeto de las armas, y al caracter del empleo de maestre de campo, oficiales de guerra de la Tierra, y ultimamente a sus misioneros, vasos sagrados, ornamentos

27. Carta del maestre de campo Salvador Cabrito al gobernador Guill y Gonzaga, 1 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

28. Carta del provincial de los jesuitas, Balthazar Huerer, al gobernador Guill y Gonzaga, 16 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

y efixies de los santos como en Paicavi lo hicieron repartiendo entre ellos todo".²⁹ La Junta de Guerra de Concepción, el cuerpo supremo del ejército fronterizo, adoptó una posición confrontacional similar en febrero de 1767. En esa fecha, después de declarar que los indígenas eran enemigos irreconciliables de ambas majestades, los miembros de la Junta abogaron por la continuación de la guerra. "Se ha de reparar . . . tanto en la reputación de nuestras Armas, que aunque ellos ofreciesen y rogasen por la paz, no debería parecer justo el admitirla sin que dieran satisfacción . . . hemos de persuadirnos no se aprovechara cosa, como sobresanar esta llaga encanecida, si no se corta con el azero y cauteriza con fuego".³⁰

La rápida transformación del indio libre en enemigo que tuvo lugar en los círculos militares de la frontera, encontró eco en las esferas administrativas de Santiago. Del infundado optimismo que marcó el comienzo del proyecto de pueblos de indios, los ánimos se movieron a un estado de profundo pesimismo, que pronto se convirtió en un espíritu impregnado por el afán de venganza y revanchismo. Guill y Gonzaga, que pocos meses antes había elogiado "la docilidad de los naturales", se convirtió en apasionado defensor de la guerra ofensiva cuando abogó por la realización de una campaña "hasta sujetarlos a perfecta obediencia, a aniquilar a los rebeldes, sacándolos a todos de sus tierras y distribuyéndolos por el reino . . . de modo que no lleguen a unirse ni congregarse, ni quede familia de ellos en sus propias tierras, que siendo las mas ricas y fértiles de minas, se pueblen inmediatamente de españoles".³¹ En una comunicación enviada a Cabrito, el gobernador de Chile agregaba:

Me hace gran fuerza que una traicion tan perjudicial, y una insolencia tan estraña quede sin el devido y exemplar castigo, pues si se da al olvido su delito, es insolentado mas con el desprecio, viendo que no se les persigue ni castiga su exceso y atrevimiento tan grande, y confiados en que no se les ha de hacer nada y que han quedado sobre las armas de los Españoles, continuan tantos insultos que nos tendran en un continuo movimiento con crecidos gastos y perjuicios maiormente quando el perfido Curiñamcu ha procurado fundar su traicion, y el movimiento de los demas en que no se les puede castigar por mas insultos que cometan, porque el Rey no permite a los Españoles [que] les hagan daño bajo cuya salvaguardia han procedido. . . . La insolencia de los Yndios ha llegado al punto de cercar al oficial militar de la Frontera que queda de mi segunda persona, de maltratar a los demas ofiziales, de hacer irrision de las Armas Españolas, de poner en fuga a los Padres Misioneros, de matar a los Sentinelas que custodiavan los cavallos, de herir a otros soldados, de disparar ondazos al Maestre de Campo general y sus Ofiziales, y lo que no se puede oir sin dolor llegar a cortar la caveza y brazos de la Virgen Santissima. . . . ¿Pues que se ha de esperar para castigar tanto insulto, y batir a enemigo tan traidor?³²

Lo que las autoridades políticas y militares del reino demandaban era una guerra sin cuartel, de fuego y exterminio contra los indígenas. Los naturales habían quebrado sus promesas, ofendido las armas reales, causado violencia contra los fieles vasallos de la Corona, profanado los templos y destruido el ambiente de coexistencia que había crecido por años en la frontera del Bío Bío. Si

29. Carta del comisario general del Ejército, Manuel de Salcedo, al teniente coronel Antonio Narciso de Santa María, comandante de la plaza de Concepción, Arauco, 31 de diciembre de 1766, AGI, ACh, Leg. 257.

30. Carta del gobernador Antonio de Guill y Gonzaga al secretario del Consejo de Indias Julián de Arriaga, 1 de mayo de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

31. Consulta del gobernador Guill y Gonzaga al Real Acuerdo de Santiago, Santiago, 8 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

32. Carta del gobernador Guill y Gonzaga al maestre de campo Salvador Cabrito, 11 de enero de 1767; Consulta del gobernador al Real Acuerdo, 14 de enero de 1767, y Acuerdo de la Real Audiencia, Santiago, 15 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

existían causas para realizar una guerra justa, allí estaban descritas. Militarmente, la victoria de los nativos podía provocar futuros movimientos rebeldes, renovados afanes independentistas entre los criollos, y hacer real el peligro de una potencial alianza entre los enemigos europeos de ultramar y los aborígenes del país. Para impedir que los nuevos incidentes escalaran y se transformaran en una nueva fuente de desórdenes, gastos y anarquía, se demandaba la represión indiscriminada y total.

Sin embargo, no todos coincidieron con el diagnóstico ni con los remedios que proponían el gobernador, la Junta de Guerra de Concepción y el provincial de los jesuitas. La Real Audiencia del reino, sin desconocer los esfuerzos de la administración por pacificar a los indígenas, estimó conveniente recordar a los demás sectores del país que la médula de la política imperial hacia los araucanos consistía en mantenerse en "Paz, sin guerra, Robos y Muertes", aun en aquellos casos en que los indígenas se alzaran masivamente, profanaran templos o cometieran otros delitos y excesos. El gobernador debía restaurar la paz sin usar medios violentos y, al mismo tiempo, poner al reino en alerta para evitar nuevos conflictos.³³

Las restricciones legales y logísticas que impuso el Real Acuerdo movieron a Guill y Gonzaga a escribir una temperada respuesta. Para fundamentar su posición hostil hacia los araucanos, el gobernador recordó a los oidores que la idea original del proyecto de pueblos había sido puesta en práctica "sin otro fin que la mayor gloria de Dios en la salvación de sus almas, el servicio del Rey en la obediencia de estos vasallos, y que lograsen estos una vida política y Christiana". Estos objetivos habían sido suscritos voluntariamente por los naturales, con excepción del malvado Curinamcu.³⁴ Si los conas habían cometido actos de injustificada violencia, solamente correspondía el castigo. "¿Que se ha de esperar para castigar tanto insulto, y batir al enemigo tan traidor? ... ¿O se espera a que se hechen sobre las Plazas y Fuertes quando ya no tenga remedio?", se preguntaba con disimulado rencor el gobernador. En su opinión, había llegado el momento de realizar una maloca contra la Araucanía, movilizandolos amplios recursos materiales y humanos que se agolpaban en las fronteras. Con una nota no menos dramática, escrita por un hombre aquejado por graves enfermedades, Guill y Gonzaga concluía: "Estoy resuelto a ponerme en Camino a la Frontera sin embargo de no haberme perfectamente fortalecido, y de los Caudalosos Rios que en el día se hacen tan respetables, aunque sacrifique mi vida en el camino en servicio de Dios, y del Rey, causa publica y mi propio honor".

Pero la hora del sacrificio que demandaba el gobernador aún no llegaba. Así por lo menos lo decidió el Real Acuerdo cuando reiteró su oposición contra la idea de una guerra total contra los indígenas. Además de esgrimir los antiguos argumentos legales, el Real Acuerdo utilizó en esta ocasión la información que proporcionara el maestre de campo sobre la "repugnancia" que sentían los naturales respecto al proyecto de pueblos, y sus demandas para "que los dexasen libres en sus tierras por los mal fundados recelos de su esclavitud".³⁵ Teniendo presente las intenciones del rey, señalaron los oidores, de no ejercer violencia contra los nativos y de procurar su conquista "sin los amagos del temor, no parece por aora conveniente se destine la tropa que requiere el Maestre de Campo General para las jornadas y entradas a la tierra de Ynfieles en castigo de la desobediencia de un solo Casique sin que tal vez se haia justificado plenamente la culpabilidad e inconsistencia de los restantes". Reiterando las ideas de su comunicación previa, los oidores sugirieron que se reforzaran las

33. Comunicación del fiscal del Real Acuerdo al gobernador Guill y Gonzaga, 8 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

34. Consulta del gobernador Guill y Gonzaga al Real Acuerdo de Santiago, Santiago, 8 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

35. Acuerdo de la Real Audiencia a Guill y Gonzaga, Santiago, 9 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

guardias de la frontera del Bío Bío y se vigilaran los pasos cordilleranos, que se agilizará el despacho de municiones y alimentos a Concepción, que se suspendieran las licencias a los conchavadores que traficaban hacia el territorio indio, que se retiraran los ganados al abrigo de los fuertes y que se continuara manteniendo movilizadas a los milicianos. Al mismo tiempo instruyeron al gobernador para que, a través del obispo de Concepción, Fray Angel de Espiñeira, se convocara "a todos los Casiques de la tierra, y los exhorta a que con libertad expliquen los motivos de su displicencia". Insistiendo sobre el carácter libre que debían tener las negociaciones con los rebeldes, el Acuerdo recomendaba al gobernador que suspendiera su proyecto de viaje a la frontera para impedir que su presencia causara injustificadas inquietudes entre los naturales. Sin más alternativa, Guill y Gonzaga adoptó las proposiciones contenidas en el Real Acuerdo.

El obispo Espiñeira inició su gestión pacificadora a principios de febrero. Aprovechando la visita realizada a Concepción por los jefes Nahualhuala de Repocura y Lebinanque de Boroa, el obispo los comisionó para que llevaran sus recados a los demás linajes llanistas. Asimismo, instruyó al comandante de la plaza de Nacimiento para que publicara un bando en que disponía "que ninguno de sus vecinos, ni de las inmediaciones durante el regreso de los Casiques los embarace, ofenda u ocasione algun daño directa ni indirectamente, de palabras ni de obra, so graves penas, y que se escribiese a los Comandantes de Puren y Tucapel celasen lo mismo en aquel distrito aun con los Pehuenches aliados a quienes temen grandemente estos Llanistas".³⁶

La designación de Espiñeira como mediador en el conflicto causó buena impresión entre los caciques gobernadores. Pedro Thaitaru, cacique gobernador de Boroa, escribió al respecto: "Mi mui Reverendo Padre Provincial. Con la ocasión de hir mi hermano don Juan Nancuvilo a ponerse a los pies del Ilustrissimo Señor Obispo envío a US. en razon a mis Patirus [misioneros] para que me diga V.R. para que tiempo podre hir por ellos porque aqui hemos quedado mui apesadumbrado con su ida".³⁷

No obstante, la recepción del obispo en los círculos militares hispano-criollos no fue tan cordial, y muy pronto su papel de mediador fue matizado por tensiones y conflictos. Frente a una demanda de Espiñeira de desmovilizar a los milicianos locales, el maestre de campo Cabrito respondió que no era posible, por razones de seguridad. El fiscal de la Audiencia intervino a favor de Espiñeira, señalando que la movilización de las milicias dependía del gobernador del reino y que los comandantes debían obedecer las instrucciones del gobierno y sus representantes. En sus conclusiones, el Real Acuerdo recomendaba que el licenciamiento del "paisanaje" debía dejarse en manos del obispo, "como que se halla con pleno conocimiento del estado presente de la frontera".³⁸

Indudablemente, para muchos soldados la decisión del Real Acuerdo fue vista como un nuevo vejamen contra el ejército, que se sumaba a la derrota en Angol. Por esta razón, la Junta de Guerra de Concepción no cedió con facilidad, manifestando que la presencia de indios armados y vagabundos en los campos recomendaba la mantención de los cuerpos armados. Refiriéndose a las negociaciones iniciadas por Espiñeira con los indígenas, los miembros de la Junta apuntaban con acidez: "En todo ello encontramos muchas espinas, y que no podemos persuadirnos a que sea de algun provecho... Porque siendo esta una Nacion Barbara e Infiel, que no se retrae de violar

36. Carta del obispo de Concepción, Fray Angel Espiñeira, al gobernador Guill y Gonzaga, Nacimiento, 15 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

37. Carta del cacique gobernador de Boroa, Pedro Thaitaru, al provincial de los jesuitas, Boroa, 5 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

38. Carta del fiscal de la Real Audiencia de Santiago al gobernador Guill y Gonzaga, Santiago, 27 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

las solemnes estipulaciones ni por el juramento ni por punto de honra, que no la estima ni tiene, se deve creer que solo obrara bien quando le pongamos en estado de no poder obrar mal".³⁹ Según los miembros de la Junta, las negociaciones con los indígenas debían tomar lugar solamente cuando los autores del levantamiento hubiesen recibido castigo y se hubieran rescatado los bienes y propiedades robados.

El Real Acuerdo insistió en su posición reconciliadora hacia las tribus araucanas, sin dejarse envolver por la nueva retórica belicista. Por el contrario, los oidores escribieron al gobernador Guill y Gonzaga, argumentando que la Junta de Guerra de Concepción parecía estar embarcada en una campaña de rumores falsos que entorpecía la gestión de Espiñeira; manifestaban que "a fin de que en lo subsejivo corra sin tropiezo este grave importante assumpto, se ha de servir U.S. ordenar de nuevo, y con los apercivimientos necesarios al Maestre de Campo y Junta de Guerra, cumplan con mandado, observando toda conformidad y buena correspondencia con el Illmo. Señor Obispo".⁴⁰ Es probable que los oidores asumieran esta actitud porque estaban genuinamente interesados en reducir la autoridad que la guerra dejaba en manos del ejército; otro factor que seguramente influyó fue la cálida recepción que dieron los rebeldes a la gestión de Espiñeira. Curiñamcu escribió al respecto a principios de febrero:

ILLmo. Señor. Le estimo en mi corazon a V.S.I. el trabajo que ha tomado en venir a esa Plaza para sosegar la Tierra, y mirar por el bien de tantos Pobres que estamos padeciendo fuera de nuestras tierras y Cassas. En Repocura encontre los Huelquenes de V.S.I. don Gabriel Sossa y don Alonso Nahuelhuala por quien nos cita V.S.I. para que nos juntemos en esa Plaza, y deseo de la Paz digo que si combienen los demas Casiques a quienes llama V.S.I. en baja el dia aplasado, hire con ellos a ponerme a los pies de V.S.I. pues no deseo otra cosa sino el sosiego, y la Paz para cuio fin, fui a Maquegua a valarme de la intercesion de Antivilu, y empeño de sus misioneros uno de los quales monto a cavallo para hacer con mas eficacia el empeño.⁴¹

El exitoso sitio desplegado por los rebeldes en Angol y las hábiles maniobras políticas de Curiñamcu habían sembrado serias divisiones entre los sectores políticos hispano-criollos, reviviendo la antigua polémica sobre la conveniencia de la guerra ofensiva. Asimismo, ambos eventos actuaron como un elemento catalizador del conflicto más profundo que latía entre los representantes de la monarquía borbónica y los defensores del poder político y militar acumulado subrepticamente por el patriado local. Circunstancialmente, la Real Audiencia representaba a los primeros, mientras el gobernador y la Junta de Guerra de Concepción actuaban como voceros de los segundos. Cualquiera fuese el resultado de esta lucha, lo importante para este estudio es que las nuevas contradicciones entre ambos bandos fueron creadas por el malón de Curiñamcu.

Las guerras intertribales

Las divisiones surgidas entre los miembros de la élite local y los agentes imperiales en Chile, tuvieron su paralelo en las tensiones étnicas y las disputas intertribales que la nueva guerra generó entre los araucanos. Estas guerras internas se convertirían más

39. Comunicación de la Junta de Guerra de Concepción al obispo Espiñeira, sin fecha, AGI, ACh, Leg. 257.

40. Carta del fiscal de la Real Audiencia de Santiago al gobernador Guill y Gonzaga, Santiago, 10 de marzo de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

41. Carta de Agustín Curiñamcu al obispo Espiñeira, Repocura, 2 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

tarde en una de las piezas claves de la política introducida por la administración borbónica hacia los indios de la Araucanía, Patagonia y las Pampas.⁴²

La rivalidad tradicional que existía entre los linajes llanistas y huilliches del centro y sur de la Araucanía, de una parte, y los pehuenches de la montaña, de otra, cobró nuevos bríos a partir de diciembre de 1766, cuando los pehuenches fueron sorprendidos en la organización de una maloca contra los huilliches liderados por Payllaguala. De acuerdo a los informes que llegaron a los puestos de la frontera, los pehuenches acusaban a Payllaguala de haber sido el autor de un ataque, en las semanas previas, contra una columna compuesta por hispano-criollos y pehuenches, y de haberles robado más de quinientas mulas y cien caballos.

Una vez que las autoridades hispano-criollas se enteraron de las acciones hostiles de Curínamcu contra el maestre de campo, enviaron al capitán de amigos Joseph Valdez a los asentamientos pehuenches de Lolco y Laxa Alto, para que urgiera a Tereupil, Llanacan, Catilab Llaupilao y Guenchunao a unir sus fuerzas a las expediciones punitivas españolas. El arribo de Valdez a los asentamientos pehuenches coincidió con los preparativos que se hacían para maloquear a Payllaguala, descritos previamente. En sus afanes por extraer una venganza apropiada, los jefes pehuenches manifestaron a Valdez que se habrían unido con gusto a las fuerzas hispano-criollas en la frontera, "a no estar con las armas en las manos para los Huilliches".⁴³ Por una vez, los guerreros de la montaña desertaban a sus antiguos aliados, pero el momento era propicio para castigar a los huilliches, que no podían contar con el apoyo de los llanistas. Asimismo, la entrada del verano forzaba a los pehuenches a abandonar sus refugios temporales en Alicó, adonde habían llegado huyendo de los huilliches, y les obligaba a recuperar sus campos de recolección y caza situados hacia el sur.

Sin embargo, no todos los pehuenches marcharon contra los huilliches. El 4 de enero de 1767, diez días después de iniciado el sitio de Angol, el cacique pehuenche Peynapi se presentó al fuerte de Nacimiento para "ofrecer su auxilio con todos sus Pehuenches".⁴⁴ En esos mismos días, los conas pehuenches de Colignir, Manquel y el "capitanejo kona Leviant", llevaron a cabo sus acciones militares. Aprovechándose de la ausencia de los guerreros llanistas, los pehuenches dirigieron sus ataques no contra Payllaguala, como se esperaba, sino contra los asentamientos indefensos de los llanistas. En una carta enviada al maestre de campo el 8 de enero, los jefes pehuenches señalaban "que ellos havian salido de sus tierras en defenza del Maestre de Campo, y [a] acavar con todas las parcialidades rebeladas, y que sus mugeres se reirian de ellos si no ensangrentaban sus Lanzas con los Alzados, de lo que resulto el que tomasen la resolucion de acometer a las Reducciones reveladas de Buereu, Malleco, Chacaico, Requen y Quechereguas, robandoles porcion de ganados, y dejando muertos muchos indios, y entre ellos el principal alzado Cheuquelemu; que los Peguenches perdieron solo dos hombres y regresaban a rehacerse".⁴⁵

Al llevar a cabo sus ataques contra los llanistas, los caciques pehuenches asumieron que el conflicto entre Curínamcu y los hispano-criollos se extendería por toda la Araucanía. Pero como lo demostraron los eventos en Angol, Huequén y

42. Leonardo León S., "La corona española y las guerras intestinas entre los indios de Araucanía, Patagonia y las Pampas, 1760-1806", *Nueva Historia* 5:31-67.

43. Carta del corregidor de Maule, Gregorio de Ulloa, al gobernador Guill y Gonzaga, Chillán, 9 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

44. Carta del maestre de campo Cabrito al gobernador Guill y Gonzaga, Nacimiento, 5 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

45. Carta del maestre de campo Cabrito al gobernador Guill y Gonzaga, Nacimiento, 8 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

Nimanco, los efectos del malón de Curiñamcu fueron limitados. Así, en la medida en que el peligro de una guerra total con los españoles desaparecía, la posibilidad de una guerra llanista contra los pehuenches emergía con renovadas fuerzas.

A mediados de enero, los llanistas enviaron sus Huelquenes al maestro de campo "diciendome que no me aquexase—escribió Cabrito—si en la maloca que iban a dar al Casique Pehuenche Peynapil morían algunos Españoles, por que a el [el jefe llanista Antibilu] le hera preciso ayudar a los Guiliches con su gente".⁴⁶ Teniendo en cuenta la inminencia del ataque contra los pehuenches, la Junta de Guerra de Concepción decidió auxiliar a sus aliados de Laxa y Lolco. *Justificando su acción*, los miembros de la Junta observaron que era necesario prestar apoyo a los montañeses por "las resultas tan fatales que se seguirían en caso de ser destruida la Nación Pehuenche por la de los Guiliches, lo primero porque nos faltarían estas fuerzas, y lo segundo, porque destruidos se apoderarían de las Salinas, y se harían dueños de los Boquetes de la Cordillera desde Tucapel hasta Longavi".⁴⁷ Por razones políticas y de solidaridad, no era conveniente abandonar a los pehuenches.

Para cubrir su decisión con cierto grado de legitimidad y evitar que más tarde se les acusara de interferir en asuntos internos de los indígenas, fomentando sangrientas guerras intertribales, los miembros de la Junta declararon que "el noble y leal Casique de los Pehuenches nombrado Poncoypil" había solicitado auxilios "de gente y armas para salir a consumir a los guiliches". El apoyo que se acordó prestar consistiría en dos compañías de milicias y seis soldados de línea, encabezados por el capitán de infantería Jacinto Arriagada, más veinticinco fusiles. A fin de dejar bien establecida la posición 'neutral' de la administración, el acuerdo de la Junta reiteraba que los auxilios eran prestados para "sostener a esta Nación [Pehuenche], manteniéndose solo en su defenza, sin ofenderles a los Guiliches".

Con todo, la decisión adoptada por la Junta de Guerra de Concepción en cuanto a apoyar a los pehuenches, no fue ratificada por el Real Acuerdo de Santiago. En la sesión durante la cual se discutió el asunto, el gobernador y los oidores concluyeron que antes de brindar apoyo a los montañeses "para vindicar las injurias padecidas por los Guiliches", debía considerarse un informe del obispo Espíñeira. Al respecto, Espíñeira manifestó que Curiñamcu le había hecho saber que deseaba negociar, pero que "entretanto haga por medio de Payllaman o del mejor modo que juzgase que se retiren los Pehuenches, y no nos inquieten mas para que libres de este cuidado podamos declarar a US."⁴⁸ Junto con estas declaraciones llegaron a Santiago noticias de una maloca llanista contra el asentamiento pehuenche de Colignir. "Participo a V. Ilustrísima —escribía el fraile de Santa Bárbara al obispo— como el día seis del corriente . . . se passo a esta vanda a Viovio el indio Lienantu, quien dixo venia embiado del Casique Canuemanque a dar parte como los Huiliches (assi parece llaman tambien estos pehuenches a los Yndios de los Llanos segun se dixo en esa misma ocasion) habian muerto al Yndio Colignir por defender a los Españoles".⁴⁹ Justificando la muerte de Colignir, el cacique Remulcao, hermano de Penchulevi de los llanistas, manifestó meses más tarde en una conferencia con Espíñeira "que el casique Peguenche Colinhir le havia dicho en su presencia a Curiñamcu, al tiempo de la entrada de dicho Maestro de Campo, le diese la caveza de este para vever chicha en ella, de lo que se escuso Curiñamcu, y que despues el expresado Colinhir havia venido contra ellos con los demas pehuenches, y a su retirada de Angol para su tierra, havia ido con

46. Ibid., 22 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

47. Acuerdo de la Junta de Guerra de Concepción, Concepción, 27 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

48. Carta de Agustín Curiñamcu al obispo Espíñeira, Repocura, 2 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

49. Carta del fraile José Górdán al obispo Espíñeira, Santa Barbara, 9 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

algunos Españoles matando Yndios y corriendo qon quanto encontraba, y el dicho Curinamcu dixo por este motivo, y por ser hombre de dos corazones (significando hasi un doble animo) le havian muerto".⁵⁰

La muerte de Colignir ahondó las disputas entre pehuenches, llanistas y huilliches, y obstaculizó las gestiones pacificadoras del obispo. Los caciques gobernadores de Repocura y Boroa alegaron pocos días más tarde que no se atrevían a asistir a una conferencia de paz convocada por Espíñeira, manifestando "que los detenía el miedo de los pehuenches". Penchulevi escribió directamente al obispo solicitándole que mandase "suxetar a los Peguenches que nos dicen estan en los caminos, solo para hacer daño". El cacique gobernador llanista Luipay solicitó por su parte al comandante de la guarnición de Nacimiento que le permitiera instalarse en las cercanías del fuerte, "assi por tener mas cerca sus chacaras como por estar mas distante de los Peguenches".⁵¹ Teniendo en cuenta estas demandas, el provincial de los jesuitas escribió al gobernador de Santiago afirmando que era fundado el temor expresado por los linajes llanistas, "pues haviendo muerto Coliguin, no tardara la venganza que tomaran los pehuenches entrando por los dos Butalmapus de la Cordillera y de los Llanos".⁵² Sobre el mismo asunto, el capitán de amigos Gabriel Sossa manifestaba que los guerreros llanistas habían recibido noticias de un sitio impuesto por los pehuenches contra el asentamiento de Lumaco, y que los conas de Repocura, Maquegua, Imperial y Boroa habían acudido en auxilio de sus compatriotas. Más adelante agregaba: "Dicen [los Llanistas] estar los Pehuenches en pelotones por los Caminos, asechando a todo pasajero para quitarle la vida, por lo que suplican a S.S. Ilma. mande a los comandantes de las Plazas que los Peguenches sujeten por sus oficiales".⁵³

Según se desprende de los testimonios citados, algunos asentamientos llanistas parecían estar genuinamente conmovidos ante un inminente ataque represivo de los pehuenches. Estos temores, basados en experiencias pasadas y particularmente en la maloca desatada por Colignir y Leviant a principios de enero, forzaban a los caciques gobernadores a cerrar líneas con los conas liderados por Curinamcu. En otras palabras, el apoyo que los hispano-criollos brindaban a los pehuenches y que los había envalentonado en el pasado, solamente fortalecía las posiciones de los sectores confrontacionistas de los llanistas y minaba las posibilidades de una paz negociada con los rebeldes. No obstante, todavía interesados en castigar a los sitiadores de Angol, la Junta de Guerra de Concepción y el gobernador desconocieron las recomendaciones del Real Acuerdo y procedieron a autorizar el envío de refuerzos militares a los pehuenches. En una comunicación al maestro de campo, Guill y Gonzaga expresaba: "El auxilio de tropa miliciana y arreglada con armas y municiones a favor de los Yndios Peguenches, y contra los Huilliches que han intentado usurparles sus salinas, no pudo menos que merecer mi aprovacion por la justa razon de que se amparen unos naturales que jamas han sido reveldes contra nosotros, y antes siempre han ocurrido para ofrecerse contra los Infieles en nuestro favor".⁵⁴

La expedición combinada de pehuenches e hispano-criollos salió de Tucapel el 5 de febrero de 1767, compuesta por 137 milicianos, 16 soldados, 18 voluntarios y un

50. "Acta de la conferencia sostenida entre el indio Curinamcu y el obispo Espíñeira, Santa Juana, 24 de abril de 1767", AGI, ACh, Leg. 257.

51. Carta del comandante Juan Segundo López al obispo Espíñeira, Nacimiento, 16 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

52. Carta del provincial de los jesuitas, Balthazar Huerer, al gobernador Guill y Gonzaga, Nacimiento, 16 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

53. Carta del capitán de amigos Gabriel Sossa al obispo Espíñeira, Repocura, 12 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

54. Carta del gobernador Guill y Gonzaga al maestro de campo Cabrito, 12 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

número no especificado de conas. Después de una exitosa campaña de malos, se contaron más de 50 huilliches muertos y un gran número de niños y mujeres prisioneros. La columna punitiva retornó a la frontera a mediados de marzo.

El nuevo ciclo de hostilidades que inauguró esta expedición entre pehuenches, llanistas y huilliches produjo un rápido proceso de acercamiento entre algunos segmentos de la etnia pehuenche que habían permanecido al margen del conflicto o que habían solidarizado con los llanistas en el pasado. Ahora buscaban refundir sus lazos con la tribu y sumar sus fuerzas a los guerreros del "capitanejo cona" Leviant. Los gestores de la nueva alianza fueron los caciques gobernadores de Rucalhue, quienes durante el sitio de Angol lucharon al lado de Curiñamcu. De acuerdo al capitán Diego Freire, los caciques Calchichigue y Manquelepi recibieron una oferta de Colhueman de Rucalhue, en la que los invitaba a enmendar pasadas desavenencias. A través de su hijo Pellon, Colhueman reiteró su oferta a Leviant, quien respondió "que le admitiría en Partido con la condición de que havian de entregar todos los cavallos y demas ganados que havian robado en los potreros de Santa Barbara en especial los de los Padres, que le havian de remitir todas sus familias y ganados propios, como el que havian de ir todos ellos a los Llanos por delante de su campo a morir, o vencer".⁵⁵ Procurando prevenir cualquier truco de Colhueman que pudiese llevar a la separación de Leviant y sus aliados hispano-criollos, el capitanejo cona declaraba "que el y Penepyl no podian separarse de sus hermanos los Españoles, y que asi no pensaran en otra cosa, que ellos quedavan ensillando sus cavallos".

Para reforzar sus lazos con las autoridades de Chile, Leviant envió al cacique Curin a la frontera a dar cuenta de la campaña que se había realizado contra los huilliches. Durante la entrevista celebrada por Curin con los miembros de la Junta de Guerra de Concepción, quedaron en evidencia algunos de los factores que agravaban el conflicto interétnico. Dando cuenta al gobernador, la Junta de Guerra manifestaba:

Entro el Pehuenche nombrado Andres Curin acompañado de los capitanes Sebastian Tibaja y Joseph Cotan remitido de mensaje por parte del capitan cona Levante e hizo la arenga siguiente: *Que venia remitido por dicho Levante a dar parte de su feliz regreso de los Huilliches, y que teniendo presente la cruel muerte que ejecutaron con su Cacique Peguenche Colignir los Yndios de los Llanos por haver sido aliado nuestro cortandole primero las orejas, lengua y brazos, y despues con un hacha la cerviz esperaba tan solo se le diese el auxilio de la gente española para pasar a los Llanos, y tomar satisfaccion de todo, y que en caso de no darsela, sirviese de aviso para que no se les impidiese su entrada, que de lo contrario quedarian resentidos y se arrojarian atropellando con todo aunque perdiesen las vidas y que no seria Razon los desamparasen sus hermanos los Españoles. En esta atencion se procuro insinuando por los medios mas suaves el que se contuviesen; que no pendia de nosotros la franqueza del auxilio, y que podia componerse todo con pagos segun su Admapu; respondió que no; que si le hubieran muerto a buena cavia eso pero que haviendolo muerto con tanta tirania, que no podia ser; que ellos arrearian con todos los Españoles de la Laxa para alla, hasta coger la caveza de Antivilu y Curiñamcu para remitirla a los Huilliches en la misma forma que ellos lo practicaron con Colignir . . . [que] tenian sus Laques, Cuchillos, sables y lanzas y mas cavallos como Leones, y que el brazo de Levante quemava hasta los arboles. Esta Nacion pasa su valor y arrogancia a Barbarie, y sera de sentir sea destrozada porque entonces los Huilliches seran dueños de Salinas, y demas Boquetes de Cordillera, quedando nosotros destituidos de este auxilio. Pidio dicho mensaje en nombre de Levante y Penepil se les permitiese pasar la imbernada de este lado dela Cordillera en*

55. Carta del comandante Diego Freire al maestre de campo Cabrito, 24 de marzo de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

los paraxes nombrados San Lorenzo, Antuco y la Colcura, y que se compondría su número de mil y novecientas lanzas, que venían en marcha sus familias y ganados.⁵⁶

Caprito y la Junta de Guerra de Concepción, endeudados con los conas montañeses por el apoyo que prestaron durante el sitio de Angol, no estaban en condiciones de rechazar las demandas de Leviant. Además, el interés que tenían por continuar la guerra en la que habían sido derrotados con tanta humillación, los inclinaba a crear un ambiente de tensión e intranquilidad a través de la Araucanía. Como soldados subrogantes de la Corona, los pehuenches jugaban un papel ideal que no comprometía formalmente al ejército, pero cuyas acciones debilitaban militarmente a los llanistas y sus aliados. El obispo Espiñeira pensaba diferente. En su opinión, la entrega de apoyo militar a los pehuenches y la participación de los hispano-criollos en los conflictos intertribales agravaba la situación global, entorpecía su gestión pacificadora y estimulaba el surgimiento de una guerra total. "Las diligencias de la Comisión —escribió el obispo al gobernador— quedan infaliblemente juzgo frustradas en caso de impartirse directa o indirectamente dicho auxilio, y aun sin transcurso que el de no embarazarles el paso del Biobío, o no contener a dichos Pehuenches desta parte quanto sea posible, juzgo inevitables los acontecimientos vengativos de los Llanos contra los nuestros".⁵⁷

Ante el serio dilema de dar apoyo a los pehuenches y alienar definitivamente a los llanistas, o de seguir gestionando un acuerdo político con los rebeldes de Curiñamcu, el Real Acuerdo de Santiago —que hasta allí había resistido las presiones del gobernador y de la Junta de Guerra de Concepción— optó mayoritariamente por la primera alternativa. Describiendo las razones que le forzaban en esa dirección, el Real Acuerdo declaró que se daba ayuda para "salvarlos del peligro de que los Yndios Pehuenches, desunidos de nuestra amistad, o sean exterminados por los contrarios, o unidos a ellos en retorno de nuestro desprecio con otras fatales consecuencias... en atención a que los Pehuenches han manifestado su fidelidad en repetidos actos a nuestro favor".⁵⁸ Asimismo, sugería que se diera permiso a los pehuenches para que instalaran toldos en los parajes solicitados por Curin. Respecto al momento en que se les facilitarían soldados, el Real Acuerdo escribió a Espiñeira para que el obispo explicara personalmente a los pehuenches que no convenía realizar nuevas operaciones militares, por lo entrado del invierno. "En la precision de no ceder a dichas representaciones —instruía el Real Acuerdo al obispo— y recelase que disgustados de la negativa puedan alzarse de nuestra amistad y pasar a los enemigos, que en esta contingencia se les conceda el auxilio que el reverendo obispo y Junta de Guerra tubieren por conveniente, señalando oficiales de entera satisfacción que dirixan sus empresas y observen sus movimientos".⁵⁹ Con esta decisión, los representantes más activos de la política imperial en el reino concurrían a prestar apoyo a los aliados indígenas, sin importarles las consecuencias militares, políticas y económicas que podía acarrear el recrudecimiento de la guerra intertribal. Por una vez, lo que más importaba era la defensa de los pehuenches.

¿Por qué importaba tanto defenderlos?

El rol de barrera humana jugado por los pehuenches a través del macizo andino, como una contención física a la expansión de los llanistas, de los huilliches y de las

36. Carta de la Junta de Guerra al gobernador Guill y Gonzaga, Concepción, 30 de marzo de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

57. Carta del obispo Espiñeira al gobernador Guill y Gonzaga, Concepción, 30 de marzo de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

58. Acuerdo de la Real Audiencia de Santiago, Santiago 13 de abril de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

59. *Ibid.*

tribus de las Pampas sobre las haciendas del Chile central, era indudablemente una razón nada despreciable y que por sí sola justificaba la entrega de auxilios. Tampoco era despreciable el valioso papel jugado por los pehuenches cuando guiaban las expediciones punitivas hispano-criollas hacia el corazón de la Araucanía o hacia las Pampas transandinas. En el caso de los eventos que se analizan, también jugó un importante papel el cambio de opinión registrado entre los patricios locales, los miembros del ejército y la administración, en cuanto a desatar una guerra total contra las tribus araucanas. La disputa entre los partidarios de la guerra ofensiva y los que abogaban por una salida de compromiso desaparecía lentamente, en la medida en que los primeros ganaban fuerzas en un país nuevamente capturado por la heroica imagen del antiguo Flandes Indiano. Si la antigua guerra había servido para establecer las bases del prestigio que gozaban los beneméritos descendientes de los antiguos conquistadores, los nuevos conflictos podían ayudar a consolidarlos. De hecho, el proyecto de fundación de pueblos y la intervención en las guerras intertribales reflejaban una mentalidad expansionista que había estado ausente por décadas en el reino y que ahora explotaba con renovado vigor, alegando por excusa la humillación sufrida por el ejército colonial durante el sitio de Angol.

El reino de Chile se había puesto en pie de guerra y sus instituciones sufrían bajo la tensión de diferentes influencias y viejas ambiciones. Los Cabildos de las ciudades ya no se limitaban a discutir asuntos relativos al abastecimiento de agua o limpieza de calles; como en los primeros años de la conquista, su negocio principal era el 'negocio de la guerra'. En el fondo, lo que comenzaba a estar en juego no era tanto la guerra con los indígenas, sino el control del aparato administrativo y militar local y el fortalecimiento de las posiciones de influencia capturadas por el patriciado. Por estas razones, la continuación de la guerra con los araucanos a través de la manipulación de los conflictos intertribales era un instrumento eficaz utilizado por el patriciado para mantener viva la tensión, aumentar su control local sobre los recursos militares y consolidar el desafío que solapadamente levantaban contra el poder del imperio y sus agentes. En contraste, los rebeldes encabezados por Curiñamcu comenzaron a insistir en sus esfuerzos por eliminar la tensión e impedir que la guerra tomase un nuevo curso con motivo de los auxilios que los hispano-criollos prestaban a los pehuenches. Durante la conferencia sostenida por Curiñamcu con el obispo Espiñeira, el lonko llanista "suplicó" al obispo "que no se le diese auxilio alguno de Españoles, ni Armas a los Pehuenches contra ellos; que si estuviesen solos y se viesesen precisados a tomar las Armas, no se espantasen los Españoles".⁶⁰ El mismo mensaje fue remitido por el comandante del fuerte de Nacimiento, quien manifestaba que a fines de abril se habían presentado varios caciques llanistas a la guarnición pidiéndole "que se internase entre los Pehuenches, y que los Sres. Illmo. y Maestre de Campo, mandasen a los Pehuenches que no los volbiesen a maloquear".⁶¹

Sin embargo, ni la decisión del Real Acuerdo de prestar auxilio a los pehuenches ni las demandas de los llanistas tuvieron mayores consecuencias. Irónicamente, la 'pehuenchada', acosada por los largos meses de conflicto, decidió masivamente buscar refugio en los valles de Antuco, Colcura y San Lorenzo, donde comenzaron a levantar sus toldos a mediados de otoño. La guerra intertribal y las posibilidades de una guerra total entre los araucanos y los hispano-criollos se suspendían hasta la primavera.

El desafío de los lonkos

La persistencia de las guerras intestinas impidió que las tribus araucanas formaran

60. "Acta de la conferencia sostenida entre el indio Curiñamcu . . .", *op. cit.*

61. Carta del comandante del fuerte de Nacimiento al maestre de campo, abril, AGI, ACh, Leg. 257.

una alianza militar para luchar contra los hispano-criollos, frustrando de ese modo los objetivos perseguidos por los linajes llanistas rebeldes. Otro evento que debilitó la resistencia indígena contra el proyecto de pueblos de indios, fue la división surgida entre los linajes que apoyaban la fundación de villas en sus tierras y los que se oponían usando la fuerza. Aparentemente, la oposición contra la idea de crear pueblos de indios pareciera haber sido la causa de estas disensiones y el principal motor del malón protagonizado por Curiñamcu y sus aliados. Sin embargo, si esta interpretación fuese acertada, ¿cómo se explica la posición ambigua adoptada por Curiñamcu a través del conflicto? Debe recordarse que durante el sitio de Angol el *lonko* alegó su lealtad a la Corona, al mismo tiempo que encabezaba las huestes guerreras. ¿Qué perseguía realmente Curiñamcu?

El malón de Curiñamcu fue solamente una expresión más de la intensa lucha que tenía lugar entre los tradicionales caciques gobernadores y los emergentes *lonkos* maloqueros a través de la Araucanía en la segunda mitad del siglo XVIII. Su objetivo principal fue deslegitimar los acuerdos firmados por los caciques gobernadores y las autoridades hispano-criollas durante el parlamento de 1764 en Nacimiento y, de ese modo, consolidar la autoridad de los nuevos líderes. El principal agente de esta empresa fue el propio Curiñamcu.

Si bien durante el parlamento de 1764 Curiñamcu no figuró entre los jefes que negociaron el proyecto de pueblos con el gobernador Guill y Gonzaga, pocos meses más tarde apareció encabezando una pequeña facción indígena que se oponía violentamente a aceptar los acuerdos. Cuando el gobernador ordenó su arresto, Curiñamcu era un jefe menor o capitanejo. Los días gastados en el presidio cambiaron su destino dramáticamente. Los hispano-criollos le dieron al *lonko* el prestigio y la legitimidad que necesitaba para convertirse en líder de los disidentes en Angol y, más tarde, de gran parte de la tribu llanista. Desde ese momento su lucha estaría dirigida contra las autoridades europeas y contra los jefes que aparecían colaborando con ellas, principalmente los caciques gobernadores.

Las divisiones que surgieron entre los capitanejos y *lonkos*, de una parte, y los caciques gobernadores, de otra, se hicieron aun más claras una vez que el gobernador Guill y Gonzaga puso en práctica el proyecto de pueblos de indios. Mientras los caciques gobernadores reiteraban su entusiasta apoyo y percibían sustanciales beneficios materiales, Curiñamcu desató su campaña disidente entre los conas. Como manifestara Guill y Gonzaga en una comunicación enviada al Real Acuerdo, el *lonko* "empezo a resfriar los animos y persuadirlos a que si formaban los Pueblos los Españoles les quitarían sus Tierras y Ganados, se aprovecharían de todos sus vienes y les harían Yndios de Encomienda y se servirían dellos para mita".⁶²

Cuando el proyecto de pueblos comenzó a tomar forma, los caciques gobernadores maldijeron a Curiñamcu, pero no pudieron frustrar sus maniobras destinadas a desatar la nueva guerra. Súbitamente, en diciembre de 1766, los caciques gobernadores fueron sorprendidos por el levantamiento de los linajes llanistas asentados en Angol, Huequén, Niminco, Colpi, Lumaco, Repocura, Maquegua, Marvén, Colhue, Bureu, Malleco, Requén, Chacaico, Bureu de la montaña y los pehuenches de Rucalhue. La rebelión estaba dirigida tanto contra los pueblos que se construían como contra el poder y la autoridad de los caciques gobernadores. El propio Curiñamcu repetidamente demandó durante el sitio de Angol que se le entregara la cabeza del cacique gobernador Huenulaf, quien buscó refugio entre los hispano-criollos "porque le querían quitar la vida la noche de la sublevación".⁶³

62. Consulta del gobernador Guill y Gonzaga al Real Acuerdo de Santiago, Santiago, 8 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

63. Cabrito, "Diario...", loc. cit., día 26 de diciembre.

El asedio que sufrió el cacique gobernador de Angol a manos de Curinamcu fue similar al sufrido por otros caciques gobernadores en los principales asentamientos indígenas. Al respecto, el maestre de campo Cabrito escribió el 1º de enero de 1767: "Acaban de llegarme avisos como el movimiento es General pues al pobre de Caticura le tienen en prision los de la Costa... Nancubilo el de Boroa paso a prender al Casique Principal de Puren el Biejo y lo logro... Payllaman el de Marben se refugio en Puren".⁶⁴ El mismo Cabrito escribió más tarde dando cuenta del destino sufrido por Caticura: "[Caticura] me embia dezir que no solamente no los ha podido contener [a los alzados] sino que recela que lo maten porque no esta con ellos en su dictamen y que el y quatro Casiques, de los suios, estan en ampararse siempre de nosotros, y que por oi venian a ampararse a la sombra de esta Plaza".⁶⁵ En Repocura el cacique gobernador Penchulevi "se mantenía firme... con sus tres hermanos defendiendo a la mision y al Padre Alquizar de los insultos de doscientos Yndios que ya se habian declarado alzados".⁶⁶ Al cacique gobernador de Boroa el maestre de campo le escribía insistiéndole en "lo mucho que le conviene mantenerse firme, y sugetar a sus mosetones, como el que no padezcan la menor estorcion sus misioneros, pues ya savia les havian quitado sus cavallerias sus Ulmenes".⁶⁷

El cacique gobernador Juan Caticura, de los costinos, uno de los más ardientes partidarios del proyecto de pueblos, sufrió considerablemente bajo la furia de los rebeldes. En la segunda semana de enero, Caticura arribó "con ocho Casiques de las seis reducciones de Arauco" al fuerte hispano-criollo de Arauco, "acompañados de sus familias y ganados a auxiliarse a el abrigo de aquella plaza protestando fidelidad al rey como leales Basallos suios y juntos con el Gobernadorsillo de aquel Allaregue y el dicho Caticura pidieron al Comisario escriviese sobre que saliere nuestra tropa con ellos a buscar a los alzados".⁶⁸ El informe enviado por el comandante de la guarnición fue aun más explícito en la descripción de los motivos que forzaron a Caticura a buscar refugio en Arauco. Al respecto señalaba:

Llego tambien el Casique Gobernador de este Allaregue Legua acompañado del Casique Gobernador de Tucapen, Caticura, diciendo este ultimo que tres vastones de los suios venian atras tambien, y haviendome visto estos ultimos dichos Gobernadores, dijo el de Tucapen que venia huyendo de que le quitasen la vida los Enemigos, porque estos dice que le embiaron a decir que si no los seguia lo llevarian amarrado y le quitarian la vida y que por esta razon havia salido de escape a acogerse a esta Plaza, protestando, que le movia a esto la fidelidad del Rey y ser Catholico Christiano, pidiendome a el mismo tiempo que escriviese a US. se procurase castigar a los reveldes alzados.⁶⁹

Según el "Gobernadorsillo" de Legua, no debía aceptarse "que por unos pícaros... pierdan el credito, su quietud y bienes ellos, sin tomar satisfaccion de los dichos inquietadores, y de este mismo sentir fueron y dijeron todos los demas Casiques Amigos".⁷⁰ Ante la temeridad y audacia de Curinamcu y sus aliados, los caciques gobernadores cerraban filas.

64. Carta del maestre de campo Salvador Cabrito al gobernador Guill y Gonzaga, 1 de enero de 1767, Nacimiento, AGI, ACh, Leg. 257.

65. *Ibid.*, 8 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

66. *Ibid.*

67. *Ibid.*

68. Carta de Antonio Narciso de Santa María al gobernador Guill y Gonzaga, 12 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

69. Manuel de Salcedo al maestre de campo Cabrito, Arauco, 9 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

70. *Ibid.*

Los caciques gobernadores, que contaban con una sólida base de poder y cuya influencia no palideció con la súbita aparición de Curiñamcu, se mantuvieron firmes en sus posiciones y reiteraron públicamente su lealtad a los acuerdos firmados en el pasado con los hispano-criollos. Juan Antivilu, quizás el cacique gobernador más poderoso de la Araucanía durante este periodo, envió a su primo Chañavilu a expresar su apoyo al maestre de campo durante el sitio de Angol e intentó mediar con Curiñamcu para terminar con el conflicto. Penchulevi envió a su hermano Remulao con similares instrucciones. "Me saludo —escribió más tarde Cabrito describiendo la visita de Remulao— diciendome que le remitía su hermano, para que me dijese, como el y Maquegua [reducción de Antivilu] no havian savido del Yncendio de Curiñamcu y que al mismo tiempo le mandava decir a Curiñamcu apagasse el fuego, y que no passase adelante".⁷¹ Juan Curihuillín y Córdoba, cacique gobernador del asentamiento llanista de Tuftuf, manifestaba en similares términos al maestre de campo: "Hemos sabido la desgracia de Angol, y que estuvo US. cercado de los Yndios lo que hemos sentido mucho, nosotros señor estamos en toda quietud y paz y procuramos tambien que no se inquiete nadie, y que vuelvan a apaciguarse los alzados para esto despachamos nuestro capitan bien acompañado con cien hombres para que de nuevo se certifique a US. que estamos firmes en mantener la paz y amistad con US. tambien le pedimos que nos atienda a los Maqueguanos".⁷²

No obstante, era solamente una cuestión de tiempo antes de que los caciques gobernadores sucumbieran frente a las intrigas de los rebeldes y las demandas de sus propios conas. La nueva guerra contra los hispano-criollos proveía gloria, botín, mujeres y propiedades y, por sobre todo, prestigio militar. Los guerreros de los demás asentamientos no podían quedarse de brazos cruzados y observar como Curiñamcu y sus seguidores se apropiaban de estas riquezas. Asimismo, el precario equilibrio de poder que existía entre los diversos clanes y linajes podía sufrir una transformación sustancial con el ascenso de los "angolinos" y Curiñamcu a la cúspide de las relaciones políticas en la Araucanía. Uno de los mecanismos que tradicionalmente detenía este proceso era la participación colectiva en las malocas y la distribución social de las riquezas. En 1767 algunos caciques gobernadores siguieron nuevamente este camino y se sumaron al malón de Curiñamcu, como se desprende del siguiente cuadro.

Aliados de Curiñamcu durante el malón de 1766-1767

Cacique gobernador Lebli	Reducción de Lebu
Cacique gobernador Paillante	Reducción de Quiapo
Cacique gobernador Nacupil	Reducción de Ilicura
Cacique gobernador Guaquinamu	Reducción de Purén el Viejo
Cacique gobernador Lebuen	Reducción de Guiquehue
Cacique gobernador Buchaman	Reducción de Caycupil
Cacique gobernador Guidelab	Reducción de Ieneco
Capitanejo Marinan	Reducción de Caycupil
"Indio de Respeto" Maribud	Reducción de Rucarague

Fuente: Declaración del indio mensajero Lepumant, Arauco, 13 de enero de 1767, en "Testimonios de Autos que incluye Diez Cuadernos . . .", *op. cit.*

Penchulevi, el cacique gobernador de Repocura que defendió activamente a los misioneros radicados en los territorios de su parcialidad, enfrentó también el desafío de uno de sus seguidores, el cacique gobernador Vuchucura. Durante una junta

71. Cabrito, "Diario . . .", *loc. cit.*, día 28 de diciembre.

72. Carta del cacique gobernador Juan Curihuillín y Córdoba al maestre de campo Cabrito, 7 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

convocada por Penculevi, escribió el cacique gobernador Catricura a Cabrito: "Distinguióse la parcialidad de Vuchucura aquel viejo a quien Ud. dio baston en el Nacimiento, todos con cotas de malla a lo Peguénche con vándera colorada por estar públicamente alzado".⁷³

Las autoridades coloniales de Chile no tardaron en reconocer tanto las divisiones que existían entre los antiguos caciques gobernadores y los líderes advenedizos, como la precaria posición en que se encontraban los primeros por rehusar a participar en el malón. Después de elogiar la lealtad mostrada hacia la Corona por los caciques gobernadores Payllaman, Guenulaf, Leuvu y Catricura, el provincial de la orden jesuita escribió: "Aunque algunos de aquellos Caciques quieren mantenerse leales, y no seguir a los reveldes como el poder de ellos se reduce a dar buenos consejos, siempre prevalecerá el maior numero y violencia de los mozetones. Antuvil [Antivilu de Maquegual], como tan apasionado por los Huilliches, y Enemigo de los Pehuenches, y finalmente como Yndio, y como tan solicitado por Curiñamcu, ya parece empieza a desacreditar las buenas muestras que havia dado en el pasado. Según esto, sino toda, casi toda la tierra esta alzada".⁷⁴ El mismo provincial escribió un mes más tarde manifestando que los caciques gobernadores costinos habían justificado los actos de violencia y atrocidades cometidos por sus conas, argumentando que "si en Paicavi hubo alborotos y excesos no habia sido culpa de los Casiques sino de los mozetones".⁷⁵ Sin embargo, fue el obispo Espíñeira quien mejor describió la situación política creada en la Araucanía con el surgimiento de Curiñamcu y sus aliados como poderosos rivales de los caciques gobernadores. De acuerdo al obispo, los caciques gobernadores demandaban la reconstrucción del antiguo fuerte de Tucapel, el cual, según ellos, les serviría como un medio "que sirva de freno para contener cualquier insolencia o inquietud de los otros Butalmapus y mozetones, y las Cavezas de ellos puedan ser mas respetadas y dar cumplido obediencia a las ordenes del Superior Gobierno".⁷⁶ En un momento de crisis, los caciques gobernadores reforzaban los lazos de amistad con los hispano-criollos. Con sus propias bases de poder y autoridad erosionadas, uno de los mecanismos que podía ayudar a restaurarles el prestigio perdido era el fortalecimiento de la alianza política que en las décadas previas habían forjado con los blancos.

Mientras los caciques gobernadores se comprometían aun más con los hispano-criollos, Curiñamcu y sus aliados persistieron en su rebeldía. Según una comunicación de Catricura, el *lonko* angolino envió sus mensajeros a la junta de caciques realizada por Penculevi en Repocura para que manifestaran en su nombre que "ya se acabo en Chile, el nombre de Curiñamcu que ya su nombre en adelante habia de ser Zorro; que ya no viviria entre los hombres sino entre las fieras, que sus intentos havian sido la Caveza del Maestre de Campo, que esperaba de estos [los caciques reunidos] que no lo dexasen solo, que los Españoles no eran capaces de atropellarlos".⁷⁷

73. Carta del cacique gobernador Juan Catricura al maestre de campo Cabrito, 9 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

74. Carta del provincial de los jesuitas, Balthazar Huerer, al gobernador Guill y Gonzaga, 19 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

75. *Ibid.*, 16 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

76. Carta del obispo Espíñeira al maestre de campo Cabrito, 13 de febrero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257; durante la conferencia que sostuvo ese mismo día Espíñeira con los caciques gobernadores del Butalmapu de la Costa, el cacique gobernador Catricura manifestó que "el modo de componer la tierra, y asegurar la Paz, es que les vuelban sus Patirus, y que les pongan un fuerte en Tucapel, que este es el modo de sugetar a los mozetones y el que tengan respeto assi a los Padres Misioneros como a el". (Subrayado nuestro).

* El *lonko* llanista jugaba con las palabras. Su nombre, traducido al español, significa "Aguilucho Negro"; de allí en adelante se le conocería por Epumer.

77. Carta del cacique gobernador Juan Catricura al maestre de campo Cabrito, 9 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

El antiguo "aguilucho" sumaba a sus cualidades la astucia y la sagacidad del zorro montañés. Solamente restaba ver hacia qué lado se inclinaba la balanza de poder político y qué curso seguirían los conflictos internos y la nueva guerra con los hispano-criollos. Lo importante para Curiñamcu es que había conseguido convertirse en cabeza de los conas y de las castas militares de la Araucanía. La Junta de Guerra no pudo ignorar este hecho cuando expresó, en marzo de 1767, que era inútil negociar con los caciques gobernadores. "Son unos miseros y desvalidos los casiques que ofrecen la paz".⁷⁸ El poder político y militar de las tribus del sur en esos momentos estaba en manos de Curiñamcu.

El nacimiento de un cacique araucano

El rápido ascenso de facto de Curiñamcu al liderazgo político y militar de los principales linajes araucanos fue el resultado de la conjunción de factores que han sido sucintamente expuestos en las páginas previas. Respecto al mundo de los hispano-criollos, se ha mencionado el porfiado interés de la administración encabezada por Guill y Gonzaga de llevar a cabo un proyecto poco realista e impopular, escasamente probado y basado casi totalmente en la participación voluntaria de los indígenas. Asimismo, se ha mencionado la incompetencia del gobierno colonial y su tardía reacción ante el malón de Curiñamcu. Tratando de encubrir sus propios errores y frustración, Guill y Gonzaga, el maestro de campo Salvador Cabrito y la Junta de Guerra de Concepción, se dejaron envolver por una retórica bélica y confrontacional completamente opuesta a sus planes pacifistas originales. Al asumir esta posición, la administración intentó representar los sentimientos de indignación que imperaban entre los patricios y los soldados del reino, cuyo principal interés consistía en mantener el estado de tensión en las fronteras para consolidar sus posiciones de influencia política y manipulación económica en el gobierno del país.

El malón de Curiñamcu sirvió de vehículo para que se expresara una vez más el sordo conflicto de intereses que prevalecía entre los genuinos representantes del poder imperial y los hispano-criollos del país. Así, la dicotomía entre criollos y peninsulares se disfrazó con los ropajes de los que defendían una salida de compromiso con Curiñamcu y los que abogaban por la guerra total y de exterminio del indígena. La Real Audiencia y el obispo Angel Espíñeira surgieron como los principales defensores de la política de compromisos propiciada por los borbones, interviniendo activamente en la pacificación de los ánimos y en el entorpecimiento de los proyectos bélicos auspiciados por la élite local. La guerra interna que se desató entre pehuenches, huilliches y llanistas en el marco de las hostilidades iniciadas con el sitio de Angol, y la intervención armada de los hispano-criollos, se convirtieron en el vehículo de esta contradicción. Sin que la discusión fuese resuelta, el peligro de una guerra intestina fue superada con la llegada del invierno de 1767.

En el mundo indígena, el ascenso de Curiñamcu a la cúspide del poder político tribal se explica en parte por el rápido deterioro de la autoridad de los caciques gobernadores, una vez que suscribieron el proyecto de pueblos de indios durante el Parlamento de Nacimiento en 1764. Curiñamcu se aprovechó del descontento y sospechas que inspiraba el proyecto entre las etnias para movilizar sus propias fuerzas y ganar influencia entre los demás linajes. El exitoso sitio de Angol—la batalla decisiva en la guerra política de Curiñamcu—dejó en evidencia la audacia y la astucia del *lonko* y pavimentó su camino hacia el liderazgo informal total. Con el deterioro de la guerra interétnica entre pehuenches, llanistas y huilliches, Curiñamcu estuvo en condiciones de cosechar aun mayores glorias, desatando su furia contra los oportunistas guerreros

78. Acuerdo de la Junta de Guerra de Concepción, Concepción, marzo de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

de Leviant. Al respecto, el capitán de amigos Gabriel Sossa informaba en marzo de 1767 que durante una junta celebrada por Penchulevi en Repocura "concurrio el Yndio Curiñamcu por su llamado, en la que oyo el declarante se trato de auxiliar al Yndio Huiliche Linconau para dar contra los Pehuenches, a lo que respondió Curiñamcu que le subministrase para ello trescientos hombres con el cargo de que no lo desampararian, y antes si le havian de ayudar, añadiendo no tener miedo de los Españoles, y solo si a los Pehuenches, a lo que respondió Penchulevi y los demas, que no le desampararian y que si lo ayudarian".⁷⁹ La Junta de Caciques reconocía de ese modo el poder de Curiñamcu.

El surgimiento de Curiñamcu entre los principales líderes de la Araucanía creó una nueva situación política a través del territorio indígena, la cual alteró radicalmente las bases sobre las cuales se habían desarrollado hasta allí las relaciones fronterizas entre los hispano-criollos y los naturales. Para los hispano-criollos existían por lo menos dos alternativas: insistir en el proyecto de pueblos y arriesgar una confrontación total contra los deseos expresos de la Corona, o buscar una solución pacífica por la vía del compromiso. Cualquiera fuese la elección en los años que vendrían, no se puede olvidar que el autor del dilema fue el oscuro capitanejo de Angol. "Aunque me hallava llano de la astucia y audacia de Curiñamcu —escribió el maestre de campo Cabrito—, todo ha sido nada en comparacion de lo que he palpado y experimentado pues este Demonio tuvo arte de combinar a toda la Tierra, y de hacerles hacer el papel de Judas".⁸⁰

79. Declaración jurada del capitán de amigos Gabriel Sossa ante la Junta de Guerra de Concepción, 10 de marzo de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

80. Carta del maestre de campo Salvador Cabrito al gobernador Antonio de Guill y Gonzaga, Nacimiento, 1 de enero de 1767, AGI, ACh, Leg. 257.

"Los hijos del vicio y del pecado"

La mortalidad de los niños abandonados (1750-1930)*

René Salinas Meza & Manuel Delgado Valderrama
Instituto de Historia, Universidad Católica de Valparaíso

El fenómeno sociocultural que representa el abandono de niños tiene raíces muy lejanas. Históricamente se lo encuentra en el mundo occidental ya en el siglo VI, cuando entre las familias indigentes comenzó a generalizarse la práctica de dejar a los hijos en la puerta de las iglesias. A lo largo de los siglos posteriores se fueron consolidando instituciones de caridad especializadas en acoger y mantener a esos niños, por lo menos hasta los siete años. Tal preocupación fue especialmente relevante en los centros urbanos bajomedievales y en las grandes ciudades de los siglos XVII-XVIII.

El mundo medieval muestra una actitud ambigua con respecto al niño, que vivía muy poco integrado a las instituciones, y más bien al margen de la sociedad. Por una parte, el infanticidio era un recurso relativamente común, y la exposición y abandono del hijo al nacer, o más tarde, se transformaron en prácticas corrientes destinadas a limitar las cargas familiares que la miseria impedía sostener. Muchas actitudes parecen apoyar la imagen de un niño despersonalizado, sin el cariño y la atención que se le dio en épocas posteriores.¹

Por otra parte, existía un interés por otorgar una mayor "protección" al niño abandonado, actitud que si bien no implicaba un cambio sustancial de la "psicología de la exposición" proveniente de la antigüedad —que llevaba a deshacerse del hijo sin ensuciarse las manos con sangre, entregándolo a las manos de Dios—, dejaba al menos la posibilidad de que fuera recogido por un alma caritativa.² Comenzaron a buscarse remedios colectivos que permitieran garantizar la sobrevivencia y educación de los abandonados.³ Ya a comienzos del siglo XV, las ciudades italianas de la Toscana habilitaron hospicios para acoger a los niños abandonados —los "trovatelli"—, y luego esas instituciones se generalizaron en casi todos los centros urbanos de la península y de los otros países europeos.⁴

* Este trabajo forma parte de un proyecto que cuenta con el apoyo financiero de FONDECYT.

1. "La persona del niño todavía no estaba sacralizada y no suscitaba, por principio, el respeto y el amor". Véase J. L. Flandrin, *La moral sexual en Occidente* (Barcelona, 1984), 183; P. Riché, "L'enfant dans le Haut Moyen Age", *Annales de Démographie Historique* (1973), 99; Ph. Ariès, *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime* (Paris, 1975), 177-86.

2. Mientras entre griegos y romanos los niños eran abandonados en el campo, en el mundo medieval se les exponía en lugares poblados. La posibilidad de sobrevivencia de ese niño dependía de la caridad. Sin embargo, más que de la caridad privada, se colocaban las esperanzas en la caridad pública. Durante la Edad Media, el monasterio fue uno de los principales refugios para muchos de estos niños. En el siglo VIII, los niños abandonados por las madres adúlteras de la ciudad de Milán eran recogidos en un hospicio, el que luego los confiaba a nodrizas, los bautizaba y los educaba hasta los siete años. Véase P. Riché, *op. cit.*, 97 y ss.; J. L. Flandrin, *op. cit.*, 194 y ss.

3. C. Klapisch, "Attitudes devant l'enfant", *Annales de Démographie Historique* (1973), 63 y ss.

4. Véase C. Klapisch, "L'enfance en Toscane au début du XVI^e siècle", *Annales de Démographie Historique* (1973), 121.

Al o largo de los siglos xvii y xviii, los centros de recepción se multiplicaron, perfeccionando las formas de acogida y organizando minuciosamente los cuidados, todo ello como parte de un proceso global de transformación de la importancia dada a la vida del niño y del concepto de caridad hacia él. El cambio en la actitud de las madres hacia el hijo, sentido como digno de un mayor aprecio, llevó a rechazar el recurso al infanticidio o al aborto como medio de desembarazarse de aquel que no se podía mantener. Como alternativa a dichas medidas radicales se acudía al abandono, un mecanismo menos extremo, puesto que dejaba lugar a la esperanza de que el niño recibiera los cuidados de la institución que lo tomaría a su cargo.

En síntesis, fueron la revalorización de la niñez y la institucionalización de la caridad los factores que impulsaron la creación de los hospicios, los que debían impedir (al menos teóricamente) la muerte de los hijos de madres solteras y de padres legítimos que carecían de los medios para alimentarlos. No olvidemos que fueron éstas, junto al deseo de evitar la vergüenza, las principales razones que impulsaban al abandono. Otro problema es si este mecanismo evitó o no la muerte.⁵

La actitud paterna y social frente al niño

Es sabido que el abandono de hijos es un hecho que pervive en las sociedades actuales, y muchos aspectos de la complejidad sociocultural que representó este fenómeno en el pasado siguen teniendo plena vigencia.⁶ Su análisis nos pone en contacto con dos aspectos del comportamiento colectivo de la sociedad: la sexualidad de la pareja y la actitud de los padres con respecto al hijo.

Ciertamente las poblaciones del pasado obedecieron a lo que podríamos denominar una política pro natalista: aborto e infanticidio fueron prohibidos,⁷ mientras el adulterio masculino y el heterismo comercial, si no promovidos, al menos fueron tolerados.⁸ En consecuencia, los hijos debían ser procreados sin importar las condiciones. Como existía ignorancia acerca de las conductas contraceptivas, una vez producido el nacimiento y ante la flagrante contradicción con la situación económica de muchas familias, los padres se veían obligados a abandonar al hijo. Como éste podía ser recogido por una institución para su crianza, se pudo conciliar el abandono con la "revalorización" del niño que hemos visto manifestarse en Europa desde comienzos del siglo xviii. Además quedaba la posibilidad de recuperarlo a una cierta edad, obviando ventajosamente el gasto de mantención en aquellos años en que, justamente, el niño era "improductivo", esto es, sólo una carga para la familia. Ello, sin embargo, de ningún modo contribuyó a reforzar la estructura de la familia, sino más bien ayudó a desintegrarla.

Esta verdadera "inconsciencia procreadora", que llevaba a las parejas a engendrar hijos sin preocuparse de su porvenir, junto al abandono de la práctica de tomar

5. J. L. Flandrin, *op cit.*, 197.

6. En la página de sucesos policiales del diario *El Mercurio* de Santiago, del día viernes 25 de marzo de 1988, se informa lo siguiente: "Un bebé de sexo masculino y de unos ocho días de vida, fue abandonado frente a un inmueble de calle Chacabuco, en la ciudad de Quillota. El recién nacido... fue trasladado al hospital local". Ese mismo diario, en la edición del 19 de marzo de 1989, anunciaba que a las 19.30 horas del día 17, personal de Carabineros fue alertado por una vecina del sector Brasil-Santo Domingo dando cuenta de que en el frontis de la Iglesia Sacramentina se hallaba un moisés con una lactante de aproximadamente veinte días en su interior.

7. Ello no significa que no se utilizaran estas prácticas en medida nada desdiable.

8. E. Malvido, "Algunos aportes de los estudios de demografía histórica al estudio de la familia en la época colonial", en Sergio Ortega, ed., *Familia y sexualidad en Nueva España* (México, 1982), 92.

medidas radicales para eliminarlos si no se los podía conservar, se explica por la moral de la época. Según J. L. Flandrin, la Iglesia empujaba a las parejas a la procreación, al defender el principio de que la sexualidad fue dada por Dios sólo para tal fin. "El hombre de bien nunca debe temer tener hijos; por el contrario, debe pensar que es una bendición de Dios...", predicaba Benedicti.⁹ Pero más allá de la conducta moral, el problema se planteaba de otra forma en el nivel familiar: la situación extrema de indigencia impulsaba a la pareja a decidir el abandono del niño, frente al riesgo de exponerlo a la muerte a causa de la pobreza.

En resumen, el abandono fue un recurso extremo que utilizó la pareja para evitar la muerte directa por aborto, infanticidio o hambre del hijo que no se podía conservar. El hospicio se encargaría de su sobrevivencia y, eventualmente, hasta podía recuperárselo. Sin embargo, las posibilidades de no alcanzar estos objetivos eran muy altas. Cuando de diez abandonados siete morían en los primeros meses, abandonar un niño era enviarlo a la muerte. Y esta realidad no pudo ser ignorada por los padres. En otras palabras, estamos en presencia de un mecanismo de ajuste de un modelo familiar que debe ser analizado más profundamente en relación con su propia forma de organización social. En virtud de la concepción cristiana de la vida y de la muerte que rige en nuestra sociedad, la muerte del niño abandonado se recibe con resignación: 'la muerte que golpea tan severamente a esos inocentes, decidida por Dios, les evita, en último término, los sufrimientos y penurias de una vida desgraciada y, en cambio, los hace bienaventurados en el cielo'.¹⁰

Ilegitimidad y abandono

En Chile el abandono de niños aparece como otra "faceta" de la ilegitimidad. Es necesario aclarar que el concepto de 'hijo ilegítimo' corresponde, hasta 1885, a aquel que nace de la unión de un hombre y una mujer no casados por la Iglesia, y desde esa fecha en adelante, de la unión no legalizada en el Registro Civil. Estas uniones pueden ser durables (concubinato), pasajeras o momentáneas. En el mejor de los casos, los hijos ilegítimos permanecen junto a los padres que viven en concubinato, pero lo más común es que vivan desde su nacimiento sólo junto a su madre o, muy excepcionalmente, sólo junto a su padre. En el pasado, varios factores sociales —como la fuerte influencia de la moral católica, la presión económica, el rechazo que experimentaban de los que les rodeaban y los escasos seguros materiales, casi siempre muy difíciles de obtener— llevaron a veces a estas madres a abandonar a sus hijos. Ello explicaría que un gran porcentaje de los niños abandonados fueran ilegítimos,¹¹ y sólo una pequeña proporción, cuyo abandono era el resultado de la presión de la miseria, fueran legítimos.

9. Citado por J. L. Flandrin, *op. cit.*, 169.

10. A. Fauve-Chamoux, "Innovation et comportement parental en milieu urbain. XVe-XIXe siècles", *Annales E.S.C.* 40, no. 5 (1985): 1023-39.

11. Lo que no significa, necesariamente, que todos los hijos ilegítimos sean abandonados, ni que todos los abandonados sean ilegítimos. En este sentido, hemos englobado bajo la categoría de niños abandonados todos los tipos que suelen señalarse, ya que hay ciertas variantes. Pueden ser hijos legítimos o ilegítimos dejados por uno de sus ascendientes de primer grado, ya sea en las manos de terceras personas gratuitamente, o por un precio, ya sea en una institución que se encarga de su alimentación y educación. También los primeros pueden ser abandonados una segunda vez en la institución. Incluimos además a los niños "expuestos", o sea los hijos legítimos o ilegítimos que son dejados por su madre, padre o intermedia en la vía pública, puerta de iglesias, torno, etc., con la esperanza de que sean llevados a la institución.



"... DECIDIR EL ABANDONO DEL NIÑO ..."
Copia de placa de vidrio de Alberto Lira Orrego.
Colección Museo Histórico Nacional

Esta directa relación entre abandono de niños y nacimientos ilegítimos fue puesta de manifiesto tempranamente.¹² También puede advertirse que el mayor número de abandono de hijos legítimos se producía cuando tenían edades más avanzadas y muy escasamente en los primeros meses de su existencia. Esto probaría que el abandono a una edad avanzada era forzado y, generalmente, por una urgencia extrema que impedía a los padres seguir conservando al niño. En otras palabras, la imposibilidad de asegurar la existencia del niño, habría impulsado a los padres, o a la viuda o viudo, a deshacerse de él. Por el contrario, los expósitos ilegítimos eran abandonados preferentemente en los primeros meses después del nacimiento, si no antes. En este caso, además de la miseria, en la decisión jugaba un papel importante la actitud mental que buscaba evitar la vergüenza social o colectiva y el rechazo de los que rodeaban a la madre.

CUADRO 1. Edad de los hijos legítimos abandonados. 1870-1910
(en porcentajes)

Grupo de edad	Hijos legítimos	Id. ilegítimos	Total
0-29 días	84.7	15.3	100.0
1-3 meses	77.6	22.4	100.0
4-6 meses	74.6	25.4	100.0
7-11 meses	60.4	42.3	100.0
1-2 años	44.2	55.8	100.0

Fuente: Libros de entrada de la Casa de Huérfanos de Santiago, Vols. 11 al 20.

En relación directa con lo anterior, el alto número de expósitos ha sido atribuido a veces a una relajación de las costumbres, lo que habría motivado un alza de los nacimientos fuera del matrimonio. Sin embargo, una correlación automática entre el número de niños abandonados y la frecuencia de las relaciones extraconyugales, reduce este fenómeno a una explicación simplista. Es cierto que la misma Casa de Huérfanos y la permanente preocupación por su buen funcionamiento favorecieron sin duda las relaciones extraconyugales al permitir a las parejas —legítimas o ilegítimas— deshacerse más confiadamente del hijo no deseado. Pero también es cierto que un alto porcentaje de los hijos abandonados fueron engendrados al interior de uniones consensuales, siendo sólo "técnicamente" hijos ilegítimos, ya que ese tipo de unión reúne muchos rasgos permanentes de la familia. Por último, hemos señalado que el abandono vino a reemplazar otras formas de eliminación de hijos, tales como el infanticidio, muy común hasta fines del siglo XIX, o la muerte por hambre o inanición.¹³

12. Sólo el 5.8 por ciento de los niños, para los que se conoce el origen de la madre, nacieron de matrimonios legítimos en Reims, Francia, a fines del siglo XVIII. Por lo tanto, allí el abandono de niños fue consecuencia de madres solteras. Véase A. Fauve-Chamoux, "L'enfance abandonnée à Reims a la fin du XVIII^e siècle", *Annales de Démographie Historique* (1973), 268; J. P. Gutton, *La Société et les pauvres en Europe. XVIIe-XVIIIe siècles* (Paris, 1974), 87 y ss.

13. Frecuentes testimonios de la prensa y de la crónica de la época hacen referencia al hallazgo de cadáveres de recién nacidos en calles y caminos. A ellos aludía Santiago Lindsay en 1858, definiéndolos como "crímenes inhumanos que se han hecho comunes". Véase L. A. Romero, "Condiciones de vida de los sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895", *Nueva Historia* 3, no. 9 (1984): 57. Numerosas denuncias judiciales se hicieron en contra de los autores de este delito a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Véase Archivo Judicial Parral, 14 de julio de 1839, etc.

CUADRO 2. Abandono e ilegitimidad. 1876-1910
(en porcentajes)

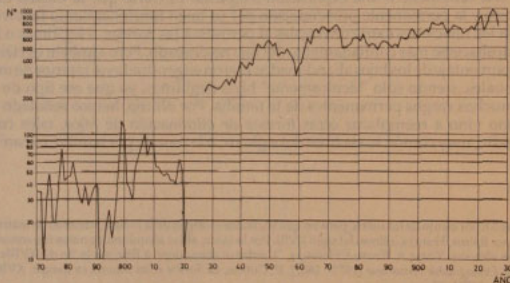
Período	Porcentaje de niños abandonados		
	Ilegítimos	Legítimos	Desconocidos
1876-1880	90.2	9.2	0.6
1881-1885	89.7	10.3	0.0
1886-1890	81.9	18.1	0.0
1891-1895	77.5	22.5	0.0
1896-1900	81.5	18.5	0.0
1901-1905	81.0	19.0	0.0
1906-1910	83.2	15.8	1.0
1876-1910	83.2	16.4	0.4

Fuente: Libros de entrada a la casa de Huérfanos de Santiago, Vols. 12 al 20.

La magnitud y el volumen de los abandonados

La amplitud del fenómeno descrito puede ser visualizada en la curva de larga duración. Más de 100 mil niños abandonados fueron recibidos por los orfanatorios del país entre 1770 y 1926. Pero esta cifra no es más que la punta de un iceberg, cuya profundidad ignoramos por completo. El aumento de los expósitos se explica por un aumento paralelo de los nacimientos, como se puede ver en los gráficos, pero además de las variaciones de larga o mediana duración, las curvas revelan también oscilaciones cortas, que obligan a una confrontación con otra serie de datos.¹⁴ Probablemente uno de cada diez nacidos fue abandonado por la pareja que lo gestó.

GRAFICO 1. Volumen anual de niños abandonados en la Casa de Huérfanos de Santiago. 1770-1926
(Escala semilogarítmica)



14. Un caso elocuente de interrelación coyuntural con alzas del volumen de expósitos, se puede ver en España: la curva de abandonos dibuja dos puntas, que son también las de las crisis económicas y de subsistencia. Véase V. Pérez Moreda, *La crisis de mortalidad en la España interior. Siglos XVII-XIX* (Madrid, 1980). También para el caso específico de Sevilla, puede verse el estudio de León Carlos Álvarez S., *Marginación social y mentalidad en Andalucía Occidental: expósitos en Sevilla. 1613-1910* (Sevilla, 1980). En Chile, las fluctuaciones coyunturales están ligadas a la aparición de oleadas epidémicas, alza de precios, reformas administrativas, conflictos bélicos, crisis económicas, calidad de vida y otras, como ha puesto de manifiesto Manuel Delgado Valderrama en *Marginación e integración social en Chile. Los expósitos. 1750-1930*, Tesis de Maestría, Universidad Católica de Valparaíso, Instituto de Historia, 1986 (inédita).

Las curvas del Gráfico pareciera probar la hipótesis de que el volumen de expositos es directamente proporcional al volumen de la población. En efecto, es muy probable una relación estructural entre nacimientos y abandonos, especialmente en la tendencia de larga duración, sin por ello excluir la incidencia de crisis económicas coyunturales y la permanente amenaza de la "vergüenza pública", o el rechazo social. Ciertamente, no es posible medir el peso de este último factor, pero no es aventurado sostener que él se distribuye en forma constante a lo largo del período analizado.

El volumen del fenómeno en el período colonial no puede entenderse como el resultado de una escasa práctica del abandono. Hay que tener en cuenta que su registro es muy imperfecto en esos años. Además, la ruralización de la sociedad orientaba esta conducta en otro sentido; esto es, en el aprovechamiento de los huérfanos como mano de obra rural.¹⁵ El difundido vagabundaje rural contrasta con el control urbano, en cuyo marco se organizan los orfanatorios.

También parece innegable que esta práctica se dio preferentemente en los sectores pobres de la sociedad. Las clases más pobres son las que aportaban el mayor contingente de expositos, y los cambios de residencia o de lugares de habitación en los centros poblados, que impulsó a estos grupos sociales hacia la periferia, ayudó a incrementar el volumen de abandonos. Una gran parte del contingente de estos niños, lo fue porque sus padres eran demasiado pobres para cuidarlos por sí mismos.¹⁶

Si observamos la procedencia habitacional de los niños recibidos por la Casa de Huérfanos de Santiago, se advierte un claro contraste entre la zona central de la ciudad, donde se concentraban los sectores sociales más acomodados, y el área periférica sur. Entre 1870 y 1920, esta diferencia se fue acentuando en concordancia con un proceso de transformación del hábitat santiaguino, que desplazó los sectores del centro a la periferia.

CUADRO 3. Origen habitacional de los niños abandonados de Santiago. 1875-1920
(en porcentajes sobre el total)

Período	Sector Central (Parroquia de Sta. Ana y Sagrario)	Periferia Sur (Parroquias de San Lázaro y San Isidro)	Otros sectores
1875-1879	17.2	44.8	38.0
1880-1884	18.9	49.0	32.1
1885-1889	12.2	49.4	38.4
1890-1894	9.7	44.4	45.9
1895-1899	10.2	52.7	37.1
1900-1904	10.0	51.2	38.8
1905-1909	9.3	50.0	39.7
1910-1914	5.9	54.8	39.3
1915-1919	2.7	60.1	37.3

La mortalidad

Las estimaciones de la mortalidad infantil en el pasado son reconocidamente elevadas y nada permite esperar una mejor suerte para los niños abandonados en el período que estudiamos. Por el contrario, la mortalidad de los niños acogidos por la Casa de Huérfanos de Santiago fue horrorosa. Las causas se relacionan con la carencia

15. Véase R. Mellafe, "Latifundio y poder rural en Chile de los siglos XVII y XVIII", *Cuadernos de Historia* 1 (1981): 99-100.

16. Véase J. P. Gutton, op. cit., 89; A. Forrest, *La Révolution Française et les pauvres* (Paris, 1986), 171.

cualitativa y cuantitativa de la alimentación, con las tristes condiciones familiares y con enfermedades tales como agitaciones agudas y crónicas, infecciones en general, sífilis, infecciones bacilares, oftalmías, gastroenteritis, escrófulo, etc.

También, a veces, la institución se transformó en un verdadero "depósito de niños muertos", ya que allí los dejaban los padres con el fin de ahorrarse el costo del Registro Civil y sus funerales; entre ellos, niños víctimas de infanticidio e incluso abortos inducidos. Muchos informes del siglo XIX muestran a los padres, ante la inminencia de la muerte de sus hijos, "concurriendo a depositar al menor a la Casa de Huérfanos y así quedan libres de todo apremio [uno a treinta días de cárcel y uno a treinta pesos de multa] por la omisión de todo pago de dinero por el entierro, de todo gasto por el acompañamiento y no pierden tiempo en la tramitación para la sepultura y el entierro".¹⁷

Por otra parte, la concentración de un gran número de niños en una institución desprovista de la infraestructura apropiada implicaba para ellos tristes consecuencias, tanto en el plano de la alimentación como en el resguardo de la higiene y la difusión de las enfermedades.

Las probabilidades de sobrevivencia de los niños abandonados era diferenciada. En primer lugar, en función de la edad, ya que las posibilidades de sobrevivir que tenía un niño abandonado a una edad más avanzada mejoraban notoriamente; estos casos constituían una proporción mínima de los abandonados, pues la mayor parte eran recién nacidos.

CUADRO 4. Edad de ingreso al Hospicio de Santiago de los niños abandonados. 1780-1920 (en porcentajes)

Grupo de edades	Siglo XVIII	Siglo XIX	Siglo XX
0-29 días	98.0	71.2	70.6
1-3 meses	1.9	14.5	12.4
4-9 meses	-	7.0	8.8
1 año	-	2.1	3.1
2 años	-	0.8	4.2
3 años y más	-	2.3	0.9
S/D	-	2.1	-

Fuentes: Libros de entrada a la Casa de Huérfanos de Santiago, Sección Lactancia, Vols. 11 al 24. Archivo Nacional, Contaduría Mayor, Primera Serie: 943, Segunda Serie: 237.

En todos los años examinados, el primer mes desde el nacimiento aparece como el más mortífero para los huérfanos, en proporciones muy superiores a la de los niños nacidos en uniones legítimas. Y frente a la hecatombe que muestran las cifras, los ya altos porcentajes de mortalidad infantil de la época —que conmovieron a muchos contemporáneos—, parecen irrisorios. Dichas tasas, siempre sobre el 600 por mil, hacían que una vez superada la barrera del "primer aniversario", el niño alcanzara una importante victoria sobre la muerte. Las probabilidades de morir disminuían durante la infancia y la adolescencia, aunque siempre dentro de límites de alto riesgo. La tasa de mortalidad juvenil durante el siglo XIX y primeros decenios del siglo XX, fluctuó entre 300 y 500 por mil.

17. Memoria del Administrador de la Casa de Huérfanos de Santiago, Año 1893, Anexo 27, 192-93. Esta práctica de abandonar niños muertos en los hospicios fue muy común en todas partes, y a veces en gran cantidad. En algunas regiones italianas, los orfanatorios recibieron el nombre de "pequeños cementerios", por el número de niños muertos que recibían. Véase Giovanna Da Molin, *L'infanzia abbandonata in Italia nell'età moderna*. Aspetti demografici di un problema sociale (Bari, 1981), 69-99.

Los índices de mortalidad son muy elocuentes para mostrar el fatal destino que esperaba a las tres cuartas partes de los niños abandonados. El seguimiento de cada cohorte de expósitos de un año dado permite constatarlo con la mayor crudeza:

CUADRO 5. *Mortalidad por cohorte de los expósitos. 1876-1925 (0-7 años)*
(en porcentajes)

Período de observación	Tasa general de mortalidad
1876-1885	813
1886-1895	802
1896-1905	760
1906-1915	735
1916-1925	736

Fuente: Libros de Entrada a la Casa de Huérfanos de Santiago, Vols. 10 al 27.

Esta situación se advierte desde los orígenes de la Casa de Huérfanos, a mediados del siglo XVIII, ya que una de las razones que se invocaron para fundar el Asilo fue la gran cantidad de niños abandonados que se veían en Santiago, de los cuales la mayoría moría en la calle.¹⁸ Algunos informes emitidos a fines del siglo XIX ponen crudamente de manifiesto la precaria condición de los asistidos; uno de 1891 expresa que "la miseria y el vicio . . . engendran hijos atroficos, escleróticos, tuberculosos, sifilíticos. Algunos deformados por los manejos para disimular su embarazo, otros enviados de dos o tres días nacidos, sucios hambrientos y agonizantes"; otro de 1910 concluye que "ordinariamente llegan enfermos los niños y muchos de ellos en un estado de salud verdaderamente deplorable".¹⁹

Los altos riesgos de muerte a que se veían sometidos los niños abandonados en la Casa de Huérfanos fueron percibidos por los propios administradores de la institución, los que propusieron medidas para mejorar las condiciones de vida y la alimentación de los niños recibidos a muy tierna edad. Se adoptaron sistemas de alimentación artificial para suplir la falta de "amas de pecho" (nodrizas que amamantaban a los recién nacidos a cambio de un salario), y luego se dispuso que todos los niños debían permanecer los primeros meses de edad en la propia Casa, al cuidado de las "amas" internas que vivían en el Asilo. Sólo al tercer mes se autorizaba que fueran entregados en crianza a "amas" de fuera. Se llegó incluso a instituir premios especiales para las amas que devolvieran a los niños más sanos y robustos. Sin embargo, la mortalidad siguió siendo elevada, ya que entre 1875 y 1879 el 238 por mil de los niños abandonados en el Asilo murió antes de cumplir un mes de edad, y entre 1915 y 1919 el 643 por mil de los ingresados murió antes del año.

También se intentó precisar las causas de tan alta mortalidad. De acuerdo con los informes, la primera era "las malas condiciones en que el niño es abandonado y después de una penosa gestación". En seguida, se atribuía a las deficiencias higiénicas, sanitarias y alimenticias de la atención prestada a los pequeños. Por último, se responsabilizó al escaso número de nodrizas encargadas de satisfacer las necesidades nutritivas de los huérfanos recibidos. Sin embargo, el entregar la crianza del niño a una nodriza fuera de la casa no representaba ninguna seguridad de sobrevivencia.

Los crudos informes de los administradores no se cansan de repetir las tristes condiciones en que se recibía a los niños: "Residuos de la sociedad, nacidos prematu-

18. Archivos Ministerio del Interior, Vol. 407. Carta de Nicolás de Aguirre.

19. Memorias del Administrador de la Casa de Huérfanos (en adelante MACH), 1891, 297; y 1910, 67.

ramente enfermos, molestados en sus primeros meses de vida fetal con intentos criminales, hijos del vicio y de la miseria, en su mayor parte enfermos, hambrientos, sucios, moribundos", se decía en 1900. Otro informe agregaba que "un gran número de enfermos llega moribundo a la Casa o simplemente sus cadáveres".²⁰ Entre los males más frecuentes se contaban la alergia, oftalmía purulenta, enfermedades intestinales y la sífilis hereditaria. En realidad, la gran mayoría de los expósitos ingresó al Asilo con alguna enfermedad, como lo demuestra el cuadro siguiente, confeccionado con datos de las memorias del Administrador de la Casa de Huérfanos.

CUADRO 6. Estado de salud en que son recibidos los niños abandonados en la Casa de Huérfanos de Santiago. 1886-1909

Período	Niños recibidos	Enfermos (N)	Graves y agónicos	Total enfermos	%
1886-1889	2.076	1.554	—	1.554	74.9
1890-1899	5.784	3.759	431	4.190	72.5
1900-1909	7.178	3.098	1.060	4.158	58.0

Es muy probable que las cifras anteriores estén subestimadas, ya que no siempre era igualmente riguroso el examen médico a que se sometía al niño. Incluso muchas veces el examen fue practicado por una Hermana de la Caridad. En un solo año, 1893, se recibieron 515 niños, de los cuales 7 fallecieron antes de las veinticuatro horas de recibidos, 185 en la semana siguiente y 183 antes de cumplir los dos meses. En 1899 se recibieron 603, de los cuales 27 murieron en las diez horas siguientes y 35 antes de las veinticuatro horas. O sea, 45 en un sólo día. El propio administrador de la Casa solicitaba a una mujer que entregaba un niño que "lo tuviese en sus brazos los pocos minutos que le quedaban de vida y constatará la muerte que efectivamente sobrevino un momento después".²¹

Las condiciones ambientales en que el niño recibido en la Casa vivía los tres primeros meses eran deplorables. La estrechez del local obligaba a hacinar a los huérfanos; se instalaba hasta ochenta niños en una sala habilitada para recibir sólo veinte, lo que significa que cada cuna recibía cuatro recién nacidos. No había tampoco ningún aislamiento de los niños enfermos, por lo que las enfermedades contagiosas como el sarampión, coqueluche, difteria y gastroenteritis se propagaban con gran rapidez. Muchas veces los propios funcionarios entregaban niños mayores de tres meses ya enfermos a nodrizas asalariadas, para —como lo anotó uno— "ir a probar suerte antes de que se aniquilen ellos mismos quedándose y perjudicando a los demás".²²

Las nodrizas

Las nodrizas o "amas" eran un pilar fundamental del funcionamiento de la institución. En la misma Casa, las "amas de pecho internas" eran la única fuente de alimentación de los menores abandonados en los primeros meses de vida. En los meses siguientes debían cuidarlos las "amas externas", que los recibían por un salario en sus hogares particulares. Los informes administrativos señalan siempre el escaso número de amas que se lograba reclutar, no obstante que no se era muy severo en hacer cumplir las

20. MACH, 1900, Anexo V, 118 y Anexo B, 261.

21. MACH, 1902, Anexo D, 88-89.

22. MACH, 1903, Anexo E, 160.

exigentes condiciones que se suponía debían cumplir. En 1901 se presentaron 331 mujeres para servir este oficio, y se rechazaron 28. Sólo no se aceptó a aquellas que presentaban alguna falla orgánica, que eran mayores de cuarenta años o que no tenían leche suficiente. Para paliar el "déficit", la Casa entregaba más de un niño a cada ama, llegando algunas a recibir hasta cuatro. Entre 1797 y 1818 se recibieron 1.388 niños abandonados, y en el mismo período se contó sólo con 630 amas. De ellas, 141 criaron dos niños; 63, tres; 32, cuatro; 6 amas criaron ocho niños cada una, llegando una mujer a criar diez.

Las amas internas eran las más difíciles de conseguir. En los años 1901 y 1902 se contrató sólo a 230 y se recibieron en cambio 1.332 huérfanos, con una proporción superior a seis niños ingresados por cada ama contratada. Luego de aceptar el trabajo, las mujeres eran sometidas a un régimen de sobrealimentación; sin embargo, rara vez eran capaces de alimentar a más de un niño. Además de la alimentación reforzada, la institución les aseguraba vivienda, aseo y asistencia médica. Se las sometía a un estricto control para impedirles el contacto con el exterior, garantizando de este modo el resguardo de la higiene. Pero estas condiciones hacían muy poco atractiva la ocupación. También la miserable condición de los niños detenía muchas veces el interés de las mujeres por emplearse como nodrizas. "A menudo se consiguen amas, pero una vez que ellas ven los seres que tienen que alimentar, se retiran inmediatamente por la repugnancia que les inspiran. No puede suceder otra cosa con la vista de niños completamente demacrados o cubiertos de la piel tan repugnantes, que no se puede mirarlos sin inspirar un sentimiento de repulsión, quien quiera que sea el que los observe".²³

Las condiciones en que se desarrollaba la crianza de los niños fuera de la Casa de Huérfanos tampoco eran excepcionales, de modo que sólo atenuaban los riesgos de muerte. Los cuidados que les prestaban las amas eran siempre negligentes. El salario que se les pagaba, nunca superior a cinco pesos, se ocupaba más en las necesidades del hogar que en las del niño. A veces residían en lugares tan alejados como Buin, Pirque, Malloco, Isla de Maipo, etc. Además, casi todas eran familias de condición muy humilde. De acuerdo a la reglamentación, estas mujeres no debían tener un hijo propio que alimentar; se obligaban a amamantar al niño con leche de pecho; no debían vivir a más de tres kilómetros de distancia de la Casa; no podían criar simultáneamente a más de dos expósitos y debían devolver al niño a la Casa en cuanto éste presentara algún síntoma de enfermedad. Sin embargo, en la práctica ninguna de estas exigencias pudo cumplirse.

Entre los años 1894 y 1909 se pudo hacer una distinción del lugar en que residía el niño al momento de su muerte. Estas cifras muestran que la inseguridad o el riesgo de muerte era igualmente alto fuera del Asilo.

CUADRO 7. Distribución de la mortalidad de los huérfanos. 1894-1909

Período	A Total de niños muertos	B Residentes en la Casa		C Retornados a la Casa		D En poder de Ama		C + D	
		N	%	N	%	N	%	N	%
1894-96	1.269	772	60.8	261	20.6	236	18.6	497	39.2
1901-03	1.613	958	59.4	493	30.6	162	10.0	655	40.6
1907-09	1.606	880	54.8	522	32.5	204	12.7	726	45.2

23. MACH, 1900, Anexo B, 259-61.

El cuadro anterior muestra que más del 40 por ciento de los niños que morían en un año habían retornado a la Casa de Huérfanos después de un período variable en el hogar de la nodriza, o seguían en poder de ellas. En otras palabras, la inseguridad frente a la vida se prolongaba durante toda la niñez.

Conclusiones

La generalizada práctica de abandonar a los hijos no debe ser vista como una actitud de indigna irresponsabilidad paternal. En muchos casos, el niño abandonado llevaba marcas o señas que hablaban de la intención de recuperarlo en el futuro, y de hecho algunos padres o parientes volvían un tiempo después para llevárselo. Pero estos casos eran la excepción, pues la gran mayoría moría. Probablemente, para nuestra actual sensibilidad, la muerte de un bebé, dado que ocurre excepcionalmente, es motivo de asombro; pero las sensibilidades de un pasado no muy lejano se movían dentro de conductas mucho menos susceptibles. Como se ha dicho, ellas estaban "embotadas por la banalidad de una hecatombe",²⁴ en la que por lo menos dos de cada cuatro niños nacidos morían antes de cumplir el año. Tal situación, repetida casi inexorablemente, terminó por resignar a los padres. La fórmula "Dios me lo dio, Dios me lo quitó" expresaba esa resignación frente a la muerte y, por extensión, un cierto fatalismo para concebir la procreación y la proyección futura del hijo. La conducta colectiva de esta sociedad se expresó por un acostumbramiento ante la elevada mortalidad de niños; no obstante lo cual, las todavía mayores proporciones de mortalidad de niños abandonados tuvieron indudable impacto. Innumerables observaciones de los responsables administrativos de la época, de encargados de instituciones benéficas y de legisladores, llamaron la atención sobre este desmesurado volumen de muertes, y aunque no siempre fueron oídos, es innegable que el hecho no fue desconocido por la población.

Ya hemos hecho referencia a la hipótesis sustentada por A. Fauve-Chamoux, para quien la concepción cristiana de la vida y de la muerte permitía aceptar la muerte de un niño inocente como la voluntad de Dios que, en último término, evitaba a ese niño los sufrimientos de una vida desgraciada y los peligros del pecado. En el pasado se sentía que la muerte de un niño inocente decidida por Dios hace un bienaventurado en el cielo y un desgraciado menos en la tierra, sostiene esta autora, cosa muy diferente de un aborto producido o de un infanticidio que, en cambio, se sabían crímenes.

Tampoco puede ignorarse el "impacto emocional" que supone para los padres o la madre el abandono del hijo. Pero es indudable que este impacto se atenúa ante la eventualidad mucho más angustiada y urgente que representa conservar el hijo, ya que la extrema pobreza le asegura a éste una inminente muerte por inanición o, en otros casos, la vergüenza pública y el rechazo del grupo para la madre y el hijo. Esto último debe haber pesado más fuertemente en los muy incipientes "sectores medios" de la comunidad, cuyas solidaridades eran todavía muy tenues y sus normas y conductas morales escasamente socializadas.

24. A. Fauve-Chamoux, "Innovation et comportement parental", *op. cit.*, 1028.

Ser niño 'huacho' en la historia de Chile (Siglo XIX) *

Gabriel Salazar V.

Investigador de SUR, Centro de Estudios Sociales

I

CULPA Y LLANTO DE ROSARIA ARAYA

Un mes antes de su muerte, Rosario Araya invitó a dos de sus hermanos a subir a pie un monte que distaba más de una legua del rancho en que vivían. Ella quería retirar de allí un buey suyo, que había muerto al caer en un barranco. Semejante caminata, que en sí no era nada fuera de lo común para los descabalgados campesinos pobres del valle de Illapel, constituía para ella —al decir de José Simeón, el gobernador— una "agitación extraordinaria". Pues era que ella, soltera de 26 años, estaba en el octavo mes de embarazo, y ya desde el sexto su barriga "se había manifestado demasiado crecida" (había sido embarazada por Matías Vega, peón de 26 años, soltero del mismo valle).

A pesar de su gran barriga, Rosario Araya no sentía "ninguna incomodidad ni adolencia alguna". Al contrario, se mostraba "siempre ágil para trajinar", lo que maravillaba a todo el mundo, puesto que no comía nada. O casi nada. Su única obsesión era engullir grandes cantidades de chagurires, "por el fresco de ellos". De modo que cuando subió al monte con sus hermanos para rescatar a su buey desbarrancado, se detuvo continuamente en el camino para tomar chagurires y estrujarlos en su boca. Así pudo sentirse ágil y animosa para, a pleno sol, descuerar el buey, cortar una de sus piernas "y para traer ésta i el cuero a la rastra asta su casa".

José Simeón estaba asombrado por la vitalidad de Rosario Araya. Sobre todo, al saber que ella, después de esa subida, "iso otra, también al cerro, casi a igual distancia, i en la que anduvo sin fatigarse". Era de verdad increíble. Sin embargo, ya por este tiempo "no pudo dormir de ninguna manera sino sentada", y al frisar los nueve meses se hizo necesario prestarle ayuda cuando quería pararse, debido al mucho peso de su barriga. Aunque "puesta de pie, pudo siempre andar i ocuparse en los quehaceres domésticos".

José Simeón tenía razón: Rosario Araya era una joven campesina de mucho ánimo y vitalidad.

El día catorce de setiembre del presente año de 1845, entre cuatro i cinco de la tarde, le principiaron los dolores.

55

* Ponencia presentada al Seminario "Sociedad Agrícola y Minera Chilenas en la Literatura y en la Historia", del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago, julio 1989.

Se dio aviso a la madre. Se hizo venir a Damiana Soto, para que colaborase en el parto. Y sin mayores complicaciones, como a las siete y media de esa misma tarde, vino el parto, naciendo un varón. Unos instantes después "también vino la par", con lo que la parturienta se sintió más aliviada. Viendo eso, las comadronas "la echaron a la cama, quedando con algunos dolores, aunque pequeños".

Durante dos días, Rosaria Araya permaneció en cama, "con dolores muy lentos". Su enorme barriga estaba también allí. Latente. Sin deshincharse. Como en obediencia a una voluntad propia. Trascendente a la vida del hijo que había expulsado fuera de sí. Rosaria Araya comenzó a tenerle miedo. Se puso tensa.

Entre ocho y nueve de la mañana del tercer día, la gran barriga comenzó a retorcerse con dolores rápidos y agudos. Rosaria comenzó a perder el control de sí misma. Corrieron a buscar a Pascuala Barrera, "la que abiendo venido muy pronto, i pulsando a la paciente, dijo que era parto". Previendo un parto difícil, la madre hizo llamar a un hombre, "para que las ayudase teniéndola". A las diez de la mañana nació una mujercita, seguida de la par.

Tras su segundo parto, Rosaria Araya no mostró síntomas de fatiga alguna. Se sentía bien. Recibió un poco de caldo y pidió jugo de chagurires. Todo pareció entonces normalizarse. Pero otra vez, como a las once, "le apuraron nuevos dolores, y en término de una ora nació otra hembra, i luego salió también la par".

Fue entonces cuando, todavía bajo el peso de su gran barriga, Rosaria Araya estalló en una gran desesperación.

Por esta tercera se afligió la paciente demasiado, recordando su pobreza i la de sus padres, diciendo que aria con tantos ijos i como se veria para criarlos pues era tan pobre, por lo que deséo mas bien morir.

La madre y las otras personas que la auxiliaban se esforzaron por consolarla y tranquilizarla. Que no se afligiera. Que no iba a morir. Que todos la ayudarían a cuidar de sus hijos. Al rato, Rosaria pudo al fin relajarse y dormir algunos minutos. Algunos de los presentes se retiraron. Pero, con violencia, a eso de la una y media, la barriga comenzó a retorcerse de nuevo. Los violentos dolores se prolongaron por casi tres horas. Y eran las cuatro bien pasadas cuando de la enorme barriga emergió otra hembra.

Entonces lloró, se lamentó, i exclamó al cielo, nuevamente, gritando que la privase de la vida, pues se creia ser la crítica de todos por aber parido tanto niño, i lo peor, no tener con que alimentarlos.

En medio de sus gritos y llanto, los dolores atacaron nuevamente. La partera hizo decir que sólo era la par. Mas

... la paciente se afligió tanto, creyendo que era otra criatura, que la partera retrocedió, i entonces ella, sintiendo un gran dolor, dijo que iba a morir muy pronto, i abló a su madre, pidiendole perdón, como tambien a todos los que la auxiliaban, i dando un fuerte quejido, al momento, expiró.

Como en un eco, sólo quedó un largo, tembloroso silencio.

Los que la auxiliaban —contó José Simeón— dicen que murió con bastante barriga. Que era muy probable que, todavía, contuviese otras criaturas. Pero ya nadie quiso averiguarlo, "i conociendo que estaba muerta, sólo trataron de amortajarla".

Las criaturas que alcanzaron a nacer fueron, pues, cuatro: un varón y tres hembras. Según José Simeón, todas ellas fueron muy crecidas y robustas, "tanto como el que nace solo". El varón fue llamado José María, "i se cria en la casa de Juan Godoy, recojido en esta por caridad". La mayorcita de las hembras se llamó Mercedes del

Rosario, "i la cría escasamente Damiana Soto, pues es demasiado pobre". La que seguía fue llamada Carmen de Jesús: "está en casa de la abuela en la mayor escasez por su pobreza". Y la menor se llamó, simplemente, Jesús, "i la cría Damiana Vega, también en mucha pobreza".

Las personas que auxiliaron a Rosaria Araya en el día de su culpa y llanto cumplieron, pues, lo que habían prometido: criar a sus hijos con la ayuda de todos.

También la muerte que en ese mismo día Rosaria Araya clamó a los cielos para escapar de la culpabilidad de tener tantos hijos en tan grande miseria, le había sido concedida. Pero la "mucha pobreza" que Rosaria había sentido cernirse sobre sus criaturas—como otra muerte mucho peor—no fue exorcizada. Cuando menos, no su ataque definitivo de largo plazo. Pues, para el tiempo efímero, José Simeón, el gobernador, consiguió un paliativo: informó del caso al intendente de Coquimbo, Juan Melgarejo. Impresionado por lo que consideró "un suceso extraordinario", Juan Melgarejo remitió los folios al ministro del Interior, Manuel Montt. El ministro, igualmente impresionado, *pasó un oficio al Presidente, Manuel Bulnes*. Se decretó que los hijos de Rosaria Araya fueran alimentados y más tarde educados "a cuenta del Tesoro Público".

Al descubrir los folios de José Simeón entre los legajos archivados del Ministerio del Interior, decidimos averiguar cuánto duró el exorcismo que lanzara ese gobernador contra la "mucha pobreza" que se cernía sobre las criaturas de Rosaria. Hallamos que, durante tres años sucesivos, la Intendencia de Coquimbo registró en sus libros la ayuda concedida para la crianza de esos niños. Y que, desde fines de 1847, obstinadamente, los folios guardaron silencio.

En realidad, el gobernador de Illapel sólo había obtenido una 'caridad de Estado'. Un paliativo transitorio, emanado de la emoción filantrópica experimentada por las autoridades estatales frente a "un suceso extraordinario". Como tal, no fue suficiente para salvar a las criaturas de Rosaria de su temido destino histórico. Mucho menos lo fue para la muchedumbre de niños chilenos pobres que, entre 1840 y 1920 fueron tenazmente mordidos por ese mismo destino.

Es por eso que la culpa y llanto de Rosaria Araya constituyó, históricamente, un hecho premonitorio. La 'anunciación' de la angustia y culpa de las mujeres pobres que parieron sus muchos hijos en pobreza. Ese fue el pórtico normal de entrada de los niños pobres a ese tramo de la historia de Chile. Y es también por eso que el "extraordinario suceso" sufrido por Rosaria constituye el pórtico introductorio de este trabajo.¹

II

PAPA Y MAMA; O "ESTAR DE MAS" SOBRE EL CAMINO

¿Esperaban ustedes otra cosa?: Mateo Vega, el peón que engendró las criaturas de Rosaria, no se hizo presente el día del parto. Tampoco había aparecido durante el último tiempo del embarazo, porque, de haberlo hecho, ¿no habría ido con ella al monte a rescatar la pierna del buey desbarrancado? No compadeció la angustia final de Rosaria. No se hizo cargo de ninguno de los niños. ¡Ni el mismo José Simeón lo mencionó para otra cosa que no fuera para decir que era él quien había embarazado a Rosaria! El Gobierno, en consecuencia, dio al padre por inexistente (o por incompetente), pues en todos los documentos oficiales sólo se habló de "los hijos de Rosaria Araya".

1. Basado en el Informe del gobernador de Illapel, José Simeón Vicuña, al intendente de Coquimbo. Archivo del Ministerio del Interior (en adelante AMI), Vol. 146, fs. 547-51. Véase también volúmenes de la Intendencia de Coquimbo, 1845 a 1847.

No es cosa de maravillarse, sin embargo, por el comportamiento irresponsable de Mateo Vega. Porque, cuando se tenía un padre como ese Mateo, es decir: un simple "peón", entonces había que hacerse la idea de que papá no era sino un accidente —o una cadena de incidentes— en las vidas de su prole. Los hombres como Mateo no formaban familia. Se sentían compelidos, más bien, a "andar la tierra". En camino a otros valles, de vuelta de otros fundos, en busca de otras minas. Escapando a los montes. Atravesando la cordillera. Apareciendo, desapareciendo.² Dormían a cielo descubierto, o "paraban" en cualquier rancho disperso que hallaban en su travesía (un rancho, tal vez, como el de Rosaria). Sus hijos, por lo tanto, no dormían junto a ellos. Tan solo se "noticiaban", de repente, de que su padre andaba en los cerros de tal parte, arreando quién sabe qué tropillas de animales. O que estaba en los valles de Coquimbo, donde lo habían visto oficiando de pallaquero. O en eternizadas conversaciones de negocios, en el pueblo vecino.³ Y aun podían pasar años sin que se tuviese el menor "noticiamiento" de él. Hasta que alguien avisaba que estaba preso, que lo habían herido en un ríñon de borrachos. Que lo habían visto convicto, enjaulado y engrillado, reparando el camino del puerto. O que lo habían agarrado en una leva, que lo habían hecho servir en el Ejército, que se había desertado. Que, en fin, se había hecho cuatrero.⁴

Así, poco a poco, de pura ausencia y "noticiamiento", un papá del tipo de Mateo Vega se iba transformando, en la mente de sus hijos, en una especie de leyenda. En un padre legendario. Legendario, pero inútil. A veces admirado y deseado, pero las más de las veces temido y rechazado. Pues, a fin de cuentas —o sea, cuando los hijos ya no eran más niños—, no resultaba ser más que un desecho de la sociedad.⁵

¿Cuán efectivamente culpable era, sin embargo, un papá como ése?

Todos sabían que un "peón-gañán" no podía, ni él mismo, mantenerse con el jornal que pagaban entonces por su trabajo. Que las más de las veces se le forzaba a trabajar "a ración y sin salario". Que, por hallarse en el camino y sin ocupación —es decir, sin una papeleta que atestigüase que tenía "amo"—, se le consideraba un "vagabundo mal entretenido", y que por considerarse al vagabundo un estado "de suyo" pre-criminoso, se le acosaba y se le perseguía. Era un sospechoso de nacimien-

2. "En marzo se fue para abajo en el mismo caballo alazán. Cuando salió, se alojó en las Sienequillas en casa de Berna Barrientos. Al otro día salió y fue alojar al Portezuelo de Durán, donde un ovejero ... al otro día fue alojar a Puanuple, lugar donde habitan solo ladrones, y no comerció ... Al siguiente día fue a parar a las Piedras de Amolar, donde Domingo Moreno, y al siguiente a la orilla de Cauquenes, donde un hombre que no conoce ... De allí fue a alojar a Tucapel, donde Domingo Albornoz, estuvo como dos semanas, y se fue para la orilla del Maule donde su tía Mercedes. Allí estuvo como quince días y dejó el caballo alazán y en una bestia de su primo fue para Migres". Declaración de Juan José Jaque, peón y ex-soldado, al escribano militar de Concepción. Archivo de la Intendencia de Concepción (en adelante AIC), Vol. 197, julio 15 de 1840.

3. "Estimado Padre hase mucho qe no savemos de V. asi es qe le suplica mi madre qe le escriba sin perder tiempo si como le va por alla asi para qe tiempo viene le anoticio qe mi madre esta muí enferma i nuestra casa se quiamo asi es qe vivemos abajo en una casita qe acomode como pude i pues e bendido mi cavallo i montura pa conseguir tablas para acomodar una casa para vivir i poner nuestra comida sin mas deseosos mi mejor salud i felicidad i rresiva memoria de mi madre i toda la familia su hijo qe B. desseo. Crisanto Villarreal, P. Montt, 5 de julio de 1869". AML, Vol. 536, s/f.

4. "Que habiéndose ido para la capital, lo agarraron de recluta, y dentro de soldado del Número 7, donde sirvió un año y tres meses. De allí desertó del puerto de Valparaíso, estando a bordo para embarcarse ... se fue a la capital, allí lo agarraron y dentro a servir al Número 4 ... desertó ... anduvo a escondidas y se hizo cortar el dedo pulgar a fin de inutilizarse". Declaración de Pedro Ramírez, peón. Archivo Judicial de San Fernando (en adelante AJSF), Leg. 195, Pieza 7, 1825.

5. "Por cuanto he sido informado por personas de cristiano celo que Clemente Maturano, mulato, es público ladrón, salteador, ocioso, vagabundo ... apocentándose de día en los montes y saliendo a robar de noche, andando con mujeres ... con poco temor de Dios". AJSF, Leg. 185, P. 19.



"ASI, POCO A POCO, DE PURA AUSENCIA ..."

(ca. 1920)

Archivo Fotográfico Universidad de Chile

to.⁶ ¡Pobre papá! Daba lástima. A veces, como merodeando, aparecía por el rancho de mamá. Como un proscrito culpable, corrido, irresponsable. Despojado de toda aureola legendaria. Traía regalos, claro, algo para mamá: una yegua, un cabrito, una pierna de buey. Pero venía siempre acompañado. Un 'socio' de mirada torva, oscuro, tan proscrito como él.⁷ Se 'aposentaba' en casa por tres o cuatro días, pero apenas si, de lejos, echaba una mirada a sus hijos. ¿Para qué más? Permanecíamos mutuamente distantes, como extraños. Hasta que de pronto la visita terminaba, generalmente, en una borrachera o en un violento altercado con mamá. Cuando se iba—casi siempre en dirección al monte—el aire se nos hacía más respirable. Más fino y transparente. Que se vaya. Que se pierda en el polvo de sus caminos. ¡Que siga 'aposentándose' por allí, embarazando mujeres y desparramando "huachos"!

Ustedes dirán: no todos los hombres eran del tipo de Mateo Vega. Que el caso de los famosos "inquilinos" era diferente. Porque éstos, bajo el amparo del señorial sistema de hacienda (autoridad, organización, respeto), tuvieron que hacerse más caseros, fundando con mamá familias estables y numerosas.

Es cierto. Somos muchos los chilenos que provenimos de las familias que esos "inquilinos", bajo tal sistema de amparo, lograron levantar. Pero ¡cuidado!, no por destacar las diferencias entre el "peón-gañán" y el "inquilino" vayamos a caer en el viejo y doble prejuicio de condenar sin más al "roto sin Dios ni Ley", para ensalzar sin más la 'hacienda moralizadora y civilizadora'. Pues, para empezar, ¿han tentado levantar rancho y familia en propiedad ajena? ¿Saben lo que es vivir arranchados bajo el signo de la transitoriedad, traspasados por la voluntad arbitraria del propietario terrateniente? ¿Lo saben? Si es así, ¿se han percatado de la conducta que sigue el papá de carne y hueso que uno ve y toca 'todos' los días? Desde luego: trabaja laboriosamente, de sol a sol, de año a año, para nosotros. Pero mírenlo allá, cerca de las pircas, junto al patrón—que cabalga a su lado como una especie de gigante—: ¿no va sonriente, servicial, presto, extravertido? Y véanlo ahora aquí, dentro del rancho, doblado sobre la mesa: ¿no está iracundo, huraño, autoritario? Allá no es más que un "peón" sumiso, a pesar de su categoría de "inquilino"; aquí, entre nosotros, un capataz de segunda categoría, autoritario, pese a su fama de 'padre de familia'. Pero hay más: ¿no les ha hervido la sangre cuando él deja a los patrones entrar a nuestro rancho, que no vienen a otra cosa sino a divertirse a costa de la mamá, o las tías, o las hermanas de uno?⁸ Claro, él sabe perfectamente que no puede impedir que ellos ejerzan su derecho de meterse a nuestro rancho y de "chacotearse con las niñas", pues, después de todo, junto con nuestra casa, nuestra familia también es como propiedad de ellos.⁹

6. "Su oficio ha sido desde su nacimiento el robar caballos, mulas, vacas y cuanto ha encontrado". AJSF, Leg. 192, P. 37, 1819. Libelo contra Juan de Dios Cartagena, peón.

7. "Que hacia algunos meses que llegaba Agustín Arevalo a casa de su hermano y que en algunas ocasiones había traído carne de vaca. Que también han llegado allí dos amigos, el uno se llama Pedro y el otro Antonio, que el tal Pedro tiene un machetazo en la frente... Que en el poco tiempo que había estado en la casa de Bartolo Pavez había visto llegar a dos hombres que no conocía y que también llegaba su marido, el cual se llamaba Agustín Arevalo, alias Camancho o Chachapoya... Que hacían más de cuatro días que no veía a su marido". AJSF, Leg. 193, P. 9, 1820. Declaraciones de los testigos María de los Santos Pavez y de Micaela Arriagada.

8. "Mis hermanas tocaban la guitarra y el arpa y sabían cantar muy bien. Los patrones entraban siempre a la casa a reirse, cantar y chacotear con ellas, chanceándose con nosotros. Un día Carmelo, a quien no le gustaban las bromas de los patrones, le tiró el agua sucia de un cántaro encima de uno de ellos, que ese día andaba vestido con un traje blanco". Benito Salazar O., "Vida de Carmelo Salazar" (manuscrito inédito), 24.

9. "... habiendo el grande abuso de que si algún pobre logra, a cuenta de su trabajo... el arriendo de alguna porción de terreno, se le duplica el valor de lo que se debe pagar a medida de la voluntad de su dueño, y está expuesto a que lo arrojen de ella con motivos muy ligeros". T. P. Haenke, *Descripción del Reyno de Chile* (Santiago, 1942), 195.

Por todo eso —y otras cosas más— papá "inquilino" hacía poca noticia. No llegaba a desarrollar en torno suyo ninguna aureola legendaria, ni siquiera como la de los peones-cuaterros. Papá "inquilino" era un hombre ostentosamente sometido, precisamente en presencia y ojos de todos nosotros, sus muchos hijos. No nos producía ni admiración a la distancia ni rechazo por su cercanía, sino, simplemente, desazón. Desilusión.¹⁰ Algo así como una rabia sorda que crecía dentro de uno, a medida que el niño se hacía muchacho, y el muchacho —óigase bien— se hacía "peón".

Sólo cuando éramos muy niños. Cuando había que acompañarlo a potreros distantes —por ejemplo, para hacer carbón—, entonces, allí, en soledad, hundidos en el silencio de los cerros, lográbamos establecer con él una relación cálida. Íntima. Allí se nos aparecía el papá que esperábamos: sabio, poderoso, capaz de hacer cualquier cosa y de enseñarnos todo.¹¹ Pero el papá "inquilino" no siempre se escapaba de la hacienda en compañía de su hijo menor. También lo hacía junto a los otros inquilinos —o con el mayordomo o el mismo patrón—, y no a la intimidad de los cerros, sino al mundillo ardiente de la pulpería o chingana del pueblo cercano. Entonces no era ni cálido ni sabio, sino un estúpido borracho a caballo, que las emprendía a rebencazos contra otros parroquianos, o contra sus perros —que lo seguían en manadas a todas partes—, o contra sus hijos que, también en manadas, lo esperaban en su rancho.¹² Así, de esta manera, los buenos recuerdos de papá comenzaban a diluirse, ahogados en hechos de violencia. O en los terribles alegatos que estallaban cuando él trataba de atar a sus hijos mayores, de por vida, como "peones obligados" al servicio de la hacienda. Así, con el paso de los años, la imagen de nuestro papá "inquilino" se nos iba tornando, de verdad, más y más insoportable. O prescindible. Es que el viejo, para ascender en la jerarquía patronal, terminaba por convertirse en un rabioso capataz del orden que lo destruía a él y a todos nosotros como personas. Se fue convirtiendo en un patroncillo de tercera clase, que peonizaba "a ración y sin salario" a sus propios hijos, o por un mísero salario a los hijos de otros inquilinos. ¿En qué se convertía, a fin de cuentas, nuestro papá "inquilino"? En un hombre apocado, servilizado, apatronado, sin agallas propias, y en un proyecto familiar sin destino ni dignidad. Si uno quería ser un 'hombre' de verdad; o sea, un hombre digno, dueño de su propia vida y libre conductor de su propia familia, entonces no podía uno escogerlo a él como modelo. Así que no tenía sentido quedarse al lado de él. Había que abandonarlo, apenas fuera posible. Había que echarse al camino, buscar por otros lados. Y si él quiere quedarse allí, atado

10. "Mi padre ganaba una miceria como vaquero del fundo, que no le alcanzaba siquiera para sus propios gastos. Su sueldo era de 7 pesos mensuales y lo ocupaba asta de noche a veces el patrón. Cada vez que el patrón quería ir a reboterla al casino del pueblo con sus amigos obligaba a mi padre que lo acompañara, en el casino le daba sus copas de licor para que no se aburriera de esperarlo... se venían los dos... con vastantes copas en el cuerpo... yo me acostaba medio vestido y me estaba alerta... lo ayudaba a bajarse del caballo, lo llevaba a la cama, le zacaba las espuelas, las botas... lo ayudaba a desvestirse". Benito Salazar O., "Vida de Benito Salazar Orellana, escrita por él mismo" (manuscrito inédito), 65-67.

11. "Una noche me comidó mi padre para que fueramos a pescar vagres en el estero, y fuimos los dos. Llevamos dos anzuelos con sus respectivos gusanos, y nos instalamos al lado de unas grandes matas de sauces llorones... que son los que crían grandes champas en el agua con sus raíces y que sirven de criadero para los vagres... estuvimos harto rato... el vagre que había pescado hera grande y como corcobeaba tanto debajo del agua yo no lo podía levantar, entonces acudío mi padre y me alludó... qué gusto y algazara tuvimos los dos con el vagre y lo llevamos a la casa en triunfo... mi padre les contava cómo lo había sacado yo". B. Salazar, "Vida de Benito...", 12-14.

12. "... en la noche del día de ayer como a las doce, llegó mi marido José de la Cruz Vergara a mi casa un poco vevido de licor, i habiéndose acostado con la esponente en su cama, en la cual tambien dormía el obeso Juan Agustín Vergara, este último principió a llorar, en estas circunstancias le pegó mi espresado marido algunas palmadas i como continuase llorando, lo tomó de los piez y dándole un fuerte golpe hacia el suelo lo arrojó después a mi cama, apareciendo por consiguiente enteramente muerto". Archivo Judicial de Talca, Leg. 917, 30 de julio de 1871. Declaración de Proserpina González.

a la tierra de otro, ascendiendo bajo el despotismo de otro, allá él. ¡Que se entierre en su servilismo! Y si eso significa rodar por allí sin familia, sin otra tierra bajo los pies que el polvo de los caminos, transformados en un "huacho" vagabundo por opción de dignidad, pues, ¡vaya!, que así sea. Es lo mejor. Claro que fue lo mejor. Pues, ¿no han visto cuántos papás "inquilinos" concluyeron, después de todo, por seguirnos? ¿No terminaron casi todos ellos por 'ahuacharse' también, y establecerse como inermes "allegados" en la casa de su hijo "peón" más exitoso? ¿No teníamos razón?¹³

No crean que ya terminamos con esto. De los papás apenas se ha escrito nada. Todavía queda por hablar acerca de lo que pasaba cuando uno era hijo de "parcelero", o de "chacarero", "pirquinero" o, en general, de un empresario de tipo popular. Es decir, hijo de un papá con medios propios de producción. 'Medios propios de producción'. . . Suena bien, ¿no? Un papá-empresario, dueño de su propio proyecto de trabajo, gestor de un incipiente proceso de acumulación, conductor de familia propia. En este caso, era distinto trabajar sin salario para él, porque era como trabajar para nosotros mismos. Así que los problemas que encontrábamos en el trabajo productivo los resolvíamos colectivamente. Más aún: festivamente. ¿Cómo no estar alegres, cómo no celebrar, cuando, por ejemplo, levantábamos por mano propia no un rancho transitorio de hacienda, sino una definitiva casa propia de adobe y teja?¹⁴ ¿Cuando cosechábamos nuestro propio trigo, fundíamos metales en nuestra propia fragua o lavábamos arenas auríferas en nuestras propias instalaciones? Papá soñaba con comprar más y más animales, adquirir otros retazos de tierra, levantar un trapiche o una chimenea de ladrillo a fuego para la fragua. Mamá aburría a todo el mundo exigiendo una cocina techada con tejas. ¡Si hasta se preocupaban de enviarnos a la escuela!¹⁵ Fue el tiempo de la infancia feliz. Fue la época en que papá brillaba en torno nuestro, como el sol.

En algún momento, sin embargo —¿bajo qué nebulosidad de infancia comenzó a desencadenarse 'eso'?—, papá se fue poniendo opaco, y mamá triste. Las cosas comenzaron a marchar como con dificultad. De repente, como que no marchaban y sentimos hambre. Comenzaron a desaparecer las cosas que nos enorgullecían, e incluso las herramientas de trabajo. ¿Cuándo comenzó a suceder eso? ¿Fue cuando empezaron a visitar nuestra casa esos futres de la ciudad? ¿Esos agentes de comercio, esos diezmeros, los estanquilleros, los hacendados vecinos, el cura, el juez, el subdelegado, los alguaciles? ¿Cuando, como un latigazo, caían desde el norte, sobre nuestras casas, las levas militares? ¿Fue cuando los "comerciantes habilitadores" se apoderaron por deuda de las minas de los "pirquineros"? ¿Cuando los hacendados, los bodegueros, los molineros y sus aliados despojaron de sus tierras, bueyes y enseres a los labradores que, por deudas, vendían sus cosechas "en verde"? ¿Cuando los mercade-

13. "Entonces me desidí a lo que tenía pensado, de desirles a mis padres que nos viniéramos a Santiago, porque yo no deseaba sembrar más . . . mis dos hermanos mayores ya se habían venido a Santiago y a mí me habían dejado solo con todo el trabajo de la casa, a mí me llenaba de indignación ésto . . . yo, empanatando en el fango y ellos como los futres, en zapatitos y bien terniados . . . encontraron buena la idea . . . mi hermano Carmelo nos llevó a ocupar una enorme pieza que nos tenía arrendada en la calle San Diego 730". B. Salazar, "Vida de Benito . . .", 89-92).

14. ". . . que durante nuestro matrimonio con el dicho mi Manuel compramos 250 quadras de tierras y en ella edificamos una casa y cosina de teja y dos medias aguas la una con techo de paja y la otra de teja". Archivo Notarial de Chillán, Vol. 2, 19 de febrero de 1820. Testamento.

15. "Francisco Pineda, casado y con siete hijos ante VS . . . expongo: que vivo años ha en el valle de Palomares arrendando retacillos de terreno para poder sostener a mi familia; mas mis hijos están en la mejor edad para educarlos aunque sea en lo más esencial que debe saber el hombre, lo que sólo podré conseguir avecinándome en esta ciudad". Archivo del Cabildo de Concepción (en adelante ACC), Vol. 8, 1845, f. 220. Petición de sitio.

res de las grandes ciudades hicieron demoler las "rancherías", erradicar las "fraguas" y alzar las patentes a los industriales de condición popular.¹⁶

Desde entonces, nada fue lo mismo. Papá comenzó a esconderse en los montes cercanos. Tenía miedo de que los futres (mercaderes, jueces, curas, militares) le quitaran todo o lo encarcelaran. Fue entonces cuando mamá, sola, tuvo que enfrentarlos. Todavía la veo, plantada en la puerta de la casa, trunca en mano, dispuesta a correatar a trancazos esas aves de rapiña.¹⁷ Pero volvían una y otra vez, sin perturbarse. Papá tuvo que, definitivamente, dedicarse a aquello de "andar al monte". Entonces los "diezmeros", "jueces" y demases avanzaron por todos lados, como langostas. Hasta que consumieron casi todo. Fue el fin. Había que irse. Teníamos que irnos, aunque quedara algo, porque lo que quedaba había que dividirlo entre los seis, siete, ocho o más hermanos que crecimos junto a papá y mamá. Y eso no servía para nada que fuera digno. De modo que uno, en ese momento, podía preguntarse: y todo el esfuerzo de los viejos, todo el esfuerzo nuestro, ¿para qué? ¿Qué pudo papá, aun con el apoyo de todos nosotros, contra la alianza de los mercaderes, jueces y militares? ¿Qué recibimos nosotros de todo eso, al final? Nada.¹⁸ Y ahí quedó papá, proscrito, convertido a la fuerza en un bandolero, en un ladrón de ganados, o en un anarquista; o sea: en un perseguido. Vagabundeando por ahí, codo a codo con los despreciados peones-gañanes. ¿Qué podíamos hacer entonces nosotros? ¿Rondar como fantasmas en torno a los restos de la parcela, o de la viña, o de la mina broceada, en torno a la fragua erradicada o cerrada por insalubre? ¿Llorar la derrota de papá empresario frente al poder de la clase mercantil? ¿No era mejor, pues, enrabiaados como todo 'huacho', echarse también al camino?¹⁹

Este sí es el punto en que, ya, es mejor no seguir. Si se habla de 'nuestros' viejos, entonces hablemos de leyendas de bandidos, de presencias pusilánimes, de hombres derrotados. O sea, nada que fuera capaz de retener a su lado los muchos hijos que echaban al mundo. No nos abrieron camino: por el contrario, nos bloquearon. Así que nos repelían, y los repelíamos. O por causa de ellos mismos, o por causa de terceros; que para el balance final, lo mismo da. Lo que realmente cuenta es que nos convertimos en "huachos". En una enorme masa de niños y muchachos que estaban "demás" sobre el camino. Es nuestra identidad, y aquí es lo único que cuenta.

Ahora dirán ustedes: ¿y qué pasaba con mamá? Pues —como lo presintió claramente Rosarita Araya— los hijos se quedan siempre aferrados a la madre. Sobre todo, cuando hay naufragio conyugal. Entonces digámoslo de entrada: mamá se quedaba muy a disgusto con nosotros. Es que para ella no éramos más que un cepo que la impedía moverse con la presteza requerida para subsistir en un medio tan difícil

16. Sobre la expoliación al empresariado popular del siglo XIX en Chile, véase de G. Salazar, *Labradores, peones y proletarios* (Santiago, 1985) y "El movimiento popular de industrialización en Chile. Siglo XIX" (Ponencia en las "Jornadas de Historia" de la Universidad Metropolitana de Santiago, octubre, 1989).

17. "Me recibieron las dos [mujeres] armadas de palos, hasta llegar su osadía a descargarme un garrotazo en la cabeza, diciendo que no obedecían órdenes ningunas". AJSF, Leg. 190, p. 11. Declaración del juez de San Fernando. 1803.

18. "He llegado a entender que el pobre labrador no coge todo el fruto de que es digno su trabajo por las ventajas usurarias que les exigen los aviadores con quienes su pobreza les obliga a empeñarse... Son atormentados con ejecuciones judiciales". Archivo de la Municipalidad de San Felipe, Vol. 1, f. 352. Informe del procurador de Ciudad.

19. "... que vio cuando Gabino Ramírez insultó al Señor Inspector Don Domingo Rey diciendo en su propia faz que era un juez de carajo, y porque doña Petrona del Solar le reprendió semejante expresión le dijo que su madre era una puta y que todos los jueces de la villa eran de sucios excrementos, que no se le daba nada de ninguno de ellos y que no les hacía juicio". Archivo Judicial de Puchuncaví, Leg. 16, p. 36. Declaración de testigo. 1838.



"FUE EL TIEMPO DE LA INFANCIA FELIZ ..."
Colección Museo Histórico Nacional

como era el que acosaba a los chilenos pobres del siglo *xx*. Donde la mayoría de los hombres —aun los más fuertes— fracasaban sin remedio, viéndose obligados a escapar de sus hijos. Mamá no podía escapar de nosotros. No podía. Pero, francamente, la estorbábamos. ¡Y vaya si la estorbábamos! Si su impulso más primario —tras echarnos al mundo y comprender que estaba sola, como Rosaría—era "repartirnos". Eso, exactamente eso: obsequiarnos a cualquier otro que si pudiera "tenernos". Ella no escapaba como papá, ciertamente, pero en cambio se deshacía de nosotros, tan pronto como podía. Y podía pronto hacer eso. ¿No lo creen?

Usaba distintos procedimientos. Uno de ellos consistía en llevar al niño recién nacido, en la oscuridad de la noche, a una casona patricia, en cuyo zaguán, envuelto en toscas mantillas, se le dejaba "expuesto". Ella golpeaba la puerta y escapaba. Había que golpear fuerte, para impedir que el niño llorara largo rato hasta que saliera alguna sirviente.²⁰ Una variante de ese procedimiento era llevar al niño, también de noche, hasta la llamada Casa de Expósitos. Una vez allí, depositaba el bulto sobre una bandeja adosada a un torno, giraba el torno—que introducía el niño al interior del ventanuco—, tiraba de la cuerda de campana que colgaba junto al torno, y escapaba.²¹ ¿Qué sentía mamá cuando escapaba corriendo de vuelta hacia su rancho? ¿Iba llorando? Tal vez. Pero es probable también que no, porque, según revela otro de sus "procedimientos", solía regalarnos, a plena luz del día y con una gran sonrisa en sus labios —como si fuéramos una flor de su jardín—, a algún patrón o patrona muy querido para ella.²² Otras veces preferían vendernos "a la usanza" —como se denominaba este "procedimiento"— a los mercachifles que suministraban "huachos" y "chinas" a las casonas y palacios de Santiago, que devoraban y consumían sirvientes como si fueran "frutos del país".²³ En la capital, los "huachos" servíamos para rellenar todo: desde la necesidad de esclavos de adorno, hasta las plazas vacías del Ejército de la Patria; todo, por supuesto, "a ración y sin salario".²⁴ Pero eran muchas las mujeres —más de lo que cualquiera pudiera sospechar— que, en su desesperación, tomaban la decisión de deshacerse de nosotros de un modo más directo: arrojándonos al fondo de un barranco o de una quebrada. Allí, entre el barro y el estiércol, terminábamos convertidos en

20. "A las nueve i media de la noche se ha encontrado una criatura como de un mes arrojada a la calle en el cuartel número 3 junto a la casa de doña Nieves Cuesta, quien se encargó de ella espontáneamente por anicho, junto con cinco pañales y cinco mantillas viejissimas que traía. Habiendo sido inútiles todas las diligencias practicadas con el fin de descubrir sus padres, lo pongo en conocimiento de V.S. para que se digne acordar lo que crea convenientes". ACC, Vol. 8, f. 264, 1849.

21. AMI, Vol. 320, Santiago, 5 de febrero de 1855. Informe de José Bascuñán al ministro del Interior.

22. "Muchas de las mujeres de la hacienda trataron de dar a Marie uno o dos de sus niños a modo de presente o regalo, y éste fue siempre un muy delicado asunto, porque esas mujeres se sentían amargamente ofendidas si ella demostraba no querer semejante regalo. ... Tenía que dar complicadas razones antes que las madres sonrieran de nuevo, como siempre lo hacían, y se retiraran reticentemente, con su familia todavía completa". Charles J. Lambert, *Sweet Waters, a Chilean Farm* (London, 1952), 124-25.

23. "A pesar de la fertilidad del suelo, la pobreza ... es tan grande, que muchas mujeres ... están siempre deseosas de vender a sus hijos y aun se manifiestan gustosas de darlos. Niños y niñas, de edad de ocho o diez años, se venden como esclavos, por tres o cuatro pesos. ... Sus compradores los adiestran al menos aservir". R. L. Vowell, *Campañas y cruceros en Venezuela, Nueva Granada y en el Océano Pacífico, de 1817 a 1830* (Santiago, 1962), 170-71.

24. "... y en cuanto a las chinas y chinitos de Arauco, solían regalarse como se regalan hoy los caballitos de Chiloe. Empleábanse estos últimos en los mandados al bodegón, y las hembraitas como niñas de alfombra y como 'despabiladoras' por la noche. Era de rigor que ambos anduvieran descalzos ... y además pelados ... se les dejaba en la frente un mechoncito para el 'tironeo'". Citado por G. Feliú C., *La abolición de la esclavitud en Chile* (Santiago, 1942), 45.

carne para perros, ratas y chanchos.²⁵ ¿Una exageración de nuestra parte? ¿Ustedes creen que nos estamos sobrepasando en nuestro resqueamor? No, nunca tanto. Pues ellas, de verdad, muchas veces nos preferían muertos. Si no, ¿cómo explicar entonces ese hecho tan de sobra conocido, como es el que, para todos los adultos de pueblo, sólo cuando muertos llegáramos a ser "verdaderos niños"; es decir, auténticos "angelitos"?²⁶ De más valía era un niño muerto y en el reino de los cielos que vivo, hambriento y estorbándolos en este valle de lágrimas.

Es cierto que había otras mamás que decidían conservarnos a su lado. Cuando esto ocurría, nos agarrábamos a ella como desesperados, de media docena para arriba, y, en tropel, tenía que "cargarnos" —era la expresión usada— donde quiera que ella fuese. Si era "lavandera", la seguíamos hasta los pilones y acequias, donde, junto a otros "huachos", estorbábamos por días enteros, lo que obligaba a la policía a intervenir.²⁷ Si era "fritanguera" o "vivandera", la seguíamos hasta las cañadas, plazuelas y descampados donde instalaba su cocina, sus ramadas, mesones y ventas. Pero si era "sirvienta" o "cocinera" de puertas adentro, no podíamos seguirla, y teníamos que quedarnos en el cuarto o en el sitio, a veces solos, otras veces bajo custodia de la abuela.²⁸ En cualquier caso, estaba siempre ocupada. Nuestra algazara, por más terrible que fuera, no lograba distraerla de sus quehaceres o retenerla con nosotros. No la poseíamos.

Hay algo, sin embargo, que no puede negarse: tenía agallas. Cuando ya se encontraba "cargando" más de un niño, tomaba una decisión crucial: abandonar la casa de la abuela para arrancharse por cuenta propia. ¡Cómo majaderaba entonces al tinterillo del pueblo para que redactara para ella, y "a ruego", una "petición de sitio" dirigida a "vuestra señoría", el alcalde o el intendente!²⁹ Al final, lo conseguía: le daban o arrendaban una cuadra, un cuarto de cuadra, unas pocas varas de tierra. Allí levantaba su rancho, sus "planteles" de árboles frutales, sus hortalizas.³⁰ Al tiempo, su "quinta" era un verdadero vergel, lleno de vida, abierto, generoso. Pero, ¿qué ingreso le producía esa "quinta"? Rara vez más de treinta pesos anuales, ¡cuando lo que se necesitaba para alimentar adecuadamente a su "mucha familia" no podía ser menos de

25. "Repetidas veces se oye decir que aparecen en el fondo de las quebradas miembros despedazados de niños que han sido arrojados a ellas por el crimen o la miseria de sus padres, que no tienen cómo alimentarlos. Estas proles desgraciadas nacen para hacer alimento de los perros o cerdos". Archivo del Cabildo de Valparaíso, Vol. 6, Tomo 4, f. 229, 1843. Informe del procurador de Ciudad.

26. Sobre el rito popular del "angelito", AML, Vol. 172, 4 de agosto de 1846. Memoria del intendente de Santiago.

27. "En las inmediaciones de los Pilones que hay en la ciudad, las mujeres lavan cuanto les acomoda de ropas y otras cosas, con que no sólo se experimentan en la calle desórdenes y ruidos entre muchachos y gentes de ambos sexos, sino también inundando aquellos sitios, se fomentan lodazales y putrefacciones, que hacen inmundas las calles y odiosa aquella vecindad". Archivo del Cabildo de Santiago (en adelante ACS), Vol. 79, f. 57.

28. "Lo mismo han hecho de quitarme a mi nietecito José Vallejos, de edad de 16 años, y lo dieron sin término de esclavitud... que se me entregue a mi legítima hija y mi nietecito, para que me sostengan y acompañen". AIC, Vol. 33, 15 de mayo de 1847. Petición de Candelaria Valenzuela.

29. "Juana Avilés... comparezco y digo: que hallándome con alguna desconfianza en un sitio que poseo... de los que anterior fueron dados a los pobres como yo de solemnidad... conociendo que hay nuevas dádivas, no sea que el mío recaiga a otro poder... A ruego de Juana Avilés, por no saber firmar". ACC, Vol. 6, f. 106, 1843. Petición de Juana Avilés.

30. "Rosa Verdugo... digo: siendo viuda pobre y con hijos... implorar el favor de darme un sitio para trabajarlo en el término de seis meses y hacer una huertecita que me proporcione el mantenimiento para mis hijos". ACC, Vol. 6, f. 14, 1845.



"SU 'QUINTA' ERA UN VERDADERO VERGEL, LLENO DE VIDA ..."
Donación familia Larraín Peña. Colección Museo Histórico Nacional

ciento veinte pesos anuales.³¹ Así que, de todos modos, tenía que salir a lavar ropa, a levantar fritanguerías en las alamedas, o convertir su rancho en una "chingana" o "fonda", a efectos de incrementar sus ingresos. Por entonces, mamá era una mujer de las llamadas "abandonadas", pero era joven. Joven, vivía sola y atraía hombres como moscas. En el rancho de mamá pernoctaban labradores, peones, afierinos, terratenientes, hombres de paso, de todo tipo. Allí comían, bebían, cantaban, jugaban y se divertían, formando a menudo "encierros" que escandalizaban a los curas, jueces y hacendados de la vecindad.³² No era raro que nosotros, en las noches, anduviéramos a tropezones con los borrachos que se dormían en cualquier parte (cuyas bolsas y morrales eran para nosotros muy fácil de 'aligerar'). Las trompadas y los cuchillazos no solían escasear, y la sangre derramada obligaba a los vigilantes a irrumpir de repente en nuestro rancho, terminando con mamá en los calabozos, para espanto de sus muchos parroquianos, que, al saberlo, no dudaban en asaltar la cárcel para liberarla.³³

¿Era mamá una puta o no?

Para los jueces, para los curas y los grandes hacendados de la provincia, sí, lo era. ¡Y en qué grado! De modo que la acosaban, la denunciaban por adulterio, por amancebamiento, prostitución, robo, por lo que fuera. Uno vivía permanentemente en ascuas. Había violencia, fuera y dentro del rancho. Uno podía ver y vivir escenas de todo tipo. El cariño que teníamos por mamá estaba atravesado por todas partes por estallidos de violencia emocional y física, que nos reventaban en el alma periódicamente. Qué más vueltas darle: la vieja era escandalosa. Y no podía ser extraño que, más tarde o más temprano, los jueces determinaran "deportarla" a La Frontera, donde la "depositaban" en casa de algún propietario "de honor", para que sirviese de por vida, "a ración y sin salario".³⁴ Cuando determinaban eso, confiscaban el sitio de mamá, incendiaban el rancho y a nosotros nos repartían en diferentes "casas de honor", para aprender a servir y a tener "amo", único modo de tener derecho a circular por el territorio sin ser perseguidos por "vagabundos".³⁵ ¡Pobre mamá! Su callejón, sin salida, era de ida y vuelta: de sirviente a puta, y de puta a sirviente. Y en ese callejón crecíamos nosotros.

31. "Propiedad Número 21, de Carmen Cruz. Extensión: dos quadras. Renta: \$ 50 anuales". Archivo del Ministerio de Hacienda (en adelante AMH), Vol. 309; Freirina, 2 de diciembre de 1854. Informe de la Comisión de Catastro.

32. "... el juego tan ilícito que cotidianamente mantiene en su casa, consintiendo a toda clase de gente, en donde se ocupan estos individuos todo el día y mucha parte de la noche con abandono de sus casas y familias ... se le ha dicho a dicha Petrona muchas reprensiones a conseguir que en su casa no consienta semejantes juntas, ni encierros". Archivo Judicial de Petorca, Leg. 11, P. 4.

33. "... haber venido a sacar unas mujeres a la casa de corrección, junto a otros ... que las mujeres que iban a sacar eran Manuela Lazo y Trinidad Castro, aunque ignora si pensasen sacar otras más ... que lo había convidado José Varas para venir a sacar las mujeres ... y que tenía convidado a otros para que lo ayudasen". Archivo Judicial de San Felipe, Leg. 73, P. 5, 1839. Declaraciones de Simón Escobar y Joaquín García.

34. "... pues hacen tres para cuatro años de esclavitud: la pusieron en depósito en Hualqui y por último la llevaron a Santa Juana, en casa de don Fermín Sanhueza, sirviendo lo más a mérito y aun usando de su cuerpo por la fuerza ... actualmente se haya de obejara, un año y cuatro meses sirviendo a mérito". AIC, Vol. 33, 15 de mayo de 1847. Petición de Candelaria Valenzuela.

35. "Se reputarán como bagos a las personas de ambos sexos que no tengan oficio, ocupación, ni medios lícitos i conocidos de qué vivir ... a los que teniendo oficio, amo u ocupación, no se empleen habitualmente en ellos ... Los bagos serán perseguidos severamente por la policía i puestos a la disposición de la autoridad". AMI, Vol. 98. Los Angeles, 25 de septiembre de 1874. Ordenanza de Policía.

Algo cambió la situación después de 1860. La industria manufacturera comenzó a desarrollarse en varias ciudades y muchas mujeres "abandonadas" hallaron en el trabajo asalariado de tipo industrial una especie de escapatoria del callejón servilista en que estaban atrapadas. La mayoría se hizo "costurera", trabajando "a domicilio" para algún comerciante de ropa hecha, o en las barracas de alguna fábrica. Ganar un "salario", aun miserable, era para ellas una posibilidad cierta de vivir en su propio "cuarto" y reducir su condición de servidumbre y dependencia. Que, pese al desprestigio que las rodeaba, luchaban internamente por dignificar sus vidas, lo revela tanto el entusiasmo con que se volcaron a la costura asalariada, como su masivo ingreso a las "escuelas primarias" que comenzaron a abrirse por todas partes (superando en esto, a fines de siglo, a los hombres). Es que no querían seguir "sirviendo". Su tendencia a abandonar la servidumbre fue percibida por los "amos", que denunciaron en el Congreso esa funesta actitud de las mujeres de pueblo.³⁶ Fue un lindo esfuerzo. Un loable movimiento de digna proletarización. Pero, vean ustedes: ¿qué sucedió al final de ese movimiento?

Esto: cambiaron sus floridas "quintas" por un cuarto de conventillo. El aireado rancho de suburbio por un tugurio repleto de emanaciones irrespirables. Su independencia escandalosa por una decencia enfermiza. Cuando mamá creyó alcanzar por fin su dignificación, fue justo cuando nos reclusó en una especie de cárcel apesosa, donde nuestra salud comenzó a debilitarse irreversiblemente. Y fue dentro de esa cárcel donde un día reapareció papá, regresando derrotado de quién sabe dónde, dispuesto esta vez a participar de nuestra "vida proletaria". Justo allí, en el infierno. Entonces, de nuevo, estalló la violencia. Pero ahora directamente 'entre' nosotros: entre papá y mamá, o de ellos 'contra' nosotros. Aprendimos a vivir sintiendo en la piel el lento proceso de alcoholización de nuestros viejos, y de prostitución de nuestras hermanas, a quienes nadie, ya, se dio el trabajo de denunciar y deportar por lo que hacían (o vendían). Así que allí, en nuestras propias narices, se pudrieron todos a mierda lenta. Lenta, como iba el agua pútrida que surcaba el patio del conventillo. Lenta, como la rabia que nos apretaba, por dentro, el cuello, impidiéndonos tragar. Teníamos que reventar por algún lado. Salir. Escapar. ¿Y hacia dónde podía escapar un "huacho" de alma por 1900, en Santiago de Chile, sino a la calle? Y vean pues ustedes: ¿de qué nos sirvió quedarnos agarrados a las pretinas de mamá si, al final de todo, y como antes, lo mismo terminamos estando "demás" sobre el camino? La verdad fue siempre que ¡sobrábamos!

Había que comprenderlo: para nosotros, la vida no consistía en seguir majaderamente las huellas de papá y mamá. No podíamos repetir el ejemplo que nos daban. No tenía sentido construir nada puertas adentro. No con ellos. No allí dentro. Nuestra única posibilidad radicaba en buscarnos entre nosotros mismos, puertas afuera. En construir algo entre los "huachos", por los "huachos" y para los "huachos".

Estaba claro: teníamos que apandillarnos, o morir.

Fue lo que aprendimos a hacer, desde el principio. En torno a los pilones, donde lavaban las mujeres. En la "caja del río", en guerra de piedras contra los chimberos. En las chacras, contra las tapias de los vecinos. En las playas, mariscando, saqueando

36. En 1906 existían en el país 27 escuelas técnico-industriales, con 3.246 alumnos inscritos. De éstos, más de los dos tercios (69,1 por ciento), eran mujeres. Las mujeres de pueblo que van a la escuela, planteó el senador Cerda al Congreso en 1860, "desdénan servir; viene por resultado que se convierten en brazos inútiles. Diré claro: en prostitutas, de lo que tenemos un sinnúmero de ejemplos". G. Salazar, "El dilema histórico de la auto-educación popular: ¿integración o autonomía relativa?", *Proposiciones*, no. 15 (1987): 95-96.

navíos naufragados. Agarrando carbón a lo largo del ferrocarril. En el puente de palos, en los muladares, en las recovas, frente a las chinganas. Yendo, viniendo, como nube de moscas, o de avispas. Así fuimos construyendo un afiebrado mundo propio—que para los adultos era sólo un zumbido de zánganos marginales—, el cual, créanlo o no, fue ofreciéndonos sucedáneos para todo. "Compañeros" en vez de hermanos. "Socios" en vez de padres. Geografía para caminar en vez de estratos sociales que escalar. Riquezas lejanas y fabulosas que desenterrar, a cambio de salarios miserables que "ganar". Excedentes ajenos de los cuales apropiarse, en sustitución de lo propio que nunca nos dieron. Y por sobre todo, en vez de amor, camaradería. Esa camaradería que, para nosotros, los "huachos", es un principio básico de vida, especialmente la camaradería masculina.³⁷ Sin ella, no se puede "andar la tierra". No se puede seguir hasta el final un "derrotero". No se puede "combinar" un asalto, un robo, un alzamiento en la faena, ni es posible defenderse ni hallar refugio. Sin camaradería, verdaderamente, no se es nada. A lo más, sólo un pobre "huacho" inerte y abandonado.

Digámoslo más fuerte: nuestra camaradería "de huachos" constituyó el origen histórico del machismo popular y la conciencia proletaria en Chile. Un primario instinto "de clase" que, para nosotros, fue más importante—para bien o para mal—que el instinto de familia. Fuimos, por eso, la primera y más firme piedra de la identidad popular en este país.

Nos vimos forzados, por lo tanto, a darnos nuestra propia 'ley'. A levantar como fuera nuestra propia sociedad, y labrar de cualquier modo nuestro propio 'proyecto de vida'. Definimos nuestros roles históricos y así hemos creado nuestro propio movimiento, les guste o no les guste. Son ustedes los que, a la larga, pagarán las consecuencias de todo ello. En cuanto a nosotros, es bueno que lo sepan: ya pagamos por todo eso.

III

DISCURSO Y POLITICA PARA "HUACHOS"

... el bien del pobre... no consiste en atender a las necesidades corporales... Dios quiere las almas... el mal no es el hambre, el frío, la enfermedad ni la desnudez, no es el abandono i el desprecio de los hombres... el mal es el vicio... el pecado.³⁸

Ideas falsas que del pobre tiene el mundo: la primera es considerarlo como desgraciado... el Evangelio lo declara feliz.³⁹

Con demasiada insistencia se publican, en las columnas de ciertos diarios, frases sobre "la triste condición de los pobres" y, lo que es peor, otras como ésta: "la clase obrera, deseosa de tener en el Congreso sus representantes, ha comenzado a trabajar para

37. "De más valía doméstica que la mujer, en la comunidad del minero, es el 'compadre'... es el consejero, el amigo, el aviador en la faena y aun en la alcoba... padrino en el duelo a corvo... el heroico hermanito en la batalla". B. Vicuña, *El libro de la plata* (Santiago, 1873), 168, nota.

38. Vicente Aguirre, "El bien del pobre", *Boletín de la Sociedad de San Vicente de Paul* 2, no. 16 (1873): 263-64.

39. Anónimo, "El conocimiento del pobre", *ibíd.* 3, no. 22 (1873): 36-37.

obtener el triunfo de sus candidatos"... ¿No es esto, en verdad, una completa aberración sociológica? ¿Qué quiere significarse en Chile cuando se dice 'la clase obrera', en contraposición a otras clases que, gracias a Dios, no existen? Escuchad bien:

En Chile, por nuestras Leyes, no hai clases ni castas; todos los ciudadanos son iguales; en nuestra sociedad, escepto las naturales diferencias que tienen su origen en la diversidad de caudales, ilustración i virtudes, no hai otras diferencias... ¡Y la llamada 'clase obrera' creyó que era otra clase i como clase comenzó a obrar!... He aquí el mal, el terrible mal... Peleaba ya el pueblo en las lides de la igualdad cuando ya poseía esa igualdad, cuando con su lucha destruía esa igualdad... ¡Ojalá que... los que aman la patria se detengan un momento a atajar el mal que comienza!⁴⁰

Hay todavía otros periódicos que osan atropellarnos con la monserga de la "soberanía popular", que consistiría—según ellos—en el derecho del "bajo pueblo" a regir los destinos de todos. Pero, ¿queréis que os diga cuál es la sustancia real de esa soberanía?

Escuchad esas vociferaciones, ved esos rebaños de hombres andrajosos que arroja el fango de los arrabales: es el motín que pasa. Ha apestado el aire. He aquí "el pueblo"... ¡el pueblo soberano! Esa mezcla de pálidos mata-perros, de vigilados por la justicia, de horrosas bacantes, esas frentes estúpidas i embadurnadas de vino—¿eso es el pueblo?—¡Vaya pues! Eso es lodo humano... horribles pigmeos, impuro cardumen que ahúlla i que degüella.⁴¹

El problema aquí, caballeros, no consiste en dar representación política a esa—mentada—"clase obrera". Ni se trata de transformar en soberano de este país a la hez de su sociedad. Más bien, de lo que se trata es de dar "amo" y a la vez moralizar al "vagabunderío, ese manantial inagotable de vicios i de crímenes, i que tantas causas fatales concurren a aumentar en las poblaciones".⁴² Esas "pandillas de huachos", las bandas de "rotos alzados", las "gavillas de cuatrerros", las "colleras de cangalleros", los "encierros" de ociosos, mal entretenidos y tahúres, las "nubes de mendigos" y las "reuniones de mujeres" que se congregan en las puertas de los billares y cafés, constituyen una amenaza cierta para la sociedad honorable y civilizada en la que vivimos cristianamente. ¿Y sabéis por qué? En primer lugar, porque ese vagabunderío es gentuza que vive "sin Dios ni Ley", escandalosamente, ofendiendo la vista y desmoralizando a la juventud, como lo prueba el Informe de don Manuel Pérez, don Isidro Errázuriz y don Pedro Félix Vicuña, que en uno de sus párrafos dice que "cuasi todo el sexo débil... se prostituye y se consume en forzada inacción: que los niños en nada se ocupan".⁴³ En segundo lugar, porque esa gente, inclinada como está por naturaleza al robo, la insolencia y el desacato, constituye una amenaza permanente al derecho de propiedad y a la majestad de la ley y la autoridad. Por último, porque su invencible proclividad a la holgazanería sustrae sus brazos del trabajo productivo que puede engrandecer a nuestra nación. Comprenderéis que una amenaza como ésa, que afecta a los fundamentos mismos de nuestra civilización, debe ser eliminada, a cualquier costo. Es por esto que hemos encomendado a nuestros Intendentes, Gobernadores, Subdelegados e Inspectores el cumplimiento irrestricto de una tarea fundamental: "la persecución de los vagos... la estirpación de estos parásitos... extinguir las

40. Eneas, "La clase obrera", *La Estrella de Chile* 6, no. 291 (18 de abril de 1873): 469-71.

41. F. Fernández, "Variedades", *Revista de Santiago* 2, no. 3 (1848): 279.

42. AMI, Vol. 172, 4 de agosto de 1846. Memoria de don Miguel de la Barra, Intendente de Santiago.

43. AMI, Vol. 94, 22 de julio de 1829. Informe presentado a la Asamblea Provincial de Santiago.

reuniones capulosas que se forman en algunos bodegones o cuartos de mujeres perdidas que viven juntas escandalosamente y son una verdadera peste de la sociedad".⁴⁴

La guerra contra el vagabundismo debe comenzar, necesariamente, por la extirpación de los niños "huachos" que infestan calles y plazuelas y levantan algazaras insoportables que se alargan durante todo el día. Son sus madres las que, irresponsablemente, los descuidan e ignoran, mientras ellas permanecen, semidesnudas, lavando y parlotando en los pilones y acequias de la ciudad.⁴⁵ En consecuencia, nuestros bandos y ordenanzas de policía se han orientado, primero que nada, a combatir la vida escandalosa y la irresponsabilidad maternal de esas mujeres:

Artículo 6: Se prohíbe absolutamente como escandalosa e inmoral la venta por las calles de dulces, comestibles y demás que hacen las muchachas de 10 años para arriba.

Artículo 12: Se prohíbe a las lavanderas, cocineras ... y demás, lavar en las acequias de la ciudad.

Artículo 16: Se prohíbe poner en las calles y sus veredas braseros, fuegos, cocinas, ventas de ninguna especie y toda clase de estorbo, que una costumbre inveterada e indecente ha permitido.⁴⁶

Con estas —y con otras— medidas se ha intentado terminar con el callejero de las mujeres del "bajo pueblo" y con la insalubridad que las sigue, como sombra, por todas nuestras plazas, puentes y portales. Las autoridades estamos convencidas de que ése es el único medio que puede obligar a tales mujeres a permanecer en sus cuartos, y con ellas, sus cargas de niños. Sin embargo, a este respecto, la experiencia nos enseña que, aun estando en sus cuartos, no cuidarán de esos niños como debieran, y ellos se escaparán de todos modos a la calle. Por lo tanto, creemos que la policía debe operar directamente contra los mismos niños, como único medio de librar a la ciudad de sus algazaras. De esta consideración resultaron otras ordenanzas, que perfeccionaron las primeras. De las cuales destacamos los siguientes artículos:

Artículo 4: Se prohíbe absolutamente toda clase de juegos en las calles ... excepto el volantín ... Si fueren muchachos, serán reunidos en un cuarto de la policía durante dos días, ocupándose en alguna cosa útil, pudiendo sus padres sacarlos, exhibiendo la multa de un peso.⁴⁷

Artículo 2: Es prohibido en las calles, plazas u otros sitios públicos, juegos de bolos, ruedas de fortuna, naipes, dados, chapas, trompo de clavar, taba, volantín i demás semejantes, bajo la pena de 4 a 8 días de presidio a cada uno de los que estuviesen, bien sea jugando o aciendo parte de la reunión en que se juega.⁴⁸

Artículo 65: Todo niño que se encontrare jugando o cometiendo desórdenes en las calles, será conducido por 24 horas al cuartel de policía, pudiendo sus padres rescatarlos pagando una multa de 25 centavos. Los que no paguen las multas ... sufrirán una prisión de 24 horas por cada 25 centavos.⁴⁹

44. AMI, Vol. 146, 18 de julio de 1843. Ordenanza de Policía del Departamento de La Serena.

45. ACS, Vol. 79, f. 57, 1803.

46. AMI, Vol. 146, 18 de julio de 1843. Ordenanza de Policía del Departamento de La Serena.

47. *Ibid.*

48. AMI, Vol. 203, 8 de enero de 1847. Reglamento de Policía de Valparaíso.

49. AMI, Vol. 98, 25 de septiembre de 1874. Ordenanza de Policía de Los Angeles.

Con la aplicación de esta política de saneamiento social esperábamos, honestamente, que desaparecería del todo la insana costumbre popular de vivir en algarazas callejeras. Pero —¿podéis imaginarlo?— eso no ha sucedido. La situación apenas ha cambiado. Esto nos obligó a atacar el mal más cerca de sus raíces, y hemos tomado medidas aun más radicales. Habiendo sido forzados a ello, hemos dado instrucciones precisas a nuestros Subdelegados e Inspectores para que, simple y drásticamente, confiscuen a todo niño que se encuentre vagando en las calles, a fin de darles el destino que el interés público —y no el sentir de sus irresponsables madres— determine:

Los Subdelegados e Inspectores ... cuidarán de recoger a los niños o jóvenes huérfanos sin tutores o curadores, a los que estén fuera del hogar paterno ... o a los muchachos que, siendo forasteros, andan prófugos, sin destino, y los pondrán a disposición del Juez de Policía para que los entregue (según su edad) a algún vecino honrado y religioso con el objeto de que los eduque y sirva de ellos como de sus hijos.⁵⁰

Dentro del mismo espíritu, no sólo hemos decretado la confiscación de los "huachos" que se encuentren en la calle, sino que hemos extendido el imperio de la ley hacia el mismo interior de ciertos recintos, especialmente los de tipo público, donde se realizan determinadas solemnidades. Esto, en razón de que los niños de nuestro pueblo no saben respetar. Son insolentes por naturaleza, profanan lo sagrado y arruinan nuestras procesiones, sacramentos y liturgias. En vista de ello, dictamos el Artículo 72, de la Ordenanza del 8 de enero de 1847, y el 61, de la dictada el 28 de mayo de 1855. Juzgad por vosotros mismos: "Artículo 72: la policía impedirá las reuniones, especialmente de niños u hombres, que suelen hacerse para gritar en óleos o formar alguna otra clase de ruido o algaraza".⁵¹ Y el Artículo 61: "No se permitirán reuniones de niños en la celebración de óleos, ni que se moleste por ellos a las personas que concurren a este acto religioso. A los que se encontraren en tales circunstancias, los agentes de policía los harán retirar a sus casas, i si desobedecieren, los llevarán a la guardia".⁵² Y con mucha mayor razón, por supuesto, promulgamos el Artículo 62, que de la forma más terminante prohíbe la realización de "las funciones que suele tener la gente de pueblo cuando muere algún párbulo, con el nombre de celebración de angelitos. Multa: 4 pesos".⁵³ Algunas autoridades locales, llevadas de su celo, han aumentado esta multa a 5 pesos, conmutable por veinte días de prisión.⁵⁴

No obstante, con vergüenza, debemos decirlo que, pese a todos nuestros esfuerzos y al trabajo incesante de nuestros Subdelegados, Inspectores y vigilantes, ha sido imposible detener la marea de párvulos que inunda día tras día nuestras calles. Estamos estrellándonos contra un muro infranqueable o indestructible, que se reproduce de nuevo cada noche. ¿Qué más podemos hacer? Pues no hay mañana que no se nos informe que, en la noche pasada, dos, tres, cuatro niños indigentes han sido subrepticamente abandonados en los pórticos y zaguanes de las casas principales, al amparo de las sombras y la irresponsabilidad de sus madres. Estamos empeñados en lanzar una ofensiva a plena luz del día, y ellos nos contraatacan a mansalva, en la oscuridad de la noche, inundándonos de "niños expósitos". Pero nuestra paciencia de hombres públicos no se agota, y también nos hemos preocupado de este problema.

50. Ordenanza de Policía de La Serena, loc. cit.

51. Reglamento de Policía de Valparaíso, loc. cit.

52. AMI, Vol. 148, 28 de mayo de 1855. Ordenanza de Policía de la ciudad de Talca.

53. Ibid.

54. Ordenanza de Policía de Los Angeles, loc. cit.

¿De qué manera? Pues estableciendo, en toda ciudad importante, una Casa de Expósitos o de Huérfanos, cuya función es recoger, alimentar y educar a las criaturas que sus madres desalmadas han abandonado. A través de estas benéficas Casas hemos asumido la responsabilidad de hacer de esos niños seres útiles a la sociedad. El trabajo humanitario que allí se realiza debería ser conocido y valorado por todos los ciudadanos contribuyentes de este país, y con este fin detallaremos a continuación para vosotros un aspecto de ese trabajo:

Recepción de los huérfanos. En la Casa hai un torno donde se reciben los huérfanos que se esponen. A la señal que hace la persona que quiere esponer un niño, ocurre la tornera, quien lo recibe, y si es hora competente, se bautiza, si no lo está, por el Capellán de la Casa, y se sienta la correspondiente partida de entrada en un libro que se lleva al efecto por el ecónomo. Enseguida se le entrega a la nodriza, si la hai de pronto, y si no pasa a una mujer encargada de mamantarlos interin se les pone de nodriza. Cuando la esposición del huérfano es de noche, o a horas en que ya se ha retirado el Capellán [salario: 399 pesos 72 reales anuales], la tornera [30 pesos 72 reales anuales] lo pasa a la encargada de mamantarlos, y al día siguiente se le bautiza. . . . No todos los huérfanos que hai en la Casa han sido espuestos en el torno, sino proceden también de los que se remiten del Hospital de las Mujeres enfermas, de las que desembrazan en la Casa, y de los que pasa la policía.⁵⁵

La crianza de los expósitos se hace por mediación de nodrizas, que los "maman-tan" en sus propias casas. Como regla general, preferimos a las del campo, que tienen mejor salud y calidad de leche. Decenas de mujeres vienen todos los días a ofrecernos sus servicios para este trabajo. Semejante oferta se explica por el hecho de que la Casa paga un salario de 20 y 1/2 reales al mes por nodrizaje, pago que se extiende hasta que al niño le salgan los dientes. De "esta época para adelante [pagamos] 16 y 1/2 reales". Cuando muere un huérfano, es obligación de la nodriza conducir el cadáver a la Casa, desde donde se le conduce al Panteón por un sirviente (84 pesos anuales). Debemos confesaros que, hasta el año 1868, observamos "la costumbre de arrojar los cadáveres de los párvulos no bautizados, las secundinas de las parturientas y otras materias semejantes en un pozo abierto". Pero una denuncia de la Intendencia de Santiago y un severo dictamen posterior nos obligó, a partir de ese año, a habilitar "un lugar cerca del Cementerio General" para depositar esas materias y además "los cadáveres [de niños] que no pueden tener sepultura eclesiástica".⁵⁶

Al principio, cuando nuestra política para huérfanos no estaba aún plenamente desarrollada, los niños de la Casa, al cumplir tres para cuatro años, eran entregados a personas formales "que los solicitaban para su servicio". Ahora, en cambio, contamos con el valioso concurso de la Casa de Providencia. Es allí donde estamos remitiendo ahora los expósitos que cumplen esa edad.⁵⁷ Las Hermanas de la Congregación de Providencia tienen por misión educar formalmente a esos niños. Ellas les enseñan religión, lectura, escritura y aritmética. "Las mujeres aprenden también a coser, lavar, cocinar, i en jeneral todo lo que concierne al servicio doméstico". Los hombrechitos pueden permanecer en esa Casa sólo hasta los diez años, "no pudiendo quedar en ella pasados dicha edad". Vosotros podréis comprender de suyo las razones de esa regla. En todo caso, las Hermanas de la Providencia colocan, tanto a niños como a niñas, como sirvientes en casas de respeto.⁵⁸ De este modo, hemos conseguido que los niños

55. AMI, Vol. 320, 5 de febrero de 1855. Informe de José Bascuñán al Ministerio del Interior.

56. AMI, Vol. 320, f. 49, 1869. Memoria del intendente de Santiago.

57. Informe de José Bascuñán, loc. cit.

58. AMI, Vol. 668, 10 de mayo de 1873. Informe Errázuriz-Altamirano al ministro del Interior.

abandonados reciban, de modo intensivo y completo, toda la instrucción que la gente de esa clase debe recibir para vivir honestamente en nuestra sociedad.⁵⁹

En suma, podemos decir que, en lo que respecta a los hombres que somos responsables de la "cosa pública" de este país, hemos hecho todo lo humanamente posible para resolver el problema del vagabunderío. Tenemos nuestra mente cristiana en paz. Hemos cumplido como ciudadanos y como patriotas. Si, pese a todos nuestros esfuerzos y sacrificios, todavía subsiste la insana costumbre popular de lanzar sus niños a la calle y llenarnos de algazaras, escándalos e insalubridad —como, desgraciadamente, sigue ocurriendo—, eso configura un problema y una materia que ya no puede resolverse mediante una política ordinaria de buen Gobierno. Para eso se requerirá de una política excepcional de Estado, o de emergencia, que es preciso meditar en profundidad y ejecutar sin templanza. Y pronto. Creemos que vivimos una situación de emergencia. Las cosas están, prácticamente, como al principio. . . ¡Y ya nos acercamos al fin del siglo! ¡Fines de siglo y todo sigue igual! ¡Todo! Porque, escuchad, ¿qué otra cosa sugiere el alarmante informe de don Daniel Barros Grez, sino que todas nuestras medidas y ordenanzas han sido inútiles? ¡Medio siglo de esfuerzo policial, educativo y moralizador, perdido! Caballeros, por favor, leedlo por vosotros mismos, y meditad:

Hai muchas de estas calles que suelen presentar el aspecto de un inmenso patio de colejo en horas de recreo, ¡el qué colejales, por Dios! Chiquillos harapientos i sucios salen de sus madrigueras a respirar el aire de la calle; i corren, triscan i gritan hasta ensordecen, levantando nubes de polvo e incomodando a los transeúntes . . . El policial de turno [*¡fíjate bien en estas líneas, por favor!*] . . . afirmado en una esquina, suele mirar con entera impasibilidad todo esto . . . Sabe muy bien [*¿acaso mejor que nosotros?*] que los muchachos no pueden jugar en sus casas . . . saltan a la calle . . . i en contacto con tantas causas de perversión moral, tantos elementos de degradación [*¿comprendéis ahora el peligro?*] . . . aprenden los vicios correspondientes al lugar donde se han criado.⁶⁰

¿Por qué, Dios mío, el mundo de los "huachos" es tan irreductible?

IV

LA TRANSFIGURACION DEL PATIO DE JUEGOS

Antes . . .

Al salir del rancho, como un abanico, se abría el patio de juegos, que se extendía hasta los pies de la Cordillera, y aun más arriba. Repleto de posibilidades. Desafiante. Invitando a los músculos y la imaginación a ejercer su capacidad de dominio. Nuestro poder.

(En el fundo Velasquino donde sembraba yo chacras había buenos caminos se daban muy bien las papas. Esto era en San Vicente de apellido Tagua Tagua nuestra casa daba frente al camino Las Pataguas.)⁶¹

72

59. G. Salazar, "Los dilemas . . .", loc. cit., *passim*.

60. D. Barros B., "Del establecimiento de barrios obreros", *Anales del Instituto de Ingenieros* 1, no. 5 (1889): 133 y 136.

61. B. Salazar O., "Versos", Cuaderno Número 2 (inédito), 108.

Estaba, por encima de todo, el cerro. Los faldeos y las lomas.

(En los primeros meses de invierno, cuando salen los pastos verdes en los cerros con las primeras lluvias, y los cerros se ponen refalosos con la humedad y el pasto verde, Carmelo, en compañía de otros chiquillos amigos, inventaron un nuevo deporte, que consistía en refalarse cerro abajo sentado en un palo. Carmelo iba al cerro a cortar un palo a propósito, como de 50 centímetros de diámetro y de unos 60 de largo y que tuviera un gancho, que le sirbiera como cabeza de caballo para de ahí tomarlo con las dos manos y guiarlo cerro abajo ... A este aparato raro él le daba el nombre de "caballo" ... se lo hechava al hombro y se hiva cerro arriba en busca del punto que habían elegido para deslizarse. Este punto era una lomita de cerro que no tuviera piedras y estuviera parejita y bastante pendiente y con bastante pasto ... Se sentava en su caballo, abría las piernas para que le sirvieran como alas para equilibrarse, y se lanzaba cerro abajo, como una exalación, en un trecho como de 50 metros. Con el uso que ellos le daban al pasto, este se ponía como jabón de refaloso. A esos refalones él los llamaba "canchas").⁶²

Y no había necesidad de jugar clavado siempre en un mismo lugar. "Canchas" había por todas partes, donde uno quisiera. Donde uno las hiciera.

(También tenía otra cancha en el cerro también, pero ésta era para el verano, y estaba ubicada en otro sitio que se llamaba Las Heritas. Se llamava así porque en el verano muchos chacareros zacaban sus chacras para trillarlas ahí, porque era un terreno muy duro y parejito. Junto a estas heritas se eleva un cerro pelado, sin árboles ni piedras. Carmelo y sus amigos escogieron una parte más liza del cerro para hacer una cancha para jugar a la chueca (un juego araucano). Este juego lo ejecutavan en la falda del cerro, y para esto hacían bolas de madera como de 20 centímetros de diámetro y se arreglavan un palo como de un metro de largo con una punta un poco arqueada. A este palo le daban el nombre de chueca, y con esta chueca le pegaban a la bola lo más fuerte que podían, lansandola cerro arriba, y para esto nombraban a un juez, que ponían allá arriba, el cual les indicaba el punto al que llegaba cada uno.)⁶³

Si los cerros y lomas daban para infinitas combinaciones, no daban para menos los canales de riego y los esteros.

(Por el frente de nuestra casa, como a 50 metros, pasava un estero, que aumentava tanto su caudal de agua, que parecía un mar, daba miedo mirarlo. Arrazava con todo lo que encontrava a su paso, derribava barrancos de tierra, arrancava árboles y se los llevaba dándolos vueltas: ya asomaban los cogollos, ya las ramas, ya las raíces sobre el agua, y se ensanchaba tanto en invierno que llegava como a 10 metros de nuestra casa, que por suerte estaba edificada en terreno más alto. Por la horilla de este estero tan temible y feros, era el sitio que le gustava a mi hermano Carmelo para jugar y entretenerse en los días de lluvia. Se hiva a escondidas de mi madre ... se ponía un sombrero de lana que tenía, de la copa agusadita para arriba. ... Un día arreó una banda de patos que eran de mi madre, y los hizo meterse a las correntosas aguas y él gosaba viendo a los patos ... suviendo y bajando ... Otro día hizo meterse al agua a unos potrillos que encontró por ahí cerca y contava después que los potrillos llegavan a pelar los dientes batallando con la corriente que los tumbava, que casi se ahogaron, pero él gozaba con el espectáculo ... Eso sí que se mojaba como sopa con la lluvia, pero eso no le importaba a él. Las chiquillas contavan que sólo le veían la puntita del bonetito, que pasaba saltando cuando él pasaba corriendo de un lado a otro por el frente de la casa.)⁶⁴

62. Idem, "Vida de Carmelo ...", 11-13.

63. Ibid., 14-17.

64. Ibid., 1-4.

Los caballos abrían caminos hacia puntos incluso más lejanos. Resonaba el cascajo en la oscuridad, en el silencio de los cerros. Y aun así, se podía jugar.

(Nos mandaban a los dos a limpiar las chacras de malezas, y para esto hívamos de a caballo, en una yegua muy mansa. Carmelo le ponía un zaco suelto no más sobre el lomo de la yegua, y ahí montábamos los dos. El adelante para manejar las riendas y yo atrás, alanca ... llevando un zaquito con la comida para todo el día ... cuatro panes amasados, un queso, cuatro huevos cosidos, un papelito de ají machacado con zal para untar el queso y los huevos, una bolsita de arina tostada rebuelta con miel de pera, que hacía mi madre. ... Pues bien, nosotros beníamos por hesos caminos tan zolos y culebreados, y como no nos veía nadie, Carmelo comenzaba a hacer figuras y pallasadas: se hacía el que venía como que ya no podía más de borracho y que a duras penas podía sujetarse sobre el caballo, se ladeaba para un lado y el otro, se abrazaba al pescuezo de la yegua para no caerse, a veces casi se caía y se enderezaba otra vez ... a veces me andaba traendo por las costillas de la yegua, como yo no tenía más firmeza que la cintura de él. Asta que en una de ladearse y enderesarse fuimos a dar al suelo.)⁶⁵

Y no sólo se podía jugar en el gran patio de nuestro rancho. También, si queríamos, podíamos bailar. En plena naturaleza y soledad.

(... y como ya habían sandillitas grandes que se las podían robar, nos mandaban a los dos a dormir al sandeal. Para esto hicimos una casuca de ramas de árboles y cañas de maíz. Todas las noches, después que comíamos, nos íbamos para la ruca, bien cargados con mantas, frasadas, una almoada y una basenica para hacer pichí y no tener que levantarse y salir afuera en la noche. ... En ese tiempo a mí no me hacía falta la música de voca, y cuando íbamos con nuestras cargas a cuestras por la parte más sola del potrero por un caminito angosto entre los matorrales y zarzamoras ... entonces sacava yo mi música y le hacía una pasadita por los labios, haciéndola sonar. Pero a él parece que le hubiesen tocado con una corriente eléctrica, porque instantáneamente lanzava lejos todas las cosas ... y zacaba el pañuelito y lo ponía en alto, esperando que yo le tocara una cueuca para bailarla. Las cosas que él lanzava caían por encima de las yerbas y zarzamoras y la vasenica llegaba a dar bote en el suelo, y como a mí me daba tanta riza ... no podía tocarle, entonces él me gritava con aspereza "¡toca pues hombre!" ... yo, para poder tocarle la cueuca tenía que bolverme para otro lado y no mirarlo porque me daba tanta riza al verlo como se descuartizaba bailando con tanta fuerza que parece que no tenía huesos en el cuerpo ... a él le gustaba bailar en el pasto como en un alfombrado, y no teníamos más espectadores que los matorrales. ... A veces se ponía a cantar un canto que sólo cantava cuando estávamos los dos no más. Yo todavía me acuerdo de dos estrofas, y que son las que van a continuación: Estoy muy acongojado/ de un peo que me largué/ porque al momento quedé/ corrido y avergonzado./ Con las damas a mi lado/ cómo me iría a aflojar/ todos soltaron la risa / y yo me quedé muy formal.)⁶⁶

El cerro, el aire, el estero, el árbol, los patos, los potrillos, la yegua, los gritos, la noche, el baile. Una geografía completa para llenar de vida e imaginación. Para aprender a sentir la sangre, el poder, la lógica de las fuerzas profundas. Juegos para domesticar cerros, potrillos, chacras, sandeales. Juegos de poder productivo. Identidad que se desarrolla, solidaria, como expresión de humanidad creadora.

Después. . .

Tuvimos que venirnos. No había trabajo bueno. No se ganaba mucho dinero. Arrendamos un "piso" en el fundo suburbano de un señor de gran apellido, y allí construimos un

65. Ibid., 7-10.

66. Ibid., 18-23.

pequeño cuarto. Todos nos metimos allí dentro, pues no había mucho sitio donde estar. Éramos muchos los que nos vinimos a encuevarnos en esas covachas. Muchos. Comenzamos a sentirnos invadidos, atrapados, apretujados, sin poder respirar bien.

"La mayor parte de los sitios grandes pertenecen a jentes acomodadas que arriendan pisos a locatarios que edifican ranchos tanto en el interior como en el exterior; pero que dejan un espacio entre ellos para facilitar el acceso a los otros. De esta manera, suelen formarse especies de conventillos o callejuelas angostas ... que no guardan orden ni concierto".⁶⁷ "Son estos laberintos, sin dirección ni salida, refugio de los vagos y malhechores, que desafían desde semejantes guaridas, los esfuerzos y vigilancia de la policía".⁶⁸ "Ineficaces son los esfuerzos de la autoridad para reprimir los desórdenes y evitar los crímenes que se cometen en las rancherías de la capital, pues el desarreglo en que se hayan colocados y la forma especial de su construcción ... las hace inexpugnables a la policía, y el delincuente que llega a entrar en cualquier rancho tiene segura su evasión, ya por las cortadas y tortuosas callejuelas que forman, como porque cada uno tiene comunicación con el inmediato por medio de gateras, circunstancia que hace imposible acertar la dirección que el criminal había tomado en su fuga".⁶⁹

Vivíamos agazapados en callejuelas, gateras y laberintos. Era como estar todo el tiempo reptando a través de madrigueras. Se podía jugar a ser ratón. A ser una pandilla de ratones depredadores. Eso era fácil, pero era difícil jugar sin ser molestado. La madriguera estaba siempre llena de gente. Algunos que escapaban, heridos, atropellándolo todo. Otros, atravesados en el túnel, inertes, borrachos, estorbaban el tráfico. Nos sentíamos constantemente atropellados. No recuerdo dónde estaban papá y mamá. Pero, en fin, al principio, cuando estábamos recién llegados, todavía era posible jugar. Después, cuando se nos vino encima la invasión de las aguas, ya no lo fue ...

"La superabundancia de canales particulares de regadío que cada propietario saca de los ríos en virtud de antiguas y nuevas mercedes ... multiplicadas inútilmente las acequias ... se multiplican las sanjas y puentes ... en un terreno comparativamente reducido como es el del Departamento de Santiago ... los males gravísimos que se sufren por las filtraciones o aniegos. ... Aun así más: las nuevas lagunas o pantanos de aguas detenidas que cercan a esta Capital, descomponiéndose continuamente, inficionan la atmósfera y producen epidemias desoladoras, mientras que sus habitantes, sitiados por ellas, por las mismas filtraciones que han llegado a los suburbios de la ciudad ... tendrán que ir abandonando la población a medida que se desenvuelvan y crezcan estas calamidades ... reduciendo a una parte comparativamente pequeña los terrenos cultivables ... abuso de los riegos, sin los correspondientes desagües ... se aumentan por todas partes las aguas detenidas".⁷⁰

Fuimos descubriendo que el piso de nuestros ranchos estaba más bajo que el nivel del agua de las acequias. Había rebalses continuos y nos anegábamos todos. La humedad y los olores pestilentes se nos pegaban a la vida, como una segunda piel. En el mismo centro de nuestro cuarto, el número 28, tuvimos que cavar un desagüe extra, porque la

67. Actas de la Municipalidad de Santiago, Vol. 209, Santiago, 17 de febrero de 1864. Informe del procurador de Ciudad.

68. AMI, Vol. 9, Santiago, 11 de agosto de 1842. Informe del intendente de Santiago, Miguel de la Barra.

69. AMI, Vol. 172, Santiago, 23 de febrero de 1843. Informe del intendente de Santiago, Miguel de la Barra.

70. AMH, Vol. 174, Santiago, 18, 23 y 28 de mayo de 1846. Informes del intendente de Santiago, Miguel de la Barra.

acequia que lo atravesaba subió en exceso su nivel y vivíamos inundados. Ya no pudimos jugar más. Los juegos comenzaron a ahogarse, como ratones enfermos.

"En un conventillo de la señora doña Rosaria Cerda hai también algunos ranchos que deben desaparecer. El corral o patio es un chiquero, lleno de hoyos y éstos de agua. La acequia que lo atraviesa se encuentra a mucha altura respecto al nivel del piso de aquellos. Debe bajarse como 50 centímetros. ... No hai otro recurso que tocar respecto de estos ranchos que el de terraplenarlos con sus propios escombros, i esto sería aun poca cosa para dejar su pavimento al nivel de las calles nombradas [Olivos y Juárez] ... Conventillo de don Francisco Orella, calle de Dávila: ranchos en hoyo i aguas detenidas. ... En el conventillo del señor Clark debe bajarse la acequia, terraplenar la calle i cerrar el cuarto número 28, atravesado por aquella".⁷¹ "El conventillo de la calle Santo Domingo número 183, de propiedad de don José Bruno González, se encuentra con todas sus habitaciones completamente inundadas. ... A pesar de esto, hai personas que se resignan a habitarlo, colocando en los cuartos una capa de aserrín de sólo dos pulgadas".⁷² "Visité los barrios del sur, desde el canal de San Miguel hasta el zanjón de la Aguada i desde la calle de Castro a la de San Francisco. ... siempre más bajo hasta un metro al nivel de las calles adyacentes, lo que hace que la humedad salte a la vista; sin ninguna vegetación en sus inmediaciones i pésimamente mal ventiladas; sin acequia de agua corriente ni locales adecuados en donde puedan depositar sus basuras e inmundicias, i rodeados por esto mismo de charcos i pantanos de aguas inundadas i corrompidas que llenan el aire de emanaciones pútridas i deletéreas ... tales son las rancherías que forman los suburbios al sur de Santiago".⁷³ "Resultando del Informe anterior que ... los barrios del sur [son] verdaderos potreros en que está sembrada la muerte".⁷⁴

¡No se podía jugar! No había ninguna vegetación. Vivíamos envueltos en aires venenosos ... ¡No se podía jugar! Comenzamos a enfermarnos. Mis hermanos menores se murieron ... Nos reventábamos por dentro de ganas de gritar, de llamar a alguien ... ¡Y no se podía jugar!

"Asinada en cada una de aquellas cuevas vivía una familia entera, por lo jeneral bastante numerosa, los vicios del padre constituyeron la primera escuela de los hijos, quienes, amamantándose desde que nacen con la corrupción i el escándalo, llega a ser su alimento, su modo de ser ordinario. Allí no existen, no pueden existir ni el pudor ni la decencia".⁷⁵

Nos convencimos de que el mundo se reducía a nuestros cuartos y laberintos encharcados. Sufríamos una especie de metamorfosis. Podíamos haber sido ratas, o tal vez ya lo éramos. Una embriaguez mortífera nos embotaba los sentidos. A veces nos encontrábamos mirando el vacío, como en éxtasis ... ¿Por qué no vienen a observarnos? ¿Qué sucede? ¿Qué nos está sucediendo?

71. AML, Vol. 415, Santiago, 8 y 9 de julio de 1872. Informes de L. E. Irrarrázaval y Tristán Malta, respectivamente, al ministro del Interior.

72. *Ibid.*, Informe de Tristán Malta.

73. AML, Vol. 415, Santiago, 9 de julio de 1872. Informe de Manuel Domínguez al intendente de Santiago.

74. AML, Vol. 415, Santiago, 9 de julio de 1872. Decreto del intendente de Santiago, Benjamín Vicuña.

75. *Ibid.* Informe de Manuel Domínguez.

"Separándose un poco de ciertos centros de la ciudad, habrá dado con calles llenas de lodo ... habrá tropezado con montones de basura i habrá hundido sus pies en colchones de tierra, que a veces suele formar nubes de polvo con los juegos de los harapientos muchachos i de los innumerables perros del vecindario. ... El pañuelo en las narices es cosa precisa para acercarse a ciertos lugares. Allí son amagados al mismo tiempo los cinco sentidos del pobre transeúnte ... por las variadas escenas indecentes e inmorales que se nos presentan al pasar ... se ve, en confuso desorden ... el bracero en que se hace la comida ... estacas clavadas de las que cuelgan ropas, sombreros, canastos, etc. i en un rincón se ven amontonados choclos, papas, repollos, etc. produciendo un olor a putrefacción. ... ¿Cómo no han de salir los muchachos a saltar a la calle, que es el verdadero patio de tales habitaciones? Sólo quedan los más pequeños; i no es extraño verlos medio desnudos i tendidos sobre el húmedo pavimento".⁷⁶

¿Viniste? Mírame entonces, de una vez. ¿Alcanzas a distinguirme? Soy de los más pequeños. Estoy medio desnudo y tendido sobre el húmedo pavimento ... ¿Qué sientes por mí? ¿Qué esperas de mí? ¿Me temes?

V

LOS NUMEROS DE VIDA Y MUERTE

Durante el siglo xix, la situación de los niños indigentes constituyó, en Chile, un problema social relevante. Los siguientes indicadores, de orden cuantitativo, describen el perfil general del mismo:

1. *Proporción de la población infantil (de uno a quince años) en relación a la población total, nacional y/o provincial. Siglo xix*

Durante las primeras décadas de este siglo no se realizaron censos propiamente nacionales, sino, sólo parciales. Los datos existentes, que son por ello necesariamente fragmentarios, indican que la población infantil chilena era, a un nivel significativo, numerosa. Por ejemplo, en la provincia de Maule —que contenía un alta concentración de individuos catalogables como pertenecientes al estrato indigente— se registraron en 1827 las siguientes cifras: 46.885 muchachos y niños de menos de quince años, sobre una población total de 104.129, lo que da un porcentaje de 45.0 por ciento. Si a eso se agrega el tramo etario de quince a veinticinco, el porcentaje ocupado por la población joven aumenta a 60.4 por ciento del total.⁷⁷ Esto revela el importante peso demográfico de la población infantil y joven en esa provincia. Casi dos décadas más tarde, en 1845, la población de uno a quince años se había incrementado en dicha provincia a 46.6 por ciento.⁷⁸ Pero en 1885 era sólo de 42.9 por ciento.⁷⁹

76. Daniel Barros Grez, loc. cit., 131-32 y 134.

77. AMI, Vol. 42, Cauquenes, 31 de diciembre de 1827. Informe de Esteban Manzanos al ministro del Interior.

78. F.U.G., *Estadística de la República de Chile: Provincia de Maule* (Santiago, 1845), Cuadro 9.

79. *Censo Nacional de Chile*, Año 1885, Tomo I.

En el mismo año de 1885 el porcentaje de población infantil a nivel nacional era similar al de Maule: 42.4 por ciento, pero en Santiago era notablemente inferior: sólo 36.5 por ciento, inferior al nivel nacional.⁸⁰ En 1907, el porcentaje nacional había descendido a 37.5 por ciento, habiendo decrecido aun más el de Santiago.⁸¹

En conclusión, puede estimarse que la población infantil chilena fue perdiendo consistentemente, en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX, su peso relativo dentro de la población total. Igual deterioro —pero a una tasa mayor— experimentó la población infantil de la ciudad de Santiago para igual período.

2. *Porcentaje nacional de niños ilegítimos con respecto al total anual de los nacidos. Siglo XIX. Algunas tendencias generales*

Durante el siglo XIX, la proporción de niños ilegítimos registrada en el país con respecto al total anual de los nacidos puede estimarse como significativamente alta, tendiendo a incrementarse en el transcurso del siglo. Véase el Cuadro 1.

CUADRO 1: *Legitimidad de los nacidos. 1848-1916*
(en porcentajes cada 10 años)⁸²

Años	Número de Ilegítimos	Proporción (por mil)
1848	9.994	216
1858	14.360	225
1868	20.587	267
1878	17.835	226
1888	22.660	276
1898	33.872	332
1908	47.647	360
1916	54.987	381

La proporción de niños ilegítimos nacidos en Chile entre 1848 y 1916 aumentó desde un quinto del total de los nacidos a más de un tercio. Tales cifras son de nivel nacional, oficiales y apoyadas en casos debidamente documentados. Otros informes sugieren que, dentro de determinadas áreas, esa proporción pudo haber sido superior. En la ciudad de Santiago, por ejemplo, fluctuó normalmente por encima del nivel nacional: entre un mínimo de 460 por mil y un máximo de 541 por mil, entre 1903 y 1910.⁸³ A modo de hipótesis, cabe estimar que, en los barrios populares de la capital, la proporción de niños ilegítimos debió oscilar entre 750 y 800 por mil. En consecuencia, hacia 1900, y sobre todo en los distritos pobres, casi los dos tercios de los nacidos constituían casos de niños "huachos".

80. *Ibid.*

81. *Ibid.*, Año 1907, Tomo I.

82. *Sinopsis Estadística de Chile*, Año 1916 (Santiago, 1917), 10.

83. A. Commentz, "Estadística de mortalidad, natalidad y morbilidad en diversos países europeos y en Chile", en *Primer Congreso Nacional de Protección a la Infancia* (Santiago, 1913), Cuadros VIII y IX.

3. Mortalidad infantil en Chile durante el siglo XIX, dentro y fuera de los recintos de protección a la infancia

Durante el siglo pasado, la tasa de mortalidad infantil registrada en Chile se mantuvo constantemente a tasas significativamente altas, tendiendo incluso a incrementarse a fines de ese siglo. Diversos datos fragmentarios indican que, en las primeras décadas, la mortalidad infantil (considerando los niños de uno a siete años) fluctuó entre 50 y 60 por ciento del número total de muertos al año, siendo mayor ese porcentaje en las ciudades de Santiago y Valparaíso.⁸⁴ A fines de siglo, la mortalidad infantil (considerando ahora sólo el número de niños muertos en el primer año de vida, con relación al total de nacidos) tuvo un fuerte incremento a nivel nacional, llegando a ser, según diversos expertos, la más alta del mundo. Véase el Cuadro 2.

CUADRO 2: Mortalidad infantil en Chile. 1898-1910⁸⁵

Años	Nacimientos	Niños muertos	Tanto por mil
1898	10.221	3.817	374
1900	12.116	6.087	502
1902	10.816	3.492	323
1905	12.193	4.426	363
1907	11.240	4.935	439
1910	11.977	4.609	384

Aunque altas, esas tasas de mortalidad infantil fueron casi duplicadas en el interior de las Casas de Huérfanos, donde, entre 1837 y 1839, la mortalidad infantil fluctuaba entre 470 y 610 por mil anual.⁸⁶ Cincuenta años más tarde —en torno a los críticos años de 1880— esas tasas se habían incrementado a niveles superiores a 800 por mil anual (véase Cuadro 3). Sólo después de 1900 se registró un leve descenso.

CUADRO 3: Casa de Huérfanos: mortalidad por cohorte de los expósitos. 1876-1925⁸⁷

Períodos	Tasa de mortalidad
1876-1885	813 (por mil)
1886-1895	802
1896-1905	760
1906-1915	735
1916-1925	736

84. F.U.G., *op. cit.*, passim. También G. Salazar, *Labradores...*, 133-34.

85. A. Commentz, *loc. cit.*, Cuadro VIII.

86. AMI, Vol. 162. Santiago, 1834-40. Informes de Domingo A. Izquierdo al ministro del Interior.

87. Cuadro obtenido por gentileza del profesor René Salinas, de la Universidad Católica de Valparaíso. De R. Salinas y M. Delgado, "Orfandad y desintegración familiar. La mortalidad de los niños abandonados. 1750-1930" (inédito).

De todo lo anterior podría derivarse tal vez una conclusión algo dramática: durante ese período, las madres que llevaban a sus hijos a esa Casa en la expectativa de salvar su vida y asegurarlos contra la pobreza, estaban en un 70 por ciento equivocadas.

4. Conclusión general

Del rápido análisis cuantitativo expuesto más arriba, puede sostenerse, a modo de conclusión general, que en Chile, durante el siglo XIX, el problema de los niños desamparados tuvo un carácter masivo y, a lo largo del período examinado, fue deviniendo en un problema crítico.

VI

DE LA CRONICA ROJA: EL VINO, LA SANGRE, EL FUEGO, LA DINAMITA, LA MUERTE

Los niños indigentes se vieron envueltos en incesantes olas de violencia. Tanto fue así, que, a veces, ellos mismos concluyeron por impulsarlos.

El Vino

"El domingo en la tarde, una mujer, en completo estado de ebriedad, fue descubierta escondida en la cochera de una residencia particular en la Calle de las Monjitas. Al serle demandado que ella abandonara ese lugar, se puso furiosa, y fue necesario llamar a un policía. Al llegar a la residencia, el guardián del orden trató de forzar a la ebria mujer a abandonar el lugar, pero pronto descubrió que ella era demasiado fuerte para él y, con su casaca rota y el rostro arañado, tuvo que retirarse del campo de batalla. Fue necesario llamar refuerzos, y después de una verdadera turbamulta, la belicosa mujer fue llevada a la comisaría. Tras un corto momento en que permaneció encerrada, ella quebró la puerta de la celda, lo que obligó a la guardia, para impedir que la mujer siguiera haciendo nuevos estropicios, a atarla de pies y manos. Y en ese estado permaneció, hasta que su furia amainó".⁸⁸

La Sangre

"Cr... imbo. De acuerdo al Atalaya, un trágico ejemplo de las consecuencias de una severidad paterna irracional ha ocurrido en un lugar llamado Quillota, en la familia de un campesino pobre. Un muchacho de catorce años, cuyo deber era pastorear un pequeño rebaño de cabras, tuvo la desgracia de perder un cabrito, razón por la cual fue inmisericordemente golpeado, como castigo, por su padre. ... Hace dos días, la cabra madre del cabrito desapareció también. Temeroso de provocar de nuevo la furia de su padre, el desgraciado niño se suicidó colgándose de la rama de un árbol".⁸⁹

88. *The Chilean Times* (Valparaíso), 27 de mayo de 1876, 2.

89. *Ibid.*, 16 de diciembre de 1876, 2.

"Un hombre llamado Anjel Loyola ha sido arrestado bajo acusación de haber quemado el rancho donde vivían su padre y su madre en Pencahue, habiendo previamente cerrado la puerta por fuera para impedir que escaparan. El desnaturalizado hijo permanecía afuera, escuchando impasiblemente los gritos de sus desgraciados padres, que estaban quemándose vivos, cuando un vecino corrió a abrir la puerta. Pero Loyola, no bien lo vio, trató, cuchilla en mano, de impedirselo, pero se demoró en su movimiento y sus padres escaparon fuera no bien vieron la puerta entreabierta. Entonces él trató de acuchillar a su madre, lo que habría conseguido si ella no se hubiera escudado con su brazo, el que recibió una profunda herida. Los vecinos trataron de amarrar a Loyola, pero éste escapó corriendo, aprovechando la oscuridad de la noche. Al día siguiente fue tomado prisionero".⁹⁰

La Dinamita

"El trabajador Gregorio Ruiz... puso fin a sus días suicidándose con un cartucho de dinamita que se colocó en el pecho. Se cree que la causa que ha inducido al suicida a tomar tan tremenda determinación ha sido una larga enfermedad que le aquejaba. Parece que su esposa también se encontraba en cama. De las averiguaciones tomadas, se nos informa que la Casa le suspendió el viático que le daba, y también le negó el permiso para hacer una erogación para su enfermedad. Deja la esposa y dos hijos menores de edad y sin recursos. El suicida llevaba 14 años trabajando en la Casa. Oficina Ramírez. El Corresponsal".⁹¹

La Muerte

"Nuestro corresponsal en Chañaral nos reporta que, según le han asegurado personas que hace poco llegaron de Taltal, este puerto vive una situación que no es de las más atractivas para los afuerinos que llegan a buscar trabajo. Diariamente caminan a ese puerto personas que, a pie, vienen de Chañaral o Antofagasta, medio muertas de hambre, sed y fatiga. La fundición del señor Barazarte está paralizada.... El dinero en circulación está compuesto principalmente de fichas de guttapercha, de la Casa de Barazarte... los salarios son de un peso diario, sin ración.... Numerosos cadáveres han sido y siguen siendo encontrados en los alrededores, como también en las huellas y senderos que unen Chañaral, Taltal y Antofagasta, de personas que han perecido de hambre y sed mientras caminaban al nuevo puerto".⁹²

VII

DE LOS NIÑOS "HUACHOS", Y DEL HISTORIADOR

Los niños no eligen gobernantes. No son, tampoco, gobernantes. No organizan Estados. No declaran guerras. No destierran a sus semejantes. No imponen políticas económicas ni acumulan capital. No contratan sirvientes. No hacen revoluciones. No difunden utopías.

90. *Ibid.*, 28 de octubre de 1876, 3.

91. *El Despertar de los Trabajadores* (Iquique 1), no. 34, 30 de marzo de 1912, 3.

92. *The Chilean Times*, 15 de septiembre de 1877, 2.

Los niños no son agentes activos, determinantes ni eficientes en la historia de los adultos. Menos aún los niños indigentes. Si queremos mirarlos con la mirada histórica calibrada y entrenada en los sucesos de los adultos, no los veremos. Estarán al margen de ella. Carecen de historicidad en este particular sentido.

¿Es que, entonces, no tienen Historia?

Los documentos que han servido de base a este trabajo no fueron reunidos para este fin, sino para otros objetivos, atinentes a la historia adulta. Pero todos ellos traían, en sus bordes, en su dorso, en la atmósfera que creaban, una aureola histórica silenciosa, inexplorada, pero expresiva. Una especie de profundidad histórica que se expandía mucho más allá de los encadenamientos —típicos— de los hechos adultos. Se fue haciendo evidente que, desde esa aureola silenciosa, hablaban los niños pobres, atravesando con débiles voces todos los hechos y procesos históricos estudiados, como *desde otra dimensión de la historicidad*.

¿Cuál era esa dimensión?

Aun terminado este trabajo, no es posible definirla. Acaso es el padecimiento de la historicidad. La dimensión patética de la sucesión de hechos adultos. La proyección de los acontecimientos hacia el interior de la sensibilidad humana en su estado más puro y germinal. Las resonancias infinitas que el complejo y tenso acontecer social despierta en las mil cuerdas de una conciencia intacta. Como si la historicidad infantil no se resolviese en el estallido encadenado de los acontecimientos, sino en la profundidad casi intemporal de la sensibilidad.

Si eso era, ¿cómo llegar hasta allí? ¿Qué niño deja testimonios escritos o materiales de esa profundidad? Podría resolverse el problema —como de hecho se hizo aquí— organizando los hechos adultos en torno al niño indigente, para reproducir pálidamente el amasijo factual que se proyectó, durante el siglo XIX chileno, al interior de su sensibilidad. Definiendo y acomodando nuestra historia adulta para medir sus repercusiones hacia la infancia desvalida.

Sin embargo, la sensibilidad infantil, ¿es pura sensibilidad pasiva? ¿Pura resonancia multiplicada por la germinalidad de su mente? Pareciera que no. En esas profundidades, ocurren —ocurrieron— cosas. Cambios. Reacciones. Transformaciones. El historiador, en este punto, no tiene más camino que estar atento a lo que aflora —afloró— de esos cambios profundos al exterior. A la historia pública y pedestre de los adultos. Y podría construir, entonces, una historia de las conductas infantiles: sus juegos, sus costumbres, sus reacciones, y su evolución a través del tiempo. Ante eso, podría examinar el problema objetivamente, incluso utilizando un lenguaje neutral —como el utilizado por los analistas de las políticas sociales y de beneficencia de la República—, a efectos de perfilar esos (minúsculos) hechos, sus tendencias estructurales y los cambios experimentados. Hechos y tendencias debidamente medidos y clasificados. Y también archivados.

Con todo, ¿es ése el punto? ¿Hemos cogido con eso lo específico de la historicidad infantil, y en especial la de los niños indigentes —"los huachos"— del siglo XIX en Chile?

En el caso de esos niños, pareciera que su sensibilidad trabajó en el sentido de construir identidad. De desenvolver la humanidad pura que contenían, por encima y más allá de los materiales históricos externos que impactaban en ella. Trabajando ese germen de humanidad —o de dignidad— con y a pesar de esos materiales. Es por este trabajo tenso que su historicidad pareciera no haberse estructurado nunca lejos del proceso histórico adulto. Es que esos niños, aun siendo meros "huachos", reflejaron la historia adulta del país, pero no de un modo puramente pasivo, sino en 'sujeto'. Hay en todo eso un elemento básico, fundante, de rebeldía. Acaso es aquí, en este nivel de profundidad histórica, donde es preciso buscar y hallar el origen esencial de la rebeldía y contumacia que son características del movimiento popular chileno.

Para intentar hacer historia de este nivel y de esos orígenes es casi innecesario ser científico. Historiador con mayúscula. Más bien, se requiere posesionarse plenamente, integralmente, de la piel humana. Hacer historia de niños es, sobre todo, una cuestión de piel, más que de métodos y teorías. Se trata de 'sentir' y 'sentirlos'. Es una cuestión entre los niños y yo.

La Reina, junio de 1989

Penas de amor de un "roto estudiante" (Santiago de Chile, 1715-1730)

Anónimo

Compilado por: Gabriel Salazar V.
SUR, Centro de Estudios Sociales y Educación

INTRODUCCION

Pudo, tal vez, llamarse Fionis. O Leandro, o Manuel; aunque le decían Jeremías, Job, y hasta "Rey de las Melancolías". En un momento de ira, sin embargo, se llamó a sí mismo "roto estudiante". En verdad, parecía un muchacho pobre que, para pagar sus estudios, trabajaba como archivero o copista en el Cabildo de Santiago. De cualquier modo, su amor con "doña Mariana" no llegó a feliz término porque ella, "tirana ingrata", lo despreció por otro. Tras el "despedimiento", derivó entonces de la amargura al despecho, del despecho al llanto, y del llanto a la ira y la insolencia. Para terminar construyendo un filosófico boceto de sí mismo. Pero era pobre, y tal vez no tenía papel donde volcar la poesía de sus penas. O tal vez, de algún modo, quiso estamparlas allí, para la posteridad. Porque, entre las cuentas y actas de las cofradías de Santiago, en los intermitentes espacios libres (a fojas vuelta) de los solemnes libros del Cabildo, dejó nerviosamente caligrafiadas sus penas de amor por doña Mariana. ¿Eran auténticamente suyos esos versos? Auténticos o no, ellos, dispersos y escondidos donde quedaron, componían un sentido. Al seguir su reguero, apareció ante nosotros el conjunto de su drama. Si el dolorido poeta y estudiante quiso que, en otros siglos, supieran de su dolor, cúmplase, pues, ahora, su deseo.

I

*Escucha tirana ingrata
mis males te contare
el sentimiento que tengo
yo luego te diré*

*Antes que te conociese
estaba en el entender
de que eras mujer onrada
y de mejor proseder*

*Aora que te conosco
por lo que yo he bisto, y se
ya beo que te estimas
como la mas bil mujer*

Yo no siento el que me dexes
ni que tu me despreseis
el sentimiento que tengo
el sujeto por quien es

Con esto tirana ingrata
mas no te amolestare
esto lo ago por que sepas
lo fino que mi pecho es

Discurpe doña Mariana
me destierran su crueldades
y quien despresias favores
justa de contraliedades¹

II

Ya que os benis ami mesa
por cer de despedimiento
de la carne al adbioento
os prometo no daros grandesa
por que veo bienes con bilesa
donde te ladan debálses
pues tu latomas por adarmes
ya que aqui quieres venir
solo querras tu sufrir
la penitencia la bienes tu a pedir²

III

De un antojo te oy hablar
muy difícl de cumplirlo
mas luego que teoy decirlo
dixe: fresco oceco loededar
mas viniendo areparar
que perla en choro no es dable
porque para cer amable
na adeestar ciempre en su centro
asi no es otro mi intento
si no tu gusta saciar³



DAMA DE LA CLASE MEDIA SANTIAGUINA
De: Sor Imelda Cano Roldán, *La mujer en el Reyno de Chile*
(Santiago, 1981), p. 218

1. Archivo del Cabildo de Santiago, Vol. 39. Santiago, 1715-1730, f. 47 v.

2. *Ibid.*, f. 77 v.

3. *Ibid.*, f. 78 v.

IV. Desimas. R

Llorad corazon llorad
llorad si temeis por que
que no es delito en hombre
llorad por una mujer

Llore ese cielo sereno
machitando sus colores
la tierra llora en vapores
la agua, que cubre en su ceno
llora el ardio ma lleno
su mimia mortalidad
y las flores con leadad
les lloran de barios modos
pues haora que lloran todos
llorad corazon llorad

Llora el prado a quien destina
el ciello, una infelis suerte
el tronco mas duro bierte
sus lagrimas en resina
llora si bien se examina
todo incecilble que be
una mal pagada fe
pues si lo insensible llora
llora corazon aora

Llorad si teneis por que

Llora el ave, su orfandad
mirando a su dueño asente
el silguerillo imprudente
llora su cautibidad

Llora al fin su soledad
la tortola sin que el nombre
ni aun de la muerte le asombre
i sin un estremo tan raro
no es culpa en ave, es claro
que es delito en un ombre

Llora el bruto, y no es dudable
que llore, pues es pasivle
quando llora lo incencilble
y siente aun lo begetable



llora todo, lo animable
por que puede padecer
i si el ombre a de tener
sentido mas esquisito
como sera en el delito
llorad por una mujer⁴

V. Siguen otras

Y a me llaman Geremias
de verme tanto llorad
ya me disen Baltasar
rey de las melancolias

Lloro tan copiosamente
la multitud de mis males
que ya en mis ojos canales
ha formado la corriente
que hinporta que me lamente
quando las desdichas mias
me dan crueles agonias
y multiplican mi llanto
tal que como lloro tanto
ya me llaman Geremias

Ni el mas duro corazon
podra tener sufrimiento
de ver como me lamento
por que le doy compacion
pues es tanta la afliccion
con que empieso a suspirar
que el que me llega a mirar⁵
aunque ver a mi enemigo
se pone a llorar conmigo
de verme tanto llorar.
Barios nombres me acumulan
unos me disen Jacob
otros el paciente Job
otros davime intitular
y como no disimulan
mis ojos su gran pesar
todo se le va en llorar
y los qe me ven llorando
ya me disen triste leandro
ya me disen Baltasar.



4. Ibíd., f. 93 v.

5. Ibíd., f. 93 v.

Tan apesarado estoy
y me aflijo de tal suerte
qe llevo a mirar la Muerte
en cada queja que doy
toda una tristeza soy
paso las noches, y Días
entre amorosas porfías
que formo con el desvelo
y oygo que medise el Cielo
Rey de las melancolias

Fionis⁶

VI

Dile tu ingrata traidora
a ese que mete en tu cacho
que de la carne que come
otro se murio de empacho.

Tanto se me da de que
tu me desprecies por otro
que no ago mal el decirlo
que te acen sernir el pote

El qe hizo estos dos versitos
es un indigno ignorante
y para deciros todo
es un roto estudiante⁷

VII

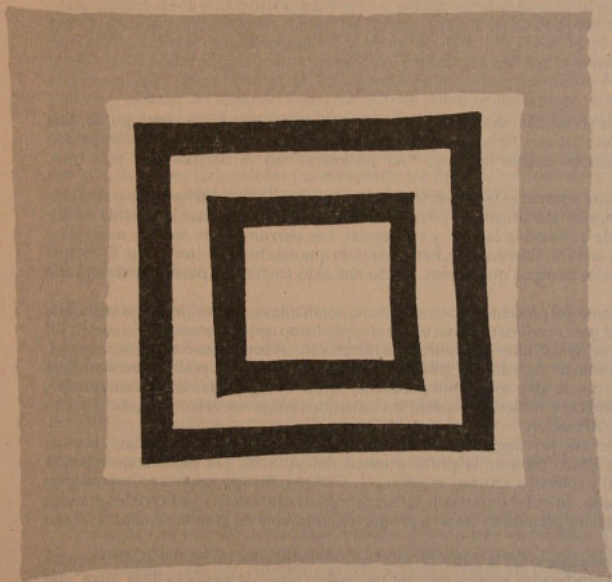
Mira Manuel ingrato
bien se conose que tu
la grandes a tienes pues huuú
qe no quieres otro plato
por que sidentra el sapato
qe senti ponen el gasto
arriba de ese sera muy poco aparato
a tu paladar pues es grato
gran risatienen por tu hato
que te tiran todos como si fueras el pato⁸



6. Ibid., f. 96 v.

7. Ibid., f. 103 v.

8. Ibid., f. 124 v.



la cualidad del orden

El disciplinamiento

Azote, salario y ley

Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817-1850)*

M. Angélica Illanes O.

La historia social del movimiento obrero en Chile ha sido, hasta cierto punto, una historia del *statu quo*. Se ha centrado en el movimiento orgánico de un proletariado consolidado en cuanto tal, cuyo "ser proletario" no es cuestionable; más bien, necesario.

Lejana y sumergida permaneció la otra historia: la de la lucha de los trabajadores por impedir justamente su proletarización, es decir, por evitar la pérdida de sus espacios de autonomía laboral y existencial. Los derrumbes de teorías, modelos y utopías ocurridos últimamente, han permitido que esta historia emergiera. Es así que los dolorosos tiempos que hemos vivido han sido fructíferos para la historiografía social.¹

El tema del presente trabajo es la lucha entablada en el interior de una economía y sociedad por consolidar/obstaculizar el capitalismo como domesticación social. Tal lucha constituye un nuevo capítulo de la historia americana como conquista; aun más, desde el punto de vista del disciplinamiento de la mano de obra, podríamos identificar el período que se abre con la Independencia como "la segunda fase de la conquista", etapa altamente conflictiva, cuando los sometidos entran en estado de rebeldía a su total proletarización.

Escenario privilegiado de este fenómeno fue el de la minería del cobre y la plata del Norte Chico durante la primera mitad del siglo XIX. Un espíritu de rebeldía individual y colectiva, crónico, cotidiano y, al mismo tiempo, explosivo, espontáneo y organizado, dificultó seriamente la fuerza organizadora desplegada por los grandes mineros, en un período de ímpetu productivo minero y de gran necesidad de mano de obra.

La rebeldía tomó la forma de una 'autoparticipación' de los trabajadores en los beneficios producidos, especialmente a través del "robo" de metales y de la "fuga" con adelantos. Y si bien esta forma de rebeldía apareció como "delictual" a los ojos de las autoridades, tiene en realidad un carácter claramente diferente de las formas "rateriles"—robo esporádico, para subsistencia inmediata, generalmente de especies comestibles y dinero—, propias de sujetos más bien marginales al proceso productivo mismo. Estas últimas modalidades también estuvieron muy presentes en el Norte

* El presente trabajo corresponde a una versión amplia de un artículo anterior: "Disciplinamiento de la mano de obra en una formación social en transición. Chile, 1840-1850", publicado en revista *Nueva Historia* (Londres) 11 (1984). Esta investigación se complementará y proyectará, en una tercera etapa, hasta la década de 1870.

1. Uno de los trabajos más importantes que trata este fenómeno es el libro de G. Salazar, *Labradores, peones y proletarios* (Santiago, 1985).

Chico, en su calidad de espacio fronterizo; sin embargo, la rebeldía de antiproletarianización que trataremos en este trabajo asume aquí un carácter estructural: se generó a partir del mismo proceso de producción capitalista y se reprodujo dentro de su propio circuito, constituyendo un obstáculo interno de considerable importancia. De aquí su significación histórica: hizo de la historia social del capitalismo minero durante la primera mitad del siglo XIX en Chile, un escabroso camino de transición, dificultando los procesos superiores de acumulación.

El carácter estructural de la indisciplina peonal se expresó, asimismo, en el compromiso del poder militar y judicial con el sector patronal-empresarial. Efectivamente, resquebrajadas las ataduras señoriales coloniales y sus instrumentos policiales —especialmente en el ámbito de la minería—, el *orden social* se jugó entonces de lleno por imponer la proletarianización. La ley, las armas, toda la institucionalidad republicana, coadyuvaban al sometimiento de la mano de obra. No obstante, el necesario consenso del poder para este fin no careció de obstáculos y contradicciones: requirió, en primer lugar, de un proceso de disciplinamiento en el interior mismo del sistema policial y judicial; en segundo lugar, este último debió enfrentarse al propio poder patronal que, especialmente hacia la década de 1840, jugaba a autonomizarse de la tutela institucional.

Estas contradicciones históricas del sistema de dominación también favorecieron la lucha de los trabajadores por recuperar una libertad crecientemente sofocada por la proletarianización; ellas alimentaron por bastante tiempo la supervivencia de un espíritu de rebeldía, desplegado, quizás, hacia el horizonte de la historia social chilena.

I. LA INDEPENDENCIA

1. *Desatados y desertores*

Las noticias de la llegada de los oficiales de la Independencia a los pueblos del norte provocaban entre los trabajadores la inmediata estampida a los cerros. Ese paisaje de faldas y escondrijos era, como siempre, el mejor refugio para ellos.

Poca gracia hacía a los gobernadores de esas localidades el alistamiento forzado del pueblo. Cada día se hacía más difícil cumplir con las cuotas de reclutas asignadas a las villas; debían perseguirlos durante largas jornadas entre valles y montañas, tomarlos por la fuerza y recluirllos en la cárcel como delincuentes, hasta su partida resguardada a la zona central.

He sido informado por el Sargento Mayor José Esteban Páez de la comisión que le ha traído y he visto ser moralmente imposible que la pueda desempeñar. El mismo es sabedor de que aún antes de que llegase a ésta, ya había cartas de Coquimbo anunciando la recluta. Así es que, esparcida esta noticia, los hombres se han ocultado y no hay casi ni un muchacho que entre ni leña al pueblo. ... Yo le he dicho al Sargento se retire con su tropa a fin de dejar sosegar a la gente y que yo quedaré al cargo de la recluta. ... Hasta ahora no se han podido acopiar más de 20 hombres que caminarán el 7 a reunirse con otros 12 que dice el Alcalde de Combarbalá tiene prontos, para que unidos caminen a disposición de Ud.¹

He aquí uno de los espectáculos sociales de la Independencia, y que no fue mera coyuntura. El sonido de las cabalgaduras persecutorias en nombre de la libertad quedó grabado en el eco de los valles como símbolo premonitorio de esa permanente contradicción de la historia republicana: la libertad y el látigo.

2. Intendencia de Coquimbo, 5 de agosto de 1819, Vol. 12, San Rafael de las Rozas (Illapel). Gobernador Ramón Guerrero al intendente de Coquimbo.

La exigencia de la recluta forzosa impuesta por las urgencias militares de la Independencia, vino a agravar el ya antiguo desequilibrio entre las necesidades del capital y el acceso a la mano de obra en el Norte Chico. Carmagnani, en su trabajo *El asalariado minero en Chile colonial* (Santiago, 1963), muestra las dificultades existentes en el norte minero para contar con una mano de obra abundante y estable para los minerales. Plantea que, hacia fines del siglo xviii, dichas faenas debieron ser nutridas mayoritariamente por mestizos "marginales", a los cuales se les debió someter a un sistema de sujeción laboral consistente en la combinación entre el endeudamiento crónico de los peones a través del *adelanto de sus salarios*, y la eficaz persecución y *represión policial* para evitar la huida de esa mano de obra endeudada con el patrón.

Este cuadro se modificó claramente a partir del conflicto emancipador en el Chile minero. En efecto, el proceso de Independencia anticolonial no sólo se tradujo —como se sabe— en la ruptura del orden político preexistente, sino que repercutió notablemente en el aflojamiento del orden social-laboral, especialmente en el ámbito minero, donde la mano de obra no estaba "naturalmente" atada a la tierra ni a su familia.

La crisis del orden colonial afectó, en primera instancia, el sistema represivo policial de las localidades, uno de los pilares de la sujeción laboral patronal. El contingente policial presumiblemente entró a formar parte de uno de los dos bandos en guerra, o simplemente pasó a engrosar la ruta de los dispersos. En general, los gobernadores se quejaban, a propósito de las dificultades de la recluta, de escasez de milicianos o, lo que era casi lo mismo, de falta de cabalgaduras con qué habilitarlos.

La desorganización represivo-policial del sistema laboral colonial coincidió, además, con el descubrimiento de nuevos minerales (1811, Agua Amarga; 1825, Arqueros; 1832, Chañarcillo), que actuaron como focos de atracción de mano de obra, la que se desplazó sin mayores obstáculos de sus lugares de asentamiento.

Ante cada nuevo descubrimiento partirían, desde entonces, cientos de peones —endeudados o no— esperanzados en conquistar para sí la riqueza virgen de la tierra. "Me es sensible i aún bochornoso pero inevitable —decía el gobernador Miguel Gallo al intendente— aseverar a Ud. que la dispersión de los habitantes de esta jurisdicción por su decadencia es tal, que puede juzgarse por la población del Guasco que, a excepción de muy pocos indígenas, todo se compone de los trasplantados de esta villa y el mal que es la dispersión continúa en aumento, así, es moralmente imposible el número de 100 hombres [para el batallón Cazadores] y aún la mitad con mucha dificultad".³

A esta natural migración con un destino fijo se superpuso esa dispersión forzada de la guerra que vaciaría los pueblos, los campos y las faenas, con el consiguiente malestar de los propietarios de las localidades. Solamente la recluta había significado la extracción desde algunos pueblos de hasta un millar de trabajadores, lo que significaba, de hecho, la paralización de los trabajos.

Conforme a su orden del 2 del corriente, en que me ordena haga en ésta la recluta de hombres que se pueda . . . estamos en el caso que siendo esta villa y sus recintos puramente un asiento de mina, no hay un solo hombre desocupado, pues el que no es peón jornalero de mina, trabaja por sí éstas. Quitar esos brazos de sus labores es hacer un perjuicio general, porque si las minas no se trabajan, viene una grande decadencia al lugar que también trasciende hasta el erario y causa pública, por lo que sólo caminan en esta ocasión al cuidado del Teniente Pascual Molina 6 hombres . . . los demás vagos o mal entretenidos que se vayan encontrando se irán remitiendo a disposición de ese Supremo Gobierno.⁴

3. Intendencia Coquimbo, Vol. 7, Copiapó, 30 de octubre de 1817.

4. Intendencia Coquimbo, Vol. 21, 8 de enero de 1823, Vallenar. Gobernador Vicente García al intendente de Coquimbo.

Las cifras de algunas localidades demuestran la gravedad de la recluta como mecanismo de sustracción forzada de mano de obra: de San Rafael de las Rosas (Illapel) se había extraído en 1820 un total de mil hombres para el servicio del Ejército; en la localidad de Vicuña se contaban, en 1822, setecientos peones sustraídos del trabajo.⁵

Cientos de hombres abandonaban las casas que por una noche los habían cobijado; el ejército libertador se veía debilitado por las numerosas deserciones. El comandante general de Armas, don Luis de la Cruz, le comunicaba al intendente de Coquimbo: "Consecuente a la necesidad que hice ver a Su Excelencia el Director Supremo, de tomar una medida para cortar la horrorosa deserción que sufren los Cuerpos del Ejército, el Sr. Ministro de la Guerra me dice lo que sigue: 'Desde que se formó el Ejército para sostener nuestra Independencia, ha tentado el Gobierno todos los arbitrios para cortar la deserción' "; el rigor y la moderación del castigo, la absolución, el premio a los aprehensores de desertores y el castigo a sus amparadores... todo había sido infructuoso.⁶

Muchos llegaron desde el sur y el centro a la "otra frontera", ese norte montañoso de escondites y pasos libres, ese paisaje que como siempre y más que nunca, burlaría el establecimiento del nuevo orden y acogería la voluntad de emancipación de los forzados. Transitoriamente.

La Independencia abrió, pues, las compuertas para una aventura de escapadas alimentadas durante años por esa gran lucha interna que se entabló entre *reclutamiento* y *deserción*. Escuchemos, por ejemplo, lo que ocurrió un día en San Rafael de las Rozas (1824): "A pesar de la vigilancia que se puso para el resguardo de la recluta, se escaparon 24, cuya maquinación como de hombres forzados excedió todo cuidado y le sugirió la idea de hacer un forado en el que trabajaron a la capa de la noche con un silencio profundo cubriéndole de día con sus mantas; de esta suerte, sin embargo de la guardia que estaba inmediata al cuarto, pudieron fugarse sin ser conocidas sus faltas hasta el otro día. Los siguió tropa y sólo se aprendió uno".⁷

A pesar de que esa continua deserción entre los mismos pueblos y la llegada de desertores al norte fronterizo desde otros lugares del país y de la Argentina podría haber favorecido el rápido restablecimiento del equilibrio mano de obra/capital, en los hechos, la relación no fue fácil ni definida al respecto.

La situación de deserción permanente durante quince años o más, había encontrado buen asidero en esa mentalidad colonial marginal de libre transhumancia, que sabe de atajos en el camino, de alegría sin tiempo en las chinganas, de vida sin rumbo, recolectora de animales de potrero y de minerales sueltos; mentalidad propia del hombre sin patrón que, a pesar de los serios intentos hechos por domesticarlo en los minerales durante los últimos tiempos de la Colonia, desató las ataduras fácilmente y se largó a los cerros.

Así las cosas, la hazaña militar de la Independencia terminó por anarquizar completamente el orden social preexistente, dificultando seriamente el acceso y sujeción de la mano de obra a los dueños. Estos debieron, a través de todos los medios a su alcance, enfrentar el desafío de adquirir y disciplinar trabajadores. En efecto, la Independencia, esa fuerza que irrumpió contra los obstáculos coloniales para liberar la iniciativa y voluntad criolla en el ámbito político y económico, significó también la

5. Intendencia Coquimbo, Vol. 14, 12 de julio de 1822.

6. Intendencia Coquimbo, Vol. 18, Santiago, 8 de noviembre de 1824.

7. Intendencia Coquimbo, Vol. 6, 3 de octubre de 1824.

ruptura de la sujeción servil salarial de la mano de obra; la recluta y la movilidad de la desertión terminaron por quebrar el precario equilibrio espacial laboral. En suma, la Independencia emancipó persecutoriamente al proletariado servil, obstaculizando el despliegue productivo-mercantil capitalista: fenómeno histórico contradictorio, que encontró en el norte minero su más clara expresión.

El desierto minero de Atacama fue, pues, el escenario donde se mostró, con plena desnudez, la reconstitución de los lazos de sujeción social laboral, en tanto proceso de *transición* colonial hacia nuevas formas de sujeción capitalista. Transición peculiar, difícil y contradictoria, que nos abre uno de los capítulos apasionantes de la historia de Chile. Pasión de la "transición", en cuanto es ese desgarramiento de la figura histórica donde todos los sujetos recobran el movimiento y el lenguaje. Vida de la transición, momento privilegiado para conocer la historia de un pueblo: encuentro de tiempos pasados, presentes y futuros, en un espacio semidetenido en la tensión y la pugna no resuelta entre la libertad y la dominación.

2. Los prisioneros

Al comenzar los años veinte del siglo XIX, cuando aún la guerra anticolonial no había terminado, cuando se agudizaba la carencia de mano de obra y se mantenía la recluta y la desertión, los patrones, libres para desear la riqueza de los montes, entraron en seria necesidad.

Los reclamos contra la recluta se hicieron vehementes y su incumplimiento y las excusas de los gobernadores, reiterados. Ramón de Goyenechea, gobernador de Vallenar, decía al intendente en 1823 que "no encuentro en todo este distrito más número de reclutas (3) si no echo mano de los peones de mina; si yo los comprendo, llenarán a Ud. de quejas contra mí y me supondrán autor de la ruina del mineral".⁸

Una solución inmediata, una forma de conciliar la producción y la guerra, un pacto entre el capital y el militar, fue el *arrendamiento de prisioneros españoles* de guerra por parte del Estado a los particulares. En efecto, en 1820 se formó un pequeño depósito de prisioneros: 150 marcharon inicialmente a La Serena, para irse sumando luego otras cantidades, todos destinados al trabajo de las minas. Los dueños que los retirasen debían afianzar la seguridad de esos pecuiales trabajadores, pagando 50 pesos por cada uno y 2 pesos mensuales por cada uno a la Intendencia, suma que se invertiría en la mantención de los demás prisioneros que quedasen en el depósito.⁹

Los españoles trabajadores-presos se diseminaron por los asientos minerales, especialmente en Vicuña (85 prisioneros se sacaron en 1822), Vallenar y Copiapó—de donde se recaudó en el mes de abril de 1823, 125 pesos 4 reales, producto de ese ramo—y otros centros. Esto constituyó al parecer un relativo alivio para los propietarios, algunos de los cuales comenzaron a pagar más de lo requerido por ellos al mes. En 1824 se daba noticia de la existencia de 312 prisioneros de guerra ocupados en la provincia de Coquimbo.¹⁰ En San Antonio del Mar aparece una lista de 46 propietarios con prisioneros arrendados, los cuales debían pagar un total de 708 pesos 6 reales por concepto de su pago, por un promedio de un año de servicio.¹¹

Casi una mita, pero bastante precaria y hasta peligrosa. El gobierno vacilaba. No sólo los arrendaban propietarios chilenos, sino también indígenas. Se encontró a muchos prisioneros sueltos, sin papeleta que atestiguara que estaban trabajando con

8. Intendencia Coquimbo, Vol. 21, Vallenar, 27 de agosto de 1823.

9. Intendencia Coquimbo, Vol. 8, Santiago, 6 de octubre de 1820. José Ignacio Zenteno al intendente.

10. Intendencia Coquimbo, Vol. 8, Santiago, 6 de febrero de 1824.

11. Archivo Intendencia Coquimbo (en adelante AIC), Vol. 22, San Antonio del Mar, marzo 1826.

un patrón; es decir, de hecho se dejaba escapar a los enemigos por la razón de las minas y haciendas. A principios de 1822 se dictaron providencias para los patrones, mandándoles que prohibiesen a sus trabajadores españoles *portar armas de ninguna especie —ni siquiera cortaplumas o tijeras— con la excusa del cuidado de sus propiedades y que, asimismo, quedaba prohibido habilitarlos con bodegones, pulperías o comercio alguno, debiendo atenerse al desempeño de trabajos dependientes y pasivos.*¹²

Es claro que estos peones prisioneros poca ocasión tenían para ser proletarios. Muchos de ellos entraron a ocupar cargos de jefaturas en los minerales —mayordomos y administradores—, con lo cual los propietarios contaron con un personal intermedio y obviamente preocupado de diferenciarse de los simples peones. Muy útiles, por cierto, para la disciplina. *"Faltando en este partido —escribía el gobernador de Vallenar al intendente— sirvientes de cuya honradez y alguna instrucción puedan confiarse los mineros, se abandonaban muchos trabajos por falta de personas a quienes confiarlos. Con la llegada de los prisioneros se han encontrado estos auxiliares y se han multiplicado las faenas que precisamente se suspenderán y arruinarán el día que los separen"*.¹³

Los continuos temores del gobierno respecto de este arrendamiento de prisioneros, sus bandos para recogerlos, para empadronarlos, para vigilarlos

—por una parte—, y los regateos de patrones y autoridades locales, advirtiendo necesidad extrema de ellos para sus faenas, amenazando paralización y prometiendo vigilancia —por otra—, fueron los tiras y aflojas iniciales de ese conflictivo capítulo de la disputa por la mano de obra en el espacio de la economía minera de la República, situada en una creciente y competitiva tensión por la acumulación.

La voluntad de los dueños y empresarios mineros y de la sociedad civil urbana fue imponiendo su tono de voz a la autoridad militar y civil en Atacama. Se comenzó a adeudar crónicamente los pagos por los prisioneros de guerra, y hacia 1825 —año del descubrimiento del mineral de Arqueros— se hizo virulenta oposición a la recluta de peones para la guardia cívica. *"Imposible —se decía— hacer el servicio del cuartel que se compone de 5 hombres cada 24 horas con la Compañía Cívica, por ser los individuos que la componen la mayor parte mineros y, a fin de acallar el disgusto general de estos vecinos, tuve a bien hoy mismo de suspender la guardia sin dejar un hombre"*. Se advertía: *"Ha de agotarse la paciencia del vecindario o alterarse en muchos casos la moderación... habiendo sufrido muchos vecinos varias tropelías de los reclutantes con motivo de irles a sacar sus operarios y sirvientes"*.¹⁴

Asistimos, pues, a la dificultad de consolidar un asalariado minero numéricamente necesario en función de las alternativas productivas del capital a partir, en primer lugar, de esta tensión histórica entre guerra y producción, entre policía y plusvalía.

Esta situación, que se hizo crítica hacia 1825 a raíz del descubrimiento de los ricos yacimientos de plata de Arqueros, encontró cierto alivio al decretar el gobierno, a pedido del Cabildo de Coquimbo, el indulto general para los desertores "hijos de aquella provincia" y que aún se hallaban ocultos, invitándolos a incorporarse al trabajo con plena libertad.¹⁵ Por su parte, el intendente de Coquimbo decretaba la prohibición de que pasasen "para la otra banda trabajadores mineros con respecto a la escasez de brazos en que se halla la provincia".¹⁶

12. AIC, Vol. 10, Santiago, 7 de enero de 1822. Director Supremo. *Gaceta Ministerial* 2.

13. AIC, Vol. 8, Vallenar, 22 de marzo de 1824.

14. AIC, Vol. 35, Vallenar, 11 de marzo de 1825.

15. AIC, Vol. 18, Santiago, 23 de febrero de 1823.

16. AIC, Vol. 35, 11 de junio de 1825.

3. El desorden peonal

La riqueza del mineral de Arqueros así como la explotación de minerales de cobre por parte de dos asociaciones inglesas, y el importante descubrimiento de Chañarcillo en 1832, constituyeron los nuevos focos de atracción de capitales y de mano de obra en el norte. No obstante, lo que para los dueños y para la República podría haber sido el comienzo de una era de tranquilo resplandor, expresión del fácil despliegue de iniciativa empresarial liberada y su nueva proyección al mercado —a la manera como ha sido narrada por la historiografía—, en los hechos no fue así. La economía capitalista en el ámbito de la minería se consolidó sobre la base de la tenaz lucha librada por los empresarios para disciplinar a una mano de obra que —luego de verse desatada de los lazos coloniales de sujeción servil a raíz del fenómeno militar de la Independencia— no se mostró dispuesta a proletarizarse y a someterse a la lógica del capital.

Siendo uno de los principales deberes de mi obligación cautelar a todo trance los desórdenes y escándalos que se experimentan, no sólo dentro de esta población, sino aún con más franqueza y libertad en los remotos minerales, donde, sin el menor respeto a las justicias, se cometen diversos y comunes crímenes. Allí el robo y compra de metales es tan frecuente que no perdonan rescuio para ejecutarlo. No es menor el comercio de licores que se introducen cotidianamente, resultando de aquí los perjuicios más incalculables a los patrones de las faenas, ya por la embriaguez de los operarios, ya por los hurtos de piedras ricas de plata y ya por las fallas, peleas o heridas y fugas de los peones, dejando las más veces la minas paradas y abandonadas que, para volver a entablar el trabajo, tiene el pobre dueño que originar nuevos y dobles gastos. Todo esto, señor, no es sólo en perjuicio de las minas, sino también del Estado y causa pública. Si este gobierno tuviera un piquete de tropa respetable no se cometerían tan graves desórdenes ni menos se experimentarían tantos atrasos y perjuicios de los vecinos y mineros.

Mas, como sólo se halla con el auxilio de 10 hombres entre sargento, cabos y tambores, no es posible remediar estos males. Pues si se me pide (como ha ocurrido varias veces) por los subalternos de los distritos o minerales auxilio de dos o tres puntos a un tiempo, tendré que dejar, como otras ocasiones, el cuartel solitario y mi autoridad sin resguardo. Aquí no hay cívicos, aquí todos están empleados en el laboreo de minas y otros giros. Por eso es de necesidad urgente acrecer este piquete hasta 30 plazas. Sólo así se pondrá atajo a los perjuicios y males y la justicia será respetada. En Ud. está el remedio. Vicente García.¹⁷

Es decir, las relaciones de trabajo de la minería se hicieron anárquicas: los empresarios se vieron incapacitados para fijar los términos de las relaciones sociales de producción, en una situación de aguda movilidad laboral, de fugas reiteradas de peones con adelantos de salarios, de prácticas “viciosas” y “delictuales” entre los obreros, que disminuían la productividad y provocaban pérdidas notorias. En suma, la difícil construcción del capitalismo liberal en el ámbito de la minería debió enfrentarse a su contradicción básica: una economía minera en tensión hacia su consolidación capitalista y una mano de obra que se resistía a su correspondiente función proletaria-productora de plusvalía a los niveles requeridos por ese capitalismo minero en proceso de acumulación.

La rebeldía de los peones a nivel laboral se expresó principalmente a través de dos mecanismos: el “robo” de metales y la exigencia a los patrones de “adelantos de salarios”, que revertía a favor de los trabajadores el mecanismo colonial de adscripción de la mano de obra. Esto fue posible a raíz de la ausencia de una fuerza represiva y persecutoria eficaz, unida a la amistad de sombras y escondrijos, todo lo cual le

17. AIC, Vol. 21, 20 de mayo de 1823. Gobernador de Vallenar al intendente.

permitió al peón hacer del "robo" de metales y del pago adelantado, en circunstancia de gran necesidad de mano de obra, el principal factor de su "libertad".

Así, se llegó en esta época al extremo opuesto del sistema colonial; es decir, del sistema de adelanto salarial como retención patronal del obrero, al pago adelantado en efectivo y como sistema de contratación, sin garantía (efectiva) ni prenda alguna. Por otra parte, la rebeldía obrera a esa vida desnaturalizada y cruel del trabajo minero se expresaría en la evasión a través del alcohol, en la prostitución y en el crimen, lo que para los empresarios tenía un nombre: paralización de faenas.

Todo lo anterior se vio alimentado por el mismo proceso mercantil minero, que se nutría con enormes beneficios de los metales "robados", de los adelantos, a más del salario de los obreros. Así, si bien la rebeldía refluía a la acumulación capitalista por la vía del comercio (casas habilitadoras, fundidoras y compradoras de minerales, traficantes de alcohol y otros), en el curso de este proceso, donde el trabajador desempeñaba el rol de agente intermediario, se realizaba también su juego de libertad: su vida bohemia en la placilla, su algazara en la taberna, sus amorous, sus negocios clandestinos y particulares, sus encuentros con los compañeros de andanzas y también sus sueños de riqueza cuando buscaba por su cuenta tesoros sin nombre.

Ante esta situación crítica de desorden y creciente necesidad de mano de obra, la clase patronal y gubernativa intentó por todos los medios restablecer el orden laboral vía la *reglamentación* represiva y la reorganización de un contingente *policial* especial para la minería. La historia de este período de despliegue de riqueza productiva minera, será también la historia de la construcción del nuevo orden social de dominación sobre la base de la recomposición, a ratos difícil y contradictoria, de la alianza capital-fuerza-ley para la consumación del proyecto de riqueza privada y nacional.

Una de las características del movimiento ilustrado de la Independencia había sido la dictación de textos-bandos de policía destinados a establecer un mínimo orden social, y evitar el bandolerismo y delincuencia propios de una guerra interna. Si dicha anarquía social no hizo grave crisis por el lado de las ciudades y los campos, ella se concentró en ese espacio naturalmente abierto a los flujos de "vagos", "mal entretenidos" y "sueños": la frontera minera de Atacama.

Arqueros: Octubre 17, 1825

La desmoralización en que se ha constituido esta clase trabajadora me expone a la crítica de los sensatos y al capricho de los malvados. Conozco los males que gravitan en este mineral, pues que a mi vista se cometen mil excesos y embriagueces a que ha provenido anoche fuertes heridas dadas a un infeliz, y cuyo agresor está impune y sin el condigno castigo.

No es posible que yo responda por estos males si Ud. no tiene a fin, en ejercicio de sus superiores atribuciones, disponer se me auxilie con un piquete para que esa fuerza armada garantice mi seguridad, haga dar puntual cumplimiento a los preceptos de Ud. y mantenga el buen orden y mejor administración.¹⁸

Arqueros se constituyó en el primer espacio para el desafío que enfrentaba el orden social post-Independencia, esto es, el disciplinamiento laboral para el capital. Nada de fácil, por cierto. Se trataba de un mineral de plata muy rico, recién descubierto, carente de fuerza policial y con una mano de obra desmarrada, con deseos de hacerse rica, de participar en el reparto de las riquezas de la madre Natura. En efecto,

18. AIC, Vol. 32. Subdelegado Juan Bautista Cortés.

los obstáculos que experimentará el capital para el disciplinamiento peonal no sólo tendrán que ver con la calidad "marginal" —como la llama Carmagnani— de la mano de obra o con su transhumancia y deserción, sino también con la existencia de "espacios vacíos" en la montaña que tentaban su autonomía productiva y su libertad.

Cuando el gobierno decretaba la libre extracción de pastas (1825), se hizo definitivamente necesario pensar en la elaboración de un plan de disciplina laboral para la minería de la provincia, y especialmente para Arqueros; un plan ordenado por los grandes propietarios de Coquimbo, reunidos en la Honorable Asamblea. Una de las primeras medidas implementadas fue la de prohibir la salida de peones hacia la Argentina. Entretanto, desde la capital se restablecía la pena de azotes para ejecutarla "como antes se practicara", y se decretaba también el pronto fusilamiento o ahorcamiento de los criminales.¹⁹ Todo hombre llegado desde fuera a la ciudad de La Serena, debía presentarse al Juez de Policía "dando razón del destino que lo trae"; y los inspectores debían presentar una lista a dicho juez de las "mujeres vagas o mal entretenidas que residan en los distritos para que dicho juez las destine a servir donde se les pague sus salarios".²⁰

Una de las medidas más duras y, por lo tanto, más difíciles de hacer cumplir era la de prohibir la reunión, la fiesta y la alegría en la *chingana*, donde se vivía la libertad del placer: la música, el baile, el aguardiente, la risotada y los garabatos. Donde estaba la vida: el cuerpo y la palabra libres.²¹ Intentarán terminar con ellas, liquidar ese espacio libre del peón, donde además realizaba su cíclica desproletarización, traficando metales, haciendo sus negocios particulares, concertando sustracción de piedras o simplemente planeando nuevos rumbos y destinos. Por su parte, los representantes de la autoridad, con un discurso moralizador entrelazado con las palabras de la disciplina laboral, estaban "convencidos por una larga experiencia que las diversiones, en el modo y forma que se tienen en las chinganas, son la mortífera peste de las costumbres públicas, pues en ella los placeres se convierten en funesta raíz de la miseria y los crímenes y que al mismo tiempo son el escollo del público y el escándalo de la religión".²² Se lamentaba de que, no obstante "de que fueron prohibidas las reuniones en las chinganas, continúan siempre, resultando de esto multitud de desórdenes. Mando: que los dueños de las chinganas no permitirán en ellas dichas reuniones, sino solamente los sábados y domingos hasta las 10 P.M. (invierno) y 11 P.M. (verano)". Los bandos respecto a reglamentación de chinganas se sucederían año tras año, buscándose con ellos, se decía, un mecanismo de "prevención" de los delitos y crímenes. Sin embargo, queda claro que la política anti-chingana apuntaba básicamente a un problema: el de la *reunión*, del encuentro libre entre los peones y de éstos con sus amigos. En definitiva, lo esencial del problema, cual era el gran consumo de alcohol, no se podía tocar, por las conveniencias económicas de la República. Así se decretaba usualmente que los bodegoneros y chinganeros podían vender en los días de trabajo desde la puerta o ventana los licores requeridos, pero no podrían admitir la presencia reunida de los peones en su interior.²³

Más grave aún, las chinganas eran punto de encuentro del pueblo con los soldados, en un tiempo en que todavía no se habían separado frontalmente. Objetivo clave del disciplinario capitalista será, pues, producir un radical distanciamiento entre ellos, condición básica para el funcionamiento del sistema de obligación. Así, dada la

19. AIC, Vol. 35, Vallenar, 8 de agosto de 1825.

20. AIC, Vol. 4 de noviembre de 1826. José María Benavente.

21. Véase M. A. Illanes, "Entre-muros. Una expresión de cultura autoritaria en Chile post-colonial", *Contribuciones* (Santiago) 39 (1986).

22. AIC, Vol. 40, La Serena, 20 de julio de 1829.

23. AIC, Vol. 16, La Serena, 16 de noviembre de 1828.

importancia del problema y "teniendo fundados motivos—argumentaba el intendente José María Benavente— para presumir que una de las principales causas de la escandalosa desertión que se experimenta es la concurrencia de los soldados a las chinganas en donde se reúnen con gentes que los seducen o bien se entretienen y embriagan, faltando a sus cuarteles, a lo que se sigue la desertión por temor de que se les castigue y no habiendo sido suficientes las providencias dictadas . . . para atajar éste y otros graves desórdenes que se originan de la reunión en aquellos lugares", ordenaba el cierre absoluto de las chinganas, que ningún pulpero admitiese por más de una hora a los soldados en su casa; prohibía que se les comprase ninguna prenda o que se les ocultase o que incluso se les emplease en algunas faenas. Los castigos a los infractores eran graves (quinientos palos se había ordenado dar a un paisano por haber escondido en su casa a un soldado que había desertado estando en guardia). El tono del bando, terminante.²⁴

El disciplinamiento peonal suponía el disciplinamiento militar.

II. EL DISCIPLINAMIENTO Y SUS CONTRADICCIONES

1. *La rebeldía*

Los precarios intentos de disciplinamiento quedaron nuevamente desbaratados con la guerra civil de 1829-30. Esta fue la oportunidad que tuvieron los peones para escapar a los intentos de proletarización moralizadora que, a más de coartar su modo de subsistencia informal, los neurotizaba con sus prohibiciones antilíbido. La revolución de 1830 se manifestó en el abandono de labores en las faenas mineras por parte de los peones, que se entregaron—se decía—"enteramente al ocio, embriaguez, robos y toda especie de corrupción", con los consiguientes perjuicios por la paralización de los trabajos.²⁵

Alimentaba la crisis de normativa social en la provincia, la situación de frontera a que se vio sometida. Apenas terminada la revolución en Chile, llegaban del otro lado de los Andes a Coquimbo las tropas derrotadas de Facundo Quiroga (cuatrocientos habían llegado a Vallenar), desestabilizando el precario equilibrio social y económico de la provincia. Hizo entonces crisis la falta de un ordenamiento reglamentario y policial eficaz.

A todo esto se sumó el arribo a Copiapó, en enero de 1831, de los reos fugados de Juan Fernández—a raíz de la "opresión en que se hallaban"—, capitaneados por Domingo Tenorio. La invasión de los sublevados de Juan Fernández obviamente se tradujo en una grave anarquía de pillaje y saqueo del comercio y casas particulares de la localidad. Familias enteras, aterrorizadas y sintiéndose indefensas, habían arrancado a los cerros o salido de la villa. Perseguidos, huyeron al fin los sublevados, muchos hacia La Rioja y San Juan, "desolando a su paso la población y sus campos con muertes, robos y salteos". Esperaban reunirse allí con las tropas de Facundo. Pero el grueso de ellos se diseminó por los cerros y despoblados de Atacama.

El saqueo de Copiapó no fue un mero hecho delictual protagonizado por inmigrantes hambrientos; fue secundado "por toda la plebe" del lugar, imponiéndose un efectivo espíritu de rebeldía capaz de potenciar otras acciones. Así lo hubo de entender la misma sociedad patronal, cuando resultaron infructuosamente peligrosos los intentos indagatorios por parte de las autoridades judiciales respecto a las especies robadas dentro de la población: "Comenzó el susurro y a disponerse de tal suerte la

24. AIC, Vol. 10, 15 de julio de 1924.

25. AIC, Vol. 60, 18 de abril de 1831.

plebe que al primero que se hubiese aplicado algún castigo, hubiesen sido los jueces en el acto víctimas de sus rencores". Quedó entonces muy claro a los patrones que el problema no se reducía al hecho extraordinario de una invasión, sino que estaba presente y vivo en el corazón de la sociedad: "se teme al pueblo", admitían los señores, y amenazaron al gobierno central que si no se les prestaba el auxilio militar necesario, "sus habitantes crearían desastados ya los vínculos de sociedad que los ligan al Gobierno General del Estado", pues de una fuerza militar local "pende la conservación de las vidas e intereses de los ciudadanos".²⁶

El espíritu de rebeldía del pueblo se materializaba con la mayor intensidad en los minerales, expresado en saqueos en las faenas, en la intensificación de fugas con adelantos, en la multiplicación de robos de minerales negociados por una gran cantidad de traficantes de todos los calibres. La proliferación de bodegones y tabernas para el expendio de licores, el juego y la presencia de cantidad de mujeres de "vida alegre", estimulaban el relajamiento laboral y dificultaban la domesticación y proletarización capitalista.

No obstante que el mecanismo represivo policial era fundamental para el establecimiento del orden social productivo, era entonces demasiado precario para las necesidades de la producción minera. Por lo demás, el sometimiento capitalista se realizaba verdaderamente en el interior de la relación social de producción. Las medidas por implementar debían apuntar hacia la formación de un *reglamento de minería* que normara, a nivel de toda la provincia, el cumplimiento laboral. Pues justamente, y a diferencia de la represión policial, el reglamento era capaz de abarcar el todo, abrazando y absorbiendo las partes en sí mismo. Asunto vital para el disciplinamiento en la minería, por su multiplicidad, diseminación y esparcimiento que se confabulaba con la libertad.

Pero, ¿cuál sería la garantía de aplicación de un reglamento de papel que podía quedar en el polvo del estante del juez? La garantía de lo legal descansaba esencialmente en la identidad de sujeto entre los administradores de la ley y los propietarios de la riqueza. Así se comprendió claramente en esa época histórica del esfuerzo domesticador, cuando Juan Agustín Cabezas, diputado por Huasco a la Honorable Asamblea de La Serena, fundamentaba en la siguiente forma el reglamento minero propuesto ante dicha Asamblea:

Son innumerables los males y perjuicios que sufre este gremio por el desorden a que están acostumbrados los peones, sin que haya sido bastante el empeño de los dueños de faenas para reprimir sus abusos, si la Honorable Asamblea no pone de por medio su respetable influencia, haciendo se circule por los partidos un reglamento que los contenga y reprima. Los mismos jueces, gobernadores locales, como tan interesados en el laborio de sus minas, deben ser los más observantes de él y los más celosos de su cumplimiento, castigando los desórdenes que éstos hacen de unas faenas a otras y la fuga a otros minerales fuera del partido, debiendo a sus patrones los socorros y haciéndoles perder no sólo esta cantidad adelantada, sino también, la paralización del trabajo.²⁷

Así fue como salió a luz el primer reglamento de minería "Consultivo del Orden de los Asientos de Minas y de los Operarios de ellas", aprobado por la Asamblea de Coquimbo que presidía el señor Jorge Edwards, y ratificado por el intendente Benavente. Con él se terminaba el libre acceso a los minerales para los individuos del "estado común". Sólo lo podrían hacer previo permiso del gobernador local, que les entregaría una papeleta. La pena en caso de ser encontrados sin ella, 25 azotes y 50 en caso de reincidencia. La justificación de esta represiva medida era que la mayoría de los que se dirigían a los minerales lo hacían bajo pretexto de cateo, "siendo su principal

26. AIC, Vol. 76, Copiapó, 18 de enero de 1832.

27. AIC, Vol. 66, La Serena, 18 de abril de 1831.

objeto el de corromper la fidelidad de los trabajadores incitándolos al robo de piedras, ya con el aliciente del dinero, ya con el incentivo del licor". Quedaba también prohibido el ingreso a las mujeres y a cualquier persona que no fuese con el objeto comprobado de catear o laborear minas.

El segundo mecanismo de disciplina reglamentaria que allí se establecía consistía en el perfeccionamiento del colonial sistema de la papeleta de enganche que atestiguaba la pertenencia laboral de los peones a algún patrón, instrumento francamente precario para el nuevo amarre capitalista. Se intentó complementarlo incorporando en este sistema interpatronal a la autoridad política de las localidades, a quienes los patrones debían presentar anualmente una lista de sus peones contratados. Este sistema se complementaba a través de la ilustrada universalización de la información peonal por medio de la publicación de las listas en la prensa.

El castigo, consustancial a todo reglamento, establecía y subrayaba, como siempre, la diferenciación de clases: de 25 a 50 azotes y trabajos en obras públicas para los individuos del "estado común", y pago de multas en dinero para los que no lo eran.²⁸

El castigo de azotes, que se había desterrado en aras de los principios republicanos, se había vuelto a decretar en 1825 y se aplicaría especialmente en el norte minero en este tiempo de rebeldía contra la proletarianización. Sólo con sangre entraba la lógica de la domesticación. La efectividad del azote era notoria: se le temía por lo que significaba para la dignidad del castigado, pero además era el sistema menos gravoso para las arcas públicas: "Si se destinan a obras públicas tiene que sufrir la población más perjuicios que si pagase jornaleros para ellas, porque al menos se le pagarían al reo dos reales diarios por su mantención y otros tantos a los que los custodian".²⁹

Los esfuerzos por imponer el orden en los minerales debían, no obstante, recorrer aún un largo camino. Con la implantación de las medidas reglamentarias represivas de la libertad en los minerales, la rebeldía del pueblo se acrecentó. Expresión de esto fue lo ocurrido el año 1832 en el mineral de Arqueros contra el subdelegado Naranjo, quien en la noche del 23 de septiembre sufrió, dijo, "una horrorosa insurrección" contra su persona, "ejecutada por los peones mineros y, según indicios, por un considerable número de hombres mal entretenidos, los que entre ambos se disputaban la preferencia para asesinarme, no consiguiéndolo porque la suerte o la casualidad me salvó. Yo creo firmemente que la procedencia de esta descabellada maquinación es el haber prohibido, bajo algunas penas, juegos de naipes y licores; del mismo modo que la expulsión de hombres vagos y multitud de mujeres que mi antecesor todo esto lo había tolerado".³⁰

Una nueva explosión de rebeldía se produjo a los pocos meses en el mismo mineral de Arqueros cuando, con ocasión de haber detenido el subdelegado a un peón con piedras en unas alforjas, acusándolo de robo y conduciéndolo al cuartel, "se reunieron en tumulto un número considerable [de trabajadores] pidiendo se pusiese en libertad aquel hombre y se le entregaran las piedras. Viendo yo que no era prudencia resistirse a aquel golpe de gente con una guarnición tan corta como la que tengo ... resolví en poner en libertad al ladrón entregándole la especie robada. Este mineral hasta ahora se mantiene al arma y dirijo este expreso con el objeto de pedir algún auxilio para poder perseguir fascinerosos, que bastante necesitan de escarmiento, pues están demasiado viciados. Yo y la guarnición en estos momentos quedamos enteramente rendidos".³¹

28. AIC, Vol. 10, 21 de abril de 1831.

29. AIC, Vol. 70, Freirina, 1 de agosto de 1831.

30. AIC, Vol. 26, 24 de septiembre de 1832.

31. AIC, Vol. 26, Arqueros, 5 de enero de 1833.

Ante esta situación casi insurrección que vivía el mineral de Arqueros y que imposibilitaba el sometimiento proletario, el intendente de la provincia, José María Benavente, respondió con energía amenazando Consejo de Guerra contra los tumultuosos. Impuso a la vez una medida que daba un paso cualitativo en vista del sometimiento de los trabajadores: la obligación de que los peones durmiesen en la misma faena donde trabajaban, bajo la vigilancia y responsabilidad de los mayordomos de ella.³² Con esto se perseguía la adscripción física, corporal de los peones a la producción, vulnerando gravemente la movilidad, consustancial a la nueva libertad individual. El camino de la domesticación capitalista se construía volviendo atrás sobre sus propios pasos. El sometimiento servil vivía en los fundamentos de la transición capitalista, en tanto necesario fenómeno compulsivo de la mano de obra.

2. Fuerza, ley y propiedad

A partir del año 1934, el régimen portaliano se configuró como el modelo de orden autoritario para la consolidación capitalista.³³ La fuerza de la autoridad militar y la ley se pondrían plenamente al servicio de la lógica patronal como fundamento del orden social en tanto sometimiento y proletarianización. Y este fenómeno de afirmación del orden como propiedad tendrá como escenario principal y favorito a este ámbito de la explotación de minerales, donde se criaba el poder y la riqueza de la república.

Todo el peso del poder se abocará a atacar el problema de la proletarianización. Para ello pondrá en combinación cuatro principales elementos de acción: en primer lugar, la instalación de figuras militares profesionales —sin intereses particulares en la minería— sobre la jurisdicción de los dos minerales más importantes del país, Arqueros y Chañarillo; en segundo lugar, el control y fiscalización de la extracción de minerales, desde las faenas a los centros de beneficio; en tercer lugar, el establecimiento de un sistema policial en los minerales, financiado por los mismos propietarios de minas y puesto a su servicio; en cuarto y prioritario lugar, la persecución de los compradores de mineral “robado”, los cangalleros, y la obstaculización de su beneficio clandestino en los buitrones de los asientos de minas.

Instalado al frente de la Intendencia de la provincia el general de brigada José Santiago Aldunate, se procedió inmediatamente a trasladar el mineral de Arqueros desde la jurisdicción de Vicuña a la cual pertenecía a la de La Serena, sometiéndolo así al control directo y conjunto de la Intendencia y Gobernación de la ciudad. Al mismo tiempo se envió un destacamento militar de fuerza veterana a esa sierra, bajo la manutención de los propietarios, y se creó el cargo de Juez del Mineral de Arqueros, autoridad máxima y a cuyo cargo estaría la fuerza armada. El juez, con sus soldados, tenía como principal misión “prestar auxilio a los dueños de faenas o sus mayordomos cuando lo necesiten, patrullen las faenas día y noche, sobre todo los días festivos... no permitir que en ningún punto haya reuniones que fomenten desórdenes, ni que la tropa se mezcle en ellas; prohibir venta de licores..., decomisarlos..., sacar las multas..., derramarlos enseguida; expulsar a toda persona que haya o llegue al mineral sin ocupación lícita, aprehender aquellos sospechosos y, con breve sumario, remitirlos a la Intendencia...; compeler a los trabajadores al cumplimiento de sus deberes para con sus patrones y arrestarlos si se escapasen con adelantos, remitiéndolos a la Intendencia en caso de reincidencia”. Asimismo, debía arrestar a todo trabajador que anduviese a deshoras de la noche debiendo estar durmiendo en su respectiva faena y controlar el

32. AIC, Vol. 10, La Serena, 13 de abril de 1833.

33. Véase al respecto M. A. Illanes, “Minería, crédito y burguesía”, Tesis de Licenciatura, Universidad de Chile, 1985 (inedito).

movimiento de peones, que estaban obligados a desplazarse con licencia escrita del mayordomo.³⁴

Respecto del control y tráfico clandestino de mineral "robado", el juez asumía trascendentes funciones: visitaría personalmente todas las faenas una vez por semana, intentando descubrir aquellas que sólo servían de pretexto para realizar la cangalla; fiscalizaría todos los metales que se extrajesen de las faenas para remitirlos a los buitrones a través de una guía de despacho que él mismo autorizaría, decomisando todo metal que saliera sin la guía correspondiente; todos los víveres que se remitiesen al mineral deberían ir también con la guía respectiva; llevaría un registro de todos los metales que se enviasen a beneficiar a los buitrones, remitiéndolos cada dos meses a la Intendencia, como asimismo un informe del estado de todas las minas, proponiendo las medidas adecuadas "para el arreglo de la policía y buen gobierno del mineral".

La persecución de los cangalleros en su expresión de traficantes, falsos productores y dueños de buitrones y trapiches, responde básicamente a la lucha del poder por la proletarianización: "el principal desorden que se nota y quizás el que estimula más y ha aumentado la corrupción de los trabajadores hasta el grado de desmoralización que es constante, son los propietarios de buitrones que... reciben toda clase de metales sin examinar... presentándose allí los cangalleros a moler con toda libertad, comprando muchos trapicheros la pasta a menor precio".³⁵ En efecto, la ganancia allí generada se originaba en la acción de rescate de plusvalía que hacían los trabajadores a través de la apropiación de parte de su producción, con la cual realizaban esos negocios particulares que les permitirían eventualmente desproletarianizarse y buscar nuevos destinos de libertad.

El reglamento exigía también de los patrones el cumplimiento de sus deberes para con los peones, especialmente el pago oportuno de su salario, bajo multa, y el proporcionarles las comodidades necesarias a su salud según las costumbres usuales. Debían también ofrecer a los peones entretenimientos que, no perjudicando su moralidad y honradez, los distrajesen de "las pesadas fatigas del trabajo". La proletarianización como una compensación domesticadora: moral, física y psicológica.

En suma, se intentaba fundar sobre la unidad de poder militar-judicial-patronal, el orden social como capitalismo.

Encarnación por excelencia de la unidad militar-judicial y patronal para el disciplinamiento fue el comandante general Melgarejo, instalado como autoridad de voluntad militar imprescindible para el floreciente Chañarcillo (en Copiapó) de los años treinta y su desproletarianizada peonada minera. Las propias palabras de Melgarejo dejan claro esta intencionada unidad como objetivo central de su política social: "Mientras no haya armonía entre nosotros, mientras no nos entendamos sobre el arreglo de las peonadas y mientras no obremos de concierto para perseguir el crimen y la insubordinación, se frustrarán todas las esperanzas [sobre] la organización de la policía de los minerales".³⁶

No obstante, para alcanzar este objetivo de impedir el robo, no bastaba el concierto en un sector de la clase dominante: no todo se jugaba en el interior de la alianza de una determinada autoridad local con el solo grupo de propietarios productores de minerales.

Así lo comprendieron las autoridades militares portalianas de entonces, instaladas en La Serena y Copiapó. No trepidaron en intentar sacrificar, en primer lugar,

34. AIC, Vol. 10, La Serena, 24 de marzo de 1834.

35. AIC, Vol. 10, 24 de abril de 1833. Bando del gobernador de La Serena.

36. AIC, Vol. 91, Copiapó, 16 de junio de 1834.

a sectores de empresarios o comerciantes marginales —fundidores, buitroneros, cangalleros, “esa peste moral de los minerales que, corrompiendo la honradez de los trabajadores, mantienen la desconfianza en los patrones”—³⁷ que si bien no siempre participaban directamente en la producción de mineral, aprovechaban de su usufructo como bolsillos receptores del metal extraído clandestinamente por los trabajadores. La férrea autoridad militar instalada en la Intendencia y Gobernación de Copiapó comenzó a levantar sumarios judiciales contra el robo de minerales, intentando sacar a luz el fundamento del hecho: la conexión peón-cangallero-fundidor. Fue así como se entablaron varios juicios promovidos por la máxima autoridad militar, con todo el aparato legal y numerosos testigos, los cuales destapaban el compromiso de importantes personajes de la sociedad minera de la zona en el “robo” de metales; entre ellos, por ejemplo, José Miguel Munizaga, comerciante y fundidor.

No obstante, los juicios eran poco efectivos; a los “grandes” comprometidos poco les hacía una pequeña multa, o en general ni eso, pues “no son hallados”. Servían más bien para agitar el problema a nivel moral: se enjuiciaba a la sociedad dominante por su connivencia en prácticas delictuales con la clase de peones, lo más bajo y degradante a sus ojos. Por otra parte, para los trabajadores, los juicios significaban la agitación e incluso la desproletarización inmediata de muchos de ellos, al correrse los rumores de detención de testigos, de acusaciones en cadena, que producían fugas intempestivas de las faenas por parte de los posibles comprometidos en el hecho. Si bien en este proceso surgían múltiples acciones de solidaridad, lealtad, resguardo entre los peones e incluso revueltas, como veremos más adelante, también los juicios contribuyeron a las delaciones y acusaciones entre ellos, dividiéndolos, estimulando su propia desconfianza y auto-enjuiciamiento.

Los juicios contra los robos —que antes se castigaban sin más con azotes— actuaron como factores de moralización de los trabajadores: en el juicio el azote era sólo un medio para grabar el principio avalado por la ley, según el cual en la propiedad del medio de producción residía la verdad, la razón y, por lo tanto, lo justo; y en la apropiación de una parte de la producción del trabajador por parte del mismo, residía lo falso, el pecado y lo injusto. El fenómeno de la domesticación proletaria no se explica sin esta suerte de aprendizaje moral-judicial. El juicio y el azote como sentencia legal pretendían aplicar el refrán: “la letra con sangre entra”.

En su defensa, un arriero encarcelado, acusado de transporte de metal robado, expresa lo siguiente en un escrito hecho a todas luces por el abogado de pobres encargado de su defensa:

Arreaba mis burros cargados cuando el Juez del mineral de Chañarcillo me contuvo en la marcha, intimidándome que tanto los metales como la recua quedaban confiscados. Yo angustiado, perdía en un momento el único sostén de una familia indigente y el del padre de ella, que bien de edad avanzada tengo por una dura obligación que trabajar personalmente para subvenir a las necesidades domésticas, usé de un recurso, a la verdad innoble; busqué mi libertad, traté de sustraer la recua del poder del juez y fui aprehendido. [Mi sola intención fue] salvar el único arbitrio de mi subsistencia y de una madre desvalida de 10 hijos, señores, de 10 hijos tiernos, cuya orfandad e indigencia al penetrarme de dolor me distraía la idea de mi imprudente proceder.

Luego de dar una serie de argumentos legales para que no le aumentaran la pena, se limitaba a pedir gracia: “La ley, señores cede su rigidez cuando el que la quebranta no lo hace con la estudiada intención de burlarla, sino por el descuido torpe de ignorarla: en tal caso debe callar para que hablen las pasiones tiernas del corazón de los jueces. La piedad, la clemencia y el perdón son resorte con que se la templa y cuyos agentes no están en contradicción con el carácter de inflexibilidad de que ellas

37. AIC, Vol. 84, La Serena, 12 de marzo de 1834. Intendente Aldunate a Melgarejo.

se revise". Por otra parte, agregaba, "ya he sido sobradamente castigado. Al aprehenderme el juez del mineral de Chañarcillo me ha herido no levemente en la cabeza y en un brazo, sin que pueda él decir que he hecho yo el menor resistimiento más que procurar alejarme. El dolor de mis heridas aumentó con la imposibilidad de curarlas, pues así contuso vine conduciendo con el mayor cuidado y prontitud y sobre las que fueron bestias mías, los metales decomisados. Estos golpes, la fatiga de una marcha precipitada y, más que todo, la enfermedad moral que producía el cuadro despedazador de tener delante de mí, pero enajenado ya, todo el fruto de mis trabajos, me ha originado una dislocación mental y temo más por sus consecuencias que a los achaques físicos. No obstante esto, he estado como tres días en la cárcel y si estoy ya fuera de ella es en tan atribulada situación que no soy capaz de estimar el bien precioso de la libertad". Luego dice que no quiere decir con todo esto que se opone al proceder de la autoridad; al contrario, que ella ha producido su deber y honradez ante las leyes. "Mi empeño es sólo hacer valer en mi favor lo mucho que he sufrido, para que no se me apliquen dos castigos ejemplares que a reo alguno se le pueden inferir. Si a más de mis padecimientos personales se me condena a la pena de confiscación y pérdida de los únicos bienes que poseo en el mundo, es decir, mi recua, sufriré dos castigos terribles por un solo delito, cosa que repugna a la humana intención de las leyes. Creo que lo que he sobrellevado bastará para intimidar a todos en adelante y servirá de suficiente ejemplar para los que hubiesen de caer en igual falta y si aún no he purgado bien éstas, me resigno a soportar de nuevo la pena afflictiva, encarcélenseme, arrastre yo los hierros el tiempo que el Gobierno estime por conveniente, pero devuélvase mi propiedad a mis hijos: gime el padre en las prisiones, pero no pierdan ellos el triste auxilio con que cuentan para subsistir, a esfuerzos de un trabajo ímprobo e ingrato".³⁸

La unidad y el concierto de clase para el disciplinamiento debían plantearse, también, a nivel espacial-territorial. De todos era sabido que desde Chañarcillo fluían a Vallenar y Freirina los metales sustraídos y comprados clandestinamente.

Las autoridades de Huasco parecían favorecer incluso ese tráfico, con lo cual se desbarataba la acción policial y la del juez de Chañarcillo, limitados a la jurisdicción de la subdelegación. Así lo informaba el gobernador Melgarejo: "Los dueños de la Descubridora me han asegurado que en la quebrada donde está ubicada su mina, se han aparecido de noche oscura cinco hombres armados para proteger la extracción de un robo de cajón y medio de metal que les habían hecho y el juez que existía en la sierra... me ha referido que habiendo salido en perseguiamiento de unos cangalleros, éstos le dispararon unos cuantos pistolazos y tomaron la dirección del Huasco. Estas noticias no me causaron sorpresa, pues a más de ser notorio y público el desorden y ninguna policía que reina en ambos departamentos [Vallenar y Freirina], tengo en mi poder algunos pasaportes en que los gobernadores de aquellos puntos, arrogándose facultades que no les competen, expiden permisos para todo el que quería pasar a los indicados minerales, sin mi previo conocimiento y con menoscabo de mi autoridad, contraviniendo el bando que les remiti".³⁹

Como respuesta, el intendente dirigió una comunicación a los gobernadores del Huasco, donde les deja claramente expuesta la necesidad de la *unidad de acción* como único medio posible de disciplinamiento:

A los gobernadores del departamento de Vallenar y Freirina

Nada se habrá conseguido de los esfuerzos hechos por el Gobierno de Copiapó para

38. Archivo Judicial de Copiapó (en adelante AJCop), Legajo 20, Cuaderno 41, noviembre-diciembre de 1834.

39. AIC, Vol. 91, Copiapó, 16 de junio de 1834. Melgarejo al intendente.

plantear un regular sistema de policía, si no es secundado por los gobernadores de Vallenar y Freirina. En Copiapó se han conocido ya los buenos efectos del orden de policía adoptado, pero queda sin embargo un vacío que proviene de la falta de uniformidad en todos los demás pueblos. Como los minerales deben ser el punto cardinal de los cuidados de los gobernadores en cuanto a la policía y seguridad de ellos, debe sobre todo adoptarse una regla no sólo de uniformidad y armonía, sino también de firmeza y actividad para evitar que el producto del trabajo de mineros industriales sea arrebatado por esa nube de salteadores que, repartidos por los minerales y tolerados por una condescendencia punible, no viven sino de la seducción y del crimen. Es indudable que mucha parte de lo que se roba en Chañarillo se conduce al Huasco y si en este punto no hay una grande actividad para aprehender todos los metales que se internen clandestinamente, los reglamentos de policía dictados quedarán sin efecto y el fraude seguirá.⁴⁰

Los resultados no fueron efectivos. Melgarejo incluso optó por permitir que las autoridades policiales de Chañarillo penetraran en territorio del Huasco para proseguir la persecución del metal. En definitiva, la presencia de escapes espacio-territoriales obstaculizaría permanentemente la plena proletarianización: se trataba de la existencia, en el interior de un mismo espacio económico, de una situación fronteriza al estilo *far-west*.

Las contradicciones imperantes en el naciente orden económico, social y político, harían infructuosos los intentos por evitar el robo de metales. No obstante, Melgarejo atacó magistralmente el problema, catalogado como uno de los más difíciles de solucionar, y que atentaba gravemente contra el disciplinamiento: las chinganas. Todos los bandos dictados para reprimirlas habían resultado inefectivos; Melgarejo aplicó, por el contrario, la moderna racionalidad monetaria como fundamento y "libre" regulador del orden social: simplemente impuso a cada dueño de chingana el gravamen de 60 pesos mensuales para conservar su negocio. Obviamente desaparecieron casi por arte de magia, quedando sólo una en la villa, que daba cuatro funciones al mes. Prácticamente se sentó a esperar Melgarejo que ésta también quebrase, y así lo aseguraba.⁴¹

Además, hizo más riguroso el control del tráfico de peones, a los cuales no sólo les exigió a su paso la papeleta que atestiguaba su contrato en una faena, sino que además una segunda papeleta "firmada de sus patrones cuando tenga que bajar de sus faenas, en que se exprese el número de días porque vengan licenciados y el motivo porque son separados de su servicio, para evitar de este modo la arbitrariedad que se toman en ausentarse de sus trabajos con notable perjuicio de los dueños". De no contar con esta segunda papeleta, serían encarcelados y trabajarían una semana en las obras públicas.⁴²

Por otra parte, creó un cuerpo de vigilantes diurnos para cuidar la propiedad de los comerciantes urbanos, la "seguridad de los ciudadanos" y el cumplimiento de los bandos de policía. Dotó de distinción a estos vigilantes vistiéndolos con "una chaqueta de paño azul con cuello sajón y una gorra con su cucarda y placa de plata", uniforme financiado con una pensión mensual que debían aportar los comerciantes y casas pudientes del vecindario.⁴³

Formó al mismo tiempo un cuerpo militar de infantería con el apoyo del gobierno central, al que llamó a enrolarse a todos los mayores de quince años. Así llegó a contar con un cuerpo de cuatrocientos inscritos, a los cuales paseaba luciendo sus

40. AIC, Vol. 84, La Serena, 4 de julio 1834, Melgarejo a los gobernadores del departamento de Vallenar y Freirina.

41. AIC, Vol. 91, Copiapó, 16 de abril de 1834.

42. AIC, Vol. 52, Copiapó, 21 de abril de 1834.

43. *Ibid.*

ropas y ejercicios de fuego, demostrando la nueva presencia armada para el orden público. "Es bien grande, señor el entusiasmo patrio que cada día toman estos individuos y su aplicación y amor al servicio pues todos están uniformes de gorro, chaqueta y pantalón, por lo que es muy probable que en breve sea éste un cuerpo con que debe contar este pueblo en todo evento".⁴⁴

El orden social aparentemente se consumaba en esta imagen de una fuerza policial diferenciada, separada de su clase por la tela y el color que envolvía el cuerpo.

Y en general, tal fue el celo en el cuidado del cumplimiento de los bandos de policía, que las rentas municipales engrosaron sus fondos extraordinariamente: las multas producían su mayor ingreso, más del doble impuesto al mineral de cobre. La policía no sólo se autofinanciaba, sino que chorreaba su beneficio hacia la población. En la contraversión al reglamento residía la riqueza de la villa, que se lucía con sus hermosos jinetes policiales de paño azul.

Ingresos de la municipalidad de Copiapó. Año 1834⁴⁵

• Por ramo de balanza que asciende a 1 y 1/2 reales por cada quintal cobre en barra extraído	\$	725
• Por arriendo terrenos municipales	\$	200
• Por derecho de sepultura	\$	78
• Recaudación de multas por contravención de bandos	\$	1.698
• Pago de Francisco Bargas por el principal que cargaba a favor municipal en su casa de la plaza	\$	318
• Remate del ramo de carnes muertas	\$	132
• Remate del ramo de nevería	\$	82
• Saldo a favor de gastos	\$	348,3
TOTAL	\$	3.581,3

A pesar de que la rentabilidad del incumplimiento de los bandos reproducía contradictoriamente el indisciplina social, ello no llegó a neutralizar la guerra entablada por consolidar/obstaculizar el orden capitalista patronal y su consiguiente sujeción proletaria. En estos se jugaban asuntos más decisivos que la rentabilidad municipal o policial.

3. La crisis del orden

El peón de buitrón Felipe Díaz, después de "una tenaz resistencia a confesar su delito", dijo que había sustraído treinta y tantos marcos de plata en pella del buitrón La Puerta y confesó haber empleado dos noches en hacer la excavación por donde extrajo los metales cuya mayor parte vendió a José Fraga, comerciante de Totoralillo, a 7,4 pesos cada marco. Fraga confesó a su vez ser cierto que había comprado piña en dos ocasiones a Díaz y que no había tenido embarazo en hacerlo sin examinar de dónde procedía el metal, "porque veía que generalmente hacia cualquier persona este negocio. El juez condenó al reo Felipe Díaz a que sufra 50 azotes que se le darán en el lugar donde perpetró el robo y a dos meses de presidio urbano, a ración y sin sueldo. Y a don José Fraga a que devuelva a los señores Cobos toda la plata que le compró clandestinamente y a que salga de la jurisdicción en el término de tres meses".⁴⁶

El peón barretero Manuel Villalón, alias Chavarro, natural de Copiapó y

44. AIC, Vol. 92, 14 de septiembre de 1834. Comandante del Batallón de Infantería al Intendente.

45. AIC, Vol. 67, Copiapó, 1834-35.

46. AJCop, Leg. 20, Cuad. 53, San Antonio, 22 de septiembre de 1835.

trabajador de la faena de Juan José Echeverría, confesó haber sacado de la mina de su patrón dos arrobas de metal que vendió al comerciante de metales Hipólito Raibau, francés, a 6 pesos. Cuando compareció Raibau, dijo haber escuchado al peón Chavarro en la cárcel donde se hallaban presos: "A mí me han vendido, pero yo he de amolar a más de 20". En efecto, Chavarro declaró que "otro barretero, Calixto y el apir Juan, que sirven en la misma faena, habían robado metales que habían vendido a Juan Elizalde, que todos los peones de la faena robado y vendido metales de ella". El juez condenó al peón Chavarro a dos meses de presidio urbano y a las obras públicas de la villa, a ración y sin sueldo; al comprador de metales, a la pena pecuniaria de 100 pesos aplicados a los objetos de policía. Se le devolverían los metales al dueño de la mina y "se han de perseguir los demás cómplices".⁴⁷

Un peón de la mina de Eugenio Matte y Diego Carvallo del mineral de San Antonio, Manuel Zarricueta, junto con el cocinero Tomás Díaz abrió de noche un forado en el almacén del buitrón de Potrero Grande, donde Matte y Carvallo guardaban metales; sacaron dos tercios de metal, que vendieron al bodegonero Cruz López a 8 onzas. Otros peones, como uno llamado Zelade, también había sacado metales y vendido a Vicente Moreno, pulpero, el que se fugó. Descerrajada la pulpería por Melgarejo, fueron encontrados los metales aludidos. Se mandó a capturar a todos los individuos implicados, pero el juicio no fue más allá. El juez que vio la causa, Picón, era primo hermano del acusado Vicente Moreno.⁴⁸

El cerco se fue estrechando sobre los peones: el látigo de jueces y gobernadores casi se enredaba entre sus pies. Las delaciones y persecuciones comenzaron a hacerse masivas; reinaba la desconfianza en los minerales y los ánimos se alteraban. Para los peones, la cuestión de la sustracción de minerales era una cuestión de supervivencia: todos estaban, pues, expuestos a los azotes públicos, al cepo, a las obras urbanas, a comprometer a su vez el pellejo de otro. Esto, mientras nada se hacía contra los compradores de minerales, quienes, si no se fugaban, respondían sólo con dinero, sin exponer su cuerpo; y si se escapaban, todo se dejaba al olvido del tiempo.

La situación estalló el día 5 de julio de 1837. Se sublevaron todos los peones de Chañarillo, como reacción de ira ante el azote público de un peón que había robado piedras, y a quien quitaron de las manos del juez. Enfurecidos, los peones gritaban que "cómo no castigaban a otros que se tenían por decentes como el ladrón de Domingo Guzmán, que se ocupaba del comercio de piedras robadas" y que "cómo no castigaban a los de pantalón que eran los verdaderos comerciantes de piedras, como el ratero Domingo Guzmán y otros". Los mayordomos de las faenas se sumaron a la sublevación, a excepción de uno que acudió en auxilio del juez, armado de una pistola y dos cañones. Los sublevados atacaron a piedrazos al juez Pedro Torres y a sus soldados, que se dispersaron mientras el juez lograba arrancar y refugiarse en el rancho de la faena de San Francisco. Los mineros, en un intento por asesinar al juez, comenzaron a poner fuego al rancho en que aquel se hallaba. Los amotinados, finalmente persuadidos por Eusebio Ruiz, juez anterior, para que se calmasen y retirasen, se fueron a un cerro inmediato. A los dos días llegó Melgarejo con su tropa. Muchos lograron ocultarse.⁴⁹

Se trató de un motín que muchos calificarían de rebeldía primaria, mínima, desorganizada, espontánea, no reivindicativa (todos adjetivos muy propios de la historiografía obrera de la modernidad). No obstante, ésta, a mi juicio, fue una rebelión de furia ante la injusticia, en contra de los abusos hechos en nombre de la ley;

47. AJCop, Leg. 20, Cuad. 50, 10 de febrero de 1835.

48. AJCop, Leg. 20, Cuad. 49, San Antonio, enero-febrero, 1835.

49. AJCop, Leg. 21, Cuad. 6, julio, 1837.

"primitivismo", sí, pero con una conciencia de clase dada en la misma *experiencia*. Inconsecuencia que nutría la ira, experiencia que se volcaba con incontenible fuerza en la 'justicia de las propias manos': el 27 de julio el patrón Fernando Gallo caía asesinado, hechas pedazos su cabeza y su cara a peñascazos: su condena había sido el andar en busca de uno de sus peones que se le había huido con algunos metales.⁵⁰

Los desvelos de Melgarejo por sistematizar el orden en Chañarcillo se hicieron improductivos. Se trataba de un territorio donde la circulación de individuos, oficios y negocios, atraídos por la creciente riqueza del mineral, obstaculizaba la fisonomía simple patrón-peón, necesaria para distinguir, oponer, jerarquizar y disciplinar para la proletarianización. Arrieros, aguadores, comerciantes de todo tipo de enseres, cateadores, extranjeros, pulperos, placilleros, peones, propietarios ricos y pequeños, hacían un paisaje social y natural complejo y sinuoso, puertas de escape a la sustracción del mineral.

Melgarejo hizo un nuevo intento con un reglamento especial para Chañarcillo en agosto de 1837, que agregaba a los bandos vigentes la autorización al juez para allanar los ranchos de las peonadas en las faenas en busca del metal robado; prohibía al mismo tiempo que se diese alojamiento en las faenas a ninguna persona sin pasaporte del gobernador o carta del dueño de la mina, y mandaba que se diese aviso al juez en un plazo de dos horas sobre quien llegase sin ese requisito. Imponía a los dueños y mayordomos de faenas acudir en auxilio del juez cuando éste lo solicitara haciendo seña con una campana, con las armas que tuviesen, bajo multa de 50 pesos. Exigía que todo mayordomo leyera a los peones el reglamento del mineral una vez al mes, el día de pago, reuniéndose a todos y denunciando al juez al que se negare a concurrir. Cada vez que un patrón o mayordomo despidiera a algún peón, debía presentarlo al juez para registrarlo. Por su parte, los peones que tuviesen alguna queja del juez "lo harán saber a su mayordomo para que éste lo transmita al dueño de faena, quien lo pondrá en conocimiento del gobernador". Los negociantes y aguadores a quienes se les probara haber favorecido el contrabando de metales o licores serían expulsados para siempre del mineral. Se prohibía ahora lo que se había permitido especialmente para Chañarcillo: el juego de envite (apuestas con naípe) y, finalmente, se estrecharía la vigilancia de mujeres sin pasaporte.⁵¹

En suma, el reglamento pretendía una vez más abrazar y simplificar la diversidad, es decir, los diferentes personajes del mineral, y estrechar aun más la alianza patrón-juez hasta la intimidad misma del recinto del descanso y vida peonal.

Por otra parte, aquí quedaba claro y explícito el concepto de orden como "saber acerca de", como concepto preventivo de "estar al tanto de": la información de las funciones, presencias y ausencias sociales centralizadas por la autoridad armada como base del disciplinamiento patronal.

Poco efectivo fue el reglamento para el mineral de Chañarcillo, que ya albergaba un número de ochocientas personas y cuya peonada permanecía "siempre díscola, tumultosa e interesada en trastornarlo todo".⁵² aun más, cuando en esos años había guerra con Perú y Bolivia y, por lo tanto, crisis mercantil y minera. A principios de julio de 1839, "los jornaleros del mineral de Chañarcillo intentaron ejecutar el horroroso atentado de incendiar los ranchos de las faenas con el fin único de apoderarse de la prisión que allí existe y poner en libertad varios presos por robos". Se informaba que "esta clase de desórdenes se repiten con frecuencia y son de consecuencias funestísimas por cuanto comprometen no sólo los ingentes intereses de infinitos particulares, sino también la existencia misma del juez, patrones y mayordomos y hacen quedar

50. AJCop, Leg. 21, Copiapó, 20 de julio de 1837.

51. AIC, Vol. 52, 7 de agosto de 1837.

52. AIC, Vol. 28, Copiapó, 18 de julio de 1839.

impunes los robos diarios que se cometen y como el juez con sólo tres soldados no pueden buenamente conservar la tranquilidad".⁵³ ¿La solución? Se resolvió auxiliar al juez con seis soldados del cuerpo cívico turnados mensualmente, sacrificándose la villa en aras del mineral, cuando la tropa veterana se hallaba en guerra.

Probablemente este cambio en el carácter de la fuerza policial en el mineral — con el agregado de personal del cuerpo cívico, que más que militar era civil y popular — se notó en la creciente dificultad para mantener la disciplina en Chañarillo, sobre todo cuando Melgarejo fue trasladado a la Gobernación de Valparaíso, con motivo de la guerra.

El año 1840 se vivía en toda la república el estremecimiento que producen acontecimientos tan extraordinarios como el final de una dictadura y un triunfo bélico. La euforia de libertad y heroísmo recorría el paisaje de la república: energía histórica que tomó diversos rumbos, especialmente cuando el licenciamiento de tropas hizo urgente la supervivencia. Muchísimos llegaron a Copiapó a la noticia de la prodigalidad de sus riquezas. La presión por participar de ellas rompió todas las vallas impuestas al tránsito hacia los minerales, y el año 1840 se decretó libertad al respecto. Mujeres, negociantes de toda índole, extranjeros, pulularon allí libremente, mientras la ciudad de Copiapó se vio inundada de "vagos y mal entretenidos".

Como primera medida, en 1841, la Comisión de Minería elaboró un reglamento especial de policía para Chañarillo, su placilla y sus alrededores. Estrictísimo, su objetivo era poner freno al desorden social. Chañarillo se transformaba, según el reglamento, en una utopía donde no existían ni el alcohol ni las mujeres ni los juegos; donde todos trabajaban y nadie "vagabundeaba"; donde se acostaban a las 19 horas en invierno y a las 21 horas en verano, durmiéndose de inmediato, reparando debidamente sus fuerzas para reanudar su jornada de ocho horas de trabajo, de lunes a sábado.⁵⁴

La aprobación y aplicación del reglamento no impidió que los "males" fuesen en aumento y, por la misma necesidad de mano de obra, pronto aquél terminó por transformarse en una verdadera "compra-venta del delito": sus prohibiciones servían de motivo para el cobro de infinitas multas, que se doblaban y triplicaban en casos de reincidencia, y que los obreros —o los patrones por ellos (con la finalidad de no perderlos para las faenas)— optaban casi siempre por pagar: 10 pesos cuando se prolongaba la despedida vespertina, 10 pesos por no apagar las velas a la hora señalada, 12 a 25 pesos por ebriedad (según la "condición y calidad"), otro tanto por jugar o andar con mujeres, 3 pesos por andar sin las papeletas que acreditaban estar trabajando para algún patrón. Así consumía el obrero lo que ganaba y lo que "robaba", alimentando la recaudación de la policía minera creada para reprimirlo.

Pero así también nació en Chañarillo un capítulo más en la historia de la solidaridad y autoidentificación de la clase trabajadora del norte chileno en el siglo pasado: "Si el infractor del reglamento no tiene dinero para el pago de las multas, ¿no es sabido que al momento de ser aprehendido cientos de su clase, y por una ley establecida entre ellos de mutua protección, le proporcionan al instante cuanto dinero necesita para cubrir las multas?"⁵⁵ Para el peón minero, en esto consistía su lucha: en mantenerse libre. Vivirá multado, perseguido, fuera de la ley, pero así expresará su rechazo y obstaculizará el establecimiento de la legalidad capitalista.

El sistema reglamentario y policial hacía agua por todos lados, lo que se veía agravado por la presencia de gran cantidad de argentinos llegados de la otra banda, que habían arrancado armados de la guerra interna que se libraba en ese país. La cárcel

53. AIC, Vol. 28, Copiapó, 18 de julio de 1839.

54. *El Copiapino* (Copiapó), 10 de febrero de 1848. Corresponsalía en Juan Godoy.

55. *Ibid.*, 14 de noviembre de 1850.

de Copiapó estaba llena de presos, apenas custodiados por una guardia compuesta por un cabo y cuatro soldados, mientras los escuadrones de caballería cívica no contaban con más armamento que el particular de cada uno de los individuos que la componían. Se daba noticia de que en noviembre de 1842 se fugaron del mineral de Chañarillo tres peones reos en compañía de seis soldados de la guarnición.⁵⁶

Preocupado el gobierno central ante el desorden que se vivía, especialmente en Chañarillo, pidió cuentas al intendente —Malgarejo había vuelto en calidad de intendente—, el cual mencionó los siguientes obstáculos para el disciplinamiento: “la escasez de recursos, la oposición de intereses de una parte del vecindario con otra por motivos que no es del caso referir y en fin, la multitud de personas sin ocupación alguna, que al ruido de la riqueza de aquel pueblo, acuden a él de toda la república, especialmente Argentina y sobre cuyas personas, en un departamento tan extenso es casi imposible que la autoridad, destituida de auxilios, pueda velar como corresponde”. Agregaba que a Chañarillo no subían más que aquellos permitidos por el reglamento vigente, “habiéndose terminado los desórdenes y asonadas de los trabajadores con toda clase de individuos de ambos sexos tenían libre entrada y residencia en el mineral”; pero que “lo que hay en el día y habrá siempre, porque es imposible, es superior al esfuerzo humano el evitarlo del todo, es el robo de metales, pero estos robos no los hacen personas extrañas al mineral, sino los mismos peones de minas, especialmente los mayordomos de ellos, porque son tolerados y protegidos y contra estos procedimientos, ¿qué se podrá hacer por parte de la autoridad? Actualmente sucede que en algunas faenas de dos o más dueños, mientras que uno o más de éstos se opone a la permanencia de ciertos peones o mayordomos calificados generalmente de mala conducta, otros los sostienen por razones que no se ocularán a la penetración de Ud., sucediendo igual oposición en cuanto hay en Copiapó”.⁵⁷

Estaba claro que tras la dificultad de consumir la proletarianización minera había una cuestión derivada del mismo proceso y fenómeno capitalista, el cual entró en una etapa de libre y competitiva transición. El consenso de la clase propietaria —condición al mismo tiempo del triple acuerdo capital, justicia y policía— hacía crisis. Todos los estamentos sociales nacionales y extranjeros llegados a Copiapó ejercían presión por participar de la locura de la plata, que alimentaba quimeras de palacios y telas de lujo, lo que vulneró claramente la lógica patronal local, tradicional, señorial. El capitalismo exclusivista provincial entró a una fase altamente competitiva en el nivel nacional; esto desarticuló la alianza y la homogeneidad de los patrones, cuyos negocios, intereses y lucha por aumentar su participación en las riquezas producidas por los minerales de plata, los condujo a chocar entre sí. La fragilidad de la estructura patronal de poder aumentó y fomentó, a su vez, las oportunidades de desproletarianización cíclica y crónica de los peones, los cuales encontraron mayores posibilidades de negocios y colocación de minerales sustraídos.

Las oportunidades de libertad peonal en circunstancias de gran aumento de faenas de producción, se tradujo en aguda escasez de trabajadores para las minas, a pesar de la gran cantidad de “gente ociosa” que pululaba en Copiapó y sus cercanías. Aumentó así también la competencia patronal en disputa por la mano de obra; para conseguirla, incluso se llegó a fomentar y ocultar las escapadas de los peones de un patrón a otro. Esto echó por tierra todos los mecanismos de control del movimiento de peones, fundamento de la proletarianización forzada que se había pretendido instaurar por la ley y la fuerza. El modelo autoritario basado en la alianza patronal-militar-judicial para el sometimiento y domesticación, había fracasado.

Los peones se sintieron libres cuando, dueños de su envidiada y disputada fuerza de trabajo, se les abrió el camino para su voluntaria proletarianización y despro-

56. AIC, Vol. 52, 14 de septiembre de 1842.

57. AIC, Vol. 58, 14 de septiembre de 1842.

letarización, llenos los bolsillos con el salario adelantado y los metales apropiados, relajados o corrompidos todos los mecanismos legales y policiales para su control.

Melgarejo quedó escandalizado en su visita al mineral. Su detallado informe al gobierno el año 1843 sobre lo que sus ojos vieron, nos da cuenta de una situación de total anarquía en el ámbito de las relaciones sociales de producción y entre las distintas esferas del poder económico, policial y judicial. Melgarejo llegó incluso a reconocer que "el robo de metales de plata en Copiapó está, por decirlo así, en la naturaleza misma de las cosas y por esto es en extremo difícil impedirlo del todo", lo cual significaba que se derrumbaba allí el principio normativo básico del orden social como dominación: la relación entre propiedad del medio de producción y apropiación del producto.

La envergadura y lucro que reportaba la sustracción de metales por los peones era tal, que éstos eran apoyados por los mayordomos, los cuales a su vez eran protegidos por algunos dueños de minas, socios que pretendían así aumentar su propia participación en los beneficios. Por otra parte, si la fuerza armada no estaba también comprometida en los robos —lo que también era común—, estaba incapacitada para reprimirlos: los peones y mayordomos, con el objeto de sacar el mineral para llevarlo a donde no se lo pudiese perseguir, "se reúnen, como ha sucedido en varias ocasiones, en grandes partidas", contra las cuales la fuerza armada —compuesta de ocho soldados al mando de un cabo— era totalmente impotente. El mineral contaba ya con 1.500 personas "dispuestas y resueltas en todos instantes a asaltar la propiedad y cometer los mayores excesos, como ha sucedido y como está expuesto a suceder cada y cuantas veces el subdelegado del mineral trate de reprimir la insolencia de los trabajadores o ejecutar en ellos algún castigo". Aun más, si la policía decomisaba algún robo, éste era de tal monto que tenía el carácter de delito de mayor cuantía, por lo que debía pasar al juzgado de letras de la provincia. Este, agobiado con multitud de causas, no lograba llevar a buen término los procesos, cuya lentitud favorecía la huida de los implicados o su absolución.⁵⁸

Las soluciones que Melgarejo proponía a tal crisis de orden tocaban, en primer lugar, el ámbito judicial y militar. Reconvinó al juez de letras para agilizar las causas y llevarlas a término, persiguiendo al cúmulo de abogados que promovía juicios absurdos, y propuso al gobernador la instalación en Chañarillo de una guarnición de por lo menos cien hombres al mando de un oficial, tal como se practicaba con muy buen resultado en Arqueros. Prometía, por su parte, tomar otras providencias, como mejorar la recaudación del cobro de medio real por marco de plata extraído que se habían autoimpuesto los mismos propietarios de Chañarillo el año 1841 para financiar la policía del mineral. Melgarejo advertía al gobierno que la situación que se vivía en Copiapó era seria, y se veía agravada por tratarse de una localidad fronteriza con la Argentina: allí se podría "sufrir un trastorno de cuyas consecuencias jamás se obtendría reparación".

No obstante, el intendente sabía que la causa primera del desorden residía en la imposibilidad de imponer el sometimiento como proletarización. La competencia entre los empresarios mineros había arrasado con todos los mecanismos legales reglamentarios y policiales para la adscripción de la mano de obra asalariada. En este sentido, los empresarios se hicieron cómplices de los peones: estimulaban sus fugas, tapaban sus deudas por adelantos concedidos por otros patrones y se los peleaban a las autoridades cuando éstas los hacían presa de multas y prisiones. En una etapa histórica de proletarización no acabada, la competitividad capitalista estimuló aun más este fenómeno, y los trabajadores gozaron de relativa libertad laboral y existencial, pudiendo también reapropiarse de una parte de la plusvalía de su trabajo y así sobrevivir y justificar el trabajo infernal a que se veían sometidos.

58. AIC, Vol. 58, 13 de diciembre de 1842. Intendente al ministro del Interior.

En suma, la escasez de mano de obra en relación con las necesidades del capital y el debilitamiento de los lazos de sujeción al trabajo, actuaron de foco de irradiación de conflictos a todo nivel: entre patrones y obreros, entre empresarios mineros en disputa de la mano de obra, entre empresarios mineros y gobierno, entre autoridades locales y obreros. Se produjo, pues, una total anarquía en las alianzas sociales, lo cual dificultó aun más la fijación de los términos de las relaciones sociales de producción, llevando a un "desorden social" crónico.

En la práctica, esto se tradujo en una riesgosa dependencia del empresariado minero respecto de los trabajadores disponibles. Tal situación permitió al peón minero determinar ciertas reglas del juego en las relaciones de trabajo, consistentes en la compensación del salario vía el adelanto efectivo con fuga y el beneficio en minerales ("robo de minerales").

Esta compensación, sin embargo, refluía en buena parte a manos del sector económicamente más poderoso (habilitadores, casas fundidoras y/o compradoras de minerales), el cual en la instancia del mercado y tráfico de minerales, así como en el préstamo a interés, recuperaba y usufructuaba con creces de los adelantamientos de peones y del mineral robado. Se estableció así un circuito donde la compensación salarial terminó por reforzar la concentración de capital en manos del sector minero-fundidor y/o comercial-financiero.

Dicha compensación iba también, en parte, hacia el aparato policial puesto en marcha para el control social, especialmente vía las numerosas multas de policía aplicadas a los peones y que los gravaban cotidianamente, constituyendo uno de los ramos principales de la recaudación de policía minera del mineral de Chañarcillo.

Sin embargo, esta compensación permitía al peón contar con un determinado margen de acumulación de medios de subsistencia, que le daban la posibilidad de resistirse al trabajo asalariado típicamente capitalista.

III. LA NUEVA OFENSIVA: LEY Y PATRON

El intendente Melgarejo no se dio por vencido e intentó una nueva batalla reglamentaria el año 1843, tratando de normar el comportamiento patronal con el objeto de poner vallas al proceso de ruptura del concierto patronal. Admitiendo que la causa del desorden de la peonada "procede no tanto de la fuga de dichos peones de una faena a otra sin devengar los grandes adelantos que se les hace a cuenta de trabajo, cuanto de la protección que generalmente se dispensa por los mismos patrones a los peones fugados, admitiéndolos a su servicio sin exigir de ellos antecedente alguno que dé a conocer su conducta anterior o que acredite que nada han salido debiendo al dueño de la faena donde últimamente han trabajado", decretaba un sesudo reglamento para impedirlo. Allí, Melgarejo explicitaba que "el principal objeto del presente arreglo es proteger los intereses de los dueños de minas y haciendas de campo y restablecer la honradez y buena fe de los trabajadores", haciendo un llamado a unos y otros a cumplir el reglamento y denunciar su fraude.⁵⁹

El reglamento aludido tendía a comprometer aun más a la autoridad judicial y policial en el ámbito de las relaciones sociales de producción. Se trataba de hacer entrar la relación salarial en una etapa de moderna formalización textual, es decir, hacerla escrita, confeccionada y fiscalizada por el estado local.

El reglamento establecía dos mecanismos "textuales" con el objeto de forzar la proletarianización: uno era el *contrato escrito de trabajo* y otro el *certificado de desahucio*, documentos confeccionados homogéneamente por el intendente para los departa-

59. AIC, Vol. 58, 13 de julio de 1843.

mentos de la provincia, controlado y centralizado su uso estrictamente por parte de las autoridades locales y departamentales. Ambos instrumentos pretendían perfeccionar el sistema colonial de la papeleta que certificaba la exigencia de estar trabajando un peón con un patrón. El *contrato de trabajo* se debía hacer en el momento del “concierto” de un peón por parte de un patrón, y autorizarse por el subdelegado o inspector y, en su defecto, realizarse con dos testigos.

El contrato debía puntualizar el tiempo del concierto, la clase de trabajo que desempeñaría el peón, la calidad y cantidad de comida que se le daría, el monto del salario y el modo de pagárselo. Dicho contrato debía, además, ir registrando todo el movimiento de salarios y adelantos que se le entregaban al peón, bajo la firma del patrón y del trabajador. Pero como éste generalmente no poseía ese don ilustrado de la lectura y escritura, entonces “lo hará otro por él”. El patrón no debía demorar el pago del salario más de dos días, pudiendo quejarse de esto los trabajadores al gobernador. (seguramente, por intermedio del subdelegado. Pero, ¿cuánto demoraría y con qué certeza llegaría la queja a ese gran señor?). Tampoco se le podría pagar el salario en especies, aunque en verdad sí, siempre que estuviese estipulado en el contrato.

El segundo instrumento, el *certificado de desahucio*, constituía la pieza clave del sistema de proletarianización como virtual inmovilidad del trabajador; a la vez, con él se intentaba neutralizar la competitividad patronal. En efecto, los certificados (que constataban el fin del contrato), distribuidos controladamente por el intendente a los subdelegados, eran entregados por éstos a los patrones que lo solicitaban, numerados y dados contra recibo y destinados cada uno a un peón debidamente especificado. Allí debía anotarse si el peón quedaba debiendo o no adelantos. Todo finiquitado y papel en mano, el peón que deseara concertarse en otra faena había de acudir previamente al subdelegado, quien lo autorizaría para hacerlo y firmaría el certificado. Supuesto que todo esto hiciera el peón, quedaba atado a la localidad, pues sólo podría concertarse en el departamento de la subdelegación; si quería pasar a otro, requería además de un pasaporte conferido por el gobernador o subdelegados de tránsito — ubicados obviamente bastante lejos —, quienes no se lo concederían sin el certificado de desahucio en regla del último patrón. Dos meses de trabajo público le esperarían al peón que se fuese de una faena sin terminar el contrato, y castigos más severos se le impondrían si se fuese debiendo adelantos. Y el reglamento pretendía atemorizar a los patrones al respecto: en su primer artículo establecía que el patrón que contratase a un peón que debiese adelantos pagaría multas de 50 pesos y asumiría la deuda del peón; no obstante, al final aclaraba: “El patrón que le concierte será obligado a descontarle, por pago de dicho adelanto, una tercera parte del salario que ganase”.⁶⁰

En suma, Melgarejo intentaba forzar la proletarianización interviniendo en las relaciones de producción por la vía legal y el control estatal, cuando aún no estaban dadas las condiciones históricas para ello a nivel de la misma relación indicada. La peonada podía aún sortear las trampas domesticadoras del poder dominante: todavía existía el acceso a la montaña, a su tesoro escondido y sus amplios faldones, que guardaban una leyenda de libertad.

El año 1846 marcó el inicio de una abierta ofensiva empresarial. “El modo de crear en el mineral un sistema estable de policía y orden, es la cuestión más seria que siempre nos ha ocupado”.⁶¹ Con estas palabras se abren las páginas de *El Copiapino* una mañana de marzo de 1846, puesto de lleno a definir las causas y orígenes de uno de los grandes problemas de la región —el “desorden de la peonada” de Chañarillo— y ponerle término.

60. AIC, Vol. 58, 13 de julio de 1843.

61. *El Copiapino*, 21 de marzo de 1846. Editorial.

La polémica se desata, las causas se enumeran por orden de importancia. Los grandes empresarios de Chañarillo, representados por la Comisión de Minería y ocupando el espacio editorial, apuntan a la Placilla de Chañarillo como la primera y gran culpable: "Ese hacinamiento confuso de tolderías apiñadas en que anidan y multiplican todos los vicios... esa ratonera donde se abrigan los ebrios, los vagos, las prostitutas y los cangalleros y donde se preparan y combinan los ataques a mano armada que se dan a veces en las minas de beneficio..., donde se cohecha y corrompe al jornalero que va enseguida a saquear los intereses de su patrón..., ese hormiguero, en fin, que se llama Placilla".⁶²

Ubicada en el centro de Chañarillo, la Placilla nació con el descubrimiento del mineral (1832), tomando el carácter de "pueblo estanco" para el abastecimiento de ciertos artículos necesarios para las faenas. Sin embargo, al decretarse en 1840 el libre acceso de gentes al mineral, quedó destruida la calidad "estancada" de la Placilla. Ya sin trabas para comerciar y habitar en el mineral, se establecieron inicialmente cuarenta vecinos, a los que progresivamente se sumaron más de mil trabajadores que pululaban y/o trabajaban en los cerros.⁶³

En la Placilla el trabajador, a más de abastecerse con variados elementos de su elección, encontraba donde expresar (dadas las condiciones favorables en las relaciones de trabajo) su condición "independiente": el uso propio del espacio y tiempo extra-jornada, de su dinero en efectivo y de sus "negocios particulares". Las placillas, y especialmente la de Chañarillo, eran el centro de la peonada minera del lugar y el espacio donde se cristalizaba la liberación del peonaje; "refugio obrero" que le permitía al peón una interrelación de grupo y clase independiente del mineral y confrontada a él. Así, este "infierno de tentaciones, de disipación, ocio, embriaguez, juego y ratería".⁶⁴ Llegó a convertirse, para los empresarios y autoridades, en uno de los elementos más conflictivos de la historia minera de aquellos años.

Incapaz de dominar a la peonada a nivel del trabajo y la producción, el empresario la atacó en su espacio propio, en su vida libre y su consumo. La Placilla era, antes que nada, un centro de reunión y, por lo tanto, de "malas influencias": allí acudían los mineros que estaban trabajando de peones y que llegaban luego de la jornada; aquellos que estaban de cangalleros, de "vagos" y, en general, variados tipos de traficantes de minerales, de objetos, de "negocios" y "servicios". "El juego, el amor y el ponche y todos los vicios le hacen consumir en una hora el producto de su trabajo y el valor de las piedras ricas que, en conciencia, se ven obligados a quitarle al patrón para que no gane tanto, trabajando tanto menos que ellos. La Placilla es una Babel, la confusión, no de las lenguas, sino de todas las fortunas de Chañarillo. Hallándose, dentro de su circuito, abolido aquello de mío y tuyo, los mineros venden los metales que les han tocado en la quiebra del día, con la misma franqueza que el dueño de la mina remite a la máquina los que ha podido salvar del hurto".⁶⁵ De este modo, el control de su población y de la actividad de ésta dentro de aquel recinto, pasó a ser preocupación principal de los propietarios de Chañarillo y de las autoridades de Copiapó.

Por su parte, los trabajadores se quejaban amargamente de que en toda la polémica desatada en torno al problema social-minero, ningún recuerdo se había hecho de la desgracia del trabajador minero, expuesto a tremendas penurias para descubrir la riqueza para sus patrones; "un hombre medio desnudo aparece en la bocamina, cargando a la espalda 8, 10 y 12 arrobas de piedras, después de haber

62. *Ibíd.*

63. *Ibíd.*, 24 de septiembre de 1846.

64. *Ibíd.*, 21 de marzo de 1846.

65. Jotabeche (José J. Vallejos), "Mineral de Chañarillo", en *Artículos de Costumbres* (Santiago, s/f).

subido, con tan enorme peso, por aquella larga sucesión de galerías, piques y frontones; al oír el alarido penoso que lanza cuando llega a respirar el aire libre, nos figuramos que el minero pertenece a una raza más maldita que la del hombre y que el suspiro tan profundo que arroja al hallarse entre nosotros es una reconvención amarga, dirigida al cielo por haberlo excluido de la especie humana".⁶⁶ Pero basta: "... quieren privarlos además de que se reúnan en sociedad y estén con el semblante alegre".⁶⁷

Sin embargo, el peón minero pudo lanzar, en esta época, una amenaza: "Si no conseguimos racionales franquicias, nuestros brazos vigorosos nos darán la subsistencia en cualquier parte a donde mejor nos convenga trabajar y vivir".⁶⁸

La neurosis antilíbido que se desató en contra de los peones y la Placilla llegó a un extremo. Los más importantes mineros de Copiapó habían perdido la compostura. La furia se dirigió contra el lugar visto como escenario del histórico menoscabo de la ley patronal y, por lo mismo, de abierta provocación sexual y sensual de la libertad peonal. En la noche del 9 de septiembre de 1846, la Placilla ardió por sus cuatro costados. Un silencio cómplice rodeó los sucesos. Así murió la Placilla de Chañarillo.

En reemplazo de la Placilla de Chañarillo, se decretó la formación del pueblo de Juan Godoy, el que "con una policía bien establecida, surtirá de brazos a las minas inmediatas".⁶⁹ Sin embargo, no vivieron los empresarios muchos años felices. Testigos del año 1846 describen al pueblo de Juan Godoy como una 'Babilonia'. "... ninguna providencia se tomó para precaver el desorden. La Intendencia sólo pensó en establecerle arancel a los sitios... el desorden crecía por todas partes... Hasta que después de los gritos de los empresarios se establecieron dos vigilantes en Juan Godoy, como si bastaran a contener dos mil hombres, en su mayor parte de pasiones desenfrenadas, que se apiñan a todas horas en la placilla".⁷⁰

El círculo se ha cerrado, la historia se repite.

La envergadura del "problema social" en la minería y la dificultad para los empresarios de ponerle atajo vía la reglamentación, el control policial y el ataque directo (incendio de la Placilla), comenzó a hacer nuevamente crisis. Reunida la Comisión de Minería, "se resuelve hacerle presente al Intendente que la Comisión estaba en absoluta impotencia de cortar aquellos males".⁷¹

La primera respuesta de apoyo del gobierno local fue la elaboración de una nueva y avanzada reglamentación para el control social. Reuniendo en el mineral a todas las personalidades económicas de Chañarillo, el 20 de junio de 1848 les planteó que "deseaba proteger por cuantos medios estén de su parte a la industria minera... mejorar la administración de las faenas y moralizar a los trabajadores. Que con este objeto se dotó a un capellán de que carecía este mineral... [pues] nuestra religión santa era la única que podía hacer al hombre cumplir con sus deberes. [Pero] que otras providencias económicas de grave trascendencia deseaba adoptar...".⁷² La Comisión propuso entonces un vasto plan de "control obrero" (quizás único en su género), con un objetivo básico: terminar con la fuga de peones y el robo de minerales.

Poniendo la institución y la estructura militar al servicio de la economía minera, la primera y principal medida propuesta consistió en formar un registro con todos los

66. *Ibid.*

67. *El Copiapino*, 4 de abril de 1846. Carta de Jotabeche.

68. *Ibid.*, 25 de abril de 1846. Carta de "Unos Barreteros".

69. *Ibid.*, 10 de diciembre de 1846. Gacetilla.

70. *Ibid.*

71. *Ibid.*, 2 de febrero de 1847. Sesiones del Gremio de Minería.

72. *Ibid.*, 20 de junio de 1848. Corresponsalia en Chañarillo.

trabajadores del mineral, haciéndolos "reconocer cuerpo", formando batallones, pero sin obligación militar alguna. Sólo debían asistir dos horas los domingos a pasar lista y practicar algunas "evoluciones". Se trataba de que todos estuvieran afiliados y subordinados por medio de las clases y oficiales, que serían los mismos mayordomos y administradores.

La segunda medida establecida por la Comisión de Minería fue ordenar que nadie se mantuviera "suelto" en los cerros. Para ello, mandaba destruir todos los ranchos de los mineros y construir, por cuenta de los empresarios, galpones donde dormir. Esto permitiría ver, a un golpe de vista, los trabajadores que faltaban; a la vez, se evitaba que escondieran robos de viveres y metales, o dieran refugio a otros "vagos". Como tercera medida, la Comisión proponía variar el vestido de los peones, para dificultar el robo.

En suma, se trataría de mantener al trabajador atado a la mina, controlando día a día su permanencia, terminando con su libre relación con el espacio, con el medio social y con su vida íntima; desvinculándolo así de las placillas y vigilando su tiempo libre extrajornada.

IV. REGIMEN DE PRODUCCION EN TRANSICION

Los empresarios de mayor peso se opusieron decididamente a tales reformas; a través de los editoriales de *El Copiapino* sacaron a luz el fenómeno principal que estaba tomando cuerpo en esta época: el desarrollo del capitalismo minero, el fenómeno de la transición, tanto a nivel de las relaciones empresariales con el sistema de poder como a nivel de las relaciones capital-trabajo y a nivel ideológico: "De si los mineros deben vivir en la placilla o en las faenas, de que lleven tal o cual vestuario ... no es de incumbencia de las autoridades porque cada cual gobierna su casa y su trabajo del modo como le parece más conveniente. Lo único que la autoridad debe tener a la vista ... es la disminución de las trabas y derechos con que se encuentra gravada la industria. ... Además formar un batallón de mineros y adiestrarlos en los ejercicios militares y poner armas a su disposición es una idea descabellada, es poner entre la espada y la pared a los dueños de faenas. ... Y si se impusiera esta medida en Chañarcillo [la del enrolamiento], el minero, ... ¿no abandonará sus faenas y buscará trabajo donde no halle tanta opresión? Quedará entonces abandonado el mineral de Chañarcillo. ... ¿Sería posible cortar la libertad individual hasta el extremo de forzar a los mineros a permanecer donde no se les ofrece ninguna conveniencia? No sería extraño, pero sería horroroso".⁷³

La persistencia del problema principal de Chañarcillo, "el desorden de la peonada", que para los empresarios significaba incapacidad de imponer las reglas del juego del capital, les indujo, finalmente, a centrar el problema en la relación capital/cantidad de mano de obra disponible.

"Escasez de brazos o la materia infinita", titula *El Copiapino* su editorial del 22 de febrero de 1848. Y prosigue: "¿Quién no se queja incesantemente de falta de trabajadores? El hacendado, el minero, el arriero ... todos dicen, no hago tal cosa por falta de brazos, no he regado, no he arado por falta de peones, la mina está parada porque no tengo barreteros". Esta doble situación de auge y expansión minera, por un lado, y escasez de trabajadores en relación a las necesidades del capital, por otro, conjuntamente con el fenómeno de proletarianización no acabada propio de esta época, configurará relaciones de producción peculiares, que denominaremos "relaciones salariales de plusvalía menor", descritas anteriormente como relaciones compensa-

73. *Ibíd.*, 27 de junio de 1848. Editorial.

das en el pago adelantado con fuga y beneficio en minerales. "El hombre que quiere establecer un trabajo, el de una mina por ejemplo, empieza por buscar peones y cada uno de ellos empieza por pedirle un adelantamiento general de 2 a 4 onzas. El empresario resiste... busca a otros... los encarga a sus amigos... todos le contestan que han encontrado alguno, pero que pide 3 ó 4 onzas adelantadas. Los trabajos están parados... la demora está causando otros perjuicios... a veces la mina está en el caso de ser denunciada o las cosechas están por malograrse... no hay remedio... vengan 8 ó 10 peones y ahí van de un golpe 500 pesos adelantados".⁷⁴

Este anticipo en dinero efectivo constituirá su primera garantía de libertad y subsistencia fuera del ámbito de la faena minera; su garantía y medio para liberarse, cuando lo estime conveniente, de la condena de ser proletario. Si no la obtiene, prefiere no trabajar; es decir, busca otra alternativa: El empresario "se veía en la dura alternativa de adelantar dinero al trabajador y entonces se fugaba, o no adelantarle y entonces no trabajaba; de manera que de cualquier modo quedaba parado su trabajo, sufriendo grandes perjuicios".⁷⁵ Una vez incorporado al trabajo, recibía su credencial —la papeleta— que atestiguaba su relación-compromiso con la faena. Si bien ella había tenido su relativa eficacia durante la Colonia, ello quizás se debió más al sistema de ordenamiento colonial y a la situación objetiva del mercado de trabajo, que a la papeleta misma. En la circunstancias de la época en estudio, la pérdida de su efectividad fue absoluta; pasó a ser un burdo elemento que no solamente no cumplía con su objetivo, sino que, además, actuaba como un serio obstáculo para la libre concurrencia empresarial al escaso mercado de fuerza de trabajo existente: "¿De qué sirven las papeletas? —editorializaba *El Copiapino*—. Sirven (según la policía) para conocer los vagos y perseguirlos". Pero el articulista ya conocía bien una de las lecciones básicas del capitalismo: "Es el hambre el que disminuye los vagos... Las papeletas, en cambio, son la mejor invención para proteger al ladrón y al holgazán... son el resguardo de los vagos y el salvoconducto de los pícaros". En efecto, cuando ya el sistema global ha ido adquiriendo flexibilidad, cuando ya no es un sistema cerrado, cuando, por lo mismo, hay múltiples elementos que se le escapan: "¿A quién le falta una persona que le firme una papeleta?" Ellas "sólo sirven para llenar las cárceles de hombres trabajadores... sirven para perjudicar a los patrones y empobrecer a los infelices".⁷⁶ De esta manera, las papeletas aumentaban la escasez de trabajadores y, más aún, obligaban a los empresarios a pagarles la multa para poder contar con ellos en el trabajo.

Es así como, en un sistema económico en transición, que descansaba sobre todo en la apropiación de plusvalía absoluta, cualquier medida restrictiva con respecto al libre uso y disponibilidad de la mano de obra accesible, se convertía en un obstáculo; se convertía en un elemento retrógado precapitalista: "... la máquina que tuvo que parar porque el trapichero o cualquier otro empleado, que no se puede recuperar, ha ido a parar a la cárcel".⁷⁷

Dispuesto a subsistir, el peón vendió su fuerza de trabajo por un salario que no sólo no constituyó un incentivo, sino que, dadas las condiciones de vida que el trabajo minero imponía y los precios que allí alcanzaban las subsistencias, reflejaba la explotación del trabajador minero, en especial del peón no calificado. Un completo informe emanado directamente de la subdelegación de Chañarcillo, para el año 1846, establecía un salario de 18 pesos mensuales para los barreteros (el peón calificado) y de 8 pesos para los apires o cargadores, más la comida. El mismo informe señalaba lo

74. *Ibíd.*, 22 de febrero de 1848. Editorial.

75. *Ibíd.*, 10 de junio de 1848. Editorial.

76. *Ibíd.*, 9 de marzo de 1848. Editorial.

77. *Ibíd.*

que un hombre comía al mes en una faena de Chañarillo: 3 almudes de harina flor (30 raciones); 3 almudes de frijoles (30 raciones); 2 almudes de trigo (60 raciones, comida y cena); 180 manos de higos (1.5 almudes); 30 onzas de sal; 30 vainas de ají (1 libra = 288 vainas); 4 reales de carne fresca (1 real por cada domingo); 3 cargas de agua. Así, si bien el peón se mantenía precariamente en la faena como individuo, con lo que le restaba, su salario, difícilmente podía reproducirse como fuerza de trabajo. (Véase Cuadro 1, donde se comparan los precios de algunos productos de subsistencia en Chañarillo y el país en general; en el Cuadro 2 se tipifica el consumo mensual del peón minero en la Placilla).⁷⁸

Si bien los productos descritos en el Cuadro 2 no se pueden considerar ítemes de subsistencia en términos biológicos, tampoco se podría hablar de "artículos de lujo" (como decían los empresarios mineros de la época), dadas las condiciones de vida y de trabajo en los minerales; ellos pasarían a tomar la categoría primera, en términos principalmente de subsistencia sicosocial.

CUADRO 1. Comparación del costo de subsistencia en Chañarillo y el país en general

Producto	Precios en Chañarillo (a) nacionales (b)	Precios corrientes (Chañarillo)	Costo mensual por hombre	Costo mensual por hombre (nac.)
Harina	7 p. fanega	3 p. 7 r. fanega	1 p. 6 r.	7 r.
Frijoles	8 p. fanega	4 p. fanega	1 p. 3 r.	5 r.
Trigo	5 p. 5 r. fanega	2 p. 5 r. fanega	1 p. 7 r.	7 r.
Higos	6 p. 5 r. fanega	7 p. fanega	4 p. 7 r.	5 p. 2 r.
Sal	3 p. quintal	—	7 r.	—
Grasa	8 p. botija	—	4 p. 6 r.	—
Ají	6 p. 5 r. fanega	2 p. 5 r. fanega	1 r.	1/2 r.
Carne	4 r. fanega	—	4 r.	—
Agua	5 r. carga	—	1 p. 7 r.	—
			18 p.	10 p. 1 r.

(p. = pesos; r. = reales)

Fuentes: (a) Informe sobre el consumo y gasto que origina el trabajo en las minas de Chañarillo, El Copiapino, 9 de agosto de 1846. (b) El Mercurio (Valparaíso), 14 de enero de 1853.

CUADRO 2. Consumo mínimo mensual del peón minero en la Placilla

Producto	Precio en Chañarillo	Consumo mensual por hombre (mínimo)	Costo consumo en Chañarillo
Aguardiente	1 p. 4 r. botija	4 botellas	6 p.
Vino	1 p. botija	4 botellas	4 p.
Té	5 r. paquete	2 paquetes	1 p. 2 r.
Frutas	1 p. 4 r. unidad	4 unidades	6 p.
			17 p. 2 r. (*)

(*) A esta suma habría que añadir las multas, vestuario, juego y prostitución.

En suma, el valor de la fuerza de trabajo en Chañarillo debería estar naturalmente alterado con respecto al nacional. Las dificultades de abastecimiento, la falta de

78. *Ibíd.*, 9 de agosto de 1846.

producción local, la escasez de agua, establecían precios muy altos para las subsistencias. El trabajo minero es duro y hace gastar más energías que otro tipo de trabajo; reponerlas exige más, no sólo desde el punto de vista biológico, sino también psicológico. Sin embargo, los documentos nos hablan de salarios de 10 a 12 pesos para empleados domésticos en la ciudad.⁷⁹ ¿Cuál era, entonces, el incentivo de la minería?: "Los peones escasean para las minas pobres, a las ricas no les falta por el atractivo de los metalitos".⁸⁰ Y es así que "se cree generalmente que los 100 peones que emplea la 'Descubridora', robarán en un mes con otro, término medio, desde 10 mil a 15 mil pesos, no obstante que cuenta con un régimen de mayordomos de todos tamaños".⁸¹

Los ataques del sector empresarial apuntaron especialmente contra esta "participación espontánea del beneficio" por parte de los peones, imprimiéndole inútilmente (por el momento) el carácter delictual que la legalidad del sistema de propiedad privada de los medios de producción impone: "[Ahora] tenemos los brazos libres, que viven más caramente y con ideas de moral tan pervertida, que no creen delinquir cuando agarran piedras de la mina que trabajan, aunque sea fraudulentamente".⁸²

Es más, este beneficio encontró un espacio propio dentro del mercado (especialmente en las placillas) que lo legitimó espontáneamente bajo una suerte de consenso colectivo. El "robo de piedras" quedaba, o incluso era fomentado, en especial en el tráfico promovido en torno a la venta de mineral a las casas fundidoras o compradoras de metal. Por otra parte, el metal puesto en circulación en las placillas, proveniente de la cangalla o robo, agilizaba las transacciones, supliendo la escasez de circulante propia de la economía minera de ese tiempo, en especial cuando se emitían vales para el pago de los peones. Pero sustancialmente, la cangalla le permitía al peón desproletarizarse rápidamente, practicando otras formas de subsistencia que, aunque esporádicas, lo mantenían cualitativamente libre. En efecto, los drásticos ataques de los empresarios en contra de la cangalla se debían no sólo a la "pérdida" económica que ella les significaba, sino también a los obstáculos que imponía a la dominación social capitalista.

Dadas las circunstancias, pudo variar también el régimen de producción con respecto al de la época colonial inmediatamente anterior. La tendencia del peonaje minero había sido siempre la de establecer una jornada laboral en términos de cantidad de "sacas" —tres sacas en la época colonial—, mientras la legislación del fines del siglo XVIII había establecido claramente la jornada por "horas de trabajo".⁸³ Durante la época en que se sitúa este estudio, si bien la legislación alude a ocho horas de trabajo, en la jornada parece imponerse un régimen de "sacas", disminuidas de tres a dos, lo que daba motivo a disputas, en especial con respecto al tipo y calidad de ellas. El empresario luchará permanentemente por aumentar el número de "sacas", como manera de incrementar la productividad de la mano de obra.⁸⁴

Diversas alternativas de trabajo asalariado propiamente tal surgían a la voz de cada nuevo descubrimiento de minerales en la región, que actuaba con la fuerza del imán, despojando las faenas anteriores: "Las importantes faenas de Chañarillo

79. *Ibid.*, 9 de enero de 1850.

80. *Ibid.*, 5 de enero de 1850. Editorial.

81. *Ibid.*, 10 de febrero de 1848. Editorial.

82. *Ibid.*, 9 de enero de 1850.

83. "Bando de La Serena, 1795", citado por Carmagnani, *op. cit.*, 57.

84. "Creemos nuestro deber hacer algunas indicaciones sobre la mala organización del trabajo, de la cual se quejan los mineros. A nuestro entender, una de las causas principales de desarreglo es el corto espacio de tiempo que trabajaban los mineros, pudiendo avanzar mucho más en la explotación, que si en lugar de hacer dos sacas cada día, se hicieran tres, como se estima en casi todos los países que cultivan esta industria. Algunas de las minas más ricas de Chañarillo son las que desocupan primero a sus peones y más de una vez los hemos visto salir de su trabajo a las dos de la tarde". El Copiapino, 10 de junio de 1848. Editorial.

quedaron casi desproletarizados cuando los descubrimientos del 'Checo' y 'Cabeza de Vaca'.⁸⁵ Tales sucesos despertaban en los peones grandes expectativas de hacerse "independientes" y "ricos", esto es, definitivamente libres.

La forma de presentarse estos acontecimientos en la época —cada cierto tiempo y en forma más o menos constante, debido a que se estaba en una etapa de descubrimiento— acentuó el fenómeno de la movilidad y desproletarización cíclica de la mano de obra. Por otra parte, existía en la minería la posibilidad de formar grupos y compañías de pirquino, como otra forma de trabajo y subsistencia no asalariada (aunque precaria), y que encontró en las faenas abandonadas de la época un campo abierto para su acción. Las bandas de asaltos constituyeron también formas frecuentes de subsistencia independiente en los minerales, fomentadas por el tráfico clandestino con las máquinas de beneficio.

Las alternativas al trabajo minero mismo se le presentaban a la peonada igualmente bajo el atractivo de los incentivos y premios que ofrece el trabajo agrícola en épocas de cosecha, y seguramente también bajo el estímulo psicológico que da el trabajo estival agrícola: "En tiempos de frutas no hay apires en las minas: se buscan con premios porque los mineros se han bajado a las haciendas, contando con la seguridad que en cualquier parte encuentran concierto".⁸⁶

Pero en general, pareciera ser que la peonada estaba en continua "transmigración" a lo largo del año y a través del país, lo que sería expresión no tanto de mentalidad "marginal", sino básicamente de una búsqueda de mecanismos y formas de escapar a su despojo definitivo: "El mal más lamentable que se nos ha presentado recorriendo la situación de la minería, es el espíritu que se ha apoderado de todos los trabajadores de recorrer toda la República anualmente; unos donde asoman algunas riquezas que pudieran explotarse a expensas de sus dueños, otros buscando el desorden que observan en algunas faenas, en que a empresarios inexpertos les imponen nuevas reglas y condiciones".⁸⁷

En suma, el trabajo minero aparecía como una opción esporádica e inestable, dejándose los peones siempre un espacio abierto a las nuevas alternativas, posibilidades y ventajas laborales que se le presentasen, tanto a partir de sus actividades en los minerales, como fuera de ellos. Esto se expresará en una posición relativamente "libre" frente al capital, en una actitud conscientemente separada de sus reglas, y en una importante capacidad de acción frente a los continuos intentos de dominio del capital y su objetivo de completar su proletarización o despojo: "El minero, que conoce la necesidad que se tiene de él en todas las faenas, muy poco o nada hace por ganar la confianza o la estimación de sus patrones; por el contrario, es un camino que se le hace para acometer toda clase de faltas, seguro de no ser arrojado de allí. . . . Si se les niega [un adelanto] al día siguiente amanecen los peones de mala gana; hacen mal y por mal cabo sus trabajos, procuran hacer disimuladamente todo el daño que pueden en las herramientas y muebles del servicio, procuran en fin, ocasionar lo que se llama *atraso en una faena*".⁸⁸

Ante esto, algunos se planteaban y se plantean por qué no se producían revueltas de mayor envergadura, que pusieran en jaque la propiedad de los medios de producción minera. Los empresarios intentaban explicarlo por el carácter pacífico de los obreros. Pensamos, sin embargo, que su lucha estaba presente, pero consistía principalmente en mantener libre su fuerza de trabajo de la dictadura del capital,

85. El Copiapino, 26 de febrero de 1848. Editorial.

86. *Ibid.*

87. Archivo Ministerio Interior, Sociedad de Minería, "Proyecto de Reglamento de Policía, para la Organización del Trabajo Minero", enviado al Ministerio del Interior en 1844, Vol. 44.

88. El Copiapino, 26 de febrero de 1848. Editorial.

abriéndose espacios propios a su campo de acción. Esta lucha era también dura, e imponía sus propias condiciones.

Por su parte, los capitalistas mineros decidieron afrontar por sí mismos la solución del problema social minero, y lo hicieron apuntando hacia un factor estructural: la escasez de mano de obra en relación a las necesidades del capital: "Todo tipo de medidas se han implementado para detener el robo y el delito, pero siempre han sido ineficaces. . . . La tenacidad del mal se debe a la escasez de brazos". Sin embargo, el problema no era básicamente cuantitativo, sino cualitativo: estaba relacionado con la lucha por imponer la legalidad del capital: "No serán sacrificados con forzosos adelantamientos los empresarios, porque encontrarán otros trabajadores sin esas exigencias".⁸⁹

Con vistas a este objetivo, los capitalistas mineros buscaron una solución en el fomento a la inmigración. Para ello crearon la Comisión de Minería a fines del año 1848, una agencia de inmigración destinada a promover la venida a Copiapó de jornaleros del centro y sur del país, que efectuaría "enganches" de jóvenes peones en diversas localidades.⁹⁰ Esta medida se vio apoyada por un aumento de la inmigración argentina en 1848, y por el arribo de seiscientos trabajadores para la construcción del ferrocarril de Copiapó en los años siguientes.⁹¹

Una segunda solución vendría del lado de la técnica: la progresiva sustitución del apiro por malacates y pique-tornos, y la puesta en marcha de máquinas de vapor en las minas principales. Pero el triunfo final del capital sólo vendrá cuando la estructura global encuentre, finalmente, su "equilibrio" capitalista.

He aquí una parte del fenómeno e itinerario de la dependencia histórica del naciente capital minero chileno respecto del sector obrero; una parte de la historia del enfrentamiento empresarial con sus propias contradicciones, mientras la estructura global no estaba aún "natural" o "políticamente" dispuesta en su camino. Pero la resolución de dichas contradicciones ya se había puesto en marcha. Sólo un par de décadas más podrían gozar los trabajadores de esa relativa "libertad" en el manejo de las relaciones de trabajo: pronto debieron someterse sin más a las reglas del juego del capital y a la pérdida de su libertad en el "cambio de signo" de la oferta y la demanda social. Fue cuando por todas partes se completó la tarea de su despojo.

89. *Ibíd.*, 29 de febrero de 1848. Editorial.

90. "En la semana pasada ha partido de este departamento una gran caravana de hombres enganchados para las minas de Copiapó o el Huasco, cuyo suceso sentimos, pues nuestra agricultura e industria en general, sufrirán perjuicios muy graves con la carencia de brazos que la impulsaban". *El Mercurio*, 7 de enero, correspondencia de Putaendo.

91. *El Copiapino*, 5 de diciembre de 1848. Editorial.

La caldera del desierto

Los trabajadores del guano y los inicios de la cuestión social

Julio Pinto Vallejos
Universidad de Santiago

La minería decimonónica ha sido asociada a menudo con el enfrentamiento social, así como con los primeros atisbos de acción obrera organizada. Esto ha sido más común para el caso de la industria salitrera, pero también se ha extendido a la minería del Norte Chico o del carbón. Cual más cual menos, todas estas formaciones sociales parecen haberse destacado en el contexto nacional por su propensión a la efervescencia, y por la falta de mecanismos capaces de cohesionar armónicamente a los grupos que las conformaban. En alguna medida, vendrían a ser experiencias precursoras de los grandes problemas del siglo xx, verdaderos umbrales por donde se habría verificado la transición de una sociedad "tradicional" a otra "moderna".

Aunque bastante difundida, esta interpretación no ha recibido mucha fundamentación empírica. Sólo últimamente han aparecido trabajos empeñados en suplir esta carencia con realidades específicas, reveladoras de la compleja realidad que se vivía en los campamentos mineros.¹ Al mismo tiempo, sin embargo, se ha cuestionado dicho enfoque a través de planteamientos según los cuales la verdadera cuna del movimiento obrero organizado no estaría en el mundo minero, sino en las grandes ciudades de la zona central.² La apertura del debate hace aun más imperioso intensificar la búsqueda.

Este trabajo pretende aportar a dicha tarea desde la perspectiva de un espacio y una experiencia virtualmente ignorados hasta la fecha: la minería del guano. La elección no es, en todo caso, arbitraria. Es verdad que la historia de los trabajadores del guano no tuvo tanta proyección posterior como la de los calicheros. Sin embargo, ambas comparten una serie de rasgos que no dejan de ser sugerentes, y que se abordarán en el transcurso de este trabajo. Más aún: la sociedad guanera precedió significativamente a la salitrera en materia de expresiones concretas de acción obrera organizada, especialmente huelgas. A juzgar por los antecedentes que se entregan más adelante, incluso no sería aventurado postularla como directamente precursora en tal sentido.

Por otra parte, la historia social del guano se centró en un área reducida y muy bien delimitada. Abarcó también sólo unos pocos años: en el caso de la provincia de Tarapacá, básicamente las décadas de 1870 y 1880. En ambos sentidos, su estudio se

1. María Angélica Illanes, "Disciplinamiento de la mano de obra minera en una formación social en transición, Chile 1840-1850", *Nueva Historia* (Londres) 12 (1984); A. Lawrence Stickell, "Migration and Mining: Labor in Northern Chile in the Nitrate Era, 1880-1930" (Tesis doctoral inédita, Indiana University, 1979); Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios* (Santiago, 1985), capítulo 2, sección 3; Luis Ortega, "La industria del carbón de Chile entre 1840 y 1880", *Cuadernos de Humanidades* 1 (1988); Pierre Vayssiére, *Un siècle de capitalisme minier au Chili, 1830-1930* (Paris, 1980), capítulos 4 y 9.

2. Peter De Shazo, *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1927* (Madison, 1983).

hace más manejable que, por ejemplo, el del ciclo salitrero en su conjunto. En otras palabras, a través de ella puede abordarse analógicamente el problema general de la correlación entre sociedad minera y efervescencia trabajadora. Así, aunque la verdadera representatividad de un caso tan particular pueda ser cuestionado, éste ofrece a lo menos la posibilidad de señalar derroteros fructíferos para la investigación futura.

En concreto, este trabajo pretende caracterizar la experiencia vivida por aquellos trabajadores que fueron atraídos a las guaneras de Tarapacá después de la Guerra del Pacífico, y a partir de ello intentar una explicación de la precocidad e intensidad que allí adquirieron diferentes expresiones de protesta social. Entre éstas, se hará especial hincapié en las más "modernas", como las huelgas, y en la relación que ellas pudieron tener con un contexto social también mucho más "moderno" que el que se conocía en otras partes del país. Dicha correlación podría a la vez sugerir hipótesis interesantes respecto de la posterior conducta de los obreros del salitre. Sin embargo, se verá que subsisten en el mundo del guano ciertos elementos todavía tradicionales, o de modernización incipiente, que aparentemente limitaron el alcance que tuvo allí la protesta obrera. En suma, se postulará a los guaneros como una especie de estación intermedia en el surgimiento de las expresiones de acción obrera que han sido propias de nuestro siglo.

El difícil mundo de las covaderas

El guano, como se sabe, es un abono fósil depositado a lo largo de milenios por las aves marinas en las regiones costeras del desierto de Atacama, así como en islas e islotes del Pacífico Sur. Puede encontrarse en depósitos subterráneos de diversa profundidad, conocidos como *covaderas*, o como una capa superficial que recubre rocas y promontorios; por lo general, sólo los primeros fueron objeto de explotación comercial. Esta se inició durante la década de 1840, cuando los avances de la agricultura europea requirieron de fertilizantes en una escala e intensidad sin precedentes. Sobre esa base, y centrada su explotación en las covaderas de las islas Chíncha, el guano alimentó una era legendaria y febril de la historia del Perú, cuyos resultados finales, sin embargo, tuvieron más de frustración que de éxito.

En Tarapacá, las covaderas explotadas durante el período considerado por este trabajo fueron solamente tres: Pabellón de Pica, Punta de Lobos y Huanillos. Aunque relativamente cercanas unas de otras, en su conjunto distaban más de cien kilómetros de Iquique, el centro poblado más inmediato. Descontando a los propios habitantes de las covaderas, sólo frecuentaban aquellos páramos algunos cateadores en busca de plata y oro, los que ocasionalmente establecían explotaciones en muy pequeña escala. Completamente aislados en medio del desierto costero, rodeados sólo de "guano, roca y arenas",³ los trabajadores de las covaderas debieron desenvolverse en un mundo físicamente abrumador y de muy difícil escapatoria.

A lo largo de su historia, la extracción del guano mantuvo una fisonomía notablemente arcaica, con niveles mínimos de mecanización y sistemas de producción muy rudimentarios. En pleno auge del ciclo guanero peruano, en las grandes covaderas de las islas Chíncha, todo el trabajo se realizaba sin más ayuda que la otorgada por palas, picotas y carretillas. El material extraído se transportaba hasta la orilla en las espaldas de los trabajadores, aunque hacia la década de 1850 se introdujeron pequeños carritos montados sobre rieles para facilitar la operación. Como se carecía absolutamente de instalaciones para el embarque, el guano se arrojaba desde el acantilado a las bodegas de los barcos por medio de grandes "mangueras" de lona, o era conducido en botes a remo. Naturalmente, un procedimiento tan engorroso debía generar problemas

3. Inspector general de guaneras a jefe político de Tarapacá, 20 de julio de 1882; Archivo Intendencia de Tarapacá (en adelante AIT), Vol. 33.



PLANO DE LAS ISLAS DE CHINCHA (Pl. LX)
De: Mariano F. Paz-Soldán, *Atlas Geográfico del Perú*
(París, 1865), s/folio



VISTA DE LAS ISLAS DE CHINCHA (Pl. LX)
De: Mariano F. Paz-Soldán, *Atlas Geográfico del Perú*
(París, 1865) s/folio

serios para la eficiencia y expedición de los embarques, produciendo aglomeraciones de hasta ciento sesenta barcos a la vez. Con todo, la situación se mantuvo inalterada hasta el ocaso del ciclo guanero en la década de 1870, salvo por la habilitación de plataformas de carga en 1868. Paradójicamente, las fortunas del Perú descansaron durante cuarenta años sobre tan precaria base.⁴

Lo dicho permite comprender mejor la importancia que tuvo para la industria guanera el desempeño individual de sus trabajadores. De su destreza, fuerza y resistencia física dependió, a la postre, todo el resultado de este importante negocio. Por tal razón, el suministro y administración de la fuerza de trabajo se constituyó desde un comienzo en preocupación fundamental del Estado peruano, propietario único de las covaderas. El mecanismo mediante el cual éste atendió dicha necesidad fue el de la servidumbre china, desarrollada en forma masiva y sistemática desde la década de 1850. Gracias a ella, las islas Chincha dispusieron de trabajadores abundantes, obedientes e irremediamente obligados a soportar las duras condiciones imperantes,⁵ en cuyo dramatismo coinciden todos los testimonios.

Lo primero que impactaba al visitante de las islas Chincha era la tarea abrumadora que se imponía al obrero chino, ya fuese excavando, transportando o ensacando guano. Las estimaciones realizadas fluctúan entre tres y cinco toneladas diarias por persona, con un promedio equivalente a unas ochenta carretilladas. Con sus fuerzas disminuidas por la enfermedad, la mala alimentación y el calor agobiante de las islas, los operarios se veían en duros aprietos para enterar la cuota. La falta de cumplimiento, sin embargo, acarrea cruels castigos físicos, entre los cuales figuraban los azotes, la exposición a los rayos del sol y la inmersión. Enfrentados a un infierno difícil de prever, muchos optaron por refugiarse en el opio, y otros más permanentemente en el suicidio. Por mucho que la mano de obra fuese el factor clave para el funcionamiento de las guaneras, o tal vez precisamente por ello, el trabajador chino se vio enfrentado a condiciones durísimas de vida y trabajo. Como se los traía virtualmente a la fuerza, no hacía falta esmerarse por mantener un entorno atractivo.⁶

Es verdad que a cambio de todo lo anterior se ofrecía una remuneración monetaria, único impedimento conceptual para asimilar esta forma de trabajo derechamente a la esclavitud. Dicho salario, sin embargo, era muy exiguo: unos ocho pesos de plata al mes más una ración diaria de dos libras de arroz y media de carne. Por lo demás, la mayor parte de lo ganado se destinaba al pago del pasaje desde China, deuda que muy pocos sobrevivían lo suficiente para cancelar. En comparación, los obreros no obligados, a los que se asignaban las tareas más complejas o delicadas, podían reunir, hacia fines de la década de 1850, unos cuarenta pesos mensuales. Mientras duró el auge de las islas Chincha, sin embargo, este grupo fue siempre una minoría ínfima.⁷

Las covaderas de Tarapacá se comenzaron a explotar cuando el ciclo guanero entraba ya en su fase descendente, aquejado por el agotamiento de los depósitos y la competencia del salitre. De hecho, la década crítica de 1870 fue precisamente la de mayor actividad para Pabellón de Pica, Huanillos y Punta de Lobos. "Por aquella

4. Sobre el ciclo guanero peruano, véase Heraclio Bonilla, *Guano y burguesía en el Perú* (Lima, 1974, 1984); y William M. Mathew, *The House of Gibbs and the Peruvian Guano Monopoly* (Londres, 1981). Sobre las condiciones de trabajo en las islas Chincha, W. M. Mathew, "A Primitive Export Sector: Guano Production in Mid-Nineteenth Century Peru", *Journal of Latin American Studies* (en adelante JLAS) 9, no. 1 (mayo de 1977).

5. Watt Stewart, *La servidumbre china en el Perú* (edición original: Duke University Press, 1951; traducción al castellano: Lima, 1976).

6. Stewart, 86-88; Mathew, "A Primitive Export Sector . . .", 44-48.

7. Stewart, 87; Mathew, "A Primitive Export Sector . . .", 47-48.

época —recordaban nostálgicamente los minoristas de Huanillos algún tiempo después—, se contaban en la Bahía hasta sesenta buques y se embarcaban de dos mil toneladas para arriba; el número de trabajadores no bajaba de mil y hoy no exceden de trescientos cincuenta; los sueldos eran más subidos; y los buques por este tiempo no han excedido de dieciocho”.⁸

No obstante lo anterior, la organización y equipamiento de las faenas no varió gran cosa respecto de las islas Chinchá. Colaboró seguramente en tal sentido la simplicidad técnica de la producción del guano, que no requería de mayor procesamiento que la remoción manual de algunas impurezas. Así, los pocos adelantos verificados se concentraron en las etapas de conducción y embarque, donde la lentitud podía acarrear costos más elevados. Lo más probable fue sin duda la construcción de rieles para acarrear el material hasta la playa, y plataformas de embarque para permitir la carga directa de los buques. Estas instalaciones fueron destruidas durante los primeros meses de la Guerra del Pacífico, pero se las repuso rápidamente una vez que Tarapacá fue ocupada por las fuerzas chilenas.⁹

Ya bajo administración chilena, las caletas guaneras fueron dotadas de romanas, rejas de hierro para eliminar piedras y laboratorios de ensaye. En todos estos “adelantos”, sin embargo, lo que se perseguía no era, evidentemente, incrementar la productividad, sino reforzar el control fiscal sobre el peso y calidad de los embarques. En la post-guerra del Pacífico el guano se mantuvo como monopolio estatal, aun cuando su extracción y comercialización estuvieron en manos de contratistas y consignatarios particulares. Por ese motivo, las mejoras se diseñaron a una lógica más bien “política” que económica. En lo esencial, la industria guanera siguió a merced de la dedicación y esfuerzo físico de sus trabajadores.¹⁰

Pese a ello, el régimen laboral de Tarapacá difirió mucho del de las islas Chinchá. Lo más importante a este respecto fue sin duda la desaparición del trabajo forzado, inducida inicialmente por el cese del tráfico de “culies” de comienzos de la década de 1870.¹¹ Es verdad que muchos obreros chinos permanecieron en las guaneras, y que su condición, de acuerdo a una descripción de 1875, no había mejorado mucho respecto de la de sus predecesores:

Puedo decir qué tristísima es su suerte en estos lugares lúgubres. Aparte de que los hacen trabajar casi a muerte, no tienen suficientes alimentos, ni agua medianamente potable. Dos libras de arroz y media de carne son toda su ración, servida generalmente entre las diez y las once de la mañana, cuando ya han trabajado seis horas. Cada hombre tiene como obligación extraer entre cuatro y cinco toneladas de guano al día. En el último trimestre de 1875, se sabe que 355 chinos trabajaban en Pabellón de Pica solamente, de los cuales por lo menos 98 están en el hospital. Padecen en general de inflamación en las piernas, debido, posiblemente, al agua tibia y estancada que toman y a la falta de verduras. Los síntomas de esta enfermedad se parecen a los del escorbuto o de la púrpura.¹²

8. Comerciantes y propietarios de Huanillos a jefe político, 24 de agosto de 1883, AIT, Vol. 45. Algo parecido señalaba en 1881 el teniente de aduanas de Pabellón de Pica, aludiendo a más de mil operarios empleados por la Empresa y cien buques que estaban cargando en la bahía; teniente de aduanas de Pabellón de Pica a jefe político, 12 y 13 de julio de 1881, AIT, Vol. 2.

9. “Memoria del inspector de guaneras”, 20 de mayo de 1881, en Ministerio de Hacienda, Memoria (en adelante MH), 1881.

10. “Memoria del inspector de guaneras”, 20 de mayo de 1882, MH (1882); “Memoria del inspector general de guaneras”, 1 de mayo de 1887, MH (1887), 284.

11. Stewart, capítulos 7-9.

12. FitzRoy Cole, *The Peruvians at Home* (Londres, 1877), 199; citado en Stewart, 87.

Cuando la Armada chilena bombardeó las covaderas en abril de 1879, estos mismos chinos se encargaron de demostrar las consecuencias de semejante trato:

Los chinos ocupados en la extracción del fertilizante completaron la obra [de destrucción] de la Escuadra, saqueando lo poco que quedaba en pie. Esa raza oprimida, sometida a una esclavitud infamante, contestaba al crimen de la esclavitud con el crimen del saqueo.¹³

No obstante lo anterior, un enganche de 180 chinos llegados a Huanillos desde el Callao en 1883 demuestra que ni siquiera la guerra rompió su asociación con el mundo del guano.¹⁴ Más significativo aún resulta el "entusiasmo" con que la comunidad china de Iquique pretendidamente recibió la reapertura de las guaneras en 1885, dirigiéndose a ellas en grandes cantidades.¹⁵ Sin embargo, el censo peruano de 1876 consignaba sólo 637 chinos en toda la provincia, lo que, comparado con una fuerza de trabajo guanero de varios miles, dejaría a aquéllos en una franca minoría.¹⁶ Para 1885 su número se había reducido a 538, mientras que la población de las guaneras alcanzaba a 1.580. Como para este tiempo los chinos ya se habían dispersado por toda la provincia, los que aún permanecían ligados al guano no deben haber pasado de 200.¹⁷

En cualquier caso, lo cierto es que las covaderas tarapaqueñas no dispusieron de una fuente segura de trabajadores, como la que aportaba en otro tiempo la servidumbre china. Los propios chinos que se mantuvieron en el sector lo hicieron desde una posición mucho más autónoma, sin las ataduras legales del período anterior. Así, lo que terminó por imponerse fue un régimen de libre contratación, cuyo principal mecanismo de atracción fue una remuneración monetaria. Considerando el aislamiento de las guaneras y los enormes sacrificios que implicaba la residencia en ellas, no quedaba otra alternativa. En Tarapacá, el trabajo guanero se definió desde un comienzo como esencialmente asalariado.

Durante la década de 1880, la remuneración que los trabajadores estimaban normal, al menos en el sentido de estar dispuestos a desplazarse por ella hasta las guaneras, era de dos pesos diarios.¹⁸ Comparado con los niveles vigentes en el resto del país, que ni siquiera en las ciudades llegaban fácilmente a un peso diario, esto resultaba bastante atractivo.¹⁹ En el marco provincial la diferencia no era tanta, puesto

13. Gonzalo Bulnes, *Guerra del Pacífico* (Valparaíso, 1911), Vol. I, 215-16.

14. *El Veintiuno de Mayo* (Iquique; en adelante VM), 20 de marzo de 1883; también se alude a estos trabajadores en las ediciones del 30 de enero y 11 de marzo de 1884.

15. VM, 25 de julio de 1885.

16. *Censo general de la República del Perú, formado en 1876* (Lima, 1878), citado en A. Lawrence Stickell, "Migration and Mining ..."

17. Oficina Central de Estadística, *Sexto Censo General de la República de Chile*, levantado el 26 de noviembre de 1885 (Valparaíso, 1889).

18. VM, 11 de mayo de 1883, 4 de agosto de 1885; subdelegado de Pabellón de Pica a jefe político, 8 de agosto de 1881, AIT, Vol. 2.

19. En su edición del 20 de enero de 1882, *El Veintiuno de Mayo* ubicaba los jornales urbanos en el sur entre los 70 y los 90 centavos. Para las minas de carbón, el Profesor Luis Ortega ha tenido la amabilidad de indicarme que en 1883 los jornales fluctuaban entre los 60 centavos y 1.40 pesos, de acuerdo al Anuario Estadístico de la República de Chile (1883), 496. En cuanto a los salarios rurales, Arnold J. Bauer (*Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930*, Cambridge, 1975, p. 156) los estima para 1881-1885 entre 25 y 35 centavos, mientras que mi alumna Jacqueline Oses, de la Universidad de Talca, ha llegado a la cifra de 20 a 25 centavos para los años 1879-1886, con base en el Archivo Judicial de Talca para esos años.

que dos pesos era el jornal promedio para un trabajador no calificado.²⁰ A pesar de ello, la apertura de las guaneras nunca dejó de estimular un *flujo considerable de migrantes* espontáneos desde el interior de la provincia, sobrepasando incluso la oferta de empleos.²¹

En términos generales, el sector no enfrentó durante el período grandes problemas de captación obrera. En los primeros años de la postguerra se nutrió fundamentalmente de soldados chilenos licenciados, para quienes la lejanía del hogar seguramente no significaba ya una ruptura tan dolorosa.²² Más adelante, las empresas cargadoras de guano organizaron sus propios enganches desde Valparaíso.²³ De cualquier forma, la prontitud y volumen de la respuesta indican que los salarios ofrecidos eran por lo menos inicialmente *percibidos como suficientes*.

Otra cosa era su valor real en una provincia donde todo debía ser comprado, y a un precio mucho más subido que en cualquier otro punto del país. Como se podrá apreciar más adelante, en esta brecha entre expectativa y realidad radicó el origen de muchos de los conflictos laborales del sector. La situación se tornaba aun más explosiva en virtud de la desvalorización sufrida por el peso durante el transcurso de la década, así como por el cuasi-monopolio que ejercían las pulperías mantenidas por las empresas guaneras. Al respecto, un subdelegado de Huanillos señalaba a fines de 1886 que un jornal de 1.30 pesos era insuficiente "en lugares donde la alimentación *solamente ... importaba 80 centavos, y donde hasta cierto punto se ... obligaba ... a surtir de los despachos relacionados con los intereses del mismo contratista, lo que constituye un recargo extraordinario de precio en los artículos de consumo y de tienda*".²⁴

Más o menos lo mismo protestaban los escasos comerciantes independientes que lograron sobrevivir en esos parajes, y que de hecho *formaron siempre la parte más estable de la población local*.²⁵ En casos extremos, el monopolio de las pulperías podía incluso servir de mecanismo disciplinario, como cuando se prohibía la venta de artículos básicos a trabajadores tildados de "rebeldes".²⁶ En esas condiciones, el atractivo de un salario nominalmente alto tenía que verse disminuido.

Un problema de naturaleza análoga era la no cancelación de los salarios en dinero efectivo, práctica por lo demás bastante difundida en la época. Un artículo de prensa fechado en agosto de 1885 describía claramente cómo funcionaba este sistema en las covaderas:

El jornal ... no lo recibe el trabajador en dinero. Se le da solamente una libreta, en la cual aparece cargado a su favor el valor correspondiente. Con esa libreta, por consiguiente, y no con moneda corriente, va a la pulpería a pedir su comida y cuanto necesita. Como

20. Cifras extraídas personalmente del Archivo Intendencia de Tarapacá.

21. Véase, por ejemplo, VM, 24 de diciembre de 1882 y 11 de enero de 1883.

22. Comerciantes y propietarios de Huanillos a jefe político, 24 de agosto de 1883, AIT, Vol. 45; jefe político a ministro del Interior, 7 de enero de 1884, AIT, Vol. 34; VM, 10 de febrero de 1884.

23. Algunos ejemplos en VM, 24 de diciembre de 1882 y 21 de julio de 1885.

24. Subdelegado de Huanillos a intendente, 16 de noviembre de 1886, AIT, Vol. 91.

25. VM, 19 de agosto de 1883; teniente de aduanas de Pabellón de Pica a jefe político, 12 y 13 de agosto de 1881, AIT, Vol. 2; inspector general de guaneras a jefe político, 5 de octubre de 1883, AIT, Vol. 33; comerciantes y propietarios de Huanillos a jefe político, 24 de agosto de 1883, AIT, Vol. 45.

26. Uno de estos casos es relatado por el subdelegado de Pabellón de Pica al intendente en 7 de noviembre de 1887, AIT, Vol. 37.

los artículos de consumo ordinario entre los trabajadores se hallan muy recargados en sus precios, resulta que fácilmente se cancela la libreta, igualándose el importe de lo pedido por el peón con la suma cargada a su abono. De esta manera queda el trabajador sin ninguna economía y sin tocar con sus manos su salario, y así pasa también todo entero su sueldo a poder de la pulpería.²⁷

Un informe emitido dos años después por un subdelegado de Pabellón de Pica revela que tampoco se desconoció en las guaneras el pago en fichas y vales.²⁸

Todos estos testimonios sugieren que el consumo obrero era controlado en forma absoluta por los empleadores, lo que naturalmente permite poner en duda la verdadera vigencia de relaciones de tipo salarial. De hecho, el sistema de pulperías y fichas ha sido calificado más de una vez como una forma solapada de coacción pre-capitalista, no muy distante, en su esencia, de los "convenios" a plazo prolongado bajo los cuales laboraban los culíes chinos. En realidad, el aislamiento y la falta de alternativas ocupacionales inmediatas hacía hasta cierto punto innecesario en las guaneras recurrir a las fichas con fines de sujeción laboral. Y ello especialmente cuando la totalidad de la faena extractiva estaba encomendada, como siempre lo estuvo, a una sola compañía.

Para facilitar el control y la organización de los embarques, el Estado chileno optó consistentemente por contratar a una sola empresa cargadora, a la que se dejaba en libertad de dirigir los trabajos más o menos a discreción.²⁹ En consecuencia, el obrero de las guaneras se hallaba virtualmente obligado a mantener una relación no hostil con su empleador. En un lugar donde todo debía comprarse, el despido por lo general eliminaba toda posibilidad de supervivencia. Por esa razón, el exclusivismo de la pulpería empresarial no necesitaba ejercerse en forma absoluta, permitiéndose por el contrario la existencia de una franja de minoristas autónomos que, irónicamente, era la más asidua en denunciar el monopolio.³⁰

El poder de las compañías cargadoras también se manifestó de otras maneras. Siempre en el terreno salarial, no era extraño que, una vez llegados los peones al lugar de trabajo, se rebajase arbitrariamente la suma pactada, especialmente cuando las violentas fluctuaciones del comercio guanero deterioraban las expectativas empresariales. Cumplido ya el propósito de atraer a la mano de obra, los empleadores suponían seguramente que el costo de volver atrás con las manos vacías contrarrestaría al de conformarse con un sueldo más bajo. De hecho, la falta de medios con que solventar el pasaje de regreso a Iquique —sin mencionar el de Iquique al sur— implicaba, en caso de disconformidad, emprender una caminata de más de cien kilómetros a pleno desierto. Una descripción contemporánea ayuda a visualizar el verdadero significado de una decisión semejante:

[El trabajador] no podía permanecer en estos lugares porque el jornal que se le pagaba no bastaba a llenar sus necesidades, ni tampoco podía trasladarse por mar a otros porque carecía de recursos para pagar su pasaje. Sólo quedaba pues a estos infelices un desesperado recurso que tocar, y ése fue el que adoptaron en fuerza de su misma situación. Se fueron, salieron de aquí a pie y de cualquier manera, sin cuidar siquiera de llevar víveres, y en muchos casos ni siquiera el agua necesaria para apagar la sed en sus largas y ardientes travesías. Pero si los hombres resolvieron afrontar estas penalidades

27. VM, 13 de agosto de 1885.

28. Subdelegado de Pabellón de Pica a intendente, 31 de marzo de 1887, AIT, Vol. 37.

29. En los "Documentos sobre la negociación del guano" adjuntados a la *Memoria de Hacienda de 1886* se transcribe uno de estos contratos, suscrito con Miguel E. Morel en 19 de junio de 1885.

30. Véase nota 24.

y peligros, no quisieron, sin embargo, imponérselas a sus familias; y de aquí es que muchas mujeres y niños quedaron abandonados y sin recursos en estos lugares, donde la caridad pública no puede casi existir.³¹

En tales circunstancias, el contratista de turno podía fácilmente convertirse en la fuerza rectora de la vida local, dueña de la riqueza y la vida. Formalmente, como se ha dicho, el verdadero propietario de las guaneras era el Estado chileno. En la práctica, sin embargo, la presencia estatal se reducía a unos cuantos funcionarios administrativos, de aduanas, y de la Inspección General de Guaneras, organismo este último creado en 1880 para velar por los intereses fiscales.³² Después de 1886, los empleados de la Inspección pasaron también a desempeñar las funciones aduaneras, con lo que la representación propiamente económica del Estado quedó en manos de sólo siete personas.³³ Naturalmente, no era mucho lo que éstas podían hacer frente a una entidad que controlaba todos los ritmos básicos de la localidad, por mucho que los contratos suscritos las facultaran para designar los puntos de explotación, supervisar la forma en que ésta se realizara y, lo más significativo, "impedir... que se efectúen trabajos en que se comprometa la seguridad de los trabajadores".³⁴

En justicia, debe reconocerse que las relaciones entre contratistas y agentes fiscales no estuvieron exentas de roces. Desde luego, una parte de las denuncias sobre abusos y arbitrariedades empresariales provino de subdelegados o inspectores generales de guaneras. En el caso de estos últimos, el propio ejercicio de sus funciones solía llevarlos a enfrentamientos más o menos serios, motivados por naturales diferencias de intereses. En palabras de Ramón Cavada, inspector general de guaneras en 1882:

En diversas ocasiones la empresa de carguío ha formulado serias protestas y cargos contra esta Inspección, ya fuera por medidas tomadas por ella para garantizar los intereses fiscales, ya por órdenes que fueron mal interpretadas. En uno y otro caso, ellos mismos se han desmentido, según consta de los documentos llevados al Ministerio.³⁵

En otras oportunidades, la dignidad de las autoridades locales se sentía violentada por el desparpajo con que los contratistas ostentaban su autonomía. Así, en marzo de 1884 se comunicaba a Iquique que el agente de la compañía se había permitido invitar a unos oficiales de la Armada británica a visitar las instalaciones sin consultar con nadie.³⁶ Pocos meses antes, en el marco de un conflicto por rescisión de contrato, la misma empresa había intentado embarcar una serie de maquinarias y herramientas de propiedad fiscal.³⁷ Nada de esto, desde luego, ayudaba a la armonía entre los poderes que regían las guaneras.

No obstante, los roces raras veces involucraron al régimen interior de los campamentos, o a las relaciones sociales que en ellos imperaban. En esos aspectos, las

31. Inspector general de guaneras a intendente, 16 de noviembre de 1886, AIT, Vol. 91.

32. "Memoria del inspector de guaneras", 1 de mayo de 1881, en MH (1881).

33. "Memoria del inspector de guaneras", 26 de mayo de 1886, en MH (1886).

34. "Documentos sobre la negociación del guano", p. 13, en MH (1886); también se alude a lo mismo en la "Memoria del inspector de guaneras" de mayo de 1881, MH (1881), 2-3; y en el Reglamento de la Inspección General de Guaneras, publicado en el VM de 15 de abril de 1883.

35. "Memoria del inspector de guaneras", 20 de mayo de 1882, en MH (1882).

36. Jefe político a ministro de Hacienda, 28 de marzo de 1884, AIT, Vol. 34.

37. En realidad, esto sucedió al menos en dos oportunidades distintas: VM, 3 de diciembre de 1880 y jefe político a ministro de Hacienda, 20 de noviembre de 1883, AIT, Vol. 34.

compañías cargadoras fueron virtualmente soberanas. Un buen ejemplo lo constituye la permanente renuencia estatal a preocuparse directamente de la conservación del orden público, situación que naturalmente provocó una profunda inquietud empresarial. En más de una oportunidad, los administradores apostados en las guaneras exigieron del gobierno un adecuado resguardo policial, cosa a que por lo demás se había éste comprometido formalmente en un decreto de 6 de agosto de 1882.³⁸ Ante la falta de respuesta, en general debieron financiar de su propio bolsillo a la policía.

Amparado en esta circunstancia, a comienzos de 1883 un gerente creyó oportuno exigir que aquel servicio se recompensara con la facultad de nombrar a las autoridades locales de entre su propio personal administrativo. Lo más singular de este episodio fue la naturalidad con que el inspector general de guaneras, el mismo Ramón Cavada cuyas desavenencias con los contratistas se consignaron más arriba, acogió la petición.

... al acceder a lo solicitado por el Señor Gerente tendríamos las ventajas siguientes: 1^a Da al Fisco, en el tiempo que durará el contrato, una economía de 36 mil pesos, porque se necesitarán en los dos depósitos, como *mínimum*, dieciocho policiales ... y la 2^a, de una utilidad tan positiva como la primera, y es el respeto del trabajador al administrador, respeto que se traduciría por mayor orden y más asistencia al trabajo.³⁹

Muy celoso en la defensa de las finanzas estatales, Cavada evidentemente no lo era tanto en lo que tocaba al ejercicio de la autoridad local. Como se verá en la segunda parte de este trabajo, fue sólo ante la gravedad adquirida por las manifestaciones obreras que el Estado se decidió a dotar a las guaneras de un cuerpo de policía. Incluso entonces, éste no dependió de las instancias administrativas regulares, sino directamente del Ministerio de Hacienda.

Así, el verdadero centro de poder que debió enfrentar el peón guanero no fue el Estado, sino su propio empleador. Alejado de cualquier influencia moderadora, no era difícil para éste incurrir en conductas arbitrarias y despóticas, incluyendo persecuciones y castigos.⁴⁰ Al mezclarse las jerarquías laboral y del poder, el resultado solía ser problemático. Además, los dos contratistas que dirigieron las faenas entre 1880 y 1884 fueron británicos, como lo era todo su personal administrativo.⁴¹ De ese modo, la distancia social se veía reforzada por la falta de comunicación cultural. Es verdad que esta circunstancia varió con el advenimiento de Miguel Morel al contrato de carguio entre 1885 y 1890, pues tanto él como sus administradores fueron chilenos.⁴² No por ello, sin embargo, cesaron las tensiones.

38. Algunos ejemplos en AIT, Vol. 2, subdelegado civil de Pabellón de Pica a jefe político, 15 de diciembre de 1880, 8 de agosto de 1881; Vol. 33, inspector general de guaneras a jefe político, 3 de enero de 1883, 8 de octubre de 1883; Vol. 34, jefe político a ministro de Hacienda, 1 de febrero de 1883.

39. Inspector general de guaneras a jefe político, 3 de enero de 1883, AIT, Vol. 33.

40. VM, 3 de diciembre de 1880.

41. Las fuentes no identifican explícitamente a la primera de las compañías que ejerció esta función, entre 1880 y 1882. Sin embargo, sabemos que su administrador general en las covaderas era el británico Gerald Hanson; G. Hanson a jefe político, 14 de febrero de 1881, AIT, Vol. 16. Entre 1883 y 1884 el contratista fue William F. Houstons, siendo uno de sus subalternos un tal Thompson, "antiguo empleado de J. T. North", VM, 22 de abril y 21 de junio de 1883; MH (1883), xciv-xcv.

42. MH (1886), "Documentos sobre la negociación del guano", 11-15. Uno de estos administradores fue Waldo Aguayo, destituido luego de un motín obrero; véase pp. 28-29.

Una última circunstancia a tener presente para comprender el difícil mundo del guano tarapaqueño, es su tremenda inestabilidad. Condenado a las vicisitudes de una decadencia que a la postre se reveló irreversible y final, el comercio del guano no satisfizo las expectativas que inicialmente abrigó el gobierno chileno.⁴³ De hecho, dos de las tres grandes covaderas no sobrevivieron a la década de 1880. La tercera, Huanillos, sólo permitió una explotación muy reducida durante la década siguiente.⁴⁴ Para Chile, la era del guano se reveló sumamente efímera.

Por otra parte, una serie de complicaciones comerciales y diplomáticas hicieron de la explotación del guano un proceso muy irregular. Entregado desde un comienzo a la gestión de grandes firmas comerciales europeas, el comercio guanero estuvo siempre a merced de los vaivenes del mercado de ese continente. Para dificultar más las cosas, a fines de la década de 1860 la administración peruana de José Balta hipotecó todas las covaderas de ese país a un importante consorcio de prestamistas británicos. Al pasar Tarapacá a manos chilenas esa deuda permanecía impaga, con lo que la explotación de las guaneras se vio persistentemente entrabada por las reclamaciones de los acreedores. Sólo en enero de 1890 se logró un acuerdo para el reparto de las entradas, pero para ese entonces la era del guano tocaba prácticamente a su fin. Así, las empresas que contrataron con el Estado chileno no tuvieron ni la tranquilidad ni la perspectiva suficiente para organizar debidamente sus actividades. En tales circunstancias, lo único que contaba era obtener ganancias rápidas, sin importar las consecuencias.⁴⁵

Fruto de las condiciones esbozadas, entre 1880 y 1890 se sucedieron cuatro diferentes contratos de venta o consignación, todos ellos interrumpidos por períodos más o menos prolongados de paralización. La situación puede apreciarse más precisa y dramáticamente a través del siguiente cuadro:

Embarques de guano desde Tarapacá, 1880-1890

Año	Kilogramos	Índice	Barcos
1880	13.672.066	100	10
1881	70.759.472	517	55
1882	49.613.989	362	32
1883	100.080.859	732	s/i
1884	—	—	—
1885	6.787.712	49	6
1886	70.632.862	516	48
1887	8.701.065	63	7
1888	35.609.878	260	28
1889	44.525.241	365	36
1890	35.819.184	261	25

Fuente: Chile, Ministerio de Hacienda, *Memorias* (1881-1892). (El cálculo de índices, que pone en especial evidencia lo caótico del comercio guanero, se debe a una sugerencia del profesor Pierre Vayssiére).

43. Así lo expresaba claramente el ministro de Hacienda en su *Memoria* de 1886: "Los datos... demuestran que quedan reducidas a términos muy modestos las grandes expectativas que en otro tiempo se fundaban en la producción de las covaderas. ... La competencia sostenida por los abonos artificiales, que se producen en grandes cantidades, y el bajo precio del sulfato de amoníaco, dan lugar a que se deprima el precio del guano y a que su colocación sea en cantidad menor cada día"; MH (1886), LXXIII.

44. Ministerio de Hacienda, *Memorias* (1889-1892).

45. Para la historia del comercio del guano, véase Bonilla, *op. cit.*; Mathew, *The House of Gibbs ...*; Rory Miller, "The Making of the Grace Contract: British Bondholders and the Peruvian Government, 1885-1890", JLAS 8, no. 1 (mayo de 1976).

Para la clase trabajadora, cada una de estas fluctuaciones se tradujo en marcadas alternativas de frustración o esperanza. Cuando los contratistas ofrecían sueldos atractivos, "muchos hombres con familia que quizá nunca habían abandonado sus hogares donde siempre se creían felices, lanzábanse a estos parajes, halagados con el aliciente de mejor remuneración por su trabajo. . . . Muchos de los soldados, licenciados ya, que formaron parte de las gloriosas legiones de la República . . . , empuñando nuevamente la herramienta, vinieron aquí en busca del pan que proporciona el honrado trabajo".⁴⁶ Refiriéndose a Iquique, una crónica periodística de julio de 1885 decía: "Mucho entusiasmo se nota entre la gente del pueblo, especialmente entre los hijos del Imperio Celeste, por trasladarse a las guaneras, donde esperan sanar del mal de la pobreza y estirar el género de sus bolsillos".⁴⁷

Igualmente profundo, sin embargo, era el estado de destitución en que se sumían estos mismos entusiastas ante el cierre de las faenas. Recurriendo nuevamente a una descripción contemporánea:

Hay actualmente en Pabellón, como había en Huanillos, 50 o más familias que no saben qué hacerse, careciendo de las cosas más indispensables para la conservación de la vida. El agua se vende sumamente cara (a cinco centavos galón) y tiene que haber forzosamente para comprarla, pues sin ella no se puede vivir. . . . en Pabellón sólo se ve al presente calles desiertas y casas desocupadas; hombres que esperan que la luna esté en plenitud para coger abundante pesca; mujeres que andan por la playa en busca de marisco, y niños que lloran por lo que quizá no es fácil darles.⁴⁸

Ciertamente, no era una recompensa digna para tantas ilusiones forjadas.

En virtud de lo anterior, no era extraño que la población guanera experimentara violentas oscilaciones. Así, entre mediados de 1884 y mediados de 1885 ascendió de 330 a 1.559 personas, para caer nuevamente por debajo de las 700 hacia fines de 1886.⁴⁹ En un momento de especial auge productivo, la sola fuerza laboral de Huanillos llegaba a 700, mientras que la de Pabellón de Pica se empinaba por sobre 400.⁵⁰ En cambio, durante, durante la paralización de principios de 1885 en esta última covadera sólo quedaban 100 personas, las cuales "esperaban con impaciencia los primeros días del mes entrante para saber si el Supremo Gobierno acepta las propuestas que se le presenten por las 400 mil toneladas de guano que ofrece vender".⁵¹ El término del contrato de venta suscrito en 1882 con la *Compagnie Commerciale et Financière du Pacifique* significó el traslado súbito de 600 obreros a Iquique, con consecuencias previsibles para la tranquilidad social de aquel puerto.⁵² Así, la transitoriedad y el desarraigo pasaban a ser un modo permanente de vida.

En suma, si bien las guaneras de Tarapacá nunca llegaron a igualar el infierno de las islas Chincha, la vida en ellas distó mucho de ser fácil. Enfrentando cualquier expectativa engendrada por el estímulo salarial, se erguía un paisaje inhóspito y un

46. VM, 10 de febrero de 1884.

47. VM, 25 de julio de 1885.

48. VM, 10 de febrero de 1884.

49. VM, 1 de julio de 1884; subdelegado de las guaneras a intendente, 7 de enero de 1886, AIT, Vol. 91; subdelegado de las guaneras a intendente, 18 de diciembre de 1886, AIT, Vol. 37.

50. VM, 24 de febrero de 1883.

51. VM, 31 de marzo de 1885.

52. VM, 5 de enero de 1884.

trabajo agotador. Se erguía también un ambiente social sometido en todas sus facetas a la autoridad suprema del empresario, sin mecanismos políticos o culturales que amortiguaran el roce. Se erguía, finalmente, una incertidumbre estructural que excluía toda posibilidad de echar raíces o pensar siquiera en el futuro. Ante todo eso, el obrero del guano podía transitar sólo dos caminos: el de la rebeldía, y el de la fuga.

La caldera del desierto

La primera y más generalizada reacción ante la dura realidad de las guaneras, documentada a lo largo de todo el período en estudio, fue la de refugiarse en el alcohol. Esto recrudecía en los días de pago, espaciados generalmente cada seis semanas.⁵³ En octubre de 1883, aprovechando el cuarto aniversario de la captura del *Huáscar*, los obreros recién pagados se declararon "en huelga completa . . . , bebiendo hasta las horas de la madrugada".⁵⁴ Dos años más tarde, un gerente de la compañía cargadora comentaba que "muchos de los trabajadores se presentaron completamente ebrios a recibir sus salarios, produciéndose como es natural muchas dificultades con ellos".⁵⁵

Naturalmente, bajo los efectos del alcohol no era fácil mantener la disciplina, sobre todo cuando muy pocos obreros tenían familias que pudiesen ejercer alguna influencia moderadora sobre ellos. Así, éstos se tomaban con mucha frecuencia "días de ocio y holgura que en ocasiones ponen en peligro el orden y seguridad pública".⁵⁶ Enfrentadas a masas obreras de difícil manejo, empresas contratistas y autoridades locales terminaron por hacer del orden social una obsesión.

En diciembre de 1882, el subdelegado e inspector de guaneras Ramón Cavada informaba que se hallaba en Huanillos con "cuatrocientos . . . individuos de trabajo y es imposible mantener el orden, entre esa gente, sin tener cómo hacerse respetar".⁵⁷ Más dramático aún era el testimonio de uno de sus antecesores, quien señalaba que los que se enviaban castigados a la barra solían ser liberados durante la noche por sus amigos, sin que nadie lo pudiese evitar.⁵⁸

La solución más obvia para esta situación era el envío de una fuerza permanente, como lo reiteraron en todos los tonos los agentes de las compañías cargadoras.⁵⁹ Sin embargo, durante mucho tiempo sólo se estimó necesario destacar algunos soldados para los días de pago, que como ya se dijo eran los momentos más críticos. Un subdelegado, Fabio Zañartu, opinaba incluso que esa "ostentación de fuerza delante del trabajador" podía ser contraproducente, y provocar precisamente los disturbios que se quería evitar.⁶⁰ Su sucesor Enrique Germain, sin embargo, afirmaría que "con dos soldados es casi imposible vigilar el orden, pues continuamente esos peones se

53. Sobre la frecuencia de los pagos, VM, 31 de julio de 1886.

54. Inspector general de guaneras a jefe político, 8 de octubre de 1883, AIT, Vol. 33.

55. Waldo Aguayo a intendente, 17 de diciembre de 1885, AIT, Vol. 18.

56. Subdelegado de Pabellón de Pica a jefe político, 15 de diciembre de 1880, AIT, Vol. 2.

57. Inspector general de guaneras a jefe político, 15 de diciembre de 1882, AIT, Vol. 33.

58. Subdelegado de Pabellón de Pica a jefe político, 25 de abril de 1881, AIT, Vol. 2.

59. Por ejemplo, en inspector general de guaneras a jefe político, 3 de enero y 8 de octubre de 1883, AIT, Vol. 33.

60. Waldo Aguayo a intendente, 17 de diciembre de 1885, AIT, Vol. 18.



VISTA DE IQUIQUE (Pl. LII)

De: Mariano F. Paz-Soldán, *Atlas Geográfico del Perú*
(París, 1865), s/folio

embriagan y se ponen como locos".⁶¹ En un contexto tan explosivo, hasta los patrones podían convertirse en promotores involuntarios del desorden:

... durante el incendio el Señor Administrador de la Empresa de Carguío hizo repartir una cantidad de vino y cerveza a los peones que trabajaban en apagar los escombros, lo que fue desaprobado por el que suscribe, resultando como era de esperarlo una Embriaguez completa en la peonada ... ocasionando naturalmente varios pleitos y desórdenes en diversos puntos de la población. ... Como era de esperarlo, encontrándose algunos sumamente ebrios acometieron con los soldados que estaban de servicio.⁶²

La turbulencia obrera también parecía acentuarse con la llegada de los enganches luego de algún periodo de paralización. Así, en febrero de 1888 el subdelegado de Pabellón de Pica informaba que "hoy hay mucha más necesidad de tropa que la que había antes, pues la Empresa Cargadora de Guano continuamente está trayendo enganches de trabajadores; y entre éstos vienen algunos pillos, rateros, etc."⁶³ Más inquietante aún era la migración espontánea que se generaba desde Iquique:

A pesar de las observaciones hechas por las autoridades del territorio, por la Empresa de carguío del guano y en varias ocasiones por este mismo diario, para que nuestros trabajadores y los de otros pueblos no vayan a Huanillos a buscar ocupación porque allí hay gente de más, siempre siguen aglomerándose en dicho puerto individuos procedentes de varios puntos, lo cual es inconveniente y peligroso no sólo para ellos sino también para los habitantes todos y para los intereses mismos del país.⁶⁴

Ante un peligro semejante, la solución propuesta era, una vez más, la formación de una fuerza policial o, en su defecto, una "guardia de honor" financiada por la propia empresa.

El permanente temor oficial y empresarial deja traslucir una propensión permanente del peonaje guanero al desafío y a la rebeldía social. Esto, sin embargo, no era automáticamente crítico para el orden establecido, al menos mientras se mantuviese en un terreno individual y espontáneo. El problema para las empresas guaneras, como también para las autoridades administrativas, fue que durante los años ochenta la situación sobrepasó en más de una oportunidad ese marco. En Tarapacá, los obreros del guano fueron prácticamente los primeros en organizar huelgas en el sentido moderno de la palabra.

El primer movimiento de este tipo que se ha detectado corresponde a los primeros días de febrero de 1883, a poco de haberse reiniciado las faenas de extracción. Sugerentemente, la huelga se desencadenó en vísperas de una inspección personal del ministro de Hacienda Pedro Lucio Cuadra, primer dignatario de esa jerarquía en visitar el territorio recientemente ocupado de Tarapacá. Según la prensa iquiqueña, el motivo esgrimido por los trabajadores fue "el pago y aumento de sus salarios", y su elemento

61. Subdelegado de Pabellón de Pica a intendente, 27 de mayo de 1887, AIT, Vol. 37. Algunos meses antes, el mismo funcionario daba cuenta de tres casos de locura provocados por el consumo de licor "sumamente adulterado. El principal licor que en general beben los trabajadores, es un anisado compuesto de ron de quemar con un poco de esencia de anís, lo que naturalmente les ocasiona un gran mal". Subdelegado de Pabellón de Pica a intendente, 28 de diciembre de 1886, AIT, Vol. 37.

62. Subdelegado de Pabellón de Pica a intendente, 8 de octubre de 1887, AIT, Vol. 136.

63. Subdelegado de Pabellón de Pica a intendente, 17 de febrero de 1888, AIT, Vol. 136.

64. VM, 11 de enero de 1883.

de presión, la amenaza de "destruir y quemar lo que se les ocurriera".⁶⁵ Como no quedara claro si lo exigido era simplemente el cumplimiento de lo ofrecido o un aumento sobre ello, el jefe político de la provincia telegrafió al subdelegado de Huanillos en los siguientes términos:

La empresa de carguío debe pagar a sus trabajadores según los compromisos que con ellos hubiese contraído. Los obreros no tienen razón si exigen que se les pague más salario que el convenido".⁶⁶

Como se verá en lo sucesivo, no era extraño que los contratistas ofrecieran durante los enganches salarios más altos de lo que en definitiva estaban dispuestos a pagar.

En cualquier caso, la autoridad resolvió el problema enviando a Huanillos la cañonera *Magallanes* con un oficial y veinticinco soldados del batallón San Fernando, que cubría a la sazón la guarnición de Tarapacá. Para el 4 de febrero, a tres días de iniciado el movimiento, el subdelegado podía informar a sus superiores que la covadera quedaba "en completa tranquilidad", aunque sin especificar los medios empleados para ese fin.

Como garantía de que la situación continuase así, se estableció en forma permanente una fuerza policial de dieciséis hombres, financiada directamente por el Ministerio de Hacienda. Según las apariencias, se necesitaba una huelga para que el gobierno central se decidiera a responder al antiguo clamor empresarial. Sea como fuere, cuando el ministro de Hacienda desembarcó en Huanillos el día 20, el jefe político de Tarapacá pudo recibirlo con la situación absolutamente bajo control.⁶⁷

No se mantuvo así por mucho tiempo. El 10 de mayo del mismo año 1883, el inspector general de guaneras José Zegers Recasens debió viajar precipitadamente de Iquique a Huanillos para conjurar un nuevo estallido huelguístico. Como la vez anterior, el motivo era salarial: aumento del jornal de 1.80 a 2.00 pesos diarios. Ahora, sin embargo, no hubo necesidad de recurrir al despliegue de fuerza, y aunque las fuentes no consignan el resultado específico del movimiento, Zegers informaba haberlo resuelto "completa y tranquilamente".⁶⁸

El mismo inspector general debió hacer frente, algunos meses más tarde, a expresiones menos "tranquilas" del malestar obrero. Según su propio testimonio, "el ... 24 de septiembre último, los trabajadores se declararon aquí en huelga, por no conformarse con una nueva tarea que se les imponía".⁶⁹ Aunque el informe aseguraba que todo se había arreglado "satisfactoriamente al otro día", una crónica de prensa del 29 daba cuenta de "graves desórdenes", provocados por la acción policial. Producto de ello, el sargento de la policía debía "vivir rodeado de armas y con su ojo abierto para no ser víctima de los bribones. ... Parece que la gente está resuelta a hacer diabluras".⁷⁰

65. VM, 2 de febrero de 1883.

66. Hasta la incorporación oficial de Tarapacá a la República de Chile en octubre de 1884, la denominación de la primera autoridad provincial fue la de "jefe político". Para la referencia, jefe político a subdelegado de Huanillos, 1 de febrero de 1883, AIT, Vol. 34.

67. Estos incidentes están relatados en VM 2, 4, 11, 14, 17, 18, 22 y 23 de febrero de 1883, más una referencia retrospectiva en 8 de diciembre de 1885. Véase también jefe político a ministro de Hacienda, 2 de febrero de 1883, y jefe político a inspector de guaneras, 14 de febrero de 1883, ambos en AIT, Vol. 34.

68. VM, 11 de mayo de 1883.

69. Inspector general de guaneras a jefe político, 4 de octubre de 1883, AIT, Vol. 33.

70. VM, 29 de septiembre de 1883.

Toda la efervescencia acumulada durante ese conflictivo año 1883 vino a hacer explosión a fines de diciembre en Pabellón de Pica. Para esa fecha, una desavenencia entre el gobierno central y la compañía francesa con que se había suscrito el contrato *guanero* vigente había desembocado en una nueva paralización de faenas.⁷¹ En consecuencia, en las covaderas pululaban los "ociosos".⁷² En ese clima, la muerte de un obrero a manos de un soldado de la policía desencadenó un motín generalizado que dejó a la localidad prácticamente a merced de los trabajadores. Las autoridades locales y una "guardia urbana" formada por "algunos vecinos" dificultosamente libraron al policía, Manuel Salcedo, de ser degollado. Como una forma de aplacar los ánimos, éste fue engrillado y colocado en el cepo. Esto no lo libró de ser maltratado por "una masa de hombres del pueblo" que asaltó el calabozo, aprovechando de paso rescatar a varios de sus compañeros presos por su participación en los incidentes. Hasta la llegada de refuerzos desde Huanillos, el "populacho se dedicó a recorrer el pueblo armado de corvos, emborrachándose y amenazando con incendiarlo todo".⁷³

De acuerdo a todos los informes oficiales, la persona que habría encabezado los incidentes, o por lo menos asumido su conducción una vez desatados, fue Balbino Alvarado, propietario de una cantina y a la sazón juez de distrito de Pabellón de Pica. Motivado supuestamente por su "odio eterno a la policía", Alvarado habría amenazado al inspector de distrito con que el pueblo "estaba pronto a estallar al menor grito suyo".⁷⁴ Más tarde, un periódico iquiqueño desestimó estos cargos, atribuyéndolos a una guerra privada entre "pequeñas autoridades".⁷⁵ No deja de ser sugerente, sin embargo, que se haya producido esta aparente colusión entre los peones guaneros y uno de esos comerciantes minoristas, chileno como ellos, de quienes surgían continuamente las denuncias contra las compañías cargadoras. Como para reforzar esta impresión, el inspector de guaneras avalaba plenamente la acusación: "Es aquí público que el juez de distrito Alvarado es el promotor del desorden".⁷⁶ Como en ocasiones anteriores, la última palabra provino de la primera autoridad provincial, representada esta vez por la cañonera *Pilcomayo* y quince soldados de línea.

Aunque en esta coyuntura el conflicto no involucró directamente a la empresa cargadora, ésta aprovechó de todos modos la ocasión para despedir a todos sus trabajadores. El 5 de enero de 1884 llegaba a Iquique una lancha con seiscientos. Invocando sus servicios durante la guerra, muchos de ellos apelaron al jefe político para que se les "repatriase a Chile viejo".⁷⁷ Otros, "intrépidos y resueltos, atravesaron directamente el desierto en busca de las oficinas salitreras".⁷⁸

Evocando días después la tirantez del momento, el inspector general de guaneras confidenciaba al jefe político: "Sin el eficaz auxilio prestado por us. enviando la fuerza del San Fernando, en estos días de trastorno y movimiento habríamos

71. VM, 9 de diciembre de 1883; MH (1884), LX-LXXII.

72. Oficio del inspector de distrito de Pabellón de Pica a subdelegado de Huanillos, transcrito en VM, 27 de diciembre de 1883.

73. Inspector de guaneras a jefe político, 29 de diciembre de 1883, AIT, Vol. 33; VM, 27 de diciembre de 1883.

74. *Ibid.* La identificación de Alvarado proviene de una matrícula de comerciantes del 25 de abril de 1881, en AIT, Vol. 2.

75. VM, 28 de diciembre de 1883.

76. Inspector general de guaneras a jefe político, 3 de enero de 1884, AIT, Vol. 33.

77. VM, 5, 11, 31 de enero de 1884.

78. VM, 31 de enero de 1884.

tenido que lamentar desgracias, porque varios individuos hablaron de saquear los almacenes y ... se han hecho varios robos en la población".⁷⁹ Poniendo también algo de su parte, el inspector Zegers gestionó ante la empresa cargadora el traslado gratis hasta Iquique para las familias que no tenían cómo pagar el pasaje.⁸⁰ Ya en los primeros días de febrero de 1884, un habitante de Pabellón de Pica exponía en forma lastimera: "Estas caletas, que debieran ser por la riqueza que poseen centros de activo trabajo y que parecían tener asegurada una larga existencia, hoy se encuentran en las contorsiones de la agonía".⁸¹ Hasta la policía especial creada un año antes terminó por ser trasladada a los distritos salitreros, siguiendo tal vez a los obreros que ya habían tomado esa dirección.⁸²

Más de un año permanecieron las guaneras en el más absoluto abandono, hasta que el gobierno consiguió cerrar un nuevo contrato de consignación. Esta noticia, verificada en los primeros meses de 1885, despertó natural regocijo entre los pocos que habían quedado a la expectativa de tiempos mejores. Sin embargo, dicha alegría se veía temperada por recuerdos no muy lejanos: "[Es de esperar] que se tomarán las medidas del caso a fin de impedir que, al establecerse los trabajos, estén amenazadas la vida y la propiedad de los habitantes, como sucedió el año 1883".⁸³ Para los amantes del orden, el regreso de los obreros ponía la nota inquietante.

Los hechos terminaron por justificarlos plenamente. Recién llegados a las guaneras, los obreros enganchados en el sur se encontraron con que el sueldo de 1.60 pesos plata ofrecido al comienzo se reducía unilateralmente a 1.30 en papel moneda. Comparado con los 2 pesos de años anteriores, esta suma resultaba de por sí desalentadora. La desvalorización de la moneda la hacía aun más desfavorable, al reducir su alcance real en alrededor de un 20 por ciento respecto de 1881. En términos quizás más visibles para el obrero, un sueldo de 1.30 pesos no podía ser satisfactorio en lugares donde sólo en alimentación se gastaban entre 80 centavos y un peso diario, y menos aún si el pago se descontaba de una libreta en lugar de cancelarse en efectivo.⁸⁴

Impulsados principalmente por esta circunstancia, aunque también por cuestiones como la falta de asistencia médica, muchos de los enganchados dejaron inmediatamente las faenas. Un grupo llegado a Iquique por mar manifestaba a la prensa que "han abandonado Huanillos porque creen que si hubieran estado más tiempo allí, habrían concluido por morir de hambre, porque el salario que tenían no les alcanzaba para comer".⁸⁵ Otros marcharon como otras veces por tierra, debiendo ser socorridos por la Intendencia ante la falta absoluta de medios con que acometieron la difícil travesía.⁸⁶ Pese a esta actitud, el intendente Gonzalo Bulnes advirtió al subdelegado que "avise ... a todos los pobladores de las guaneras que en adelante no se enviará recurso ni socorro alguno para facilitarles el viaje".⁸⁷ Asimismo, a los

79. Inspector general de guaneras a jefe político, 3 de enero de 1884, AIT, Vol. 33.

80. VM, 31 de enero de 1884.

81. VM, 10 de febrero de 1884.

82. VM, 23 de febrero de 1884; jefe político a ministro de Hacienda, 5 de febrero de 1884; jefe político a subdelegado de Huanillos, 19 de febrero de 1884; ambos en AIT, Vol. 34.

83. VM, 31 de marzo de 1885.

84. VM, 21 y 30 de julio; 2, 4, 7, 9, 13, 14, 15, 18 de agosto de 1885.

85. VM, 7 de agosto de 1885.

86. VM, 7, 14, 18 de agosto de 1885; intendente a subdelegado de Patillos, 19 de agosto de 1885, AIT, Vol. 79; subdelegado de Huanillos a intendente, 16 de noviembre de 1886, AIT, Vol. 91.

87. Intendente a subdelegado de Patillos, 9 de agosto de 1885, AIT, Vol. 79.

llegados a Iquique se les ofreció alojamiento temporal gratuito en el cuartel de la policía, pero no pasaje liberado al sur como en la crisis anterior.⁸⁸

No todos, sin embargo, optaron por el abandono. Los que se quedaron en las guaneras se declararon abiertamente en huelga, pese a las amenazas de sus jefes. Al cabo de un día de paralización "se recurrió a las súplicas, y entonces trabajaron".⁸⁹ En la versión de un testigo favorable a los huelguistas, "la necesidad, la falta de medios de movilización, el deseo de conservar todas sus *cacharpas* [enseres domésticos], los han contenido en los límites de un simple disgusto; pero creen los recién llegados que la medida se ha de llenar, y que, agotada la mansedumbre de sus compañeros, va a pronunciarse una huelga que deje despobladas las guaneras".⁹⁰

En efecto, para reemplazar a los renunciados la empresa promovió la migración desde Iquique, esperando tal vez que las expectativas locales fuesen menos exigentes que las de los sureños. Que ello no fue así lo demuestra la cita anterior, así como la prolongación del flujo de "desertores". A mediados de septiembre, un grupo de trabajadores regresados a Iquique declaraba que en las guaneras seguía reinando "mucho descontento entre operarios y empresarios".⁹¹ Más elocuente todavía fue el reforzamiento de la guarnición de las guaneras con doce soldados del Regimiento de Artillería Nº 2, enviados a Huanillos pocos días después.⁹²

Todo esto, naturalmente, no hacía sino entorpecer el embarque de guano, cuya reactivación ya tardaba demasiado. Así, la empresa optó finalmente por mejorar los jornales en un monto no especificado por las fuentes. Con ese aliciente se captaron *doscientos operarios* en Iquique, con una respuesta que se consideró bastante favorable.⁹³ Aunque un poco tarde para muchos, las reivindicaciones de los huelguistas de agosto fueron al menos parcialmente satisfechas.

Tampoco esta vez la armonía duró mucho. El 14 de diciembre del mismo año 1885, Waldo Aguayo, representante de la empresa de carguío en Huanillos, telegrafaba a la Intendencia pidiendo protección policial para su persona. Motivaba esta solicitud un tumulto suscitado durante un día de pago, a raíz, según el propio Aguayo, del estado de embriaguez en que los operarios solían acudir a cancelarse. "Fue tal la bulla que se produjo —continuaba el testimonio—, y hallándome completamente desorientado a causa de la gritería, me vi en la necesidad de suspender el pago, retirándome a mi casa enseguida". Seguido hasta allí por "uno de los trabajadores más borrachos", Aguayo reaccionó a sus "exigencias e insolencias" recurriendo a las "vías de hecho", no obstante lo cual "me fue sencillísimo al día siguiente arreglarle su cuenta cuando se me presentó bueno y sano a pagarse". El administrador terminaba condenando la falta de vigilancia de parte de las autoridades locales, "origen de muchas de las huelgas que aquí se han producido entre los trabajadores".⁹⁴

El problema no terminó allí, Santiago Navia, el peón agredido, se querelló judicialmente contra el administrador Aguayo. En esta oportunidad el juez de subdelegación halló la razón al demandante, considerando que el verdadero origen del tumulto no había sido la embriaguez de los obreros sino el "no estar arregladas las

88. VM, 18 de agosto de 1885.

89. VM, 13 de agosto de 1885.

90. *Ibid.*

91. VM, 11 de septiembre de 1885.

92. VM, 24 de septiembre de 1885.

93. VM, 7, 11, 20 de octubre, 19 y 20 de noviembre de 1885.

94. Waldo Aguayo a intendente, 17 de diciembre de 1885, AIT, Vol. 18.

libretas . . . , falta de que se ha hecho responsable la misma Empresa". En consecuencia, al reclamar su pago, Navia simplemente ejercía su derecho, por mucho que lo hiciera en estado de ebriedad. Condenado a cien pesos de multa y al pago de la curación de Navia, Aguayo apeló ante los tribunales de Iquique, los que en definitiva redujeron la multa a treinta pesos. Ello no obstante, el incidente significó la destitución de Aguayo, cosa seguramente poco fácil de asimilar para quien fuera alguna vez gobernador de Illapel.⁹⁵

El motín contra Aguayo es el último movimiento de carácter propiamente colectivo que registran las fuentes consultadas. Los motivos para el descontento, por supuesto, no desaparecieron. Por el contrario, la crisis guanera de 1886 volvió a generar despidos y pobreza, "pagos tardíos y lentos" y la expectativa de un "nuevo despueble total".⁹⁶ Sin embargo, no se reprodujo en esta coyuntura el tipo de manifestaciones que confirieran tanto dramatismo al cierre anterior de fines de 1883. Tampoco se han encontrado indicios análogos para el último ciclo activo de la década, que abarcó los años 1888 a 1890, aunque es un hecho que la conducta peonal siguió motivando la inquietud de las autoridades locales.⁹⁷ Es posible que los repetidos fracasos hayan atemperado los ánimos. También es posible que la recuperación de la industria salitrera luego de su propia crisis de 1884-1886, haya ofrecido una alternativa menos peligrosa que la huelga o el motín. En cualquier caso, la caldera del desierto ya había justificado de sobra su apelativo.

Conclusiones

Los gestos de rebeldía, los motines y las huelgas fueron, pues, expresiones relativamente frecuentes entre el peonaje guanero. En alguna medida, esto seguramente provino de la especial naturaleza de su actividad, y de la forma en que ella se desarrollaba. Debe considerarse, por citar un ejemplo, el desarraigo y la inestabilidad intrínsecos de esa vida. No había en las guaneras ninguna comunidad establecida que recibiera al recién llegado. No había, por lo tanto, normas o instituciones consuetudinarias para legitimar las jerarquías sociales o para dotarlas de algún sentido. En la mayoría de los casos, tampoco existía una familia cuyo sustento indujese al obrero a controlar sus reacciones. Hombres por lo general jóvenes y solos, sin hogar ni identidad local, era fácil para ellos hacer de su conducta un asunto estrictamente personal, y de su sueldo el único lazo con el mundo guanero. Desde luego, un trabajo abrumador y casi siempre muy poco gratificante difícilmente habría podido desarrollar lazos alternativos. Hasta el marco geográfico otorgaba a ese mundo un aspecto deshumanizador, sujeto a intereses comerciales cuya lógica se gestaba y resolvía a miles de kilómetros de distancia.

En este mismo sentido alienante y deshumanizador obraba la forma en que se ejercía el poder local. Se ha visto cómo las empresas cargadoras llegaban fácilmente a regir sin mayor contrapeso las comunidades guaneras, controlando desde los bienes de subsistencia básica hasta los escasos elementos de diversión. Para lubricar y cohesionar este delicado mecanismo, sin embargo, sólo existía el nexo salarial, en general poco propicio para engendrar sentimientos de apego o lealtad.

El problema se hacía más complejo en virtud de la crisis semipermanente en que debió desenvolverse la producción guanera. Más allá de sus propias opciones perso-

95. Subdelegado de Huanillos a intendente, 23 de diciembre de 1885, AIT, Vol. 91.

96. VM, 27 de abril, 15 de mayo, 9, 10, 3, 19 de junio, 31 de julio de 1886.

97. Véase, por ejemplo, oficios del subdelegado de Pabellón de Pica de 8 de octubre y 7 de noviembre de 1887, en AIT, Vol. 37.

nales, esta circunstancia incitaba a los contratistas a manipular los salarios o incrementar las exigencias hasta puntos peligrosos. También incitaba, alternativamente, al despido del obrero sin más trámite. Sucesivamente agobiados de exigencias o abandonados a su suerte, los peones guaneros no tenían muchos motivos para sentirse personalmente comprometidos con sus patrones. Muy por el contrario, el impersonalismo patronal, reforzado en algunos momentos por barreras nacionales o culturales, facilitaba su identificación como enemigo. Y por ende, la rebelión abierta en su contra.

Sin embargo, estas condiciones de impersonalismo y distanciamiento social no fueron privativas de las covaderas. También se configuraron, por ejemplo, en las oficinas salitreras, sin que allí desembocaran tan temprano en las conductas que este artículo ha reseñado. Para dar sentido a esta diferencia, algo especial tiene que haber habido en el mundo guanero.

Una posibilidad es el efecto clarificador que pudo haber tenido el monopolio contractual de las empresas cargadoras. Cuando el empleador era uno solo, y no había opciones de cambiarlo, la resolución de los problemas laborales se transformaba en un asunto estrictamente bilateral. Tampoco hacía fácil la decisión de renunciar. Podía hacerse, pero a un precio que, como se ha visto, era bastante alto. Muchos estuvieron dispuestos a asumirlo, tomando el camino de Iquique o del desierto, dejando atrás sus sueños de enriquecimiento guanero. Pero para los que se quedaban, sólo cabía la resignación o el conflicto. Y como para paralizar las guaneras bastaba con los obreros de una sola empresa, el camino de la acción colectiva pudo haberse insinuado en forma más o menos espontánea.

Por otra parte, no fue sólo el aislamiento físico o el monopolio empresarial lo que privó al trabajador guanero de alternativas. De hecho, la intensidad máxima del conflicto coincidió con etapas en que toda la economía provincial atravesaba por estados de crisis. Bajo esas circunstancias, ni siquiera la caminata por el desierto garantizaba un suerte mejor. Una vez más, lo único que quedaba era la sumisión o la acción contestataria.

Naturalmente, la documentación no aporta pruebas explícitas frente a estas proposiciones, cuyo carácter es por lo tanto eminentemente hipotético. Sin embargo, es un hecho que las guaneras fueron un foco activo de conflicto social cuando ese fenómeno recién despuntaba en las oficinas salitreras. No deja de ser sugerente a este respecto que los administradores de éstas miraran siempre con recelo a los emigrados de las covaderas:

A consecuencia de la paralización de las guaneras de Huanillos, recorren las pampas una infinidad de individuos en busca de trabajo, entre los cuales vienen una cantidad de bandidos que con frecuencia amenazan asaltar las Oficinas, y estorban al mismo tiempo la tranquilidad de los trabajadores pacíficos que en ellas habitan.⁹⁸

El ejemplo podía ser contagioso.

98. Salitreros del cantón Negreiros a jefe político, 22 de enero de 1884, AIT, Vol. 58.

Una hacienda a fines de siglo: Las Casas de Quilpué*

José Bengoa

Investigador de SUR, Centro de Estudios Sociales

En esta monografía o estudio de caso pretendemos describir la vida, trabajos y funcionamiento de una hacienda. Y a través de ella, queremos desentrañar cómo vivían, qué hacían los diversos personajes de la sociedad de la época: los propietarios, los trabajadores. Allí en las haciendas se fueron gestando las clases sociales del siglo xx. Pero quizá más importante aún: allí se gestaron los inconscientes de la cultura: los sistemas de poder y subordinación; los arquetipos permanentes respecto al trabajo, a la familia, a la moral, a lo bueno y lo malo; en fin, las bases culturales de la sociabilidad.

La hacienda Quilpué es un espacio privilegiado para el estudio, pues además de mostrarnos la estructura hacendal de la época, nos relaciona con la burguesía mercantil y financiera de Valparaíso, que en esos años entraba a un nuevo ciclo de prosperidad.

Mil ochocientos noventa y dos fue un año importante. Terminaba la Guerra Civil, comenzaba un nuevo período de la historia del país. Casi cuarenta años —hasta la crisis de la década del treinta— en que Chile contó con enormes riquezas. Fue el tiempo dorado de la oligarquía y también el comienzo de su decadencia. En Santiago habían ocurrido graves trastornos; en cambio en las haciendas y fundos de la zona central todo seguía igual. Nuestro estudio se sitúa en ese año y los dos siguientes.

La historia del siglo xx puede ser leída como un gran esfuerzo de transformación y cambio de esa base social, económica y cultural de corte agrario y hacendal que vamos a analizar en este trabajo. Más de cincuenta años costó que la clase dominante se sacara su pesada carga rentística agraria y se transformara en burguesía ciudadana. Aún no sabemos si el cambio ha ocurrido plenamente. Lo mismo se puede decir de los sectores populares. Durante décadas la clase obrera ha luchado por constituirse fuera del espacio moral y cultural hacendal. La sociedad urbana, en fin, ha tratado persistentemente —y tememos que infructuosamente— de secularizar las relaciones de sociabilidad y democratizar las estructuras de la vida cotidiana. A fines del siglo xix, una parte muy significativa de la población vivía, trabajaba o estaba relacionada con las haciendas. Esta situación se mantuvo sin cambios hasta los años treinta. A partir de entonces comenzó una lenta crisis de la agricultura hacendal, que culminó en los años sesenta con la intervención urbano-estatal y las reformas en el campo: la abolición de la hacienda y el inquilinaje.

Hemos querido rescatar los nombres de los inquilinos, sus salarios, sus rangos y oficios. Nos parece que al hacerlo nos acercamos a una lectura más humanizada de la historia. Fueron esos inquilinos y peones los que construyeron la agricultura del

* Ponencia presentada al Seminario "Sociedad Agrícola y Minera Chilenas en la Literatura y en la Historia", del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago, julio 1989.



ENTRADA A LA HACIENDA LAS CASAS DE QUILPUE
Fotografía del autor (1989)

Valle Central de Chile, su paisaje y riqueza, que nos dura hasta ahora. Bien vale recordarlos por sus nombres.

La descripción que hacemos va demostrando, discutiendo y rebatiendo las tesis agrarias más comúnmente sostenidas. Nos parece un diálogo útil.

Hemos podido realizar este trabajo en buena medida gracias a mi amigo Ramiro Droguett, quien encontró en una casa campesina los viejos libros de la hacienda Las Casas de Quilpué.

1. LOS PROPIETARIOS

Quilpué representa un modelo de hacienda de fines del siglo pasado. Ubicada a pocos kilómetros de San Felipe, en las mejores tierras de uno de los mejores valles del país —el del río Aconcagua—, nos habla de la mejor agricultura del momento.

Sus propietarios no procedían de las antiguas familias oligarcas y conservadoras, tan vilipendiadas por la historiografía liberal. No eran ni grandes “señores y rajadiablos”, ni tampoco “patrones de horca y cuchillo”. Por el contrario. Provenían de las oleadas europeas posteriores a la Independencia, los primeros banqueros del país, los primeros editores de diarios, y nada menos que del diario *El Mercurio*, símbolo de la burguesía mercantil porteña: los Edwards. Era la propietaria en esos años (1892-95) doña Juana Ross de Edwards, la gran benefactora y filántropa de Valparaíso. Con posterioridad a los Edwards, la hacienda pasó a propiedad de don Arturo Lyon Peña, miembro de una familia emparentada y ligada comercialmente a la anterior. Los Lyon, además de dedicarse con pasión a los caballos de carrera, incursionaron en el Parlamento de la República, para hacer valer sus puntos de vista. En los papeles de la hacienda aparecen los nombres y apellidos de la vieja burguesía mercantil de Valparaíso: McClure, Eastman, Meissner, Ross, Edwards, Lyon, etc.

Estamos, por tanto, frente a una “hacienda-burguesa”, podríamos bromear, ya que sus propietarios eran lo más alejado —en nuestra clase alta chilena— de la oligarquía retardataria y conservadora.

Esta peculiaridad de sus propietarios nos ha entusiasmado en el estudio de esta hacienda. Quisimos ver si había diferencias con el resto de las haciendas del país; si efectivamente el carácter capitalista-burgués-mercantil de sus propietarios afectaba la estructura agraria hacendal y la sociedad rural.

No era, tampoco, la única hacienda de esta familia. No pareciera ser fácil explicar por qué estos mercaderes y banqueros de Valparaíso tenían en 1892 tantas propiedades agrícolas. No parece fácil tampoco responder acerca de la importancia de estas propiedades en la totalidad de sus negocios.

Doña Juana Ross de Edwards era propietaria de Quilpué, aunque su hijo, don Agustín Edwards Ross, administraba los negocios. Era también propietaria de la hacienda Ucuquer, ubicada en Llay Llay. Esta hacienda tenía un avalúo de 330 mil pesos, un cuarto del de Quilpué. Don Agustín era propietario del fundo Los Nogales en la comuna del mismo nombre. Esta era una gran propiedad avaluada en 1 millón 200 mil pesos. En la misma localidad tenía otro fundo denominado La Peña, avaluado en 600 mil pesos. En la comuna de Quillota tenía otra propiedad de 625 mil pesos de avalúo, denominada hacienda o fundo San Isidro. En Quillota, también, doña Juana Ross era propietaria de un fundo pequeño o chacra denominada Las Cruzadas. Estas haciendas estaban cercanas a Valparaíso, centro de sus actividades comerciales.¹

En la comuna de Nancagua, cerca de San Fernando, se encontraba la hacienda Nancagua, también de propiedad de doña Juana Ross. Había mucha relación entre

1. En Santiago poseían un fundo llamado Cintura, en la comuna de San Miguel, posiblemente como una forma de especulación territorial. No lo consideramos entre las propiedades agrícolas.

esta propiedad y Quilpué, como se verá después, ya que participaban de un mismo sistema hacendal: traslado de animales, productos, etc. Esta hacienda estaba avaluada en 466.830 pesos en 1894.²

Se podría pensar que el negocio financiero, especulativo, hipotecario, era tan grande —como lo ha demostrado Bauer—, que en él radicaba el interés de estas familias por comprar tierras. Otros, como Vial, le dan más importancia al prestigio que otorgaba la tierra, y en esta razón de orden sociocultural buscan la explicación de que estos no-agricultores se hicieran parte de los negocios agrarios. Seguramente es una combinación de estas explicaciones, y de muchas más.³ Como más de alguien ha sugerido, en esos años no había muchas alternativas de inversión productiva, y la inversión agraria puede ser pobre, pero es segura.

Sin embargo, en la lectura de los papeles de la hacienda podemos ir viendo que los propietarios, por ejemplo, estaban interesados por lo que ocurría con la política local. Todos los meses la caja de la hacienda suscribía la mantención de la banda de música de San Felipe, un club filarmónico y varias otras obras sociales. El propietario daba dinero para las elecciones, y los egresos están anotados convenientemente en el libro de caja. La señora Juana pagaba un estipendio a los frailes del convento del Almendral en San Felipe. Se organizaban manifestaciones políticas y se aportaba con la gente del fundo. Por tanto, a la familia Edwards —de alguna manera que no sabemos apreciar adecuadamente— le interesaba, también, lo que ocurría en la política local de San Felipe.

Estos propietarios actuaban en el campo con el estilo de todos los agricultores del país. Participaban en las contiendas locales, trataban a la mano de obra de manera semejante, no establecieron ningún cambio en las relaciones tradicionales de la hacienda: en Quilpué operó el inquilinaje plenamente, y en su forma más antigua y primitiva; se trabajó con peones y se fue igualmente estricto con ellos. La hacienda cumplía labores de policía y los patrones o administrador, de jueces. La producción

2. El total de los avalúos de las propiedades agrícolas de los Edwards en 1892-1894 alcanzaba a 5.249.938 pesos. Eran pesos de 18 peniques, esto es, la tasa cambiaría con la libra esterlina. Para poder comparar estas cifras, señalemos que el presupuesto de la municipalidad de Valparaíso fue en ese año de 1.775.421 pesos, y el de la municipalidad de Viña del Mar, 100.402 pesos; que el empréstito para hacer el lago Peñuelas, que surtía de agua a Valparaíso, fue aproximadamente de dos millones de pesos. Habría que agregar que los avalúos fiscales estaban muy alejados del valor comercial de las propiedades.

3. Arnold Bauer, *Chilean Rural Society, from de Spanish Conquest to 1930* (Cambridge, 1975), Capítulo 4: "Capital, credit and technology in the rural economy", 91 y ss., acerca de las operaciones de la Caja de Crédito Hipotecario. Nos parecen conclusivas las ideas allí planteadas. Gonzalo Vial, en su *Historia de Chile, 1891-1973*, 3ª edición (Santiago, 1984), Capítulo 7: "Economía: Tierra e inflación", dice: "Las personas que alcanzaban la fortuna por cualquier vía, se apresuraban a 'decorarse' con un fundo, el cual subrayaba el éxito obtenido. Banqueros como los Edwards y Subercaseaux; mineros como los Ossa ..., abogados como Julio Zegers ..., poseían también importantes inmuebles agrícolas. Para ellos, zera esa propiedad, ese fundo una forma de vida? ¿Les daba su renta única o principal?" A continuación —después de haber hecho estas preguntas tan pertinentes—, el autor las emprende contra las tesis anti-agricultores; dice que no se sabe el peso de los agricultores en el Congreso y, por tanto, su influencia; dice que la inflación beneficiaba o perjudicaba a diversos sectores y que, en consecuencia, los agricultores no tendrían intereses definidos; dice que Chile era un país sin industria, olvidando relativizar este asunto hoy día bastante investigado; y finalmente, defiende a los agricultores de la vieja acusación de explotación a los campesinos, señalando que "es muy difícil precisar la remuneración efectiva ganada por los trabajadores de los fundos", y dejando en la duda la afirmación de que ganaban muy poco salario y tenían ingresos bajos. Dice en sorna que sería tarea de romanos establecer cuánto ganaba un campesino. El carácter polémico hace interesante este texto, pero lo parcializa demasiado. Es evidente que el ansia de "decorarse" con un fundo no puede ser la única explicación de que la familia Edwards tuviera tantas propiedades. Se podría pensar que para "decorarse" sobraba con un "decorado" fundo cerca de Valparaíso. Los millones en tierras no sólo deben haber sido "decoración". Lo mismo es válido para el alegato de la página 436 sobre los créditos hipotecarios; aunque no cita a Bauer, discute su tesis, tratando de salvar a los agricultores con argumentos demasiado complicados frente a las cifras contundentes que año a año entregaba la Caja de Crédito Hipotecario.

agrícola, siendo de mucha calidad, tampoco era demasiado diferente a la del resto de las haciendas del valle. El caciquismo local también operaba. En fin, no hay elementos estructurales de importancia que diferencien a esta hacienda del resto de la agricultura del país.

Los Edwards vivían en Valparaíso y visitaban el predio de tarde en tarde. Eran los típicos propietarios "ausentistas". Muchos historiadores han culpado a esos "nuevos propietarios" de todos los males de la agricultura, justamente por iniciar el mal del ausentismo rural.

Esta es una tesis que es necesario precisar: los propietarios agrícolas de provincias, especialmente del sur, no eran ausentistas; por lo general vivían o pasaban largas temporadas a cargo de su campo, en forma directa. En Talca, sin embargo, ya a fines de siglo se combinaba el campo con la habitación urbana. Por la cercanía, había más presencia del patrón en el campo. Pero en la zona central, y especialmente en Santiago, desde mitad de siglo pasado, el ausentismo fue la norma. La familia del propietario vivía en Santiago todo el año y sólo iba a la hacienda en el verano, para las vacaciones y las cosechas. El ferrocarril permitió ampliar esta relación. Por lo tanto, el carácter ausentista de estos "nuevos propietarios" era quizá sólo un poco más acentuado que el término medio, pero no era una excepción.⁴

Podemos adelantar la conclusión. Este caso es una prueba "contrario sensu" de la estabilidad del latifundio en la zona central de Chile. Ni siquiera los propietarios de este tipo podían provocar cambios sustantivos. Era un sistema que se había perfeccionado de tal modo que poseía una fuerza y cohesión internas muy grandes. No es por casualidad, por lo tanto, que vaya a durar hasta 1965-73, en que recién la acción del Estado, urbanizado totalmente, lo va a destruir.

La vieja, y no por ello resuelta discusión acerca del carácter de la oligarquía, de la agricultura y, por ende, de lo que se ha denominado "revolución burguesa" en el Chile del siglo pasado, puede verse enriquecida en el análisis de un caso como éste. Un sector de burguesía mercantil ("químicamente pura"), al hacerse parte de los negocios agrícolas, no logra (ni intenta quizá) cambiar su estructura, sino que se adapta a ella. Lo moderno y lo tradicional, no eran necesariamente contradictorios.

2. LA PROPIEDAD

En 1874 se reevaluaron todas las propiedades agrícolas de Chile. Se estaba en pleno "boom agrícola", como se diría hoy día. Las exportaciones de trigo habían sido firmes y crecientes durante toda la década del sesenta y habían transformado el paisaje del campo del Valle Central. En la nómina de las mejores haciendas del país, según el avalúo realizado, la hacienda Quilpué, como se llamaba en esa época, propiedad de don Tadeo Reyes, ocupaba el número 14. Producía una renta estimada de 23.700 pesos

4. En nuestra *Historia social de la agricultura chilena* analizamos largamente este punto. Desde la época colonial no existió un "agricultor químicamente puro". Los ricos de Chile combinaban la agricultura, los negocios especulativos, el comercio y la política. Desde un Ahumada en el siglo XVII hasta un Agustín Edwards, hay un patrón de acumulación y reproducción similar. La necesidad de tener muchas actividades a la vez, en diversas áreas, dice con la pobreza relativa de este país, y con la presencia predominante del Estado y la política en todas las esferas de la vida nacional. La tesis de que hubo —en un ante nunca precisado— buenos agricultores, y llegaron después malos propietarios ausentistas, no tiene asidero histórico.

y por ello debía pagar como contribuciones anualmente al fisco, la enorme suma de 2.133 pesos.⁵

Veinte años después (1896), Quilpué era la propiedad más rica de la provincia de Aconcagua, y quizá una de las más valiosas de Chile.⁶ Su valor se estimaba en 1 millón 700 mil pesos, lo que comercialmente equivalía a mucho más.⁷ Había sido adquirida unos años antes por la familia Edwards de Valparaíso.

La hacienda poseía en ese período 3.920 hectáreas y estaba ubicada a escasas diez cuadras de la plaza de San Felipe. Limitaba naturalmente por el sur y por el norte con el estero denominado también Quilpué, y con los cerros que van a dar a Jahuel. Este lugar, conocido por sus termas, tenía relaciones estrechas con la hacienda, y muchas veces perteneció a los mismos propietarios. Los límites hacia el norte y el poniente eran menos precisos y no marcados por determinaciones geográficas. Las pequeñas propiedades de Encón y Los Capadores, limitaban con la hacienda.⁸

Había 1.068 hectáreas de riego; el resto eran lomas, secano y cerros. Los canales habían sido construidos antes de los años cincuenta; el canal Quilpué salía del río Aconcagua y servía exclusivamente a la hacienda. Esta pagaba un jefe de canal y un ayudante, que estaban a cargo de mantenerlo en perfecto estado. Tenía la hacienda también derechos de aguas sobre los canales de Encón y de Herrera.

En 1892, fecha de nuestro estudio,⁹ la propiedad poseía numerosas edificaciones, tales como galpones, bodegas, talleres, lecherías, un gran galpón de pastería donde se había instalado una de las dos máquinas de aprensar pasto (enfardadoras) llegadas a fines de los años ochenta. Las casas de la hacienda eran antiguas, de adobones y corredores de tejas. Eran las llamadas "casas viejas", que se habían construido seguramente en el siglo XVIII y modificado o arreglado en el siglo siguiente. En 1882 comenzó a prepararse el terreno y las fundaciones para otra edificación,

5. "Las propiedades rústicas de Chile". Cuadros y datos publicados por el *Boletín de Agricultura* 6, no. 16 (5 de junio 5 de 1876): 410 y ss. Como dato de interés para los especialistas, señalemos que el fundo más valorado de la época era Catemu, ubicado también en Aconcagua, comuna de Putaendo, y propiedad de la familia García Huidobro; lo seguía el fundo Codao, ubicado en Rancagua y propiedad de Recaredo Ossa; Limache, de José Tomás Urmeneta; Viluco, de Rafael Larrain Moxó, Presidente de la Sociedad (Nacional) de Agricultura en ese entonces; en séptimo y decimoprimer lugar se encontraban los fundos de la familia Ovalle, Micahue y Longotoma, en Petorca; en noveno lugar se encontraba el fundo Colchagua, de D. Federico Errázuriz. En el número veintiuno se encontraba la hacienda San José del Carmen (del Huique), en el entonces departamento de Caupolicán, hoy día provincia de Colchagua, estudiada por el profesor A. Bauer.

6. Catemu, la propiedad más rica en la década del setenta, había resistido a la subdivisión. A la muerte de D. Borja García Huidobro se dividió entre sus familiares, quedando —como es típico en todo Chile— las haciendas de Catemu Alto, Catemu Bajo y varios fundos más, de partes de la antigua hacienda. A fines del siglo encontramos siete propiedades producto de la antigua propiedad amayorazgada.

7. Para dar alguna idea de comparación, digamos que el avalúo en ese mismo año de la Población Vergara en Viña del Mar era de 295.800 pesos; el avalúo de la hacienda Limache, propiedad de la familia Eastman, de 606.684 pesos. El único predio de similar avalúo era el de Panquehue, que hasta hoy representa una de las tierras más ricas del Valle de Aconcagua.

8. Las grandes haciendas, como es bien sabido, fueron creando a su alrededor —desde la Colonia— áreas de pequeña propiedad, como una forma de proteger sus deslindes de salteos, cuatrismo, etc., y de proveerse mano de obra rápida, abundante y cercana para los períodos de necesidad. Sobre la relación entre latifundio y minifundio se puede ver en especial a Rafael Baraona et al., *Valle del Putaendo. Estudio de estructura agraria* (Santiago, 1960). Sobre este tema nos referimos en nuestro trabajo *Historia social de la agricultura chilena, Tomo I: El poder y la subordinación* (Santiago, 1988). Más adelante se verá que los pequeños propietarios de los alrededores establecían arrendamientos para chacras con la hacienda. Esta se servía de esos chacareros para tener productos para la "despensa".

9. Todos los datos son del libro de caja de la hacienda Quilpué, años 1892-1895. Cuando no se indique la fuente, se entenderá que es proveniente de estos libros. Datos complementarios se han tomado de la prensa de la época y de diversas informaciones.



"LA REFORMA AGRARIA LA ENCONTRO YA DERRUIDA ..."

Fotografía del autor (1989)

denominada "casas nuevas". Efectivamente, durante más de quince años se fue construyendo el ostentoso palacio de Quilpué, uno de los edificios más espectaculares y prosopopéyicos del campo chileno. Fue iniciado por don Agustín Edwards Ross y terminado por don Arturo Lyon Peña, el propietario del predio a partir de comienzos de siglo.¹⁰

En definitiva, el corazón de la propiedad estaba en 1892 formado por un conjunto abierto de casas y bodegas, talleres y corralones, que formaban un núcleo en torno al cual giraba la vida de la hacienda.¹¹

Este conjunto enorme de casas y construcciones tenía una larga historia colonial. El poblado de pequeños agricultores de Encón y la hacienda de Quilpué aparecen censados en 1813, con un total de 903 almas.¹² Este Censo, con todas las imperfecciones conocidas, nos señala la existencia de 98 inquilinos, 7 esclavos negros (y dos mujeres negras) y un total de 33 indios hombres y 101 indias mujeres, posiblemente del poblado de Encón. Casi un siglo después, en el Censo de 1895, el distrito de Quilpué aparece con 1.536 personas, de las cuales sólo 300 declaraban saber leer y escribir y sólo 48 (niños) asistían a la escuela. En 1907 la población de la localidad había disminuido un poco, siendo de 1.446 personas, y el fundo Quilpué tenía en su interior 763 personas.¹³ Podríamos, por tanto, establecer que para 1892, fecha de nuestro estudio, la población de la hacienda sería de unas 800 personas aproximadamente.

En 1892, la mayoría de las casas de inquilinos eran los usuales ranchos de quinchita y paja que se acostumbraban en el campo. En el libro de caja aparecen las compras de totora para retectar, mejorar y cubrir nuevas posesiones de inquilinos. En esos años comenzó la construcción de casas más sólidas, para lo cual se inició una obra de ladrillos y tejas, que serviría tanto para las nuevas casas como para las casas mejoradas de los inquilinos. Esta tendencia a mejorar la vivienda campesina va a acentuarse a comienzos de siglo, en que el debate por la "vivienda obrera" se expandirá desde las ciudades a estas zonas más "modernas" del campo. En 1910 ya había cuarenta posesiones de inquilinos con casas de teja, muchas de las cuales aún se pueden observar en el campo.

La hacienda Quilpué era, como se ha visto, una gran propiedad, firmemente establecida, claramente delimitada, con población numerosa y estable por generaciones; poseía además población circundante relacionada desde siempre con la hacienda, lo que le facilitaba los trabajos. Los derechos de agua también le eran abundantes. Tenía plantaciones de viñedos de tiempos inmemoriales, arboledas antiguas, callejo-

10. La historia de estas "casas" podría ser objeto de otra monografía. La suntuosidad se puede observar incluso hasta el día de hoy, a pesar del deterioro casi total en que se encuentran. Pensamos que son un símbolo del latifundio chileno. Una gran entrada, con rejas de dibujos curiosos, daba a un parque diseñado especialmente por algún decorador paisajista europeo; muchos cipreses, paseos y fuentes, le daban un aire mediterráneo, de un extraño y trasplantado palacio italiano. Contrastaba este estilo con el aire inglés que le tratoran de imponer los propietarios, y sobre todo con la influencia del arquitecto Josué Smith, quien tuvo un tiempo a cargo las obras. Este arquitecto construyó el Club Hípico de Santiago. El parque poseía más de seis hectáreas y estaba ricamente ornamentado. La casa fue lugar de grandes fiestas y recepciones en la "belle époque" rioplatense. En los "años de la decadencia" también comenzó a decaer. La Reforma Agraria la encontró ya derruida, y pasó a convertirse en escuela para los niños del asentamiento. Finalmente, durante este último tiempo de gobierno militar, fue rematada y dejada en el olvido. En los últimos años de "libre mercado", una sociedad inmobiliaria la ha destruido para sacar el "pino oregón" de sus vigas.

11. En este siglo se dividió la antigua hacienda de Quilpué, dando paso a varios predios; el núcleo del predio conservó hasta el día de hoy el nombre de "Las Casas de Quilpué". Este tipo de toponimia es típica en la zona central. Véase Mario Góngora y Jean Borde, *Evolución de la propiedad rural en el valle del Puangue* (Santiago, 1956), 167. Señala el caso de hijuelaciones en Puangue: Las Casas de Puangue, Las Casas de San José, etc.

12. Archivo Nacional, *Censo de 1813* (Levantado por don Juan Egaña) (Santiago, 1953).

13. *Censo de la República de Chile*, 28 de noviembre de 1907.

nes cercados de tapiales y un conjunto de recursos que se habían acumulado por generaciones. Sus predios combinaban tierras de regadío y de rulo, donde se podía engordar animales, dar talajes a los inquilinos, etc. En definitiva, se trataba de una propiedad privilegiada.

3. LOS TRABAJOS DE LA HACIENDA

a) Multiproducción y autosuficiencia

La revisión de los libros de Las Casas de Quilpué permite reconstruir aproximadamente su funcionamiento. Sorprende el conjunto de actividades productivas que allí se realizaban. Era una especie de gran enjambre manufacturero, una gran fábrica multiproductiva con un alto nivel de autosuficiencia. Se producía de todo lo que uno pueda imaginar, y esa producción permitía el funcionamiento interno y la alimentación de toda la población en forma autónoma con respecto al exterior.

La hacienda aparece como una sociedad local compleja, donde se daban procesos productivos agrícolas, manufactura de productos, procesamiento de alimentos, relaciones laborales y sociales de todo orden, fiestas, vida y muerte. Los hechos que allí ocurrían daban vuelta con el curso del año, en una relación circular y estrecha con los tiempos naturales. Es el viejo tema agrario de "los trabajos y los días". Cada día, cada mes, "se hacen" determinadas actividades. La naturaleza plantea el ritmo. Los libros de cuentas interminables se interrumpen de vez en cuando con una nota que señala la entrega de un dinero para el entierro de un inquilino.

En la hacienda Quilpué se producía de todo. En 1892, lo más importante seguía siendo el trigo. Era "la industria", como se decía, privilegiada. Casi ochenta cuadras anuales se sembraban. Una multitud de trabajadores se encargaba de su cosecha, aunque ya se estaba usando maquinaria de vapor para trillar y enfardar la paja. Las trillas más antiguas deben haber constituido una fiesta para toda la comarca. El trigo se enviaba directamente a Valparaíso, para ser exportado por las casas comerciales dedicadas a este rubro.

El otro producto de importancia con fines comerciales era el pasto aprensado, o colisas de alfalfa. Se habían incorporado máquinas enfardadoras en los años ochenta, y la producción de la hacienda era muy estimada en Valparaíso y Santiago, por su calidad. Recordemos que la movilización en las ciudades era de tiro animal, por lo tanto se requería de este "combustible" básico. Las haciendas más modernas eran las que lo producían.

Junto a estas dos "industrias", había un sinnúmero de siembras, producciones, actividades agrícolas menores. La viña y la preparación de chichas, chacolies y aguardientes era desde antiguo muy estimada. Hasta 1892 no había aún producción de vino de marca. En esos años el propietario trajo al viñatero francés Jerónimo Cherblanc para mejorar la calidad del producto. Sin embargo, la hacienda no se especializó en la viñatería. Junto a esta actividad, estaban las chacras, propias y arrendadas; el huerto de las casas del fundo, que proveía de hortalizas; el olivar de donde se producía aceitunas en barriles; varios huertos frutales, destacándose uno de los primeros parronales de uva de mesa de la región y del país.¹⁴ El cáñamo, que en la región es muy importante, se producía y se vendía a la Fábrica de Jarcias de San Felipe.

La engorda y crianza de animales seguramente era tan antigua como la misma hacienda. Las existencias eran variables, pero se observa en los libros un permanente

14. Esta hacienda fue una de las primeras que exportó uva a Estados Unidos en la década de 1910. En la Exposición de Agricultura de 1917 sacó el primer premio por la calidad de sus frutas.

movimiento de ventas, tanto de vacunos como de ovejunos. La hacienda fue tradicionalmente afamada por sus caballos, y en el período que estamos analizando se percibe una especial preocupación por mejorar la raza. Años más tarde, al pasar a manos del señor Lyon, se transformará en un criadero de caballos de carrera, y ésta será su principal actividad.

Charqui, huesillos, aceitunas, carbón de espino, maderas, leña, cueros de oveja curtidos y diversos otros productos manufacturados salían de la hacienda y eran parte de las ventas que van apareciendo en el curso diario. Había además fragua, taller de herramientas, y todo lo necesario para fabricar y reparar los utensilios de trabajo requeridos. En 1892 contaba con un taller mecánico manejado por don José Hollman, inglés, a cargo de las maquinarias y motores. Los albañiles y carpinteros hacían las casas y construcciones; don Santos Canto dirigía la carpintería del fundo; los pircadores, al mando de don Eugenio Ibacache, inquilino también, estaban encargados de construir permanentemente las pircas que cercaban potreros y deslindes. La "obra" de ladrillos y tejas, a cargo de don Lindor Córdova, producía para los arreglos de casas y construcciones. Se traía el guano de los corrales para combustible y la leña necesaria. Y así se desarrollaban decenas de oficios especializados.¹⁵

La hacienda Quilpué funcionaba como un gran engranaje en que se combinaba la agricultura comercial, los productos para ser vendidos y los destinados a la comida de los trabajadores; la producción para alimentar y servir a las casas del fundo, y la de los propios inquilinos en sus regalías y huertas; los animales de la hacienda y los de los inquilinos; el procesamiento de frutas, chichas y otros productos; la fabricación de herramientas y la construcción de casas, etc. Seguramente en tiempos más antiguos la autosuficiencia era aun mayor.

La incorporación de maquinaria después de la Guerra del Pacífico comenzó a exigir insumos de fuera de la hacienda. Los locomóviles llegados a Quilpué en 1882, para mover trilladoras y enfardadoras, exigían la compra de carbón de piedra proveniente de Lota, y repuestos para sus motores. En los períodos de cosecha se enviaba desde Valparaíso un carro quincenal de ferrocarril cargado de carbón procedente de las minas de Lota. La casa comercial Saavedra y Benard era la encargada de enviarlo. En 1892, la maquinaria y el combustible eran los únicos insumos externos a la hacienda; todo el resto era autoproducido en su interior, o intercambiado con otras haciendas de los alrededores.

b) Las estaciones y las faenas

En mayo comenzaba propiamente el año agrícola. De acuerdo a los libros de caja, han terminado las cosechas, la vendimia ya está concluida y el trabajo de las bodegas concentra a casi treinta trabajadores, entre encargados y peones.¹⁶ El 1 de mayo se ha hecho un depósito de 5.785 pesos al Banco de Valparaíso, producto de ventas de las primeras chichas.

15. La vieja tradición jesuita no puede menos que resonar en esta visión de las haciendas de fines del siglo. Los jesuitas, inspirados en las antiguas tradiciones latinas, reinventaron en América un tipo de factoría-comunidad que tenía por objeto civilizar-cristianizar. Se trataba de misionar sobre los indios o gente local, transformándolos en ciudadanos de pueblos, miembros de la Iglesia y de la sociedad de la época. Para ello montaban un engranaje de actividades fuertemente autosubsistentes, multiproductivas, donde se combinaba la producción primaria con el arte, la artesanía o elaboración de los productos. La hacienda modelo fue Calera de Tango, como es bien conocido. Sobre el origen latino y jesuita, véase nuestra *Historia social*...

16. El 16 de mayo de 1893 se pagaron los saldos adeudados a la gente que hizo la vendimia desde el 10 de abril al 11 de mayo, que eran cuarenta y dos peones. Se pagaron 1.221,02 pesos. Equivalía a un peso diario por peón forastero. En la mayor parte de los casos los peones eran acompañados en su trabajo por mujeres y niños, que iban comprendidos en la paga general.

El mayordomo del fundo comenzaba a comprar productos para completar "la despesa", con la que se proveerá la cocina de las casas y la comida de los peones. Se compraban porotos a los chacareros, se arreglaban las medierías, se guardaban cebollas, zapallos, ajíes, etc. El señor Clavijo, de Llay Llay, a quien se le vendían animales, proveía de grasa, ají de color y otros productos necesarios para la ración diaria de porotos que el fundo entregaba a los peones.¹⁷

En el mes de mayo el mayordomo *cobraba* "los arriendos" a los inquilinos, los que ya habían vendido sus cosechas y abonaban parte del pago por "la posesión" que se les otorgaba, según una vieja costumbre que aún subsistía en Quilpué.

Las actividades ganaderas eran también importantes en mayo, ya que se bajaba y "rodeaba" a los animales que habían pasado el verano en los cerros, se apartaba las crías, etc.

En junio continuaban los despachos de chicha y chacolí a Valparaíso y Santiago, y un equipo de cargadores llevaba colisas de pasto a la estación para ser despachadas por ferrocarril. El sota a cargo de los cargadores recibía un salario de 0.40 pesos diarios; los cargadores y carreteros, 0.20 pesos; y 0.15 pesos el resto.

c) El invierno en la hacienda

Numerosas actividades de preparación de faenas se iban haciendo al comenzar el invierno. Se le mandaba gente al juez de río para que se hiciesen las limpias de las bocatomas y canales;¹⁸ se le compraba plantas de álamo a don Manuel Oliva, al parecer pequeño agricultor, para las alamedas de los caminos. Había una costumbre ya adquirida en la hacienda, de plantar todos los años entre tres mil y cinco mil nuevos árboles, en caminos, cierros de potreros, etc. Hasta el día de hoy vemos los paisajes acongañinos cercados de alamedas y arboledas. A don P. Lazzano se le encargó la doma de varios caballos, por lo cual recibió 40 pesos. Se amansaron las yeguas "Coipa", "Estrella", "Ballita", "Cuerva" y "Golondrina", y los caballos "Salteador", "Coral", "Chucho" y "Número". Cada caballo en la hacienda llevaba su nombre claramente identificado. No han existido caballos anónimos en Chile.

A don Bernardo Cabello se le nombra sota de los aradores de la viña, de su poda y arreglo, por lo cual se le pagaba un sueldo especial de 1.25 pesos diarios. Esta era una viña del país de 28 hectáreas, vieja pero en muy buen estado. En ese mismo año se estaba plantando una viña de uva de mesa, y otra parte de cepas francesas para aumentar esta producción.

Los libros registran el envío de regalos y productos a la familia, que ya estaba en la ciudad. A doña Juana Ross de Edwards, propietaria del predio y conocida filántropa de Valparaíso, se le enviaron dos barriles de las aceitunas recién preparadas. Se le envió a Valparaíso dos paquetes de plantas de fresones que había mandado pedir, para plantar en su quinta. Ese mismo año (1892) se hizo un flete con dos barriles de la apreciada chicha del fundo al Presidente Montt, recién asumido después de la Revolución del año anterior. (Flete del 11 de julio de 1892). Como se sabe, Edwards fue monttista y partidario del Congreso en la Revolución. La hacienda tenía relaciones estrechas con La Moneda.

17. Aparecen los siguientes tipos de cuentas bajo el rubro "despesa": Flete de veinte sacos de frangollo de Ucuquer. Compra a Francisco Shemann de 2.269 libras de frejoles a 4 pesos el quintal. Recibo de R. Clavijo por 148 libras de grasa que se le han comprado a 30 centavos. Flete por cien sacos de frejoles despachados de Manantiales (estación de ferrocarriles cercana a la hacienda Nancagua, de los mismos propietarios), etc.

18. Se pagaba del siguiente modo: "Diario • ocho peones, por cuatro días cada uno en la limpia del canal Herrera: 6.40 pesos". La limpia de canales es una tarea difícil e ingrata, sobre todo en invierno. Se la hacía con peones a razón de 0.20 pesos diarios. Se entregaba ración de frangollo.



**CABALLERIZAS DE LA HACIENDA LAS CASAS DE QUILPUE,
TRANSFORMADAS EN CONVENTILLO**
Fotografía del autor (1989)

También se hicieron regalos y pagos por los servicios prestados, al juez de aguas de San Felipe, a quien sin duda era importante tener contento, y al cura del convento El Almendral, "por venir a decir misas los domingos". Además de pagarle este servicio, se le ponía cochero. A los frailes que servían la capellanía, como se llamaba, les daba la hacienda productos y, de tanto en tanto, 100 pesos. Los Edwards no aparecen en la historia como del bando "católico", pero se atenían al uso acostumbrado.

El propietario renovaba las suscripciones a diarios y revistas que llegaban a la hacienda. Así, aparece la suscripción a la *Revista de Industrias*, que dirigía el señor A. Samit; al diario *El Ferrocarril*, de Santiago; a *El Mercurio*, obviamente; y a la *Libertad Electoral*. También se suscribía el diario local *El Aconcagua* y el *Boletín de Agricultura*, de la Sociedad Nacional de Agricultura.¹⁹

En agosto había una partida de peones dedicados a la corta de maderas de álamo y trabajando en el aserradero. En la volteada de un álamo se hirió un peón (el 1 de agosto) y se le pagó un peso a Pedro Lazcano por cuidarlo. Rosendo Cabello dirigía como sota la faena y ganaba 1.50 pesos diarios por esa función. Aparece ganando 0.50 pesos cuando las tareas no son tan complejas, o cuando no tiene responsabilidad. Cabello y Lazcano, según pareciera por los otros antecedentes, eran inquilinos de a caballo. El primero hacía de sota en las faenas delicadas y el segundo era un hábil hombre de confianza para "cosas de animales". Lo vemos ese mes a cargo de la amansa de los caballos, lo han enviado a cargo de un grupo de peones a dejar animales a Til Til, lo envían a buscar unos paquetes a la hacienda de Nogales, propiedad de don Agustín, etc. Es lo que se denominaba "un comodín".

Ese mes de agosto se envió la mayor cantidad de chicha al comercio, y se volvió a enviar un regalito de dos barriles a La Moneda. Salió también ese mes una partida de novillos hacia Llay Llay y continuó la venta de pasto prensado.²⁰ El 5 de agosto llegó una partida de 3.900 plantas de "barbecho de uva cuyana", por tren; el 8 de ese mes llegaron plantas de uva rosada y el 23, dos bultos más. Provenían de la hacienda de Nancagua, con la que Quilpué hacía intercambios permanentes, ya que pertenecía también a doña Juana Ross de Edwards.²¹

En los meses de invierno se trabajó en la fabricación de nuevas carretas para la próxima temporada. Don Exequiel Lepe estuvo a cargo de la construcción y se le pagaron 217 pesos por cinco carretas. Al carpintero don Rosauro Zapata se le encargó entablar la bodega de pasto y el jefe de carpinteros, don Santos Canto y sus oficiales Cataldo, Silva y Carrasco, trabajaron en la carpintería del fundo, en arreglos y reparaciones. Se aprovechó la ausencia de los propietarios para reparar las sillas de junco de la casa y hacer un estante para libros, todo lo cual hizo don Digno Acevedo, a quien se le pagaron 80 pesos por el mueble y 13.25 pesos por las reparaciones. La herrería recibió de Balfour y Lyon de Valparaíso diversas piezas de fierro para confeccionar los ejes y demás aparejos. Asimismo, ese mes de agosto se cambiaron "las

19. Las suscripciones a los diarios capitalinos costaban 10 pesos cada una, y la del diario *El Aconcagua*, 5 pesos. Por el *Boletín de Agricultura*, los tomos 17 y 18, atrasados, se pagó 10.10 pesos.

20. La venta de pasto se hacía a través de una casa de corrajes de Valparaíso. Donoso y Figueroa, compradores de pasto, recibían carros de ferrocarril directamente desde San Felipe. La estación quedaba a unas quince cuadras del fundo. En esos años la industria del pasto seco y enfarinado, en Chile, era muy importante; incluso se exportó a Europa. Para 1910 la producción nacional fue de 3 millones de quintales métricos de *alfalfa* y 240 mil quintales de *trébol*.

21. La hacienda Nancagua, de doña Juana Ross, estaba ubicada en la comuna del mismo nombre en el departamento de San Fernando. Quilpué intercambiaba sobre todo animales con esta otra hacienda, de acuerdo a las necesidades de pastos. El ferrocarril fue clave para permitir estas complementariedades a distancia.

tablas del techo del corredor frente a la oficina" y se contrató "al pintor J. Rivas por pintar el techo del corredor indicado". Todo este arreglo costó 39 pesos.

Como ya hemos dicho, en ese año continuaba la construcción de las "casas nuevas"; la faena estaba a cargo de don Hilario Zapata, a quien se le pagaba un sueldo mensual de 30 pesos. Las tablas de álamo que se estaban aserrando eran para esa construcción. Allí trabajaban varios albañiles, como don Baldomero Sepúlveda, que tenía a trato una parte de la construcción. Seguramente don Baldomero estaba a cargo de una cuadrilla de albañiles, siendo él el maestro principal. Esto porque la faena movía bastante dinero el 8 de octubre se le entregaron 140 pesos y el 22, 164 pesos. La cal que llegaba en tren está anotada aparte,²² por lo que deberían trabajar en las "casas nuevas" unos treinta trabajadores, a un uso promedio de medio peso diario, tomando en cuenta peones, oficiales y maestros.

Vamos viendo que en la hacienda se podía fabricar de todo; casas nuevas, cercos y tapiales, carretas, muebles finos, herramientas; era el tiempo de los oficios.

d) Las cuentas del mes de agosto de 1892

Los egresos de agosto de 1892 sumaron 16.648,72 pesos y los ingresos, 17.245,88 pesos, quedando un saldo en caja de 597,16 pesos. Los ingresos provenían de las ventas hechas a Valparaíso —pasto y chichas principalmente—, de ventas de animales en el fundo a 18 centavos el kilo de carne, de los pagos de arriendos de los inquilinos (casi simbólico) y otros ingresos no especificados.

Los egresos correspondían a gastos del fundo y remesas a la cuenta de doña Juana Ross de Edwards (5.600 pesos en agosto), y a los depósitos a don A. Edwards al Banco de Valparaíso. Ese mes fueron 6.229 pesos. Los costos de operación en un mes como agosto, de baja actividad, eran de 4.819 pesos. Para la lista semanal número 421, de pago de peones del 6 de agosto de 1892, se entregó al pagador, mayordomo o "alistador" Raimundo Prado, 531,40 pesos, y fue la más alta del mes. Con las otras listas, del 13, 20 y 27 de agosto, el pago mensual de salarios ascendió a 1.919 pesos, que con otros pagos atrasados hizo la suma de 2.024,29 pesos. Los gastos de la casa del fundo fueron ese mes de 292 pesos y los gastos generales de 89,60 pesos. El rubro más importante de gastos, después de la planilla de salarios, era el de los "socorros" o préstamos a los inquilinos, que en ese mes alcanzaba la cifra de 1.544 pesos.²³

La hacienda tenía pocos gastos; como se decía, "funcionaba sola": con lo que se vendía se pagaba a los peones, casi no se requerían insumos, todo se producía y el dinero que sobraba se le depositaba al propietario.

e) Fiestas Patrias y elecciones

En septiembre comenzaron a llegar por ferrocarril carros de animales provenientes de la hacienda Viluco, embarcados en la localidad de Linderos. Más de trescientos novillos para engorda. En esos días, como se acercaban las Fiestas Patrias, se contrató una banda y se desembolsaron 60 pesos para hacer una celebración. Se acercaban también las elecciones y el administrador del fundo, señor Carlos Segundo Hopfen-

22. El día 20 de septiembre de 1892 llegó un flete de ferrocarril con un carro de cal desde La Calera, Boletín no. 559. El flete costó 7,60 pesos. Como se ve, las tarifas ferroviarias eran muy bajas; se ha criticado que favorecían a los terratenientes. Vial (*op. cit.*, Tomo II, Vol. I, 431) discute este asunto. El lector puede sacar sus conclusiones con estos datos.

23. Los "socorros" o "adelantos" se entregaban muchas veces también a los "trateros" o trabajadores contratados según trabajo rendido. En general los carpinteros, albañiles, pircadores, etc., trabajaban de este modo.

blatt, sacó "190 pesos para gastos electorales". Se registran también fuertes pagos personales de don Agustín Edwards a don Elías Foncea de Los Andes (1.500 pesos), a don Mateo Balt de Putaendo (2.500 pesos) y a don Clodomiro Mujica de San Felipe (2.000 pesos), que suponemos tuvieron ese mismo objetivo. Al parecer, ese año 1892 las elecciones del nuevo Congreso Nacional eran de mucha importancia.²⁴

Los pagos nos muestran el movimiento de la hacienda:

A Tomás Erazo 20 pesos, por subvención al teléfono de la Estación según recibo; pagado 2 pesos, al cochero que ocupó el R.P. el 28 de agosto ppdo. para decir Misa; flete de encomienda de plantas de parras para la Sra. Juana Ross de Edwards; Id. 1 cajón de aceitunas; herraduras para el caballo "Consuelo".

El 3 de septiembre anota el libro:

Comprado 4 ovillos de hilo-cáñamo y un aparato fierro para ellos a 2.50 pesos"; a la Mónica para gastos menudos ["la Mónica" era la encargada de las casas del fundo, se la denomina a veces "llavera" y otras simplemente "ama"], según el llavero Isidro, por quesillos para la Sra. Mercedes M. de Hopfenblatt [esposa del administrador del fundo]; a Gavina Berrios, sueldo por este mes como cocinera de los perros (2 pesos); a Tomás Erazo por su servicio al teléfono de la Estación por presente mes; pagado para herrar el caballo "Pescado". Flete de dos cajones a doña María Luisa. Id de 1 cajón a doña Juana Ross de E.

En el mes de octubre, cuando se trasquila ovejas, el libro registra la existencia de diez carneros finos, los cuales le son encomendados a doña Bernarda Toro; se le paga 1.50 pesos por hacer el trabajo. Se paga por la trasquila 23.90 pesos, lo que nos permite calcular una masa aproximada de doscientas ovejas. En la trasquila trabajan hombres y mujeres. La señora Bernarda aparece innumerables veces, ordeñando las vacas del pequeño establo que surtía de leche a las casas, haciendo trabajos de conservería, aceitunas, huesillos, etc., todo lo que da prueba de su habilidad y capacidad de trabajo.

f) Preparación de las cosechas

En ese mismo mes se arreglaron y fabricaron rastrillos y demás maquinaria pastera, para lo cual don Máximo Gómez pasó una cuenta de 64.50 pesos, habiendo fabricado los rastrillos y sólo comprado los rayos para las ruedas y un par de ruedas nuevas traídas de Valparaíso. Llama la atención la capacidad que había en el predio para reparar, mejorar e incluso fabricar maquinaria. Todos los testigos hablan de la calidad y capacidad de los maestros y trabajadores, de su inventiva.

Habría que anotar que en septiembre se le contrató más personal al hortelano don Alfonso Pérez, para los trabajos de la huerta de las casas del fundo. Las faenas de las nuevas casas continúan y se percibe mucha actividad y preparativos en las bodegas.

Las bodegas de vinos estaban creciendo en esos años, como se puede observar de las pipas y fudres comprados por la hacienda y las obras de adelanto en vasijería que se estaban haciendo. En septiembre aparece don Juan Chaparro a cargo de la tonelería; se lo designa como "tonelero". Se sabe de fletes de maderas de roble desde

24. La familia Foncea, de Los Andes, era de agricultores con ligazones comerciales en Argentina. Don Alfonso Foncea fue desde 1912 encargado del Consulado de Chile en Mendoza. De las otras personas carecemos de antecedentes.

Valparaíso y aparece en las cuentas la fabricación de nuevos toneles. Junto a don Jerónimo Cherblanc, viñatero contratado, trabajaban en las bodegas un bodeguero, don Jorge Segundo Mayer, persona de mucho respeto, ya que en esos años se le muere su madre y el hecho es consignado en varias oportunidades. Claudio Luna era el mayordomo de las viñas y bajo él estaban los sotas y la peonada.

En noviembre la herrería comienza también a mostrar gran actividad. Llegan cajones con partes y piezas de Valparaíso, un flete de mercadería, y se contrata más personal a cargo del herrero principal, don José Fernández. El mecánico Hollmann se encarga de arreglar las máquinas para las cosechas. Es solicitado del fundo de Llay Llay, adonde viaja, ya que al parecer servía a todos los fundos de los propietarios. El 6 de diciembre le llegan desde Barón, en Valparaíso, seis cajones de piezas de repuesto que había solicitado, con lo cual aparece en las cuentas componiendo los motores del predio.

La principal actividad en esos meses era la siega y aprensado de pasto. Esta faena se realizaba a trato en el potrero "El Molle", mediante una máquina a vapor. El 6, 7, y 12 de diciembre llegan carros de carbón de piedra para esta faena. Los carros han sido enviados por Saavedra y Benard, a un costo de 14 pesos cada flete. El 17 llegan cien rollos de alambre, también por ferrocarril, y el 24 otro carro de carbón. En ese momento ya estaban funcionando dos máquinas aprensadoras, la del "Molle" y otra dicha "de abajo". Se pagaba por fardo a los aprensadores, siendo el trato de 5 centavos por cada uno. Las cuentas que tenemos a la vista permiten obtener un total de 3.160 fardos pagados en diciembre.

De Nancagua llegaba en diciembre lana para ser aprensada. Al parecer en esa otra hacienda no había este tipo de maquinaria. Los fardos de lana eran luego enviados a Valparaíso para su venta. A don Rafael Arcos, otro maestro tonelero, se le paga por entregar cinco barriles para la bodega, a 1.50 pesos cada uno. El 30 de diciembre se ha enfermado la señora del administrador y se busca una enfermera en San Felipe, la que es traída en coche. Isidro Zúñiga, el llavero del fundo, es enviado a Santiago a buscar al doctor Oyarzún y se le dan 10 pesos para los gastos de este viaje. No sabemos lamentablemente cuál sería la cuenta del médico por esa visita domiciliar al campo. Sabemos sí que a la enfermera que cuidó a la señora durante doce días se le pagaron 20 pesos.

g) El verano y las cosechas

En enero ya está todo listo para la cosecha del trigo, y llegan echonas nuevas para los cortadores y piezas para las dos segadoras mecánicas, de tiro animal. Se arreglan también los collares de suela para los caballos de tiro, y se pagan 7 pesos por una silla de montar. Se compran diez yugos y una docena de agujas para coser sacos, las que cuestan 40 centavos. El 28 de enero se pagan tres listas de peones separadas, a diferencia de los otros meses, en que corría una sola lista por haber menos personal. Una lista, que agrupa a los cosechadores, es pagada por Cesáreo Barcina y suma 576 pesos; la siguiente lista, del 4 de febrero, fue de 740 pesos, lo que nos estaría señalando el pago de casi doscientos cincuenta trabajadores. En las casas del fundo trabajaban en diversas actividades alrededor de veinticinco personas y en la construcción de las "casas nuevas", unos treinta albañiles y peones ayudantes. Habría que agregar a estas faenas, el personal de las bodegas, y la obra de ladrillos y tejas que en esos días funcionaba a marcha forzada, ya que aparecen dos envíos de carboncillo desde Valparaíso en tren.

El 25 de febrero se pagan canastos especialmente mandados a hacer para encomiendas, y canastos para la cosecha de uva. La docena de canastos era pagada a 2 pesos. Don José Letelier de Talca remite diez fudres por ferrocarril para la bodega y

se envían ocho bultos desde Santiago para armar una prensa de orujo.

La hacienda está en pleno período de cosechas. Los porotos o frejoles se pagaban a 7 pesos la fanega, y se compra una cantidad de "bayos grandes" para la comida de la peonada. Ese mes, de gran actividad, el rancho para los peones costó la suma de 23.50 pesos, muestra de que no era ni muy abundante ni tampoco muy oneroso para la caja de la hacienda. El gasto de las casas del fundo entre el 17 y el 31 de marzo fue de 100.45 pesos, lo que permite comparar. Al parecer, en ese mes estaba la familia de los propietarios, aunque no consta que estuviese doña Juana Ross. Llegan de Valparaíso dos partidas de barricas de cerveza, se contrata un *ayudante extra* de cocina por el mes (20 pesos) y aumenta el lavado de ropa. Por lo general, era de tres a cuatro docenas al mes, y ese mes se lavaron dos veces nueve docenas (a peso cada docena). El 25 de marzo se compraron para la cocina de las casas once pollos, una gallina y cuatro pollonas; el 26, cinco pollos y el 28, un pavo (3.50 pesos) y cuatro pollos. Se ordeñaban diez vacas para las casas y a la lechera se le cancelaba 2.50 por el mes.

La viña, entrando marzo, está casi lista para la vendimia. Se encarga fulminante, munición y pólvora para los "rondadores" de la viña; velas para la bodega del cerro y aceite de nabo, ocho escobas para el aseo de las bodegas. Llegan doscientas duelas de roble americano por ferrocarril, se siguen pagando canastos vendimiadores y fermentadores (canastillos), y llega una bomba para la bodega proveniente de la casa Child y Cia., de Valparaíso.

h) Las cuentas en el fin del año agrícola

En marzo han disminuido los peones a casi la mitad. Las siembras de trigo habían terminado²⁵ y el pasto aprensado estaba en sus últimos cortes (se le daban tres). En abril sólo continuaba la faena de enfardadura de la paja del trigo, a cargo de don Juan González y de Efraín Rivas, cada cual en una máquina. El 11 de abril ha comenzado "la alfalfadura de potreros". Se compró semilla a don Honorato Lazcano y don Ramón Otaegui a 25 pesos los noventa y dos kilos que contenía el saco.²⁶ Los huertos y frutales están en su mejor momento y durante marzo se envían encomiendas grandes (por el costo del flete) de frutas a la parentela de los propietarios.²⁷ La vendimia ha comenzado, lo que ha atraído a la casa del fundo a numerosas personas de la familia propietaria. Este hecho está consignado en las compras de la cocina de las casas. El día 18 de abril se comen once pollos corrientes, once gallinas y cinco pollos grandes. La manducación de volátiles termina el día 21, en que las cuentas de la casa señalan dieciséis pollos y siete gallinas más. La lavandera, María Muñoz, el día 28 de ese mes llevó nueve docenas de ropa, dos colchas y una carpeta que había lavado, por lo cual ganó 11 pesos.

A fines de abril se sacan las cuentas de las diversas actividades; se arreglan los saldos con los aprensadores que trabajaban a contrata, se arregla la siembra de cebada, los fardos —que eran seiscientos diez— se guardan para el invierno, se llama a los chacareros para que paguen sus arriendos, y también se les pide los abonos a los

25. Las indicaciones acerca de la superficie sembrada de trigo ese año son poco precisas; calculamos en 80 hectáreas la siembra y unos 2 mil sacos de producción. El pasto sería de unas 150 hectáreas aproximadamente. Hubo también una siembra de cebada, menor que las anteriores.

26. La cantidad de 1.727 kilos de semilla de alfalfa, lo que permite calcular lo sembrado.

27. "Flete F.C. sobre encomiendas por frutas a las Señoras Juana R. de Edwards, María L. Mac Clure de Edwards [sic], Ana Errázuriz de Rodríguez, y señores Carlos Max Clure [sic], Ricardo Ferarí, etc., según detalles en libro de gastos de marzo 4 a abril 5, 1893". El diligente mayordomo-cronista nos da cuenta de las personas relacionadas con la hacienda a quienes se les enviaba frutas. Los fletes costaron la enorme suma de 22.10 pesos.

inquilinos por los suyos. El pago de peones ha llegado a su nivel ms bajo, ya que han partido los peones forasteros. El 29 de abril se paga una lista de sólo 372 pesos, un tercio de lo que se pagaba hacía dos meses en pleno tiempo de cosechas. La bodega, por el contrario, tiene mucha actividad, y sabemos que hay varios toneleros trabajando: don Timoteo Carrasco y don José Ordenes, quien, además de su oficio, era inquilino, con casa dentro del fundo que estaba arreglando y techando, según consta en los permisos que se le entregaban. La vendimia duró ese año entre el 10 de abril al 11 de mayo y se pagó 1.221 pesos a los vendimiadores, que calculamos deben haber sido unos ochenta durante ese mes, ya que ganaban a trato, por canasta, un promedio de 50 centavos, habiendo algunos que hacían cifras mayores.

El año terminaba con las cuentas, las cosechas, los depósitos de las ventas en el Banco de Valparaíso, en la cuenta personal de doña Juana Ross, y en el inicio del ciclo para los habitantes de Quilpué. Los trabajos se habían hecho bien y como correspondía. El año empezaba nuevamente.

4. LOS TRABAJADORES

La hacienda Quilpué era una sociedad local compleja. Nos da la impresión de una comunidad internamente jerarquizada, según cargos y oficios. Era comunidad en la medida en que había una población "nacida y criada" en la localidad, que vivía de un conjunto de recursos que eran de la hacienda: tierras cedidas en contrato de inquilinaje, tierras de regalía, talajes, arriendos de chacras, trabajos de la hacienda, etc. Era una comunidad en la medida en que había una referencia a un recurso común (aunque no propio) y sobre todo, en la medida en que allí se daban los típicos procesos de entrecruzamiento familiar y jerarquización de toda comunidad. Las jerarquías estaban dadas por el reconocimiento que la hacienda hacía de ellas. La calidad de maestro, oficial o inquilino de a caballo, la confería la hacienda; era su reconocimiento el que permitía subir en la *escala social hacendal*.

La sociedad hacendal era una comunidad *dependiente*. La diferencia fundamental con comunidades independientes, es que en éstas el reconocimiento viene de sí misma, de la misma sociedad, ya que los recursos son propios. La gran aspiración de los inquilinos era independizarse. Las comunidades de Encón, Las Coimas (camino a Putaendo), Calle del Medio, Cancha del Olivo, Cancha del Llano, etc., que rodeaban a la hacienda Quilpué, mostraban el camino y la alternativa. La mayor parte de estos "pequeños propietarios" provenían de los inquilinos enriquecidos de las haciendas: mayordomos, capataces, etc., que acumulaban ganados, compraban "un terrenito" en la comarca, o se "emparentaban" con los antiguos propietarios. Era la salida por arriba, al "ascenso social hacendal". No se abandonaba la comunidad, ya que la sociedad hacendal estaba cruzada por múltiples relaciones familiares y de todo tipo con las comunidades de pequeños agricultores independientes de los alrededores, pero se adquiría una cierta independencia.²⁸

a) El inquilinaje en Quilpué

La población ms estable de la hacienda estaba compuesta por los *inquilinos*. Se cuentan en los libros sesenta y nueve posesiones de inquilinos que, siguiendo la tradición

28. La comunidad también era una comunidad de creyentes. Todos los domingos iba el cura del Almendral a decir Misa. Las fiestas religiosas se celebraban con entusiasmo. Muy cerca en Santa María se realizaba una celebración de la Virgen con cofradías y cantos de alféreces. Los entierros parecen haber sido cosa seria, a lo menos por el aporte en dinero que se veía obligada a hacer la hacienda.

antigua, se denominaban "arriendos de inquilinos".²⁹ A ellas debía sumarse las casas de sotas, mayordomos, oficiales y maestros especializados del fundo, que en las listas no aparecen como inquilinos, aunque en la práctica tenían derechos semejantes. Todo esto nos daría unas ochenta familias estables en el fundo, que junto al personal forastero, allegado y de diverso tipo, representa una población aproximada de ochocientas personas permanentes en el interior del predio.

La costumbre del lugar establecía que los derechos de inquilinaje consistían en una cuadra de tierra para sus siembras, la casa y el huerto que la circundaba. La hacienda Quilpué era estricta con los talajes, ya que competían por los pastos con la crianza de la propia hacienda. Sólo los inquilinos de a caballo tenían derecho para talajear su animal de trabajo, y una vaca o vacuno con permiso especial de la administración. Los inquilinos además tenían derecho a recibir la ración de porotos y frangollo, al igual que la peonada, y la galleta de 480 gramos de pan candel que se repartía dos veces al día.³⁰

La hacienda debía, por tanto, repartir casi cien hectreas en regalías a los inquilinos; si a ello se suman los talajes —que no eran muchos—, los huertos y casas —por lo general un cuarto de cuadra— y otras regalías territoriales, tenemos que casi un quinto de las tierras de riego tenían "un carácter cautivo".³¹

El valor anual de los arriendos no era absolutamente simbólico, aunque al parecer se perdonaba su pago atrasado. Tenemos que en mayo de 1893 pagaron arriendos veinte inquilinos a un promedio de 25.49 pesos. El total recaudado fue de 509 pesos, lo que no era una cifra despreciable.

Los arriendos tenían valores diferentes, y nos imaginamos que las superficies y calidades de las tierras de regalía eran diferentes. Por ejemplo don Gregorio Verdejo, inquilino, en 1892 canceló 50 pesos, quedando en deuda con 2.50 pesos, que canceló en abril de 1893, en que volvió a cancelar 52.50 pesos. En cambio el arriendo Número 69, de Evaristo Pizarro, tenía un valor de 30 pesos. El más barato era de 16.25, de don Jenaro Herrera, y el más caro el ya señalado de Verdejo.³²

29. Recordemos, tal como enseña don Mario Góngora, que el inquilinaje proviene de los arrendatarios del siglo XVII y primera mitad del XVIII; que el endeudamiento y otras circunstancias le hicieron perder su independencia. En la zona de Putaendo y Aconcagua se mantuvo hasta muy tarde la idea primitiva de "arrendamiento". La misma palabra que en otras partes de Chile se ha perdido, allí se mantuvo. Véase lo que dice Baraona acerca de este punto en su libro *Valle del Putaendo* . . . Recientemente, en unas historias de vida se observa lo mismo: Lila Acuña, *Hombres y mujeres en Putaendo* (Santiago, 1986). Dice la mujer, recordando: "Juan tenía arriendo, yo amasaba, cosechaba" (p. 53). Estas personas vivían en la antigua hacienda El Tártaro. Góngora señala en varias partes que los patronos cobraban el arriendo, aunque no fuera sino en forma simbólica, para demostrar la precariedad de la posesión del inquilino. Vemos que esa costumbre se mantuvo hasta fin del siglo pasado en Quilpué. Anualmente se les cobraba los arriendos a los inquilinos.

30. Véase la nota más adelante sobre la fabricación de pan.

31. Denominamos tierras "cautivas" a aquellas que por la costumbre se tenían que entregar como pago de la mano de obra y, por tanto, no podían dedicarse a producción para el mercado. La principal contradicción interna de las haciendas, en el período siguiente, después de 1924, será justamente entre las necesidades de ampliar las tierras dedicadas al mercado y la existencia de tierras y recursos cautivos que no pudieron dinamizar. La incapacidad de la clase terrateniente para "liquidar el inquilinaje" es, sin duda, el problema más profundo que explica la crisis agraria del siglo XX (1930-1970) y la necesidad de intervención estatal. Véase nuestra *Historia social* . . .

32. Esta hipótesis se afirma analizando las listas de nombres que presentamos más adelante. Los inquilinos que no pagan (s/c sin cuota de tierra) por sus arriendos aparecen con oficios y se los conoce por tales. Caso de don José Ordones, inquilino, que aparece como cortador y enfardador de pasto; don Eugenio Ibacache, que aparece como "pircador" y que al morir el año 1884 es señalado como "inquilino"; y varios casos más. Estos "inquilinos" eran trabajadores permanentes del fundo con derecho a casa, regalía y ración. Habían perdido las obligaciones de los antiguos "arrendatarios o inquilinos".

Llama la atención que en los tres años que hemos podido seguir el rastro, sólo veintinueve inquilinos pagaron sus arriendos; únicamente dieciocho fueron puntuales, y el resto pagó a cuenta una parte y luego fue entregando pequeños adelantos por dos años juntos. Podríamos suponer que el resto (casi cuarenta) o no pagaba, o se le descontaba de otros trabajos que realizaba, siendo en este caso más parecido al tipo de inquilino que conocemos en el resto del Valle Central.³³

Si esta hipótesis fuera cierta, tendríamos en Quilpué, aún a fines de siglo, inquilinos con dos tipos de obligaciones: la mayoría, que pagaban los derechos de tierras que les concedía la hacienda sólo con su trabajo y el de los peones obligados. El segundo grupo, como resabio del pasado, pagaría sus derechos en dinero, aportando un peón obligado como parte del contrato. El derecho a no trabajar directamente, a poner reemplazante, se pagaba con el arriendo. Este sector mantenía, por tanto, la independencia relativa de los primeros inquilinos del siglo XVIII.

Quilpué seguía la costumbre de toda la zona central de Chile, que había transitado entre el inquilino-arrendatario, forma antigua en desuso en el siglo XIX, al trabajador-inquilino, forma moderna de uso de la mano de obra rural. Los manuales de uso de mano de obra de la segunda mitad del siglo XIX ya no exigían el pago de los arriendos; sólo señalaban el pago de "renta en trabajo".³⁴

33. Véase el *Manual del hacendado*, de don José Manuel Balmaceda. Lo describimos y comentamos en nuestra *Historia social*... El caso de Quilpué es una excepción. Los cuadernos de otras haciendas que poseemos, ya desde 1875 describen un inquilino que sólo paga en trabajo sus derechos. Esa es la llamada "obligación". El pago de un canon de arrendamiento por la tierra cedida se perdió en la primera mitad del siglo XIX, y sólo persistía en lugares como el aquí descrito.

34. La lista de inquilinos que hemos podido reconstruir es la siguiente:

	Número de la posesión	Pesos del arriendo
Daniel Zamora	53	30
Dionisio Corvalán	17	24.37
Leandro Ojeda	37	30
Jose Ordenes	19	32.50
Bernardo Llanos	54	20
Enrique Villaseca	16	30
Faustino Segura	45	45
Francisco Arancibia	34	30
Domingo Segura	18	20
Basilio Rosas	23	30
Antonio Donoso	43	30
Jenaro Herrera	20	16.25
Benjamín Muñoz	14	20
Felix Fernandez	41	-
José Cortez	30	-
Julián Rosas	31	45
Carmen Silva		22.50
Evaristo Pizarro	69	30
Gregorio Verdejo	32	50
Bernardo Illanes	54	40
Pedro Morales	3	20 (a cta.)
Pablo Herrera	11	30 (id.)
José Nuñez		45
Antonio Donoso		30
Anselmo Nuñez		45
Martin Salinas		30
Manuel Olivares		60
Juan de Dios Arancibia		7.50 (a cta.)
Abraham Ordenes		20
Antonio Morales		s/c
Carmen Neira	s/c	

Eran tiempos en que las personas tenían oficios. Cada uno lo había aprendido de su padre, de un maestro, y era orgulloso de sus conocimientos. Se llegaba a ser maestro tras una medieval escala de ascenso que comenzaba con el trabajo infantil, juvenil, seguía con el cargo de oficial y terminaba en el reconocimiento de maestro por la hacienda y la sociedad local. La hacienda era un sistema radicalmente distinto a la moderna empresa industrial —y también agrícola—, en que los cargos se despersonalizan y desespecializan, la fuerza de trabajo se proletariza y pierde el manejo y conocimiento de la tecnología. En la hacienda se hacía y fabricaba de todo. Los maestros que levantaron el palacio de Quilpué, obra sin duda espectacular, fueron nacidos y criados allí, gente común que sabía su oficio. Lo mismo se puede decir de quienes fabricaron los complejos marcos partidores de aguas, las bocatomas y demás obras de ingeniería hidráulica.

En la hacienda el oficio del maestro era respetado, apreciado y mejor pagado que el de inquilino. Había buenos maestros, que tenían sus cofradías, como la Unión de Artesanos y la Sociedad de Artesanos. En San Felipe todavía se los puede ver en los cuadros y fotografías que cuelgan de las paredes de su Club Social. Vieja tradición artesanal en estas zonas del país.

Los maestros de la hacienda se dividían según especialidades, de las que las principales eran las relacionadas con la herrería, la carpintería y las construcciones de casas, pircas, tapias, etc.; las labores de riego y canales, las que tenían que ver con las carretas y manejo de los vehículos. El aserradero era otro ámbito de especialización. Y en esos años en que la "revolución industrial" llegaba al campo al sonido del locomóvil, la mecánica era el oficio moderno por excelencia; no es por casualidad que el mecánico Hollman fuera un inglés, o a lo menos de apellido inglés.

Sorprende la lista de oficios de la hacienda. No encontramos a los maestros en diferentes oficios; cada uno sigue a lo largo de tres años en su misma actividad especializada. Había respeto por la mano de obra calificada. Santos Canto era el carpintero; hasta que se muere en 1894, Ibacache era el pircador del fundo; otro era el albardero, encargado de hacer las tapias de adobones que hasta el día de hoy, a cien años y varios terremotos, se mantienen en pie. Hacían bien su trabajo.

El 31 de marzo de 1893 se pagaron sueldos a veinticinco empleados que en forma estable había tenido el fundo durante todo el mes anterior. En noviembre y diciembre la cifra había alcanzado a treinta y dos y treinta y cinco respectivamente. Estos sueldos eran pagados en lista diferente que la de los peones e inquilinos, la que se cancelaba semanalmente. A los denominados "empleados" se les pagaba según trato específico y se iba descontando de los "socorros" que solicitaban dos o más veces al mes. Aparte de estos veinticinco a treinta y cinco empleados permanentes, habría que considerar a los empleados "particulares" o de mayor rango y oficio, tales como el viñatero, el administrador, etc., los que no aparecen en la lista.

La hacienda tenía entre veinte y treinta maestros estables. La lista que se presenta es de personas que trabajaron a lo menos dos años, según van apareciendo en las nóminas de socorros:

Juan Herrera	s/c
Serafin López	s/c
Ramón Castro	s/c
Eugenio Ibacache	s/c (*)

29 inquilinos pagaron (1892-1893)

(*) Era pircador del fundo e inquilino. Murió en 1893 y la hacienda le dio a su hermano Pantaleón, cocinero de los peones, 15 pesos para su entierro.

José Hollman	Mecánico
Máximo Gómez	Mecánico segundo
Zoilo Córdova	Oficial mecánico
Exequiel Lepe	Encargado de carretas
Santos Canto	Carpintero
J. Cataldo	Oficial de carpintería
E. Silva	Oficial de carpintería
Baldomero Sepúlveda	Albañil
Rosauro Zapata	Techador
Faustino Segura	Techador
Alfonso Pérez	Hortelano
Benito Palma	Ayudante de hortelano
Hilarión Cifuentes	Juez de río
Matías Figueroa	Tomero (ld. mayordomo)
María Muñoz	Lavandera
Faustina Silva	Lavandera de paños, sacos y otros
José Fernández	Herrero
José Silva	Herrero (reemplazante)
Hilario Zapata	Jefe de obra (casas nuevas)
P. Pérez	Pintor
Lindor Córdova	Cortador de ladrillos
Isidro Córdova	Tejero
Tomás González	Cantero, picapedrero
Gerónimo Cherblanc	Viñatero
Jorge Segundo Mayer	Bodeguero
Rafael Arcos	Tonelero (1892)
Juan Chaparro	Tonelero
Timoteo Carrasco	Tonelero (1893)
Matilde [Masildo] Figueroa	Canastera [o]
Eugenio Ibacache	Pircador
Eliseo Yanca	Pircador (a)
Francisco Olivares	Tapiador, o bardador
Tomás Erazo	Telefonista
Jenaro Herrera	Jardinero
José Cortés	Id.
Evaristo Lobos	Id.
Cruz Montenegro	Id.
Bernarda Toro	Ordeñadora, trasquiladora, etc.
Jerónima Gutierrez	Trasquiladora y lavado de lana
Pedro Lazcano	Amansador de caballos
Baldomero Cantellano	Id.

35. Notas a la lista de maestros y oficios:

- A Eliseo Yanca se le cancelaron 38.33 pesos el 6 de mayo de 1893, por "una cuadra y 100 varas pircas en el potrero Chorrillo". ¿Cuánto demoraba en construir esa pircas? A Eugenio Ibacache, "por 4 cuerdas 37 varas de pircas en Chorrillos, 97.13 pesos", el 5 de mayo del mismo año.
- Estos eran los cocineros para la peonada y las casas en tiempo normal. Cuando la familia iba al campo, iba un cocinero llamado Domingo, especialmente desde Santiago. Aparecen noticias como ésta: "Gastos del cocinero Domingo en venir de Lailai, ir a Santiago y volver con la familia".
- El oficio de panadero habría terminado en 1893, en que comenzaron a aparecer cuentas de gasto en "galleta para los peones", por un tal J. J. Canelo, posiblemente una panadería en San Felipe. Esto ocurría en la mayor parte de las haciendas modernizadas de fines de siglo. Véase Segundo Tomo de *Historia social de la agricultura chilena* (Santiago, en prensa).
- Minero del fundo a cargo de una mina que allí había. No tenemos más datos. Era pagado por el fundo.
- No sabemos el nombre del ovejero, pero se le pagaba 0.25 pesos diarios, 7.75 pesos mensuales.

Claudio Luna
 José Carmona
 Emilio Segura
 Hilario Zapata
 Fidel Orrego
 Pantaleón Ibacache
 Juana Valdez
 ... (c)
 Juan González
 Juan G. Vicencio
 "Mantera" Orrego
 Juan José Briceño
 Exequiel León
 José María Montenegro
 Máximo Cifuentes
 ... (e)
 Fidel Leiva
 Benito Palomo

Herrador de caballos
 Capador
 Cochero
 Custodio de las casas
 Mozo de las casa
 Cocinero (b)
 Cocinera
 Panadero
 Aprensador (jefe de faena)
 Talabartero (sillas de montar)
 Tejedora de mantas
 Leñero
 Rodrigonero
 Chacarero (arrendatario)
 Minero (d)
 Ovejero
 Cuidador de riegos
 Carbonero

De los cincuenta y nueve oficios que aparecen en la lista, algunos eran permanentes en el fundo, como los ligados a la carpintería, a la construcción de casas, a la herrería, a las mejoras de cierres y tapiales, etc. Otros eran temporales, como los de amansador de caballos, capador, tejedoras de mantas, etc. Sus nombres no aparecen en las nóminas de inquilinos, peones y otros, por lo que podemos suponer que eran campesinos independientes de los alrededores o personas que vivían en San Felipe y tenían este oficio. Eran llamados cuando se los requería.³⁶

c) La administración de la hacienda

Un jerarquizado cuerpo administrativo manejaba cotidianamente la hacienda. A la cabeza estaba el *administrador general*, quien reemplazaba al patrón o propietario. En este caso se trataba de una persona de rango técnico, posiblemente extranjero, y que tenía muchas prerrogativas. Vivía en las casas de la hacienda con su familia, comía de las casas y posiblemente en el comedor con los propietarios cuando éstos visitaban el fundo; giraba en la cuenta bancaria, se le lavaba la ropa por cuenta de la hacienda, veraneaba en Jahuel, participaba en la política local, y llevaba todos los asuntos del campo. No es fácil determinar el sueldo del administrador, ya que los libros lo muestran retirando dinero a cuenta posiblemente de utilidades. No aparece tampoco con derechos de tierras ni realizando labores agrícolas o negocios por su cuenta.

A continuación vienen los *mayordomos*, *capataces* y demás cuerpo de administración, compuesto por personas de la misma hacienda que habían ascendido a puestos de confianza. Tenían sueldos por su labor y derechos de tierras y talajes. Posiblemente esas tierras las trabajaban con peones contratados, los que obviamente no aparecen en las cuentas generales. Sus salarios eran considerablemente mayores que los de los maestros, inquilinos y peones. Era la "gente de a caballo", como se decía en la época, y la demostración está en que la hacienda les proveía cabalgaduras, las herraba, etc.

36. Lamentablemente el Censo de 1895 nos entrega antecedentes de oficios sólo a nivel del departamento de San Felipe, que en ese entonces era muy grande. De todos modos, el hecho de que el Censo señale con claridad cada profesión u oficio muestra la estabilidad de éstos. Véase *Censo General de la República*, 1895, p. 541.

La estructura administrativa puede verse en el siguiente cuadro:

Administración de la hacienda Quilpué

Carlos Hopfenblatt	Administrador
Raimundo Prado	Mayordomo
Claudio Luna	Mayordomo de las viñas
Matías Figueroa	Mayordomo del canal o tomero
Daniel Ibaceta	Ayudante de mayordomo
Isidro Zúñiga	Llavero
Eliseo Vignes	Contador (externo)
Cesareo Bárcina	Capataz
Elías Galaz	Vaquero ³⁷
Manuel Segundo Cantellana	Vaquero o potrerizo (caballos)
Evaristo Pizarro	Sota
Lindor Quiroga	Sota del potrero "Los Molles"
Rosendo Cabello	Sota del aserradero
Mónica Flores	Llavera de las casas
Rosa Zamora	Ayudante de "la Mónica"
Encarnación Fernández	Ayudante de cocina (1894, verano)

El llavero Isidro y la llavera de las casas tenían lo que hoy día se llamaría "caja chica", esto es, un dinero para gastos corrientes, de los que debían dar cuenta al mayordomo, quien llevaba los libros de caja y que posiblemente es el cronista de quien hemos extraído estos datos. Doña Mónica Flores, que aparece en los libros como "la Mónica", mandaba en las casas del fundo; tenía a su cargo las compras de alimentos, contrataba a los ayudantes y mozos, etc. En algunas relaciones aparece también como inquilina, y por tanto con derechos de tierras, pero en ninguna parte aparece pagando "arriendos de inquilinaje".

El llavero Isidro aparece encargado de llevar el control de las herramientas del fundo, de señalar su estado y necesidades de reparación, etc. Llevaba también el negocio menudo con los inquilinos, comprándoles productos para "la despensa" del fundo, que también controlaba. La "despensa" era la provisión de alimentos que se tenía para el "rancho" de los peones. Era necesario tener una buena cantidad de porotos, frangollo, ají de color y picante, zapallos, grasa, etc. Para abastecer la despensa se compraba a los inquilinos y vecinos, se encargaba a otros fundos de la familia—por ejemplo, los porotos se traían de la hacienda Nancagua—, y se compraba a algunos abastecedores permanentes. El señor Clavijo era el abastecedor de grasa, charqui, carne, etc., y a él se le vendía animales. El llavero Isidro aparece en las cuentas casi semanalmente entendiéndose con este personaje, con el cual lo debe haber unido no sólo una relación comercial.

Los *mayordomos de viñas y de canal* tenían cada uno a su cargo esas importantes y especializadas labores de la hacienda. El mayordomo del canal es llamado también "tomero", esto es, el encargado de la toma de agua o bocatoma. Su mayordomía se ejercía principalmente en las construcciones y reparaciones de canales y en las "limpias", faenas, como se sabe, de la mayor importancia en una agricultura de riego como la de Quilpué.

El *capataz* era otra de las autoridades del predio. Estaba debajo del administrador y casi al mismo nivel del mayordomo. Pensamos que el mayordomo estaba dedicado más a la administración económica de la hacienda y el capataz más a la

37. El vaquero Elías Galaz tenía mediería con el fundo y le vendía porotos para las raciones y ranchos (1893).

producción "en terreno", con un control más directo sobre la mano de obra. Es por ello que aparece don Cesareo cobrando las multas y castigando a los peones.³⁸ El capataz era también pagador de peones, vigilante, hombre de confianza de las casas. El señor Barcina, al igual que el señor Prado, sabían obviamente leer y escribir, llevar cuentas, y pertenecían a la clase media en ciernes, de San Felipe. Aparece don Cesareo (o Cesario) girando en la cuenta bancaria, haciendo depósitos, encargándose junto al mayordomo de los pagos en aquellos meses en que había más de una lista que pagar, por existir gran cantidad de personal. La hacienda le ponía caballo y a veces coche, para el cual se tenía preparada permanentemente "la piara de don Cesario Barcina". Esta era sin duda una situación que no ocurría en todas las haciendas, donde el capataz era una persona más iletrada y de menos rango.

La ganadería del fundo estaba al cuidado del "vaquero", don Elías Galaz, que era un campesino, inquilino de a caballo, hombre sin letras. Le daba cuenta al capataz y al mayordomo del movimiento ganadero del fundo, que en el caso de Quilpué no era muy grande, ya que la lechería permanente era pequeña (diez vacas promedio en ordeña). Tenía como ayudante a un vaquerizo, a veces apodado potrerizo, quien se encargaba de los cierres de los potreros donde estaban los animales y en ciertas épocas del cuidado especial de los potrillos y potrancas. Aparecen multas en su contra por haber dejado un potrero abierto, haber roto una reja, y situaciones parecidas.

Los *sotas*, o también llamados por la gente "ministros", eran los vigilantes a cargo de una faena específica; eran los jefes de cuadrilla, que como en la baraja, mandaban a diez hombres. En general el sota era un campesino o inquilino mayor, de confianza de la administración. Andaba a caballo, no trabajaba directamente sino que dirigía, controlaba y supervigilaba la faena. Si se trataba de faenas complicadas se le pagaba un tanto más, como hemos visto en el caso de don Rosendo Cabello. Si los peones ganaban 20 centavos, el sota ganaba 50.

d) Los peones

La masa laboral era la peonada del fundo. Ahí se mezclaban los peones obligados que ponía cada casa de inquilinos, fueran arrendatarios o no. La "obligación" en Quilpué era de "echar un peón", esto es, poner a disposición de la hacienda un trabajador, por la paga normal y la ración, sin derechos de tierra. Esta era la masa peonal permanente del fundo. Por los apellidos podemos percibir que se trataba de parientes cercanos, en la mayor parte de los casos hijos de inquilinos. El hijo mayor reemplazaba al padre y pagaba la "obligación" con la hacienda. "Reemplazante" le decían también.

Junto a este grupo de peones internos a la hacienda, estaba la *peonada afuerina*. Se componía esta peonada de dos tipos: unos peones que procedían de las cercanías de la hacienda y que venían durante casi todo el año a trabajar a ella, y otros que venían sólo en las temporadas de cosechas y eran de lejos. A estos últimos les decían "forasteros". La hacienda tenía en ese entonces unos ranchos de paja donde se alojaba la gente forastera. Estos "colectivos", como se llamaban, eran de quinchá blanqueada a la cal y techo de totora. Lo podemos saber por los gastos de reparación que allí se hacían y que aparecen en las cuentas. Recibían ración de comida y galleta campesina (pan). En tiempos de cosechas los salarios para esta peonada afuerina eran un poco

38. El régimen de multas era muy severo. Prácticamente todas las listas semanales poseían devoluciones por multas. Los *sotas* y personal de vigilancia eran los encargados de juzgar y cobrar. Por ejemplo: "Multa de 2 pesos impuesta a Lindor Quiroga por haber quebrado dos postes de alumbrado". Multas por expender licor. Multas por falta de peón a un inquilino, etc. Asimismo, aparecen peones entregados a la policía de San Felipe por diversos motivos.

más altos que durante el año.

La hacienda funcionaba con un grupo estable de administración, un grupo estable de maestros, inquilinos y peones. Las variaciones de mano de obra entre una temporada y otra eran pronunciadas, tal como se puede ver en el cuadro del Apéndice I.

No es fácil analizar estos datos, ya que no siempre es clara la causa del aumento de peones. Podemos establecer algunas evidencias. El momento más alto se da el 20 de febrero, en que las cosechas están realizándose. En 1892-93 hubo más actividad agrícola que en 1893-94, lo que redunda en que en el segundo año analizado las necesidades de personal fueran menores.

En el primer año se junta a la actividad agrícola la construcción del Palacio de Quilpué, como hemos dicho.

Terminadas las cosechas hay un momento de baja sustantiva en la mano de obra, la que se recupera con diversos trabajos de invierno, como hemos visto en la sección anterior. Llama la atención el alto nivel de trabajo de invierno, que algunos años sólo en agosto se ve disminuido. Se podría pensar que las semanas de lluvia están claramente marcadas por disminución en el pago a peones. Los días posteriores a las Fiestas Patrias, en dos casos en que el 18 de septiembre cae a mitad de semana, disminuye la gente que sale a trabajar.

La variación en la mano de obra era muy alta, y por ello existen tantos relatos de las masas de peones "torrantes" que andaban por los caminos buscando trabajo. Podemos calcular que el 25 de febrero estarían siendo pagados entre setecientos y mil peones.³⁹ Esto significa una masa enorme de mano de obra, viviendo de cualquier modo en las orillas de los potreros, como se las vio hasta hace no mucho tiempo. Los pagos se hacían a hombres, mujeres y niños (0.15 centavos diarios, contra 0.60 los de un hombre mayor en trabajo especial). Las cantinas de San Felipe deben haber tenido bastante trabajo.

En marzo había comenzado a disminuir el trabajo y se "cortaba" a los peones forasteros. El 15 de abril la masa peonal había disminuido en 4.5 veces, con unos cien peones trabajando (véase nota 39). Mayo de 1884 aparece como el momento de menor trabajo en la hacienda Quilpué en los años de que tenemos datos. Hay una relación de ocho a uno entre este momento y el de más alta demanda de mano de obra.

39. No tenemos el detalle de los salarios; por lo tanto, sólo nos podemos aproximar al número de peones que trabajaba esa semana. Los salarios a los peones en el mes de agosto, del que tenemos detalles, variaban entre 0.60 y 0.15 pesos. "Manuel Paredes impagos en Lista 417 y 418, un día a 60 ctvos y 5 días a 15 ctvos. A Serafín López, 5 días a 60". A continuación hay varias listas de pagos en que se ve la variación del salario: Jenaro Herrera a 0.20 pesos; Ramona Cortés a 0.25; Evaristo Pizarro a 0.20; Viteria Córdova a 0.25; Evaristo Pizarro (noches) a 0.20; Serafín López, cinco días a 0.60; Evaristo Pizarro (sota), tres días a 0.40; Samuel Fernández, siete días a 0.30; Luciano Montenegro, cuatro días a 0.40; Santos Moya, cinco días a 0.60, y así siguen interminables las listas. El promedio que se puede sacar es de cinco a seis días de trabajo, ya que son muy pocos los peones pagados por siete días. El máximo pagado es de 60 centavos por día, siendo el promedio entre 20 y 30 centavos. Tengamos en cuenta que don Benito Palma, ayudante del hortelano y permanente en la hacienda, recibía 25 pesos mensuales, y el sueldo del viñatero segundo, don Melchor Fernández, era de 30 pesos.

Esto significaría que podríamos establecer un promedio bajo y uno alto, para calcular la cantidad de peones que trabajaban. El bajo sería un promedio de cinco días de trabajo a la semana a 25 centavos por día (1.25 pesos promedio). El promedio alto correspondería a seis días de trabajo (se pagaba sólo día trabajado según lista, esto es, la raya puesta en el libro de lista) a 4 pesos diario (2.40 pesos promedio.) De esta forma calculamos los siguientes promedios para 1884:

<i>Día y mes</i>	<i>Alto</i>	<i>Bajo</i>
25 de febrero	587	1.127
15 de abril	128	247
8 de mayo	71	136

La alta estacionalidad de la mano de obra ha sido siempre una característica de la agricultura chilena, producto del clima y mediterraneidad de sus valles. La presencia de grandes masas vagabundas durante la Colonia, el siglo *xx* y buena parte del siglo *xxi*, es explicada por este hecho. Los patrones nunca se hicieron cargo de la mano de obra en los periodos de "paro". Para ello se favorecía la "campesinización" de esta peonada, su instalación en poblados, su radicación en algún campo donde pudieran "capear el temporal" cuando la hacienda no los necesitaba.⁴⁰

A pesar de lo dicho sobre la alta estacionalidad, la hacienda, con su multiplicidad de actividades, trataba de mitigarla. También esta concepción provenía de las antiguas tradiciones latinas y jesuitas. Se concebía como un elemento negativo que hubiese tanta variación en las necesidades de mano de obra y se buscaba todo tipo de trabajos para mantener algún nivel de estabilidad. Se recomendaba realizar en invierno una serie de faenas destinadas a mantener en buen estado la hacienda.

Podemos observar que en los momentos de menos trabajo en la serie, tomando el criterio conservador, no había menos de setenta peones en las labores. El promedio, se puede observar, era de unos doscientos a trescientos peones permanentes. Estos deben haber sido los propios inquilinos-trabajadores (alrededor de cuarenta), los peones permanentes no inquilinizados, y aquellos provenientes de las pequeñas propiedades de las inmediaciones. El fundo tenía una población —como hemos dicho— de más de ochocientas personas, y a lo menos un tercio trabajaba en forma permanente. Recordemos que los niños eran "echados a trabajar" a muy temprana edad.

e) La escala social de la hacienda

La hacienda poseía una fuerte estructura jerárquica. Hay una pirámide de mando, control y organización. Pero se puede ascender por esa pirámide. Esa era la *gran capacidad integradora* que tenía la hacienda. A nuestro modo de ver, allí reside la explicación más profunda de la *estabilidad del latifundio en Chile*.

Es evidente que los sueldos en metálico que se pagaban eran exigüos. Una gallina valía un peso y el salario diario de un peón no alcanzaba ni a la mitad de esa cantidad. El acceso a los artículos de tipo urbano e industrial estaba totalmente vedado. En esas condiciones, se podría pensar, habría habido una rebelión peonal masiva, como ocurrió en ese mismo periodo en Rusia, México y muchos otros lugares del mundo. La estabilidad del latifundio permitió y dio soporte a la estabilidad de la sociedad y el Estado.

La integración provocada por este sistema piramidal era real. Se podía comenzar de niño como peón, continuar aprendiendo algún oficio, casarse y solicitar derechos de inquilinaje. En la medida en que se tenía buena relación con los sotas, mayordomos, administrador y patrón, se podía obtener el derecho de inquilino, y se podía pasar a un plano superior. De allí el campesino podía seguir su "carrera" hacia los puestos administrativos, acumular ganado, sembrar "a medias", desarrollar su propia microempresa campesina en el interior de la hacienda. Don Elías Galaz, vaquero del fundo, aparece vendiendo una buena cantidad de porotos "bayos grandes" para la comida de los peones, vendiendo animales y pagando por talajes a la hacienda (esto por tener más animales de los permitidos); en fin, don Elías ya estaba

40. Gabriel Salazar (*Labradores, peones y proletarios*, Santiago, 1985) ha tratado en detalle el tema de los peones y las políticas de radicación en el siglo pasado. En nuestra *Historia social de la agricultura chilena* también tratamos en detalle el tema del vagabundaje en el siglo pasado, sin duda una de las cuestiones más importantes que ocurrieron en la sociedad chilena de ese tiempo. La actual situación de los "temporeros" tiene una larga historia. La vía de la campesinización en localidades cercanas quizá vuelva a ser planteada.

a punto de llegar a la cumbre de la escalera y, por tanto, tenía la oportunidad de independizarse, como se ha dicho más atrás. Aunque se tratara de uno en un ciento el que lo lograba, el camino estaba abierto.

Los medieros de Encón y alrededores aparecen con los mismos apellidos de las familias inquilinas. Eran los que se relacionaban con la hacienda "desde afuera". Hicieron "la carrera del campesino" y se independizaron. Don Jesús Ibacache, pequeño propietario, le vendía al fundo. Esa independencia era importante.

Esta sociedad hacendal no era estática. Es verdad que no se podía llegar a ser patrón, como los patrones, pero sí se podía llegar a ser propietario y ser llamado "Don". La "subordinación ascética", como hemos denominado a este proceso, explica el funcionamiento por tantos siglos de la sociedad hacendal, su perdurabilidad y estabilidad.

5. LAS CUENTAS DE LA HACIENDA

¿Qué sentido económico tenían estas haciendas para un banquero como Edwards? ¿Se trataba solamente de una manera de autotorgarse prestigio y lujo? ¿Cuán relacionados han estado en la historia de Chile los sectores financieros, comercial y terrateniente de la oligarquía y clase alta nacional? Son preguntas históricas importantes, pero difíciles de abordar. La monografía permite quizá decir algo más específico que una simple hipótesis.

Si analizamos el movimiento económico de Quilpué en los años que estamos estudiando, quizá podamos acercarnos más a una comprensión racional del fenómeno.

Hemos revisado los depósitos bancarios de la hacienda a la cuenta del propietario, durante los dos años que estudiamos (véase Apéndice II). No podemos precisar exactamente si éstos corresponden a toda la producción de la hacienda. Pareciera que en estos depósitos no está incluido todo el trigo, el que se vendía directamente a las casas comerciales de Valparaíso, que lo exportaban. Por lo que permiten ver los libros, estas "ganancias" provenían de las ventas que hacía la hacienda. Están consignadas las ventas de pasto, chichas, aguardientes y vinos, todos los productos pecuarios, etc. Es por ello que los meses de mayor movimiento financiero son aquellos en que se está vendiendo el pasto aprensado. En los meses del verano, en que crece la actividad (más gastos de mano de obra), no hay salida de dinero de la hacienda, lo que se refleja en que no hay depósitos.

La hacienda tenía un avalúo de un millón 700 mil pesos, lo que equivaldría a una renta potencial o esperada de 136 mil pesos anuales, calculando una tasa de interés de un 8 por ciento anual, y 100 mil si se considera una tasa del 6 por ciento sobre el capital. Edwards era banquero y sabía de tasas de interés. La renta que aparece en nuestras cuentas es casi la mitad de la señalada: 51.838 pesos para el año 1892 y 58.652 pesos para el 83. El trigo producido era aproximadamente dos mil sacos, lo que habría significado unos 9.140 pesos; y si se supone que los costos están absorbidos por los gastos de la hacienda, serían unos 9 a 10 mil pesos más. En definitiva, la hacienda en esos años operaba con un nivel de rentas equivalentes a un 60 por ciento de la renta potencial, considerada ésta según el avalúo del predio. Si se tomara en cuenta el precio comercial, esta cifra sería mucho más baja.⁴¹

41. En 1871 se le señalaba a don Tadeo Reyes, propietario en ese entonces de Quilpué, una renta anual de 23.700 pesos. Esta cifra estaba basada en el reavalúo de propiedades rústicas y, por tanto, tenía carácter oficial; seguramente la hacienda estaba subvaluada. Llegamos a similar conclusión que Bauer en su estudio del Huique. Dice: "En todo caso, la hacienda no producía bastante. ... El ingreso anual promedio en 1854-1859 fue de 15.696 pesos, lo que representa un rendimiento de la inversión de 4.5 por ciento. Esto plantea varias cuestiones. ¿Por qué invertir o tener dinero en la tierra, si podían obtenerse ganancias mayores en otra parte?" A. Bauer, "La hacienda El Huique", en: *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina* (México, 1975). En Quilpué la tasa de rendimiento era similar, alrededor de un 4 por ciento.

La tesis de que la agricultura chilena nunca entregó grandes rentas y de que su importancia fue más política que económica,⁴² se ve demostrada en este caso. El valor de la tierra y los inmuebles era mayor que las rentas que podía entregar. Por tanto, existía un "valor subjetivo" de la tierra, que la sobrevaloraba de su poder rentístico intrínseco.

No sabemos, lamentablemente, si la hacienda estaba hipotecada en esos años. No sabemos tampoco la relación de estos activos con el Banco de A. Edwards. Pero podemos suponer, siguiendo a Arnold Bauer, que por allí provenía la sobrevaloración anotada. Las propiedades permitían contraer hipotecas, avalar operaciones mercantiles, etc. No podemos probar esta hipótesis, pero pareciera plausible.

Hemos detallado en el Apéndice II el número de depósitos, para llamar la atención sobre otro asunto que nos parece interesante. La hacienda, aunque quizá no entregara grandes sumas de dinero, las entregaba en forma constante. Las cuentas parecen reflejar un goteo persistente de recursos monetarios, y como se ha visto, de bienes alimenticios. No aparecen inversiones o ingreso de recursos extra agrícolas a la hacienda. Incluso la lenta construcción de las casas o "palacio de Quilpué" se va haciendo con gastos de la propia hacienda.

Estamos, por tanto, frente a un sistema de producción que se autoalimenta, se autosostiene y que entrega recursos hacia otros sectores de la economía. Estos recursos no son muy grandes, pero son sostenidos.⁴³

6. CONCLUSION: RAZON Y SIN RAZON DEL SISTEMA DE HACIENDAS

Bajas rentas, autosostenimiento de la producción, fuerte poder social y político sobre una población estable, son algunas de las características que vemos en la hacienda a fines del siglo pasado. En el interior de la hacienda, una sociedad funcionando. Población viviendo en su interior, jerarquías internas, pago en especies, bajo salario metálico; un sistema, en fin, de gran estabilidad.

La burguesía mercantil y financiera de la época se adaptó al sistema semicapitalista de las haciendas. Era su fuente, también, de recursos netos. Permitía operar con una baja rentabilidad, pero con una alta seguridad. Una doble cara de la "moderna clase mercantil". En la ciudad realizaba los negocios más adelantados de su tiempo; en el campo, se atenía a la costumbre. No se expandieron las relaciones de trabajo modernas al campo, no se expandió el capital y el capitalismo. En esta relación reside, a nuestro modo de ver, la estabilidad del latifundio en Chile.

La construcción del parque y "palacio de Quilpué" a fines del siglo pasado es un símbolo. Allí se instauró una suerte de "señorialismo burgués". Una mezcla de señorío tradicional con las modernas ideas liberales de la época. Esta burguesía se "señorializó" en la medida en que se afincó a la tierra. Los mineros del siglo pasado, los comerciantes, los profesionales liberales, se fueron haciendo parte de la clase terrateniente. Mantuvieron distancias, pero concordaron con ella en no reproducir las

42. Tesis que hemos desarrollado en nuestra *Historia social*. ... Si bien la renta era inferior al valor, debemos señalar que, en términos absolutos, una renta de esta naturaleza no era para nada despreciable. Tal como dice Bauer: "Es difícil decir lo que significaba un ingreso de 15 mil pesos anuales (que era la renta del Huique entre 1854-1859). El general de mayor graduación ganaba 4.500 pesos, y el Presidente de la República, 18 mil pesos".

43. Roger Bartra habla de la "acumulación primitiva permanente" como el proceso económico que caracteriza a las haciendas en América Latina. En nuestro trabajo teórico *La hacienda latinoamericana* (Quito, 1978) formalizamos esta idea sobre la base de un modelo. En términos teóricos, esto explica que se reproduzcan las relaciones semisalariadas y que la relación social capitalista (el capitalismo) no haya ingresado plenamente en el campo. La hacienda producía rentas y no ganancias capitalistas, las que habrían permitido reproducir el proceso. Aquí hay extracción sistemática de recursos.

relaciones capitalistas en el campo. Toda la clase alta se hizo, de una u otra forma, rentística. A pesar de su origen y de su discurso, un hijo de Quilpué, don Gustavo Ross, va a ser en 1938 el contrincante en las elecciones presidenciales de don Pedro Aguirre Cerda. El antiguo liberal llevará en esa importante contienda la bandera de la derecha oligárquica. Los mercaderes también se habían transformado en señores.

APENDICE I

Variaciones de mano de obra según mes

(Pago de peones en la hacienda Quilpué según listas semanales. 1892-84)

Año/mes/día	Lista	Pesos
1892		
Junio		
18	414	406,40
25	415	608,60
Julio		
2	416	540
11	417	538,60
16	418	597,49
23	419	547,80
30	420	529,62
Agosto		
6	421	531,40
13	422	487,05
20	423	461,49
27	424	440
Septiembre		
10	425	564,24
17	426	464,89
24	427	548,14
	428	623,42
Octubre		
1	429	783,60
8	430	706,75
15	431	642,70
22	432	688,67
29	433	477,36
Noviembre		
5	434	368,96
12	435	500
19	436	557
26	437	698,97 (y albañiles)
Diciembre		
3	438	669,16
10	439	537,64
17	440	609,79
24	441	618,94
31	442	598,08

1893		
Enero	443	641,84
	444	648,25
	445	685,91
	446	826,88
Febrero	447	976,13
	448	1.183,56
	449	1.240,57
	450	1.409,37 (25 de febrero)
Marzo	451	1.112,24
	452	829,08
	453	821,70
	454	807,06
Abril		
1	455	593,59
8	456	571,16
15	457	309,64
22	458	353,40
29	459	372,97
Mayo		
6	460	357,49
13	461	398,95
20	462	518,62
27	463	600,62
Junio		
3	464	609,22
10	465	809,74
19	466	659,04
26	467	709,92
Julio		
1	468	306,68
8	469	775,60 (pago de saldo anterior)
16	470	656,22
22	471	735,82
29	472	630,25
Agosto		
5	473	784,21
12	474	807,46
19	475	624,36
26	476	833,77
Septiembre		
3	477	782,51
11	478	687,51
17	479	580,11
23	480	339,76
30	481	605,78

Octubre		
7	482	664,48
14	483	604,20
22	484	471,55
28	485	478,93
Noviembre		
4	486	279,72
11	487	406,64
18	488	395,49
25	489	493,05
Diciembre		
2	490	486,56
9	491	409,29
18	492	505,29
23	493	549,52
30	494	412,10
1894		
Enero		
5	495	407,72
15	496	418,72
20	497	514,96
28	498	512,57
Febrero		
10	499	637,10
17	500	601,34
24	501	735,56
	502	711
Marzo		
3	503	568,32
10	504	550,12
17	505	529,76
24	506	205,74
31	507	313,22
Abril		
7	508	292,12
14	509	255,92
25	510	218,82
28	511	178,20
Mayo		
8	512	171,32
12	513	349,70
19	514	211,52
28	515	234,04
Junio		
9	516	480,06
	517	501,84
16	518	537,79
23	519	541,71
30	520	423,21

Julio		
7	521	584,26
14	522	596,72
22	523	454,45
30	524	356,24
Agosto		
3	525	595,39
11	526	632,67
20	527	455,17
26	528	580,89
Septiembre		
1	529	596,22
8	530	581,64
15	531	601,97
22	532	303,66
29	533	481,47
Octubre		
4	534	542,52
13	535	511,98
20	536	556,12
27	537	514,67

APENDICE II

Depósitos realizados por la hacienda Quilpué, a cargo de don A. Edwards. 1892-83

<i>Fecha</i>	<i>Número de depósitos</i>	<i>Monto Subtotal *</i>	
En el Banco de Valparaíso:			
1892			
Julio	5	3.550	
Agosto	6	6.229,90	
Sept			
2-3	2	4.860	
5-7	2	2.100	
9	(a terceros)	6.000	
15	1	3.056,82	
22	1	4.000	
30	1	1.000	
Octubre	3	11.088,23	
Noviembre	5	7.752,20	
Diciembre	3	1.701,11	
1893			
Enero	1	500	
Febrero	-		
Marzo	-		
Abril	-		
		51.838,26	171
Mayo	4	6.661,58	
Junio	7	9.271,28	
Julio	6	16.464,67	
Agosto	3	3.822,60	

Agosto	5	6.361,40
Septiembre	6	5.385,25
Octubre	5	4.167,03
Noviembre		1.814,25
Diciembre	3	1.359,18

En el Banco de Chile:

Enero	601,67	
Febrero	600	
Marzo	550	
Abril	1.593,96	58.652,87
Mayo	500	
Junio	2.202,05	
Julio	6.596,05	
Agosto	6.005,87	
TOTAL	125.795,10	

* Subtotales indican fin del año agrícola.

La capacitación técnico manual de los trabajadores ferroviarios chilenos (1852-1914) *

Guillermo Guajardo S.

Asistente de Investigación. SUR, Centro de Estudios Sociales y Educación

La muchedumbre de gente que acudía era inmensa, no se puede expresar con palabras, bastará decir que la locomotora y el convoy quedaron verdaderamente aprisionados por un mar de gente que impedía imprimir movimiento alguno al convoy. El maquinista por segunda vez hizo resonar el silbato de la locomotora, lo que produjo un sálvese quien pueda, pues la gente corría despavorida; la que no se desplomaba, se desmayaba y quedaba atónita. Por más que se tapasen los oídos con ambas manos, parecían sentir patente el sonido de la trompeta del juicio final, reinaba entre esa gente un pánico atroz.¹

La máquina de vapor fue un elemento de *shock* para una formación no industrial y en parte pre-capitalista, como Chile en el siglo XIX, que debió superar ese "pánico atroz" a las manufacturas de la Revolución Industrial formando una nueva fuerza de trabajo encargada de instalarlas y operarlas.

En Chile la implementación de la máquina de vapor, y específicamente del ferrocarril, planteó el desafío de capacitar en el trabajo calificado de los metales y la mecánica industrial a masas laborales formadas dentro de la vieja economía hacendal. Tal desafío fue asumido fundamentalmente en el mantenimiento de equipos, en que coexistieron métodos de trabajo industriales y pre-industriales.

La economía y sociedad chilenas a mediados del XIX estaban dominadas por una oligarquía de origen colonial, con una matriz de acumulación basada en el control de territorios y población, y en la especulación mercantil. Estos factores determinaron que su posición fuera conservadora frente a las nuevas formas de acumulación impulsadas por la economía internacional; incorporar la "Gran Industria" implicaba desarrollar una base técnica nueva, esencialmente revolucionaria con respecto a la anterior, que remecería el sistema desplazando grandes masas de población y alterando las relaciones sociales existentes. Todo esto significaba ceder lugar a nuevos grupos sociales, algo difícil de hacer para la oligarquía.

* Investigación patrocinada por el Centro de Estudios Sociales y Educación SUR, y financiada por el "Programa de Investigadores Jóvenes 1986-1987", del Servicio Universitario Mundial (World University Service, Comité Nacional-Chile).

1. El trozo corresponde a la descripción de lo ocurrido en la Estación Central de Santiago al inaugurarse la línea entre la capital y San Bernardo, el 14 de septiembre de 1857. Manuel Jesús Escobar, *Memorias de ... Caminero Mayor de la 1ra. División de la 2da. Sección de Santiago a Talca en los Ferrocarriles del Estado, 1857-1899* (Santiago, 1899), 6-7.

En ese contexto dominado por la hacienda y las casas comerciales, la incorporación de los bienes tecnológicamente avanzados, como la máquina de vapor, se realizó a partir de la importación y, marginalmente, por la industria nacional. Esta operó con una base técnica formalmente capitalista, innovadora pero no revolucionaria, lenta en su avance y con una fuerza de trabajo desarrollada a medio camino entre los peones y los "skilled workers".

La historia de los trabajadores chilenos no se reduce así sólo a la articulación entre el desarrollo de la conciencia de clase y el funcionamiento de una economía capitalista dependiente; incluye también su formación en el contacto con los cambios tecnológicos y económicos, al calor de nuevas y viejas formas de producción.²

El presente artículo es un esfuerzo por comprender el proceso constitutivo de la fuerza de trabajo nacional a partir de dos factores: el impacto que tuvo sobre ella la introducción de la tecnología del ferrocarril, y el desafío que significó la necesidad de contar con artesanos chilenos o "skilled workers" ingleses para construirlo y operarlo. Para ello se analizará la capacitación del trabajador en las habilidades y conocimientos destinados a manejar la tecnología del vapor, concentrando la atención en un sector laboral nuevo en el siglo xix, como fueron los maquinistas y mecánicos ferroviarios. El período cubierto por este estudio es el que va entre los años 1852 y 1914; entre esas fechas se inició la participación estatal en la operación de los ferrocarriles, se implementó este medio de transporte en la zona central del país, y se puso término a la construcción masiva de líneas, al haber llegado el ferrocarril a Puerto Montt por el sur, y a Zapiga por el norte. Básicamente es un período de transición entre la economía colonial y el capitalismo, volcado al exterior, y que en gran medida comenzará a cambiar con el estallido de la Primera Guerra Mundial.

I. LA NECESIDAD DE MANO DE OBRA CALIFICADA EN UNA ECONOMÍA SUBDESARROLLADA EN EL SIGLO XIX: LA OPCIÓN POR CAPACITAR V/S IMPORTAR "SKILLED WORKERS".

No me detendré a traducir las impresiones de las diversas personas, hombres, ancianos y mujeres que atribuían a los gringos pacto con el diablo para hacer correr la máquina.³

En los países latinoamericanos no hubo una formación extensa y eficiente de trabajadores calificados en metalurgia y mecánica, debido a la falta, en la economía colonial, de un sector productor de bienes de capital. A la vez, cuando el avance hacia el capitalismo impuso la necesidad de una mayor inversión en maquinarias, indispensables para competir en la economía mundial, no se desarrolló en forma adecuada su producción. Los bienes de mayor complejidad tecnológica, así como los trabajadores calificados, fueron "importados" por el sector comercial.

Sin embargo, la disponibilidad de mano de obra calificada era limitada. Traerla desde Inglaterra u otro país industrializado era caro, y la presión por incrementar las

2. La evolución de las capacidades y habilidades productivas de los trabajadores y su inserción en los procesos económicos, especialmente en la industrialización, constituyen temas de gran interés en Europa, por los desafíos que representan para el "mundo del trabajo" los cambios impuestos por la revolución microelectrónica y los nuevos sistemas de organización de la producción. Maxine Berg, *La era de las manufacturas, 1700-1820* (Barcelona, 1987). En el caso chileno, tal aspecto merece ser abordado para comprender los cambios que experimentaron los trabajadores por el avance de nuevos instrumentos de acumulación, que en gran medida han modelado su formación material y política.

3. Escobar, op. cit., 7-8.

escalas de producción hicieron necesario incorporar nuevos medios productivos y formar trabajadores capaces de operar maquinarias.

En este sentido, la capacitación técnico manual fue un problema que debió enfrentar toda actividad que invirtió en mecánica. Pero su solución fue distinta en cada área de la economía y de acuerdo a las características específicas de quienes controlaban los medios productivos.

En el caso de los ferrocarriles estatales chilenos fue importante la actitud de los sectores sociales que los formaron, controlaron y utilizaron. Desde muy temprano, sus administradores e ingenieros pusieron en evidencia los problemas que afectaban a la empresa ferrocarrilera; entre ellos, y principalmente, los relacionados con la capacidad de la mano de obra nacional y la dependencia externa. Para enfrentarlos implementaron diversas medidas y levantaron un debate en torno a la formación y capacitación de trabajadores calificados en el país, y ello no sólo para esta actividad sino para el resto de la economía. En cambio, los empresarios de las compañías ferroviarias privadas, especialmente mineras, trabajaron con el sector comercial en la solución de sus problemas, sin participar en las acciones de capacitación desarrollada por el sector público.

De este modo, a mediados del siglo XIX se estructuró una opción que podríamos llamar "estatal-desarrollista" en la zona centro sur del país, donde el Estado hizo su mayor despliegue de inversiones.⁴ Se trataba de una zona dominada tanto política como económicamente por los terratenientes, donde sus raíces de acumulación tenían una antigüedad de tres siglos y eran mucho más fuertes que las del empresariado minero localizado en el norte, cuya actividad fue más tardía y estuvo asociada estrechamente al capital extranjero.

II. EL ESPACIO DE CAPACITACION: LOS FF.CC. DEL ESTADO

En la capacitación y formación del obrero ferroviario tuvo gran importancia la estructuración político-económica de los FF.CC. del Estado, y los desafíos de la tecnología del vapor para un país con pautas de trabajo basadas en el control y empleo intensivo de mano de obra no calificada.

1. ESTRUCTURACION POLITICO ECONOMICA DE LOS FF.CC.

En Chile la necesidad de transporte ferroviario se dio en aquellos sectores que a mediados del XIX experimentaban la presión de la economía internacional: la minería metálica y la agricultura. Los mineros comenzaron a satisfacer sus necesidades con la inauguración, en 1851, del Ferrocarril de Copiapó. Los terratenientes y comerciantes de la zona central, por su parte, formaron en 1852 y 1856 las compañías del Ferrocarril entre Santiago y Valparaíso (FCSV) y del Ferrocarril del Sur (FCS).

Las líneas mineras contaban con una alta participación de capitales extranjeros, muchos procedentes de Inglaterra. En cambio, los FF.CC. de la zona central estaban compuestos por capitales provenientes de casas comerciales de Valparaíso, produc-

4. Gran parte de la inversión pública en ferrocarriles y otras obras fueron financiadas con préstamos externos, que en el período entre 1858 y 1912 se destinaron en un 45 por ciento a esas áreas. Andrés Sanfuentes, "La deuda pública externa de Chile entre 1818 y 1935", *Notas Técnicas CIEPLAN* (Santiago) 96 (marzo 1987): 36-37.

tores nacionales —terratenientes en su mayoría— y un nuevo "capitalista" en la economía chilena: el Estado.⁵

Los FF.CC. fiscales surgieron por las demandas que hicieron al Estado chileno los terratenientes durante el auge de la exportación triguera, los grandes empresarios mineros de Atacama y Coquimbo después de la crisis de 1878, y un naciente sector de industriales desde la década de 1880. La positiva respuesta del sector público a las demandas productivas se fue traduciendo en la extensión de las líneas férreas y en tarifas cada vez más bajas, que beneficiaron a los artículos de poco valor, pero de gran peso y volumen. Un ejemplo de lo anterior fueron los productos agrícolas, que constituían el 44.8 por ciento de la carga del FCSV y que en 1880 fueron muy beneficiados con rebajas tarifarias, desde Valparaíso hasta Angol, orientadas a superar la crisis económica que en ese entonces se experimentaba.⁶

La mayor cobertura espacial y comercial hizo necesaria la creación, en 1884, de la Empresa de los Ferrocarriles del Estado (EFE), que unificó la administración de los 940 kilómetros de líneas fiscales. Hasta esas fechas los ferrocarriles fiscales dependían del Ministerio del Interior, pero desde 1887 pasaron al Ministerio de Industrias y Obras Públicas.

Con esto último, el Estado acentuó su carácter protector y fomentador de la agricultura, de la naciente industria y de la minería de Coquimbo y Atacama —colapsada desde la crisis de 1878—, que transfirió al Estado sus líneas de ferrocarril, quebradas desde 1888. Este carácter se reflejaba claramente en las tarifas que, pagadas en papel moneda, eran las más baratas del mundo; y pagadas en oro eran iguales a las más moderadas de Europa, como las francesas y belgas.⁷

En esos años se incorporaron las líneas de ferrocarril al sur de la Frontera, que cubrieron zonas despobladas y alejadas de los centros consumidores, dedicándose fundamentalmente a la carga masiva, forestal, por ejemplo. La baja de la moneda nacional y el carácter subvencionador de los FF.CC. respecto al transporte agrícola, minero e industrial, hicieron que la empresa experimentara crecientes déficit desde 1894.⁸ Ellos afectaban a la zona central y sur, pero otro tanto se experimentó a medida que el FF.CC. Longitudinal Norte —construido entre 1909 y 1915— fue absorbiendo los ferrocarriles mineros ya en quiebra que unían La Calera y Chañaral, los que en 1916 pasaron a incorporarse a la EFE.

La situación de crisis por la que atravesaba la empresa ferrocarrilera la obligó a emprender, entre 1907 y 1914, un proceso de reorganización destinado a aumentar la eficiencia en el transporte y bajar sus déficit; en 1913 éstos eran los mayores del aparato fiscal, y afectaban muy gravemente su solidez económica.⁹ Con este fin, se propuso hacer más independiente a la EFE de las decisiones de los gobiernos, aumentar las inversiones en ella y reducir su personal. Esto se logró con la reestructuración de 1914, que en el caso del personal se tradujo en su sostenida baja, dado que los hombres por kilómetro en operación habían crecido más allá de lo recomendable. En 1884, para

5. El 97.5 por ciento de los accionistas del FCSV y FCS fueron chilenos y extranjeros residentes en el país. En el caso específico del FCS, el 75 por ciento de los inversionistas eran terratenientes y un 10 por ciento comerciantes. En su mayoría, los extranjeros estaban conectados con la economía de exportación. En cambio la presencia de extranjeros fue mayoritaria en compañías como el FF.CC. de Coquimbo y de Copiapó, muchos de cuyos accionistas residían en Inglaterra. Robert Oppenheimer, "Chilean transportation development: the railroad and socio-economic change in the Central Valley, 1840-1885" (Thesis Ph.D. History, University of California, Los Angeles, 1976), 108, 109, 134, 159.

6. Oppenheimer, *op. cit.*, 300-301; Ministerio del Interior, Memoria de 1882, 69.

7. Empresa de los Ferrocarriles del Estado, Memoria (en adelante EFEM) de 1888, 27.

8. EFEM, 1894, 6-11.

9. "La crisis económica del país. Memorándum elevado al Supremo Gobierno por la Sociedad de Fomento Fabril", *Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril* (Santiago) 30, no. 12 (diciembre 1913): 1177-83.

940 kilómetros había 5.3 hombres por kilómetro, y en 1907, con 2.380 kilómetros, había 8.8 hombres.¹⁰

La expansión de los FF.CC. del Estado en este período llegó sólo hasta los límites del espacio ocupado por la producción mercantil nacional y extranjera, que había fijado después de 1880 su frontera en las provincias salitreras de Antofagasta y Tarapacá. Con la crisis del salitre en el mercado mundial, ese espacio fue penetrado por el "riel protector" del Estado que, una vez más, desde la década de 1940 absorbió las líneas abandonadas.

2. EL TRABAJO DEL METAL Y LA MECANICA EN LOS FF.CC.

En el ferrocarril hay que distinguir dos etapas y áreas de actividad: la construcción de líneas y su operación.

La construcción de líneas marcó el inicio del cambio masivo de las relaciones sociales de producción en el país, puesto que significó la *salarización monetaria* de grandes masas peonales (véase Cuadro 1), en un trabajo que demandaba gran número de trabajadores, esfuerzo físico y movilidad.

CUADRO 1. Número de trabajadores ocupados en la construcción de la línea entre Santiago y Quillota. 1862

Ocupaciones	Nacionalidades						Total
	Chilenos	Norte.	Ingleses	Aleman.	France.	Italianos	
Contabilidad	1	3	—	1	—	—	5
Cuerpo de ingenieros	1	5	—	1	—	—	7
Administrador de faena	12	23	7	8	4	1	55
Mayordomos	119	2	6	5	1	2	135
Herreros	96	1	6	2	1	—	106
Carpinteros	64	10	10	1	—	—	85
Albañiles	112	4	1	2	2	3	124
Mineros	669	—	—	—	—	—	669
Carreteros	28	—	—	—	—	—	28
Peones	7.877	—	—	—	—	—	7.877
Varios empleados	33	14	8	2	1	2	60
TOTAL	9.009	62	38	22	9	8	9.151

Fuente: Ramón J. Rivera, *Reseña histórica del ferrocarril entre Santiago y Valparaíso* (Santiago, 1863), 130.

Por su parte, la operación era una labor permanente con un personal menos numeroso, calificado en el trabajo metalmecánico, que se desenvolvía en espacios disciplinados con una gran intensidad de bienes de capital. Entre estos trabajadores, nos ocuparemos especialmente de los obreros de los talleres y la tracción: los mecánicos y los maquinistas, que en las empresas ferroviarias estaban insertos en una estructura que consideraba cuatro áreas básicas de actividad: administración, vía, tracción y maestranzas, y transportes. Los departamentos "productivos" eran la vía y equipo. El primero se identificaba con la construcción, ya que ocupaba camineros, albañiles, carpinteros y herreros. El segundo era el departamento industrial; su denominación

10. Santiago Marín Vicuña, *Los ferrocarriles de Chile* (Santiago, 1916), 280; Daniel Martner, *Nuestros problemas económicos* (Santiago, 1918), 215.

en los primeros FF.CC. fue de "locomotoras y maestranza" y luego, con la EFE, de "tracción y maestranzas".

Los trabajadores de las maestranzas de los FF.CC. del Estado eran un pequeño sector dentro de una estructura nacional del empleo dominada por el peonaje minero y agrícola. Sus oficios metalmecánicos exhibieron un gran crecimiento en aquellas actividades ligadas al vapor (véase Cuadro 2), lo que hacía de la actividad ferroviaria, por lo menos estatal, buena empleadora. En 1875 los ferrocarriles fiscales (FCSV, FCS y FCCT) absorbían alrededor del 4 por ciento del grupo de oficios metalmecánicos, captando el 8.3 por ciento de los maquinistas, el 10.4 por ciento de los mecánicos y el 28.3 por ciento de los fogoneros del país. En lo que se refiere a su distribución espacial, los trabajadores metalmecánicos tenían una presencia importante en la zona de minería metálica de Coquimbo y Atacama, y después de 1885, en las salitreras (Antofagasta y Tarapacá) y muy notablemente en Santiago y Valparaíso.¹¹

Los puntos donde se concentraban masas laborales importantes y procesos productivos intensos eran las estaciones terminales, maestranzas y casas de máquinas, en especial las de Valparaíso, Santiago, Concepción, Valdivia, Ovalle, Coquimbo y Caldera. Un ejemplo de ello fue la estación Barón en Valparaíso, que en 1875 era una de las grandes propiedades del FCSV, con un valor de 290.041 pesos sus 97.500 metros cuadrados de terreno. Allí se recibía carga y pasajeros y se reparaba el equipo en diversas instalaciones que ocupaban una superficie de 16.706 metros cuadrados construidos; estaban compuestas de bodegas y almacenes (7.381 metros), maestranza y talleres (4.606 metros), casa de máquinas para catorce locomotoras (840 metros) y casas para empleados (773 metros). La casa de máquinas estaba hecha de ladrillos y tabiques de madera; en cambio, la maestranza, con 2.250 metros cuadrados, era de adobe y tejas.¹²

CUADRO 2. Oficios metalmecánicos en Chile, 1854-1907

	1854	1865	1875	1885	1895	1907
Caldereros	96	85	213	487	583	—
Fogoneros	8	12	303	894	1.102	—
Maquinistas	185	641	767	734	1.008	—
Mecánicos	33	105	867	2.627	5.307	11.830
Fundidores	213	405	531	805	538	—
Herreros	2.864	3.786	5.134	6.499	6.968	—
Hojalateros	245	440	637	985	1.053	—
TOTAL	3.644	5.474	8.452	13.031	16.559	—
Como porcentaje de clase trabajadora	0.7	0.8	1.1	1.5	2.0	—

Fuente: Elaboración propia a partir de los Censos Nacionales de 1854, 1865, 1875, 1885, 1895 y 1907.

178 Barón era importante también por el personal que albergaba, que en el caso de la carga y descarga de trenes era de 340 peones. La maestranza, en tanto, empleaba aproxima-

11. Elaboración propia a partir del Censo Nacional de 1875 y Presupuestos del FCSV, FCS y FCCT para 1875. Anexos a la *Memoria* del Ministerio del Interior de 1874.

12. Elaboración propia a partir del Anexo a la Memoria del Intendente de Valparaíso, contenida en la del Ministerio del Interior de 1874, 565-567.



SANTIAGO: CASA DE MAQUINAS DEL FF.CC. DEL SUR (1862)
Colección Museo Histórico Nacional

damente 400 obreros; y la administración de la estación consistía en alrededor de 100 personas. De esa manera se concentraban por lo menos 800 personas, cuyos salarios en 1875 sumaban 412.968 pesos anuales, es decir el 49.1 por ciento de los sueldos y jornales pagados por el FCSV a sus 1.958 empleados; y que a nivel más general representaba el 28 por ciento de los salarios pagados por los FF.CC. fiscales desde Valparaíso hasta Talcahuano. Tal cifra estaba repartida en una densa red de puestos con diversas jerarquías y funciones que dividían Barón entre la "Estación" (carga y pasajeros) y la "Maestranza" (talleres), y que se reflejaba en los salarios promedios mensuales, que en la primera área eran de 25.7 pesos y en la segunda, de 56.6 pesos.¹³

El tipo de trabajador que empleaba el área de tracción y maestranza, en la cual se manejaba la tecnología del vapor, dio a este departamento el primer lugar dentro del perfil de salarios de los FF.CC. Así, por ejemplo, en 1914 el jornal en Administración Central era de 3.77 pesos; en Transporte, de 4.17 pesos; en Vía y Obras, de 2.35 pesos; y en Maestranzas, de 6.95 pesos.¹⁴

Este espacio de reparación y operación de tecnología llegó a ser técnica y económicamente tan grande como el sector industrial formado por las fábricas de equipo de transporte, fundiciones y elaboración del metal; en 1914 estas fábricas ocupaban 3.680 operarios, que recibían en salarios alrededor de 6 millones de pesos. En cambio, el departamento de tracción y maestranzas de la EFE empleaba alrededor de 6.425 trabajadores (véase Cuadros 3 y 4), que ese año recibieron en salarios la cantidad de 16.079.046 pesos.¹⁵

CUADRO 3. Personal del Ferrocarril entre Santiago y Valparaíso (FCSV), Ferrocarril del Sur (FCS) y Ferrocarril entre Chillán y Talcahuano (FCCT). 1875

	FCSV	FCS	FCCT	TOTAL	%
Administración Central	4	3	3	10	0.3
Contabilidad	17	13	9	39	1.0
Vía y Obras	413	319	133	865	24.0
Tracción y Maestranzas	415	208	102	725	20.3
Transportes	1.138	415	399	1.952	54.4
TOTAL	1.958	958	646	3.591	100.0
PORCENTAJE	54.5	26.6	18.9	100.0	

Fuente: Presupuestos del FCSV, FCS y FCCT para 1875, contenidos en los anexos de la Memoria del Ministerio del Interior de 1874.

13. Elaboración propia a partir del Presupuesto del FCSV para 1875, Anexo a la Memoria del Ministerio del Interior de 1874.

14. EFEM, 1914, 25.

15. Oficina Central de Estadística, *Anuario Estadístico de la República de Chile*, Vol. VIII (1914), 9, 30, 33.

CUADRO 4. *Personal de la Empresa de los Ferrocarriles del Estado: Red central (Valparaíso-Puerto Montt), ferrocarriles de Copiapó (FCC), Huasco (FCH), Coquimbo (FCCoq) y Los Vilos (FCLV) en 1912*

	RC	FCC	FCH	FCCoq	FCLV	TOTAL	%
Adm. Central	375	119	16	124	21	655	2.8
Adm. Seccionales	3.110	—	—	—	—	3.110	13.4
Contabilidad	197	6	4	4	1	212	0.9
Vía y Obras	5.964	165	35	290	57	6.511	28.1
Tracción y Maestranzas	6.715	203	40	256	30	7.244	31.3
Transportes	5.120	93	16	153	26	5.408	23.5
TOTAL	21.481	586	111	827	135	23.140	100
PORCENTAJE	92.8	2.5	0.5	3.6	0.6	100.0	

Fuente: Empresa de los Ferrocarriles del Estado, Memoria de 1912, 22-24.

III. LAS VIAS "FORMAL" Y "SOBRE LA MARCHA" DE LA CAPACITACION

La capacitación del trabajador ferroviario en la industria metalmeccánica se dio a través de dos vías: una vía "formal", verificada en un aparato educacional de escuelas técnicas; y otra "sobre la marcha", en la producción misma, en el trabajo diario. Estas vías se desarrollaron en un panorama económico caracterizado por la expansión de la producción manufacturera y la presencia de un sector comercial con un gran peso dentro del sistema económico, que "importó" desde los centros industriales a los hombres poseedores de las habilidades y conocimientos necesarios.

1. ESTRUCTURACION DE LAS VIAS DE CAPACITACION EN LOS FERROCARRILES DE LA ZONA CENTRAL. 1862-1883

La implementación del ferrocarril inauguró un amplio movimiento de transformación de los trabajadores, extremadamente complejo para el bajo nivel de desarrollo de la masa laboral chilena. Esta realidad hizo que por muchos años fuera difícil desplazar del manejo de las máquinas a los "skilled workers" provenientes de Inglaterra u otros países industrializados.

En este sentido, los trabajadores chilenos debieron enfrentar el orden impuesto por los extranjeros; tal fue el caso de la Maestranza de Valparaíso, del FCSV, donde su jefe no admitía operarios chilenos ni estimulaba su aprendizaje en los talleres.

Este jefe debería ser chileno... para que de este modo se interesara por el adelanto de los artesanos de su país, tratara de instruirlos y darles colocación con preferencia de los extranjeros, pues de otro modo y a juzgar por lo que sucede en esta maestranza y en el ferrocarril en general, más bien parece un ferrocarril inglés que chileno, y pobre del artesano que no sepa hablar inglés, pues aunque sea capaz de enseñar a los artesanos ingleses, no tendrá nunca cabida en esta línea.¹⁶

16. Ricardo Caruana y Berard, *Memoria sobre los accidentes que pueden tener lugar en el Ferrocarril de Valparaíso a Santiago y medios de evitarlos* (Valparaíso, 1862, 76-77).

Los jefes técnicos ejercían un fuerte dominio porque regulaban la contratación de mano de obra, lo que incidía en el interés de las casas importadoras por mantener un lucrativo flujo de hombres desde el exterior. Firmas comerciales como Gibbs & Co. traían materiales, obreros e ingenieros para el fcsv desde Inglaterra. Alsop y Cía. de Valparaíso hacía lo mismo desde Estados Unidos para el rcs. A través de esta última firma, el ingeniero jefe del rcs, Walton W. Evans,¹⁷ trajo desde su país de origen tanto los materiales necesarios como los ingenieros;¹⁸ éstos, una vez llegados, iniciaron una nueva cadena para traer más personal y además obtener mayores ingresos y estabilidad laboral.

En 1865, el jefe de maestranzas y locomotoras del fcsv, Thomas Mather, exigió una gratificación de 10 mil pesos y la renovación de su contrato con un sueldo anual de 5 mil pesos, por las economías que había introducido en el consumo de carbón de las locomotoras. Al no ver satisfechas sus demandas renunció al puesto,¹⁹ lo que obligó a la firma Gibbs & Co. a contratar en Londres un ingeniero mecánico. Mediante ese conducto llegó James Martin, que se hizo cargo del puesto en enero de 1866 por un sueldo anual de 3.500 pesos; pero a su llegada pidió un aumento de 500 pesos, porque debía hacerse cargo del tráfico e itinerario además de la maestranza. La solicitud fue apoyada por el superintendente y concedida por el gobierno; para ello se adujo lo indispensable de su labor y la necesidad de impedir que optara a un trabajo mejor remunerado; el superintendente también manifestó las dificultades de contratar en el extranjero.²⁰

Estos hechos acreditan muy evidentemente cuál es el origen de esos repetidos encargos que la Empresa que administro tiene que hacer a Europa, soportando los gastos de su conducción y corriendo todos los albuques que son consiguientes a la conducta de esos mecánicos, sin poder conservar los que son buenos porque siempre encuentran una colocación más ventajosa que aquella que la Empresa les puede asegurar.²¹

a) La frustración de la vía formal

La dependencia exterior y las dificultades de expandir las operaciones llevaron a los superintendentes, administradores e ingenieros de los ff.cc. del Estado a elaborar programas para desarrollar la fuerza de trabajo nacional. En el caso del fcsv, Angel Prieto y Cruz²² concibió en 1865 la idea de anexar la Escuela de Artes y Oficios (EAO)

17. Walton William Evans. Ingeniero norteamericano, traído por William Wheelwright para las obras del ferrocarril de Copiapó en la década de 1850. Después pasó a dirigir la construcción del ferrocarril de Arica a Tacna, en el Perú. Desde 1857 hasta 1869 se desempeñó como ingeniero jefe del FCS, para luego ser consultor técnico del gobierno chileno en Estados Unidos. Ernesto Greve, *Historia de la ingeniería en Chile* (Santiago, 1944), Tomo III, 336.

18. *Ibid.*, 335.

19. Archivo Nacional, Fondo Ministerio del Interior (en adelante ANMI), Vol. 470, 2 de mayo de 1865.

20. ANMI, Vol. 511, 6 de julio de 1867.

21. *Ibid.*

22. Angel Prieto y Cruz. Nació en Mendoza en 1815. En Chile se educó en Santiago y se recibió de abogado en 1842. Inició su carrera como secretario de la Municipalidad de Santiago, cargo que ocupó hasta 1851, cuando ingresó al Partido Liberal y estuvo implicado en el motín contra el gobierno de Manuel Montt, encabezado por su suegro el coronel Urriola. Hostil a Montt, no entró a la administración pública hasta que acabó el gobierno. En 1864 fue nombrado superintendente del FCSV, cargo que ocupó hasta su muerte en 1883. También se desempeñó como alcalde de Valparaíso en 1871. Virgilio Figueroa, *Diccionario biográfico y bibliográfico de Chile* (Santiago, 1931), Tomo IV, 556.

— establecimiento formado en Santiago en 1849 por iniciativa de la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA)— a la Maestranza de Valparaíso, para "vencer las serias dificultades que es fácil concebir se oponen al desarrollo de estas empresas y a la adquisición oportuna e inmediata de trabajadores, que siempre tienen que hacerse venir de Europa". Estos trabajadores, además, se retiraban una vez que habían reunido un capital, por lo que nuevamente debían hacerse contratos en Europa, con "notable sacrificio de la Empresa".²³ En cambio, la anexión permitiría disponer de un contingente de cien aprendices, que debían ser orientados a trabajar como obreros de maestranzas y no como artesanos independientes. Sin embargo, muchos graduados de la EAO se negaban a desempeñarse como obreros por creer que habían superado toda su instrucción y eran "maestros".²⁴

El proyecto de anexión, a pesar de sus ventajas para el FF.CC. y la Escuela, no fructificó, aunque evidenció la voluntad intensa del FCSV por capacitar en un marco de desarrollo restringido, en el cual la tecnología de la Revolución Industrial no estaba difundida en todos los sectores económicos. Había enclaves de modernidad sólo en aquellos que disponían de los recursos y del poder —el Estado y los grandes propietarios—, pero no se realizaron las inversiones necesarias para una difusión de la mecanización productiva.²⁵ De ahí que, en el caso del FF.CC., la capacitación se fuera remitiendo cada vez más al proceso productivo mismo, muy conectado con las coyunturas de transporte.

El movimiento de exportación de trigos en 1866 y la disposición favorable del nuevo jefe de maestranzas y locomotoras, James Martin, quien no había pretendido hacer "monopolio de los talleres de la maestranza", facilitaron la entrada de "los hijos del país"²⁶ para ser capacitados en el trabajo diario. Dicha buena disposición no fue, sin embargo, impedimento para contratar en el exterior, ya que Martin recomendó en 1867 la contratación de seis maquinistas y dos mecánicos en el Canadá, país en donde había trabajado anteriormente, "por ser indispensable al necesario movimiento y buen servicio de la Empresa y por no hallarse en ésta gente competente para los indicados servicios".²⁷ No obstante, el superintendente compensó estas contrataciones pidiendo autorización no para anexar, sino contratar los alumnos más competentes de la EAO en calderería y torno, con un sueldo de 30 pesos mensuales.²⁸

Lo interesante del fracaso de la vía formal en el FCSV en esta época, fue que coincidió con el fracaso del proyecto de anexión de la EAO a la Fundación Nacional de Limache en 1869.

23. ANMI, Vol. 511, 22 de enero de 1867.

24. Ferrocarril entre Santiago y Valparaíso, *Informe del superintendente por el año 1864 y 1er. semestre de 1865*, 39.

25. A fines de la década de 1860 y principios de la siguiente, las actividades minera y agrícola alcanzaron sus niveles máximos en su propio tipo de productividad, es decir, colonial basada en la adición de tierras y fuerza de trabajo. Sin embargo, la intensificación de los vínculos externos hizo entrar en crisis el sistema económico, obligando a invertir en medios productivos tecnológicamente avanzados. Pero ello no significó el cambio del sistema, porque esa inversión debía acompañarse de reformas severas en la propiedad y el manejo del crédito. De ahí que, para mantener el sistema tradicional y enfrentar los cambios, los terratenientes establecieron mecanismos de asociación indirecta con los grupos mercantil-financieros y orientaron la acción del Estado hacia una participación más decidida en la economía. De esta manera lograron monopolizar la inversión y salvar la crisis, lo que no pudieron hacer los pequeños y medianos propietarios. Un caso distinto ocurrió en la minería, donde los niveles de inversión exigidos para salvar la crisis hicieron que la actividad se desnacionalizara. Arnold Bauer, *Chilean rural society* (New York, 1975), 103-11; Gabriel Salazar, "Algunos aspectos fundamentales sobre el desarrollo del capitalismo en Chile, 1541-1930" (Santiago, 1987; mimeografiado), 45-58.

26. ANMI, Vol. 511, 6 de junio de 1867.

27. ANMI, Vol. 511, 13 de julio de 1867.

28. *Ibid.*

La Fundición fue levantada en 1865 por el Ministerio de Guerra y Marina para fabricar armamento y enfrentar la guerra con España. Una vez concluido el conflicto, la Fundición derivó hacia un proyecto fabril²⁹ en el área metalmecánica, que año a año la hicieron experimentar problemas de crecimiento, especialmente graves por la falta de mano de obra calificada en el ramo de diseño, reparación y fabricación de calderas.³⁰

Para enfrentar esos desafíos, el director de la Fundición, Benjamín Viel, propuso al gobierno anexarla a la EAO. Dicha propuesta fue examinada por una comisión encabezada por José Zegers Recasens —director de la Escuela y académico de la Universidad de Chile—, que estimó no era conveniente hacerlo. Adujo que tal anexión demandaría un gasto de traslado de más de 80 mil pesos, y un aumento en el costo por alumno, debido al mayor costo de la vida en la zona. En lo referente a producción, la Fundición no se beneficiaría mucho, porque la EAO no disponía de maquinarias para armamentos. Además, los alumnos no podrían estar sometidos al ritmo de trabajo que exigía entregar piezas en que se necesitaba destreza y precisión. Tampoco podrían trabajar diariamente en los talleres, ya que debían asistir a clases, lo que haría difícil la convivencia con los trabajadores.³¹

Por otra parte, la comisión estimó que el proyecto fabril no se justificaba mucho, porque era más barato para las necesidades del Estado recurrir a los fundidores particulares de Valparaíso y Santiago.³² Tal recomendación sin duda fue motivada por la competencia que la Fundición Nacional de Limache estaba haciendo a dichos fabricantes, aunque en 1872 el director estimó que su producción no afectaba a las fundiciones particulares. Dos años más tarde, sin embargo, el Ministerio de Guerra y Marina dispuso el cierre de la empresa, aduciendo que hacía una competencia "inmotivada" a los establecimientos particulares.³³ A su vez, en 1875 se determinó que sólo debían quedar en el recinto las maquinarias para reparar armas, "sin aplicación a los talleres de la industria privada".³⁴

Tras el caso de la Fundición Nacional estaba el interés de un grupo de fundidores por desarrollarse, más que en contra de la importación, en los espacios que ésta no cubría. No deseaban así tener competencia en el país, y menos del Estado.

En síntesis, la vía formal de capacitación de los trabajadores requería salir de la precariedad técnica, invertir en máquinas y también en transformar al trabajador nacional en sus capacidades productivas. Pero los manufactureros no habían alcanzado esa etapa en la producción, y sus procesos no lo demandaban, por lo que sus estrategias de desarrollo estaban más puestas en el plano político. A este respecto hay que recordar que esos años fueron de protesta de un naciente sector industrial³⁵ que se jugó por medidas protectoras estatales, pero no por llevar su producción hacia otro nivel de desarrollo.

La opción tomada por esta pequeña burguesía industrial no sería permanente. Después de la crisis de 1878, la necesidad de invertir en bienes de capital para asegurar

29. Un buen estudio sobre la evolución de la Fundición Nacional de Limache se encuentra en el artículo de Luis Ortega, "Acerca de los orígenes de la industrialización chilena, 1860-1879", *Nueva Historia* (Londres) 1 (1981), no. 2-3-54; véase página 39.

30. *Ibid.*, 39-40.

31. Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública, *Memoria de 1869*, publicada en *El Araucano* (Santiago), 8 de octubre de 1869.

32. *Ibid.*, 1.

33. Ortega, *op. cit.*, 37, 40 y 42.

34. Ministerio de Guerra y Marina, *Memoria de 1875*, XXXII.

35. En 1875, un naciente sector de industriales comenzó a presionar por reformar las tarifas de importación mediante la no concurrencia de los fundidores a la Exposición Internacional celebrada ese año, y también a través de la propaganda llevada adelante por la revista *La Industria Chilena*. Ortega, *op. cit.*, 33-34, 43-44.

el desarrollo de las fuerzas productivas exigió apoyar la educación técnica. Tal política fue llevada adelante por la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA) desde 1883, en conjunto con el Estado, aunque la capacitación de los trabajadores que implementaron no estuvo realmente orientada a reforzar sus conocimientos y habilidades tecnológicas.

b) El auge de la capacitación "sobre la marcha"

La vía más difundida en esta etapa fue la de capacitar en la producción misma a peones, no a "alumnos", ni "artesanos". Esta opción se enmarcó dentro de las pautas productivas de la oligarquía, que, frente a los desafíos del cambio tecnológico y económico, adaptó sus viejos métodos de trabajo basados en el control y empleo intensivo de la mano de obra, improvisando una vía de transformación de los peones en obreros mecánicos.

Los peones fueron un sector social significativo en el país, ya que constituyeron entre 1854 y 1895 cerca del 60 por ciento de la clase trabajadora chilena.³⁶ Este sector había recibido su aprendizaje dentro de la economía colonial, que requería flexibilidad para acometer "cualquier" trabajo, imaginación para crear tecnología en el terreno mismo, actividad laboral comunitaria y resistencia psicofísica a la fatiga. Pero los peones carecían de los conocimientos y disciplina necesarios para operar máquinas importadas dentro de un orden mecánico de producción.³⁷

Estos trabajadores a su vez constituían una buena parte del personal de los ferrocarriles. Así, en el caso de la Estación Barón, en 1875 los peones representaban alrededor del 60 por ciento de los trabajadores que se desempeñaban en la "maestranza", limpiando locomotoras, y en la "estación", cargando y descargando trenes.³⁸ Ocupaban por ello los niveles más bajos en la jerarquía de los departamentos, según podemos ver en el Cuadro 5.

Dadas las características señaladas, los ingenieros extranjeros dudaban de la capacidad del peón para reemplazar a los "skilled workers", y mantenían hacia ellos una actitud de desconfianza y desprecio.

36. Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios* (Santiago, 1985), 155.

37. *Ibid.*, 150.

38. Elaboración propia a partir del Presupuesto del FCSV para 1875. Anexo a la *Memoria* del Ministerio del Interior de 1874.

CUADRO 5. *Personal de locomotoras y maestranza del FCSV en 1875 y comparación de sus salarios mensuales con otros departamentos (Excluye personal directivo)*

Oficio	I	II	III	IV
			Pesos	
Maquinistas	35 (a)	130	50	(c)
Obreros de maestranzas	15 (b)	120		
Herreros	10	105	45	
Caldereros	15	97.50		
Fundidores	8	82.50		
Pintores	6	75	40	
Carpinteros	40	67.50	50	
Mecánicos	54	60		
Tapiceros	8	52.50		
Fogoneros	42	42		
Majadores	25	37.50		
Limpiadores y peones	85	22		
Peones	64	21	18 (d)	21.70
TOTAL	407			

I Número de operarios del departamento de Locomotoras y Maestranza.

II Salarios mensuales del personal de Locomotoras y Maestranza.

III Salarios del personal de la Vía.

IV Salarios del personal de la Estación Barón que se ocupaba en las cuadrillas de carga y descarga.

Fuente: Elaboración propia a partir del Presupuesto del FCSV para 1875, 471-472. Anexo a la Memoria del Ministerio del Interior de 1874.

(a) De éstos, quince eran contratados en Inglaterra.

(b) Obreros de varios oficios contratados en Inglaterra.

(c) Personal de trenes de lastre.

(d) En el departamento de la vía se llamaban "mineros".

Un hecho revelador de lo anterior fue el incidente ocurrido en 1864 en el F.C.S.V. Ese año, el inspector David Wrightson golpeó a cuatro peones encargados del mantenimiento de la vía, que habían desobedecido una orden de no circular por la línea en un carro de mano. Por ello fue condenado a prisión por dos meses y a pagar una indemnización a cada peón.³⁹ Pero el ingeniero jefe, Jorge Lyon,⁴⁰ pidió a la Superintendencia de la empresa que apoyara a Wrightson, ya que a su juicio era el único modo de trabajar con los peones.

También se debe considerar la clase de peones empleados en los trabajos accidentales de la línea, los que siendo generalmente de la hez del pueblo y una vez con bebida, son insubordinados listos con el puñal y difíciles de contener si no es por la fuerza. A una

39. ANMI, Vol. 470, 23 de julio de 1864.

40. Jorge Segundo Lyon Santa María. Nació Valparaíso en 1831, era hijo del comerciante y armador británico Jorge Lyon Thomas y de Carmen Santa María Artigas. Fue enviado a principios de la década de 1850 a estudiar a Londres, titulándose de ingeniero especialista en ferrocarriles. En 1857, de regreso a Chile, se incorporó a la construcción del FCSV, empresa en la cual su padre era accionista y director. Desde 1864 hasta 1884 se desempeñó como ingeniero jefe. Figueroa, *op. cit.*, Vol. IV, 135-6.

persona acostumbrada a los trabajos materiales del ferrocarril, la conducta de Wrightson en esta ocasión se presenta como la única, efectiva y aplicable al caso.⁴¹

Lo anterior era sustancialmente diferente a la laudatoria opinión acerca del buen comportamiento de los peones dada por el constructor de la línea del rcsv, Henry Meiggs,⁴² la cual además estaba basada en un trabajo que sólo necesitaba fuerza muscular. Más digna de buena opinión debió ser entonces la adaptación de los peones a un trabajo que exigía disciplinarse en espacios tales como estaciones, patios, talleres y líneas para poder incorporarse al nuevo orden productivo y los oficios por él requeridos.

El paso del peón hacia los niveles obreros comenzaba, en el caso de los talleres, como limpiador, raspando y puliendo el óxido del equipo en reparación, tomando contacto con partes y piezas.

Por primera providencia los otros operarios me dieron a limpiar unos fierros todos mohosos, que me costaba gran trabajo hacerlo. Luego me mandaron en compañía de otro muchacho todo tiznado a limpiar unos calderos de máquinas que estaban en reparación. Ahí nos hicieron meter adentro del fogón y comenzamos a raspar las paredes de las calderas hasta que quedaron limpias.⁴³

Los que se interesaban aprendían vagamente con la rutina diaria, carente de toda noción teórica, el funcionamiento del equipo. Algún suceso especial, como un accidente, ampliaba los conocimientos al permitir una mejor visión del funcionamiento del sistema.

Después de tres días de trabajo consecutivos, regresamos a Santiago con los escombros de las máquinas. A mí me sirvió mucho que me llevaran al lugar del siniestro, porque adquirí varios conocimientos sobre la armadura de carros y sobre las piezas de las locomotoras y su distribución con respecto al vapor. En la Maestranza lo único que había aprendido era conocer las piezas, por el oficio de limpiador que tenía, como el de introducirme en las calderas y remachar remaches.⁴⁴

Los maquinistas y fogoneros eran peones que provenían tanto de los talleres como de la vía. A pesar de que tales trasposos iban en contra de las normas de los ingenieros ingleses y norteamericanos, los superintendentes fomentaron el aprendizaje "sobre la marcha".

En 1857 el maquinista Robert Anderson ofreció al Directorio del rcs enseñar el oficio de fogonero a los chilenos, cobrando por ello un sobresueldo de 10 pesos. El ejemplo fue fomentado por el Directorio entre los extranjeros, quienes cooperaron "más por el interés de la prima que por los deseos de enseñar".⁴⁵ Un año más tarde, Manuel Jesús Escobar, peón de estación de San Bernardo, fue incorporado como fogonero de Anderson. Aprendió el oficio en la rutina diaria del manejo de las locomotoras norteamericanas, que por su falta de inyectores para el agua del caldero

41. ANMI, Vol. 470, 10 de enero de 1865.

42. Citado por Salazar, *op. cit.*, 239.

43. *La Locomotora* (Santiago) (en adelante LLoc), 19 de abril de 1901. El trozo es parte de un relato publicado en el diario de los maquinistas de los Ferrocarriles del Estado entre abril y junio de 1901, bajo el título de "El Fogonero. Una historia". En él se explica la formación de un fogonero entre 1876 y 1882, que al momento de su ingreso tenía once años.

44. LLoc, 26 de abril de 1901.

45. Escobar, *op. cit.*, 10.



FERROCARRIL DEL SUR. OBREROS EN TRONCOSO (1862)
Colección Museo Histórico Nacional

debían ser movidas en pequeños recorridos, lo que facilitaba el tomar contacto con su funcionamiento.⁴⁶

A este respecto, un breve relato ilustra cómo se "hacía" un fogonero a fines de la década de 1870.

--Usted sabe echar carbón al fogón de la máquina?

--No, mister Pita, pero aprenderé ahora que me ha tocado en suerte el ir con usted, ya que no vino su fogonero.

--Oh, usted parece ser un muchacho inteligente; y si se porta bien lo pediré como mi fogonero.

--Muchas gracias, señor. Yo por mi parte haré lo posible en darle gusto en lo que pueda.

--Mucho mejor para usted. Ahora baje y traiga el aceitero para aceitar un poco la máquina.

--Usted que es más chico, eche aceite en aquellas piezas, . . . bien, bien.

--Ahora saque un poco de huaipé del cajón y limpie aquí, . . . arriba, ya nos vamos.

Subí precipitado a la máquina mientras mister Pita echaba la rienda, abría la llave del vapor y se ponía en movimiento para tomar el tren.

Ya listos para partir, el gringo tomó cuatro paladas de carbón y las echó al fogón para que yo después siguiera haciendo igual cosa.

Por fin el conductor dio la partida y la máquina comenzó a moverse, con lentitud primero y después con alguna velocidad, hasta que al fin tomó bastante carrera.

Yo iba embebido en mirar la ciudad, las casas y los campos que corrían para atrás con una carrera vertiginosa, cuando me sacó de mi sopor un grito del maquinista que me dijo:

--Usted muchacho no sirve para mirar sino para trabajar y echar carbón a la máquina.⁴⁷

Con ese imperfecto aprendizaje, algunos escalaron a puestos más calificados. Tal fue el caso de Manuel Escobar, quien en 1864 elevó una solicitud al Directorio del FCS para subir al puesto de maquinista; se encontró, sin embargo, con la oposición del jefe de locomotoras y maestranzas, Diego Hall,⁴⁸ que consideró su pedido una "falta de consideración y respeto".⁴⁹

A pesar de esa oposición, fue nombrado maquinista por el interés que tuvo en ello el superintendente de esa línea, José M. Ureta.⁵⁰ En 1865 eran cuatro los chilenos que se desempeñaban en esa labor: José M. Guzmán, Martín Roa, José Gana y Manuel Jesús Escobar.⁵¹ Su trabajo les otorgaba un nivel elevado, porque "hay que tener presente que en aquellos tiempos era un enigma indescifrable el manejo de un motor a vapor [para los chilenos] y quien llegaba a fogonero podía envanecerse de haber

46. *Ibid.*, 11.

47. LLoc, 3 de mayo de 1901.

48. Diego Hall. Nacido en 1827 en Sunderland (Inglaterra), hizo su aprendizaje de "ingeniero mecánico" al lado de su padre, superintendente de locomotoras de uno de los ferrocarriles ingleses. En 1861 fue contratado como superintendente de locomotoras del FCS, puesto que ocupó hasta 1864, cuando volvió a Inglaterra. Sin embargo, en 1870 fue nuevamente contratado en el FCS en el mismo cargo, donde se mantuvo hasta 1884, fecha en que fue nombrado director de Tracción y Maestranzas de la Empresa de los Ferrocarriles del Estado. Ocupó el cargo hasta 1891, año en que falleció. *Boletín de Servicios de los Ferrocarriles del Estado* (Santiago) 2, no. 43 (1 de agosto de 1891): 474.

49. Escobar, *op. cit.*, 15.

50. José Miguel Ureta Urriola. Diputado durante la presidencia de Montt, desde 1859 se desempeñó como delegado del gobierno ante la Junta de Accionistas del FCS, para en 1862 pasar a ser superintendente hasta 1884. Estaba muy relacionado con otras actividades. Fue accionista del FCS hasta 1873. En 1876 figuraba como uno de los cuatro más importantes accionistas del Ferrocarril Urbano de Santiago y director suplente de la Compañía de Gas de Santiago. En 1882 fue senador por Colchagua, retirándose en 1884 de la actividad pública para dedicarse a explotar su fundo en Bulnes, en donde murió en 1887. Figueroa, *op. cit.*, Tomo V, 931; Ferrocarril del Sur, *Informe semestral*, 31 de julio de 1872, 70; Ferrocarril Urbano de Santiago, 4ª Memoria, 1876, 27; *El Ferrocarril* (Santiago), 16 de febrero de 1876.

51. Escobar, *op. cit.*, 16.

hecho una gran conquista".⁵² Una vez logrado el mando de la locomotora, debían enseñar a otros aprendices el oficio, ya que de acuerdo al Reglamento para Maquinistas y Fogoneros del Ferrocarril del Sur, dictado en 1865, el maquinista "hará todo lo que de él dependa para que dicho alumno llegue lo más pronto posible a tener conocimientos prácticos, que son necesarios para dirigir con seguridad y economía una máquina locomotiva".⁵³

Para los chilenos no fue fácil integrarse a este nuevo orden, por su falta de conocimientos y la oposición de los extranjeros, que tenían ser desplazados o tener que aceptar niveles bajos de rendimiento, lo que chocaba con las normas traídas de sus centros industriales de origen.

De esta manera, en una posición subordinada, el fogonero era mantenido en la ignorancia por la mayoría de los maquinistas.

Los ingleses no se preocupaban de enseñar nada a sus fogoneros; por el contrario, trataban de mantenerlos en la más completa ignorancia para que nunca subieran, tal vez previniendo lo que sucedería con el tiempo, que los hijos del país los reemplazarían a ellos ventajosamente.⁵⁴

En 1866, cuando habían ascendido a maquinistas en el FCS varios "hijos del país", comenzó una violenta campaña por parte de los maquinistas extranjeros contra los chilenos, a los que acusaron frente al Directorio del FCS de ser culpables de una serie de desperfectos. Ante ello, Ureta afirmó que "aunque se hagan pedazos todas las máquinas, tendrán que ser chilenos todos los maquinistas".⁵⁵ Similares hechos, aunque no de ese grado, se registraron en el FCSV: "En una ocasión en que iba a conducir el tren un aprendiz chileno, le jabonaron los rieles en una extensión de ocho o diez metros, y el pobre novicio no podía avanzar una pulgada su locomotora, en medio de los chistes de sus rivales, hasta que dio por perdida la paciencia y la partida".⁵⁶

Por su desconocimiento de la mecánica, los peones ascendidos no podían prevenir las fallas habituales en una locomotora. Así lo destacaba en 1874 el ingeniero jefe del FCS, Charles Fletcher Hillman,⁵⁷ al afirmar que, al momento de su ingreso, los maquinistas chilenos no eran más que "gañanes que buscaban ocupación como limpiadores", y al atribuirles por ello una cuota de responsabilidad en los mayores gastos de operación. Tal situación —a juicio de Hillman— contrastaba con la explotación del FCSV, donde todos los maquinistas eran profesionales traídos del Canadá e Inglaterra que habían debido viajar en calidad de ayudantes o fogoneros por alrededor de sesenta a ochenta días para que conocieran las características de la vía, antes de asumir el puesto, a lo cual atribuía la carencia de accidentes importantes en esa línea.⁵⁸

A pesar de tales juicios, el aumento de salarios de los "artesanos" desde principios de la década de 1870, hizo necesario mecanizar algunas tareas, bajar los niveles de calificación e incorporar aprendices chilenos.

Para lo primero, en la Maestranza de Santiago (FCS) en 1871 se introdujeron máquinas-herramienta para el trabajo de la madera; no se veía otra forma de "economizar el tiempo obrero, porque observamos el antiguo sistema de hacer toda clase de

52. *Ibíd.*, 10-11.

53. Ferrocarril del Sur, *Reglamento para maquinistas y fogoneros dictado por el Superintendente* (Santiago, 1865), 5-6.

54. LLoc, 26 de abril de 1901.

55. Escobar, *op. cit.*, 18.

56. Benjamín Vicuña Mackenna, *De Valparaíso a Santiago* (Santiago, 1877), 268.

57. Carlos Hillman, *Examen de los informes sobre el sistema de equipo* (Santiago, 1874), 21.

58. ANMI, Vol. 863, 11 de diciembre de 1878.

trabajos a mano".⁵⁹ Se requería también adquirir grúas y pescantes a vapor para reemplazar las gatas a tornillo y otros medios que ocupaban mucho personal. Esta necesidad de bajar costos hizo extender la mecanización a labores como la carga y descarga, que ocupaban gran número de peones.⁶⁰ Tal proceso fue incentivado además por la emigración de peones hacia la construcción de ferrocarriles en el Perú.⁶¹

La mecanización a la larga no fue tan drástica, ya que una de las soluciones para enfrentar el encarecimiento de la mano de obra extranjera fue aumentar el ingreso de chilenos. A este respecto, desde la década del setenta se dispuso para ellos de mecanismos de ingreso orientados hacia los niveles inferiores: "Trabajadores mecánicos del país poco competentes, se pueden ocupar, pero aún creemos conveniente tener unos pocos de primera clase, que es muy difícil encontrarlos aquí".⁶² La crisis económica, agudizada en 1878, significó rebajar aun más los costos, restringir las contrataciones en el exterior e incorporar más trabajadores nacionales. Esta situación, agravada por la Guerra del Pacífico, llevó a los ferrocarriles estatales a intensificar sus tareas y el aprendizaje "sobre la marcha".

Con el recargo de trabajo y armaduras de máquinas, tuve yo lugar de adquirir muchísimos conocimientos prácticos. Conocí todas las piezas de una locomotora, la distribución del vapor, su manejo, el nombre de cada pieza y el admirable mecanismo ideado por la inteligencia del hombre para acortar las distancias y transportar de uno a otro confín los productos y riquezas de los pueblos.⁶³

También significó la oportunidad de cambiar de situación laboral. Muchos mecánicos de la Maestranza de Santiago se alejaron de ella en 1880 para trabajar en la Marina, en diversas tareas relacionadas con la mecánica y el vapor.⁶⁴

Estos fenómenos repercutieron en la composición del personal. En el caso del FCSV, en 1882, de 308 técnicos y obreros (excluyendo peones) del departamento de Locomotoras y Maestranza, el 40.5 por ciento había sido contratado a partir de 1879, después de haber sufrido una baja durante los años de crisis (1877-78). Estas contrataciones favorecieron notoriamente a los chilenos, aunque no se eliminó la presencia extranjera, según se desprende del Cuadro 6. En 1882, alrededor del 25.3 por ciento de los empleados del departamento eran extranjeros, proporción que subía a un 37.3 por ciento en el estamento estrictamente de obreros y técnicos, que no incluía a los peones. La concentración de trabajadores extranjeros era aun más alta en los puestos directivos y de más altas remuneraciones, como era la dirección técnica de los talleres y locomotoras, puestos desde los cuales se ejercía control sobre la contratación de mano de obra.

59. Ferrocarril del Sur, *Informe semestral*, 31 de diciembre de 1872, 21.

60. *Ibid.*, 31 de julio de 1871, 18.

61. En marzo de 1870, la Estación Barón experimentaba un gran movimiento de carga que hacía necesario adquirir más terrenos y aumentar el número de trabajadores. Sin embargo, los jornaleros eran escasos y sus salarios habían subido, porque eran "conducidos como rebaños por los agentes del contratista de ferrocarriles en el Perú". ANMI, Vol. 602, 17 de marzo de 1870.

62. Ferrocarril del Sur, *Informe semestral*, 31 de diciembre de 1871, 17.

63. LLoc, 17 de mayo de 1901. ⁴

64. Ferrocarril entre Santiago y Angol, *Informe de 1880*, 18.

CUADRO 6. Composición del personal del Departamento de Maestranzas y Locomotoras del FCSV en 1882

	Extranjeros	Nacionales	Total
Dirección	7	1	8
Jefes de Taller	7	—	7
Maquinistas	32	—	32
Fogoneros	8	32	40
Mecánicos	33	27	60
Hereros	8	9	17
Maadores	—	27	27
Fundidores	1	4	5
Carpinteros	8	45	53
Caldereros	3	35	38
Aprendices mecánicos	6	5	11
Pintores	—	7	7
Tapiceros	2	1	3
Peones	—	145	145
TOTAL	115	338	453
PORCENTAJE	25.3	74.7	100

Fuente: Elaboración propia a partir de: Ferrocarril entre Santiago y Valparaíso, "Nómina de los empleados del departamento de locomotoras y maestranza en 25 de mayo de 1882", ANMI, Vol. 974.

2. EL AGOTAMIENTO DE LA VÍA "SOBRE LA MARCHA" FRENTE A LA EXPANSIÓN DE LOS FF.CC. DELESTADO Y EL CAMBIO TECNOLÓGICO, 1884-1914

Con la creación de la EFE en 1884, el perfil que cada ferrocarril definió en lo referente a las condiciones y composición de su personal se fue desdibujando, aunque no inmediatamente; en el caso de la primera sección, que correspondía al antiguo FCSV, en sus partidas de presupuesto se mantuvo por varios años un ítem de pagos a Gibbs & Co. de Londres, por maquinistas ingleses. Los extranjeros se mantuvieron porque subsistían los problemas de falta de mano de obra técnicamente capacitada, sobre todo cuando aumentaban las exigencias del servicio.

Los chilenos habían ascendido a casi todos los niveles calificados, gracias a la rápida aunque imperfecta capacitación dada dentro de las empresas ferroviarias. Pero a partir de la década del ochenta se comenzaría a generar una competencia con el sector industrial y los FF.CC. particulares en expansión, donde también "naturalmente" se estaba formando la mano de obra metalmeccánica. Esta competencia se ve reflejada en varias disposiciones para regular el acceso y arraigo de los trabajadores, que experimentaban, además de un gran crecimiento en su número (véase Cuadro 7), una cierta movilidad, por el incremento de actividades mecanizadas.

CUADRO 7. Trabajadores a jornal del Departamento de Tracción y maestranzas de la EFE en la red central (Valparaíso-Puerto Montt), 1885-1915

Año	1ª Sec.	2ª Sec.	3ª Sec.	4ª Sec.	Total
1885	597	539	353		1.489
1886	717	603	370		1.690
1887	689	559	439		1.687
1888	844	698	556		2.098
1889	978	869	610		2.457
1890	1.149	971	703		2.823
1891	1.120	1.087	699		2.906
1892	1.214	1.304	844		3.362
1893	1.291	1.414	930		3.635
1894	1.416	1.591	997		4.004
1895	1.461	1.813	1.034		4.308
1896	1.265	1.718	1.068		4.051
1897	1.280	1.674	1.054		4.008
1898	1.315	1.667	1.088		4.070
1899	1.390	1.607	1.103		4.100
1900	1.465	1.749	1.139		4.353
1901	1.608	1.870	1.221		4.699
1902	1.774	2.012	1.253		5.039
1903	1.297	1.626	928		3.851
1904	1.323	1.609	929		3.861
1905	1.657	1.955	1.067		4.679
1906	s.d.	s.d.	s.d.		5.660
1907	2.317	2.983	1.688	95	7.083
1908	2.019	2.338	1.441	468	6.266
1909	s.d.	s.d.	s.d.	s.d.	s.d.
1910	1.799	2.361	1.515	561	6.236
1911	2.030	2.311	1.656	683	6.680
1912	2.061	2.279	1.675	698	6.713
1913	2.255	2.184	1.643	737	6.819
1914	s.d.	s.d.	s.d.	s.d.	6.425
1915	s.d.	s.d.	s.d.	s.d.	6.456

1ª Sección: Valparaíso-Santiago

2ª Sección: Santiago-Talca

3ª Sección: Talca-Victoria

4ª Sección: Victoria-Osorno (hasta 1912)-Puerto Montt.

Fuente: Elaboración propia a partir de: Empresa de los Ferrocarriles del Estado, *Memorias* (1885-1915).

En 1887 el director de Tracción y Maestranzas de la EFE, Diego Hall, presentó al ministro de Industrias un proyecto para construir una nueva maestranza en Valparaíso, que aumentaría la capacidad fabril de la empresa y permitiría disponer de mano de obra en abundancia e incentivada económicamente para que no se cambiara a talleres particulares.⁶⁵ Un año antes, Hall no había podido satisfacer las solicitudes de maquinistas chilenos que pidieron tener acceso a puestos de más alta categoría; a su juicio, no podía regir la antigüedad sino la instrucción mecánica, lo que lo llevó a seleccionar sólo a los que acreditaran conocimientos y práctica en cualquier ramo

65. EFEM, 1887, 172.

mecánico.⁶⁶ A su vez, en 1891 se determinó que, para ser ascendidos a maquinistas, los fogoneros debían rendir un examen práctico en el mes de diciembre de cada año, además de certificar el haber trabajado por lo menos un año como ajustador, armador de locomotoras en talleres de construcción o reparación, y seis meses como fogonero.⁶⁷ En 1894, el Consejo Directivo de la EFE determinó que los maquinistas, para tener derecho a una gratificación de un 20 por ciento sobre sus sueldos, debían asistir a clases de instrucción mecánica en las maestranzas.⁶⁸

Sin embargo, en estos años el problema comenzó a ser no el número, sino el nivel productivo de los trabajadores y su capacitación. Tal nivel estaba agotándose frente a los cambios que experimentaban algunas áreas, como la de Tracción, donde se comenzó a reforzar la dependencia exterior. Un ejemplo de ello es la compra de locomotoras Compound en 1895, que tenían sistemas no conocidos por los maquinistas chilenos, situación que hizo necesario "importar" a los maquinistas.⁶⁹

Tras esta situación estaba la crisis que experimentaba la EFE por su mayor compromiso con el sistema económico, y que la llevó a evaluar su nivel de desarrollo y cambiar no sólo las maquinarias y materiales, sino también las pautas de trabajo y mano de obra empleadas hasta esas fechas.

a) *La necesidad de pasar a otro estado de desarrollo: la evaluación de ingenieros y políticos, 1899-1913*

La centralización de los ferrocarriles estatales en una sola entidad y su mayor desarrollo pusieron de relieve el papel de los ingenieros, que apuntaron en esta etapa a la necesidad de cambiar la base técnica de la EFE y el tipo de personal mediante la incorporación de la capacitación en escuelas. Un examen en ese orden fue hecho en 1899 por el consultor técnico del gobierno, el ingeniero belga Omer Huet,⁷⁰ quien más tarde implementó las medidas de cambio.

Huet consideraba de primera prioridad la calificación del personal. Sin embargo, poco se había avanzado en este terreno, debido a que el trabajador chileno hacía de todo, con una gran movilidad laboral y espacial, incompatible con la manufactura y con el ferrocarril: "En una y otra se requiere la especialidad y la inmovilidad de los empleos; en ellas es necesario el conocimiento perfecto de la profesión".⁷¹ Además, faltaba una mayor racionalidad en la explotación, reglamentar los trabajos y las funciones, crear manuales que permitieran deslindar las responsabilidades e introducir "disciplina industrial", manifestada en requerimientos formales como la exigencia en la puntualidad, respeto a las jerarquías, uso de uniforme, temperancia. Para ser considerado óptimo, un trabajador debía ser poseedor de conocimientos tecnológicos adquiridos no en la práctica diaria, sino en escuelas; tener nociones científicas generales; conocer los detalles de las diversas ciencias aplicadas y la tecnología de los

66. EFEM, 1886, 221-22.

67. *Boletín de Servicios de los Ferrocarriles del Estado* 2, no. 36 (15 de abril de 1891): 408.

68. *Boletín de Servicios de los Ferrocarriles del Estado* 5, no. 82 (1 de agosto de 1894): 173.

69. *Boletín de Servicios de los Ferrocarriles del Estado* 6, no. 9 (1 de julio de 1895): 157.

70. Omer Huet. Nacido en Bruselas (Bélgica) en 1852. Estudió entre 1871 y 1876 en la Escuela Especial de la Universidad de Gante, titulándose de ingeniero de puentes y calzadas. En 1879 fue nombrado ingeniero de los Ferrocarriles del Estado belga. En 1897 fue contratado por el ministro de Chile en Bélgica, Ramón Barros Luco, como ingeniero consultor. Se desempeñó como director general de la EFE de 1900 a 1902, de 1907 a 1909 y de 1911 a 1912. Entre 1902 y 1904 fue director de Obras Públicas. En 1914 falleció en Santiago. Emilio Vasallo R., *Ferrocarriles de Chile* (Santiago, 1943), 88-90.

71. Omer Huet, *Examen general de la Red* (Santiago, 1899), 12.

oficios.⁷² Eran exigencias necesarias, pero por las características del país debían atenuarse y adaptarse.

Sin embargo, dados los hábitos del país, en el que los asuntos exigen cierto grado de elasticidad, no sería fácil pasar bruscamente de una situación que presenta la flexibilidad actual a un régimen estricto, demasiado reglamentado como en las administraciones europeas.

Con esto se expondría tal vez a cortar la iniciativa individual a sujetos poco acostumbrados a encontrarse encerrados en límites de acción demasiado estrechos, y con expectativas de ganancia insuficiente o demasiado uniforme.⁷³

El trabajador se veía afectado no sólo por las condiciones generales de desarrollo, sino también por las de la empresa, que no daba seguridad laboral. En suma, por el nivel preindustrial en que se desenvolvía el país.

Otro examen más específico y con medidas concretas fue el de Máximo Dorlhac,⁷⁴ ingeniero francés que, al retirarse en 1911 como inspector de maestranzas de la EFE, dejó sus impresiones sobre las características del trabajador ferroviario y algunos medios para mejorar su condición.⁷⁵ Opiniones valiosas, ya que se desempeñó en la enseñanza técnica tanto en Francia como en Chile.

Su primera impresión al asumir la dirección de los talleres de la EFE fue desfavorable, por la ineficiencia del personal no sólo en los cuadros obreros, sino también en oficinas y estadística. Ello era más grave aún en los casos en que se requería instrucción técnica especial en electricidad, telégrafos y ramos de maestranza. Para Dorlhac, si bien tal instrucción debía limitarse a ser puramente práctica en el caso de los obreros, debía también tener una buena base científica. A falta de esa base —opinaba—, el aprendizaje era sólo rutina. Sin embargo, las nociones científicas elementales faltaban por completo, y cuando encontraba trabajadores aptos no los podía integrar, ante el rechazo que encontraba aquel que podía ascender más rápidamente que el resto. Se refería especialmente a los escasos alumnos de la EAO que entraban a las maestranzas.

Era frecuente encontrar obreros que casi no sabían escribir ni leer, o lo hacían tan mal que lo que escribían era incomprensible; muchos no sabían sumar. En todo caso, Dorlhac no se refería a los completamente analfabetos, que los había entre los avisadores, limpiadores y aun fogoneros, que por ese motivo no podían ascender a maquinistas. Tal situación se debía al tipo de reclutamiento que se hacía de los mayordomos de talleres, fogoneros y maquinistas. En el caso de los mayordomos, éstos salían de los obreros, tras pasar algunas veces por el grado intermedio de cabos. Pero no eran fáciles de encontrar, ya que debían ser buenos operarios y tener nociones de instrucción primaria que les permitieran apuntar trabajos, llevar cuentas, pedir materiales, distribuirlos, y otras tareas. Por esa razón, entre 800 operarios de la

72. Omer Huet, *Legislación sobre los ferrocarriles* (Santiago, 1899), 17-18.

73. Huet, *Examen* . . . , 18.

74. Máximo Dorlhac Mertel. Nacido en Burdeos (Francia) en 1861, fue profesor de la Facultad de Ciencias de Burdeos. De 1882 a 1890 ocupó diversos cargos en los *Chemins de Fer du Midi*. Llegó a Chile contratado por la Dirección de Obras Públicas; en 1897 fue nombrado ingeniero jefe de la EAO hasta 1907, año en que pasó a dirigir la tercera sección de la EFE, con asiento en Concepción. En 1911 fue nombrado inspector general de Maestranzas y al año siguiente se retiró del sector público, pasando a ser administrador del FFCC. del Llano de Maipo hasta 1923, año en que falleció. Por su labor docente recibió premios del gobierno francés, como el título de *Officier d'Académie* y de *Officier d'Instruction Publique*. Figueroa, *op. cit.* (Santiago, 1928), Tomo II, 602-3.

75. Impresiones expuestas en un artículo titulado "Los Ferrocarriles del Estado y la Escuela de Artes y Oficios", *Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril* 28, no. 6 (junio, 1911): 450-55.

Maestranza de Concepción, Dorliac no pudo encontrar obreros aptos para mayordomo de calderería y de armaduría, debiendo llevar un jefe de Santiago.

Al sistema de reclutamiento se agregaba el que jefes y mayordomos no preparaban personal subalterno que pudiera sucederlos, temerosos de que estos trabajadores calificados presionaran para desplazarlos de sus puestos. Tal mecanismo sin duda era generado por la falta de estabilidad laboral: en 1912, de un total de 23.140 empleados que trabajaban desde Copiapó hasta Puerto Montt, solamente el 15 por ciento de ellos lo hacía a contrata; y el resto, el 85 por ciento, a jornal.⁷⁶

A este respecto es interesante consignar que en 1903, ante los cargos hechos por una investigación parlamentaria que les atribuía una buena cuota de responsabilidad por el excesivo consumo de carbón y descuido del equipo, los maquinistas respondieron que el motivo de los descuidos era la falta de instrucción, producto de la falta de facilidades otorgadas por los jefes, quienes los atacaban y hostilizaban cuando habían tratado de unirse para capacitarse: "Los actuales maquinistas, para poder ser lo que somos, hemos tenido que procurarnos nosotros mismos los conocimientos técnicos y prácticos de la profesión".⁷⁷ En ese marco, los jefes chilenos "que quieren mantenerlos en el oscurantismo", se unían con los "scotchman, secta refractaria, enemiga del adelanto y del progreso".⁷⁸

Todo lo anterior originaba un círculo vicioso, que sólo podía ser abierto por la educación técnica formal.

En julio de 1907, a poco de haber asumido como jefe de la Maestranza de Concepción, Dorliac solicitó que se seleccionaran algunos alumnos de la EAO para trabajar en el establecimiento. Se presentó uno solamente, no diplomado, el que, a pesar de habersele ofrecido un jornal de 6.50 pesos (con recargo de 16 peniques) —bastante elevado con respecto al resto de los operarios—, no quiso aceptar el trabajo como obrero. Similares resultados tuvo al intentar formar una cuadrilla de armadores: nadie se presentó.

La solución para todo esto era que la EFE tuviera su propia escuela técnica para formar los siguientes especialistas: técnico de talleres: mayordomos y ayudantes; técnico de locomotoras: fogoneros maquinistas, jefes de máquinas y equipo de instalaciones fijas; técnico de electricidad y luz: telégrafos, teléfonos, transporte, luz eléctrica, alumbrado; técnico en el ramo de vías y puentes, edificios y señales; especialistas en contaduría, reglamentos, tarifas: inspectores de trenes, estaciones, contabilidad, tarifas, jefes de estación, de bodegas.

De acuerdo a Dorliac, no había "necesidad de fundar una Escuela para todo esto, porque esta escuela existe ya y es cuestión de saber aprovecharla; es la Escuela de Artes y Oficios". Su plan permitiría ampliar las posibilidades de los egresados de la Escuela que, en general, no seguían su carrera; muchos trabajaban, por ejemplo como dibujantes. Además se incorporaría una capacidad industrial que posibilitaría entregar piezas ordinarias, bajar los costos de mantenimiento del equipo a la mitad y proveer a la red de cinco a ocho carros mensuales y una locomotora al año.

Finalmente, Dorliac recomendó que el 60 por ciento de los trescientos alumnos internos y cien externos de la EAO fuera reclutado entre los hijos de los empleados y obreros de la EFE, que se les eximiera del servicio militar y que se los contratara por diez a doce años, con especificación de los puestos y sueldos que tendrían en la EFE una vez terminados sus estudios.

Este plan de anexar la Escuela y formar un personal estable, disciplinado y capacitado formalmente, estuvo muy ligado con la reorganización de la EFE —que

76. EFEM, 1912, 22-24.

77. LLoc, 11 de septiembre de 1903.

78. LLoc, 31 de octubre de 1902.

estaba en proceso—, tendiente a implantar un modelo de gestión más corporativo y acentuar el rol de los ingenieros en su explotación. En 1913, el ingeniero chileno Domingo V. Santa María,⁷⁹ ex director de Obras Públicas—que se desempeñaba en las comisiones de reorganización de los FF.CC. del Estado—expuso que los trabajadores deberían ser reclutados entre los hijos del personal, ya que estarían familiarizados con los oficios del ferrocarril y las normas de la institución, especialmente con su "disciplina industrial". A su juicio, este mecanismo sería el único para conseguir mano de obra idónea y suficiente;⁸⁰ la EAO le aportaría los conocimientos tecnológicos; las maestranzas, la práctica; y la familia, "la disciplina industrial". Todo ello dentro de un marco fiscal de decisiones.

En líneas generales, los exámenes de los ingenieros sobre la capacitación del trabajador ferroviario apuntaban hacia una vinculación más estrecha con la EAO y a reclutar mano de obra culturalmente distinta a las masas laborales del país. Estas carecían de una base técnica sólida, y además se desenvolvían en un panorama en que, si bien la industria estaba en expansión, no era predominante. En dicho panorama el FF.CC. constituía una excepción, por su alta intensidad de inversión y por sus trabajadores, sin duda distintos a los peones y "artesanos". Estos últimos, los egresados de la EAO, eran víctimas del nivel de la producción nacional, que los obligaba a desarrollar medianamente sus conocimientos y habilidades técnico-manuales.

El bajo nivel técnico de los trabajadores nacionales subsistía a pesar del plan de modernización impulsado por la Sociedad de Fomento Fabril y el Ministerio de Industrias y Obras Públicas desde 1887, que había implementado sustanciales reformas en los programas de estudio e instalaciones. Desde esos años se dispuso de una planta de 300 alumnos y una capacidad industrial notable que quedó de manifiesto en 1897, al construirse un desvío ferroviario destinado a reparar una locomotora. Respecto a este trabajo, el director de Tracción y Maestranzas, Anselmo Moraga,⁸¹ informó que "nadie podría imaginarse que ellas [las reparaciones] han sido hechas por manos de alumnos aprendices, sobre todo si se toma en consideración la delicadeza del trabajo y la circunstancia de ser ésta la primera vez que se ocupan de obras de esta naturaleza". Sobre esa base, recomendaba al director general de la EFE que insinuara al ministro de Industrias encargar la fabricación de una locomotora y algunos carros, para dar entrenamiento a los alumnos.⁸² Con esta recomendación, en 1898 la EAO se presentó en una propuesta para construir carros y locomotoras. Sin embargo, el gobierno no accedió a la petición, por las presiones que ejercieron los industriales para ser favorecidos con contratos que les permitirían competir con la importación.⁸³

79. Domingo Víctor Santa María Márquez de la Plata. 1854-1919. Nacido en Santiago, fue hijo del Presidente de la República Domingo Santa María González. Estudió en la Universidad de Chile y en 1874 obtuvo el título de ingeniero geógrafo, y al año siguiente el de minas. Luego viajó a Bélgica a estudiar en la Universidad de Gante, en donde se diplomó de ingeniero civil en 1878. De vuelta a Chile trabajó en la construcción del FF.CC. de Taltal y en 1882 ingresó al FCS, hasta que en 1888 fue nombrado director de Obras Públicas, cargo que volvió a ocupar entre 1892 y 1895. Ese último año se retiró de la actividad pública y pasó a desempeñarse como representante de la firma chilena Lever, Murphy y Cia., fabricante de equipo para la EFE. Paralelamente fue consultor técnico y profesor de la Universidad de Chile. Greve, *op. cit.*, Tomo IV, 287-88; Santiago Marín Vicuña, *Nuestros ingenieros* (Santiago, 1935), 113-20, 192.

80. Domingo Víctor Santa María, *El personal de los Ferrocarriles del Estado* (Santiago, 1913), 42-47.

81. Anselmo Moraga. Nacido en Santiago en 1842. Hizo sus estudios de ingeniero mecánico en la Escuela de Artes y Oficios. En 1867 se trasladó a Estados Unidos a trabajar a la fábrica de equipo ferroviario Rogers & Co. de Paterson, New Jersey, en donde permaneció hasta 1883. Volvió a Chile en 1884 como ingeniero de la EFE, cargo en que permaneció hasta 1887, cuando se retiró a trabajar en el Establecimiento Industrial de Huanchaca, en Bolivia. En 1891, después de la guerra civil, fue nombrado director de Tracción y Maestranzas de la EFE. Pedro Pablo Figueroa, *Diccionario Biográfico de Chile* (Santiago, 1900), Vol. II, 351.

82. Archivo Nacional, Fondo Ministerio de Industrias y Obras Públicas (en adelante ANMIOP), Vol. 995, f. 115.

83. ANMIOP, Vol. 1012, f. 161.

Esta situación llevó a las autoridades de la EAO a pensar en la conveniencia de conectarse con los Ferrocarriles, para así vincularse con una tecnología y métodos de trabajo de un nivel más desarrollado que el de la industria chilena. Esto permitiría a la vez sacar a la educación técnica de su estancamiento en una instrucción puramente teórica, ineficiente para trabajar la tecnología del vapor, que requería muchos pasos manuales y cuyo aprendizaje distaba de ser fácil de lograr a través de catálogos. A este respecto, un profesor titulado en la EAO señalaba en 1908 el lugar que ocupaba un egresado cuando entraba a la EFE.

Si hoy un ex-alumno provisto de su diploma se presenta a los ferrocarriles del Estado, por ejemplo, en demanda de trabajo y se accede a su petición, se le relega al último término en la remuneración y ocupación, habiendo, hasta cierto punto, razón para obrar así con él, pues ignora en mucho la práctica del trabajo, que es la que en este caso debe aplicar; él conoce muy a fondo la parte teórica, pero es necesario confesar que con cálculos y números no se arma ni se hace funcionar una locomotora.⁸⁴

En este sentido era necesario, desde varios puntos de vista, superar la vía de capacitación "sobre la marcha", la cual era cara como sistema, por implicar baja mecanización y productividad y un personal muy numeroso en relación a los kilómetros en explotación.

Además, a juicio de las esferas gubernamentales, la particular condición de estos trabajadores —en cuanto pertenecientes a una empresa pública, sometida a las presiones de los partidos políticos y de un sindicalismo naciente pero poderoso— incidía en que la formación y control sobre la mano de obra fueran más "relajados" que los de otras actividades económicas y, en consecuencia, de baja productividad. Una aclaración de este criterio la dio en 1906 el ministro de Industrias, en respuesta a la interpelación de diputados demócratas.

Como lo sabe el honorable Diputado por Valparaíso [Bonifacio Veas], muchos obreros prefieren trabajar en las empresas del Estado más bien que en las privadas, por cuanto en aquellas gozan de mayores condescendencias, hay si puede decirse así más relajación de los rigores de la disciplina de los talleres.

s.e. el Presidente de la República ha manifestado que es menester modificar el actual sistema, y que los obreros, si desean aumento de sus sueldos, deben corresponder a este aumento con un trabajo efectivo más considerable.⁸⁵

b) Reorganización: cambio tecnológico y opción por la vía "formal" de capacitación

La evaluación del nivel de los trabajadores nacionales en Ferrocarriles, una cobertura territorial creciente y el franco deterioro y antigüedad de equipos e infraestructuras, llevaron en 1904 al director general de la EFE a solicitar del gobierno la incorporación de más máquinas-herramienta para reducir el número de operarios. Al año siguiente se comenzó a dotar de nueva maquinaria a las maestranzas y talleres principales de Valparaíso y Santiago, y se inició el estudio para la instalación de otras más.⁸⁶

Sin embargo, las medidas de *shock* destinadas a enfrentar esa situación llegaron recién en 1907, y fueron aplicadas por Omer Huet como director general. Este creó reglamentos para el personal, racionalizó tareas, reasignó, redujo y contrató personal.

84. G. Espínola, "La Escuela de Artes y Oficios. Lo que es y lo que debe ser", 379-84, *Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril*, no. 7-8 (julio-agosto 1908): 383.

85. Cámara de Diputados, *Boletín de las Sesiones Extraordinarias en 1906*, 777.

86. EFEM, 1904, 124; 1905, 127-30.

En el caso de mano de obra calificada, sencillamente "importó" los maquinistas necesarios. En 1907 contrató 50 maquinistas en Inglaterra, junto con 55 locomotoras North British Co.⁸⁷ En las maestranzas creó nuevas normas de trabajo, de uso de materiales, de horarios, pero ellas no fueron puestas en vigencia por jefes que manifestaron ideas distintas a las ordenadas.⁸⁸

Las medidas implementadas por Huet fueron atacadas principalmente porque se tradujeron en reducciones y modificaciones que afectaban —indudablemente— a muchos trabajadores. El Servicio de Personal y Fiscalización que creó en su primer año de ejercicio, por ejemplo, revisó la situación de los aproximadamente 3 mil empleados a contrata.⁸⁹ A su vez, Máximo Dorlhiac —que en ese entonces dirigía la maestraza de Concepción— fue acusado por el diputado demócrata de esa ciudad, Malaquías Concha, de perseguir a los obreros chilenos y favorecer a los extranjeros.

La administración de este servicio sólo se preocupa de hacer encargos a Europa y hostilizar a nuestros operarios cerrándoles las puertas de las maestranzas y abriéndolas de par en par a los obreros extranjeros.⁹⁰

No obstante los rechazos y acusaciones, el plan de Huet se siguió, siempre orientado a bajar los costos de operación, aumentar la eficiencia, reducir y mejorar la calidad del personal y cambiar la tecnología. Tales líneas prevalecieron, hasta que a partir de la reorganización de 1914 se optó por la capacitación formal de los trabajadores. Ese año se fundaron escuelas de maquinistas en las diversas secciones para formar el nuevo personal que ingresaría al servicio, y se estableció una reglamentación sobre las condiciones y exámenes a los que deberían someterse los aspirantes. Se intentó así acabar con el fondo común de tareas y oficios, diferenciando claramente el personal de mantenimiento (maestraza) y de manejo de locomotoras (tracción), que tendrían carreras independientes. A la vez, se iniciaron los trabajos para construir la maestraza central de San Bernardo, dotándola de moderna organización y tecnología de trabajo.⁹¹ Se decidió concentrar a los trabajadores en un lugar alejado de la ciudad, con el fin de disponer de mayor espacio para talleres y habitaciones para los obreros. Pero también hubo una intención política, ya que en 1914 el ministro de Industrias expresó que "alejándose del asiento del Gobierno se impide que éste se vea sometido a la presión que pueden hacer sentir los operarios para obtener resolución favorable a peticiones injustificadas".⁹²

Por otra parte, el nuevo reglamento de la empresa especificó que en las maestranzas se daría preferencia a los alumnos diplomados "en los establecimientos industriales del Estado, o en otros con estudios equivalentes", después de un período

87. Cámara de Diputados, *Boletín de las Sesiones Ordinarias en 1908*, 692; Ministerio de Industrias y Obras Públicas, *Memoria de 1908*, 92.

88. EFEM, 1907, 141.

89. *Ibid.*, 22.

90. Cámara de Diputados, *Boletín de las Sesiones Ordinarias en 1908*, 669.

91. En 1914 se llamó a concurso internacional para construir la Maestraza Central de San Bernardo, instalación que entró en operaciones en abril de 1920. Tuvo como fin disminuir el número total de operarios que se ocupaban en la reparación del equipo rodante, mediante la utilización de maquinaria moderna y nuevos métodos de trabajo. Tareas como la armadura de locomotoras pasaron a ser responsabilidad no de uno sino de varios talleres, cada uno especializado en una parte y función. Esta nueva organización del trabajo produjo ciertas resistencias en el personal, que hasta esas fechas estaba acostumbrado a viejos métodos, "por el egoísmo propio de querer hacerlo todo"; es decir, motivado por la capacitación en la producción misma, no apta para realizar trabajos altamente especializados y calificados. EFEM, 1914, 22; 1920, 337 y 343.

92. *Boletín de los Ferrocarriles del Estado* 3, no. 28 (agosto 1914): 1239.

de práctica que no excedería de un año.⁹³ Al año siguiente el Consejo de Administración acordó la admisión en las maestranzas de los alumnos de la Escuela de Artes y Oficios durante las vacaciones, abonándoles un jornal de 2.50 pesos diarios. Y en 1917, junto con seguirse esa política, se entregó a la Escuela varias locomotoras para que fueran reparadas en sus talleres.⁹⁴

Frente a la reorganización "desde arriba", los obreros aportaron "desde abajo" medidas para insertarse en las decisiones del Estado y lograr establecer una vía propia de capacitación a partir de los conocimientos adquiridos en el trabajo diario. En 1914 se celebró la primera Convención de Maquinistas y Fogoneros de los Ferrocarriles del Estado. En el programa de trabajo se incluyeron puntos referidos a la obtención de una educación regular para los hijos de los empleados, la formación de una escuela y una biblioteca para la instrucción técnica de los trabajadores, y el perfeccionamiento de los más "aventajados" en el exterior. Estas medidas se llevarían a cabo en conjunto con la empresa y estarían acompañadas por la prohibición de contratar operarios extranjeros.⁹⁵

A la vez, los maquinistas acordaron dirigirse a la dirección de la EFE para cooperar con soluciones que evitarían la "bancarrotita de la Empresa", en problemas como ahorro de lubricantes, combustibles y la regularización de los tipos de locomotoras; en este último punto debían ser consultados los maquinistas, "los que darían a los ingenieros encargados de la confección de los planos explicaciones prácticas".⁹⁶ Las ventajas de tal consulta residían en la cultura técnica de los operarios, que básicamente se resumía en la frase: "Un técnico no podrá enseñarles los más elementales conocimientos sobre el gobierno de una locomotora, porque él nunca la ha gobernado".⁹⁷

Estos acuerdos reflejaban la creación de una cultura tecnológica del obrero ferroviario, que se nutría del contacto con la producción misma y que pusieron a disposición del Estado. Pero la participación de esa cultura en el desarrollo económico no era un problema técnico, sino fundamentalmente político.

CONCLUSIONES

El ferrocarril constituyó un nuevo instrumento de acumulación de la oligarquía, que impactó en las fuerzas productivas del país por su alta intensidad de bienes de capital modernos y nuevos métodos de trabajo. Sin embargo, sus efectos no pueden adjudicarse exclusivamente a la tecnología. Muy por el contrario, dicha tecnología y organización del trabajo --de expansión mundial-- se articuló con formas locales específicas, manifestadas en el dominio de los instrumentos de acumulación por una oligarquía no dividida en facciones antagónicas, que estaba en proceso de tránsito desde formas de acumulación primitiva --con predominio de un sector mercantil-- a una acumulación capitalista limitada en que se mantuvo ese predominio. Esto determinó la constitución de polos de alta modernidad que compartieron el espacio con instituciones arcaicas, como la hacienda, que se extendía a lo largo de la línea férrea de Chile central.

En ese marco, la formación y entrenamiento de los trabajadores ferroviarios en el trabajo metalmeccánico no fue un proceso expansivo sino que limitado al FF.CC., que

93. Ferrocarriles del Estado, *Reglamento General de los Ferrocarriles del Estado* (Santiago, 1914), 27-28.

94. EFEM, 1915, 8; 1917, 8.

95. LLoc, 30 de mayo de 1914.

96. Loc. cit.

97. LLoc, 27 de diciembre de 1913.

absorbió hacia su interior los elementos para su desarrollo. Tal fenómeno se vio determinado por las condiciones de operación de este medio de transporte, y también por quienes dominaban la matriz política del Estado chileno: los terratenientes —la facción más importante del capital productivo— y una naciente burocracia pública con un proyecto de desarrollo del Estado. Esta articulación de técnica y poder político-económico modeló en los ferrocarriles fiscales varias caras desarrollistas. Una de ellas fue su utilización como instrumento para formar una nueva fuerza de trabajo nacional capaz de expandir la acumulación mediante el manejo de maquinarias; se lograba así una autonomía respecto de las casas comerciales en cuanto a la contrata de obreros calificados, aunque no en el aprovisionamiento de máquinas. Caso distinto fue el del empresariado ferroviario del norte minero, que en gran medida mantuvo sus lazos externos en esta materia, a pesar de disponer de la misma herramienta. Otra posición fue la del empresariado industrial, que si bien exigió después de 1880 instrucción formal, fue "echando mano" cada vez más de los esfuerzos del proyecto estatal-desarrollista.⁹⁸

Sin embargo, un sistema económico que durante varios siglos se había basado en el empleo de abundante mano de obra no calificada y de inversión productiva limitada, se tradujo en que los trabajadores conectados a las actividades "modernas" no fueran llevados al límite de su transformación y quedaran a medio camino en su capacidades, fenómeno reflejado en gran medida en el semidesarrollo de las escuelas técnicas.

Esta situación global le dio al ferrocarril un carácter de polo de alta intensidad tanto en el plano de los trabajadores como en el de la producción. En 1914 las maestranzas ferroviarias estatales eran más importantes técnica y laboralmente que el sector industrial, que debería haber sido el sostenedor del proceso de calificación técnica, e incluso exhibía instalaciones-símbolo para la industria de la época, como era la Maestranza Central de San Bernardo. Esta poderosa "cara industrial" de los FF.CC. en el panorama económico del país hizo que su cambio tecnológico y laboral redefiniera en gran medida la educación técnica, estuviera a la cabeza de ella, y también que llevara a cabo su proyecto con un énfasis autárquico en el personal, ya que la masa laboral chilena no estaba suficientemente imbuida de "disciplina industrial".

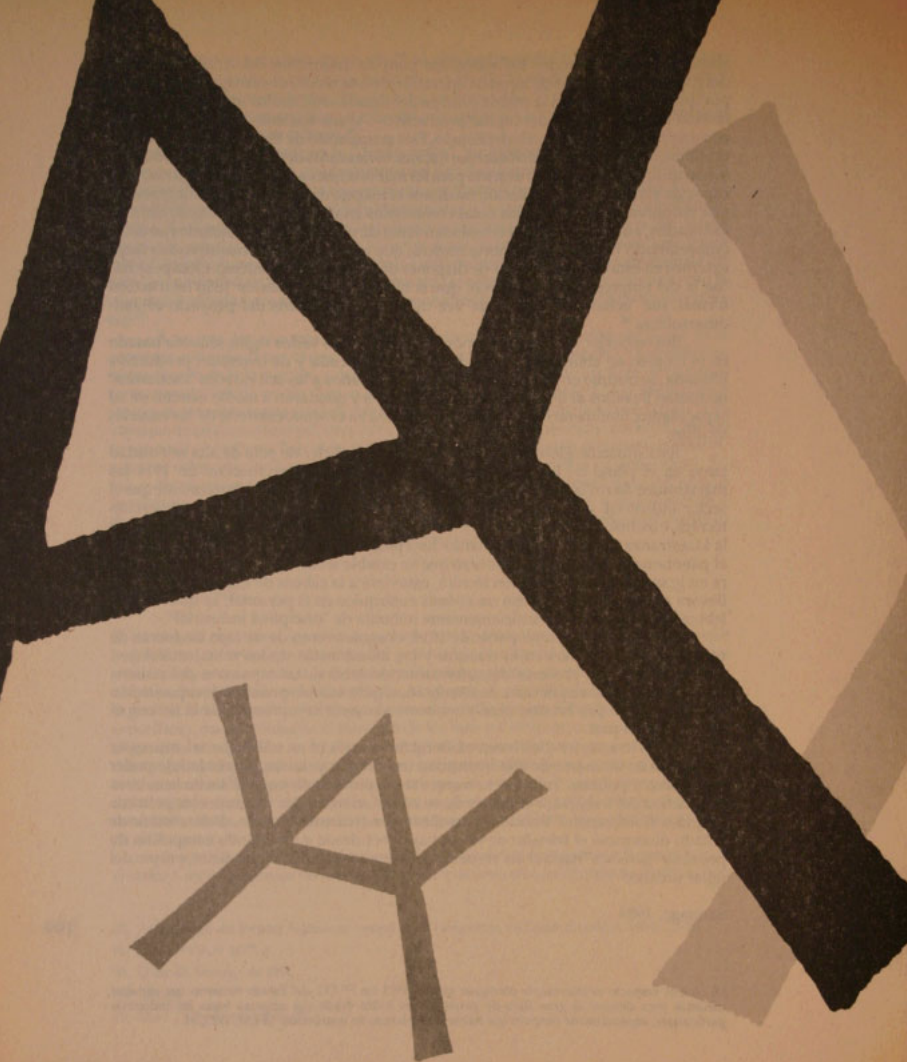
Esto último marcó, a partir de 1914, el agotamiento de un tipo de fuerza de trabajo —por lo menos en la tracción y las maestranzas de los FF.CC. estatales—, formada mediante procesos de autoinstrucción laboral. La expansión del sistema ferroviario se sostuvo por cerca de setenta años, estimulando procesos de capacitación que terminaron por hacerse obsoletos frente al mayor compromiso de la EFE con el desarrollo del país.

Todo lo anterior dio al sector laboral ferrocarrilero un sello especial, esto es, la formación en un marco de alta intensidad tecnológica y de alta intensidad de poder económico y político. Tal aspecto merece ser explorado en un análisis de la cultura productiva del trabajador chileno y de su articulación con los movimientos políticos surgidos al amparo del "Estado-desarrollista". En el caso de los FF.CC., dicho modelo de Estado determinó el tránsito de los trabajadores desde su trasfondo campesino de peones y "gañanes" hasta el de "respetables artesanos que tienen un oficio", propio del taller urbano.

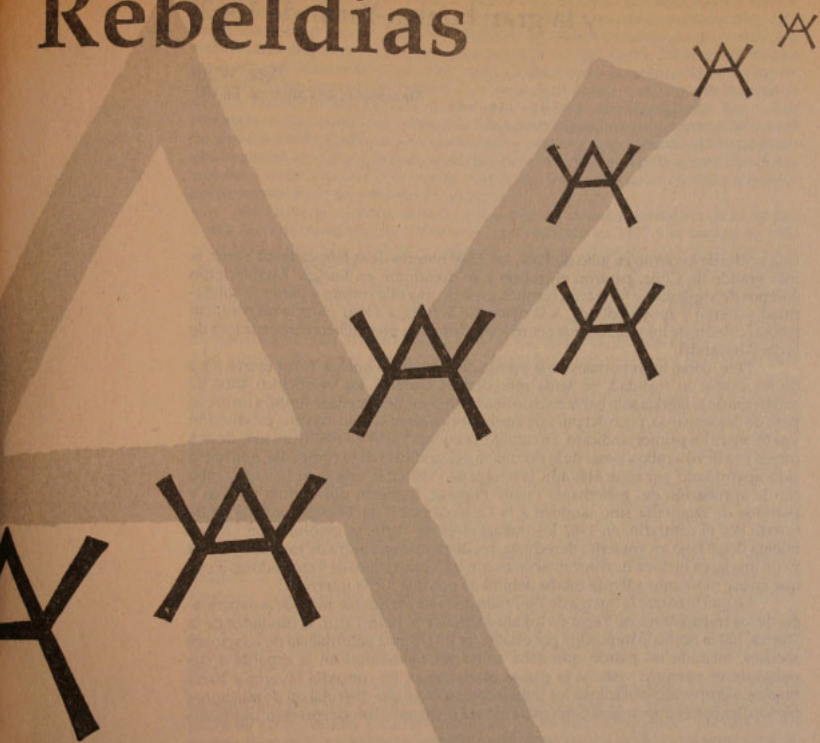
Santiago, 1989

199

98. A este respecto es interesante consignar que en 1923 los FF.CC. del Estado tuvieron que estudiar medidas para detener el gran flujo de personal que había desde esa empresa hacia las industrias particulares, especialmente después que habían completado su instrucción. EFEM, 1923, 31.



Rebeldías



la lucha de los hombres

El taylorismo y la gran huelga Yarur de 1962*

Pete. Winn

Universidad de California, EE.UU.

Una noche de invierno en julio de 1962, los 3.500 obreros de la fábrica textil Yarur, la más grande de Chile, pararon el trabajo y se declararon en huelga. Establecieron cuerpos de vigilantes y formaron comités, crearon una olla común y pidieron solidaridad material y apoyo político. A la distancia, la huelga Yarur parecía un conflicto laboral común, de los muchos que ocurrieron durante la presidencia conservadora de Jorge Alessandri.¹

Pero, como los reportajes de la prensa destacaron, la huelga Yarur estaba lejos de ser típica; en realidad, no tenía precedentes. Durante los veinticinco años de existencia de la fábrica sólo había habido una huelga, en 1939, y ella se limitó a un breve paro de dos semanas, poco después de que la fábrica alcanzara su máxima producción y se formara un primer sindicato. En cambio, la huelga Yarur de 1962 duró más de dos meses y se llevó a cabo a pesar de la oposición del sindicato de la compañía, que había sido 'apatronado' por años. Más aún, la huelga de 1939 había sido legal, llevada a cabo con la aprobación del gobernante Frente Popular, coalición que incluía no sólo a partidos de izquierda sino también a la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH). Por el contrario, en 1962 los trabajadores de Yarur se involucraron en una huelga ilegal bajo un gobierno derechista, predispuesto en contra de los trabajadores y con una larga historia de confrontaciones con la Central Única de Trabajadores (CUT), que en ese momento además estaba debilitada por una lucha interna.

Lo que hizo que la huelga de 1962 fuera más sorprendente aún, fue la experiencia de los trabajadores de Yarur en los años anteriores. Juan Yarur, el fundador de la fábrica, había hecho lo imposible por establecer un sistema paternalista de relaciones sociales, incluido un patrón que daba amistosas palmaditas en la espalda a sus trabajadores mientras visitaba la planta diariamente, les concedía favores y hacía regalos, siempre alentándolos a los trabajadores a creer que disfrutaban de relaciones personales con el dueño de la empresa. Pero era un paternalismo represivo, que pedía

* Este artículo es parte de un manuscrito inédito más extenso, "Reds and Yellows: Conflict and Cooptation at the Yarur Cotton Textile Mill, 1937-1964". Excepto donde se indica otra cosa, está basado en una serie de entrevistas aplicadas según técnicas de Historia Oral, a obreros y empleados, gerentes y empresarios, dirigentes sindicales y políticos; dichas entrevistas fueron realizadas entre 1972 y 1989. Se investigó además la prensa contemporánea, debates en el Congreso, y los archivos del Ministerio de Trabajo y de la S.A. Yarur, Manufacturas Chilenas de Algodón. Quiero agradecer a todos los chilenos que hicieron posible esa investigación.

1. Para el estudio comprensivo más reciente de huelgas durante esa era, véase Crisóstomo Pizarro, *La huelga obrera en Chile, 1890-1979* (Santiago, 1986), 151-82. Un estudio más antiguo, pero aún valioso, es el de Manuel Barrera, "Perspectiva histórica de la huelga obrera en Chile", *Cuadernos de la Realidad Nacional*, no. 9 (Septiembre 1971): 119-55, especialmente pp. 140-55.

lealtad a cambio del empleo, y que reforzaba esta demanda con una red de informadores, serenos que funcionaban como policía política, y un jefe de personal duro que había sido oficial militar. Los Yarur también se habían preocupado de contratar a trabajadores dispuestos a aceptar este sistema de control social; daban preferencia a los familiares de los obreros de Yarur, que actuaban como garantes del buen comportamiento de los nuevos contratados, o a campesinos del sur de Chile, por la creencia de que las relaciones sociales rurales eran similares al paternalismo Yarur. Los trabajadores que mostraban una mentalidad diferente, ya sea en sus deseos de formar un sindicato independiente o en sus lealtades políticas, eran identificados y despedidos. Además, los Yarur cultivaban una relación estrecha con la policía local, funcionarios del Estado y políticos de varios partidos, a todos los cuales ofrecían regalos o apoyo a cambio de su influencia o acciones.²

Sin embargo, a pesar de estas precauciones, la paz paternalista de la fábrica Yarur fue interrumpida tres veces entre su fundación en 1937 y la huelga de 1962 —en 1939- 1946- 47 y 1952-53—, cada vez por la movilización de trabajadores que deseaban establecer un sindicato independiente del control de la compañía. Frente a estos movimientos los Yarur demostraron una gran flexibilidad táctica, a la vez que mantenían una intransigente estrategia. Se negaban a aceptar la legitimidad de un sindicato independiente, incluso uno legalmente constituido, y se oponían tenaz e imaginativamente a los movimientos de los trabajadores, usando todos los recursos a su disposición, que eran muchos. Se cobraban favores políticos y personales para asegurar el apoyo del Estado, formalmente neutral. La riqueza de los Yarur compraba apoyo en la prensa y el Parlamento. Despedían con cualquier pretexto a los trabajadores sospechosos de tener simpatías pro-sindicato, y organizaban brigadas de mano dura para intimidar a aquellos que quedaban. En los casos en que se veían incapaces de frenar la formación de un sindicato independiente dirigido por trabajadores que no querían cumplir sus órdenes, siempre les quedaba la posibilidad de recurrir a organizaciones paralelas, asociaciones mutualistas o “comités independientes”, que podían usar para movilizar a sus leales y socavar los sindicatos legales y a sus dirigentes elegidos. Tarde o temprano, a través de un golpe preventivo o por agotamiento, los recursos superiores de los Yarur y su experiencia les permitían ganar la batalla. Al final, cada uno de estos movimientos de los trabajadores fue vencido, dejando al sindicato Yarur bajo el control de la compañía, y a los adherentes al sindicato independiente, despedidos o desmotivados; los trabajadores no despedidos, por su parte, quedaban convencidos de lo beneficioso de la lealtad y lo vano de la rebelión. Como consecuencia, la fábrica Yarur era notoria por la pasividad de sus trabajadores, por el paternalismo represivo de sus dueños y por el férreo control social de sus gerentes.³

En el contexto de estos hechos, la decisión de ir a la huelga tomada por los trabajadores de Yarur en 1962 no fue solamente notable en sí misma, sino también única en su coyuntura y causas históricas. Todos los movimientos previos de los trabajadores en Yarur habían emergido como consecuencia de elecciones presidenciales nacionales —1938, 1946 y 1952— ganadas por candidatos populares apoyados por coaliciones que incluían partidos de izquierda, y que eran interpretadas por los trabajadores como victorias “populares” que les asegurarían el apoyo del Estado, para compensar el poder superior de sus patrones. La huelga Yarur de 1962, sin embargo, se llevó a cabo en un contexto político nacional muy diferente. Aún faltaban dos años para las próximas elecciones presidenciales, mientras que el jefe del Ejecutivo, Jorge Alessandri, era el presidente más conservador que gobernara a Chile desde que

2. Para una discusión más detallada del sistema de control social de Juan Yarur, véase Peter Winn, *Weavers of Revolution: The Yarur Workers and Chile's Road to Socialism* (New York, 1986), 33-37.

3. Para una discusión más extensa de estos movimientos previos, véase Winn, *op. cit.*, 37-42.

comenzó a producir la fábrica Yarur. Alessandri era él mismo un empresario, cabeza de uno de los grupos económicos más grandes del país, y había presidido uno de los gremios empresariales más importantes, la Confederación de la Producción y el Comercio. El carácter paternalista anti-sindicato con que dirigía su propia empresa hacía muy poco probable que simpatizara con las aspiraciones de los trabajadores de Yarur. Su ministro del Trabajo, Hugo Gálvez, era un dirigente del elitista Partido Liberal. Las políticas sociales del gobierno de Alessandri no eran exactamente proclives a una huelga ilegal en una arena tan difícil como la fábrica Yarur. Así y todo, fue bajo Alessandri que los trabajadores de Yarur organizaron el movimiento más fuerte contra el control social de sus jefes y sostuvieron la huelga más larga y amarga en la historia de la fábrica.

El débil estado del movimiento laboral chileno también era un factor en contra del éxito del movimiento de los obreros en Yarur. La huelga general de 1961, convocada por el presidente de la CUT, Clotario Blest, había sido cancelada a último momento por su Consejo, dominado por los comunistas, que temían que fracasara y deseaban consolidar su control sobre la Central Única de Trabajadores. Como consecuencia de esta derrota, un Blest indignado, el padre fundador de la CUT y el símbolo de su independencia no partidaria, renunció a su puesto, acusando a los comunistas de juego doble y de traicionar a los trabajadores. Con la dirección nacional de los trabajadores desorganizada, el número de miembros declinó, revirtiendo una tendencia de cuatro años.⁴

La situación de la Federación Nacional de Trabajadores Textiles (FENATEX) tampoco era alentadora. La FENATEX se caracterizaba por el control comunista y un sectarismo partidario que impidió la unidad que tal vez habría hecho del sindicato textil nacional de Chile —el segundo grupo más grande de trabajadores industriales del país— una de las federaciones más poderosas. Como consecuencia, la afiliación de sindicatos importantes con una dirección socialista o demócrata cristiana era generalmente más formal que real; y a la vez, se había formado una federación rival de trabajadores textiles anti-comunista. Más aún, en Santiago, la debilidad de FENATEX se vio acentuada por una fuerte pugna de poder entre tres dirigentes laborales comunistas.⁵ Sin embargo, los trabajadores de Yarur tendrían que recurrir a este movimiento sindical debilitado para apoyo y dirección.

La explosión de combatividad de los trabajadores de la fábrica Yarur tampoco puede ser explicada por la crisis económica. Los trabajadores de Yarur se habían mantenido pasivos durante la fuerte inflación y medidas de austeridad implementadas durante el gobierno de Ibañez. ¿Por qué tenían que explotar cuando el aumento de precios se había reducido a un solo dígito y la estabilidad económica parecía asegurada? La huelga Yarur de 1962, además, era una huelga ilegal, un claro desafío a las leyes laborales chilenas que habían legitimado la huelga de 1939, pero que ahora dejaban a los trabajadores en una situación vulnerable frente a las sanciones del Estado y sujetos a despedidos sumarios.

4. *Las Noticias de la Última Hora*, 26 de noviembre de 1961; Jorge Barria, *Historia de la CUT* (Santiago, 1971), 99-104; Bárbara Stallings, *Class Conflict and Economic Development in Chile, 1958-1973* (Stanford, Calif., 1978), 246, Tabla A.4; Emilio Morgado, *Libertad sindical* (Santiago, 1967), 153.

5. Armando Aguirre, diciembre de 1973; Luis Campos, enero de 1974; Reinaldo Jara, enero de 1974. Aguirre fue presidente por mucho tiempo de la Federación de Trabajadores del Calzado y el Cuero; Campos, un profesional comunista especializado en las relaciones laborales, que aconsejó a los huelguistas de Yarur. Reinaldo Jara, que fue trabajador en Yarur, había dirigido el movimiento insurgente de 1946-1947 desde dentro de la fábrica y fue consejero durante el movimiento de 1952-1953 como un miembro de la FENATEX. Durante los años que siguieron se retiró del Partido Comunista y se convirtió en un decidido anticomunista; formó la Federación de Trabajadores Textiles de Chile. Véase Reinaldo Jara, Secretario General, Federación de Trabajadores Textiles y RR.SS. de Chile, "Informe . . . de la Federación Textil del año 1958", Archivo Ministerio de Trabajo.

Si el contexto nacional era desfavorable, ¿cómo puede explicarse entonces la decisión de los trabajadores de Yarur de dejar atrás años de pasividad y arriesgar sus empleos en una huelga ilegal contra un *patrón* fuerte e intransigente? La respuesta que surge de las entrevistas orales y de las actas del sindicato contemporáneo, de reportajes de la prensa y debates del Congreso, es compleja, y varía según sea el punto de vista del observador y el nivel de respuesta.

La interpretación de Amador Yarur, el gerente de la fábrica, era que la huelga había sido provocada por los comunistas, que habían manipulado a “sus” trabajadores para sus fines políticos.⁶ Sin embargo, muchos trabajadores creyeron que eran los Yarur quienes habían provocado la huelga ilegal, para poder despedir a miles de trabajadores rápidamente y sin finiquito, y así ahorrar costos de trabajo. La mayoría de los observadores externos se sintieron impactados por la ausencia de las demandas de tipo salarial que generalmente servían de base a los conflictos laborales chilenos, aunque varios trabajadores se referían a la “explotación” como causa principal de la huelga.⁷ Un experto en relaciones laborales, consejero de los huelguistas de Yarur, concluyó de su experiencia que la huelga “en el fondo era una lucha por la dignidad humana”, un punto de vista apoyado por referencias de los trabajadores al sentimiento de humillación que les causaba el sistema Yarur de trabajo y control social.⁸ Algunos vieron la fábrica Yarur como una “caldera que había estado hirviendo por un buen tiempo”, mientras otros la veían como un lugar de trabajo estable cuya paz social había sido deteriorada por la penetración de agitadores externos o por nuevos procesos de trabajo.⁹ Muchos veían la huelga como una protesta contra “el ambiente de miedo” que por mucho tiempo había caracterizado a la fábrica Yarur, mientras otros percibían su origen en la muerte reciente de su fundador, Juan Yarur, y en la ineptitud de sus hijos para manejar su legado paternalista con la misma habilidad.¹⁰

La causa más común de la huelga, mencionada tanto por los trabajadores como por los gerentes, era “el asunto del sindicato”: el deseo de los trabajadores de Yarur de tener un sindicato independiente que los representara, frente a la insistencia de los Yarur en un sindicato de la compañía (sindicato ‘amarillo’). “Nosotros hicimos esta huelga por la sencilla razón que nosotros nunca teníamos derecho a elegir nuestros dirigentes”, explicaba una mujer trabajadora.¹¹ “[Siempre] los patrones nos ponían los dirigentes y nosotros teníamos que salir como carneritos para afuera a sufragar. Entonces nos rebelamos”. Fue una explicación corroborada por la secuencia de acciones: el 7 de julio de 1962 había una elección para los cargos del sindicato, en la cual los dirigentes del sindicato de la compañía, a quienes muchos trabajadores describieron como “dirigentes vitalicios”, habían sido desafiados por una lista de candidatos “rebeldes” por primera vez en quince años. Se había declarado que la lista ‘apatronada’ era la ganadora, a pesar de la evidencia de un apoyo abrumador de los trabajadores a los candidatos no oficialistas. Como respuesta, los trabajadores, indignados, abandonaron sus trabajos y se declararon en huelga, sin pasar por los procedimientos burocráticos decretados en las leyes laborales chilenas para una “huelga legal”. “La causa de la huelga —afirmó un mando medio con décadas de experiencia en la

6. Jorge Yarur, agosto de 1972; Eric Neuman, septiembre de 1972. Neuman, un empleado de Yarur desde la fundación de la fábrica, era el asistente del jefe de personal, Daniel Fuenzalida, en 1962.

7. María López, agosto de 1972.

8. Luis Campos, enero de 1974.

9. *Ibid.*; Jorge Yarur, agosto de 1972; Eric Neuman, junio y septiembre de 1972; Oscar Ibáñez, julio y agosto de 1972. Ibáñez, que había trabajado en Yarur, aconsejó el movimiento de 1962 desde fuera de la fábrica como secretario general de la FENATEX.

10. Luis Campos, enero de 1974; Eric Neuman, junio de 1972.

11. Alma Torres, septiembre de 1972.

fábrica— fue que hubo una elección sindical y la gente se sintió frustrada con los resultados, porque la verdad que ellos dijeron es que las elecciones no habían sido limpias... y la gente consideró que habían sido engañados y se pararon”.¹²

Sin embargo, mientras “el asunto del sindicato” puede haber sido la causa inmediata de la huelga Yarur 1962, como explicación de la extraordinaria conducta de los trabajadores plantea más preguntas que respuestas. Esta no era la primera vez que elecciones fraudulentas habían confirmado a directivas ‘amarillas’ en el control del sindicato de Yarur. Por el contrario, esto se venía dando por décadas. (“Siempre el sindicato fue apatronado —manifestaba la gente antigua—. El patrón elegía los candidatos y uno tenía que votar por esos que elegía él no más”).¹³ ¿Por qué entonces en 1962 se levantó un movimiento contra el estado “normal” de las cosas en la fábrica Yarur? Y, ¿por qué, dentro de un contexto nacional desfavorable, fue capaz de ganar el apoyo activo de trabajadores que por años habían aceptado pasivamente elecciones fraudulentas y un sindicato de la compañía, incluso convenciéndolos de arriesgar sus empleos con una huelga ilegal?

“Mr. Taylor”

La solución a este misterio fue sugerida por un subtítulo misterioso en un artículo sobre el conflicto Yarur, publicado en un semanario popular de izquierda: “Mr. Taylor”. Bajo esta pista enigmática, *Vistazo*, informó a sus lectores que 3.500 obreros trabajaban en ese momento en la gigantesca fábrica textil Yarur, donde hacía sólo pocos meses habían trabajado 5.000. El culpable, declaró el semanal, era “Mr. Taylor”: “Los Yarur se consiguieron con el Punto IV, financiado por el Departamento del Estado norteamericano, que le enviaron doce técnicos del sistema Taylor, al mando de un tal Smith. Llegaron el año pasado... en enero, recomendaron la cesantía de 800 obreros de la fábrica. Los trabajadores que hasta ese momento utilizaban cuatro o seis telares cada uno, fueron obligados a hacerse cargo de doce y hasta diecisiete telares cada uno”.¹⁴ Los nombres y números estaban equivocados, pero el ataque del artículo era correcto: los “gringos” habían traído su modernismo a la fábrica de algodón Yarur, y sus trabajadores chilenos estaban siendo forzados a pagar el precio de este “progreso”. La noticia de Frederick Winslow Taylor había llegado hasta Chile, trayendo como consecuencia controversia y conflicto.

El padre de la “administración científica”, Taylor, era un ingeniero industrial norteamericano que había desarrollado sus ideas mientras trabajaba en la Compañía de Aceros Midland a fines del siglo XIX. Como Jano, el dios bifronte, su teoría compartía el optimismo y cientifismo utópico de su época, a la vez que se proyectaba hacia la teoría organizacional y la práctica industrial del siglo que venía. En el fondo, era una estrategia de “administración de las tareas” que involucraba reducir cada trabajo a sus operaciones componentes, y enseñar a los trabajadores la manera más eficiente de hacerlas sin pérdida de tiempo ni movimientos. Los estudios de “tiempo-movimiento” eran centrales a las aproximaciones de ingeniería industrial del sistema Taylor, junto con la entrega de bonos de producción como incentivo a los trabajadores para elevar su productividad (lo que llevó a que los trabajadores se refirieran a él como “el sistema de incentivos”).¹⁵

Aunque el mismo Taylor promovía su sistema como “mejor para todas las personas”, ya que ofrecía al trabajador salarios más altos y al capitalista más produc-

12. Luis Ogno, julio de 1972. Ogno era jefe de la sección Calderas en 1962.

13. Javier Aguirre, agosto de 1972.

14. *Vistazo*, 31 de julio de 1962, p. 10

15. Frederick Winslow Taylor, *The Principle of Scientific Management* (New York, 1967), 48-58. La primera edición de este libro es de 1911.

tividad, la mayoría de los trabajadores no estaban de acuerdo. Para ellos, el sistema Taylor era un ataque a los métodos de trabajo tradicionales, que implicaba la amenaza de desempleo y una aceleración del ritmo de trabajo agotadora y remunerada en forma inadecuada con bonos de incentivo que no se ajustaban proporcionalmente al aumento de la producción. Los dirigentes sindicales también se opusieron al sistema Taylor, tildándolo de ser una estrategia capitalista destinada a socavar la solidaridad de la clase obrera y debilitar a los sindicatos. Taylor admitió estas críticas, pero las consideró erróneas, reflejo de rigideces, malas interpretaciones o argumentos extemporáneos. Como respuesta, envasó sus ideas en el cientifismo de su era: "Ciencia, no reglas empíricas", era el lema de su sistema, aunque su carácter científico se mantenía en duda.¹⁶

Científico o no, el sistema Taylor se convirtió en la piedra angular de la administración industrial moderna. Fue modificado por sus discípulos e imitado por sus rivales. Fue elogiado por ejecutivos de corporaciones y deplorado por los dirigentes sindicales. (Durante las primeras décadas de este siglo, la controversia sobre sus implicaciones para el trabajo era tan intensa que el gobierno de Estados Unidos encargó un estudio especial para evaluarlas. El informe concluyó que aunque el sistema Taylor no era intrínsecamente perjudicial a los intereses del trabajador, por la manera en que era implementado por las empresas generalmente resultaba con efectos negativos). Ya en la primera guerra mundial, las nociones de Taylor sobre "administración científica" se habían convertido en práctica corriente en el sector industrial moderno de Estados Unidos, adoptadas como una estrategia para reducir los costos y controlar a la fuerza laboral.¹⁷ Durante las décadas que siguieron el sistema Taylor llegó hasta Europa, adoptándose no sólo a culturas diferentes, sino también a sistemas económicos y políticos divergentes; se demostró así compatible no sólo con el capitalismo liberal de los Estados Unidos, sino también con el capitalismo de Estado de la Alemania nazi y el socialismo estatal de la Unión Soviética.¹⁸

Sin embargo, América Latina formaba parte de la periferia de la economía mundial. A menudo se había dado una brecha temporal entre el desarrollo de nuevas tecnologías y procesos de trabajo, y su transferencia a América Latina, y el *taylorismo* no era una excepción. En unas pocas industrias de exportación pertenecientes a norteamericanos, donde la competencia internacional era fuerte y los costos constituían una importante preocupación, como los frigoríficos Armour y Swift de Argentina, se introdujo el sistema Taylor durante las décadas entre guerras.¹⁹ Sin embargo, no fue sino después de la segunda guerra mundial que los seguidores de la "administración científica" de Taylor comenzaron a transformar la protegida industria sustitutiva de importaciones propia de la región, como los textiles; en este proceso Colombia y México estuvieron a la cabeza, teniendo a firmas norteamericanas como agentes y modelos del cambio. En Chile, cuya protegida industria textil era notoria por su baja

16. *Ibid.*, 29 y 140; Robert Franklin Hoxie, *Scientific Management and Labor* (New York, 1921), 7-25, 102-3, 112.

17. Hoxie, *op. cit.*, 1-135.

18. Los europeos asumieron y adaptaron tanto la orientación general del sistema Taylor como sus esfuerzos para aplicar normas científicas a relaciones industriales y las técnicas de productividad específicas desarrolladas por Taylor. Véase Charles Maier, "Between Taylorism and Technocracy: European Ideologies and the Vision of Industrial Productivity in the 1920s", *Journal of Contemporary History* 5 (1970), no. 2; y Edwin Layton, "The Diffusion of Scientific Management and Mass Production from the United States in the Twentieth Century", *Proceedings of the XIVth International Congress of the History of Science* (Tokyo, 1974). La aplicación del sistema Taylor en la Unión Soviética es considerada en Maurice Dobb, *Soviet Economic Development Since 1917* (London, 1966), 91-92.

19. Véase Mirta Zaida Lobato, *El "taylorismo" en la gran industria exportadora argentina, 1907-1945* (Buenos Aires, 1988).

productividad y altos costos, solamente durante los años sesenta se tornó importante el *taylorismo*, encabezado por Burlington Mills, la transnacional textil norteamericana.

Para entonces, en 1960, Burlington Mills ya había tenido experiencia considerable en América Latina. Desde su fundación en 1923, hasta 1944, sus operaciones se habían limitado a los Estados Unidos. Pero como se aprontaba el fin de la segunda guerra mundial, Burlington comenzó a buscar oportunidades para expandirse al extranjero, dándole un nuevo uso a la ya anticuada maquinaria de sus plantas norteamericanas; tal estrategia también le permitiría equipar sus más competitivas fábricas estadounidenses con la moderna maquinaria que se produciría después de la guerra. Como consecuencia, Burlington estableció empresas conjuntas en varios países latinoamericanos, proporcionando la maquinaria y la habilidad técnica, mientras sus socios locales aportaban el capital trabajador y el mercado.²⁰

De estas colaboraciones transnacionales iniciales, Colombia fue la más exitosa. En Medellín, el centro industrial de Colombia, Burlington se asoció en 1945 con Fabricato, el segundo productor textil más grande de Colombia. La tecnología avanzada e ingeniería de Burlington —principalmente administración científica basada en el sistema Taylor— permitió que Pantex, su empresa asociada en textiles sintéticos, se convirtiera en un negocio eficiente y lucrativo durante la década siguiente, un modelo para las otras firmas textiles latinoamericanas.²¹

Esta experiencia de exitosa colaboración entre métodos de trabajo norteamericanos y capital latinoamericano fue el telón de fondo para la decisión tomada por Burlington International a fines de los años cincuenta, en cuanto a instalar un Servicio Consultivo Técnico que ofrecería su habilidad técnica a partir de una cuota base más gastos a firmas de países donde la empresa no estaba preparada para invertir. Chile, con una industria textil de algodón altamente protegida y cada vez menos lucrativa, parecía listo para recibir el evangelio modernizador de “administración científica” de Burlington, que encajaba perfectamente con la promoción del capitalismo moderno del gobierno de Alessandri. Lo que Burlington necesitaba era una empresa que fuese lo suficientemente grande para servir como modelo, cuyos dueños estuvieran dispuestos a modernizar y pudieran pagarle su asistencia técnica.²²

Burlington no conocía Chile, pero sí Price Waterhouse, la firma internacional de contabilidad. Además, su oficina en Santiago conocía la fábrica precisa donde se podía demostrar el valor del Programa de Servicios Técnicos de Burlington: la fábrica de algodón Yarur, en ese momento dirigida por un hombre comprometido con los procesos de modernización, preocupado por las ganancias, y con el capital suficiente para pagar los altos honorarios de los consultores. Jorge Yarur había tomado cursos de administración de empresas al estilo norteamericano, antes de hacerse cargo de la firma textil familiar tras la muerte de su padre, Juan, en 1955. Luego contrató consultores de Price Waterhouse para la modernización de la gerencia de la firma, un rol que les permitió formarse una idea acerca de las decrecientes ganancias de la fábrica y su baja productividad, y les dio una oportunidad para aconsejar a los Yarur acerca de cómo mejorarlos. Su consejo fue introducir el sistema Taylor y contratar a Burlington para que dirigiera el proceso.²³

Ya en 1960, los Yarur se habían decidido por la “administración científica” y congelaron la contratación de obreros, como un paso hacia la importante reducción de fuerza de trabajo que el sistema Taylor haría posible. Durante el año siguiente, el director de servicios internacionales de Burlington, C. W. Bendigo, visitó la fábrica y

20. Leicester Warren, Vice Presidente, Industrias Burlington, julio de 1981.

21. *Ibíd.*

22. *Ibíd.*

23. *Ibíd.*; Jorge Yarur, agosto de 1972.

llegó a un acuerdo por el cual Burlington suministraría "asistencia tanto en la manufactura técnica como en la ingeniería industrial", abasteciendo a Yarur de "personal con información tecnológica basada en nuestra amplia experiencia, pero adaptada a sus operaciones y condiciones específicas". "En el caso de ingeniería industrial —afirmó Bendigo—, nos proponemos entrenar a su personal en la misma práctica, haciéndolos trabajar bajo nuestra dirección, de tal manera que así ustedes puedan tener... sus propias facilidades de ingeniería industrial".²⁴ Conjuntamente con el entrenamiento de personal, Burlington acordó "llevar a cabo una investigación técnica y de ingeniería industrial respecto a las condiciones de operación de la planta Yarur S.A., y hacer las recomendaciones necesarias para obtener una reducción en los costos, que debería generar una mayor productividad, un aumento en la eficiencia del personal; a la vez, aconsejaría acerca de los pasos que se deberían tomar para obtener el mejor uso posible del equipo industrial instalado en este momento". Este acuerdo firmado, aunque informal, selló lo que Bendigo llamaba "el inicio de una relación larga y cordial".²⁵

El "taylorismo" llega a Yarur

En octubre de 1961, cuatro expertos norteamericanos —especialistas en diferentes aspectos de producción textil y administración— ya habían comenzado su evaluación de las necesidades de Yarur. A fines de año habían concluido sus estudios, y en enero de 1962 comenzó el proceso de instalar el sistema Taylor, bajo la dirección de un ingeniero industrial colombiano experimentado, Javier Arcilla.²⁶

Arcilla pronto se convirtió en el héroe y modelo de "los estudiantes", los ingenieros textiles jóvenes graduados recientemente en la Universidad Técnica del Estado, que habían sido contratados por Jorge Yarur como parte de su estrategia de modernización, y luego asignados a trabajar con Arcilla. Para estos jóvenes técnicos chilenos, que habían sufrido de sentimientos de inferioridad en una era en que el empresariado criollo aún creía en la superioridad de los técnicos extranjeros, Arcilla era la prueba viviente de que un técnico latinoamericano podía ser "tan bueno como un gringo". Además, como profesor, sostiene Juan Carvajal, quien sería el jefe de ingeniería industrial en Yarur tras la partida de Arcilla, el colombiano era mucho mejor que "los gringos" contratados por los Yarur en el pasado, "oportunistas" que "venían a adelantar en sus carreras y recibían sueldos fabulosos, pero casi nunca nos enseñaron lo que sabían".²⁷ Arcilla, por el contrario, tomó como una de sus tareas centrales la preparación de un grupo de técnicos chilenos que supervisarían el nuevo sistema de trabajo después de que él se fuera. Recuerda Carvajal que Arcilla no sólo era "un hombre de una capacidad extraordinaria", sino también un profesor "de un empuje, de una personalidad que a los que estábamos trabajando directamente con él nos llenaba de entusiasmo y nos hacía trabajar. No importaba la hora... nos enseñó a sentir la satisfacción de un trabajo bien hecho".²⁸ Fue una lección que Juan Carvajal nunca olvidó, junto con el entrenamiento en la práctica que Arcilla les dio durante la implementación del sistema Taylor en la fábrica Yarur. Esa experiencia marcó al futuro jefe de ingeniería industrial, convirtiéndolo en un defensor sobresaliente de la "administración científica".

24. C. W. Bendigo, director de Servicios Internacionales, Industrias Burlington, para Jorge Yarur, Santiago (8 de julio de 1961), Archivo S.A. Yarur.

25. *Ibíd.*

26. Alex Brown, Ingeniería Industrial Industrias Burlington, para Jorge Yarur, Greensboro, North Carolina, U.S.A. (8 de noviembre de 1962), Archivo S.A. Yarur; Juan Carvajal, agosto de 1972.

27. Juan Carvajal, agosto de 1972.

El método de enseñanza de Arcilla era que sus discípulos chilenos aprendieran el nuevo sistema de trabajo como sus ayudantes. Era un curso extenso, porque la estrategia de Arcilla era seguir el proceso de producción a través de la fábrica. El 18 de enero de 1962 empezaron con las máquinas que limpiaban, peinaban y clasificaban el algodón crudo en la sección Preparación de Hilos, con el plan de avanzar con el procesamiento del algodón a medida que era hilado, tejido y terminado para la venta. No lo sabían entonces, pero era un proceso que tomaría más de tres años.²⁹

En todas partes su procedimiento era igual, independientemente de las grandes diferencias tanto en las maquinarias como en los trabajadores. "Lo primero que se hace es estudiar la manera como se está haciendo en este momento el trabajo y cómo debería hacerse", explicaba Carvajal. "En el estudio de tiempo y movimiento hay utensilios fundamentales de economía de movimiento y economía de esfuerzos que se están aplicando en el estudio de la operación".³⁰ Primero decidían "si la operación es necesaria, o no es necesaria", porque "hay muchas cosas en la empresa que no tienen justificación, y lo único que hacen es encarecer el producto". Luego determinaban "la manera más fácil de hacer la operación", buscando "el método mejor". El "mejor" método de trabajo no era ni arbitrario ni un asunto de opinión: "Para hacer una cosa hay muchas maneras... pero siempre hay una que es mejor". Ya que la fábrica Yarur usaba máquinas norteamericanas cuyas operaciones habían sido estudiadas y normalizadas en los Estados Unidos, el "mejor" método de operarlas ya había sido establecido. Esa experiencia acumulada era lo que los Yarur estaban comprando a Burlington: "Una vez que se ha obtenido el mejor método para hacer la cosa, el trabajo se le enseña a todo el mundo como tiene que ser".³¹ Esta era la siguiente tarea de los expertos de Burlington y sus alumnos chilenos: enseñar a los trabajadores de Yarur cómo operar sus máquinas de la manera más eficiente posible, sin perder un momento o movimiento.

Todo esto era un preludio a la parte más controversial del sistema Taylor: fijar las normas de trabajo. "La medición, en el fondo, ... es determinar el tiempo necesario para ejecutar una operación", explicaba Carvajal.³² ¿Cuánto es el tiempo *normal* que debe demorarse una persona que conozca ese método en hacerlo? "Ahora, ¿qué se llama normal?", preguntaba retóricamente. "Normal es el tiempo que se demora una persona en ejecutar una operación haciéndolo a una velocidad normal y se ha establecido científicamente qué es velocidad normal". Con un positivismo digno del siglo xix, explicaba a continuación que "velocidad normal" es trabajar "sin fatiga" y esa "fatiga en el fondo es anhídrido carbónico que se va acumulando en el organismo". Midiendo la espiración de "anhídrido carbónico", afirmaba, se podría calcular "la velocidad normal", y sobre esta base "científica" se podría determinar el "tiempo normal".

Esto era lo central del sistema Taylor: "Todo consiste en eso, en determinar el tiempo normal, la velocidad ni muy rápida ni muy lenta", recalca Carvajal.³³ Implícita en esta explicación científica estaba la importancia del ingeniero industrial: "La persona que hace el estudio, la que está cronometrando... tiene que conocer muy bien cómo se hace la operación... y tiene que tener un concepto bien claro de lo que es velocidad normal... y tiene que estar muy bien adiestrada". Fueron los expertos

28. *Ibid.*

29. *Ibid.*; William R. Martin, vicepresidente, de Burlington Internacional, para Jorge Yarur, Greensboro, North Carolina (12 de marzo de 1962), Archivo S.A. Yarur.

30. Juan Carvajal, agosto de 1972.

31. *Ibid.*

32. *Ibid.*

33. *Ibid.*

de Burlington quienes le enseñaron a vigilar a los trabajadores de Yarur con cronómetro en mano, midiendo sus movimientos en minutos y fijando las normas de trabajo —expresadas en puntaje de trabajo—, que servirían para medir su productividad y, sobre esa base, determinar sus salarios. “Supongamos que para hacer este fósforo se determine que el tiempo normal es un minuto —ejemplificaba Carvajal—. Bueno sencillamente ése es el tiempo que se da para esto y por cada fósforo que usted hace, se le paga un minuto. Si usted hace 500 fósforos en un día, se le pagan 500 minutos; si usted hace 600 se le pagan 600 minutos”.³⁴

El tiempo puede ser el factor central del sistema Taylor, pero no era la única medida para fijar los salarios de los obreros y sus bonificaciones. También se consideraba la importancia relativa del trabajo, determinada al estudiar doce factores, incluidos el conocimiento y preparación requeridos para llevarlo a cabo, el grado de responsabilidad involucrada y las condiciones ambientales. Además de fijar las normas de trabajo, esta “evaluación de cargos” determinaba el pago base por hora para cada trabajo, además de los bonos de incentivo que el trabajador recibiría por cumplir esta norma.³⁵ Una vez que se había finalizado el estudio de tiempo-movimiento, que los obreros se encontraban entrenados en el método “correcto” para operar la máquina y cumplían los estándares de tiempo normal, que se había fijado el pago base y los bonos de incentivo, los ingenieros industriales se cambiaban a la máquina siguiente, dejando a los supervisores la tarea de elegir a los trabajadores que se quedarían y despedir a aquellos que la productividad incrementada del sistema Taylor hacía innecesarios.

Tomaría más de tres años y unos 300 mil pesos en honorarios de consulta la instalación del sistema Taylor,³⁶ pero al final del proceso la productividad del trabajo se duplicaría en la fábrica Yarur y sus obreros serían reducidos a la mitad. Fue la posibilidad de este dividendo de productividad y reducción de costos de trabajo lo que impulsó a Jorge Yarur a introducir el sistema Taylor en su fábrica familiar, y lo que lo llevó a transformarse en su más ferviente defensor. Para Jorge Yarur, el nuevo sistema de trabajo representaba una solución elegante —y no cara— para varios problemas. Sin tener que invertir en costosas maquinarias importadas, los Yarur podrían revertir la situación de decrecientes ganancias de su empresa, consecuencia de los mayores gastos en material crudo, de una competencia nacional que se incrementaba, y de una demanda chilena estancada. La introducción del sistema Taylor también aceleraría la transformación de la fuerza laboral implementada por Jorge Yarur, al presionar a los obreros más viejos y de más bajo rendimiento productivo a que jubilaran y a los obreros jóvenes inexpertos para que renunciaran, reduciendo así la fuerza laboral al número óptimo requerido por el nuevo sistema de trabajo. De esta manera, sostenía Yarur, él crearía un “élite laboral”, con la más alta productividad y los mejores salarios en la industria textil chilena; una fuerza de trabajo educada y eficiente, a la imagen y semejanza de sí mismo en tanto ejecutivo de negocios moderno.³⁷

El sistema Taylor le ofrecía a Jorge Yarur otras ventajas para su visión modernizadora, relacionadas no tanto con la ineficiencia de la fuerza laboral de su fábrica como con la incompetencia de sus gerentes. El nuevo sistema era una manera de imponer una racionalidad tecnocrática sobre el proceso productivo en su conjunto,

34. *Ibid.*

35. *Ibid.*

36. Jorge Yarur, agosto de 1972; Eric Neuman, junio de 1972. La suma precisa pagada a Industrias Burlington era 293.069 dólares. Véase Jorge Yarur, presidente de S.A. Yarur, al Departamento de Cambios, Banco Central de Chile, Santiago (1 de octubre de 1963), Archivo S.A. Yarur.

37. Jorge Yarur, agosto de 1972.

incluidos aquellos que lo dirigían. Entre los primeros blancos de Jorge Yarur estuvieron los viejos camaradas de su padre, los capataces leales tan improductivos en sus trabajos como los obreros que supervisaban. El otro era su hermano Amador, gerente de la fábrica y, en tanto tal, responsable de sus operaciones, pero en cuyo estilo de gerencia y sentido de los negocios su hermano mayor no confiaba.³⁸

Amador Yarur se había opuesto a la introducción del sistema Taylor y se mantuvo reticente a la visión de modernización industrial de su hermano. En parte, su oposición era personal: en la lucha por el control familiar, el sistema Taylor podría convertirse en una ventaja decisiva para su hermano Jorge; representaba a la vez el triunfo de su visión modernizadora y la imposición de un sistema impersonal de productividad que requería una administración tecnocrática para funcionar, incluidos ejecutivos con las tendencias racionales y entrenamiento en administración de empresas que su hermano poseía, pero de los cuales él carecía. Había también otras razones que explican la poca disposición de Amador Yarur a aceptar la alta productividad y ganancias del sistema Taylor, razones que reflejan la lealtad del hermano Yarur más joven al legado paternalista de su padre. El *taylorismo* podría socavar el sistema paternalista y personalista de relaciones sociales que habían sido el sello de la fábrica Yarur desde su fundación, y el secreto del control social de su padre. Era un legado en el cual se cobijaba el poco instruido e inseguro Amador, pero que no calzaba con Jorge, más frío y reservado, partidario del estilo de administración impersonal del ejecutivo corporativo moderno que él había estudiado en la universidad. Además, Amador creía que los trabajadores de Yarur *necesitaban* el paternalismo al cual su padre los había acostumbrado, y se sentía inquieto por los antiguos trabajadores leales de Yarur cuyos trabajos podían verse amenazados por el nuevo sistema y sus procesos de "selección natural" a través de "la sobrevivencia de los más fuertes". Amador estaba consciente de que estos trabajadores leales eran sus partidarios más fuertes en su rivalidad con su hermano, y temía que el sistema Taylor trastornaría la paz social de la fábrica. No estaba equivocado: a través de toda la fábrica, su implementación provocaría división y descontento.³⁹

Esto era claro a nivel de los mandos medios, donde la introducción del sistema Taylor parecía la batalla definitiva en la lucha entre los jóvenes técnicos universitarios de Jorge Yarur, y los afeitados, autodidactas supervisores de Juan Yarur. Para "los estudiantes", el sistema justificaba sus estudios, daba valor a sus títulos, validaba su tecnocratismo y satisfacía sus aspiraciones personales. Al privilegiar la educación, el entrenamiento especializado y una mentalidad ingenieril, el nuevo sistema también significaba un triunfo sobre sus oponentes, el grupo más antiguo de mandos medios que debían sus trabajos más a su lealtad que a sus credenciales y calificaciones.⁴⁰

Para estos antiguos supervisores, muchos de ellos antiguos obreros ascendidos a puestos más altos, el sistema Taylor parecía ser una advertencia clara. Como mínimo, significaba que la lealtad que les había hecho escalar puestos ya no sería valorada tan alto como las calificaciones técnicas de las que ellos carecían, lo que afectaría sus salarios y ascensos; como máximo, el nuevo sistema podría revelar su incapacidad para obtener mayor productividad de sus trabajadores, y ello llevaría a su degradación o despido. "En el fondo", opina Carvajal, los supervisores se oponían al nuevo sistema de trabajo "porque hacer producir una sección con trescientas personas es muy fácil, pero hacerla producir con cien personas es difícil... era un desafío a la supervisión": se requería una mantención de la maquinaria y administración de

38. *Ibíd.*; Juan Carvajal, agosto de 1972; Eric Neuman, septiembre de 1972.

39. Mario Lemus, septiembre de 1972; Jorge Yarur, agosto de 1972; Eric Neuman, septiembre de 1972; Juan Carvajal, agosto de 1972. Lemus fue presidente del sindicato de la compañía Yarur durante tres años.

40. Juan Carvajal, agosto de 1972.

materiales eficientes, además de habilidad para enseñar, inspirar y guiar a los trabajadores.⁴¹ Formados en una época en la cual lo único que debían hacer era mantener la producción y disciplina, muchos encontraron difícil adaptarse a los nuevos parámetros de productividad y eficiencia. También les preocupaban las limitaciones que introduciría el nuevo método sobre el sistema personalista de control social que les había permitido premiar a sus favoritos y castigar a los trabajadores que les disgustaban. La expectativa de ganar bonos de incentivo si sus trabajadores cumplían con las nuevas normas, era insuficiente para superar las objeciones que muchos supervisores tenían frente al nuevo sistema y sus requisitos. En un caso, un supervisor muy antiguo se indignó de tal manera que enfrentó a Jorge Yarur personalmente: "El se presentó un día a don Jorge Yarur y le dijo: Don Jorge: o yo o ingeniería industrial", frase que lo llevó a la renuncia.⁴² Otros supervisores eran menos explícitos en su oposición al sistema Taylor, pero retardaron el progreso de su implementación a través de una resistencia pasiva; otros, finalmente, expresaban su ambivalencia y dudas en una desgana colaboración con los ingenieros industriales de Arcilla.

Si muchos capataces se sentían indecisos ante el sistema Taylor, la mayoría de los obreros tenía una posición clara. Para ellos, el nuevo sistema de trabajo significaba desastre: despedida para muchos, y aceleración del ritmo de trabajo para aquellos que quedarían. No era sorpresa entonces que la reacción de los obreros a la modernización de sus labores fuera notoriamente negativa. En parte, esta respuesta negativa de los trabajadores se debía a su falta de experiencia en nada similar, y a los bajos niveles de productividad y eficiencia a que estaban acostumbrados. Sin embargo, el hábito y la inexperiencia no eran las únicas razones para su oposición. Para los técnicos como Juan Carvajal, el sistema Taylor tal vez parecería racional y equitativo, y para Jorge Yarur el método de trabajo más beneficioso, pero para los trabajadores significaba una aceleración infernal del ritmo de trabajo, que absolutamente rechazaban, a pesar de que el sistema podría aumentar sus propios ingresos hasta en un 20 por ciento. Su razonamiento era claro: "Se nos exige diáritamente un mínimo de 90 puntos y sobre eso se nos da prima —explica María Tapia—. Pero para lograr eso tenemos que reventarnos trabajando".⁴³

Aunque en teoría las normas de trabajo fijadas por la ingeniería industrial permitían a los trabajadores manejar las máquinas de manera eficiente sin cansarse en la práctica, los trabajadores de Yarur alegaron del cansancio extremo que ahora sentían al final de un día de trabajo, que se dividía en dos segmentos de cuatro horas, separados por cuatro horas de almuerzo y descanso. "Llegaba agotado a mi casa después de cuatro horas trabajando así —recuerda un tejedor corpulento—, y lo peor era que tenía que volver a trabajar otras cuatro horas más tarde".⁴⁴ Lo más difícil para los trabajadores Yarur era, sin embargo, la cantidad de rumores y temores de despedidos originados por el nuevo sistema. Jorge Yarur podía hablar de la creación de una "élite obrera", pero muchos de sus obreros temían ser excluidos de este círculo selecto, y también de sus trabajos. Tampoco era esto mera paranoia de su parte. A medida que Javier Arcilla y su equipo de ingenieros industriales avanzaban a través de las secciones de producción de la fábrica, Daniel Fuenzalida, el jefe de personal, los seguía de cerca. "Nos decían que nos iban a llevar a la oficina y en la oficina era seguro: suspendida o despedida", recuerda una antigua operadora de maquinarias.⁴⁵

Una vez que los trabajadores de Yarur se dieron cuenta de lo que estaba pasando

41. *Ibíd.*

42. *Ibíd.*

43. Citado en *El Siglo*, 17 de julio de 1962.

44. Aldo García, agosto de 1972.

45. Alma Torres, septiembre de 1972.

—y no tomó mucho tiempo—, la voz se corrió rápido y cristalizó una opinión contraria al nuevo sistema de trabajo. El resultado fue el más serio desafío para el control de los Yarur sobre su fuerza laboral desde la fundación de la fábrica. Seis meses después de que Javier Arcilla y su equipo comenzaron a instalar el sistema Taylor, los trabajadores que se suponía debían entrenar, estaban en huelga.

La huelga de los viejos

A través del frío y la lluvia de julio y agosto de 1962, los trabajadores Yarur se mantuvieron en guardia, desafiando a los carabineros que los rodeaban, a los “krumirós” que trataban de penetrar las líneas de su cuerpo de guardia, y a los patrones que los amenazaban con el despido. Jóvenes y viejos, educados y analfabetos, hombres y mujeres, los trabajadores de la fábrica Yarur estaban en huelga.

De muchas maneras, la presencia de tantos trabajadores de la vieja guardia entre los huelguistas era lo más sorprendente. Entre los que participaron en el paro de julio de 1962 había trabajadores que se habían mantenido leales a Juan Yarur durante los anteriores movimientos de trabajadores. Junto a ellos estaban los veteranos de los derrotados movimientos de esos años, que habían “aprendido su lección” en esas causas perdidas, y prometido “nunca más involucrarse” en una lucha desigual contra sus poderosos patrones.⁴⁶

Lo que había llevado a estos viejos trabajadores a desafiar el orden social que por tanto tiempo habían considerado inmutable —para el asombro incluso de los veteranos dirigentes sindicales que los estaban aconsejando— era el sistema Taylor. “A raíz de eso, del sistema de incentivos, empezó el movimiento del año 62 —explica Yolanda Gajardo—. “Porque había gente que no estaba de acuerdo con el sistema de incentivos, porque trabajaban, trabajaban... casi se volvían locos, y el puntaje a veces no les subía. Así es que ahí empezó el descontento para la huelga del año 62. Esto fue el mayor motivo”. Esta aceleración del ritmo de trabajo era más dura para los trabajadores más viejos, que ya no contaban con la fuerza y resistencia de la juventud para sostenerse los seis días de ocho horas de trabajo infatigable a un paso y eficiencia que nunca antes habían experimentado. “Yo a veces lloraba, entremedio de las máquinas... de ver que no estaba capacitada para tanto trabajo que daban al día”, confesó una antigua operadora de máquinas de hilar.⁴⁸

En la sección Hilados, los trabajadores se veían obligados a operar cinco veces más máquinas cardadoras que las que habían atendido antes. Incrementos semejantes se llevaron a cabo en otras secciones de producción. Alicia Navarrete recuerda que en las salas de tejido “siempre fueron seis u ocho máquinas por persona, pero del año 62 comenzó a aumentar el número de máquinas que una persona tenía que trabajar... y la gente antigua no se sintió capaz de trabajar con 16, 25, 30 máquinas... Entonces por eso falló la huelga. Fue ese el motivo, que le dieron tantas máquinas a la gente”.⁴⁹

El sistema Taylor no sólo cambió la cantidad de trabajo, sino también las condiciones ambientales de la fábrica. Antes de la llegada de los especialistas de Burlington, un viejo operador de maquinaria explicaba, “no había tanto polvo, porque las ventanas nosotros las abríamos... y las ventanas estaban cubiertas con flores, con plantas, así que no se sentía tan mal uno”. Pero, en 1962, “principiaron a cerrar las ventanas porque vinieron unos técnicos yanquis y dijeron que entraba mucho aire, que

46. Rosa Ramini, septiembre de 1972.

47. Yolanda Gajardo, agosto de 1972.

48. Alma Torres, septiembre de 1972.

49. Alicia Navarrete, agosto de 1972.

cortaba los hilos y todas esas cosas... que el género salía sumamente fallado. Por eso tuvieron que cerrarlas".⁵⁰ Los expertos de Burlington tenían la razón en cuanto a la calidad del hilo de algodón y la tela: el control de la temperatura y la humedad durante el proceso de manufactura era esencial para la calidad del producto. Para los trabajadores, sin embargo, este mejoramiento en el proceso de producción significó un aumento brusco del polvo de algodón en el aire que respiraban durante ocho horas al día, con el consecuente aumento de enfermedades a los pulmones, lo que también reflejaba la negación de los Yarur a invertir en aire acondicionado. En la sección de hilados, recuerda un obrero, cinco o seis mujeres se desmayaban cada día por los efectos combinados del exceso de trabajo y del calor y humedad del aire, espeso de polvo de algodón. Ella culpaba a "ese sistema que trajeron los norteamericanos", porque "los compañeros no eran capacitados". Como resultado, "se caían entremedio de las palas por ahí, en cada sección caían agotadísimos, enfermos del corazón adentro". Otros "salían transpirando de las secciones", en especial de Hilados, "una de las más calurosas".⁵¹ Rosa Ramini encontró que la enfermedad a los pulmones que la obligó a retirarse después de veinte años en la sección Hilados, se debía a las nuevas condiciones ambientales, mientras una tejedora antigua alegó una enfermedad nerviosa crónica, debida al aumento de la carga de trabajo y al nivel de ruido en su sección.⁵² Es posible que el sistema Taylor incrementara la cantidad y mejorara la calidad de los bienes que producía el trabajador de Yarur, pero eran los trabajadores los que tenían que pagar los costos de este "progreso".

Estos costos estaban igualmente claros cuando se trataba de relaciones sociales. Antes de la instalación de este nuevo sistema de trabajo, recordaba nostálgicamente un antiguo obrero, "había más compañerismo, porque cuando había más pocas máquinas la gente tenía más tiempo de conversar, de reírse y chacotear. Entonces ya después la gente no pudo".⁵³ Antes, con el doble de trabajadores para producir la misma cantidad de hilo y tela en el mismo tiempo, los supervisores de Yarur habían sido relativamente tolerantes con los recreos de los trabajadores, e incluso participaban en sus conversaciones, pero ahora "a los jefes les parecía mal que estuvieran cuatro o cinco máquinas paradas y la gente estuviera conversando".⁵⁴ Ahora ni las pausas para ir al baño eran sagrados. Si un trabajador se demoraba más de unos pocos minutos, los jefes eran capaces de entrar a los baños y llamarlos para que salieran.⁵⁵

El compañerismo, entonces, no fue la única víctima del sistema Taylor: con él también se acabó el paternalismo. Como sus propios salarios —y quizás también sus trabajos— dependían de la habilidad de sus trabajadores para duplicar o triplicar su productividad, los supervisores se pusieron cada vez más exigentes e intolerantes con aquellos que no podían cumplir con las nuevas normas, y ello sin importarles las posibles causas de tal situación. "Éramos bien verdugueados —fue la forma en que lo expuso una mujer que había trabajado diez años en la fábrica—. Los jefes andaban detrás de una cuidándola, que pegando una hebra, que a gritos con una, que se apuraran. Como animales nos trataban".⁵⁶ Si algo iba mal, "los operarios tenían la culpa", recuerda amargamente Alicia Navarrete, una experimentada tejedora.⁵⁷ Esto sucedía incluso cuando la falla estaba en otra parte: "Los jefes exigían producción,

50. Lidia Sanhueza, agosto de 1972.

51. Alma Torres, septiembre de 1972.

52. Rosa Ramini, septiembre de 1972; Claudio Huelén, agosto de 1972.

53. Alicia Navarrete, agosto de 1972.

54. *Ibid.*

55. Alma Torres, septiembre de 1972.

56. *Ibid.*

57. Alicia Navarrete, agosto de 1972.

exigían y no se daban cuenta de que no había materia de primera, u otras veces que la maquinaria estaba mala”, explicó un operador de máquinas que había trabajado por mucho tiempo en la sección Hilados.⁵⁸ El sistema Taylor dejó al desnudo el carácter explotador de las relaciones de producción en Yarur, por tanto tiempo ocultas tras la máscara del paternalismo.

“Era tanta la angustia de la gente... desesperada porque le daban tanto trabajo y era casi el mismo sueldo —cuenta Oscar Blanco, un antiguo tejedor—. La gente quería ganar más y sí trabajar más... pero se aprovecharon de la oportunidad los señores Yarur”.⁵⁹ Siempre había existido entre los trabajadores Yarur el sentimiento de ser explotados, la conciencia de estar realizando un trabajo duro por bajos salarios día tras día, pero ahora había una diferencia cualitativa tanto en la intensidad del trabajo como en la manera en que los trabajadores sentían sus empleos. Ahora incluso los leales a Yarur se sentían explotados, y también aquellos que antes se habían encogido de hombros frente a los mínimos aumentos de sueldo de Juan Yarur, sin nunca alzar la voz para protestar. “La raíz de la huelga fue por la explotación del incentivo —opina María López, una tejedora que había trabajado en Yarur desde 1941—. Esta fue la mayor causa de la huelga de 1962... que había mucha explotación”.⁶⁰

Sin embargo, lo más importante para estos trabajadores antiguos, era que por primera vez tenían miedo de perder sus empleos. Según un viejo tejedor, “la gente antigua no creyó que podía trabajar así”. Y la suspensión, despedida o retiro forzado de aquellos que no podían cumplir con el tremendo aumento de las cargas de trabajo, confirmaron sus peores temores. “Ya principiaron a controlarnos más, a llamarnos para decirnos: tiene que trabajar más, tiene que trabajar más máquinas... Lo decían una o dos veces, y después lo suspendían no más.”⁶¹ “Así es que nosotros teníamos terror que nos dieran que nos iban a mandar a la oficina por el puntaje”, agrega otro de los antiguos.⁶² Ser llamado a “la oficina” del jefe de personal llegó a ser el gran temor de los trabajadores de edad.

Toda esta ansiedad se vio exacerbada por la gran reducción en la fuerza de trabajo durante los primeros meses de 1962, y por los rumores de que mil obreros más serían eliminados durante los meses siguientes.⁶³ “Empezaron a despedir así de dos a tres, de a cuatro a diez semanales”, recuerda un trabajador de la sección Hilados.⁶⁴ Para la gente antigua, la advertencia estaba clara: aquellos que no podían manejar tres o cuatro veces más máquinas de lo que estaban acostumbrados, perderían sus trabajos en manos de trabajadores más jóvenes que podrían adecuarse a las normas nuevas, sin importar sus servicios pasados y lealtad a los Yarur. “No estábamos acostumbrados a eso”, explica María López. Recuerda que todos sabían “que se iba a despedir gente y uno no sabía si le iba a tocar o no. Pero sí se sabía que tenían que cortar a la mitad, cortar mil o dos mil operarios... por eso surgió la huelga”.⁶⁵ Paradójicamente fue este temor de perder sus empleos lo que llevó a mucha gente antigua a botarse en huelga, precisamente la acción que más posibilidades tenía de desatar esa pesadilla.

El temor de estos trabajadores de edad, muchos de los cuales habían trabajado siempre en Yarur, estaba asociado a una repentina conciencia de su vulnerabilidad.

58. Yolanda Gajardo, agosto de 1972.

59. Oscar Blanco, junio de 1972.

60. María López, agosto de 1972.

61. Alicia Navarrete, agosto de 1972.

62. Alma Torres, septiembre de 1972.

63. Oscar Blanco, junio de 1972.

64. Alma Torres, septiembre de 1972.

65. María López, agosto de 1972.

Muchos habitaban viviendas subvencionadas por la compañía y creían que podrían perderlas si eran despedidos. "Yo tenía miedo de morir en una población", recuerda María Frías, una de las antiguas leales a Yarur, cuya pesadilla era terminar sus días en la miseria, a pesar de una vida de lealtad a su patrón.⁶⁶ Era un temor común entre los viejos trabajadores que habían sido leales a los Yarur por un trabajo estable y una jubilación asegurada. Si eran despedidos, no tendrían ningún tipo de apoyo a una edad en que ya eran demasiados viejos para ser contratados en otro lugar. Repentinamente, el pago de desahucio por años de servicio que en movimientos anteriores los obreros de Yarur habían pedido en vano, adquiría una nueva importancia. Los Yarur se habían opuesto a conceder esta demanda en 1947 y 1953, y a pesar de sus promesas de campaña, los dirigentes sindicales de la compañía (directivas "amarillas") que habían visto el fracaso de estos esfuerzos, no insistían en "el mes por año" frente a un patrón no receptivo. Pocos obreros de Yarur ganaban lo suficiente para hacer ahorros. Ahora el panorama de un retiro forzoso sin ningún tipo de ingreso parecía demasiado real. "Era por el mes por año que yo me puse en huelga", cuenta un 'apatronado' que había estado en la fábrica desde su fundación, agregando que al instalarse el sistema Taylor, se había dado cuenta de que "nosotros necesitábamos un sindicato libre porque ya no teníamos a don Juan para que nos protegiera".⁶⁷

Es un comentario revelador, del que se hacía eco la mayoría de los viejos. Habían sido leales a Juan Yarur porque él había sido leal con ellos. Esta lealtad, sin embargo, se había basado en un contrato social implícito entre el patrón y sus empleados: un intercambio de lealtad del trabajador por un trabajo regular y seguro. Ahora sus hijos habían roto ese compromiso y disuelto ese pacto, base de la paz social de la fábrica. En el proceso, también habían roto los vínculos paternalistas que unían a los trabajadores con sus jefes, revelando sus intereses conflictivos y liberando a los trabajadores para defender sus intereses comunes en una acción conjunta. Jorge Yarur insistía en que no tenía ninguna intención de despedir a los trabajadores más viejos para reducir la fuerza de trabajo al nivel óptimo determinado por el sistema Taylor, y uno de sus ayudantes laborales más importantes sostenía que el problema no estaba en el sistema mismo, sino en que había sido introducido en Yarur sin explicaciones suficientes y de una manera insensible a la realidad de la fábrica.⁶⁸ Lo que ninguno de los dos vio fue que el nuevo sistema de trabajo que habían gestionado disolvía los lazos paternalistas que sostenían el sistema social de la fábrica, dejando a los trabajadores listos para rebelarse (y disponibles para el conflicto de clases).

Lo anterior aparece reflejado claramente en la forma como había cambiado la percepción de muchos trabajadores de Yarur respecto a sus jefes. Ya en 1962, muchos viejos comparaban a Juan Yarur con sus hijos de una manera que era mala señal para la paz social dentro de la fábrica. "Los hijos son distintos . . . más malos", afirmó una década después una tejedora, con una rabia que el tiempo no había aplacado. Los trabajadores veían a Jorge Yarur como una figura arrogante, fría y distante: "Poco se veía, porque pasaba así, oliendo, parecía que le tenía asco a uno. Nunca conversaba con uno". Su hermano menor, Amador, era mejor persona: "Conversaba, se reía, echaba sus chistes por ahí y se iba", pero para muchos trabajadores ambos se parecían, "hipócritas ellos, le pasan la mano, pero . . . hasta ahí no más".⁶⁹

Los más viejos estaban de acuerdo en que "don Juan" había sido diferente. "El tenía un afecto para la gente antigua", cuenta un viejo obrero que estuvo en huelga en 1962.⁷⁰ Sus partidarios también veían a Juan Yarur como una personalidad diferente:

66. María Frías, agosto de 1972.

67. Juan Laguna, abril de 1972.

68. Jorge Yarur, agosto de 1972; Eric Neuman, junio de 1972.

69. Blanca Bascuñán, agosto de 1972.

70. José Lagos, agosto de 1972.

"Un tipo más amplio, más comprensivo, más humano", insistió Juan Lagos, que había trabajado lealmente para Juan Yarur en las bodegas por dos décadas. Los hijos de Juan Yarur, en cambio, "miraban la plata nada más, eso es lo que les interesaba", expresó Lagos con amargura aún evidente. Según él, fue por esta razón que "la gente se fue alterando y buscando otras perspectivas".⁷¹

Estas "otras perspectivas" apuntaban al sindicalismo pleno de conciencia de clase común en la mayoría de Chile, pero excluido de la fábrica Yarur, y el resultado fue la huelga de 1962. Era una explicación en la que quedaban reducidos mucho tiempo y experiencia, pero subrayó un punto importante: la desilusión con el paternalismo Yarur inducida por la introducción del sistema Taylor, modificó la mentalidad de muchos veteranos y llevó a cambios en su comportamiento. La lealtad fue enajenada, la pasividad dio paso a rebelión.

Para algunos de estos viejos trabajadores, la introducción del sistema Taylor fue la gota que rebasó el vaso; terminó por destruir una confianza que se había debilitado a través de los años, y los llevó a ya no aceptar más el sistema Yarur de control social. Para otros, fue un golpe inesperado y profundo a su visión del mundo, que los hizo cuestionarse todo aquello en que habían creído. Para todos estos trabajadores de edad, la imposición del nuevo sistema —con su aceleración del ritmo de trabajo y alienación, su socavamiento del paternalismo y amenazas de despido— fue una medida que les hizo perder fe en la benevolencia del patrón y desconfiar de las intenciones de sus jefes.

También los llevó a concluir que ahora necesitaban "un sindicato libre" —no un sindicato de la compañía— que defendiera sus intereses y representara sus demandas tanto en relación a seguridad del trabajo como al pago por años de servicios (un mes de salario por año de servicio). En este contexto, la negativa de los Yarur a respetar sus deseos de una directiva sindical libremente elegida, desató la huelga de 1962. No obstante, fue la introducción del sistema Taylor la causa subyacente del conflicto y la explicación de que se haya dado en ese momento y con tanta amargura. También explica la paradoja de que un gran número de los antiguos, muchos de ellos viejos leales a Yarur, fueran a la huelga para protestar por las elecciones de sindicato arregladas y por la directiva 'amarilla' que ellos mismos habían aceptado pasivamente por años.

Dos generaciones, una lucha

A los viejos trabajadores en huelga se unieron los jóvenes de la fábrica, en su mayoría contratados después de la muerte de Juan Yarur como parte del plan de mejoramiento de la fuerza de trabajo implementado por su hijo. Más jóvenes y más fuertes que "la gente antigua", estos trabajadores podían adaptarse mejor al sistema Taylor y sus exigencias, pero estaban menos dispuestos a aceptar el sistema de control social y el tipo de organización sindical impuestos por la compañía de Yarur. Estas diferentes actitudes reflejaban una también diferente formación y creencias. La mayoría de los jóvenes eran urbanos por su crianza, si no por nacimiento, y muchos vivían en las poblaciones marginales de la clase trabajadora que rodeaban Santiago en 1962, varias de ellas organizadas por la izquierda. A diferencia de la gente antigua, había pocos analfabetos en sus filas y casi todos tenían alguna educación formal. La mayoría eran hijos de la pobreza y muchos se habían visto forzados a dejar el colegio, para ayudar en la mantención de sus familias. Pero, incluso cuando estos jóvenes eran parientes de antiguos trabajadores de Yarur, era más probable que compartieran la concepción del mundo y postura política de sus iguales.

Hasta los que eran dirigentes 'apatronados' de Yarur en 1962 comprendieron

que esta concepción del mundo era más radical que la suya, reflejo de un análisis de clase de la sociedad y de una política de izquierda. Para Mario Lemus, el presidente del sindicato de la compañía, esto en parte se explicaba por el hecho de que "el joven por naturaleza es del tipo socialista... siempre reivindicando al pobre".⁷² Pero Lemus también estaba consciente de que la generación del 62 compartía una política cultural específica, producto de una era en que "la gente se entusiasmó por nuevas ideas, un despertar político... de Chile entero". Según él, fue "precisamente porque en ese tiempo había mucha gente joven que surgió la huelga del 62".

La mayoría de estos trabajadores más jóvenes habían sido expuestos a nociones marxistas respecto a las clases sociales y a políticas de izquierda antes de entrar a la fábrica Yarur. Algunos habían absorbido estas ideas de sus parientes, mientras otros las adquirieron de sus amigos o consejeros. La pobreza extrema resultó ser una escuela política para muchos trabajadores jóvenes, aunque sus lecciones eran más a menudo sentidas que explícitas. Miguel Concha nació en una familia campesina, pero aprendió de "explotación capitalista" cuando aún era un muchacho, mientras trabajaba en una mina de carbón en el sur (por 5 pesos diarios), donde compañeros de trabajo le enseñaron sobre la solidaridad de clase. Como resultado, apoyaba a la izquierda, ya que "cualquier pobre siempre busca su lado".⁷³ A otros, como Federico Vásquez, crecer en una población obrera—sin vivienda o nutrición adecuadas, sin agua potable o calles pavimentadas—le enseñó lecciones similares.⁷⁴ En otros, su actitud política nació de experiencias traumáticas: Amílcar Rubio comenzó a ser simpatizante comunista cuando, siendo niño, vio en el puerto de San Antonio cómo militantes comunistas eran transportados en carretas para ser embarcados a la isla de Juan Fernández, adonde habían sido exiliados por Gabriel González Videla (y de la cual muchos nunca regresaron). "Entonces de ahí me quedó a mí ese dolor, ese rencor contra todos los burgueses que deportaron a compañeros que tenían hijos, jóvenes como yo... y no volvieron nunca más... y esa gente eran obreros como yo, luchando para el bienestar de la clase obrera".⁷⁵

La experiencia de los jóvenes en la fábrica Yarur consolidó su emergente conciencia de clase y su simpatía por la izquierda. En primer lugar, estaba el trabajo duro por poco sueldo, y el consiguiente sentimiento de ser explotados. Aunque la suya no era una lucha tradicional por reivindicaciones económicas, estos jóvenes estaban conscientes de que los sueldos que recibían eran bajos tanto para el nivel normal chileno como en relación al costo de la vida. "Algunos compañeros ni siquiera les alcanzaba para almorzar, de tan bajos que eran los salarios".⁷⁶ Igualmente importante para estos obreros jóvenes era "el ambiente de miedo" en Yarur: los informadores y la policía privada, la realidad diaria de represión y la amenaza de despido arbitrario. "Estábamos cansados de ver la manera en que nos amenazaban", explica un activista.⁷⁷ Los trabajadores que Yarur deseaba echar por razones políticas, a menudo eran acusados de robar tela y obligados a desfilar por toda la fábrica con un cartel que decía "Yo robo a mis patrones". Era una amenaza que hacía más radicales y llenaba de amargura a los amigos del trabajador despedido que quedaban en Yarur: "Siempre el rico trata de humillar al pobre", fue la conclusión que sacó de esta experiencia un joven que jugaría un papel fundamental en la huelga.⁷⁸ Otro entró al activismo tras el

72. Mario Lemus, septiembre de 1972.

73. Miguel Concha, septiembre de 1973.

74. Federico Vásquez, septiembre de 1972.

75. Jorge Rubio, septiembre de 1972.

76. Olga Gallo, agosto de 1972.

77. David Toro, agosto de 1972.

78. Olga Gallo, agosto de 1972.

impacto de saber que “un compañero se mató” al ser acusado falsamente y despedido del trabajo. “Saliedo de la fábrica se tiró a la línea del tren de ver la injusticia que habían cometido con él”.⁷⁹ La ira de estos jóvenes apuntaba hacia el sindicato de la compañía y sus dirigentes corruptos, que defendían los intereses de los patrones en vez de representar los intereses de los trabajadores que los habían elegido. “Nosotros luchábamos por un sindicato obrero... por el atropello que cumplieron... de ayudar a los patrones... y no a la clase obrera”.⁸⁰ Fueron estos trabajadores más jóvenes, con más conciencia de clase, los que encabezaron la huelga de 1962.

El movimiento podía ser dirigido por jóvenes, pero como perfectamente sabían, para poder vencer a la dirección del sindicato de la compañía necesitaban el apoyo de “la gente antigua”, cuya lealtad a los Yarur había socavado los anteriores esfuerzos destinados a ganar “un sindicato libre”. Teniendo esto claro, los fieles a Yarur habían cambiado los estatutos del sindicato de la compañía para darle a los trabajadores con más de cinco años en la fábrica el doble de votos en las elecciones de sindicato que a los contratados más recientemente. Esto significaba que ningún desafío a la empresa podía tener éxito sin el apoyo de los trabajadores antiguos.

Fue la introducción del sistema Taylor lo que creó la oportunidad de unir a estas dos generaciones de obreros en un movimiento rebelde fuerte. Las nuevas demandas y alto costo social del nuevo sistema de trabajo, más el temor de ser despedidos que acompañó su imposición, liberó a “la gente antigua” de su sentimiento de lealtad hacia los Yarur y les hizo ver la importancia de tener “un sindicato libre”. Para los activistas jóvenes que habían estado esperando desde 1957 el momento preciso para desafiar a los Yarur, constituyó el motivo que unificaría a los obreros y el programa alrededor del cual tanto los viejos como los jóvenes podían congregarse: “Nosotros luchábamos por un sindicato libre y por el mes por año”.⁸¹

Fue esta confluencia de hechos la que persuadió a los consejeros de la CUT y FENATEX para dar luz verde a los huelguistas de Yarur en 1962. En 1957, la primera vez que se les habían acercado para pedir ayuda en la organización de un desafío a los Yarur (aprovechando el ambiente nacional de descontento y la efervescencia social producida por la política económica de Carlos Ibañez, una combinación de descontrolada inflación y austeridad fiscal), les habían dicho que esperaran un tiempo, ya que las condiciones dentro de la fábrica eran desfavorables, debido a la lealtad de “la gente antigua” hacia los hijos de Yarur. En 1962, aunque el contexto nacional era menos favorable, los dirigentes sindicales de izquierda concluyeron que la situación en la fábrica Yarur estaba madura para un nuevo intento de tomar el control del sindicato de la compañía e integrar a sus trabajadores al movimiento nacional sindical.⁸² Para la directiva comunista de FENATEX, la fábrica Yarur era “como una tetera que estaba hirviendo hace tiempo”, debido a los bajos salarios, “un ambiente de miedo” y un sindicato cuyos dirigentes eran “vendidos al patrón”, elegidos en elecciones fraudulentas y culpables de “mal manejo de fondos”.⁸³ Y esta “tetera” se había transformado en “una olla de presión” a punto de explotar, por la imposición del sistema Taylor y la “superexplotación”, costos sociales y reducciones de personal inseparables de él.⁸⁴

Durante los primeros meses de 1962, a medida que Javier Arcilla y sus

79. David Toro, agosto de 1972.

80. Miguel Concha, septiembre de 1973.

81. *Ibid.* Junto al énfasis puesto en la seguridad laboral y la oposición al sistema Taylor, estas prioridades de los huelguistas de Yarur encajaban bien con la “plataforma de lucha” nacional de la CUT para 1962, que destacaba la inamovilidad del empleo, la libertad sindical y la eliminación de la racionalización o automatización del trabajo. Véase Barria, *op. cit.*, 104-5.

82. Luis Campos, enero de 1974; Oscar Ibañez, agosto de 1972.

83. Oscar Ibañez, agosto de 1972; Luis Campos, enero de 1974.

84. *El Siglo*, 13 de julio de 1962; Luis Campos, enero de 1974; Oscar Ibañez, julio y agosto de 1972.

ingenieros industriales hacían avanzar el sistema Taylor a través de las distintas secciones de producción, los jóvenes dirigentes rebeldes esparcieron su movimiento clandestino a través de toda la fábrica, utilizando los delantales de las mujeres y la asociación deportiva de la empresa para que las secciones se comunicaran entre sí, mientras la creciente ansiedad de los trabajadores también servía para acelerar la causa. Al mismo tiempo, la prensa chilena de izquierda inició una campaña de propaganda contra las prácticas de trabajo en la fábrica de Yarur, mientras la CUT y FENATEX públicamente prometían su apoyo, y privadamente contribuían con sus consejos y recursos.⁸⁵ Todo esto era un preludio a un hecho sin precedentes: se presentaría una lista insurgente a las elecciones de sindicato en julio. La atención nacional estaba enfocada en estas elecciones de sindicatos locales, porque en ese momento en el Congreso se estaban cursando cargos a funcionarios estatales del Trabajo, por complicidad en las votaciones fraudulentas previas del sindicato Yarur.⁸⁶ Esta vez el apoyo a los insurgentes era tan amplio, que tenían confianza en que iban a ganar.

En este contexto, la insistencia de los Yarur en arreglar las elecciones del sindicato en julio 1962, detonaría la huelga más larga y amarga en la historia de la mayor fábrica textil de Chile. Pero, como ya hemos dicho, fue sólo la causa inmediata. Tras ella se encontraba el sistema Taylor, quizás sueño capitalista, pero pesadilla de los trabajadores.

La huelga Yarur de 1962 se convirtió en un asunto político nacional, causando polémicas en la prensa y un debate en el Congreso, donde se hicieron inútiles esfuerzos para censurar al ministro del Trabajo por no salvaguardar la democracia del sindicato Yarur. La huelga misma duró nueve semanas, forzando al máximo la voluntad y recursos de los trabajadores. Por la intransigencia de Yarur se agravó el conflicto, las líneas de batalla se endurecieron, y tanto la violencia como la amargura se intensificaron en ambos bandos, además de causar daños a la economía chilena. Finalmente, el punto muerto al que había llegado el enfrentamiento se vio roto por la intervención del gobierno de Alessandri; éste declaró la reanudación de faenas y nombró un interventor militar que terminó con la huelga y despidió a los activistas que la habían impulsado.⁸⁷

Como consecuencia de la huelga, más de mil trabajadores perdieron sus trabajos; si se los suma a aquellos despedidos durante el período anterior al conflicto, significa que el sistema Taylor había dejado desempleados a más de dos mil obreros, reduciendo a la mitad la fuerza de trabajo en Yarur y duplicando la productividad exigida a aquellos que quedaban. Mientras Jorge Yarur, negaba haber provocado la huelga, admitió que le había "ayudado" a reducir la fuerza laboral de la fábrica a un nivel óptimo más rápidamente y en forma menos costosa que si hubiera sido a través de enfrentamientos.⁸⁸ Ya en 1965 estaba completa la instalación del sistema Taylor en toda la fábrica, y los expertos de Burlington Mills podían volver a sus casas. Su trabajo estaba hecho y se había transformado la fábrica Yarur, al igual que la vida de sus trabajadores, que tuvieron que pagar el costo de la modernización aclamada por los Yarur e imitada por sus rivales durante los años que siguieron.

La huelga de 1962 ayudó a los Yarur a destruir el movimiento rebelde de los trabajadores, a la vez que les permitió anular el desafío que ese movimiento significaba para su sistema de control social. Aunque los que habían apoyado la huelga ganaron

85. Oscar Ibáñez, agosto de 1972; véase, para un ejemplo, *El Siglo*, enero-junio de 1962, *passim*.

86. Véase: Chile, Cámara de Diputados, *Diario de Sesiones, Sesiones Ordinarias*, 26ª sesión (31 de julio de 1962), 3:2648-49.

87. El 11 de septiembre de 1962, el coronel Armando Baeza, interventor del gobierno, puso fin a la huelga. El coronel Baeza volvería a la fábrica como interventor después del 11 de septiembre de 1973.

88. Jorge Yarur, agosto de 1972.

el control del sindicato en las elecciones siguientes, fue una victoria pírrica que los expuso a intimidación y despido. Significativamente, por lo general se despedía a los obreros sospechosos de deslealtad más que a los poco productivos, a pesar de las objeciones de Arcilla, según el cual algunos de los mejores trabajadores estaban siendo despedidos y algunos de los peores retenidos, lo que destruía la racionalidad del sistema Taylor.⁸⁹ Dos años más tarde, muy pocos rebeldes quedaban en la fábrica Yarur, y aquellos que quedaban habían "aprendido a dejar sus ideas en la casa".⁹⁰ Otra lección que aprendieron muchos trabajadores Yarur a partir de la experiencia de la huelga, fue la sabiduría de la lealtad a los Yarur, y la futilidad de la rebelión o resistencia, a menos que el Estado estuviera de parte de los trabajadores para equilibrar el poder superior de su patrón.

No sería sino hasta que un "compañero presidente" encabezara un "gobierno obrero" desde La Moneda, que los trabajadores de Yarur se arriesgarían de nuevo a un movimiento para arrebatar el sindicato del control de la compañía y desafiar el sistema Yarur de control social. Pero entonces el movimiento de los trabajadores en la fábrica Yarur iría más lejos, dirigiendo una revuelta desde abajo que forzaría la mano de Salvador Allende y haría de los textiles el primer sector industrial incorporado al área de propiedad social. Significativamente, una de las "banderas de lucha" de ese movimiento de 1970-1971 sería la abolición del sistema Taylor.⁹¹

(Traducción de Paula Salazar A.)

89. Juan Carvajal, agosto de 1972.

90. Iris Valenzuela, agosto de 1972.

91. Para un relato del movimiento de 1970-1971, véase Winn, *op. cit.*, Caps. 5-9 y 11-15.



ENTRADA A LA FABRICA YARUR (ca. 1972)

De: Peter Winn, *Weavers of Revolution. The Yarur Workers and Chile's Road to Socialism* (New York, 1986), p. 210.

La movilización de las bases

Poblaciones marginales y resistencia en Chile autoritario

Cathy Schneider

Instituto de Monterrey de Estudios Internacionales (California, EE.UU.)

El 11 de mayo de 1983, una fuerte ola de protestas irrumpió en las calles de Santiago. En su centro estaban los mismos barrios urbanos que habían liderado las tomas de terreno ilegales durante la década anterior. Esta repentina avalancha de protestas, después de diez años de dominio autoritario, fue consecuencia directa de dos hechos simultáneos: la reorganización de los barrios urbanos y el quiebre de la coalición gobernante. En 1982, el escándalo que produjo el mal manejo de la economía por el gobierno militar hizo tambalear las bases del régimen, y abrió las puertas, repentinamente, a un creciente movimiento opositor. Y como si un hechizo se hubiese quebrado, estudiantes, trabajadores y pobladores coparon las calles pidiendo el término del dominio militar.

La característica más sobresaliente del movimiento de protesta de los años 1983-1986, fue su configuración geográfica. Esto es, las protestas no estaban distribuidas equitativamente a través de los barrios pobres, ni tampoco concentradas en los sectores donde más daño había causado el modelo económico. Por el contrario, el movimiento de protesta surgió con más fuerza en los mismos barrios "rojos" que habían sido el centro de la actividad política de izquierda años antes del golpe militar. En estas poblaciones, una relación orgánica entre militantes políticos y pobladores permitió que las comunidades se organizaran durante un período de represión intensa y, en el contexto de la crisis política de 1982, se movilizaran en gran escala.

Cientistas políticos y sociólogos como Genaro Arriagada (1988, 61) y Eduardo Valenzuela (1984), señalan la frustración y desgaste psicológico producidos por la crisis económica de 1982 como causas importantes de la irrupción de protestas en las poblaciones marginales de Santiago. "Durante los años de protesta —sostiene Arriagada—, las poblaciones estaban constituidas por una masa de individuos no organizados, y unas cuantas organizaciones aisladas, débiles y sin financiamiento, que agrupaban unos pocos miles de habitantes".

Sin embargo, sería difícil argumentar que en 1983 hubiera una relación directamente proporcional entre el nivel de depresión económica y la intensidad y alcance que adquirieron las protestas. Las poblaciones más golpeadas por la crisis, en términos absolutos o relativos, respondieron en forma muy débil a las convocatorias a protestas. Y cuando hubo protestas en esas áreas, fueron de corta duración, porque los que protestaban no pudieron resistir la represión.

Por ejemplo, en 1983, los lugares donde la crisis económica adquirió mayor fuerza fueron los barrios ponientes de Santiago, como Pudahuel y Quilicura. En Quilicura, el promedio mensual de ingreso familiar bajó de 32 mil pesos en 1980 a 16 mil pesos en 1983, sin que hubiera protestas por parte de los residentes. En Pudahuel, el promedio mensual de ingreso familiar subió de 12 mil pesos en 1976 a 32 mil pesos en 1980, pero luego bajó dramáticamente en 1983 a 16 mil pesos (1985: Encuestas de

Empleo y Desempleo). Aun así, las protestas fueron comparativamente suaves en Pudahuel. En las primeras tres protestas, los pobladores no hicieron más que levantar barricadas y tocar cacerolas. Solamente en algunas poblaciones los residentes organizaron marchas (CETRA/CEAL 1983, 13-16). Pero a pesar de la baja intensidad de la protesta, los pobladores muertos en estas localidades fueron muchos. En el primer año de protestas, mayo 1983-mayo 1984, las FF.AA. mataron a diez pobladores solamente en Pudahuel. En San Miguel, una comuna mucho más combativa, sólo mataron a un joven. El comparativamente alto índice de mortalidad en la zona poniente fue consecuencia directa de la poca habilidad de los residentes para crear una defensa efectiva contra los tanques y artillería militar.

Comparada con Pudahuel, la zona sur de Santiago fue apenas afectada por la crisis económica de 1982. Los ingresos mensuales (que cayeron en 1976 a 15 mil pesos en San Miguel y 13 mil pesos en La Granja) bajaron entre 1980 y 1983 de 36 mil pesos a 26 mil pesos en San Miguel, y de 23 mil pesos a 17 mil pesos en La Granja (Encuesta Empleo y Desempleo). Sin embargo, en las primeras tres protestas, los residentes de la zona sur lucharon con fuerza y violencia contra la dictadura. Los residentes de La Granja y San Miguel desarrollaron una franca rebelión popular. Los participantes en las protestas rayaron las paredes de las poblaciones marginales con consignas políticas, levantaron y quemaron barricadas en las calles, organizaron marchas masivas a través de la comuna y cortaron la electricidad de gran parte de la ciudad tirando objetos metálicos a los cables del tendido eléctrico. Cuando las FF.AA. atacaron estas poblaciones, sus habitantes respondieron apedreando los tanques. Las confrontaciones más intensas en 1983 se desarrollaron en las comunas de San Miguel (poblaciones La Victoria, La Legua, El Pinar, Guanaco, Germán Riesco y Villa Sur), y La Granja (poblaciones San Gregorio, Nueva San Gregorio, Joao Goulart, Yungay y La Bandera) (CETRA/CEAL).

En vez de destacar la fragmentación y disolución social, un segundo grupo de sociólogos, incluyendo a Tilmán Evers (1985), James Petras (1986) y Teresa Valdés (1987), apuntan a la creación de organizaciones vecinales autónomas y a la formación de un nuevo actor social, el movimiento de pobladores, para explicar el surgimiento de protestas en el Chile autoritario. Valdés, por ejemplo, plantea que la prolongación de la crisis económica fortaleció las organizaciones poblacionales, que avanzaron a "niveles superiores de organización a nivel de la población, de la zona, y también de la ciudad de Santiago". (Valdés 1987, 296).

La información acerca del nuevo movimiento social no logra, sin embargo, explicar la configuración particular de la protesta en el marco de autoritarismo del régimen militar. Si las protestas de 1983 hubiesen simbolizado el nacimiento de un nuevo movimiento social en las poblaciones marginales, la distribución del descontento debió haberse manifestado más equitativamente, o bien, debió haberse concentrado en los sectores donde se habían realizado las más grandes inversiones de esfuerzos en levantar nuevas organizaciones. Como Eugenio Tironi dice:

Desde los primeros años del régimen militar se fue configurando en las poblaciones una pequeña red de "organizaciones solidarias" ... [que] tuvo como resultado la temprana reactivación de los militantes políticos de las poblaciones. ... El llamado movimiento de pobladores, sin embargo, se confunde por completo con la militancia política que identificáramos más arriba. (Tironi 1987, 72-73; subrayados del autor).

El movimiento de protesta chileno de 1983-1986, si no fue el precursor de un nuevo actor social, o una respuesta inmediata a la crisis económica de 1982, era más que el producto de militantes políticos aislados que operaban fuera de las poblaciones marginales. Más bien, la capacidad de estos barrios urbanos para movilizar una resistencia política masiva tras años de severa represión militar, radicaba en la

herencia política de décadas de trabajo en el cultura popular y en la formación de una generación de militantes de bases hábiles. Como Roger Burbach (1989) observa:

Militantes de base que habían sido activos años antes del golpe, jugaron un rol de liderazgo clave en todas estas actividades de organización. Como apuntaba un líder político, "nosotros como partidos políticos éramos capaces de hacer muy poco, pero los *militantes políticos* a nivel local reconstruyeron el movimiento social durante los momentos más oscuros del régimen". La conciencia ideológica y política que amplios sectores de la población habían adquirido a través de los años, los prepararon para el trabajo político a nivel poblacional y para organizarse en torno a necesidades locales, aun cuando el vínculo con las cúpulas políticas se había cortado.

El movimiento de protesta chileno fue como su equivalente español, "dependiente de la sobrevivencia clandestina de los partidos de izquierda. Estos partidos proveían las estrategias y los dirigentes, y fue la capacidad de subsistencia de estos partidos lo que mantuvo ... la resistencia viva durante los períodos largos y difíciles ... y que más tarde reiniciaron la lucha". (Maraval 1978, 166).

Los militantes políticos no eran, sin embargo, igualmente activos o adeptos en todas las poblaciones. Aquellos barrios que emergieron como el foco de actividades políticas en 1983 eran los mismos barrios que habían sido más activos en las décadas previas al golpe. En estos barrios, una historia de cohesión social y de militancia radical permitió a los militantes políticos salir de la clandestinidad y, en el contexto de crisis política, movilizar una resistencia en gran escala. Pero solamente donde los militantes políticos mantuvieron lazos orgánicos democráticos con las bases, los esfuerzos de la resistencia obtuvieron triunfos frente a la represión militar.

I. PARTIDOS POLITICOS Y POBLACIONES: VISION HISTORICA GENERAL

Las poblaciones de Santiago se formaron en los años cuarenta, cuando el *boom* industrial de Santiago promovió la inmigración de los sectores más pobres del campo. Ya en 1950, Santiago estaba plagado de conventillos. Gradualmente, trabajadores desesperados comenzaron a situarse en los barrios exteriores de la ciudad, levantando carpas o chozas de cartón en las riberas abandonadas del Mapocho o en vertederos de basura. A medida que se hacía más difícil para los individuos defender sus derechos sobre la propiedad tomada, y la situación habitacional comenzaba a ponerse crítica, el Partido Comunista (a veces en conjunto con el Partido Socialista), comenzó a organizar a los trabajadores en Comités de los Sin Casa, dirigiéndolos en tomas de terreno ilegales. En 1964, el rápido aumento de tomas de terreno convenció al Presidente demócratacristiano, Eduardo Frei, de que el gobierno debía responder a las necesidades de los sin casa. El programa demócratacristiano denominado *Operación Sitio* fue un intento de asegurar que no se hicieran tomas de terrenos, para lo cual se entregaron sitios o viviendas a los sin casa. Pero en 1969, "los demócratacristianos habían perdido el control sobre el movimiento popular y las juntas de vecinos se convirtieron en centros de disputa política" (Castells 1983, 200). Después de 1970, el pluralismo político en las poblaciones fue muy poco frecuente. "Cada asentamiento dependía del liderazgo político que lo había fundado ... y la participación de los asentamientos en el proceso político estaba estrechamente vinculada a la línea política que dominaba en cada población". (Castells 1983, 282). En realidad, el movimiento popular anterior a 1973 "fue creado en su totalidad por los partidos políticos ... se debe hablar de un grupo de pobladores en cada partido en vez de un movimiento de pobladores". (Castells 1983, 282).

La historia de las poblacionales marginales y callampas de Santiago y sus

estrechas vinculaciones con los partidos políticos, es clave para comprender el carácter del movimiento que volvió a surgir en 1983, y su aparentemente peculiar configuración geográfica. Tanto en las poblaciones surgidas sin planificación previa, por la simple acción de individuos que buscaban sitios donde vivir, como en aquellas originadas en una concesión de terreno y proyectos de vivienda establecidos bajo la 'Operación Sitio', por ejemplo, los pobladores dependían más bien del apoyo del gobierno que de las organizaciones poblacionales. Los partidos políticos eran débiles en este tipo de poblaciones, y las comunidades mismas altamente fragmentadas. Durante el ciclo de protestas (1983-1986), los activistas políticos fueron identificados y aislados por las fuerzas del gobierno. La movilización tendía a ser muy baja.

Donde los partidos políticos estaban más profundamente arraigados, era en aquellas poblaciones que se habían formado a raíz de las ocupaciones ilegales de terreno impulsadas por los partidos de izquierda antes de 1973 (este tipo de tomas representaba el 40 por ciento del crecimiento de Santiago entre 1957-1973).

Pero tampoco en estas poblaciones tuvieron los militantes políticos iguales resultados. Aquellas poblaciones que habían sido organizadas 'desde arriba', es decir, por militantes externos a la población, encontraron más difícil mantener la resistencia después del '73, en comparación con aquellas manejadas 'desde abajo', donde los partidos políticos habían establecido una base orgánica. Esta diferencia se puede ver claramente al comparar las poblaciones que surgieron a raíz de tomas de terreno ilegales dirigidas por el MIR, y aquellas conducidas por el Partido Comunista.¹

El MIR, un grupo guerrillero que apareció en los años sesenta, estaba fuertemente influenciado por el "foquismo", una estrategia que priorizaba "las consideraciones militares sobre el trabajo político de masas" (Ellner 1988, 153), y veía a los cuadros políticos como estructura superior y separada de las bases. Antes de 1973, el MIR, cuyos cuadros solían ser estudiantes de la clase media y alta, operaba como vanguardia en las poblaciones, proporcionando la organización y la fuerza militar para desafiar al gobierno, pero no integraba a los pobladores en las filas del partido. La distinción entre militantes políticos y pobladores era aguda en estos asentamientos. Como observa Manuel Castells respecto a la toma de la Nueva Habana dirigida por el MIR:

El rol social del campamento cambiaba según las tareas políticas y prioridades establecidas por el MIR a nivel nacional. Durante el primer año, el MIR apoyó las demandas urbanas como una manera de consolidar su posición en el movimiento de pobladores y

1. He decidido centrarme en estos dos partidos políticos, ya que ambos sobrevivieron al régimen autoritario a través de una resistencia activa, y porque las poblaciones donde ellos históricamente habían tenido sus bases, eran las más combativas. Sin embargo, es importante mencionar que no eran los partidos políticos más grandes, ni siquiera en las poblaciones; probablemente los demócratacristianos y los socialistas individualmente podían contar con más apoyo pasivo. Pero el Partido Socialista de Chile se dividió después de 1973. Las divisiones internas hicieron casi imposible el trabajo político de masas. En 1979, ocho distintas facciones o tendencias socialistas competían por la hegemonía. Ninguna de ellas era capaz de mantener por sí sola una gran resistencia al régimen militar. En cambio, los socialistas jugaron un rol crítico de vaivén, aliándose con el *Movimiento Democrático Popular*, dominado por los comunistas, o con la *Alianza Democrática*, dominada por los demócratacristianos.

Por otro lado, los demócratacristianos, quizás el partido chileno más popular, jugó, por diferentes razones, un rol más pasivo. Primero, les tomó más tiempo definir su posición frente al régimen militar, ya que no sufrían directamente su política represiva; además, muchos de sus militantes apoyaron el golpe militar, e incluso al régimen hasta el año 1982 (como los resultados del plebiscito de 1980 lo demuestran). Segundo, las organizaciones populares demócratacristianas tendían a funcionar como organizaciones de apoyo y subsistencia en vez de organizaciones de resistencia y combate (en algunas ocasiones, las organizaciones comunistas usaban los espacios creados por estas organizaciones, apoderándose de ellas completamente, como sucedió, por ejemplo, con la Metropolitana de Trabajadores). Los demócratacristianos tendían a comprometerse en resistencia directa sólo cuando la directiva del partido llamaba a las masas a oponerse al régimen militar. Pero el Partido Demócrata Cristiano nunca necesitó mantener una resistencia diaria para subsistir como partido.

así reforzar su poder militante. En mayo de 1971... el MIR declaró que se debería dar primera prioridad a la penetración en la clase trabajadora organizada... entonces los cuadros políticos fueron destinados a otras tareas políticas... (1983, 204-7).

Por otra parte, el Partido Comunista, un partido de masas vigente desde 1912, y con una base histórica fuerte en la clase trabajadora organizada, veía las tomas de terreno como parte de un proceso más amplio de creación de una cultura política alternativa. Como Alejandro Portes dice, "las tomas y confrontaciones posteriores con el gobierno y propietarios [eran presentadas] como una lección práctica de la lucha de clases. La ayuda efectiva entregada por el partido en estas ocasiones no estaba encauzada ni a lograr un mero apoyo electoral, ni a lograr participación dentro del orden existente, sino a cambiar de manera drástica la ética que prevalecía dentro de estos grupos. Su objetivo era llevar a cabo una transformación de las necesidades básicas en un entendimiento claro de los orígenes estructurales de la pobreza, y de la necesidad de solidaridad de clase. (Portes 1976, 105; subrayado mío).²

La sobrevivencia del Partido Comunista fue consecuencia directa de su enfoque histórico en la creación de un ambiente capaz de conducir a la aparición de "intelectuales orgánicos" o militantes de base. El partido no solamente actuaba como vanguardia en las poblaciones que organizaba, sino que incorporaba a los dirigentes poblacionales en sus filas. Como Daniel Goldrich (1970, 197) comenta, "dirigentes que se han formado al calor de la experiencia, se convierten en caudillos de nuevas y más amplias organizaciones de los pobres. ... Al cabo de pocos meses surgen anuncios respecto a que tal cantidad de nuevos reclutas han ingresado a las Juventudes Comunistas en las poblaciones en toma. Estos nuevos militantes de base actuaban como puente entre la dirección del partido y las masas, dando forma tanto a las poblaciones como al partido mismo.

Entre 1983 y 1986, las poblaciones establecidas por el MIR sólo esporádicamente se movilizaron. Cuando su dirección política fue asesinada u obligada a permanecer en la clandestinidad durante el golpe de 1973, estas poblaciones quedaron sin una base política fuerte. Muchas de estas poblaciones fueron "erradicadas" y sus residentes relocalizados en otros lugares. Las otras quedaron sin organización política, y desconfiadas respecto a los militantes que vivían fuera de la población. Los militantes, a su vez, tendían a reflejar las prioridades y sectarismos de la dirección nacional política. Esta lucha política interna incidió en el alto costo de las protestas. Ni el MIR, ni los otros partidos de izquierda que dirigieron tomas de terrenos, habían construido en las poblaciones una base suficientemente fuerte como para regenerar la conducción política. Como consecuencia, el nivel de movilización en este tipo de asentamientos dependía de los cambios en el ambiente político nacional. Como un militante explica, "aquellos que organizaron originalmente los campamentos venían desde fuera de la población. Nunca crearon una base interna. Incluso ahora, los militantes políticos que organizan la población, no viven acá. Siguen las instrucciones de los dirigentes de sus partidos. Y ya que los partidos están divididos, los militantes que trabajan aquí no tienen nada que ver el uno con el otro".

Por otro lado, en aquellas poblaciones originalmente organizadas por el Partido Comunista, la relación orgánica entre el partido y sus bases significó que cuando los

2. Encuestas conducidas por Alejandro Portes (1969, 1976) y Daniel Goldrich (1970) dan evidencia sustancial de que los residentes de poblaciones comunistas (en comparación a los residentes de otras poblaciones) eran "claros en su apoyo a las medidas radicales", y que "este radicalismo aumentaba en forma proporcional al tiempo de resistencia en el sector". (Portes 1976, 107), sin importar si la población dominada por los comunistas se había originado de una toma de terrenos. Más aún, los residentes de poblaciones comunistas tendían a mantener un mayor "sentido de... y a percibir que algún grado de interdependencia promueve la solución de sus problemas" (Goldrich, 191-92), ello en comparación con los residentes de poblaciones nacidas de una toma de terrenos y no afiliadas a partidos.

dirigentes del partido fueron encarcelados o asesinados después del golpe militar, militantes de base con experiencia proporcionaron la ayuda necesaria para regenerar el partido. La solidaridad que hizo nacer en la población esta historia de lucha colectiva, ofreció a los militantes políticos un escudo de protección contra la represión militar. En los barrios tradicionalmente comunistas, la represión en realidad sirvió para reforzar la ideología política y elevar la solidaridad. Desde 1983 a 1987 estas poblaciones funcionaron como el centro del movimiento de resistencia, regenerando la dirección política y manteniendo una guía política durante los períodos de pérdida de confianza.

II. ENTREVISTAS

Los siguientes extractos son de una serie de entrevistas hechas en las poblaciones marginales y callampas de Santiago en 1986. Las poblaciones se eligieron como pares comparados, similares en los indicadores económicos, pero desiguales en el nivel de movilización social. Mi hipótesis era que la protesta sería más fuerte en aquellos lugares donde existía una relación orgánica fuerte entre los pobladores y los partidos políticos. Las entrevistas están agrupadas según el nivel de movilización social. Las poblaciones con bajo nivel de movilización social son aquellas en las cuales no se registran actividades de protesta entre 1983-1986. Las poblaciones esporádicamente movilizadas son aquellas con un alto nivel de protesta (medida por la cantidad de información de los diarios), pero con un rango limitado de actividad en los días de protesta nacional, y un bajo nivel de actividad política entre protestas. Poblaciones combativas son aquellas poblaciones que salen más a menudo en la prensa, y con la mayor cantidad de actividades de protesta en los días de protesta nacional. Estas poblaciones también mantuvieron un alto nivel de actividad política entre protestas nacionales, y los organizadores políticos de diferentes partidos las consideraban las más combativas. Estas tres categorías de movilización corresponden, en la práctica, a específicas relaciones partido/población. Las poblaciones de baja movilización eran aquellas que no tenían organización comunitaria o dirección partidaria. Las poblaciones de movilización esporádica eran aquellas que habían sido formadas por un partido político —en particular el MIR o el ala más a la izquierda del Partido Socialista—, para obtener apoyo inmediato, y en las cuales la dirección política era diferente a la base de masas. Las poblaciones combativas eran aquellas donde la dirección política continuaba siendo parte integrante de la población, y la formación de ésta era vista como parte de una *estrategia a largo plazo*, destinada a crear una ideología y cultura política alternativa.

En cada población entrevisté al párroco del sector, al encargado de la olla común, a miembros de comunidades cristianas de base, a personas involucradas en el trabajo de derechos humanos del sector, y a jóvenes activos en la organización de la población. Las siguientes entrevistas son extractos de un trabajo mucho más profundo. (Schneider 1989).

1. POBLACIONES DE BAJA MOVILIZACION

228

Era difícil hacer entrevistas en las poblaciones de baja movilización, ya que había pocas organizaciones o representantes de organizaciones con quienes hablar. La siguiente entrevista en La Pincoya, sin embargo, demuestra el contraste sorprendente en actitud entre los sectores de baja movilización y los combativos dentro de una misma población.

La Pincoya, ubicada en el sector norte de Santiago, es una de las poblaciones en extrema pobreza. La extensa población (cerca de 70 mil habitantes) está distribuida en catorce sectores. Algunos de ellos, como "Pablo Neruda", fueron establecidos por tomas de terrenos organizadas y dirigidas por el Partido Comunista en 1969. Otros sectores, como Villa Wolf, eran concesiones de tierra hechas por el gobierno demócratacristiano de Eduardo Frei.

Villa Wolf tiene apenas mil habitantes, y la tasa de desempleo sobrepasa el 65 por ciento. Carece de una buena organización y rara vez se moviliza. Las únicas organizaciones vecinales que han podido perdurar son las ollas comunes, y ello con gran dificultad. Según el encargado de la olla común, miembro de la Izquierda Cristiana,

[el problema] es la falta de recursos... los pobladores rechazan las ollas comunes, y no ayudan en su organización. Las otras villas dentro de La Pincoya reciben más ayuda de los pobladores. *En comparación con las otras villas, Villa Wolf tiene muy poco sentido comunitario, poca solidaridad y casi nada de movilización social o protestas.* Las ollas comunes han intentado funcionar como un medio de información para las mujeres y como una organización de salud primaria, pero son las mismas mujeres las que actúan en distintas instancias.

"Villa Molina originalmente fue establecida por los demócratacristianos, —observa otro residente—. Y ya que los demócratacristianos apoyaban el golpe, muchos de los dirigentes de la población aún están con Pinochet". La población carece de una identidad colectiva, y los partidos políticos que tratan de promover algún tipo de organización se encuentran extremadamente divididos entre ellos, explicaban los pobladores. La falta de redes comunitarias en la población deja a Villa Molina vulnerable a la infiltración de grupos vinculados al gobierno, como la Unión Demócrata Independiente (UDI). El gobierno puede detener y perseguir a los activistas poblacionales, y hacer pasivo al resto a través del temor. "La mayoría de las protestas —sostiene el organizador de la Izquierda Cristiana en Villa Wolf— han tenido lugar en aquellos sectores como 'Pablo Neruda', que es el resultado de una toma organizada por los comunistas".

"Pablo Neruda", ubicada sólo a unas cuadras al sur de Villa Wolf, es una población altamente movilizadora y activa. La solidaridad que en ella existe ofrece a los militantes un escudo de protección, como lo explica un joven organizador:

La solidaridad en la población es muy grande y eso beneficia a los pobladores en su lucha. Todos los que arrancan de los militares o carabineros en las protestas, encuentran una puerta abierta por donde escapar. ... "Pablo Neruda" nació del Partido. "Pablo Neruda" es puramente comunista.

La solidaridad en "Pablo Neruda", explica un joven militante comunista, nace de las memorias de luchas compartidas en la población. Estos recuerdos pasan de generación en generación, fortaleciendo la identidad colectiva de la población. Cultivar esta identidad colectiva es un elemento esencial en la lucha:

Nosotros estamos tratando de mantener en nuestra población un sentido de dignidad, orgullo e identificación como pobladores. Cada año celebramos el aniversario de la toma de terreno de nuestra población. Intentamos aumentar la conciencia de la población: "Nos tomamos esta tierra, nadie nos la dio". En una celebración reciente, por ejemplo, llegaron entre trescientas y quinientas personas, a pesar del estado de sitio.

La tarea más difícil, observa, es "mantener la confianza de la población". En 1983 las protestas fueron enormes, porque la población confiaba en que Pinochet iba a caer. En ocasiones a los dirigentes les era difícil controlar las explosiones espontáneas de ira en las masas. Sin embargo, después de la imposición del estado de sitio el 30 de octubre de 1984, se comenzó a perder confianza en las protestas, lo que llevó a buscar formas alternativas de lucha, "como, por ejemplo, la democratización de las Juntas de Vecinos. En otros casos, individuos que habían participado en protestas se plegaron a organizaciones paramilitares, como es el caso de las milicias".

Es difícil pedirle a la gente que continúe arriesgando su vida, cuando no están ganando terreno con sus esfuerzos. "Tratamos de desarrollar nuevas formas de rebeldía para recobrar la confianza en el movimiento —explica el joven militante comunista—, pero la lucha apunta siempre a las necesidades inmediatas de la población. Los logros de vanguardia no funcionan. Logramos más cosas cuando luchamos por soluciones a problemas más cotidianos".

Los militantes de la población Pablo Neruda dirigían sus esfuerzos a la reconstrucción de organizaciones y redes de comunicación en las bases. Recientemente se ha desarrollado un comité de coordinación para organizaciones de base en las poblaciones, explica un joven militante, y esto ha sido muy importante para fortalecer las redes de comunicación entre las poblaciones. "Tratamos de expandir la lucha. Es muy importante crear una organización de masas. *Si tú careces de organización, no puedes hacer nada*".

La diferencia entre Villa Wolf y la población Pablo Neruda ejemplifica tanto las dificultades que enfrentan las poblaciones pobres para organizar exitosamente la resistencia, como el rol de la solidaridad comunal en el enfrentamiento de esas dificultades. Ambos sectores de La Pincoya sufrieron similares niveles de pobreza. Sin embargo, los pobladores de Villa Wolf desconfiaban de los militantes políticos que intentaban organizar el sector. Como resultado de esto, las organizaciones vecinales contribuyeron muy poco a las luchas por la resistencia. En "Pablo Neruda", por otra parte, los tradicionalmente estrechos vínculos entre el Partido Comunista y los pobladores significaron que los militantes de base del partido contaran con el apoyo vecinal durante los riesgosos esfuerzos por levantar la movilización y organizar la resistencia.

2. POBLACIONES ESPORADICAMENTE COMBATIVAS

En este tipo de poblaciones, el triunfo de cualquier día de protesta o actividad específica dependía en gran medida del nivel general de actividades de protesta. Estas poblaciones, caracterizadas por las luchas políticas internas y el fraccionamiento, eran incapaces de mantener un nivel constante de resistencia, pero prácticamente explotaban cuando funcionaba la organización.

Lo Hermida

Lo Hermida, ubicado en el sector oriente de Santiago, es la más explosiva población de movilización esporádica o coyuntural. En días de protesta nacional, los jóvenes de Lo Hermida enfrentaban a los tanques y balas con nada más que piedras y barricadas. Pero Lo Hermida difiere de las poblaciones más combativas por su incapacidad de mantener dirección política y resistir al gobierno entre los días de protesta nacional. El talón de Aquiles de la población es su falta de militantes políticos de base.

Como La Pintana, Lo Hermida está conformada por varios sectores más pequeños. La parte sur de la población (sectores 1, 2, y 3), eran tomas de terrenos ilegales organizadas por el MIR. Los sectores del norte eran "sitios asignados" por el



1984

Fotografía de Claudio Pérez. De: *Separata de Páginas Abiertas*
(Santiago) 16 (1990), p. 22.

programa de vivienda demócratacristiano, la 'Operación Sitio'. Las diferencias entre los sectores norte y sur son impresionantes. Como un organizador de la Izquierda Cristiana explicaba:

El Sector 1, el sitio de la toma original, es aún el más organizado. La Iglesia y las comunidades cristianas son la piedra angular de la organización ahora. En 1983, este sector era el centro de las actividades y respondía más activamente al llamado a protesta.

El Sector 2 se centra en la parroquia Espíritu Santo, y también tiene un alto nivel de organización. Tiene dieciséis organizaciones con cerca de trescientos participantes.

Los Sectores 3 y 4 mantienen varias organizaciones vecinales, pero los pobladores tienen miedo y evitan involucrarse. Si no fuera por la iglesia, no habría ningún tipo de movilización en estos sectores. La iglesia da un espacio político, organiza ollas comunes y talleres, pero le responde a su congregación; si ésta no es política, tampoco lo es la iglesia. Cruz Sagrada, por ejemplo, es una iglesia que sólo recientemente ha llegado a ser "consecuente" (consciente de su rol político), aprendiendo de su congregación.

En el Sector 5, en los terrenos donados por la Democracia Cristiana, "no pasa nada".

Lo que caracteriza incluso a las poblaciones más combativas, es su incapacidad de generar una dirección poblacional suficiente. Durante la Unidad Popular, Lo Hermida era una población autogobernada por las bases, con un alto nivel de participación y organización, explica el dirigente.

Intelectuales del partido [MIR] vinieron de afuera de la población para organizar las ocupaciones. Yo era, en esa época, uno de los pocos miembros que realmente vivía en la población. . . . Dos días antes del golpe, los principales dirigentes del MIR dejaron la población y pasaron a la clandestinidad. Los dirigentes de Lo Hermida asumieron la defensa de la población y el costo que significaba. Un informante que estaba bien puesto dentro del MIR ayudó a la DINA a ubicar y ejecutar a todos los dirigentes de la población. Lo Hermida se convirtió en un mito. La vieja guardia, desilusionada y destruida, sólo quería esconderse en sus casas después del golpe.

En 1980 las organizaciones comenzaron a rearticularse, pero con gente nueva, en su mayoría jóvenes que salieron de las comunidades cristianas. La Iglesia llenó el vacío que dejaron los partidos políticos, pero la falta de una organización fuerte de partidos políticos significó que aun cuando se presentaban las oportunidades, las organizaciones carecían de visión para continuar más allá de la crisis inmediata. Como un organizador alegaba:

Esto fue uno de los fracasos más grandes de los partidos políticos, el no aprovechar para sí los nuevos espacios creados . . . la incapacidad de ir más allá de los problemas inmediatos, tales como las ollas comunes, y crear organizaciones de masas con proyectos políticos claros. Las ollas comunes juegan el terrible rol de manejar el hambre. Los pobladores son muy anti-partidos, temen ser utilizados por los partidos y, como resultado, carecen de dirección política. . . . La población carece de buenos dirigentes que tengan una visión clara para señalar qué trabajo es necesario.

Lo Hermida demuestra la importancia que tiene una población políticamente organizada. Mientras los sectores de terrenos tomados en Lo Hermida mantienen un alto nivel de movilización comparados con aquellos de sitios entregados, la falta de una fuerte base poblacional dejó incluso a los sectores más radicales sin conducción ni dirección después del golpe. De ahí que las protestas fueran más esporádicas y reprimidas más efectivamente que en las poblaciones estrechamente organizadas fundadas por el Partido Comunista.

La población Sara Gajardo está ubicada en el sector poniente de la comuna de Cerro Navia; fue originalmente fundada debido a una entrega de terrenos hecha a través de la 'Operación Sitio'. En 1967, los pobladores de una toma dirigida por el MIR fueron reubicados en "Sara Gajardo". Pero ninguno de los partidos estableció sólidas raíces en la población.

Existe una gran cantidad de delincuencia y drogadicción en la población, especialmente entre la juventud. En los días de protesta nacional, la rabia de muchos de estos jóvenes explota con violencia, manifestándose en pedradas e insultos dirigidos a los soldados, que con frecuencia llegan apoyados por tanques y helicópteros. Pero los miembros de más edad en esta población son en su mayoría pasivos, incluso aquellos que participaron en la Unidad Popular.

Para el director de un taller de arte, un joven de 21 años, "la profundidad de la participación en la población es de extrema importancia; si hay una historia de lucha y organización, el régimen puede decapitar a las organizaciones, pero éstas vuelven a levantarse". Sin embargo —explica otro dirigente poblador— mientras los jóvenes aquí han podido volver a levantar las Juntas de Vecinos eliminadas por el régimen, hay poca participación de los adultos en las diversas actividades de la población. Por lo tanto, tenemos que aprender todo por nuestra propia cuenta; recibimos muy poca instrucción".

El problema no es simplemente la falta de instrucción. La falta de solidaridad política aumenta el costo de la participación política. "Es más difícil organizar aquí en La Herminda" —afirma un joven activista—, porque los pobladores tienen miedo de participar". La división es el problema mayor —sostiene otro dirigente de 20 años—. La gente tiene miedo de involucrarse. Hay muchos *soplones*".

"El riesgo no está solamente en las calles —agrega otro joven militante—; nos atacan desde helicópteros. Aunque la represión está principalmente enfocada sobre La Herminda, 'Sara Gajardo' tiene una tasa más alta de muertes". "La Herminda está mejor defendida ya que recibe más respaldo de la población. Hay más militantes políticos, hay más comunistas", explicaba un joven mirista.

Pero en "Sara Gajardo", los comunistas no tienen mucha fuerza. Mucha gente desconfía de ellos, sintiendo que fueron utilizados por los partidos políticos en 1973. Según el párroco del sector,

hay un problema grande de las bases con los partidos políticos. Existe una tendencia por parte de los partidos políticos a intentar tomar el control. El Partido Comunista siempre está tratando de meterse y controlar las cosas. Reciben órdenes de afuera y no siempre toman en cuenta las necesidades reales de los pobladores. Existe bastante desilusión. La gente quiere crear su propio futuro y no dejar todo en manos del Comité Central. ... Los partidos no siempre son honestos y la gente los ve como utilitaristas. Quieren socialismo, transformar radicalmente la sociedad, pero los partidos no parecen ser apropiados para la tarea.

Como en otras poblaciones movilizadas esporádicamente, el nivel de movilización depende de condiciones externas. En el paro del 2 y 3 de julio de 1986, por ejemplo, la participación llegó hasta su punto máximo, afirmó el párroco.

La razón principal fue una buena campaña de difusión y propaganda, y un buen esfuerzo por parte de las organizaciones. Hablaron con padres, dueños de negocios, choferes de micro, sindicatos. La convocatoria era más amplia; incluía los sectores medios y los sindicatos. Crearon las condiciones para realizar algo concertado y masivo. La consigna de la asamblea era "todos juntos y al mismo tiempo". Los paros nacionales de marzo de 1984 y octubre de 1985, también fueron exitosos por razones similares a las

anteriormente señaladas. Si se da un gran movimiento de masas, y todos los partidos políticos están representados, podemos cerrar "Sara Gajardo" impidiendo el ingreso de las fuerzas represivas. Si no podemos cerrar la población, llevaremos todos nuestros recursos a Salvador Gutiérrez, la arteria principal de La Herminda. "Sara Gajardo" es tan combativa como cualquier sector de Pudahuel, pero la represión es extremadamente alta. Hemos tenido ocho muertos en protestas en la población desde 1984, desde un niño de 15 días hasta una abuelita de 84 años.

Mientras los pobladores de "Sara Gajardo" expresaban un alto nivel de frustración y militancia radical, la falta de una relación orgánica entre los partidos políticos y la población dejó tanto a los militantes como a los pobladores indefensos contra la represión militar.

Villa O'Higgins

Villa O'Higgins es una población extremadamente pobre, con niveles esporádicos de actividades de protesta. El día que hice esta entrevista, los militares habían ocupado Villa O'Higgins, anticipándose al paro general del 4 de septiembre. Soldados armados patrullaban las calles, haciendo imposible el paso de una casa a otra sin la ayuda de los vigías del barrio.

En una de las casas me recibió un niño de cinco años con una pistola de juguete. "Esto es para que no entren los soldados", dijo al verme. Pero no hubo protestas en Villa O'Higgins para el 4 de septiembre. La alta tasa de víctimas durante el 2 y 3 de julio, y la confusión en cuanto a la planificación del paro, habían logrado convencer a la gran mayoría de que el riesgo era demasiado alto.

Villa O'Higgins, como muchas otras poblaciones movilizadas, está dividida en sectores originados en entregas de terrenos aprobadas por la 'Operación Sitio' en 1968, y por sectores nacidos de las tomas de terreno dirigidas por el MIR en 1969. Estos últimos, pese a lo que se pudiera pensar, carecen de experiencia organizacional, ya que el terreno fue tomado en un periodo de apertura política, durante la campaña presidencial. Por lo tanto, señala un poblador, las organizaciones murieron apenas se solucionaron los problemas de vivienda.

Villa O'Higgins no tiene buena organización, y en ella los partidos políticos son débiles y están divididos. "La gente carece de conciencia política —alega un personero de Derechos Humanos—. Son seducidos por cualquier organización que entregue asistencia económica... aunque sean gubernamentales, como los centros de madres, que dan prevención dental y salud".

"Incluso la iglesia —explica otro personero de Derechos Humanos—, aunque tiene predisposición para ayudar, no es activa, porque no hay partidos políticos que soliciten su ayuda, como sucede en las poblaciones Nueva Cuba o Nueva Francia". (El párroco de Villa O'Higgins, por ejemplo, y el párroco de Nueva Cuba, llegaron con posiciones políticas similares, pero su nivel de actividad desde su llegada ha reflejado el de sus respectivas poblaciones).

La debilidad de los partidos políticos trajo consigo que las protestas en la población fueran improvisadas y fácilmente desalentadas. Como explicaba un integrante de un grupo cultural:

Aquí hubo muchas protestas en 1983, pero eran por lo general espontáneas y carecían de una organización para mantenerse o defender la población. Esto contrastaba totalmente con lo que pasaba en las poblaciones donde la defensa era más grande debido a la fuerza de los partidos políticos.

El nivel de movilización política en Villa O'Higgins, como en otras poblaciones movilizadas esporádicamente, depende de cambios que son externos a la población.

En 1985, por ejemplo, explicaba una trabajadora de Derechos Humanos, las protestas en Villa O'Higgins alcanzaron un bajo nivel debido a la falta de confianza.

Sin embargo, en 1986 aumentó la confianza, aparentemente por la organización de los partidos políticos y la claridad de sus nuevas estrategias. La huelga general del 2 y 3 de julio fue especialmente fuerte debido a la conducción unitaria que tuvo, a cargo de dirigentes de todos los partidos políticos que trabajaban en la población. La propaganda y organización comenzaron desde mucho antes, y hubo otros sectores, como la movilización de los médicos y otros profesionales. Pero ahora, en septiembre [esta entrevista se realizó en la parroquia del sector durante el paro nacional del 4 y 5 de septiembre], el problema es la falta de claridad, la incapacidad de los partidos para llegar a un acuerdo o tener un proyecto claro, la negativa de los demócratacristianos a involucrarse en el paro, el que los profesionales no participaran en ninguna acción, la carencia de cualquier tipo de movilización previa durante los dos meses anteriores, la falta de propaganda, la falta de confianza; a todo esto se suma la desilusión por el alto nivel de lesionados en el paro del 2 y 3 de julio, que en la Villa O'Higgins dejó 15 heridos de bala, 5 heridos por balines, 34 detenidos y un muerto.

"Hay bastante represión en la población —agregó—, porque la población es de importancia estratégica y hay muy poca organización aquí para defenderla". (Mientras conversábamos, los militares llegaron y comenzaron a disparar hacia las casas e iglesia, aunque no existía ningún tipo de protesta. Los disparos continuaron por cuatro horas sin interrupción).

3. EL FOCO DE LA RESISTENCIA: LAS POBLACIONES COMBATIVAS

Las poblaciones que emergieron como el centro del movimiento de resistencia en 1983 fueron aquellas formadas por el Partido Comunista. Los militantes políticos que actuaban en estas poblaciones vivían ahí mismo, mantenían una relación orgánica con los pobladores, y hacían bastante más que organizar protestas. Organizaban actos públicos para fortalecer los vínculos de la población y revivir las tradiciones culturales, y crearon nuevas formas de democracia a nivel de las bases.

La Victoria

La Victoria es una población pequeña, de no más de tres kilómetros cuadrados, con una población de 32 mil habitantes. Fue una de las primeras tomas de terreno en Chile. "La mayoría de nosotros éramos allegados —explicaba uno de los participantes de la toma—. El gobierno no tenía programas para los sin casa".

Empezamos a organizar la toma de terreno seis meses antes. Nos juntábamos clandestinamente en diferentes casas. ... El día de la toma los carabineros nos rodearon. Hubo quince muertos a raíz del frío y de las enfermedades. Sentíamos miedo al organizarnos. La solidaridad era increíble. ... Simplemente nos quedamos en el terreno hasta que el gobierno aceptó vendernos los derechos.

Pero la organización poblacional no terminó al lograr obtener los derechos de vivienda. "En cuanto recibimos los derechos del terreno, empezamos a organizarnos nuevamente", sostiene María, una representante de la Junta de Vecinos desde 1960 a 1964.

Nos organizamos para buscar ayuda de la municipalidad, y después de la corvi, para agua, alumbrado público, etc. El agua era un punto clave. No teníamos agua potable. Llevamos peticiones al Congreso y al Senado, pero había muy poca justicia. Continua-

mos organizando esfuerzos y nos ayudaron los estudiantes de la Universidad de Santiago, que en esa época se llamaba Universidad Técnica. La alcaldesa de la comuna vecina fue como una hermana para nosotros durante ese período. Formamos un "comando de la población" con comités por cuadra.

"Efectuamos elecciones con votación secreta —afirma otra de las participantes originales de la toma—. Ganó el Partido Comunista. El primer presidente de la población era comunista, y lo fue hasta 1968, cuando murió. Siempre teníamos elecciones por cuadra, y siempre ganaban los comunistas".

"Sólo después de tres años de lucha y organización logramos obtener derechos de agua en 1963", cuenta María. Los comunistas lideraban la lucha. Creamos una escuela de adobe para los niños, agrega otro miembro, con diecinueve piezas. Toda la gente de la población hizo su contribución.

Después comenzamos a organizarnos y luchar por conseguir un policlínico. No teníamos farmacias; solamente un médico, y una ambulancia donada por Alemania. ... Fue sólo a través de luchas que logramos ganar el trabajar ocho horas diarias. Todo lo que tenemos, lo ganamos luchando.

"Incluso la solidaridad y el activismo de nuestros párrocos del barrio fueron ganados por nuestra lucha —afirma María—. El primer párroco de la población no era progresista". Fue la población la que pidió un tipo diferente de Iglesia. "La primera iglesia de este sector, se preocupaba solamente de los ricos. El cura trataba de 'comprarse' y dividir a los pobladores, como un vendedor que vende pan. Lo echamos fuera en 1963. Había pan para todos o si no para nadie. ... Siempre trabajábamos por el bien de todos". Desde entonces, explica María, La Victoria siempre tuvo curas que trabajaban con los pobladores, "luchando con nosotros, nunca contra nosotros".

En 1973, los militares atacaron la población. La Victoria, junto con otras cuatro o cinco poblaciones, constituyeron la fuerza principal del movimiento de resistencia. A pesar de la falta de preparación o dirección central, los pobladores se enfrentaron solos contra los tanques, explicaba un periodista que vivía en La Victoria durante el golpe. "No había armamento, tampoco equipo médico para atender a los heridos; cualquiera que ayudara a un miembro de la resistencia, también lo mataban". La Victoria se defendió con sólo compromiso y solidaridad durante semanas de acoso militar, por mucho tiempo después de que el gobierno de la Unidad Popular fuera destruido. Según el mismo periodista, "a nivel de dirección, los partidos políticos estaban desorganizados. Pero en las bases de La Victoria no había divisiones; todos trabajábamos juntos".

Para 1974 la mayoría de los dirigentes estaban en campos de concentración o muertos. Aquellos que estaban vivos se retiraron de la política o huyeron de la población, para organizarse clandestinamente. Demoró diez años reconstruir las organizaciones poblacionales. "Empezamos con nada", explican. En 1977 restablecieron la primera organización, un grupo cultural y de Derechos Humanos. Para 1979 tenían funcionando organizaciones de subsistencia popular, bolsas de cesantes, talleres laborales y culturales, etc. Estas organizaciones permitieron que los pobladores se reagruparan, compartieran injusticias, expresaran su descontento. Era difícil para el gobierno reprimir a estos grupos, ya que cumplían una función. Ellos permitieron que muchos pobladores sobrevivieran durante la implementación del modelo económico. Pero también permitieron que los pobladores atomizados se volvieran a organizar.

"Ahora —me contó uno de los miembros del club de los de la tercera edad—, estamos más organizados que en 1983, a pesar de la represión. Tenemos una organización para cada cuadra, como en Nicaragua". La Victoria se precia de tener treinta organizaciones sociales, además de las organizaciones por cuadra. Cada cuadra elige

sus delegados, y los delegados elegidos, junto con las organizaciones sociales, eligen al presidente del "Comando Nacional" de La Victoria.

Según el director de la Metropolitana de Pobladores, "en La Victoria muchos de los actores importantes en el movimiento sindical y en los cordones adoptaron una posición crítica respecto a la estructura y organización del movimiento de protesta de los ochenta". Aunque son los jóvenes los que participan más activamente, las protestas son más directas, y forman parte de una estrategia mayor de resistencia. La identidad colectiva y la experiencia de organización de La Victoria ayudan a proteger a los partidos clandestinos de la infiltración militar.

Cuando La Victoria celebró el aniversario de la toma de terreno de la cual nació, con diez días de festividades, ceremonias tradicionales, conciertos y danzas, más de dos mil personas asistieron a la ceremonia de clausura.

Herminda de la Victoria

Herminda de la Victoria, como muchas de las poblaciones combativas, nació de una toma de terreno organizada por el Comité de los Sin Casa del Partido Comunista, y tiene como particularidad ser la primera toma desarrollada en Pudahuel (lo que fue entonces Barrancas y ahora Cerro Navia). También fue la primera población, bajo el dominio autoritario, en obtener el reconocimiento oficial para una Junta de Vecinos democráticamente elegida por los pobladores. En realidad el proceso de democratización estuvo íntimamente ligado al acuerdo a que se llegó durante la toma original.

Como explicaba uno de los miembros de la primera Junta de Vecinos democráticamente elegida (un militante de Izquierda Cristiana), la ocupación de Herminda de la Victoria en 1967 se encontró con una fuerte represión militar. Treinta personas murieron durante los nueve meses de lucha, incluso una niña, en cuyo homenaje se bautizó a la población. Finalmente se llegó a un acuerdo con el gobierno. Los ocupantes fueron trasladados a un sector vacante, y se les vendieron los derechos de terreno.

Los pobladores recibieron 45 hectáreas para 1.464 familias, y firmaron un contrato por el que se comprometían a pagar a plazos. En tres años se les entregaría a los nuevos habitantes las escrituras de sus casas. La Corporación de la Vivienda (CORVI) les proporcionaría agua y los servicios de sanidad.

En 1973 la población fue golpeada duramente; la mayoría de los dirigentes políticos fueron asesinados, y todas las organizaciones decapitadas. El gobierno simplemente ignoró el contrato que daba a los pobladores de Herminda de la Victoria las escrituras de sus casas.

En 1979, Juan Araya, el ex presidente del comité de los Sin Casa, y la Metropolitana de Pobladores (la organización coordinadora de las poblaciones, vinculada al Partido Comunista) iniciaron una serie de reuniones en la población. AVEC (Acción Vecinal Comunitaria), organización ligada a la Iglesia, también participaba. La idea no era sólo reclamar por los derechos de vivienda, sino también por los derechos en general, lo que implicaba informarse de lo estipulado por la ley.

Estas reuniones se convirtieron en la base del Comité de Pobladores, que dirigió la lucha para reclamar los derechos garantizados en el contrato original de vivienda. "Nos afirmamos en una cláusula del contrato que garantizaba que todos los acuerdos previos a 1976 serían respetados", declara un miembro del comité.

El gobierno respondió con amenazas. Los pobladores se comenzaron a juntar para protegerse. Tuvieron reuniones con abogados. La primera semana llegaron cuarenta, la segunda doscientos, la tercera asistieron quinientos. Posteriormente, no hubo más reuniones. Nos juntamos afuera de la Junta de Vecinos oficial para denunciarlos. Respondieron con represión extrema, tratando de eliminar el Comité de Pobladores.

La DINA [Dirección de Inteligencia Nacional] amenazó a los dirigentes con detenerlos e incluso con matarlos.

Sin embargo, teníamos las ideas muy claras, y simplemente continuamos. La prensa oficialista lanzó una campaña en nuestra contra. La DINA inició una investigación la que continuó con amenazas. Los carabineros rodearon la iglesia y la comunidad cristiana. Pero la comunidad respondió masivamente y continuó juntándose todos los domingos. Si los carabineros o la DINA intentaba detener a uno de nosotros, el resto de la población respondía, se les hacía imposible arrestar o desaparecer a ninguno de nosotros.

Finalmente, en abril de 1980, el gobierno desistió. Al 95 por ciento de los pobladores de Herminda de la Victoria se les entregó la escritura de su casa. La Junta de Vecinos oficialista renunció con vergüenza. La municipalidad se vio obligada a realizar elecciones libres. "Noventa y cinco por ciento de la población votó por nosotros", cuenta Pablo, un integrante de la junta democrática. A través de la participación y la solidaridad, la población fue capaz de resistir la represión del régimen y rescatar su derecho de vivienda.

Y su actividad política no cesó una vez que las demandas de vivienda habían sido satisfechas. También exigieron el reconocimiento de su Junta de Vecinos democráticamente elegida. Se convirtieron en la primera población de Santiago en restablecer el autogobierno democrático. Como explica Pablo:

Pedro fue elegido presidente. El y yo éramos los únicos no comunistas. Fuimos elegidos en junio de 1980. El 25 de diciembre de 1980, organizamos una fiesta de Navidad para celebrar nuestra victoria. Participaron 2.500 niños, y todos los pobladores contribuyeron con algo.

El 16 de marzo celebramos nuestro aniversario. Todos participaron. Invitamos a la gente a bailar en las calles y a desfilas.

Los dirigentes políticos, sin embargo, no fueron capaces de mantener la relación con la población que había hecho posible la victoria. El gobierno se aprovechó de esta debilidad, poniendo a la Junta de Vecinos en contra de los militantes políticos, al darle la responsabilidad de mantener el orden en días de protesta. La disponibilidad de la Junta para asumir este rol, y su incapacidad de mantener una relación orgánica con las bases, llevó al fracaso a la primera Junta de Vecinos elegida democráticamente bajo dominio autoritario. Como explicaba un ex integrante de ella:

Nuestros problemas se iniciaron cuando nos obligaron a usar la oficina de la Junta de Vecinos oficial. De esta manera pasamos a depender de la Municipalidad, perdiendo así el contacto con los pobladores. Se nos exigió estar a cargo de los trabajadores del Programa de Empleo Mínimo. Se nos dio la responsabilidad de mantener el orden durante las protestas, criticando actos de vandalismo. Esto dividió mucho a la población. Finalmente, un grupo de antiguos dirigentes del Partido Comunista argumentaron que habíamos finalizado nuestra misión, que ya era tiempo de llamar a elecciones para una nueva Junta de Vecinos.

"Esta nueva junta —explicó un dirigente político joven— carecía de conocimientos legales y de un proyecto claro o análisis de situaciones futuras". "Se comenzaron a dividir entre ellos —afirma Pablo—. Finalmente tuvieron que renunciar, y el gobierno designó su propia Junta de Vecinos, y todo lo que habíamos hecho se perdió. Otras poblaciones aprendieron de nuestros errores. En estas poblaciones las juntas democráticas están funcionando bien, porque tienen claro lo que quieren llevar a cabo. Aquí, los comunistas querían simplemente dominar la Junta".

El fracaso de Herminda de la Victoria acentúa así la importancia de la interacción continua entre los militantes partidarios y los pobladores. Cuando los primeros

se centraban en ejercer control sobre una organización en vez de responder flexiblemente a "las presiones desde abajo", se producía una grieta entre el partido y sus bases sociales; los militantes políticos quedaban entonces sumidos en un vacío. En tanto la primera fase de la lucha estuvo orientada por las necesidades de la población, el logro de esas demandas hizo que la Junta de Vecinos perdiera contacto con la población. La segunda Junta de Vecinos fue peor. El Partido Comunista intentó controlarla, pero sabía muy poco del rol que debía jugar esa instancia. En la población Yungay, en cambio, la habilidad de la Junta de Vecinos en cuanto a mantener una relación orgánica con la población le permitió sobrevivir, incluso a la intensa represión lanzada contra la población durante y después del estado de sitio de 1986.

Yungay

Yungay es una población pequeña de 14 mil habitantes, cuyas calles llevan los nombres de los hombres más destacados o emblemáticos de la Unidad Popular, como Salvador Allende y Víctor Jara. Esta población no era tan sólo una de las más combativas, sino que ya en 1986 poseía una Junta de Vecinos democráticamente elegida y funcionando en su totalidad. Es también una de las pocas poblaciones combativas cuyo origen no fue una toma de terreno. Fue organizada legalmente por el Partido Comunista durante el gobierno de Allende. Por lo tanto, Yungay ofrece un caso ideal para el análisis: es una población cuya identidad colectiva surgió de una relación orgánica con el Partido Comunista, más que como una experiencia visceral de toma.

El párroco de la población, un especialista de renombre mundial en el desarrollo de la "Iglesia del pueblo", sostiene que en Yungay la madurez de los partidos políticos y sus raíces profundas en la población les permiten trabajar en conjunto con la Iglesia tras un objetivo común. En poblaciones sin una larga tradición de organización, tanto los partidos políticos como la Iglesia tienden a actuar y dirigir desde afuera, cayendo en dogmatismos y rigideces. En Yungay,

hay más madurez, tanto en los partidos políticos como en la comunidad cristiana; hay más participación de las bases en ambos lados; por lo tanto, hay más pobladores integrados simultáneamente a las dos organizaciones, y más vínculos entre los miembros de ambas.

Los integrantes de la primera Junta de Vecinos democrática también subrayan el rol esencial jugado por la solidaridad política en la reconstrucción de la democracia a nivel local. Desde 1975 a 1984, por ejemplo, el alcalde fue designado por la junta militar, que también nombró a la junta vecinal. Los pobladores, sin embargo, querían elegir a sus propios representantes, y así en 1979 tuvieron una serie de reuniones con abogados, con el fin de conseguir autorización legal para tener una Junta de Vecinos elegida. Ya en 1984 habían creado, a través de una serie de reuniones por cuadra, un cuerpo de representantes de cada sector de la población. Los representantes de cuadra eligieron doce delegados para formar la nueva Junta de Vecinos democrática. "La población entera participó en la selección —explica el presidente de la Junta de Vecinos—. Luego desafiamos la legitimidad de la Junta de Vecinos oficialista, y nos embarcamos en un plan de acción. A medida que comenzamos a producir ideas, despertamos a la población. Iniciamos la gestión con mucho ímpetu. Primero creamos una sede y pedimos un teléfono a la municipalidad; les dijimos que los llevaríamos a juicio si no satisfacían nuestra petición. Para evitarlo, debían ir con nosotros a una notaría y firmar los papeles que nos daban el derecho a un teléfono. Aceptaron, ante lo cual redactamos una declaración pública y un contrato que establecía el compromi-

so de la instalación de un teléfono. Ahora, la comunidad tiene acceso directo desde las 8 de la mañana a las 12 de la noche, para ocupar el teléfono".

La Junta de Vecinos democrática usó el dinero recolectado a través de la tarifa telefónica, para comprar una ambulancia para la población (cobraban 20 pesos por llamada, lo normal en Chile en ese tiempo). En marzo era la única población en el sector que tenía teléfono, y en diciembre se convirtió en la única con ambulancia.

"Los vecinos comenzaron a tener más confianza en nosotros —observa el presidente de la Junta de Vecinos—. Se comenzaron a involucrar más en el proceso, trabajaron más. Con unidad y democracia, todos los sectores de la población participaron".

Luego la Junta de Vecinos abrió una biblioteca, la primera en el sector; la llamaron 'Biblioteca Pablo Neruda'. "Todo esto lo hicimos solos", afirma orgullosamente el presidente de la Junta.

No recibimos ayuda de nadie fuera de la población, ni económica ni material. Después, comenzamos a construir veredas. Nunca habíamos tenido veredas, y ahora hicimos cinco mil metros. Los vecinos colocaron el cemento y la municipalidad proporcionó el resto de los materiales. Dijeron que nos los habían dado, pero en realidad no fue así. Los materiales se compraron con la plata que ellos sacaban de la misma población. Ellos tienen que proporcionar estas cosas con fondos municipales.

Pero los éxitos de Yungay no eran solamente materiales. Con cada lucha exitosa, los pobladores se hacían más audaces: desarrollaron más confianza en ellos mismos y una concepción más amplia de sus derechos como ciudadanos. Como observa el presidente de la nueva Junta de Vecinos democrática:

Le dijimos al alcalde que nosotros compramos la población. Iniciamos la construcción, y nos robaron. La municipalidad ha sido cómplice en esto. Nosotros pagamos una vivienda urbanizada totalmente y no hemos recibido nada de eso. Solíamos pensar que hay que dar algo para recibir algo de la municipalidad. Ahora exigimos aquello que nos corresponde como ciudadanos de este país. Exigimos lo que es legalmente nuestro, exigimos nuestros derechos.

La solidaridad poblacional permitió a la Junta de Vecinos desafiar la legitimidad de los representantes designados por el gobierno. Ello trajo como consecuencia que la población reafirmara su voluntad democrática, explica el presidente de la Junta de Vecinos:

Cuando exigimos estas cosas, la otra Junta de Vecinos no se pronuncia, por miedo de que el alcalde simplemente los despidan. Por otro lado, nosotros tenemos la población de nuestro lado. No nos puede echar, él no nos contrató. Cuando trata de hacerlo, la población dice no. La unidad surge de la base democrática. Siempre ha existido una gran solidaridad en la población, y un gran deseo de lucha contra el régimen. Sufrimos mucho. Sin embargo, nunca tuvimos el nivel de participación que tenemos ahora. Hoy en día existe más comprensión, más unidad, más solidaridad.

Algunas veces usamos la ley para presionar, pero generalmente usamos a la gente misma de la población para que presione. Cada semana tenemos una reunión en cada sector; siempre estamos en reuniones. El nivel de participación es superior al de La Victoria [otra población combativa ubicada en San Miguel]. Trabajamos respetando la democracia en las bases.

Otro integrante de la junta agrega: "Aquí los partidos políticos trabajan desde las bases, no como en Estados Unidos, donde los partidos manejan las cosas desde arriba. Aquí tenemos la capacidad para organizarnos y resistir; pueden reprimirnos y asesinarlos como individuos, pero las organizaciones sobreviven y la resistencia

vuelve a surgir. Aquí tenemos una historia de combatividad, desde las luchas en las salitreras a comienzos de siglo".

"La gente apoya a la Junta de Vecinos con sus propios fondos; todos contribuyen con algo, incluso cuando no tienen suficiente para comer", me contó un integrante del grupo de apoyo a la escuela secundaria. "El alcalde ha creado su propia junta vecinal, con plata del gobierno, pero nosotros la ignoramos".

Así, hay en Yungay una historia de militancia consecuente y de solidaridad política que, junto con la constante integración de militantes políticos a las bases, han permitido que la población no sólo mantenga un alto nivel de resistencia frente al régimen, sino también restablecer la democracia a nivel local.

III. CONCLUSIONES

En todas las poblaciones menos combativas, los partidos políticos y los militantes eran mirados con desconfianza. Los militantes que trabajaban en estas poblaciones usualmente vivían en sectores de clase media, y eso hacía que los pobladores los consideraran oportunistas que explotaban el sufrimiento de los pobladores para sus propósitos sectarios. Los militantes, a la vez, frecuentemente respondían con una rigidez y dogmatismo que no se encontraban entre los militantes políticos en las poblaciones más combativas. Esta tensión entre los militantes políticos y los pobladores resultaba en un estancamiento político. Los residentes de estas poblaciones a menudo expresaban una frustración profunda y un gran enojo, pero carecían de la dirección y organización necesarias para actuar sobre esas frustraciones. Incluso en Lo Hermida, una población históricamente más combativa, la militancia radical de los pobladores fue mitigada por la debilidad de las organizaciones políticas. La situación era muy similar a la de "Sara Gajardo", donde los pobladores observaban que la represión dirigida contra Herminda de la Victoria tuvo como resultado más víctimas en su propia población. Sólo cuando una coalición no partidaria, de centro, como la Asamblea de la Civilidad, lideró los llamados de protesta, estas poblaciones se movilizaron.

Las únicas poblaciones que estaban altamente movilizadas en 1986 eran aquellas que habían sido creadas por el Partido Comunista. Sin embargo, esto no era simplemente un signo del esfuerzo y perseverancia de ese conglomerado. En los barrios donde el Partido Comunista no tenía bases históricas, o donde obedecía a prioridades impuestas desde fuera de la población, desconfiaban de ellos y sus esfuerzos por organizar la resistencia fracasaban.

El Partido Comunista y la resistencia sobrevivieron en las poblaciones marginales tradicionalmente comunistas, ya que el trabajo del partido en la cultura popular, antes de 1973, había creado una generación hábil de militantes de base, capaz de mantener el apoyo de la población. En todas aquellas poblaciones originalmente formadas por el Partido Comunista, los militantes de base constituían una parte importante de la estructura social. Pero el éxito o alcance de las acciones de protesta no estaban determinadas por los militantes considerados individualmente. Muchas veces fueron asesinados o detenidos, y entonces los reemplazaban otros jóvenes, herederos de la misma tradición. (Incluso los párrocos de esas poblaciones marginales llegaban a tener un rol más activo, porque los pobladores exigían el compromiso político de sus sacerdotes). Lo importante era hasta qué punto la solidaridad poblacional y una visión política compartida habían hecho a todos sus integrantes potenciales militantes.

Esto no significa que el Partido Comunista fuera el único partido activo en Chile durante la resistencia de 1983-1986, o incluso en las mismas poblaciones. Primero, en general los militantes de base eran más activos en las que tradicionalmente habían sido

poblaciones comunistas, que en las poblaciones donde los militantes políticos eran vistos con recelo. Como Hugo Flores, presidente de Solidaridad, dice, las organizaciones populares demócratacristianas también funcionaban mejor en las poblaciones más combativas, donde podían contar con el apoyo poblacional. "Incluso los párrocos participaban en La Victoria ... ya que los pobladores son más conscientes de su rol en la lucha. ... La Legua, tanto como ... Cerro Navia ... La Pintana".

En segundo lugar, sólo una minoría de pobladores eran activos y estaban organizados entre 1983-1986. Como Guillermo Campero afirma, "a lo mejor el 10 o 20 por ciento de los pobladores estaban organizados. Aquellos que no están organizados tienden a apoyar a los demócratacristianos; aquellos que sí lo están, tienden a apoyar a los comunistas". (Entrevistas en Santiago, enero 1987). En realidad, el mal diagnóstico del Partido Comunista el año 1986, al señalarlo como el año decisivo, se debió precisamente a su incapacidad para distinguir entre la población activista y el mucho más común poblador cauteloso y pasivo.

Entonces, en su mejor momento, el Partido Comunista funcionaba como una fuente de cultura y dirección política, que recogía la esencia de la experiencia y creatividad de la clase trabajadora. Fue esta cualidad la que permitió que las poblaciones tradicionalmente comunistas asumieran la vanguardia de la resistencia. En su peor momento, el Partido Comunista intentó hegemonizar sobre el movimiento, perdiendo el contacto con las bases en el proceso. Vemos claramente esta tensión en la diferencia entre el éxito de la Junta de Vecinos de la población Yungay, y el fracaso de una Junta similar en Herminda de la Victoria; el fracaso de la última es consecuencia directa del intento del Partido Comunista por ejercer el control hegemónico. Como dice un organizador comunista, "estábamos tan preocupados de controlar las organizaciones sociales, que no nos dimos cuenta de que una vez logrado ese objetivo, los otros partidos las abandonaban, aislándonos de las masas".

En realidad, la habilidad de los partidos políticos para sobrevivir al gobierno autoritario y mantener oposición a pesar de la intensa represión, era consecuencia de la cultura popular que habían generado durante los años *previos* al golpe, más que de las estrategias políticas seguidas por la dirección nacional después de 1983. Fue la fuerza de esta cultura popular la que permitió, incluso a los partidos políticos más reprimidos, regenerar su dirección política y organizarse localmente después de que su dirección política tradicional fuera ejecutada. Sin embargo, ¿qué pasará con los militantes de base y organizaciones populares ahora que los partidos han vuelto a la vanguardia? ¿Se volverán obsoletos por el regreso a la política tradicional?

Hay varias respuestas a esta pregunta. La apertura democrática creada por el plebiscito de 1988 y la campaña electoral, alentó un florecimiento de las actividades políticas de base. Las poblaciones tradicionalmente comunistas no han estado solas en esto. La cualidad específica de estas poblaciones, que permitió a organizadores y activistas políticos sobrevivir durante los períodos de represión ha permitido a los organizadores y militantes más tímidos hacer una campaña abierta para sus partidos.

Pero la vitalidad de la nueva democracia aún dependerá de la habilidad de los partidos para canalizar las energías de los militantes de base hacia una profundización del proceso democrático. Si las organizaciones de base son desmovilizadas y sus militantes excluidos de la participación política, la consiguiente alienación de este sector debilitará las fuerzas democráticas. Si, por otro lado, la descentralización del poder político y la redemocratización de los gobiernos locales y municipales garantizan un espacio político para la participación popular, la nueva democracia puede verse fortalecida por el apoyo de las bases. Los mismos militantes que permitieron que los partidos políticos y la resistencia sobrevivieran al dominio autoritario, asegurarán que los partidos políticos se comprometan con las necesidades de los pobladores.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

ARRIAGADA, GENARO

1988 *Pinochet: The Politics of Power*. Boston: Unwin Hyman.

BURBACH, ROGER

1989 "Chile: A Requiem for the Left?" Berkeley: Strategic perspectives. Center for South American Studies (CENSA). En prensa.

CASTELLS, MANUEL

1983 *The City and the Grassroots*. Berkeley: University of California Press.

CETRA/CEAL

1983 "Tercera y Cuarta Protestas". *Páginas Sindicales* (Santiago) 6, no. 57.

ELLMAN, STEVE

1989 "The Latin American Left since Allende: Perspectives and New Directions". *Latin American Research Review* (LARR) 24, no. 2.

EVERS, TILMAN

1985 "Identity, The Hidden Side of New Social Movements in Latin America". En: David Slater, ed., *New Social Movements and the State in Latin America*. Dordrecht, The Netherlands: FORIS Publications.

GOLDRICH, DANIEL

1970 "Political Organization and the Politicization of the Poblador". *Comparative Politics*, julio.

LEIVA, FERNANDO IGNACIO & JAMES PETRAS

1986 "Chile's Poor in the Struggle for Democracy". *Latin American Perspectives*, Issue 51, Vol. 13, no. 4.

MARAVALL, JOSÉ

1978 *Dictatorship and Political Dissent*. London: Tavistock.

PORTES, ALEJANDRO & JOHN WALTON

1976 *Urban Latin America*. Austin: University of Texas.

PORTES, ALEJANDRO

1969 "Cuatro Poblaciones: Informe preliminar sobre situación y aspiraciones de Grupos Marginados en el gran Santiago". Santiago: Programa de Sociología del Desarrollo de la Universidad de Wisconsin, Estudio en Areas Marginadas de Santiago de Chile. 1968-1969.

SCHNEIDER, CATHY

1989 "The Mobilization at the Grassroots: Shantytowns and Resistance in Authoritarian Chile". Ithaca: Cornell University, Ph.D. dissertation.

TIRONI, EUGENIO

1987 "Pobladores e integración social", *Proposiciones* 14 (agosto): *Marginalidad, movimientos sociales y democracia*. Santiago: SUR.

UNIVERSIDAD DE CHILE

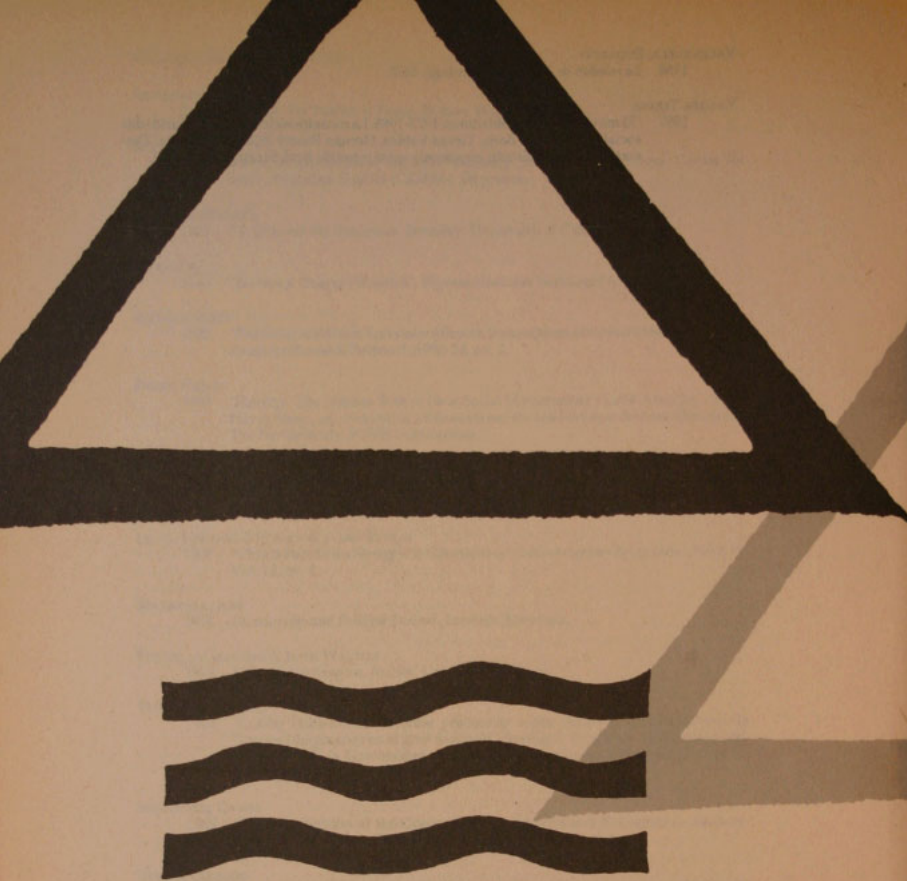
1986 *Encuestas de empleo y desempleo (1970-1985)*. Santiago: Universidad de Chile, Departamento de Economía (copia personal).

VALENZUELA, EDUARDO

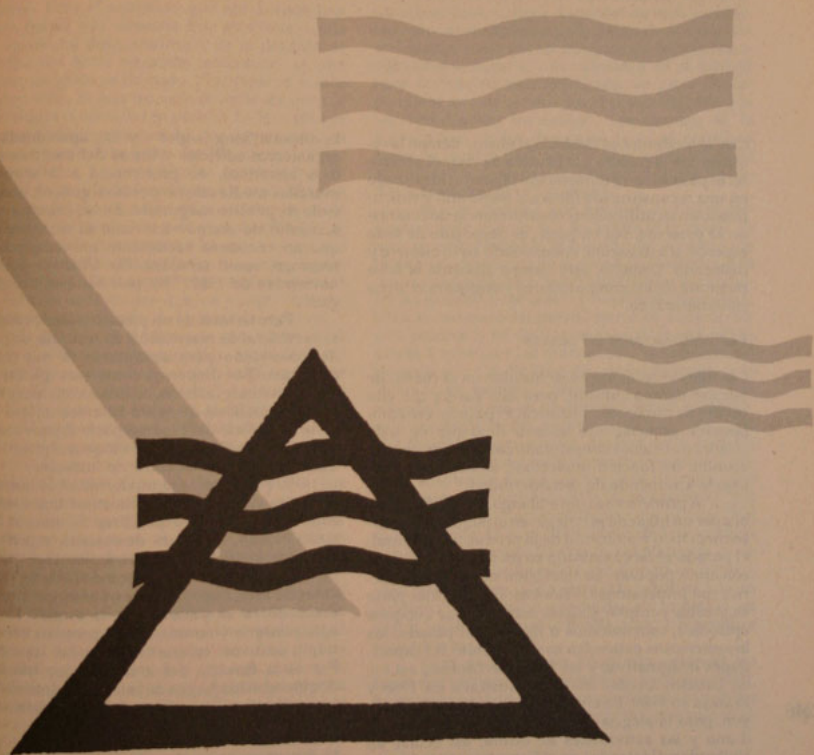
1984 *La rebelión de los jóvenes*. Santiago: SUR.

VALDÉS, TERESA

1987 "El movimiento de pobladores: 1973-1985. La recomposición de las solidaridades sociales". En: Jordi Borja, Teresa Valdés, Hernán Pozo y Eduardo Morales, *Descentralización del Estado: movimiento social y gestión local*. Santiago: FLACSO.



Reflexión histórica



el intelecto en acción

Con la modernidad cambian al mismo tiempo la relación con el pasado y la manera de vivir el presente. El pasado se ve doblemente falseado: idealizado en una reconstitución fáctica y mercantil, y ridiculizado en su utilización como referencia de contraste. El presente, por su parte, es despojado de todo espesor, sin duración, comprimido en lo efímero y dislocado. Disuelto, este tiempo alimenta la falsa memoria de los computadores y engendra el *stress* contemporáneo.

Las falsificaciones del pasado

Las nuevas tecnologías se instalan en el centro de nuestro campo cultural, pero éste parece con ello perder su dimensión histórica. El pasado, ese componente esencial, ese asiento fundante de toda cultura o al menos considerado como tal, cambia de sentido, de función intelectual, de estatus social, bajo la arremetida de la modernidad.

A primera vista, sin embargo, el pasado parece ocupar un lugar de privilegio en el pequeño universo mediático y mercantil de la producción cultural; el pasado se ha convertido en un material de vasto consumo popular. La televisión multiplica las series con pretensiones históricas. En cualquier parte es posible comprar *gadgets-souvenirs* que evoquen episodios, movimientos o figuras del pasado; los bicentenarios extienden casi al infinito las capacidades imaginativas y las vetas mercantiles: así fue en Estados Unidos en 1976, Australia en 1988 y Francia en 1989. En ciudades ficticias se reconstruyen, para la alegría de los turistas, el cuadro cotidiano y las actividades de otrora; así ocurre en Vollandam (Holanda), en el Berry francés Aubigny, Williamsburg en Carolina del Norte. La palma de oro en este género es atribuida a una ciudadela de

la dinastía Song (siglos x y xii), aprisionada entre gigantescos edificios y líneas del metro en episodios históricos, de preferencia a la sombra de murallas medievales o portales góticos, tienen un éxito de público asegurado. En las subastas no hay accesorio de cocina victoriano ni wc edwardiano que no encuentre fácilmente un comprador. En resumen, como señalaba *The Observer* del 10 de noviembre de 1985, "*the past has won*", el pasado ganó.

Pero se trata de un pasado tratado como prótesis cultural de rearmado y de reciclaje, un pasado des-construido para apropiarse de sus pedazos dispersos. Tan dispersos como esas iglesias españolas, pirámides aztecas, casonas coloniales y bancos proto-capitalistas de estilo helenizante que flotan en la superficie del hiper-espacio desestructurado de Ciudad de México como bloques erráticos arrastrados allí por un monstruoso huracán.

El presente de la modernidad es demasiado pobre en sí mismo para alimentar una verdadera cultura y permitirle expandirse. Se renueva demasiado rápido, de modo demasiado superficial, a través de obras demasiado frágiles. Hay que darle un "*supplément d'âme*", así como al *chic* de Viena de antes de 1914, cuyos pintores, pensadores, poetas y decoradores se pusieron "a la moda". Hay que administrarles vitaminas a este presente anémico y frágil; aditivos, colorantes de todas las especies. Esa es la función del arcaísmo que triunfa por doquier con los juegos de salón pseudomedievales, los accesorios para decorar la casa familiar, los

* Este artículo agrupa algunas reflexiones sobre el tiempo, el pasado y la historia, extraídas de varios capítulos del libro *Modernité-Monde* (París, 1989), que aparecerá también en inglés en el curso de 1990, en Londres, con el título de *Brave Modern World*.

emblemas pseudogóticos de las pequeñas ciudades francesas, de la publicidad, por supuesto, que abunda en caballeros sudistas y nobles españoles del Siglo de Oro. Es cierto que la aficción de arcaísmo es tan antigua como la propia sociedad burguesa. El siglo XVIII que terminaba se quería continuador de Roma antigua, el neogótico victoriano servía para apaciguar los traumatismos de la revolución industrial. Pero el arcaísmo que nos invade hoy expresa quizás una angustia más profunda; habla de la inquietud desgarradora y de la pérdida de identidad del *homo mondialis modernicus*; es una protesta, un grito, un llamado. El anticuario le saca partido a todo, al más mínimo desecho de fierro y al más modesto utensilio en desuso. En los caminos estrechos de Tasmania y en los campos suecos, los visitantes hacen fila para visitar innumerables granjas, talleres, faros y escuelas donde el cuadro cotidiano de la vida de antaño es reconstituido. Esa es la fuerza de atracción de este pasado-evasión, de este pasado-consuelo, de este pasado-refugio. Se recurre al pasado para intentar llenar el vacío existencial de la modernidad. Un vacío que no logran hacer olvidar las innumerables prótesis y aparatos cada vez más sofisticados que las nuevas tecnologías ponen a disposición de la creación cultural.

¿Qué es lo que finalmente van a buscar las decenas de miles de visitantes chinos que cada domingo abandonan sus barrios banalizados en buses repletos de gente para deambular plácidamente por las calles, puentes, palacios, parques y templos del Gu Gong, la antigua Ciudad Prohibida de los emperadores de antaño? ¿Acaso van a saborear inconscientemente una revancha histórica contra la opresión milenaria? ¿O bien no los mueve otra cosa que una ingenua curiosidad por ese pasado desaparecido para siempre? ¿O se trata simplemente de que se encuentran "en su casa", en la China profunda cuya sustancia disuelve la modernidad con la rapidez del ácido?

El pasado se ha transformado también en un campo de valorización colectiva, la afirmación de una identidad específica frente a un mundo que se uniformiza. Los nuevos Estados de África y Asia han dotado generosamente a sus ministerios de patrimonio, y esto no sólo para drenar las divisas de los turistas. Los delegados del Tercer Mundo en las Naciones Unidas, que hace treinta años buscaban parecerse a los diplomáticos y hombres de negocios de Occidente, hoy día prefieren las industrias tradicionales de Arabia, África negra o Polinesia.

El pasado es además un pasado-contraste,

una referencia de autojustificación que necesita el presente. Se exhibe profusamente —particularmente a los jóvenes y niños— todo lo que el pasado tenía de precario, sórdido e implacable para la vida y el trabajo humano, a la manera del chantajista que muestra cartas comprometedoras. Cuando los intelectuales del Tercer Mundo son obligados a alinearse "al nivel" de las grandes universidades americanas o europeas, so pena de perder de vista completamente las verdaderas prioridades de sus propias sociedades, o cuando los campesinos franceses son obligados a entrar a toda velocidad en el modelo agro-alimenticio industrializado, so pena de endeudarse en esta carrera por el productivismo y la sobreproducción invendible —en nombre de la modernidad en los dos casos—, es al pasado a quien se recurre para apoyar esas operaciones de intimidación; se juega con el miedo de los interesados a aparecer como "atrasados".

Si este chantaje a la modernidad hace frecuentemente referencia a las tareas del pasado, es para acreditar mejor la pretensión del presente a la infalibilidad eufórica y a la necesidad histórica. Las tareas del pasado resultan bien cómodas para ocultar las heridas del presente y desviar la atención de ellas. El recuerdo del pasado ejerce en nuestra cultura política el rol de una referencia de camuflaje, ayuda a exorcizar las mutaciones traumáticas del presente. De Gaulle llamaba elocuentemente a la "Francia de siempre", mientras involucraba a la sociedad francesa en un proceso de americanización que fue la piedra angular de toda la V República;* Ronald Reagan invocó durante ocho años los valores pioneros del siglo XIX americano para facilitar la aceptación de los rigores de la liberalización económica, los progresos de la "nueva pobreza" y el fin del sueño democrático legado por el *New Deal* rooseveltiano; en suma, la modernidad sin artificio ni piedad. La arcaica Guerra de las Malvinas, en la más grande tradición militar del Imperio Británico, vino justo a tiempo para asentar la autoridad de un gobierno thatcheriano que dejaba, sin importar sus costos sociales, al puro mercado como árbitro entre *winners* y *losers*.

Si el pasado sigue ocupando entonces un lugar de privilegio en la cultura de la modernidad, es en tanto pasado-Proteo, cuyas funciones son tan diversas, cuando no contradictorias, que subrayan

* *L'Homme et la Société* 90 (1988). Número sobre "Le temps et la mémoire aujourd'hui".

su carácter dislocado y des-construido. Es, por lo mismo, a través de sus múltiples funciones, un pasado exterior a nosotros. Sea bajo la forma de sueños o pesadillas, objeto de asco o marca de distinción, nos pese o nos ayude, "*Past is a foreign country*", el pasado es una tierra extranjera, como dice el título del original estudio de David Lowenthal. Mantenemos con el pasado una relación de exterioridad y ya no más de interioridad.

Porque perdemos el sentido de la duración histórica a la vez como continuidad y discontinuidad, nuestra percepción de la dimensión temporal se degrada y diluye en lo inmediato; el eje que une el pasado al presente y al futuro está dislocándose bajo los golpes de la modernidad-mundo.

Lo efímero y la duración

El tiempo de la modernidad se contrae en lo inmediato y lo efímero. El *fast-food* se elabora en lo inmediato, es un *patchwork* aleatorio, niega el arte tradicional de los cocimientos escalonados en el tiempo, la maduración plural de gustos y sabores, la combinación de ingredientes que se armoniza progresivamente. Los relojes digitales ya no indican el tiempo como duración sino el momento efímero, mientras el movimiento de los punteros del reloj inscribía el tiempo a través del espacio y hacía perceptible su progresión en referencia simultánea a un pasado y a un porvenir.

Nos instalamos así en la ética del instante, el imperio del nano segundo, el culto de lo desechable, el horror a la obsolescencia, pero los desechos y restos dejados por estos productos tan rápidamente degradados se revelan de una longevidad temible.

El intelecto también se instala en el instante. Las "*news*" audiovisuales no son más que lo "*prêt-à-jeter*", son olvidadas al momento de ser consumidas. La traducción automática (llamada "tradúctica") opera por el juego de equivalencias mecánicas y rechaza la experiencia personal adquirida progresivamente por el traductor, su "*savoir-faire*" conseguido con el tiempo. La "información", tan celebrada como instrumento de rendimiento económico, reducida a datos transitorios y constantemente reformulada en función de la evolución de las situaciones, se precia de eliminar el saber en tanto proceso acumulativo.

En un nivel más abstracto de la teoría económica, ¿acaso no podemos interrogarnos sobre la expansión del sector terciario como reducción del valor a lo instantáneo? Viajes, espectáculos, acce-

sos a un banco de datos, llamados telefónicos: el valor de todo servicio o prestación del terciario se realiza en lo inmediato, por el mismo hecho de su disponibilidad directa. El valor de los productos del "primario" (agricultura, minería) y del "secundario" (artesano, industria) se inscribía en el tiempo en términos de apreciación y depreciación de los stocks.

La instantaneidad, en nuestro mundo de la modernidad, ha llegado a ser un verdadero imperativo moral. La urgencia se convierte en ideología. La velocidad, es decir, el tiempo que se sobrepasa a sí mismo y afirma su control del espacio, es el criterio superior de rendimiento para las máquinas y la gente, es el signo del poderío social, al punto que Paul Virilio ha hablado de "dromocracia". El tren francés de alta velocidad, TGV, ha inscrito su divisa: "Ganarle tiempo al tiempo".

Sin embargo, hay que organizar este tiempo en migajas, esta nebulosa de momentos efímeros y de procedimientos instantáneos. La rígida programación del tiempo de la modernidad es la contrapartida de su reducción a lo inmediato. El tiempo está "enmadejado", organizado en bloques secuenciales rígidos, al ritmo de altos y bajos, de los tiempos "fuertes" y los tiempos "vacíos". Se parte a la caza de los "tiempos libres", se busca el "plazo cero", se reducen los límites y nos instalamos en la sociedad sincrónica integral del *itt* ("*Just in time*").

La categoría "bloque de programas" inscribe la gestión programada del tiempo social en la discontinuidad de lo inmediato: un proceso progresivo o que debería serlo, así como el desarrollo de una ciudad, se resuelve en una serie de acciones a corto plazo, de momentos a la vez burocráticos y técnicos que no tienen pasado ni porvenir y que están disociados unos de otros.

La vida personal está también programada de modo tan estricto como la actividad de los festivales culturales, las firmas industriales, las casas de edición o los canales de televisión. La agenda sobrecargada no es el privilegio de las profesiones liberales y del "terciario superior". En caso de enfermedad, todos hemos tenido la experiencia de la indecisión frente a tener que "desmontar" un día programado con anterioridad. Frente a la complejidad de la operación y las preocupaciones que engendraría, no nos atrevemos y optamos por atenernos al programa previsto, en vez de parar todo y quedarnos en casa recuperándonos.

Cuando incluso las vacaciones —que seguimos llamando así sólo por involuntario humor— se programan de manera demasiado cargada, el tiem-

po personal pierde el sentido, de lo disponible e imprevisto. Y esos malos hábitos se adquieren desde la tierna infancia. Los adultos planifican febrilmente su tiempo "fuera del trabajo", los padres organizan con el mismo voluntarismo el tiempo "fuera de la escuela" de sus hijos, programándoles actividades organizadas, salidas, clubes, cursillos, etc., y los niños se acostumbran rápidamente a estas secuencias rígidas; el tiempo realmente "libre" les produce pánico.

El tarificado económico del tiempo va a la par de su programación social. Hace siglos que el bueno de Franklin invitó a sus compatriotas a respetar el tiempo como valor de cambio, "*time is money*"; hace decenios que el ingeniero Taylor cifró minuciosamente el costo temporal de cada operación obrera en la fábrica. Con las nuevas tecnologías de la electrónica, las exhortaciones moralizantes de Franklin y los controles minuciosos pero localizados de Taylor se transformaron en estrategia productivista, cuyas ambiciones son universales. La captación global que efectúa el computador al servicio de la "producción" es una captación del tiempo en sus interconexiones complejas.

¿No es el tiempo de la modernidad finalmente un tiempo encerrado en sí mismo y amarrado en torno a su lógica circular, un tiempo bloqueado? El ritmo de las centrales nucleares es rígido, su producción de energía eléctrica no puede ser modulada de acuerdo a las variaciones de la demanda; es a los consumidores y a la sociedad en su conjunto que corresponde adaptarse a esta rigidez sistemática, a este bloqueo temporal. A su manera, la serie de televisión *Dallas* se inscribe también en una temporalidad rígida, bloqueada. Su difusión se prolonga por años, pero sus personajes jamás evolucionan, se conservan fijos en sus estereotipos, están bloqueados en un tiempo social y afectivo completamente inmóvil.

¿No vivimos acaso una nueva relación con el tiempo como cuadro y medida de la condición humana? ¿Al mismo tiempo comprimido en lo inmediato, sobreprogramado, tarificado, bloqueado? ¿El tiempo de la modernidad no tiende entonces a organizarse fuera del hombre? Se impone a nosotros desde el exterior, en tanto sistema secuencial y lineal, rigidamente cadenciado, cuantificable en función de las exigencias de las máquinas y del mercado; es un tiempo del que sólo sufrimos presiones y cuyo control perdemos. Deja de ser un *continuum* de duración, a la vez flexible y disponible, abierto a la iniciativa individual y colectiva, y que progresa en la sucesión de pausas, aceleracio-

nes, rupturas, esperas y crisis por las que atraviesan los seres y las sociedades humanas; en suma, un tiempo cualitativo, consubstancial a la praxis humana.

Este tiempo rígido y cuantitativo es el tiempo que Occidente impone al resto del mundo a medida que se instala el mercado mundial unificado, el tecno-cosmo, el modelo de *homo mondialis modernicus*. Es perfectamente extranjero a las culturas no occidentales, incomprensible y absurdo para los amerindios, malayos, esquimales y negros; para todos los pueblos cuya identidad colectiva propia sigue intacta, o al menos vigorosa y consciente de sí misma, frente a las presiones de la modernidad-mundo.

El tiempo de los kanakas es el tiempo de la duración. Es una experiencia colectiva, una adquisición social acumulativa, una construcción continua. Se "habita el tiempo" como se habita la tierra, es decir, a través de las relaciones sociales. El tiempo es un campo de libertad que permite a los hombres desarrollar sus mutuas relaciones, comprenderse y concertarse. Discutir, entre kanakas o con los blancos, es tomarse el tiempo para discutir. Este tiempo kanaka está fundado en el recuerdo y la convivencia. De generación en generación se transmite la geografía de las tierras y los senderos que materializaban las relaciones entre clanes y entre tribus, lo que el "cantonamiento" colonial, el encierro en sus reservas, pretendió borrar. Los kanakas no hablan fácilmente de su pasado, ni siquiera de sus sufrimientos pasados; este silencio no es el silencio del olvido, sino el de la interiorización en la duración. ¿Cómo el pequeño funcionario blanco, atraído por las primas y privilegios que otorga Francia profusamente en sus territorios de ultramar, para quien las rigideces temporales del aparato estatal francés en Caledonia son parte integrante de su propio poder; cómo el pequeño agricultor criollo, instalado en un tiempo fragmentado e inerte, puntuado solamente de los éxitos y fracasos individuales, definido entonces en términos mercantiles, podrían captar los tonos y sutilezas del tiempo kanaka?

El tiempo disuelto y la memoria anónima

El tiempo tal y como lo modela la modernidad es un tiempo desnaturalizado, des-realizado, degradado en sistema artificial, finalmente disuelto.

A medida que se organiza de manera más rígida, el tiempo técnico-social se disocia de los ritmos naturales. En las fábricas que trabajan según el sistema de relevo, los períodos de descanso y de

sueño son definidos por las exigencias de las máquinas; los obreros se supone deben ignorar la alternancia de los días y las noches, pero sus cuerpos protestan contra esa violencia insidiosa bajo la forma de enfermedades psicosomáticas que la Medicina del Trabajo debe tomar en cuenta.

El trabajo a relevo se instala en todas las latitudes y rompe los ritmos cotidianos. En los países temperados del Norte, son los ritmos estacionales los que se desordenan por la importación masiva de frutas y legumbres de los países del Sur, gracias al bajo costo del flete aéreo. Nos acostumbramos a comer de todo en cualquier momento; el calendario alimentario anual es puesto "en encefalograma plano", es banalizado, aculturado.

La hora de verano "a la francesa"—iniciativa de este país, conocido por su propensión a las sofisticaciones burocráticas—introduce un desfase de dos horas en relación a la hora solar "verdadera". Bastante para provocar perturbaciones del sueño, de la actividad cardíaca y de las secreciones hormonales, no sólo de los niños, sino también de los trabajadores al aire libre, de los agricultores y de los enfermos, así como de todos aquellos que siguen ligados a los ritmos solares y a los ciclos naturales por razones biológicas o profesionales.

En una escala infinitamente más grande, ¿no es acaso el tecno-cosmo entero que entra en conflicto con los ritmos naturales de los bosques y lagos, de las napas freáticas y de la atmósfera? Estos ecosistemas son a la vez de una gran estabilidad y una gran flexibilidad; descansan en equilibrios complejos que son posibles de reconstituir, pero a ritmos muy lentos y progresivos; resisten mal a las agresiones violentas y repentinas de la técnica. El sistema de autodepuración de los lagos no puede "acompañar" los vaciamientos masivos de las cloacas, los cuales sirven solamente a las algas llamadas "eutróficas", que proliferan acaparando el oxígeno disuelto en el agua y condenando a muerte a las otras especies vegetales y animales. El dispositivo de filtración natural de las napas subterráneas no es capaz de absorber las dosis masivas de abonos nitrícos que reciben en las zonas de agricultura "moderna". En muchos países tropicales, la Revolución verde, en su carrera por lograr cada vez mayores rendimientos y con sus siembras demasiado profundas, ha roto los ritmos naturales de reconstitución del humus en la superficie de los suelos.

El tiempo deviene sistema. El tiempo llamado "real"—sobre el que se funda la captación informatizada del trabajo industrial, la gestión informática instantánea de los *stocks* comerciales, el control

informático de los pedidos en un gran restaurant—es también un sistema des-realizado. La captación "en tiempo real" pretende controlar al instante una situación dada, pero no toma en cuenta más que las variables consideradas previamente por el programa escogido. El "tiempo real" no es más que la proyección de condiciones preexistentes, las únicas conocidas por el programador; esto por definición es así. El tiempo llamado "real" reduce la realidad a la pura y simple reproducción continua de una situación anterior. Es un tiempo fósil, no un tiempo vivo; es un tiempo-artefacto.

Las "autopistas informáticas del saber", tan celebradas por la modernidad *pop*, son sistemas técnicos fundados en una lógica puramente operacional que actúa al mismo tiempo en el espacio y en el tiempo. Sin embargo, las redes telemáticas y los bancos de datos están mucho más cómodos en la dimensión del espacio que en la del tiempo. Su espacio se dilata y se magnifica en hiper-espacio, su tiempo se contrae y degrada en lo efímero. Tienen la ambición de dar a toda información una difusión universal en el espacio y asegurar a cada "informado" el acceso a todo tipo de información. Pero operan privilegiando el momento, la instantaneidad. Pretenden también realizar una "captación" del tiempo en su integralidad, pero tratan al pasado como un *stock* de datos reducidos a migajas al que se recurre solamente en función de las necesidades de una situación dada. La "memoria" de los computadores se consideraba ilimitada, un "cerebro planetario" capaz de almacenar todos los conocimientos acumulados por la humanidad desde sus orígenes. Pero, ¿amerita la memoria electrónica ese nombre? Ella se reduce a procesos de restitución de secuencias de impulsos eléctricos que ha reservado. No es finalmente la memoria de nadie, no se integra en una cultura, no está construida a partir de la experiencia que las personas y grupos humanos han acumulado en la dimensión del tiempo. Es una anti-historia. Para las personas, para las colectividades, acordarse de cosas no equivale a restituirlas. Porque los recuerdos están ahí permanentemente, corresponden a procesos afectivos e intelectuales complejos. El recuerdo de alegrías y penas, de crisis y de "élans" históricos, forma parte de la identidad profunda de los individuos y de las colectividades. La "memoria electrónica", al revés de la memoria humana, disuelve esta identidad y la pone al servicio de un sistema espacio-temporal encerrado en una pura lógica técnica.

El espacio-sistema y el tiempo-sistema de la electrónica no se organizan de acuerdo a las propie-

dades naturales del espacio y del tiempo. Se pierde el sentido de escala, de la perspectiva y de las distancias. El intervalo espacial y temporal que daba lugar a plazos, a tiempos de latencia y de espera, a la maduración y a la negociación, en fin, a la responsabilidad, se disuelve en beneficio de la "interfase" inmaterial y mecánica, del juego recíproco de las interdependencias inmediatas y, por lo mismo, irresponsables. Estados Unidos y la Unión Soviética están en un estado permanente de interfase, de bloque recíproco del que depende la suerte del resto de mundo.

Nos instalamos en una nebulosa espacio-temporal que disuelve las señales fundadoras de nuestra conciencia individual y social. Las fecundas relaciones entre el aquí y el allá, lo próximo y lo lejano, el adentro y el afuera, el centro y la periferia, el ahora, el antes y el después, han perdido toda pertinencia, cuando no toda realidad. Estas relaciones ya no son capaces de orientar nuestro pensamiento y de estimular nuestra acción, de darle un sentido y un contenido. La televisión, y más todavía la comunicación telemática en ubicuidad instantánea, mezclan el aquí y el allá; la sobrecarga informativa confunde lo próximo y lo distante. El espectador de un holograma no es capaz de decir si se encuentra en el interior o al exterior de él. El mercado mundial y el tecno-cosmo desordenan completamente las categorías de Centro y Periferia; la hipertrofia de las periferias de las grandes ciudades borra y supera los contrastes entre campo y ciudad. La guerra moderna, apretada en tiempos de respuesta cada vez más breves, aplastada en la instantaneidad del botón destructor, ignora el antes y el después; su "ahora", si fuera efectivo, se transformaría en un "nunca más".

Las presiones de los tiempos modernos son estresantes. Paradojalmente, el progreso técnico cuyas ganancias temporales forman parte de las ganancias en productividad, aumenta la presión sobre el tiempo social así como sobre el tiempo personal. La sincronización perfecta de la red ferroviaria francesa permite que los trenes se detengan sólo dos minutos, a veces sólo uno, en cada estación, obligando a los pasajeros a apurarse para no perderlos. En general, todos son corroidos por la obsesión de ganar tiempo, de administrar bien su "presupuesto-tiempo", de controlar las series secuenciales de sus actos y las cadencias de sus desplazamientos. La sociedad de consumo es una gran consumidora de tiempo. A medida que se diversifican los productos disponibles, desde las galletas hasta los autos; a medida que los equipos electrodo-

mésticos o audiovisuales se hacen cada vez más complejos y eficaces; a medida que se multiplican las posibilidades de distracción, hay que dedicar más tiempo a la comparación de precios y capacidades técnicas, a la mantención y al nivel de utilización de estos artefactos que se quiere rentabilizar una vez que nos han seducido.

Esas son las neurosis temporales de los ricos y de los países con altos niveles de vida; están hechas de frustraciones y de tensiones, cuando no de obsesiones. Estamos prisionados entre el tiempo ganado gracias a innovaciones técnicas de todo tipo, y el tiempo perdido por la asfixia creciente del espacio urbano y la congestión creciente del tiempo personal y social provocado por esas mismas innovaciones. Se vive dividido entre la aprehensión de las fases de inactividad donde se está frente a sí mismo y la presión del tiempo sobreprogramado de antemano; entre el miedo al tiempo muerto y el hambre de tiempo libre. Un tiempo libre que no es más que un rosario discontinuo de momentos efímeros que logramos robar a la sociedad integralmente sincronizada.

El stress temporal de la modernidad afecta también gravemente a los trabajadores, a aquellos de las grandes ciudades de Occidente, a aquellos de los "Estados-fábricas" de Asia Oriental y a los de Japón.

El tiempo de los desplazamientos entre el lugar de trabajo y de residencia se alarga considerablemente. No se puede responder a las exigencias crecientes de la vida moderna, hacer los trámites administrativos, organizar la vida de los niños, asegurar el buen funcionamiento del hogar, sin entrar a una gimnasia temporal, que es todavía más agotadora para los nervios de la mujer que trabaja.

Ricos o pobres, todos ceden a la presión estresante de lo inmediato. Se vive, lo decía Orwell hace ya medio siglo, en la "obsesión de un *lifting* permanente", se corre detrás de la moda fugaz, somos atrapados por el "must" efímero, recibimos cotidianamente el bombardeo publicitario en favor de lo nuevo. La presión de la información inmediata transforma la vida cotidiana en anticipación angustiosa del mañana, y así cada día pierde su realidad viva y específica. "Lo que es grave con 'el Tiempo' —dice el humorista francés Cavannaes— que antes, cuando no teníamos informes meteorológicos, si era un bonito día, gozábamos del sol; pero ahora que sabemos que va a llover al día siguiente, esos mismos rayos de sol se nos estropean".

Rico o pobre, cada uno está obligado a llevar una vida personal separada en temporalidades múl-

tiples. La vida se organiza "negociando", mal o bien, los ajustes necesarios entre el tiempo biológico requerido para alimentarse y dormir; el tiempo mercantil que provee del dinero necesario para todos, cualquiera que sea su nivel de miseria o de prosperidad; el tiempo doméstico consagrado a la familia y al hogar; en fin, el tiempo realmente libre, el de la vida personal más profunda. Pero las presiones de estas cuatro temporalidades no son de la misma naturaleza. Unas son primordiales y sin embargo flexibles, como el sueño; otras son rígidas, impuestas desde el exterior, como los horarios de trabajo asalariado; hay otras más morales que materiales, como la atención brindada a los hijos; otras son completamente subjetivas, como la necesidad de estar solo o de contacto humano. Víctimas de las imbricaciones de estas temporalidades conflictuales, estamos obligados a aceptar sus nebulosas y todo se hace más confuso. Se es rechazado hacia lo efímero e inmediato, hacia lo "que está fuera del tiempo" y lo atemporal, así como hacia lo que está "fuera del suelo" y deslocalizado.

La confusión temporal afecta a todas las generaciones, disloca y descalifica las "edades de la vida". Cada uno está obligado ahora a definirse como "adolescente" o miembro de la "tercera edad", es decir, a identificarse con un estatus rígido, a la vez comercial, político e ideológico, y de adaptarse así a un comportamiento estereotipado en materia de consumo, de clientela electoral o de gusto cultural. La singular continuidad de cada existencia personal es rota en tanto que construida en la duración del tiempo. Los intercambios entre generaciones se hacen más difíciles a través de barreras que establecen estos estatus rígidos y esos estereotipos. Pero, ¿sabe cada edad de la vida lo que es, lo que quiere y lo que vale? Las personas de la "tercera edad" oscilan entre la valorización comercial que les otorga ese eufemismo, y el sentimiento de ser obsoletos, de estar "usados". Las personas maduras se sienten en pleno uso de sus facultades, pero viven en la angustia de la depreciación, en la obsesión del reciclaje. Los jóvenes son empujados por la evolución moral a la precocidad sexual, bancaria y cultural, y sin embargo se prolongan en la post-adolescencia, en la dependencia alimentaria y moral de sus padres, decididos éstos de todas maneras a mostrarse superiores.

El stress de la modernidad es también la tensión, tan insoportable que la enviamos a las profundidades del inconsciente con la última energía, entre las presiones del tiempo cotidiano y las incertidumbres del tiempo por venir. La vida cotidiana

está sobreprogramada, sobreorganizada, sobreapretada por las presiones del instante y los imperativos de la velocidad. Pero el futuro está cargado de interrogantes e inquietudes sobre el empleo y el medio ambiente, sobre el arte de vivir y los riesgos de morir, sobre la catástrofe financiera del Tercer Mundo y la guerra nuclear. Estamos atrapados por las exigencias de lo inmediato, nos sentimos impotentes y desarmados frente a los peligros que se ciernen sobre nosotros, aun cuando los guiones y simulaciones cuantificadas propuestos por la "prospectiva" intentan ingenuamente amansar los demonios del tiempo largo.

El tiempo como campo de disputa política

El cambio profundo de nuestra relación con el tiempo es un problema político; el tiempo se transforma en un campo de disputa político. Al menos en Occidente, porque las incidencias espacio-temporales de la modernidad en el Tercer Mundo son mucho más complejas y mucho más difíciles de aprehender que lo que este análisis demasiado centroeuropeo puede hacer...

La modernidad privilegia lo global contra lo local, el espacio general contra el particular. En cambio, en términos de tiempo, privilegia el instante contra la duración, lo particular contra lo general. ¿Cuál es la paradoja que hace que estas dos evoluciones en sentido opuesto converjan para devastar y desertificar el campo político?

La toma de conciencia política no se ve facilitada en modo alguno por la invasión de la vida cotidiana por el "*prêt-à-jeter*" —los "desechables"—, ni por el hecho de que las informaciones de los medios de comunicación sean destinadas al olvido una vez difundidas. Se vive en lo inmediato. Se descubre repentinamente un problema —las Malvinas en 1984 en Gran Bretaña, la Nueva Caledonia en 1988 en Francia—, pero este interés repentino rápidamente se disipa. La pérdida del sentido de duración es la pérdida de la responsabilidad política. La modernidad quebranta y disloca el eje que liga el pasado al futuro pasando por el presente; retira así su razón de ser a la intervención política; debilita la capacidad de los seres humanos, individual y colectivamente, para controlar su condición actual en función de sus experiencias pasadas y en referencia a sus proyectos de futuro. El hecho de que la sociedad vaya esfumarse sus perspectivas en la duración del tiempo es una desventaja política particularmente severa para los jóvenes, a quienes

la edad priva de señales temporales a partir de sus propios "vivires". Los jóvenes en su mayoría vagan en un espacio-tiempo flotante del cual ya no conocen el sentido político, y ni siquiera se plantean que pudiera existir uno; navegan al viento.

La conciencia política se ve gravemente afectada por la instalación del techno-cosmo en el punto de no-retorno, en la irreversibilidad de las centrales nucleares y los computadores, así como por el alineamiento del tiempo de las sociedades humanas sobre la "flecha del tiempo" de Ilya Prigogine, sobre un tiempo unidireccional, sobre un "tiempo-vector" irreversible en su naturaleza profunda. El control político de los hombres sobre su propio devenir social es puesto en duda; la filosofía del "no-retorno" abre el camino a la retórica de la liberalización económica y del "*grand laissez-faire, laissez aller*".

Contra las presiones múltiples del tiempo de la modernidad se dibujan ya algunas resistencias que son políticas, aun cuando la política oficial apenas se preocupa de ellas.

¿Qué control tienen los trabajadores sobre su tiempo laboral? La distribución de los horarios de trabajo cotidianos, la flexibilidad de la semana

laboral, las vacaciones, y naturalmente los ritmos de trabajo, ocupan un lugar cada vez más importante en las reivindicaciones obreras y las huelgas y, en consecuencia, en la conciencia de los trabajadores. La importancia del tiempo se aproxima cada vez más a la del salario.

¿Qué control tiene cada uno sobre su tiempo personal? ¿Cómo extender el margen de iniciativa del que se dispone? ¿Cómo resistir a las tentaciones de la sobreprogramación? ¿Cómo defenderse contra lo efímero y reencontrar el sentido de duración?

¿Qué control tiene la sociedad de su futuro? Las reivindicaciones del Tercer Mundo para obtener un "reescalonamiento" de su deuda, los movimientos de opinión en favor de una "moratoria" de la industria nuclear y de un congelamiento del armamentismo atómico, ¿no expresan acaso, en dos sectores críticos del desorden mundial, una aspiración confusa a distender las presiones del tiempo, sean éstas técnicas o financieras? Quizás haya algo mejor que hacer que dejarse llevar pasivamente por la carrera implacable de la "flecha del tiempo".

Se puede defender el derecho al tiempo, así como se defiende el derecho al espacio.

(Traducción de José Auth S.)

Sociedad y política rural chilenas en un enfoque comparativo*

A. J. Bauer

Universidad de California (EE.UU.)

Permítaseme empezar con el obstáculo fundamental que presenta esta empresa: ¿qué podría decir un extranjero —peor todavía, un gringo— acerca de la historia de otro pueblo? Empecé a tomar conciencia de este problema hace algunos años, cuando volví a mi tierra natal, un aislado rincón de Kansas, más o menos el Linares o el Parral de los Estados Unidos, aunque sin viñedos. Mis antepasados eran campesinos norteamericanos, esto es, gente a la cual nuestra Historia Oficial nunca ha dado crédito de existencia. A ellos, creo, les debo lo que he llegado a entender de Chile. Recuerdo especialmente una tarde de otoño, en el campo, escuchando a mis ya ancianos padres y a sus vecinos mientras hablaban —en un acento que ahora me parece extraño— de su vida y su trabajo, de sus dudas y sus deudas. Traté de imaginarme sentado entre nosotros a un profesor chileno de Historia o Sociología, con poco dominio del inglés, recién llegado a realizar trabajo de campo para su nuevo proyecto sobre “La sociedad y política rural de Kansas oriental”. ¿Sería capaz de entender el sentido de la vida de estas personas? ¿Comprender sus valores y motivos? Lo dudaba.

Entonces, cuando se trata de elaborar la historia de otros pueblos, la modestia es la orden del día. También es cierto que ocasionalmente un forastero puede vislumbrar cosas que los nativos no ven. Alexis de Tocqueville, un aristócrata francés, escribió —después de sólo nueve meses de investigación de campo, y sin beca— un brillante libro sobre la primitiva democracia estadounidense; y es un hecho que dos extranjeros, Claudio Gay y George McBride, escribieron libros que aún se leen sobre

temas muy cercanos a los intereses de este seminario.

Así, no tengo intención de dictarles cátedra en cuanto a su propia historia. Pero si quisiera plantear cómo aparecen algunos aspectos de esa historia vistos desde fuera. Esa es la tarea que me parece más apropiada para un forastero: señalar lo insólito y utilizar la propia experiencia para desentrañarlo. Tal esfuerzo sugiere comparación, pero la historia comparativa es semejante al clima: todos se quejan respecto a él, pero nadie hace nada. Y las razones son obvias. Pocas personas conocen en profundidad más de una nación o sociedad. Además, ¿se hace comparación en el tiempo o en el espacio? ¿Cuáles son las unidades idóneas que se deben comparar? ¿Regiones? ¿Instituciones? ¿Naciones? ¿Richelieu y el Conde-Duque de Olivares? A pesar de todas las dificultades y tropiezos, se han hecho algunos buenos trabajos: existen estudios comparativos de la minería de plata en el Perú y la Nueva España; de economías del café en América Central. Tenemos el trabajo de Barán y Nahum sobre Uruguay y Nueva Zelanda y, más recientemente, el análisis comparativo sobre las llanuras y la pampa, de Carl Solberg, un brillante trabajo que explica las peculiaridades tanto de Canadá como de Argentina.¹

Entonces, ¿qué hay en esta hermosa tierra que parezca poco usual para un extranjero? Para empezar, existe aquello que constituye el tema central de esta conferencia: la estructura social y política del campo. Esta problemática nos plantea

* Ponencia presentada al Seminario “Sociedad Agrícola y Minería Chilena en la Literatura y en la Historia”, Universidad de Santiago, Santiago de Chile, julio 1989.

1. Carl Solberg, *The Prairies and the Pampas* (Stanford, CA, 1988); Michael Jiménez, “Travelling far in Grandfather’s Car: the Life Cycle of Central Colombian Coffee Estates”, *Hispanic American Historical Review* 69, no. 2 (May, 1989): 185.

dos preguntas, obviamente vinculadas: ¿cómo se explica la larga duración del fundo chileno y de esa peculiar institución que es su inquilinaje, y al mismo tiempo que no haya habido ningún levantamiento de importancia contra ninguno de los dos hasta hace muy poco tiempo? Quizás sea como aquella vez que le preguntaron a un hombre si le gustaba su esposa: "¿Comparada con qué?", respondió.

Propongo entonces un bosquejo de algunos sistemas agrarios tanto europeos como americanos dentro del marco de dos crisis: la llamada "Gran Depresión" del último tercio del siglo pasado, y la "Crisis Mundial" de los años treinta. Ambas sacudieron hasta sus bases las economías y sociedades rurales, y ambas exigieron reajustes fundamentales. En mi opinión, la manera en que respondieron los chilenos —trabajadores, campesinos, terratenientes y el Estado— configuró profundamente la trayectoria de su historia y una vez más reveló la multiplicidad de tiempo histórico presente al mismo tiempo en el enorme sistema del mundo Atlántico.

1. La "Gran Depresión" del siglo XIX

En su dimensión agropecuaria, la Gran Depresión (aprox. 1873-1896) provocó la baja de los precios de los granos y la carne en la economía mundial. Tras esta baja había fletes más baratos, los ferrocarriles y navíos de vapor, el Canal de Suez y un mejor conocimiento de la geografía oceánica, que redujo el tiempo de viaje de los barcos. Todo ello permitió que los productores de cereales y ganado en las nuevas o recientemente abiertas tierras de Canadá, los Estados Unidos, Argentina, Australia y Ucrania, entraran al mercado mundial, con efectos dramáticos en las economías locales. El promedio anual de exportaciones del trigo, por ejemplo, aumentó casi seis veces, de 130 millones de fanegas en los años 1873-74, a casi 748 millones en 1924-29. En Chile central, donde se sintió el efecto un poco más tarde que en otras regiones, el precio de 3.38 pesos la fanega para el trigo en la década de 1870, se desplomó durante los subsiguientes quinquenios a 2.62, 2.49, 1.85 (en pesos equivalentes a libras esterlinas).

La reacción local varió alrededor del mundo, pero se pueden identificar dos tendencias principales. En las tierras recién colonizadas, especialmente en el medio oeste de Estados Unidos, el oeste de Canadá y Australia, pero también en zonas más antiguas —como East Anglia, en Inglaterra—, la

familia nuclear campesina llegó a ser la principal unidad de producción, con mano de obra —a menudo impaga— provista por los mismos esposos e hijos. Los lazos familiares resultaron así un medio de explotación más eficaz que el capital. Esta fue la observación de A. V. Chayanov unas décadas después, mientras investigaba la agricultura soviética. Lamentablemente, su infatigable trabajo lo involucró íntimamente con la realidad social, y pagó el precio de ello con el exilio a Alma Ata. De tal destino, los ratones de biblioteca no tenemos mucho que temer.

Hubo también otras reacciones a la crisis y a la baja de los precios agrícolas. Por ejemplo, se expulsó a los productores débiles y a los campesinos tradicionales de sus parcelas. Así, los mismos vapores que llevaban toneladas de trigo barato norteamericano al este de Europa, volvían llenos de campesinos desposeídos, los que, una vez asentados en las nuevas tierras, en granjas más grandes y mecanizadas, llevaron aun más lejos el proceso original, esto es, la conversión de la unidad familiar en unidad de producción. Incluso el que yo esté aquí ahora hablándoles, se debe indirectamente al mismo proceso: mis antepasados eran campesinos alemanes expulsados de sus pequeños pedazos de tierra por la Gran Depresión. Habían abandonado su Swabia natal, donde se bebía vino y se bailaban danzas campesinas, para ir a los ásperos llanos del capitalismo agrario en Kansas. Y unas pocas generaciones después, yo, como los hijos de miles de inquilinos en Chile central, dejé el campo por las brillantes luces de la ciudad.

Una reacción, entonces, a la coyuntura del último tercio del siglo pasado, fue la tendencia a la producción especializada en unidades privadas familiares, en las cuales los padres, las hijas y los hijos, proveían la mano de obra. Como todos saben, V. I. Lenin —recurriendo al caso que mejor conocía— llamó a este proceso, el "camino granjero" al capitalismo agrario.²

La segunda respuesta general a la crisis de fines del siglo xix fue la transición a la salarización del trabajo. En muchas regiones donde regía el

2. Para una reciente exposición y aplicaciones latinoamericanas de los caminos "granjero" y "prusiano", véase Alain de Janvry, *The Agrarian Question and Reformism in Latin America* (Baltimore, MD, 1981), especialmente pp. 106-9. Para una buena comparación del caso chileno, véase Cristóbal Kay, "Comparative Development of the European Manorial System and the Latin American Hacienda System", *Journal of Peasant Studies* 2, no. 1 (Oct., 1974): 69-98; "Political Economy, Class Alliances and Agrarian Change in Chile", *Journal of Peasant Studies* 8, no. 4 (July, 1981): 485-513.

sistema señorial tradicional, los terratenientes racionalizaron la producción expulsando a sus trabajadores residentes para reemplazarlos por jornaleros. Este proceso atrajo la atención de diversos estudiosos, entre ellos Max Weber, que explicó cómo los junkers de allende el Elba reemplazaron a sus "inquilinos" —que trabajaban en el latifundio a cambio de derechos precarios a casa y chacra— por inmigrantes polacos que trabajaban a sueldo mínimo. El Profesor Jan Bazant describe la misma tendencia: los hacendados porfirianos en México central redujeron el número de sus *peones acasillados* y los reemplazaron con *luneros* o jornaleros reclutados de las comunidades vecinas, donde el crecimiento demográfico combinado con la escasez de recursos empujó a los pobres al mercado de trabajo. El mismo modelo surgió en años recientes en El Salvador, Colombia, el Perú antes de 1968, y en Chile durante los años cincuenta y principios de los sesenta.

2. La excepción o anomalía chilena

En los inicios de la depresión agrícola del siglo XIX, la estructura rural chilena, descrita en la obra clásica de Claudio Gay, se parecía, y a la vez era muy distinta, a la de otros sistemas agrarios hispanoamericanos y europeos. En Chile, como en México, Ecuador, el Perú y Bolivia, dominaban el paisaje las grandes haciendas, en las cuales vivían y trabajaban miles de asentados, los equivalentes al *inquilino*, llamados según el país, *peón acasillado*, *huasipunguero*, *yanacóna*, *colono* o *concertado*. Pero a diferencia de esos países, o de la Europa continental, no hubo en Chile un campesinado independiente, en el sentido de comunidades o aldeas de campesinos. En la ausencia de una comunidad campesina indígena arraigada, sedentaria, durante el siglo XVIII la Corona española se esforzó —como lo demuestra Gabriel Salazar— en formar comunidades "a la europea" a través de todo el Valle Central, para asentar a la gente de campo sin tierras, que por esa época sumaba miles. Con el tiempo, estas fundaciones llegaron a conformar las villas de Chillán, Talca, Curicó, San Fernando, Los Andes y otras más, las que sin embargo nunca fueron reconocidas como comunidades indígenas o campesinas.³ Al contrario, desde el siglo XVIII en adelante se contratan peones a jornal como trabajadores temporeros,

para complementar a los inquilinos residentes en los fundos. Dichos peones provenían de la creciente población flotante que migraba a lo largo del Valle Central —apenas echando raíces en esos dispersos "pueblos de calle larga" incrustados en los resquicios de un campo dominado por el latifundio—, para llegar a golpear los portones de las haciendas buscando trabajo.

Cuando los precios agropecuarios emprendieron su inexorable caída en los años de la Gran Depresión, los hacendados chilenos y el Estado (que de ninguna manera son la misma cosa) tuvieron que considerar algunas alternativas. La opción de parcelar o subdividir la tierra parece tan improbable hoy como lo era entonces, y lo mismo puede decirse de la posibilidad de un movimiento surgido desde abajo, conducente a una reforma agraria precoz, o de que el Estado desarrollara un plan de colonización. De hecho, cuando esto pudo hacerse —durante la apertura de la frontera con la Araucanía en la década del ochenta del siglo pasado—, también prevaleció el latifundio. Así es que si ese camino, que muchas sociedades tomaron en esos años, no era una opción realista, ¿qué hay entonces de la posibilidad de una reforma del inquilinaje, o aun de una transición a un sistema con mano de obra asalariada, o sea una transición completa al capitalismo agrario?

Durante los años setenta y ochenta del siglo pasado, en los peores años de la crisis, el inquilinaje llegó a ser el blanco de vociferantes críticas, la mayor parte provenientes de Santiago, donde los ingresos de la exportación de minerales y trigo, aplicados a la modernización urbana, rápidamente ensanchaban la brecha entre ciudad y campo. Escritores e intelectuales urbanos se lamentaban ante la recién descubierta "condición servil", la "inmundicia", la "miseria" e "ignorancia" en que se hacía vivir a los inquilinos. Pero al mismo tiempo, los hacendados emprendían no la abolición del inquilinaje, sino su extensión. Como preguntaba un escritor del *Boletín* de la Sociedad Nacional de Agricultura en 1887, "¿qué sería de nuestra agricultura sin este elemento de vital importancia?" Sin los inquilinos, pensaba, "la agricultura moderna no sería posible" (subrayado mío). Julio Menadier, el astuto director del *Boletín* y hábil portavoz del sector dinámico de "agricultores progresistas" de aquellos años, escribió que "nuestro inquilinaje es una institución *sui generis* y, lejos de combatirlo, los hacendados y legisladores deben hacer un esfuerzo para desarrollarlo en mayor escala".

3. Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios* (Santiago, 1985), 45-66.

Y así lo hicieron. Durante las décadas siguientes, miles de familias adicionales fueron asentadas en los fundos para aumentar el grupo estable y conservador de inquilinos. Es difícil clasificar a este campesinado, puesto que la estadística del siglo pasado, e incluso hasta los años treinta de éste, no distingue categorías en la población rural. Dada esta situación, caben distintas opiniones, y es así que recientemente tres libros fundamentales han originado distintas interpretaciones. Gabriel Salazar—cuyo maravilloso *Labradores, peones y proletarios* rescata y trae a la luz a aquellos que han vivido en la sombra de la historia— subraya la importancia para la agricultura chilena de los trabajadores que no eran inquilinos, pero interpreta el asentamiento de trabajadores adicionales en el fundo no como una extensión del inquilinaje, sino como el desarrollo de un “peonaje estable”.⁴ Así, por ejemplo, lo que Menadier elogia en el dueño de la hacienda Viluco como extensión del sistema de inquilinaje—el asentamiento de unos doscientos “peones sedentarios” adicionales, a los que se dio casa y chacra de tres cuartos de hectárea—es interpretado por Salazar como un abandono del inquilinaje hacia un sistema de “peonaje estable”. Y es cierto que a los recién reclutados se les dio menos tierra y regalías, y se les exigió más días de trabajo.

Por su parte, Roberto Santana, en las cuidadosas reflexiones de su *Paysans dominés*, escrito cinco años antes que el trabajo de Salazar, hace hincapié en la “nueva forma de inquilinaje” que apareció en la década de 1870, y propuso un modelo de dos vías: por un lado, según él, hubo un desarrollo de una minoría de relativamente prósperos medieros y pequeños empresarios rurales residentes en el fundo; y por otro, un número creciente de residentes “semiproletarizados”, pagados en moneda sonante en vez de regalías.⁵

José Bengoa, autor de un tercer y fundamental libro sobre el Chile rural, *El poder y la subordinación*, emplea la misma estadística examinada por Santana y Salazar, pero concluye que en los últimos años del siglo pasado aumentó el inquilinaje en Chile—emplea el término “reinquilinización”—, mientras la proletarianización se limitaba a fundos especializados (como lecherías, por ejemplo) cerca de Santiago, y a fundos medianos en la región de San Felipe y Los Andes.⁶ El *Censo de Agricultura de*

1935—el primero, creo, que distingue entre “agricultor” e “inquilino”—indica que sólo 30 por ciento de los trabajadores rurales eran inquilinos, pero resulta que un 33 por ciento adicional es descrito como “peones” o “gañanes”, miembros de las familias de inquilinos o que vivían allegados a ellas. Sólo el 28 por ciento aparece como “afuerinos” o jornaleros estacionales. Por su parte, George McBride, observando de cerca el campo chileno en los años treinta, no tuvo ninguna duda en cuanto a la importancia central de los inquilinos, que—según él—doblaban en número a los asalariados.

¿Cómo se podría reconciliar estas distintas interpretaciones? En primer lugar, no hay duda de que el inquilinaje cambió a través del siglo, hasta el gobierno de E. Frei y la Reforma Agraria, y pocos creen actualmente que el término “inquilino” describa a un solo tipo de trabajador rural. Pero más allá de que las distintas mutaciones del inquilino sean llamadas “peones estables” o “semiproletarios”, sus relaciones económicas y sociales con los patrones permanecieron esencialmente intactas. Seguían intercambiando su trabajo por derechos precarios a tierra y regalías; seguían siendo parte de un compromiso desigual que confirmaba el poder político de la clase hacendada. Así, bajo el impacto de la Gran Depresión del siglo pasado, la agricultura chilena no tomó ni el “camino granjero” de unidades privadas familiares, ni tampoco el “camino prusiano” de expulsión del inquilinaje asentado y contratación de mano de obra asalariada. Al contrario, hubo una “reinquilinización” en cierta manera diferente al sistema original, y el fortalecimiento de una economía señorial y del dominio patronal en el campo.

3. La Crisis Mundial de los años treinta

Cincuenta años después de que en muchas partes del mundo la Gran Depresión del siglo XIX lanzara a la población rural por distintos caminos al capitalismo agrario, con la Crisis Mundial de los años treinta vino otro golpe. Los precios agrícolas bajaron de nuevo a un tercio de su valor, y los términos de intercambio se hicieron desfavorables al campo. Sin embargo, donde antes el campesinado estaba dispuesto a aceptar su destino o expresar su descontento a través de la migración, ahora una reacción violenta azotó varias partes de nuestra América y del mundo. Por ejemplo, el ejército salvadoreño aplastó a los militantes trabajadores del café en la “matanza” del año 32, en la cual murieron entre diez y treinta mil personas. En Costa Rica violentas

4. Salazar, *Labradores*..., 164-66.

5. Roberto Santana, *Paysans dominés: lutte sociale dans les campagnes chiliennes (1920-1970)* (Paris, 1980), 84-91.

6. José Bengoa, *El poder y la subordinación* (Santiago, 1988), 267-68.

huelgas terminaron en una alianza entre campesinos del altiplano y los trabajadores de la costa. Regiones de Colombia "se hundieron en conflicto social" cuando entre diez y quince mil colonos, trabajadores y migrantes, se levantaron en el campo. En México, el gobierno de Lázaro Cárdenas llevó a cabo una reforma masiva en el campo como reacción al movimiento revolucionario que había dejado un millón de muertos en las dos décadas anteriores. En el Perú, el AFPA trató de organizar a los pequeños propietarios y proletarios rurales en un partido político popular con, como resultó, un desenlace desastroso. Al mismo tiempo en Chile, a pesar de la militancia creciente de los sindicatos industriales y mineros y de la presencia de partidos políticos urbanos, el campo quedó esencialmente tranquilo. Brian Loveman, con datos del archivo de la Oficina del Trabajo, ha detallado el esfuerzo que se hizo para organizar a los sindicatos campesinos y el poco éxito que se tuvo entre los años 1920 y 1960. Es cierto que hubo inevitables conflictos a nivel de los fundos; sin embargo, es difícil hablar de una "militancia campesina", hasta la Reforma Agraria de los sesenta y la politización y concientización que la acompañaron. De hecho, los campesinos chilenos no se rebelaron, no se levantaron, ni aun cuando, como ocurrió en 1891, un conflicto en el interior de la clase dominante dio pretexto y oportunidad para ello. Los trabajadores rurales permanecieron aislados de las corrientes vitales de la política nacional; su única alianza era con aquella clase que era a la vez su "benefactor" y su opresor.

El momento clave en esta trayectoria política parece estar en los años del Frente Popular, cuando coincidieron los intereses de los mineros, del proletariado urbano y de los nuevos industriales, en la necesidad de abaratar los alimentos. Pero en vez de presionar contra la todavía poderosa clase hacendada, buscaron una meta más limitada, la de precios agrícolas controlados. Para los dirigentes políticos urbanos era obvio que un alza en los precios agrícolas carcomería los sueldos del proletariado y acarrearía problemas políticos en la ciudad. Durante los años siguientes, cada vez que el conflicto entre la ciudad y el campo amenazaba con "perturbar la paz social", los industriales, el proletariado urbano y los hacendados llegaron a un entendimiento mutuamente beneficioso, a expensas del campesinado: los hacendados se manifestaban dispuestos a aceptar precios controlados, siempre y cuando los "cuadros marxistas" no intentaran organizar al campesinado. Así, no se permitían sindicatos en el campo y el costo del trabajo rural se

mantuvo bajo. Los terratenientes y los trabajadores se quedaron con el sistema que habían reforzado cincuenta años antes y que perduraría dos décadas más, hasta el amanecer de las cataclísmicas luchas políticas que tuvieron lugar a partir de los años sesenta.⁷

4. Algunas hipótesis contrafactuales

Con el fin de comprender más claramente las implicaciones que tuvo para la historia chilena lo que realmente sucedió en el campo, imaginemos por un momento la historia en el modo subjuntivo: *qué hubiera sucedido* si hacendados y campesinos hubieran tomado otra ruta cuando se bifurcó el camino en el último tercio del siglo pasado.

Como se mencionó más arriba, parece insensato imaginar un "camino granjero"; es decir, una reforma precoz de la propiedad o una masiva redistribución de la tierra, en el siglo XIX. Los grandes fundos estaban firmemente atrincherados, y sus dueños muy poco dispuestos a considerar una subdivisión voluntaria o cualquier esquema real de colonización, sin considerar que ni siquiera existía presión política alguna en ese sentido. Pero entre las alternativas hipotéticamente abiertas entre 1860 y 1880, sí es posible imaginar el "camino prusiano", o al menos una versión chilena de él. Es especialmente fácil imaginar esa posibilidad, ya que casi un siglo después fue la elegida.

Tenemos entonces la siguiente pregunta: ¿Cuál hubiera sido el curso de la historia chilena si cien años atrás se hubiera elegido el "camino prusiano"? Imaginemos que en vez de reforzar el sistema de inquilinaje, los terratenientes hubieran desalojado a los trabajadores residentes para transitar al régimen asalariado. O supongamos que los inquilinos mismos hubieran elegido abandonar los fundos en masa para buscar empleo en otras parte. Si examinamos los obstáculos a estas posibilidades, y las implicaciones en el caso de que hubieran sido exitosas, quizás podamos comprender mejor la importancia del campo en la trayectoria de la historia chilena reciente.

a) Aspectos económicos

Suponiendo por el momento la capacidad y la dis-

7. Sergio Aranda y Alberto Martínez, "Estructura económica: algunas características fundamentales", en *Chile Hoy* (Santiago, 1970): 134; véase también Brian Loveman, *Chile*, 2ª ed. (New York, 1988), 235-54.

posición por parte de los terratenientes para tomar decisiones basadas en razones puramente económicas, podemos describir las condiciones que los hubieran persuadido a expulsar a los inquilinos, o las circunstancias que hubieran impulsado a los inquilinos a abandonar el fundo. Me parece que cualquier dueño de fundo habría tenido que considerar principalmente dos cosas: (1) si el valor de las regalías (tierra y ración) que se daba al inquilino había subido en relación al valor de su prestación de trabajo; y, (2) si costarían menos los salarios de los peones reemplazantes que el paquete de regalías otorgadas a los inquilinos. En cuanto a los inquilinos, habrían tenido que preguntarse si era posible obtener ingresos más altos y una mejor vida en otra parte. Si los hacendados hubieran desalojado a sus inquilinos y cambiado a un régimen asalariado, habrían tenido que competir con los salarios que se pagaban en la industria, la minería y la construcción, o correr el riesgo de perder a sus trabajadores. Dicho de otra manera, para retener los servicios del inquilino desalojado, el hacendado habría tenido que pagarle un salario en moneda equivalente al paquete total que había recibido como inquilino, o pagar a los peones —los afuerinos— un sueldo suficiente para asegurar su presencia durante los días claves del ciclo agrícola. Si el desalojo o abandono hubieran creado un alza de salarios en el nuevo mercado de trabajo, los hacendados habrían estado obligados a invertir sus ganancias en la modernización del agro, en vez de construir mansiones en Santiago e importar bienes de lujo. La otra posibilidad es que el desalojo y subsecuente proletarianización de los inquilinos hubiera provocado una baja de salarios, y así una reducción de los costos totales. Esta es, por supuesto, la lógica del "camino prusiano".

No podemos saber en qué medida el "camino prusiano" hubiera afectado el nivel de salarios, pero sí sabemos cómo percibían los terratenientes la odiosa posibilidad de libre competencia con otros sectores. Estaban completamente conscientes de la amenaza que presentaría un libre mercado de trabajo o, mejor dicho (ya que formalmente los inquilinos podían dejar el fundo a su propia voluntad), la amenaza de un libre mercado de trabajo sin los lazos que representaban la costumbre y el paternalismo. En la década de 1870, los contratistas empleados por los FF.CC. y las oficinas salitreras ofrecieron salarios suficientes para atraer a unos 30 mil trabajadores del Valle Central, mientras los hacendados insistían apasionadamente en la necesidad de arrastrar a sus peones e inquilinos en el fundo por

medio de tierras y regalías.

Los hacendados no pudieron haber seguido la práctica de "inquilinización" sin la cooperación de los mismos inquilinos; en vez de verlos inevitablemente como "víctimas", debemos entonces recordar que en esta historia los trabajadores también eran actores, e intentar ponernos en su lugar. Obviamente esto es difícil, ya que —como otras culturas similares— han dejado pocos documentos, lo que obliga a inferir sus motivaciones teniendo como material sólo la huella de sus acciones. Salazar y Bengoa emplean la literatura popular para acercarse a la mentalidad rural, y en las notables historias orales recopiladas y elaboradas por Ximena Valdés y sus colegas, podemos oír la voz de los propios hombres y mujeres del campo.⁸ Y aunque es cierto que sus testimonios se refieren a una época posterior —desde 1930 en adelante—, me parece que en estas entrevistas surgen verdades sumergidas de la mentalidad campesina.

Pocos campesinos creían en la posibilidad de una alternativa a la vida que llevaban; aun después de la aparición de periódicos y de la radio, la mayoría vivía convencida de que nada se podía cambiar, o de que si hubiera un cambio, resultaría para peor. Con la mejor tierra en manos de unos pocos terratenientes, por un lado, y miles de personas sin tierra, al otro, muchos codiciaban una posición en el fundo; querían ser inquilinos. Eran "libres", en el sentido liberal de la palabra, para hacerse inquilinos, y ninguna ley ni estatuto extralegal los obligaba a permanecer en el fundo, pero —y esto era el mayor problema— no tenían defensa contra el desalojo. Precisamente la amenaza de ser expulsados al subproletariado de afuerinos era el arma más poderosa esgrimida por los hacendados, desde que para los inquilinos su vida en la hacienda era indudablemente superior a la que podían encontrar fuera de ella, o en las desérticas salitreras del norte.

Se pueden expresar, en fin, todas estas explicaciones y justificaciones en términos económicos; en la realidad, sin embargo, pocos hacendados hicieron cálculos económicos tan explícitos. En tanto la tierra fuera barata en relación a los salarios y, sobre todo, si podían pagar en regalías y evitar el pago en efectivo, los hacendados se resistían al cambio. La mano de obra asalariada acompañada por mecanización y modernización pudiera haber sido provechosa, pero en la década de los setenta y ochenta del siglo pasado no había una percepción

8. Ximena Valdés et al., *Historias testimoniales de mujeres del campo* (Santiago, 1983).

clara de ello. Más importante aún, y lo quisiera subrayar, es que el inquilinaje no era simplemente un sistema económico ni para el hacendado ni para el inquilino.

b) Aspectos políticos

Como ha señalado José Bengoa, el poder político de los hacendados en el campo se basó no sólo en el control de la tierra, sino también en el control de la gente. Durante las primeras décadas de la época de la Independencia, el control de la gente significó no sólo el dominio sobre docenas de inquilinos dispuestos a trabajar en el campo, cosechar el trigo, llevar mensajes y atender a las tareas domésticas en la casa del fundo, sino también la defensa de los intereses del patrón, con las armas cuando fuera necesario.

El Estado conservador se basaba en una "sociedad de notables", en la cual los grandes hacendados del Valle Central eran el elemento dominante. Sublevaciones armadas regionales del norte minero y del sur molinero cuyos líderes tenían inclinaciones democratizantes (estilo siglo XIX) fueron aplastadas en 1851 y 1859, y el Estado centralizador se fortaleció.⁹ En la medida en que los ingresos de la exportación minera hicieron posible una burocracia mayor y más autónoma, el Ejecutivo insistió en que sus candidatos aparecieran en las listas electorales, y después movilizó a la Guardia Nacional y a los empleados públicos para que votaran por los candidatos oficiales.

Ya por 1870, la "fronda aristocrática", y especialmente los grandes hacendados, se vieron obligados a combatir las maniobras presidenciales con sus propias manipulaciones dentro del juego democrático; es así que en 1874 lucharon por una Ley de Reforma Electoral que diera derecho a voto a todo hombre alfabeto, una precocidad democrática que por aquellos años funcionaba efectivamente sólo en Francia, los Estados Unidos y Suiza.¹⁰ La clase hacendada chilena, sin embargo, apoyó la reforma electoral no por una fe visionaria en las responsabilidades cívicas del bajo pueblo, sino como una forma de contrarrestar la autonomía creciente del Estado liberal.

Con la Reforma Electoral de 1874, y en adelante, los poderosos terratenientes comenzaron a inscribir a sus propios trabajadores en los registros electorales de la comuna, y después a imponerlos o —si fuera necesario— comprarles el voto. Constituía éste, entonces, un motivo poderoso para la presencia de un leal y generalmente obediente inquilinaje. Nadie, por ejemplo, visitando la gran hacienda de San José de Carmen (El Huique), hogar de una población residente de más de mil personas (y de dos Presidentes chilenos), puede dejar de sentir su importancia social y política. El poder político que para la clase hacendada representaba un inquilinaje subordinado, salta a la vista en el pequeño y fascinante libro de Arturo Valenzuela. Incluye un cuadro de su libro que da el número de personas inscritas en los registros electorales de la provincia de Rancagua, divididas por ocupación, antes y después de la Reforma Electoral.

CUADRO 1. El electorado en la provincia de Rancagua

Ocupación	1872	1878
Propietarios y capitalistas	142	11
Profesionales, comerciantes y otros	167	625
Empleados públicos y privados	111	151
Agricultores (incluye inquilinos)	780	5.223
Artesanos y otros trabajadores especializados	266	1.573
Mineros	14	115
Obreros y otros de estrato bajo	0	24
TOTAL	1.480	7.722

Fuente: Valenzuela, *Democratización vía reforma*, 119

El término "agricultor" en los censos del siglo pasado excluía "peones" y "gañanes" (que tenían sus propias categorías), pero incluía a los inquilinos (que no fueron separados estadísticamente hasta los años treinta). El incremento inaudito en la categoría de "agricultores" en el Cuadro 1 sólo puede significar la inclusión de miles de inquilinos, fraudulentamente calificados casi de la noche a la mañana para aumentar las votaciones de la clase terrateniente. Como consecuencia, los terratenientes mantenían un peso exagerado en la política nacional. A pesar de los enormes cambios en el país, que incluían el rápido desarrollo del sector minero y el crecimiento de la población urbana, el poder político del campo no disminuía: había más senadores y diputados vinculados a la clase hacendada en 1900 que en 1850; el campo se mantuvo sólidamente conserva-

9. Maurice Zeitlin, *The Civil Wars in Chile (or the bourgeois revolutions that never were)* (Princeton, 1984), Cap. 2.

10. Samuel Valenzuela, *Democratización vía reforma: la expansión del sufragio en Chile* (Buenos Aires, 1985), 12-19 y 106-21.

dor por los años del Frente Popular y hasta la década del sesenta de este siglo.

En un cierto sentido, y paradójicamente, el hecho de que los terratenientes tuvieran que competir por votos en una democracia precoz pero abierta al fraude, ayuda a explicar la retención de un arcaico inquilinaje subordinado. Los hacendados entendían perfectamente la ventaja política que les conferían sus inquilinos, y entendían también que si los expulsaban, perderían su base electoral. En cambio, por ejemplo, ni los Junkers ni tampoco los contemporáneos hacendados mexicanos tenían que preocuparse de los votos del campesinado.

Continuando con la hipótesis contrafactual, la proletarianización de los trabajadores rurales habría producido otras y más desagradables ramificaciones. Aun si los hacendados hubieran conservado una parte de su poder político hasta los años treinta, es difícil imaginar que un campesinado proletarianizado hubiera aceptado las mismas alianzas de clase que hemos descrito antes. Si se hubiera liberado del dominio patronal y paternalista, podríamos imaginar para los años posteriores a la crisis de 1930, un campesinado organizado en sindicatos, rebelde a prestar su apoyo a los patrones, aliado con algún movimiento urbano, tal como de hecho sucedió treinta años más tarde.

c) Aspectos sociales y culturales

Aparte de los factores económicos y políticos que explican la persistencia del sistema rural chileno, indudablemente también han pesado elementos sociales y culturales. Las entrevistas y encuestas recogidas al iniciar la Reforma Agraria, las indagaciones de Brian Loveman en los archivos de la Oficina del Trabajo, los testimonios de las *Mujeres del campo*, publicados por Ximena Valdés y otras investigadoras, representan una rica fuente de información para la reconstrucción de las ideas y valores no sólo de la gente humilde, sino también de los patrones.

Es sumamente importante entender los lazos de afecto y miedo, el odio y hasta el amor entre patrón y trabajador, para explicarse la larga atracción de una comunidad de opresión. Analizándolo desde la perspectiva del patrón, creo que la idea de "servicio personal" ha sido muy importante al respecto. Aunque personalmente nunca he gozado del "servicio personal" de docenas de sirvientes que me ensillan el caballo, que silenciosamente me abran las puertas, que atiendan a mis huéspedes y me ofrezcan —públicamente al menos— respeto y

deferencia, y todo casi sin pago, puedo imaginar sus atractivos. En mi país, lo más parecido a la subordinación o deferencia, estilo *ancien régime*, se encuentra alrededor de la persona del *Grand Seigneur* de Negocios, que goza del servicio obscurente de docenas de secretarías y empleados; pero aun este ejemplar está en peligro de extinción, ante el asalto de la revolución feminista.

No dudo de que el placer de dar órdenes, de ser servido, pesaba mucho en cualquier decisión que tomara el hacendado chileno en cuanto a las supuestas ventajas de la "modernización" o la "proletarianización". La satisfacción del "servicio personal" para quienes lo recibían es tan difícil de cuantificar como muchos otros elementos importantes en la explicación histórica; sin embargo, debe haber sido una razón poderosa para la larga duración del inquilinaje.

El "servicio personal" en el campo derivó de —y a la vez condicionó— un sistema de "poder y subordinación" cuyas raíces se encuentran en la encomienda del siglo XVI. Y esta relación de poder y subordinación estableció —como siempre lo hace— que a la sombra del "servicio personal" se levantara la posibilidad del "castigo personal", en este caso, el derecho que se arrogaban los terratenientes o sus delegados para multar o azotar a los trabajadores que declaraban fuera de la ley. No creo que exista un estudio sistemático sobre este triste tema, pero tengo la impresión de que el grado de "servicio personal" y "castigo personal" que perduraba en el campo chileno hasta hace pocas décadas, había desaparecido con la Revolución Francesa, con la Revolución de 1910 en México, y que no existía, por ejemplo, ya antes de los tiempos de Bismarck en Alemania. Tampoco puedo imaginar a mi bisabuelo en Kansas, siglo XIX, inclinando la cabeza y dejándose azotar, y ni aun dejándose convencer de prestar "servicios personales" a nadie. La esclavitud negra, por supuesto, siempre es tema aparte.

5. Conclusión

Espero que este bosquejo, aunque un poco rápido, haya servido para subrayar ciertas características de la historia chilena que parecen poco comunes a un extranjero. En comparación con otros países, la persistencia en Chile de un sistema señorial y la falta de un movimiento político campesino hasta mediados del presente siglo me parecen excepcionales, y he tratado de sugerir cuáles han sido las consecuencias de tales procesos.

Ahora, en julio de 1989, tenemos ante los ojos el *dénouement*; vemos cómo ha resultado, al menos

hasta el presente. En los tiempos de Ibáñez y Alessandri, los hacendados tomaron el camino que habían rechazado un siglo atrás. Desalojaron a los inquilinos o los convirtieron en proletarios pagados casi totalmente en efectivo. En 1964, sólo el 6 por ciento de la población rural económicamente activa se describía como inquilinos. Durante los siguientes seis o siete años, los gobiernos de Frei y Allende irrumpieron en esta tardía transición al capitalismo, buscando una solución urbana al persistente problema de "poder y subordinación" a través de programas de cooperativismo y colectivismo, respectivamente. Desde 1973, parece que el Chile rural hubiera tomado el "camino granjero", con ciertas características prusianas.

Parece obvio que la transición retardada o incompleta al capitalismo agrario durante los cien años anteriores a 1960 tuvo un impacto profundo en la historia reciente del país, y he tratado de imaginar algunas sendas alternativas para explorar la importancia de la experiencia realmente vivida. La persistencia de la estructura señorial no fue especialmente dañina para la agricultura: durante las tres primeras décadas de este siglo, o sea el

punto máximo del desarrollo del inquilinaje, el área cultivada en el país se duplicó y la producción agropecuaria global se incrementó a una tasa anual de 3 por ciento. Sin embargo, si creció la agricultura, la minería y la industria lo hicieron más rápidamente, y después de 1930, la mayoría de la población ya residía en las grandes ciudades. Todo este proceso, sin embargo, no fue acompañado por un cambio correspondiente a nivel político. La clase hacendada, apoyada por un campesinado aislado, intimidado y cooperativo, pudo mantener una influencia desproporcionada hasta hace unos veinticinco años.

Si los terratenientes hubieran tomado el "camino prusiano" en el siglo pasado, probablemente habrían modernizado la agricultura mientras debilitaban su propia base política; si los inquilinos hubieran abandonado el fundo o si hubieran aceptado su destino de proletarianización, los podemos imaginar con menos seguridad, y a cambio con más influencia política...

Pero todo esto suena a soñar con el oro de California, así es que ¡basta de historia en modo sub-juntivo!

(Versión en español del autor, revisada por P. Matta)

Bandolerismo: mito y sociedad

Algunos apuntes teóricos

Andy Daitsman

Desde que Eric Hobsbawm publicó en 1959 su libro *Primitive Rebels* (traducido al español como *Rebeldes Primitivos*), su concepto del bandolerismo social ha sido objeto de una crítica de fondo. Aun después de publicarse dos ediciones en inglés y varias traducciones, y de la profundización del concepto en su libro *Bandits*,¹ se le ha seguido cuestionando. La mayoría de sus críticos todavía intenta "comprobar" que el "modelo" de Hobsbawm —que entiende el bandido como un rebelde social primitivo— distorsiona la realidad. De hecho, como resultado del frenesí de investigación a que esto ha dado lugar, ya no cabe duda de que muchos bandoleros en la práctica actuaban de una manera horrosa, y que carecían de cualquier interés por el bienestar de los que llegaban a ser sus víctimas, o de sus pueblos. A pesar de esta verdad, quisiera plantear que este tipo de crítica afecta sólo mínimamente el fundamento de la proposición de Hobsbawm. Yendo más allá de lo dicho por él, intentaré proponer una nueva definición teórica del bandolerismo social, y sugerir posibles usos de esta reformulación en el estudio futuro de las rebeliones campesinas.

Si aceptamos que los motivos de los bandoleros eran menos "puros" de lo que pudiera pensarse, entonces, ¿no es válido el concepto de bandolerismo social como reflejo de una latente resistencia campesina a un orden social represivo? Para contestar esta pregunta, es necesario aclarar antes la definición que el mismo Hobsbawm ha dado al término. La literatura muestra un alto grado de confusión en este punto, y muchos críticos han atacado a un Hobsbawm que no existe en la realidad. Por ejemplo, Hobsbawm nunca propone que

todo bandido es un bandido social; al contrario, es muy explícito en diferenciar el bandolerismo social de la actividad de "los profesionales de los bajos fondos", de un lado, y del pillaje rutinario típico de los beduinos y otros pueblos, del otro.

Los bandoleros sociales... son campesinos fuera de la ley, a los que el señor y el Estado consideran criminales, pero que permanecen dentro de la sociedad campesina y son considerados por su gente como héroes, paladines, vengadores, luchadores por la justicia, a veces incluso líderes de la liberación, y en cualquier caso como personas a las que admirar, ayudar y apoyar.²

Entonces, la clave del problema es la relación entre el bandido y la sociedad campesina, y más específicamente, su imagen en ella, de modo tal que lo que en realidad hace el bandido tiene una importancia secundaria en el análisis y, más aún, quizás es ajeno al concepto. En este sentido, el mostrar que un tipo de bandido en un momento dado no se conforma en los hechos a la imagen del bandolero social, es irrelevante, en términos teóricos, a la existencia o inexistencia de un bandolerismo social.³

Por otra parte, el bandolerismo social no caracteriza una sola etapa de la historia, sino "parece

2. Hobsbawm, 10.

3. Véase la crítica de William Taylor referente al caso de los saltadores de caminos en el México borbónico, que descansa en la conclusión de que tales saltadores no eran bandoleros sociales. Sin embargo, esta conclusión es consistente con el planteamiento de Hobsbawm, según el cual los saltadores de caminos conforman una categoría distinta a la de los bandoleros sociales. William Taylor, "Bandit Gangs in Late Colonial Times: Rural Jalisco, México, 1794-1821", *Bibliotheca Americana* 1, no. 2 (November, 1982): 56 y passim; Hobsbawm, 10.

1. En español: Eric J. Hobsbawm, *Bandidos*. Traducido por María Dolores Folch y Joaquín Sempere (Barcelona, 1976).

presentarse en todas aquellas sociedades que se hallan entre la fase de evolución de la organización tribal y familiar, y la sociedad capitalista e industrial moderna, pero incluyendo aquí las fases de desintegración de la sociedad familiar y la transición al capitalismo agrario".⁴ Es decir, el fenómeno es casi universal en sociedades precapitalistas que ya están diferenciadas en clases. La transición al capitalismo no tiene una relación particular con el fenómeno, aunque es uno de los momentos en que se puede esperar el surgimiento del bandolerismo social.

Da da la afirmación de Hobsbawm en cuanto a que el bandolerismo social es universal, parece más útil considerar que el concepto nos aporta una función *descriptiva* y no *predictiva*. La etapa entre la decadencia de una sociedad basada en la familia y la transición al capitalismo demoró varios miles de años y vio el desarrollo de las más variadas formas de organización social. Las generalizaciones sobre un período tan largo y tan diverso, tienen que ser muy abstractas. La única condición para la existencia del bandolerismo social, según Hobsbawm, es que los campesinos estén "oprimidos y explotados por algún otro: señores, ciudades, gobiernos, legisladores o incluso bancos".⁵ Es decir, tiene que ser en el contexto de una formación social feudal, o capitalista comercial, o la del modo de producción asiático, etc. Estos sistemas se parecen sólo en el sentido de que son principalmente agrarios, que están marcados por diferenciación social, y que son anteriores a la transición al capitalismo industrial. Cabe señalar que las diferencias entre ellos son mucho más importantes que las similitudes.

Es mejor, entonces, ver el concepto del bandolerismo social como *petite-théorie*, no *grande-théorie*. Hobsbawm no pretende explicar el universo entero de la sociedad humana, ni aún el de la sociedad campesina, sino que quiere entender un fenómeno bastante más pequeño, lo que parece ser la universalidad de los mitos que glorifican a los bandidos campesinos. Aunque algunos de estos mitos son la creación de intelectuales de la clase media, quienes románticamente quieren volver a un pasado que se imaginan más puro y menos conflictivo que la sociedad actual,⁶ muchos otros son realmente el producto de las sociedades cam-

pesinas mismas. Hobsbawm se dio cuenta de la recurrencia de idealizaciones parecidas en culturas distintas, y pretende explicar la similitud por medio de una interpretación teórica del contexto social.

La mayoría de las críticas a Hobsbawm comienzan con la actividad criminal de los bandidos, e intentan deducir de ella el contenido social del bandolerismo.⁷ Así se pierde el punto clave, implícito en lo dicho por Hobsbawm pero nunca formulado explícitamente en el libro, respecto a que el bandolerismo social es fundamentalmente una construcción social. No son los bandidos quienes crean el concepto de bandoleros sociales, sino que lo hacen las comunidades desde las cuales ellos surgen. El bandido tiene la opción de adaptarse a la imagen o dejarla a un lado. En la práctica, parece que la mayoría decide mantener la imagen del bandolero social para conservar un cierto grado de apoyo político dentro de la comunidad, sin necesariamente aceptar todas las limitaciones de un "verdadero", o ideal, bandolerismo social. En cierto sentido, el bandido comienza a cambiar su conducta para así satisfacer mejor las expectativas de su público.

Cuando los concebimos así, nos damos cuenta de que los bandoleros sociales existen en una relación dialéctica con "su propia" comunidad campesina.⁸ Su prestigio dentro de la comunidad depende del cumplimiento de ciertas obligaciones, como son las de vestirse bien, desafiar a la autoridad establecida, asociarse con las élites locales, tratar bien a los pobres, etc. Es la comunidad quien define estas obligaciones en el acto de crear los mitos. El bandido mismo contribuye a crear expectativas futuras por medio de sus propias actividades, las cuales se transforman a la vez en nuevas leyendas. Bandidos potenciales, antes de optar por la vida del bandolero, ya conocen las leyendas existentes. En pleno conocimiento de las expectativas comunitarias referidas a los bandidos sociales,

7. Véase, por ejemplo, la casi totalidad de los artículos en Richard Slatta, ed., *Bandidos: The Varities of Latin American Banditry* (New York: Greenwood Press, 1987), con la notable excepción de Linda Lewin, "The Oligarchical Limitations of Social Banditry in Brazil: The Case of the 'Good' Thief Antonio Silvino", en *ibid.*, págs. 67-96. Otros ejemplos de este tipo de crítica se hallan en *Bibliotheca Americana* 1, no. 2 (Noviembre, 1982).

8. Hobsbawm deja bien en claro que el carácter social de un bandolero en particular depende enteramente del punto de vista desde el cual su comunidad lo define. El bandolero social de un pueblo puede ser el ladrón común de otro. "Un hombre puede ser a la vez un bandido social en sus montañas nativas y un simple ladrón en el llano". Hobsbawm, 11.

4. Hobsbawm, 11.

5. Hobsbawm, 13.

6. En rigor, Hobsbawm no muestra la sensibilidad necesaria a esta posibilidad.

ellos tienen que decidir cómo van a enfrentar la comunidad donde nacieron y se criaron.

He aquí la dialéctica: la comunidad campesina tiene una cierta expectativa respecto a la conducta del bandido social. Sin importar lo que en verdad hacen los bandidos, los campesinos interpretan esa actividad según sus propias expectativas. Del mismo modo, los bandidos son producto de las mismas comunidades campesinas, y son, como hemos dicho, plenamente conscientes de las expectativas que ellas tienen. Aun cuando no tenga la menor lealtad a su comunidad nativa, un bandido inteligente y muy sagaz intentará que sus actividades aparezcan ante ella como consistentes con las expectativas que se ha formado. Es decir, la comunidad misma ayuda a elegir el tipo de actividad bandolerística que se realizará. Cuando los actos de un bandido escapan a las normas establecidas por la comunidad, existe la posibilidad de que ella reinterprete esas acciones de tal manera que cuadren con la conducta esperada. En cambio, cuando un individuo deja de cumplir significativa y reiteradamente las normas establecidas, la comunidad puede responder castigándolo con el ostracismo, o también puede redefinirlo como "un bandolero no social". El bandolerismo social aparece aquí como un discurso campesino; es una realidad que existe solamente en tanto los campesinos entienden que existe.

En esta visión dialéctica del bandolerismo social, la conducta real de un bandido deja de ser un buen indicador de la presencia o ausencia de bandos sociales. Un análisis riguroso debe comenzar con la comunidad campesina y con la actitud campesina frente al bandolero. Para comprobar el "modelo", es necesario determinar antes si los campesinos realmente crean mitos del bandolero social. Si lo hacen, se debe mostrar después que, en la práctica, algunos bandidos o cambiaron para estar en conformidad con las expectativas, o presentaban su conducta desviada de tal manera que pareciera conformarse a ellas, aun cuando en la realidad no fuera así. No es suficiente mostrar que en verdad un bandido en particular fuera un violador y un matón vicioso; sin embargo, éste es precisamente el nivel de análisis alcanzado por la mayoría de los trabajos en inglés sobre el bandolerismo en América Latina.⁹

9. La visión de Hobsbawm respecto al bandolerismo social es más literal; parece creer de verdad que en el mundo real han existido ladrones verdaderamente nobles. Esta proposición es bastante discutible, y está aún pendiente una investigación seria en archivos

El objetivo de esta discusión teórica es mostrar que el bandolerismo como discurso campesino es una forma legítima de resistencia campesina. En su conducta real, los bandidos cumplen el rol de desviar tensiones sociales, y ello no sólo por su función redistributiva, sino también porque son un ejemplo de movilidad social. Como una conceptualización campesina, sin embargo, los bandoleros sociales representan la reformulación del orden social de manera que sirva a las necesidades de los campesinos, y no a las de la élite.¹⁰ Aunque los beneficios que el bandolerismo proporciona son solamente de corto plazo para los miembros de la comunidad campesina que lo apoya, en el largo plazo ayudan a reproducir un sentimiento único de autoidentificación dentro de la cultura popular.

Con esta formulación teórica de la relación entre bandidos y comunidades campesinas, se puede sugerir una estrategia de doble nivel para investigar el impacto político real de los bandidos en el siglo xix en Latinoamérica. En el primer nivel, el de la acción, y siguiendo el camino trazado por Christon Archer,¹¹ investigaremos la actividad política real de los bandoleros, su eventual participación en

judiciales que encuentre información acerca de un bandido que pueda ser inequívocamente calificado de ese modo. Sin embargo, el mito del bandido social sí existe, y en los más variados rincones del mundo. El desarrollo que aquí damos a la dialéctica entre el bandido y la comunidad tiene sus antecedentes, creo, en el libro de Hobsbawm, y, además, está enteramente de acuerdo con la lógica allí planteada. La diferencia importante con Hobsbawm es el reconocimiento de que los bandoleros, aun cuando se conformaban a los mitos, eran realistas, y sus motivaciones diferían de las que la comunidad adscribía a su conducta.

10. "Those groups in society capable of controlling the political and legal machinery frequently determine what is legal and what is criminal. In short, political power may define legality". [Aquellos grupos sociales capaces de controlar la maquinaria política y legal, a menudo determinan lo que es legal y lo que es criminal. En resumen, el poder político puede definir la legalidad]. Richard W. Slatta, "Rural Criminality and Social Conflict in Nineteenth Century Buenos Aires Province", *Hispanic American Historical Review* 60, no. 3 (1980): 450. El bandolerismo como discurso representa un intento popular para reestructurar la definición de legalidad y, por ende, determinar quién ejerza el poder político.

11. Christon Archer, "Banditry and Revolution in New Spain, 1790-1821", *Bibliotheca Americana* 1, no. 2 (November, 1982): 58-89. Archer introduce la idea del bandolero guerrillero, un tipo específico de bandolerismo que se parece al social, pero se desarrolla durante un tiempo de guerra civil. Véase también Louis A. Pérez, Jr., "La Chambelona: Political Protest, Sugar, and Social Banditry in Cuba, 1914-1917", y Gonzalo G. Sánchez & Donny Meertens, "Political Banditry and the Colombian *Violencia*", ambos en Slatta, ed., *Bandidos*.

los conflictos políticos y el sentido de dicha participación (en favor de quién, a cambio de qué beneficios, etc.). En este tipo de análisis, el bandolero probablemente aparezca representando su interés particular y no el de una clase.

En el otro nivel de análisis, el de discurso, la existencia de una tradición de bandolerismo social representa la tradición de oposición y resistencia campesina al régimen en el poder. El bandolerismo proporciona el modelo social para los campesinos, quienes, en una coyuntura dada, deciden expresar su resistencia *con el arma en la mano*. En este caso, el bandolerismo social expresa el interés colectivo del campesinado. El concepto de bandolerismo social, entonces, nos ayuda a entender las formas que toman las rebeliones campesinas.

El caso chileno del siglo XIX

Este esquema investigativo presupone que el (o la) investigador(a) entienda la naturaleza de la comunidad campesina, y también el tipo de mitos y leyendas que ella inventa acerca de los bandidos. Es decir, antes de investigar la articulación política de los bandidos, hay que entender la idiosincrasia del ambiente social y cultural dentro del cual ellos operan. Veamos brevemente el caso concreto de Chile, que por cierto presenta rasgos distintos de los casos europeos en que fundamenta Hobsbawm su teoría.

La imagen típica del campesinado chileno, la de Gay, McBride, etc., era que los campesinos no existían como tales. Más bien, existía la hacienda con sus inquilinos, casi esclavos, y, más allá de sus límites, algunos pocos vagos y minifundistas. No obstante, Góngora nos ha mostrado que los vagos no eran pocos, y Salazar después descubrió que tampoco lo eran los pequeños propietarios (muchos de los cuales no eran precisamente minifundistas). Como fruto de investigaciones como las de Bauer y Bengoa, hasta la imagen de los inquilinos está cambiando drásticamente.¹²

Las investigaciones arriba mencionadas nos llevan a la conclusión tentativa de que uno de los rasgos principales del campesinado histórico chileno es su lazo precario con la tierra. Sin negar que el campesino aspiraba a tener un campo propio, y trabajaba duramente para lograrlo, la realidad es que muchos no lo consiguieron; y aun cuando lo alcanzaran, frecuentemente no quedaban parcelas para sus hijos, quienes a la vez tenían que salir a tentar su suerte. En documentos de mediados del siglo XIX, en pleno *boom* agrícola, abundan referencias tales como "mi hermano, quien salió hace tiempo de aquí y ya no tenemos noticias más de él"; lo mismo para "mi marido", "mi hijo", etc. Salazar describe en este sentido la migración de mujeres a las afueras de las ciudades y pueblos, para asentarse y abrir pequeños negocios de entretenimiento y venta.

Todo esto significa que el espacio geográfico del campesino era mucho más amplio que un mero pueblo o villorrio; en verdad, abarcaba todo el territorio de la República, y aun partes de la Argentina. Este hecho es de fundamental importancia cuando intentamos recrear la mentalidad de los campesinos del siglo XIX, primera tarea en la investigación del bandolerismo social. Una comunidad móvil tendrá una concepción del mundo, y de sí misma, muy distinta de la de una comunidad asentada y fuertemente ligada a la tierra. La gran mayoría de las investigaciones del bandolerismo social, sin embargo, tratan de estas últimas.

Una lectura superficial de los cuentos populares chilenos sugiere que los temas de movilidad y bandolerismo estaban muy presentes en la mentalidad campesina.¹³ Son varios los relatos cuyo punto de partida es la necesidad de un(a) joven de salir del seno familiar para tentar su suerte en el mundo. Muchas veces este(a) mismo(a) joven cae en manos de bandidos, a pesar de las advertencias de un anciano respecto a los peligros que ellos representan. Lo interesante es que el bandido aquí no tiene la imagen de salvador ni vengador, ni cualquiera otra de las atribuciones definidas por Hobsbawm, sino que está envuelto en una sombra de misterio y

12. Mario Góngora, "Vagabundaje y sociedad fronteriza en Chile, siglos XVII a XIX", *Cuadernos del CESO* 2 (1966); Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX* (Santiago, 1985); Arnold Bauer, *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930* (Cambridge, 1975); José Bengoa, "Una hacienda de fines de siglo: Las Casas de Quilpué", Ponencia leída en el Seminario "Sociedad Agraria y Sociedad Minera Chilena en la Literatura y en la Historia", Universidad de Santiago, Santiago de Chile, julio 26 de 1989. (Véase una versión de la ponencia en este mismo volumen).

13. Se pueden encontrar algunos ejemplos en Yolando Pino Saavedra, *Cuentos folklóricos chilenos* (Santiago, 1973). La temática ha sido investigada por Max Salinas en "El bandolero chileno del siglo XIX; su imagen en la sabiduría popular", *Aracaria de Chile* (Madrid) 36 (1986): 57-75 y "La sabiduría campesina y popular chilena del siglo XIX", *Aracaria de Chile* 19 (1982): 81-96.

magia.¹⁴ De todos modos, es objeto de respeto y admiración, aunque claramente una figura peligrosa.

En ausencia de un estudio más profundo, sería muy aventurado entrar aquí en una explicación del significado de este hecho. No obstante, podemos especular que la imagen mágica del bandido, y el respeto de que fue objeto, se deben al hecho de que se trata de un personaje que ha roto las reglas impuestas por la clase dominante y representa una vida alternativa, más libre y más acorde con la experiencia histórica de la clase popular chilena, que la ofrecida por la sociedad actual. Por extensión, el ejemplo del bandido aplicado a toda la sociedad implica una profunda reorganización de las estructuras del mundo conocido. Obviamente el camino del bandido está lleno de peligros, sin mencionar las posibles amenazas que representa una nueva organización social. Se hace evidente, así, que para optar a ese tipo de vida se tiene que recurrir a algún tipo de magia.

Ahora bien, para ser completa la historia, tiene que incluir no sólo las conceptualizaciones del bandido por parte de los campesinos, sino también la actividad real de los bandidos mismos. Existen ya algunos estudios de su conducta, y otros están en preparación.¹⁵ Como es de esperarse, estos estudios nos muestran que la vida real es un poco distinta de las idealizaciones creadas por la gente, y que la vida de los bandidos no tenía mucho de misteriosa ni de mágica, aunque sí de peligrosa. El bandolerismo aparece más como mecanismo de sobrevivencia para personas sumergidas en una

pobreza dolorosa y menos como una expresión de algún tipo de confrontación social o de clases, un hecho aparente en la procedencia de las víctimas, mayoritariamente de la misma clase que los victimarios.

Existe así una contradicción en el caso chileno, no muy distinta en verdad a aquella presente en los otros casos de bandolerismo. De un lado, están los mitos que, si no justifican precisamente el bandolerismo, por lo menos lo presentan como una posible alternativa a la actual organización de la sociedad. De otro lado, tenemos al bandido mismo, que actúa para satisfacer su hambre u otras necesidades. ¿Cuadrar el uno con el otro? En principio, pareciera que no.

Antes de desechar toda la teoría frente a esta aparente contradicción, es necesario recordar dos cosas. Primero, como dijimos al comienzo, no todos los bandidos son bandoleros sociales; y segundo, que la definición del bandolerismo social descansa en la relación dialéctica entre bandido y sociedad. Podemos distinguir teóricamente entre un bandolerismo social existente, caracterizado por bandidos que adoptaron las restricciones de los mitos como una guía de acción; y un bandolerismo social latente, en el cual los mitos existen, pero los bandidos no los toman en serio. Además, posiblemente existen en el mundo casos donde el fenómeno no surgió. De todas maneras, la tarea del (la) historiador(a) es aplicar la teoría a su caso concreto para determinar mejor la utilidad de ella. Yo, por lo menos, sigo creyendo en la utilidad del concepto de bandolero social.

14. Salinas y Bengoa han encontrado en la poesía popular chilena una celebración de las hazañas del bandido. No obstante, el caso específico descrito por Bengoa trata de un bandido andaluz y no chileno, aunque el poeta traslada su héroe lingüísticamente al medio chileno. Bengoa, *El poder y la subordinación. Acerca del origen rural del poder y la subordinación en Chile, Historia social de la agricultura Chilena*, Tomo I (Santiago, 1989), 112-13. Lamentablemente, no he podido reconsultar el trabajo de Salinas durante la confección de esta ponencia, por su escasa disponibilidad en Chile.

15. Véase, por ejemplo, Amalia Ríosco P. y Saúl Gutiérrez L., "La violencia en la provincia de Talca; 1850-1875", Memoria presentada a la Universidad de Talca (diciembre, 1988). Jaime Valenzuela está muy cerca de terminar una tesis de maestría en la Universidad Católica sobre el mismo tema en la provincia de Curicó.

Los sectores populares urbanos como sujetos históricos

Luis Alberto Romero

Universidad de Buenos Aires. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

La cuestión de quiénes son los sujetos históricos y cuáles son sus modos de existencia ha sido central en la ciencia histórica, y sin duda todavía plantea numerosos problemas. Tradicionalmente la ciencia histórica respondió, sencillamente, que eran los hombres: Julio César, Carlomagno, Luis XI o Robespierre; de ellos se predicaba cuando se escribía la historia, y la explicación de sus acciones podía referirse a algunas nociones básicas de tipo psicológico: ambición de poder, crueldad, abnegación (si eran héroes patrios). En el siglo XIX se dio forma a un segundo gran sujeto: el pueblo o la nación, en torno al cual se constituyó la historiografía romántica: un conjunto social homogéneo e indiferenciado, siempre igual a sí mismo, de existencia tan enraizada en la tradición y tan poco marcado por el devenir que casi salía de la historia. Posteriormente, y hace no mucho, la Historia se nutrió del contacto con Ciencias Sociales más jóvenes que, sin la carga del viejo oficio, pudieron elaborar más libremente sus categorías conceptuales. Así, los historiadores empezaron a pensar sus problemas en términos de sujetos colectivos: las clases en primer lugar, pero también los estamentos o aun grupos de índole más diversa. La antropología enseñó a pensar en términos de etnias o comunidades, y la ciencia política ayudó a entender que el propio Estado tiene una lógica y una autonomía tal que puede convertirse en sujeto histórico.

Pero esto no resolvió todos los problemas del historiador. No se trata sólo de saber "quiénes son los que" (según la clásica pregunta para determinar el sujeto gramatical), sino qué tipo de definición es útil o adecuada para el análisis histórico: ¿En qué lugar de la realidad social, en qué nivel o instancia se constituyen los sujetos? ¿En una o en varias? ¿En todas a la vez y simultáneamente, o hay algunas manifestaciones que son derivadas de las otras? Más específicamente: ¿qué relación hay, en esa constitución, entre los aspectos

que suelen llamarse objetivos (por ejemplo, su inserción en la estructura socioeconómica, o en la estructura política) y lo que, impropriamente quizá, se denominan aspectos subjetivos, es decir, la percepción que esos sujetos, y los otros, tienen de esa situación? Si estos problemas, en cuyo análisis se manifiesta hoy un importante impulso renovador, son comunes a la Historia y a las restantes Ciencias Sociales, hay uno que es propio de ella y que hace a su diferencia específica: hasta qué punto es adecuado utilizar, para un proceso cuyo devenir permanente se afirma, categorías fijas, principalmente estáticas, como las que habitualmente elaboran las Ciencias Sociales. Como ha señalado José Luis Romero, la diferencia entre unas y otras pasa por el hecho de que las Ciencias Sociales apuntan preferentemente a la sistematización (y de allí su gusto por categorías definibles y fijas), mientras que la Historia apunta a percibir los procesos.¹

Este problema, presente desde Parménides y Heráclito en las formas de conocimiento de nuestra cultura occidental, tiene una clara referencia para la cuestión del sujeto; con Heráclito, podría decirse: no encontrarás dos veces la misma clase; o más exactamente, una clase no es de un cierto modo, sino que *está* siendo, es decir, se está haciendo, deshaciéndose y rehaciéndose permanentemente, de modo que una forma de conocimiento centralmente estática, como la que proponen las Ciencias Sociales, ayuda poco a captar la naturaleza histórica de los sujetos sociales.

Las implicaciones de esta cuestión se advierten en los estudios sobre la clase obrera y los sectores

1. Indudablemente, esto era mucho más cierto en la década del sesenta que hoy, cuando la crisis de muchos paradigmas ha volcado, en ocasiones, a los cientistas sociales hacia la perspectiva histórica; pero creo que, en el fondo, las diferencias se mantienen. Véase José Luis Romero, "La especificidad del objeto", en *La vida histórica* (Buenos Aires, por aparecer), y en general, todos los textos de ese volumen.

populares urbanos.² Es indudable que los estudios históricos sobre la clase obrera progresaron mucho; pudieron hacerlo apoyándose en algunas firmes nociones provenientes tanto del marxismo tradicional como de la Sociología o la Economía. En primer lugar, podía encontrarse a este sujeto ubicado en la estructura productiva: su existencia surgía nitidamente del análisis de las relaciones de producción más básicas de una sociedad. Mejor aún, se lo encontraba con igual claridad en los censos y estadísticas: podía decirse con exactitud cuántos eran, en qué ramas se ubicaban, cómo se distribuían según la dimensión de las unidades de producción, según los ingresos, según su productividad y su grado de explotación. Se los podía medir y pesar, con lo que todas las exigencias del conocimiento más positivo quedaban satisfechas. Igualmente clara es su ubicación en otros niveles de la realidad: allí estaban las organizaciones sindicales, los partidos políticos que representaban sus intereses, las ideologías que expresaban esos intereses y su visión del mundo. Era fácil postular una relación unívoca entre todos los niveles: eran así, se comportaban así y pensaban así. Más aún, eran sustancialmente iguales a sí mismos, salvo los cambios provocados por los grandes quiebres en la estructura productiva, como por ejemplo el pasaje de la etapa de las empresas individuales a la de los grandes monopolios. Si luego el análisis histórico concreto revelaba anomalías o conductas no explicable, como por ejemplo su apoyo a partidos conservadores, esto se debía a fenómenos de falsa conciencia, o a que aún no se habían desarrollado todas las etapas del camino del autoconocimiento: lo ideológico funcionaba así como la variable de ajuste, con la cual la historia (lo que realmente pasó, según la fórmula rankeana) se reconciliaba con las categorías más básicas, que de algún modo se sacaban, si no de ella, al menos de sus contingencias.

En las últimas cuatro décadas, los estudios han tendido a mostrar fisuras en ese paradigma, que ha terminado casi totalmente cuestionado. La exploración de otras esferas de la vida de los trabajadores —principalmente a partir de la cuestión del nivel de vida— reveló que había distintas posibilidades de encarar el problema de la constitución de los sujetos, no sólo centrada en su vida laboral. Los estudios sobre

la formación de la clase obrera dieron cuenta de una transición muy matizada y muy larga, y de una serie de formas intermedias no exactamente homologables al viejo paradigma de la clase obrera, aunque tampoco incompatibles.³ Por otra parte, en el caso específico de las sociedades latinoamericanas se puso en evidencia el carácter insular de su clase obrera (por lo menos de aquella que satisficiera el viejo paradigma) y la amplitud de otros grupos que no se confunden con ella, pero que tampoco pueden ser separados completamente, y por los cuales pasan algunos de los procesos sociales más significativos.⁴

Así hoy, en el caso de las sociedades urbanas, los estudios sobre lo que Gramsci llamó las clases subalternas parecen no centrarse exclusivamente en los trabajadores industriales, sino en un conjunto más amplio, genéricamente denominado sectores populares urbanos. Por otra parte, del estudio excluyente de lo laboral se ha pasado a un intento de integrar las distintas esferas de su vida; de su acción y conflictos como trabajadores, a través de las organizaciones sindicales, a todas las manifestaciones conflictivas de su existencia. Finalmente, del análisis de las "ideologías", esto es, las formulaciones sistemáticas, provenientes de intelectuales que enseñan a la clase cuáles son sus ideas (tal la versión extrema y caricaturesca del planteo mucho más profundo de Lenin, que ha dominado los estudios en este campo), a una consideración más general de lo que se denomina su cultura.⁵

3. Entre los clásicos, E. J. Hobsbawm, *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera* (Barcelona, 1979); E. P. Thompson, *La formación histórica de la clase obrera* (Barcelona, 1977), y *Tradición, revuelta y conciencia de clase* (Barcelona, 1979); G. Rudé, *La multitud en la historia* (Buenos Aires, 1971) y *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII* (Barcelona, 1978); G. Siedman Jones, *Outcast London. A study in the relationship between classes in Victorian society* (Oxford, 1971).

4. Sobre esta reconsideración de la historia del movimiento obrero latinoamericano, véase C. Bergquist, "¿What is being done? Some recent studies of the working-class and organized labour in Latin America", *Latin American Research Review* 16, no. 2 (1981); también el intercambio entre Bergquist, Sofer, Erikson, Peppe y Spalding en esa misma revista, Vol. 15, no. 1 (1980).

5. Un ejemplo de la ampliación del interés por los conflictos sociales centrados exclusivamente en el mundo del trabajo son los estudios sobre los llamados "movimientos sociales", muy comunes hoy. Néstor García Cándini ha subrayado recientemente el conflicto social inherente a la puja por el consumo, extendiendo considerablemente la tradicional noción de la lucha de clases. Véase, entre otros textos donde hace un planteo similar, "¿De qué estamos hablando cuando hablamos de lo popular?", *Punto de Vista* (Buenos Aires) 7, no. 20 (mayo de 1984). Sobre el tema de la cultura de los sectores populares y la clase obrera, véase por ejemplo P. Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe* (Londres, 1978); E. Muchembled, *Culture populaire et culture des élites dans la France moderne*

2. Elijo este campo porque he estudiado el tema en relación con Santiago de Chile en el siglo XIX, y Buenos Aires entre 1880 y 1940. Parte de los trabajos sobre Buenos Aires ha sido realizada conjuntamente con Leandro H. Gutiérrez. El tema de los sectores populares y su cultura ha sido una preocupación común de los miembros del PEHESA, de modo que muchas de estas ideas son el fruto de una elaboración colectiva.

Esto no significa que el viejo paradigma haya sido reemplazado por otro que ofrezca las mismas seguridades, que permita presentar dibujos tan claros y orgánicos como los de la "historia del movimiento obrero". Por el contrario, quienes han abandonado las viejas seguridades son conscientes de estar en terreno movedido y de que, en realidad, carecen de respuestas categóricas para preguntas y cuestionamientos. El principal problema es que se han propuesto estudiar un sujeto elusivo, que no sólo no puede medirse y pesarse sino que, en rigor, no puede definirse con precisión. ¿Quiénes son estos sectores populares de las ciudades de que se habla? ¿Qué arco de la sociedad cubren? ¿Son todo, o a fuerza de no querer dejar nada fuera, terminan no siendo nada? Por otra parte, la relativización del estudio de objetos tangibles, como son las organizaciones sindicales y los textos políticos, plantea la segunda cuestión: ¿es posible conocerlos? Extremando la perspectiva antropológica (que indudablemente ha enriquecido mucho estos estudios), salta inevitablemente el *caveat* spengleriano: nunca se llega realmente a entender a ese "otro", que no sólo es distinto, sino que carece de formas de expresión propias; que cada vez que habla o actúa lo hace a través de canales prestados, de voces y plumas ajenas, con palabras e ideas de otros.

El texto que sigue pretende, más que dar respuesta a cuestiones que todavía no las tienen (y quizá nunca las tengan), precisar y delimitar los interrogantes para evitar que, de incitaciones a la revisión de las ideas establecidas, éstos devengan en el paralizante "esto no se puede estudiar". Intentaré en segundo lugar mostrar que, poniendo precisión en las cuestiones y acotándolas, pueden abrirse algunas vías de conocimiento nuevas. Finalmente procuraré plantear algunas ideas sobre la naturaleza de los sujetos sociales, vistos desde la perspectiva de la Historia, que giran en torno de la constitución de su identidad. En mi opinión, las tres cuestiones están entrelazadas.

(Paris, 1979; J. Clarke, Ch. Chrichter and R. Johnson, *Working-Class Culture. Studies in history and theory* (Birmingham, 1979); G. Stedman Jones, *Languages of Class. Studies in an English working-class history, 1932-1982* (Cambridge, 1983), y particularmente el artículo, allí incluido y traducido al castellano, "Cultura y política obrera en Londres, 1870-1900: notas sobre la reconstrucción de una clase obrera", *Teoría* (Madrid) 8:9 (1981-1982); R. Hoggart, *The Uses of Literacy* (London, 1977); R. Rosenzweig, *Eight Hours for What We Will. Workers and leisure in an industrial city, 1870-1920* (Cambridge, 1983); R. Samuel and G. Stedman Jones, eds., *Culture, Ideology and Politics*. History Workshop Series (London, 1982).

¿Dónde se constituyen los sujetos sociales?

La primera cuestión por dilucidar es el lugar, nivel o instancia de la realidad en que se constituyen los sujetos históricos. Aquí el marxismo ha marcado un hito en las Ciencias Sociales, reconocen o no su filiación. Los sujetos principales del proceso histórico se constituyen en el nivel de la estructura socioeconómica, en torno de las relaciones sociales de producción, lo cual es —creo— sustancialmente correcto, aunque no lo es, en cambio, dar por terminada la indagación allí, donde en realidad empieza. Esa certidumbre, por otra parte, ofrecía también una seguridad cognoscitiva: sobre esa estructura y esas relaciones era posible fundar un conocimiento sólido, objetivo, "duro". Esa seguridad, en cambio, impuso limitaciones a la investigación. Minimizó la indagación sobre sujetos que se constituyen en otras estructuras de la realidad (o en otros planos de la realidad fáctica, según los términos de José Luis Romero) y que, aunque en el largo plazo pueden ser de una importancia secundaria respecto de los primeros, en el análisis histórico propiamente dicho son eventualmente importantes o decisivos: tal el caso de los que se constituyen en la esfera política, como partidos o facciones, o los que son parte del Estado, como las Fuerzas Armadas, o los que actúan en el plano ideológico, como las formaciones o grupos de intelectuales. Por otra parte, esa seguridad tendió a suprimir las diferencias o peculiaridades de los niveles o planos de la realidad, subsumiéndolos todos en el primero y reduciendo los restantes a epifenómenos de aquél. Así, de la inserción del sujeto en la estructura productiva se derivaban sus "intereses", tan objetivos como aquéllos, que a su vez derivaban en acciones, unidas a las anteriores por una cadena de rígidas determinaciones, lo que culminaba en la visión e interpretaciones de unos y otros: las ideologías. Si la clase obrera era un objeto de conocimiento "duro", también lo eran sus intereses, modos de acción y objetivos, previsibles y unívocos. Si luego se descubría que no actuaban ni pensaban tal como sus intereses debían determinarlo, eso podía explicarse por distintos tipos de desviaciones, falta de conciencia o fenómenos de "falsa conciencia" (lo que secundariamente suponía que alguien —un grupo político— era el depositario de esa conciencia real, y eventualmente podía sustituir la acción de los desviados, concepción de una trascendencia política muy grande).

Pero la pregunta de un historiador no puede ser por qué un sujeto teórico —más una categoría analítica que una realidad observada en el análisis— no actúa como debería actuar. El oficio del historiador es explicar cómo actúan los sujetos históricos reales, y esa

acción no sólo es el resultado de compulsiones de la realidad fáctica, sino también el producto de un acto de conciencia, sea ésta plena, falsa o velada, la que luego, confrontada con aquella realidad, se traduce en efectos diferentes a los proyectados, e incluso no queridos. Así, explicar las acciones de los sujetos, y a partir de ellas a los sujetos mismos, implica considerar, además de las situaciones sociales en que están incluidas —las estructuras del orden fáctico—, la conciencia que los sujetos tienen de ellas, porque es en el cruce de ambos planos, el de las situaciones y el de su conciencia, donde se constituyen los sujetos históricos.⁶

Es ésta, por otra parte, una contraposición clásica: la del ser social y la conciencia social, resuelta habitualmente en términos de ideología, es decir, visión parcial, velada, deformada, intencionalmente deformada u ocultante de la realidad. Se diría: la realidad existe y la ideología —un núcleo de concepciones lógicamente articuladas y rigurosamente armadas— la encubre. Esta contraposición se nos aparece hoy esquemática e insuficiente. Para el enfoque que proponemos, parece más pertinente el concepto de cultura, tal como lo utilizan actualmente muchos estudiosos: un conjunto amplio de representaciones simbólicas, de valores, actitudes, opiniones, habitualmente fragmentarios, heterogéneos, incoherentes quizá, y junto con ellos, los procesos sociales de su producción, circulación y consumo, cuya consideración permite superar la idea tradicional de las representaciones como "reflejo" y las ubica en su doble carácter de constituyentes del proceso social y constituidas por él.⁷ Así caracterizada la cultura, es posible relacionar con ella, en un lugar importante pero no ya en el centro, a la ideología, núcleo conceptual "duro", con formas específicas de producción, circulación y consumo, que en parte es producto decantado de aquel conjunto de representaciones y en parte opera desde fuera de él, moldeándolo, ordenándolo, dándole coherencia.

La cuestión es cómo relacionar ambas dimensiones del proceso social. Habitualmente, dentro de aquella tradición más clásica, eran consideradas dos esferas absolutamente diferentes: una de ellas determinaba a la otra, que era apenas un reflejo de la primera, un fantasma casi, que no merecía estudios

específicos. Esta opinión era compartida por quienes, desde el otro lado, veían la historia de las ideas como un campo autónomo, cuyo estudio no requería mayores precisiones desde el campo de las realidades materiales. La percepción de los elementos materiales implícitos en los procesos culturales, y de los elementos simbólicos que necesariamente informan los procesos sociales, el estudio de las interacciones e influencias recíprocas, lleva en un extremo a Raymond Williams a hablar de un proceso social único y de la inescindibilidad de sus dos dimensiones, material y simbólica. Algo similar propone José Luis Romero con su concepto de vida histórica. Williams rescata la idea básica de la tradición marxista de la determinación en última instancia de las estructuras materiales y la traduce en términos de límites —dentro de los cuales pueden constituirse diversos universos culturales— e incitaciones, elementos necesarios pero no suficientes, a partir de los cuales los sujetos conforman su mundo cultural.

Si aceptamos la idea de que en la esfera cultural se constituye la *forma mentis* de los sujetos, que es valorativa y operativa, es decir, que les permite juzgar y actuar; si admitimos que su acción es un producto tanto de las "incitaciones y límites" de la estructura como de los impulsos de esa *forma mentis*, que opera como filtro y como retícula de las incitaciones de la realidad, se plantea entonces uno de los problemas centrales del análisis histórico: por qué camino esas determinaciones de la estructura se convierten en formas culturales. Es sin duda el concepto de experiencia, elaborado aunque no demasiado teorizado por E.P. Thompson, el que más ayuda a encarar estos procesos, en tanto permite explicar simultáneamente el modo como se constituyen representaciones sociales a partir de experiencias individuales primarias, y a la vez el modo cómo esas experiencias primarias son vividas e interpretadas por sus protagonistas a la luz de las experiencias acumuladas, decantadas y convertidas en representaciones simbólicas. He aquí un camino por el cual, continuamente y sin rupturas, se pasa del proceso social a su representación simbólica y de ella nuevamente al proceso social, por la vía de la conciencia de los sujetos.⁸ Se complementa con otro que ha sido mucho más estudiado: aquel por el que la experiencia social constituida se incorpora a los suje-

6. José Luis Romero, "Reflexiones sobre la historia de la cultura", en *La vida histórica*, cit.

7. Seguimos aquí el planteo de Raymond Williams: *Marxismo y literatura* (Barcelona, 1980) y *Cultura. Sociología de la comunicación y el arte* (Barcelona, 1981).

8. Este planteo aparece en *La formación histórica de la clase obrera*, y en *Miseria de la teoría* (Barcelona, 1981), donde polemiza con Althusser. También en *La "economía moral" de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII*, incluido en *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, cit.

tos individuales que, en términos de Bourdieu, se apropian de distintas porciones del capital social acumulado. De este doble proceso surge eso que, en términos clásicos, se ha llamado la conciencia de clase, y que quizá convendría denominar con un término menos cargado de connotaciones.⁹

En síntesis, un sujeto social se constituye tanto en el plano de las situaciones reales o materiales como en el de la cultura, sencillamente porque ambos son dos dimensiones de una única realidad. Los estudios clásicos han partido de uno, y no se han molestado casi en llegar al otro, sustituido lo al sumo por el estudio de las ideologías que, se suponía, eran aceptadas por los sujetos. En el caso de los estudios sobre la clase obrera, la mayoría de las investigaciones ha puesto el acento en las situaciones reales: conocemos relativamente más de su inserción en la estructura socioeconómica, de sus organizaciones y de su acción sindical y política. Por ello parece importante dar un impulso al estudio de la dimensión simbólica de esos fenómenos, lo que no supone descartar aquella ni minimizarla, entre otras cosas porque ningún estudio de los procesos de constitución del universo simbólico puede hacerse separado de la sociedad o los ámbitos sociales específicos en que ello ocurre. Este terreno de lo cultural, que hoy aparece como fundamental para entender a los sectores populares, es sin duda mucho menos seguro y firme que el hasta ahora privilegiado. Es cierto que suele ser el terreno propicio del ensayismo y la generalización fácil. Pero esas dificultades no pueden excusar su estudio; más bien deben obrar como desafío para encontrar metodologías aptas y categorías operacionales que permitan hacer pie en el pantano. Esa intención tiene nuestra propuesta de considerar las identidades sociales y su proceso de constitución.

¿Cómo conocer a los sectores populares?

La segunda cuestión tiene que ver con la posición de los sectores populares urbanos en la sociedad y las implicaciones que ello tiene respecto de las posibilidades de conocerlos. Es sabido que la Historia ha mirado preferente o exclusivamente a las élites, entre otras cosas porque ellas son las que se hacen escuchar plenamente. Tener voz es tener historia y quienes no la

tienen, según la fórmula del historiador Pérez de la Riva, son las "gentes sin historia".

Pero desde fines del siglo xviii la presencia de los sectores populares en la escena histórica es insoslayable, lo que obligó a abandonar la tradicional ignorancia de sus voces. Acerca de cómo acercarse a ellos, dos posiciones extremas han dominado hasta hace un tiempo la discusión, y todavía hoy perduran con fuerza. Unos, desde una perspectiva populista que tiene sus raíces en el historicismo romántico, han tendido a ver una suerte de identidad popular que recorre la historia, sustancialmente igual a sí misma, o al menos lo suficientemente resistente a los cambios como para que pueda identificarse la presencia de un sujeto en períodos o circunstancias muy diferentes. Tal los planteos sobre "líneas históricas", que sin inconvenientes mayores suelen enlazar los comienzos del siglo xx y los finales del xx en un único movimiento, por ejemplo la lucha por la "liberación".¹⁰ Tal planteo supone además que ese sujeto es básicamente impermeable a las influencias de los sectores dominantes, que la dominación logra acatamiento pero nunca aceptación ni mucho menos readequación del sujeto a los parámetros fijados por el sistema de dominación. En el otro extremo, se ha supuesto que estos sectores populares carecen completamente de toda identidad propia; todo lo que son es lo que les han dicho que tienen que ser; todo lo que tienen es una variante degradada de la cultura de la élite, que a fuerza de vieja se ha hecho *folk*. Esta concepción se refuerza a partir de los estudios de los procesos de comunicación de masas: el llamado "paradigma comunicacional" hace del receptor un paciente, moldeable por el emisor, sobre todo si los medios son enormemente poderosos.¹¹

Estas dos propuestas extremas acerca de si los sectores populares poseen existencia autónoma observable tenían la ventaja de dar una respuesta coherente, si no convincente, acerca de un interrogante que habitualmente acosa a quienes estudian este tema: cómo conocer a estos sectores populares huidizos y hasta evanescentes. Desde la perspectiva populista, el cami-

10. Esto es característico del "revisionismo", consiente historiográfica argentina, de escasa densidad académica pero de gran impacto en el público.

11. Néstor García Canclini ha caracterizado críticamente ambas concepciones en *Las culturas populares en el capitalismo* (México, 1982). Igualmente, P. Burke, "El 'descubrimiento' de la cultura popular", en R. Samuel, ed., *Historia popular y teoría socialista* (Barcelona, 1981). También el trabajo firmado por nuestro grupo, el PEHESA, "La cultura de los sectores populares: manipulación, immanencia o creación histórica", *Punto de Vista* 6, no. 18 (agosto de 1983).

9. P. Bourdieu, *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza* (Barcelona, 1973). E. J. Hobsbawm, "La conciencia de clase en la historia", en *Marxismo e historia social* (Universidad Autónoma de Puebla, 1983).

no pasa por la identificación con el alma popular: al pueblo se lo siente, y luego se lo entiende. Por otra parte, cada cosa que se sepa, averigüe o intuya acerca de ellos puede ser ubicada más o menos en cualquiera de los momentos de su devenir, pues en el fondo no cambian. Desde la perspectiva de la manipulación, conociendo el mensaje se conoce al destinatario.

Quienes en cambio se ubican en la perspectiva de la ciencia histórica o la antropológica, y tienen en cuenta los recaudos para el conocimiento propio de esas disciplinas, suelen ser más precavidos, lo que frecuentemente los lleva a un callejón sin salida. No hay de los sectores populares demasiados testimonios directos: durante la mayor parte de su historia, esta "gente sin historia" no supo escribir, y a lo sumo escribían por ellos. En todos los lugares donde se los ve actuar se constata que, en definitiva, siempre es una actuación mediada por elementos, estructuras o instituciones de la sociedad establecida: sus creencias pasan por el filtro de las iglesias institucionales, su acción política a través de direcciones o programas ajenos, sus ideas son expresadas por otros, aun en los casos de mayor simpatía. Aplicando las reglas del conocimiento positivo, se llega rápidamente a la conclusión de que, puesto que no hay testimonios puros, no hay conocimiento posible, con excepción de los aspectos más "duros" de su realidad. Podemos saber cuántos son, en qué trabajan, quizá cuántas calorías consumen; pero recordando a continuación que allí se encuentra en realidad una burocracia, o profesionales de la política, o intelectuales simpáticos pero extraños. Los sectores populares permanecen sin embargo misteriosos, lejanos e inasibles. Quienes asumen la perspectiva antropológica y abordan los problemas culturales, se topan con una segunda barrera: su cultura no es, en el fondo, tan ajena como la de una tribu polinesia. Tienen su propio mundo de valores, sus propias reglas de pensamiento, y esto —que ni siquiera podemos analizar a través de testimonios directos— nos es sustancialmente extraño, tal como lo planteaba Spengler para las culturas no occidentales. Juntos o separados, ambos razonamientos suelen servir para desalentar estos estudios, aun cuando se los reconozca importantes y valiosos.

Las dos cuestiones planteadas suelen paralizar la discusión; es necesario enfocarla desde otro punto de vista. En primer lugar, volver a las nociones básicas sobre qué cosa es una sociedad: los sectores populares y la élite, o cualquier otro tipo de sectores que se identifiquen en ella, no existen antes o al margen de la sociedad. Son en el fondo distinciones analíticas que se realizan para estudiar ese todo; y, como tales, su análisis, es decir su estudio por separado y en sí, tiene

un límite, que está dado por los supuestos acerca del todo social. No se hace historia de los sectores populares o de la élite, sino de la sociedad, vista desde la perspectiva de uno de sus actores.

La primera consecuencia de esta vuelta a las nociones básicas tiene que ver con nuestra tradicional imagen de sujetos sociales clara y pulcramente recordados, si no impermeables, si al menos nítidamente separados unos de otros. E.P. Thompson ha señalado, en un notable artículo, cómo los sujetos sociales se constituyen a partir de un conflicto social que les es previo. No se trata con esto de establecer prelación, que llevarían otra vez al callejón sin salida de la "última instancia", sino de buscar un modo de pensar distinto del que emana de la vieja tradición: primero están (y caractericemos a) los actores, y luego veamos las causas que llevan al conflicto. Tanto Raymond Williams como Pierre Bourdieu han partido de un punto de vista similar al estudiar los problemas culturales: antes que pensar en sujetos sociales que tienen distintas culturas, y establecer a partir de esto las relaciones, conviene partir de la existencia de una corriente cultural común y estudiar las distintas formas de apropiación o consumo, así como los mecanismos que las regulan. Aquí, como en el caso anterior, primero está el campo y luego los sujetos. Pero en él, la configuración de los sujetos es cambiante: como ha señalado Stuart Hall en relación con el campo cultural, se trata de un campo de límites fluctuantes; entre sus polos —el popular y el de élite, en este caso— hay todo tipo de relaciones: imposición, aceptación, préstamo, apropiación. Lo que separa a lo popular de lo que no lo es no se define de una vez para siempre, sino que es el resultado concreto de una fase concreta de ese conflicto, y como tal se desplaza, avanza o retrocede. Es fácil pensar ejemplos similares en la lucha social, la política...¹² Las manifestaciones de lo popular que habitualmente puede estudiar un historiador —un partido, una forma de vida, un movimiento social, una creación cultural— nunca son populares en términos puros, y no porque los sectores populares, a diferencia de los de la élite, tengan esa *capitis diminutio* de la heteronomía o la subordinación (la tienen, pero es una diferencia de grado), sino porque esa mezcla es lo propio de todo el proceso social y cultural: el conflicto, la coexistencia, la impureza.

La segunda consecuencia del retorno a las nociones básicas tiene que ver con el problema del cono-

12 E. P. Thompson, "La sociedad inglesa del siglo XVIII: [lucha de clases sin clases]", en *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, cit. Stuart Hall, "Notas sobre la desconstrucción de lo popular", en R. Samuel, ed., *Historia popular y teoría socialista*.

cimiento de los sectores populares. Sabemos mucho sobre esas élites que escriben y piensan más o menos como nosotros (aunque bien podríamos aplicarles las mismas dudas acerca de la mediatización de sus acciones o el recurso a voces ajenas). Es posible que ellas nos guíen al conocimiento de los sectores populares, puesto que en realidad éstos no son polinesios sino coparticipes de un único mundo social y cultural. Para ello, podemos centrarnos en las acciones de diverso tipo que esa élite desarrolla para moldear, adecuar, conducir, dominar a los sectores populares.¹³ En primer lugar los miran, y traducen su impresión en multitud de testimonios: los sectores populares aparecen a veces como el reducto *folk* y pintoresco, o como las "clases peligrosas", o como la barbarie, o como los extraños, o de muchas otras formas, todas prejuiciosas, escasamente críticas, a menudo descalificadoras, que hablan mucho más de quienes las piensan que del objeto de referencia. Pero en el proceso social, también operan sobre éste: la "mirada del otro", del que está enfrente, es uno de los elementos constituyentes de la identidad social, y ese elemento puede ser estudiado bastante bien.

Por otra parte, el modo cómo esta élite organiza la sociedad constituye a los sectores populares de diversa forma: en trabajadores, en consumidores, en votantes, en acólitos. La adecuación de este sujeto a los papeles que debe desempeñar requiere de diversos instrumentos, en parte coactivos y en parte educativos. El Estado enseña, disciplina, vigila, castiga, como han señalado desde distintas perspectivas Althusser y Foucault. En el mismo sentido operan otros actores, como la Iglesia y, más recientemente, la industria cultural y particularmente los medios masivos de comunicación. Aunque los resultados obtenidos no son nunca exactamente los buscados (y aquí es preciso apartarse de la visión reproducionista de estos autores), indudablemente estas acciones son en parte (y a veces en gran medida) eficaces; por lo tanto, a través de ellas podremos saber mucho de quienes las reciben y soportan.¹⁴

Si pensamos que el sujeto paciente no es exactamente igual a lo que quieren hacer de él, es porque en primer lugar subrayamos su capacidad de resistencia y, también, porque tenemos en cuenta lo que suele llamarse la perspectiva del receptor: todo lo que se le dice a alguien es recibido e interpretado de un cierto modo; en términos comunicacionales, es decodificado a partir de un cierto código del receptor, y luego resignificado. Este código se ha formado ciertamente a partir de mensajes y enseñanzas anteriores (también decodificados y resignificados), pero igualmente a partir de las experiencias incorporadas a eso que llamábamos la *forma mentis* del sujeto, que opera como filtro y retícula. Es allí donde encontramos la herramienta que permite al receptor seleccionar, aceptar parcialmente, modificar, rechazar, cambiar de significado, ubicar en configuraciones de sentido diferentes. Es allí también donde el otro implanta, frontal o subrepticamente, sus propios instrumentos, criterios, valores. Es allí donde se libra uno de los combates por la hegemonía.¹⁵

La percepción de ese ancho campo de manobra, que transforma la "tabula rasa" en un sujeto histórico completo, es la que conduce al escepticismo acerca de la posibilidad de entender a ese sujeto rebelde, extraño y en cierto modo mudo a fuerza de ser ágrafo. Sin embargo, si aceptamos que podemos conocer positivamente los "mensajes" de diversa índole que se le dirigen a estos actores rebeldes e incógnitos, encontramos allí una segunda vía de conocimiento: todo mensaje y toda acción incluye de alguna manera al "otro", al destinatario de la acción, al receptor, puesto que espera ser aceptado y reconocido por éste. Las marcas y señales del lector, el oyente o el recipiente,

13. Tomo como referencia, naturalmente, el concepto de hegemonía de Gramsci. Véase *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno* (Buenos Aires, 1962).

14. L. Althusser, "Ideología y aparatos ideológicos del Estado", en *La filosofía como arma de la revolución*, Cuadernos de Pasado y Presente, no. 4, 9ª ed. (México, 1979); M. Foucault, *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (México, 1976). Sobre el papel de la escuela: E. J. Hobsbawm, "Mass Producing Traditions: Europe, 1870-1914", en E. J. Hobsbawm, ed., *The Invention of Tradition* (Londres, 1984); M. Ozouf, *L'Ecole, l'Eglise et la République, 1871-1914* (Paris, 1963);

P. Vilar, "Enseñanza primaria y cultura de los sectores populares en Francia durante la III República", en Bergerón, comp., *Niveles de cultura y grupos sociales* (Madrid, 1977). Sobre el papel combinado de la Iglesia y el Estado, los textos citados de Muchembled y Burke, y R. Mandrou, *Magistrats et sociétés en France au XVII^e siècle* (Paris, 1968).

15. Las teorías de la recepción han sido particularmente desarrolladas, en el campo de la crítica literaria, por H. B. Jauss y la Escuela de Constanza. Véase al respecto C. Altamirano y B. Sarlo, *Literatura/Sociedad* (Buenos Aires, 1983). Sobre los aspectos comunicacionales de la recepción, véase Stuart Hall, "Encoding-decoding", en *Culture, Media, Language* (Birmingham, 1980) y O. Landi, "Crisis y lenguajes políticos", *Estudios CEDES* 4, no. 4 (Buenos Aires, 1982). El concepto de "sentido común" y su carácter fragmentario y contradictorio ha sido planteado por A. Gramsci; véase *Los intelectuales y la organización de la cultura* (Buenos Aires, 1960). También: J. Nun, "Elementos para una teoría de la democracia: Gramsci y el sentido común", *Punto de Vista* 9, no. 27 (agosto de 1986).

incluidas en ellos, agregan indicios para el conocimiento de ese sujeto huido.

En síntesis, se no trata de sujetos sociales de entidad distinta, uno puro y otro impuro, uno cognoscible y el otro no, sino de un único campo cuyas zonas están quizá mejor o peor iluminadas, pero que es inescindible. Y así como estudiar las zonas claras ayuda a entender las oscuras, mientras estas zonas oscuras existan las claras no serán totalmente entendidas. Veamos ahora qué implicaciones tiene esto para una conceptualización de los sujetos históricos, y particularmente del llamado sujeto popular.

¿Son los sectores populares urbanos un sujeto histórico?

Cabe entonces preguntarse cuánto se dice cuando se habla de sectores populares, y hasta qué punto ellos son cabalmente un sujeto histórico. En realidad se dice muy poco, casi nada, y en este sentido las críticas al empleo de esta denominación son justas. El término apenas sirve para delimitar un campo de estudio, para recortar un área de la realidad, pero fuera de eso no precisa mucho más. Probablemente en esta ambigüedad e indefinición esté su virtud, pues de manera mucho más clara que cuando se emplean términos aparentemente más precisos, como clase obrera o burguesía, se manifiesta la imposibilidad de definir un sujeto *a priori*, fuera de un proceso histórico concreto. Frente a las definiciones más bien estáticas de las disciplinas sociales sistematizadoras, la Historia debe encontrar un modo específico de caracterizar los sujetos, y probablemente deba apelar para ello a un modo diferente de razonar. Señalaremos al respecto tres cuestiones.

En primer término: ¿los sectores populares son lo que son, lo que ellos creen ser o lo que otros creen que son? ¿Un siervo es un campesino oprimido por los nobles o es el "labrador" de un orden terrateniente integrado por defensores y oradores, como enseña la Iglesia? ¿Un vendedor ambulante es un comerciante por cuenta propia o la parte indiferenciada del "bajo pueblo", como cree la "gente decente"? ¿Un trabajador es un proletario, como piensan los socialistas, o un futuro cuentapropista, como a menudo cree él? En todos estos casos se ve el cruce entre caracterizaciones que nosotros, analistas, encontramos a partir de la estructura de la sociedad, que ellos no alcanzan a comprender, junto con imágenes del otro. Como ya se señaló, el sujeto histórico incluye, de alguna manera, esas distintas dimensiones. Hay en él una base, como un mármol en bruto sobre el cual puede construirse un número limitado pero diverso de estatuas: tal la determinación

de la estructura; los escultores son los grupos dirigentes, el Estado, la Iglesia, los grupos contestatarios, actuando conjunta o separadamente, y también el propio sujeto, que construye desde adentro su propia imagen, de modo que la resultante es una combinación, no necesariamente coherente, de todos esos impulsos.

En segundo término: ¿constituyen estos sectores populares un recorte preciso, homogéneo y constante de la realidad? La anterior conclusión indica que no puede resultar eso de la confluencia, necesariamente inestable y cambiante, de tantas fuerzas. Aquí, la percepción del historiador se aparta sustancialmente de la de quienes creen que es posible una caracterización precisa y unívoca, capaz de determinar los límites exactos de este sujeto popular, con la precisión que tiene, por ejemplo, una caracterización censal: tales categorías ocupacionales entran en la definición y tales otras no, y deben ser incluidas, por ejemplo, en la "clase media" (un término tan ambiguo como "sectores populares"), pero que sin embargo goza de más respetabilidad) o, por otra parte, en los grupos marginales o de la "mala vida", separados de los específicamente populares.

Quizá debería partirse de la premisa contraria. Existen en los sectores populares —y probablemente en cualquier sujeto histórico— fuerzas que llevan a su fragmentación: hay una enorme diversidad ocupacional y de condiciones en cuanto trabajadores; hay una gran diferencia en cuanto a riqueza, prestigio o poder, a partir de las cuales pueden establecerse capas; existen en ellos tradiciones culturales diferentes, que incluyen en muchos casos las nacionales; hay, finalmente, recortes ideológicos o políticos que, en ocasiones, pueden establecer diferencias profundas. La enumeración puede extenderse más aún. Todos esos segmentos que cortan el conjunto de diversas maneras, coexisten conflictivamente y las diferencias pueden llegar a determinar hasta enfrentamientos profundos (para poner un caso extremo: huelguistas y esquiroleros, o la clásica contraposición entre proletariado y lumpen-proletariado). Más aún, podría decirse que sobre esas diferencias, acentuándolas, suelen trabajar los mecanismos de dominación. Pero simultáneamente existen fuerzas que impulsan a la polarización: a su integración a partir de grandes experiencias unificadoras, que pueden encontrarse en los mismos campos donde se hallan las de la fragmentación: una gran fábrica, que iguala condiciones laborales; el hacinamiento en la vivienda, la común extranjería frente a una sociedad excluyente o xenófoba, la participación en acciones de lucha importantes, una identificación política, la represión.

He aquí, entonces, dos fuerzas en tensión, una que lleva a la fragmentación del universo popular en una multitud de universos y otra que tiende a unificar el campo; que operan en relación con fuerzas similares presentes en el otro extremo del campo social. En ocasiones, la polarización es tan fuerte que en torno del campo popular se aglutinan los que en otras circunstancias formarían parte de las llamadas capas medias; en otras, la tensión disminuye y queda entre los dos polos un campo indeciso y fluctuante; en otras, finalmente, estos sectores intermedios se agrupan en torno del polo dominante, como las limaduras de hierro en un campo imantado, según la imagen usada por Thompson. En fin, las posibilidades son múltiples, y sólo el análisis concreto de una situación puede revelarlas y mostrar cómo ese sujeto, que ambiguamente hemos llamado sectores populares, incluye y no incluye a todos los grupos y capas habitualmente considerados "dudosos" (ya se trate de pequeños comerciantes o de delinquentes). Pensar las cosas así constituye, de alguna manera, un desafío a la lógica que habitualmente usamos. En síntesis, debemos pensar en un sujeto que, aun teniendo un polo constante, cuya caracterización nos remite a la estructura, tiene límites y densidades variables, de cuya naturaleza no nos dice nada una respuesta genérica, y que remite al proceso histórico y sus coyunturas.

Finalmente: ¿se puede predicar algo constante y permanente de los sectores populares? Tenemos casi la necesidad intelectual de encontrar una definición de este sujeto lo suficientemente durable y permanente como para ser adecuada a una estructura de larga duración, al modo como "clase obrera" lo es para "capitalismo". Pero, por otro lado, la perspectiva historicista lleva a cuestionar la existencia de esas permanencias absolutas y a preguntarse si los cambios constantes, los cambiantes equilibrios, no hacen imposible esa continuidad y todo intento de definición permanente.

Los sectores populares, entre la fragmentación y la polarización, no *son* en realidad, sino que *están siendo*; es necesario encontrar la fórmula que, en la definición del sujeto, articule la continuidad en el cambio, o la transformación en la permanencia, problema que por otra parte es central en cualquier análisis histórico. Las fuerzas que operan alrededor de la polarización-fragmentación son más o menos las mismas que operan en este caso. Un cambio en la estructura de la sociedad, o una modificación de la relación entre el sujeto popular y alguno de los otros, lleva a una nueva configuración de ese sujeto, pero la vieja configuración no desaparece del todo: permanece en la imagen, en las representaciones simbólicas,

operando sobre la nueva realidad. Así, los cambios situacionales se combinan con las imágenes de los sujetos y la tradición —lo que han sido— se integra en el presente, operando sobre él. Hay una serie de mecanismos sociales de conservación de esa tradición: los tienen las familias, las asociaciones, como los sindicatos o los partidos, y también perdura en imágenes sociales acuñadas y perpetuadas culturalmente. Pero la tradición no es una fuerza ciega e indeterminada que ata el pasado con el presente. En buena medida, la tradición se construye, mediante el olvido y el recurso selectivo, la resignificación del pasado, y hasta el invento (como por ejemplo, la fundación mítica de un movimiento político). Hay procesos sociales específicos de constitución o destrucción de identidades, y hay agentes sociales especializados en ello, como los historiadores o los periodistas. El pasado opera sobre el presente y asegura la continuidad de los sujetos históricos, pero a partir de la elaboración que, desde el presente, se hace de él. Por otra parte, esa tradición constituye también un campo de conflicto cultural, y en la constitución de esa tradición, en la determinación de lo que debe ser recordado, olvidado y recuperado, y en la valoración respectiva, operan las mismas fuerzas que juegan en el conflicto social.¹⁶

Tenemos, pues, unos sujetos sociales que cambian y permanecen, son lo que son y lo que han sido. También, en alguna medida, lo que van a ser. Los procesos de cambio comienzan conformando situaciones sociales anunciadas, pero no maduras. Hay grupos, actitudes, ideas, que empiezan a configurarse pero que aún no han crecido lo suficiente como para incorporarse a un sujeto histórico distinto, y actúan dentro del existente, empujándolo en un sentido, para ser algo distinto, o prefigurando una ruptura. Tal el caso, por ejemplo, del vasto movimiento de disconformismo propio de la sociedad burguesa, que aun hoy desafía algunos de los componentes de ésta, aunque no termina de conformar una alternativa. Son grupos o fuerzas emergentes que, sin haber roto todavía con el sujeto, lo hacen empezar a ser algo distinto de sí mismo.¹⁷

16. E. J. Hobsbawm, "Tradiciones obreras", en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, y "Mass producing traditions", cit.

17. Raymond Williams ha propuesto esta idea de la coexistencia de elementos residuales y emergentes junto con los dominantes. Véase *Marxismo y literatura*, cit. Un análisis de este tipo aparece en la obra historiográfica de José Luis Romero, particularmente en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (Buenos Aires, 1976), y en *Estudio de la mentalidad burguesa* (Buenos Aires, 1987).

Así, un sujeto social, que es un presente, tiene metido dentro de sí el pasado y el futuro. Ninguna definición estática puede dar cuenta de esa sustancial transitoriedad, o mejor dicho del carácter dinámico y cambiante de su ser. Quienes han estudiado la conformación de la nueva clase obrera en el marco de la Revolución Industrial, a partir de distintos segmentos de sectores populares, se han encontrado con esa realidad: los nuevos obreros industriales son todavía una minoría en el mundo de jornaleros, artesanos, campesinos y lo que en general se ha denominado la "multitud"; más aún, lo que serán los rasgos propios de los obreros industriales —actitudes, formas de vida, formas de organización— no alcanzan todavía a diferenciarse de los propios de la vieja sociedad.¹⁸ Ninguna definición de la clase obrera alcanza a dar cuenta de esa compleja transición y puede precisar el momento en que lo viejo ya no es más y lo nuevo no lo es plenamente. Como en el caso anterior, tenemos aquí un desafío para una lógica habituada a las definiciones categóricas, fijas y excluyentes.

Identidades

En suma, los sectores populares no son un sujeto histórico, pero sí un área de la sociedad donde se constituyen sujetos. Su existencia es el resultante de un conjunto de procesos, objetivos y subjetivos, que confluyen en una cierta identidad, la que aparece en el momento en que, de un modo más o menos preciso, puede hablarse de un "nosotros", sea cual fuera esa identificación. Estas identidades son cristalizaciones provisionales, que dan el tono, la línea principal en una situación, un período relativamente largo, asible, cognoscible, pero que no excluye tonos menores, líneas alternativas, diferentes o contradictorias, remanentes o anticipatorias. Las identidades se constituyen en el marco de un campo social, en relación con otras, o más exactamente, contra otras identidades. Empujada por las tendencias a la fragmentación, cada identidad es una y varias a la vez; empujadas por lo que fueron y lo que van a ser, son iguales y distintas a sí mismas. Por ambas razones, sus límites y sus perfiles son fluidos y cambiantes, aunque puede identificarse en ellas un núcleo duro. Tal es la caracterización de un sujeto histórico, que si no ofrece las seguridades esperables para un conocimiento "duro" y positivo, al menos probablemente sirva para explicar más cosas que lo que permiten los recortes más tradicionales.

El fluir del proceso histórico hace provisionales a estas identidades. Pero esa provisionalidad también tiene que ver con los problemas apuntados del conocimiento. Las identidades, definidas provisoriamente, constituyen una herramienta heurística, una forma de acercarse al material empírico y organizarlo, y simultáneamente probar, combinar, evaluar hasta qué punto las líneas divergentes son eso o, más aún, definen identidades alternativas.

Porque el problema mayor de quien quiere simultáneamente estudiar a un sujeto huido como los sectores populares urbanos, y una esfera más huida aún, como la de la "cultura", es cómo transformar estas ideas generales acerca de la naturaleza de los problemas en mecanismos operativos. Aquí es sin duda donde los trabajos sobre la cultura popular ofrecen a menudo un flanco débil, donde más fácil es deslizarse del estudio riguroso al ensayo. En otros trabajos hemos propuesto la existencia, entre los sectores populares de Buenos Aires entre 1880 y 1940, de dos grandes identidades sucesivas: una trabajadora y contestataria, fuertemente influida por el anarquismo, y otra popular, conformista y reformista, con influencias del socialismo.¹⁹ También hemos propuesto un conjunto de vías que analíticamente pueden distinguirse al estudiar los procesos de constitución de estas identidades. En primer lugar, el área de las experiencias sociales, es decir, ese campo en que los impulsos estructurales se convierten en circunstancias vividas, recordadas y transmitidas, organizados en una forma mentis a partir de la cual las propias experiencias son entendidas. Luego, el área de las relaciones con los otros actores sociales, deseos de un modo u otro de moldear esa identidad. Estos actores, y la naturaleza de su acción, son diversos. Puede distinguirse entre ellos lo que es la mirada puramente prejuiciosa del "otro", de las élites, habitualmente descalificadora, aunque a veces sea paternal, y que de alguna manera el sujeto social incorpora, ya sea por la aceptación, el rechazo o la reformulación. Por otra parte, la acción

19. Véase "Sectores populares, participación y democracia", *Pensamiento latinoamericano* (Madrid) 7 (enero-junio de 1985), incluido en A. Rouquié y J. Schvarzer, *¿Cómo renacen las democracias?* (Buenos Aires, 1985); "Una empresa cultural para los sectores populares: editoriales y libros en Buenos Aires en la entreguerra", en D. Armus, comp., *Cultura política y modos de vida. Estudios de historia social argentina* (Buenos Aires, por aparecer); "La cultura de los sectores populares porteños (1920-1930)", con Leandro H. Gutiérrez, en *Espacios de crítica y producción* (Buenos Aires) 2 (julio-agosto de 1985); y "Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas: la cuestión de la identidad", *Desarrollo Económico* 27, no. 106 (julio-setiembre de 1987).

18. Véanse los trabajos de Thompson, Hobsbawm y Rudé citados en la nota 2.

más sintética, y más pretendidamente racional y universal, del Estado, con sus dos mecanismos (no siempre discernibles) de la coacción y la educación, que a partir de una imagen general de la sociedad asigna a cada uno una posición y una identidad y opera firmemente sobre las actitudes, creencias y valores del sujeto popular, reforzando unas, combatiendo o extirpando otras. Luego, el de instituciones tales como la Iglesia, los medios masivos de comunicación o, desde una perspectiva diferente, con intereses y propósitos opuestos pero con similares mecanismos, los intelectuales y políticos contestatarios (muchas veces llamados "de izquierda"), cada uno de los cuales procura moldear esa *forma mentis* reorganizando sus contenidos, extirpando, implantando, subrayando, atenuando.²⁰

Tales las fuerzas, los escultores del bloque de mármol. Es preciso penetrar luego en el proceso social en que actúan esas fuerzas, a lo largo del cual estas identidades se construyen y reconstruyen permanentemente. Este es precisamente el punto en que el análisis del historiador puede superar los límites de los estudios habituales de los productos de la cultura popular —su música, sus creencias— y sumergir a éstos en el proceso social que los constituye. Estas identidades —y en general todo el universo cultural— son el resultado de prácticas sociales, desarrolladas en espacios constituidos de la sociedad, en *ámbitos*. Esta denominación es lo suficientemente amplia como para incluir desde un sindicato, un comité político o una sociedad de fomento barrial hasta una taberna o el ámbito familiar. Más o menos estructurados, a veces espontáneos, a veces fuertemente institucionalizados, a veces durables y otras efímeros, están regidos por algún tipo de pautas que regulan su funcionamiento. Es en estos espacios sociales, estos ámbitos, donde es posible percibir los dos procesos principales de constitución de las identidades.

El primero es la transformación de la experiencia individual primaria en experiencia social compartida, decantada, traducida simbólicamente, olvidada, recordada, transmitida. El único lugar donde este proceso, etéreo e intangible, deja sus huellas es en estos

ámbitos sociales entre cuyas funciones se incluye, a veces, la conservación de esa memoria colectiva (aunque sea a través de un medio tan frío e impersonal como las actas de una sociedad de fomento).

El segundo es la imbricación de estas experiencias individuales con los impulsos de los otros. Podemos denominar genéricamente a éstos —usando de la metáfora comunicacional— mensajes: lo son lo que dice el Estado a través de la escuela, la Iglesia a través del cura, o la televisión. También lo es la opinión, menos articulada pero pesante, del otro. Todo mensaje supone una recepción, parcial, modificada, con rechazos, aceptaciones y cambios de sentido. Nuevamente, no es una recepción individual, sino colectiva. En esos lugares de la sociedad que hemos denominado ámbitos se reciben estos mensajes, se los elabora, se los comenta, discute, incorpora o desecha, del mismo modo como se elabora la experiencia. En este proceso de recepción y elaboración ocupa un lugar singular un conjunto social que genéricamente puede denominarse mediadores. Son quienes, por razones profesionales, de educación u otras, participan de dos mundos: son los maestros, los militantes políticos, los curas, los promotores culturales, en general, los "intelectuales". Participan de ambos mundos: traen, traducen y llevan, y dejan su huella en el proceso de conformación cultural.

Ámbitos, mensajes, mediadores... Sería pueril suponer que un esquema tan simple agote un proceso tan complejo. Pero ofrecen una vía de acceso a él. Es posible estudiar una sociedad de fomento o un sindicato: hay actas, periódicos, panfletos. Es posible estudiar a algunos mediadores, pensarlos como Janos bifrontes, con uno de sus rostros vuelto a lo popular y capaz de conducirnos a ellos. Es posible estudiar el amplio universo de mensajes, buscando en ellos la imagen de lo popular, y también su dimensión moldeadora. Si insistimos en ellos es porque, en un campo tan difícil de atrapar y tan sustancialmente inabisa como el de las identidades populares, constituyen un lugar por donde empezar a hincar el diente y, así, soslayar las tentaciones de la duda esterilizante y el "no se puede".

Marzo, 1988

20. Sobre la acción de la Iglesia y el Estado, véase nota 14. Sobre la acción de la izquierda debe remitirse, en primer término, a los textos de Lenin (*Qué hacer*, *Obras Escogidas*, Tomo I, Buenos Aires, 1965) y Gramsci (sobre los intelectuales, en *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Buenos Aires, 1960). Un estudio histórico destacable, realizado desde esa perspectiva, es el de R. Johnson: "Really useful knowledge: radical education and working class culture, 1790-1848", en Clarke et al., *Working-Class Culture*.

notas técnicas

Tesis sobre temas de Historia de Chile: 1973-1988 (Títulos de un primer balance)

Gonzalo Cáceres Q.
Licenciatura en Historia,
Universidad Católica

Más allá de poner a disposición del público especializado una lista que abarca un número significativo de tesis elaboradas en los últimos años en diferentes universidades de Santiago,¹ tratamos de "rescatar" el trabajo generalmente inédito de los(as) jóvenes investigadores(as) preocupados(as) por abordar temas de Historia de Chile.

Intentamos, a través de este mecanismo indirecto,² generar un mayor acercamiento entre los investigadores, en función de un "debate cooperativo" que se necesita producir.

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA,
HUMANIDADES Y EDUCACIÓN

a) Biblioteca central de la sede oriente (Avda. Larraín 9925)

1. ALISTE ASTORGA, GABRIELA (1989)

Paisaje y expresiones de sociabilidad en las áreas de esparcimiento en la ciudad de Concepción (1850-1900). 119 h.

Prof. Patr.: Luz María Méndez B.
Licenciada en Humanidades, mención en Historia

1. La información sobre la tesis y los tesis de la Universidad Católica es incompleta.

2. Este procedimiento, en forma más analítica, ha sido utilizada en otras oportunidades. Véase: *Revista de Historia* (San José de Costa Rica), N° 15 (1987); *Nueva Historia* (Londres) 2, N° 8 (1983); y especialmente *Histórica* (Lima) 7 (1983): 1.

2. ALVAREZ HOTT, MARÍA (1988)
Misiones jesuitas en la Araucanía (1700-1767). 223 h.

Prof. Patr.: Luz María Méndez B.
Licenciada en Historia

3. BARROS MANSILLA, MARÍA (1988)
Una historia social de trabajadores a comienzo de siglo: campamento minero "El establecimiento" (1905-1912). 335 h.
Licenciada en Humanidades, mención en Historia

4. BARRIOS VALDÉS, MARCIANO (1985)
La historiografía eclesiástica chilena, publicada por sacerdotes (1848-1918). 327 h.
Prof. Guía: Ricardo Krebs W.
Doctor en Filosofía, mención en Historia

5. BOTEY S., ANA MARÍA (1986)
La proyección social y laboral de la empresa de ferrocarriles del Estado (1932-1941). 218 h.
Prof. Guía: Rolando Mellafe R.
Magister en Historia, mención en Historia de América

6. BRITO PEÑA, OLGA (1988)
Condiciones laborales y sociales de un grupo laboral chileno: los trabajadores ferroviarios de la tercera zona (1925-1936). 235 h.
Prof. Guía: Eduardo Cavieres F.
Licenciada en Humanidades, mención en Historia

7. CÁCERES MUÑOZ, JUAN (1987)
La vida cotidiana en una localidad de Chile Central: San Fernando (1850-1890). 138 h.
Prof. Guía: Rolando Mellafe R.
Licenciado en Historia

8. CALDANA FULS, ROSANNA/
ROJAS CARVAJAL, PATRICIO (1988)
La guerra hispanoamericana de 1898 vista a través de los despachos diplomáticos chilenos. 122 h.
Prof. Prat.: Cristián Guerrero Y.
Licenciados en Historia

9. CALLEJA MESTRE, EDUARDO (1986)
El Partido Conservador, el Partido Liberal y la ruptura de relaciones con el eje 1939-1943. 247 h.
Prof. Guía: Cristián Guerrero Y.
Licenciado en Filosofía, mención en Historia

10. CÁRDENAS GUEDINOT, MARIO (1984)
Corso y guerra marítima en Chile, 1797-1824. 161 p.
Prof. Guía: Cristián Guerrero Y.
Magister en Historia, mención en Historia de Chile

11. CASANOVA GUARDA, HOLDENIS (1986)
Trasfondo de las rebeliones araucanas del siglo XVIII. 153 h.
Prof. Guía: Osvaldo Silva G.
Magister en Historia, mención en Etnohistoria

12. CECCHI R., ORLANDO (1987)
La enseñanza de la historia universal en Chile entre 1850-1900. 109 h.
Licenciado en Historia

13. CERDA PINCHEIRA, PATRICIA (1986)
Transformación y modernización en una sociedad tradicional: la provincia de Concepción durante la primera mitad del siglo XIX. 113 h.
Prof. Guías: Eduardo Cavieres F./
Rolando Mellafe R.

Magister en Historia, mención en Historia de América

14. CIUDAD PAP, NEVENKA (1987)
Punta Arenas: desarrollo de un centro urbano a través de la visión crítica de algunos viajeros extranjeros y chilenos (1848-1920). 154 h.
Prof. Guía: Osvaldo Gómez E.
Licenciada en Historia

15. CONTADOR, ANA MARÍA (1986)
La asociación general de profesores de Chile (1922-1928). 198 h.
Prof. Guía: Rolando Mellafe R.
Licenciada en Historia

16. CONTE CORVALÁN, REBECA (1987)
La mutualidad femenina: una visión social de la mujer chilena (1988-1930). 270 h.
Profs. Guías: Eduardo Cavieles F./ Sergio Vergara Q.
Licenciada en Historia

17. CORDERO ALVARADO, ROBERTO (1987)
Aspectos doctrinales de la Falange Nacional a través del periódico *Liracay* (1934-1940). 251 h.
Prof. Guía: Gonzalo Izquierdo F.
Licenciado en Historia

18. DRAGICEVIC TOLMO, MAGGIE (1987)
Ebriedad y alcoholismo en el obrero urbano (Santiago 1902-1940). 205 h.
Prof. Guía: Rolando Mellafe R.
Magister en Historia, mención en Historia de Chile

19. ERICES D., HUGUETH/POKRZYWA G., ELEANOR (1987)
Algunas consideraciones sobre la función social de la propiedad en la América Colonial: litigios de agua (en Chile). 130 h.
Prof. Guía: Gonzalo Izquierdo F.
Licenciadas en Humanidades, mención en Historia

20. ETCHEPARE JENSEN, JAIME (1980)
El funcionamiento del sistema D'Hont de elecciones en Chile (1932-1973). 605 p.
Prof. Patr.: Carlos Andrade G.
Licenciado en Filosofía, mención en Historia

21. FLORES MARAGAÑO, CARLOS (1986)
La visión literaria de la realidad social de la clase popular urbana chilena de las primeras décadas del siglo XX, y su constatación con la realidad histórica. 169 h.
Profs. Patr.: Rolando Mellafe R./ Osvaldo Gómez E.
Licenciado en Historia

22. FUCHSLOCHER A., LUZ MARÍA (1983)
Los estudios históricos bajo el rectorado de Bello (1844-1865). 191 p.
Profs. Patr.: Rolando Mellafe R./ Fernando Valenzuela Erazo
Licenciada en Historia

23. GILDAMES ROSAS, LUIS (1988)
Percepción del tiempo y del espacio en los Andes: crónica de la piedra y estudio de mentalidad. 165 h.
Prof. Patr.: Osvaldo Silva G.
Magister en Historia, mención en Etnohistoria

24. GEERDTS O., MARÍA (1982)
Misiones militares chilenas y aporte del ejército de Chile en Colombia y El Salvador. 117 p.
Prof. Patr.: Osvaldo Silva G.
Licenciada en Filosofía, mención en Historia

25. GONZÁLEZ IBACETA, SOLEDAD (1988)
La participación femenina en la Guerra del Pacífico (1879-1884). 273 h.
Prof. Guía: Sergio Vergara Q.
Licenciada en Historia

26. GUAJARDO SOTO, GUILLERMO (1988)
Burocracia técnica y cambios socioeconómicos en Chile: el caso de los ferrocarriles del Estado (1852-1914). 125 h.
Prof. Patr.: Rolando Mellafe R.
Licenciado en Historia

27. GUERRERO LIRA, CRISTIAN/MIÑO THOMAS, NANCY (1986)
Haciendas y tributos en el reino de Chile (1541-1650). 101 h.
Prof. Guía: Rolando Mellafe R.

Licenciados en Historia

28. GUTIÉRREZ VITTINE, LUZ (1984)
El divorcio y la nulidad: testimonios de un momento crítico en el matrimonio (1906-1915). 270 p.
Prof. Guía: Rolando Mellafe R.
Licenciada en Filosofía, mención en Historia

29. HUENQUEO CANALES, PATRICIA (1988)
La propiedad de la tierra en la cosmovisión araucana: el fundamento religioso. 79 h.
Prof. Guía: Gonzalo Izquierdo F.
Licenciada en Humanidades, mención en Historia

30. LUENGO PEILA, JUAN (1986)
Enfermedad mental y aislamiento social. 191 h.
Prof. Guía: Víctor García G.
Licenciado en Historia

31. MEDINA A., ANDRÉS (1987)
La hacienda Peldehue: una interpretación de la economía rural de la zona central en la primera mitad del siglo XIX. 232 h.
Prof. Guía: Rolando Mellafe R.
Magister en Historia, mención en Historia de Chile

32. NAVARRETE ARAYA, MICAELA (1983)
Balmaceda en la poesía popular chilena (1886-1896). 223 p.
Prof. Guía: Gonzalo Izquierdo F.
Licenciada en Historia

33. NAVARRO MÉNDEZ, FRANCISCO (1988)
Algunos aspectos de la vida cotidiana en Curicó durante la primera mitad del siglo XX, vistos a través de la prensa regional. 290 h.
Prof. Patr.: Rolando Mellafe R.
Licenciado en Historia

34. NAZAR MELEI, ANA (1987)
Periodo presidencial de don Emilio Figueroa L. 268 h.
Prof. Guía: Rolando Mellafe R.
Licenciada en Historia

35. NÚÑEZ C., HERNÁN/VIVANCO G. JAIME (1988)

El trabajador católico, sus organizaciones laborales y la relación con su iglesia (1860-1927). 188 h.
Prof. Patr.: Eduardo Cavieres F.
Licenciados en Humanidades, mención en Historia

36. OLGUÍN TENORIO, MYRIAM/PENA G., PATRICIA (1988)
La inmigración árabe en Chile. 161 h.
Prof. Guía: Rolando Mellafe R.
Licenciadas en Historia

37. PARDO A., RAQUEL (1988)
El verdadero corsé: un estudio sobre los ideales femeninos en Chile durante la década de 1930. 162 h.
Prof. Patr.: Rolando Mellafe R.
Licenciada en Historia

38. PERALTA VIDAL, JUAN (1986)
Crecimiento económico e industrialización en Osorno (1880-1917). 267 h.
Profs. Guías: Eduardo Cavieres F./ Sergio Vergara Q.
Licenciado en Historia

39. PLANELLA ORTIZ, MARÍA (1988)
La propiedad territorial indígena en la cuenca de Rancagua a fines del siglo XVI y comienzos del XVII. 165 h.
Prof. Patr.: Osvaldo Silva Galdames
Magister en Historia, mención en Etnohistoria

40. POBLETE NEUMANN, SANDRA (1988)
Salubridad y vivienda de la clase laboral en Valparaíso entre 1900-1920. 185 h.
Prof. Guía: Eduardo Cavieres F.
Licenciada en Humanidades, mención en Historia

41. RECASENS SALVO, ANDRÉS (1975)
Presencia de la comunidad prehistórica en la comunidad actual. 71 h.
Prof. Patr.: Elsa Urbina R.
Licenciado en Filosofía, mención en Historia

42. RETAMAL ÁVILA, JULIO (1986)
Los repobladores de Osorno: un estudio de Historia Social. 52 h.
Prof. Guía: Sergio Vergara Q.
Licenciado en Historia

43. RÍOS BORDONES, WALDO (1988)
Percepción de los ritos de transición en los Andes: continuidad y permanencia en Arica y el Valle de Azapa. 114 h.
Prof. Patr.: Osvaldo Silva G.
Magister en Historia, mención en Etnohistoria

44. RODRÍGUEZ RAUTCHER, SERGIO (1984)
Problemática del soldado durante la guerra del Pacífico (1879-1884). 473 p.
Prof.: Cristián Guerrero Y.
Magister en Historia, mención en Historia de Chile

45. ROJAS ANDRADES, LUIS (1986)
La independencia de Panamá vista por la prensa chilena (1900-1903). 183 h.
Prof. Guía: Cristián Guerrero Y.
Licenciado en Historia

46. ROUBIK GONZÁLEZ, CAROLINA (1987)
Chile y la primera conferencia panamericana (1889-1890). 192 h.
Prof.: Cristián Guerrero Y.
Licenciada en Historia

47. SENN MANTELLI, ARMANDO (1985)
La brujería entre los mapuches. 124 h.
Prof. Guía: Osvaldo Silva G.
Licenciado en Historia

48. SILVA HUBNER, MARIANA (1977)
La mujer en la conquista de Chile (1540-1565). 383 h.
Prof. Patr.: Sergio Vergara Q.
Licenciada en Historia

49. TORRES-DUIJISIN, ISABEL (1985)
Estudio de la mentalidad y pensamiento político de la élite en el año 1919, a través de la prensa. 177 h.
Prof. Guía: Rolando Mellafe R.
Licenciada en Historia

50. ZAMORANO VAREA, PAULINA (1988)
Plazas y áreas recreativas: paisaje, vida y costumbres en Chillán nuevo (1857-1900). 111 h.

Prof. Patr.: Luz María Méndez B.
Licenciada en Humanidades, mención en Historia

b) Biblioteca de Ciencias Sociales (Marcoleta 352)

1. ALVAREZ S., JAVIER (1987)
Historia de Chile desde su descubrimiento hasta 1575 escrita por el capitán Alonso de Góngora y Mar-molejo, su valor como documento histórico y sus aportes a la etnografía mapuche. 195 p.
Prof. Patr.: Alberto Medina R.
Licenciado en Antropología

2. ARRIGORRIAGA A., MARÍA (1986)
El bandolerismo en Colchagua durante el siglo XVII. 232 p.
Prof. Patr.: Alberto Medina R.
Licenciada en Antropología

3. DÍAZ W., CECILIA (1983)
Mapuches e italianos en Malleco: relaciones interétnicas en ochenta años de historia. 70 p.
Prof. Patr.: Domingo Curaqueo
Licenciada en Antropología

4. LEIVA O., ARTURO (1977)
Rechazo y absorción de elementos de la cultura española por los araucanos en el primer siglo de la conquista de Chile (1541-1655). 168 p.
Prof. Guía: Alberto Medina R.
Licenciado en Antropología

5. MONTESINO A., SONIA (1980)
La sociedad mapuche, entre los siglos XVI y XIX: su transformación estructural. 106 p.
Prof. Guía: Horacio Zapata E.
Licenciada en Antropología

6. Waiser P., MYRIAM (1967)
La clase hacendada en Chile durante el siglo XIX. 107 p.
Prof. Guía: Hugo Zemelman
Licenciada en Sociología

*a) Biblioteca Central del Cam-
pus Oriente (José Batlle y
Ordoñez 3300)*

1. ALIAGA R., HÉCTOR
La misión en Isla Dawson (1889-1911). 294 p.
2. CORREA SUTIL, SOFÍA/LEHAN, DOMINIQUE (1976)
Pensamiento educacional de los partidos políticos y de la Iglesia de Chile entre 1900 y 1910. 126 p.
Escuela de Educación (Pedagogía)
3. COVARRUBIAS R., MARÍA (1983)
El Partido Conservador y la Falange Nacional: unidad y ruptura. 195 p.
Licenciada en Historia
4. ECHENIQUE B., MARIANA (1988)
El pensamiento católico chileno de la segunda mitad del siglo XIX: Historia, Iglesia, Estado y Sociedad. 135 h.
5. ECHEVERRÍA R., LORETO (1977)
Localización y etapas de la minería del cobre y de la plata: Norte Chico 1830-1860. 105 h.
Licenciada en Historia
6. GARCÉS D., MARIO (1985)
Movimiento obrero en la década del treinta y el Frente Popular. 239 p.
Licenciado en Historia
7. GAZMURI R., CRISTIAN (s/f)
La influencia de Oswald Spengler en el pensamiento histórico de Alberto Edwards Vives. 62 h.
Licenciado en Historia
8. GUARACHI B., BERNARDITA (1983)
Génesis de la política proteccionista en Chile (de Courcelle Seneuil a la Corfo). 160 p.
Licenciada en Historia
9. IZQUIERDO M., CARMEN (1982)
Tenencia de las tierras entre los ríos Clarillo y Maipo desde 1542 hasta 1700. 252 h.

10. JIRKAL E., MARIANA (1986)
Ideas corrotvertidas en la historiografía chilena de la Guerra del Pacífico. 168 h.
11. LARIOS M., GONZALO (1988)
La idea corporativa en Chile (1931-1941). 181 h.
12. LARRAIN M., JOSÉ MANUEL (1978)
Movimiento de precios en Santiago de Chile (1749-1808). Una metodología aplicada. 49 p. más anexos.
Licenciado en Historia
13. MALINARUCH S., ANA MARÍA (1985)
El liberalismo en los años treinta. 83 p.
14. MERCADO M., ROBERTO (1985)
Incursiones de corsarios holandeses en las costas de Chile y del virreinato del Perú, desde 1598 a 1643. 142 p.
15. NIETO M., ROBERTO (1985)
La diplomacia chilena en la Guerra del Chaco. 125 p.
16. PELLEGRINI R., ELIANA (1984)
La República Socialista de 1932. 116 p.
17. PORTALES C., ANA MARÍA (1986)
Los conflictos internos en el Partido Demócrata Cristiano durante la primera etapa del gobierno de Eduardo Frei (1964-1968). 133 p.
Licenciada en Historia
18. PHILIPPI T., TERESA (1980)
Procesiones y peregrinaciones en Chile. 243 p.
19. PUGA M., PATRICIA (1982)
El régimen Nacional (1857-1930): su doctrina, su historia, sus hombres. 144 h.
20. PUSCHEL A., MARIAVELA (1982)
El régimen de encomiendas en el archipiélago de Chiloé. 101 h.
21. RHODE P., VIRGINIA (1981)
Aspectos de la vida de los extranjeros en Chile durante el siglo XVIII. 190 p.

22. ROLLE C., CLAUDIO (1985)
Anarquismo en Chile (1897-1907). 223 p.
Licenciado en Historia
 23. RUIZ R., CARLOS (1986)
La zona norte de Santiago: población, economía y urbanización (1540-1833). 247 h.
 24. SERRANO P., SOL (1981)
La conciencia de crisis en algunos sectores de la opinión pública a través de la prensa (1900-1920). 299 p.
Licenciada en Historia
 25. SCHMUTZER S., KARIN (1984)
La revolución de 1851 en Aconcagua. 167 p.
 26. TIRONI B., ANA (1983)
La ideología del Partido Radical chileno en los años treinta (1931-1938). 235 p.
Licenciada en Historia
- b) BIBLIOTECA CENTRAL DEL
CAMPUS SAN JOAQUIN (VICUÑA
MACKENNA 4860)*
1. AGÜERO PIWONKA, FELIPE (1979)
Fuerzas Armadas y políticas en Chile (1890-1940). Sin paginar.
Licenciado en Sociología
 2. ALBURQUERQUE PUSCHINI, MARIO (1980)
La crisis del movimiento sindical chileno: condiciones estructurales. 168 p.
Licenciado en Sociología
 3. ARAGONÉS JARA, MARÍA (1977)
La mujer y los estudios universitarios en Chile (1957-1974). 57 p.
Licenciado en Sociología
 4. ARRIAGADA NOUSE, ANA MARÍA (1976)
La Corfo en el desarrollo industrial: los actores sociales de su gestación. 113 p.
Prof. Guía: Raúl Atria
Licenciada en Sociología
 5. BUSTAMANTE PONCE, FERNANDO (1975)

La condición de los sectores medios en Chile vista a través de su ideología: un caso, el magisterio primario (1923-1924). 189 p.

Prof. Guía: Luis Barros
Licenciado en Sociología

6. ESPINOZA E., VICENTE (1983)
Movimientos sociales urbanos: análisis del caso de la huelga de los arrieros de 1925 en Chile. 118 p.
Licenciado en Sociología

7. FORTOUL VILLAVICENCIO, FREDDY (1975)
Elecciones complementarias y sistema político: Chile 1951-1971. 196 p.
Prof. Guía: Eduardo Palma G.
Licenciado en Sociología

8. GÓMEZ CHAMORRO, MARÍA S.
Los empresarios manufactureros frente al proyecto de modernización industrial de Jorge Alessandri. 86 p.
Licenciada en Sociología

9. GUZMÁN SUAZO, MANUEL (1983)
Los sectores sociales chilenos en las novelas de Luis Orrego Luco: una descripción sociológica (1876-1930). 132 p.
Prof. Guía: Hernán Godoy U.
Licenciado en Sociología

10. LEMEITRE, MARÍA JOSÉ (1978)
Chile, 1850-1891. Desarrollo y crisis del sistema político. 105 p.
Licenciado en Sociología

11. PARKER GUMUCIO, CRISTIAN (1979)
Ideología y utopía en la Guerra de Independencia (1812-1818). 208 p.
Prof. Guía: Luis Schertz G.
Licenciado en Historia

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO *Biblioteca de la Facultad de Humanidades (Alameda 3363)*

1. CASTRO C., ROBERTO (1988)
El pensamiento tecnológico en la industria chilena. El salitre (1914-1931). 146 p.
Prof. Guía: Juan Guillermo Muñoz
Magister en Historia

2. CONEJEROS M., JUAN (1988)
La gravitación de los europeos en América y los franceses en Chile (1830-1815). Sociedad-Cultura-Educación. 201 p.
Prof. Guía: René Salinas M.
Magister en Historia

3. COLONELLI P., HÉCTOR (1988)
Ferrocarril Las Vegas-Los Andes: una apertura regional (1869-1874). 204 p.
Prof. Guía: Luis Ortega M.
Magister en Historia

4. CORTEZ H., PATRICIO (1988)
Estado y gobierno en tres instituciones sociales chilenas: Sociedad Nacional de Agricultura, Asociación Nacional de Empleados Fiscales y Central Única de Trabajadores (1955-1970). 163 p.
Prof. Guía: Luis Ortega M.
Magister en Historia

5. INOSTROZA A., AMANDA (1988)
Estudio acerca del proceso de colonización en la Araucanía. Las colonias de Traiguén, Quillén, Lautaro y Victoria. 205 p. más anexos.
Prof. Guía: Carmen Norambuena
Magister en Historia

6. LAGOS C., MARÍA (1988)
La banca y sus vinculaciones sociales y políticas en el desarrollo económico chileno (1855-1898). 434 p.
Prof. Guía: Guillermo Bravo Acevedo
Magister en Historia

7. LOBOS A., MARINA (1988)
La industria carbonífera y la legislación, propiedad, tenencia y comercio hulleiro (1840-1888). 145 p.
Prof. Guía: Luis Ortega M.
Magister en Historia

8. MICHEL S., JOSÉ (1988)
Actitud de la Iglesia Católica frente al movimiento obrero en Chile, a través de la prensa católica (1914-1920). 329 p.
Prof. Guía: Marciano Barrios
Magister en Historia

9. MONTESINO J., LEOPOLDO (1988)
Análisis histórico-económico del término de giro y su impacto en la estructura de mercado en una selección de empresas y provincias de Chile (1900-1950). 2809 p. más apéndices.
Prof. Guía: Guillermo Bravo A.
Magister en Historia

10. ORTEGA P., JUAN (1988)
La mediación de Estados Unidos en la Guerra del Pacífico. Las conferencias de Arica. 136 p.
Prof. Guía: Cristián Guerrero Y.
Magister en Historia

11. SALAZAR P., ELIZABETH (1988)
La Chacra de Apoquindo: un modelo de explotación agrícola. 193 p. más anexos.
Prof. Guía: Carmen Norambuena C.
Magister en Historia

12. VEGA M., ROBERTO (1988)
El pensamiento político de Carlos Ibáñez del Campo (1927-1958). 322 p.
Prof. Guía: Cristián Guerrero Y.
Magister en Historia

13. YÁVAR M., ALDO (1988)
El gremio de jornaleros y lancheros de Valparaíso (1837-1859). Etapa de formación. 158 p.
Prof. Guía: Luis Ortega M.
Magister en Historia

Bibliografía sobre Historia Social

Artículos publicados en Revista *Proposiciones*: 1979-1989

(Santiago de Chile: Ediciones SUR)

EDUARDO MUÑOZ

"Notas críticas en torno al análisis histórico tradicional"

Número 1 (1979)*

El autor señala críticamente que "nuestra historiografía en su trayectoria ha estado comprometida con los problemas ideológicos de su tiempo"; en especial se refiere a la generación del treinta, que asume un explícito compromiso popular. Propone la necesidad de criticar esta opción historiográfica realizando una suerte de ruptura epistemológica. "El problema no reside en construir una versión de la historia distinta a la 'historia oficial' que han escrito las clases dominantes, para poner en su lugar la 'versión' de 'una clase social que surge y afirma su fuerza'" (Cita a Julio César Jobet).

EDUARDO VALENZUELA

Y JOSÉ WEINSTEIN

"La Fech de los años veinte"

Número 2 (1980)

Síntesis de las tesis del trabajo que con el mismo nombre publicaran los dos autores. Los estudiantes universitarios de los años veinte inauguraron el movimiento estudiantil chileno que tendría un papel central en la política de este siglo. Los autores resaltan el compromiso estudiantil con los sectores populares, con las ideas revolucionarias de la época y con los grandes temas de la sociedad.

EDUARDO MUÑOZ

"Historiografía y acción"

Número 3 (1981)

Análisis crítico de la Introducción a la *Historia del pueblo chileno*, del profesor Sergio Villalobos, aparecida ese año. Se critica la propuesta historiográfica, siguiendo a Lucien Febvre: "Presentar separada y sucesivamente los grupos de hecho de diferente naturaleza, política, social, económica, intelectual, es lo que acostumbro a llamar el 'sistema de la cómoda': cajón de arriba, la política; la interior a la derecha, la exterior a la izquierda, etc." "La encrucijada donde las series diversas de fenómenos vienen a entrecortarse y unirse, no la vemos por ninguna parte delineada en el proyecto de historia que propone la Introducción del libro *Historia del pueblo chileno*".

EDUARDO MUÑOZ

"El país de los historiadores"

Número 4 (1981)

Análisis de la vertiente historiográfica chilena de Encina, Edwards, Eyzaguirre, Vial. Se analiza el tema de cómo se representan la crisis del sistema oligárquico.

PAULINA MATTIA VATTIER

"Acerca de la Patria: Neruda"

Número 4 (1981)

Análisis del concepto de "patria" en el *Canto General* de Pablo Neruda. "Neruda no anhela determinadas cualidades de Chile. ... Lo que quiere es eso que llama 'mi tierra'. ... De ella somos, en su historia las biografías adquieren

coherencia, cauce y sentido. Fuera de esa historia, las vidas individuales parecen sujetas a un oscuro e injusto azar que no perdonamos ni comprendemos. En cambio, son muchos los dolores que se hacen entendibles cuando se toma conciencia de que son historia, no biografías". Continúa el análisis: "Chile no es una suma de conceptos para Neruda ... no una abstracción o una superestructura, ni el conjunto de hechos u objetos que simbolizan esa superestructura, sino un particular espacio físico y social al que estamos vinculados por ese modo de conocimiento capaz de transformarse en amor que se siente responsable de su objeto".

EDUARDO VALENZUELA

"La reforma y el martillo"

Número 5 (1982)

El artículo se subtitula: "Contra el culto del proletariado en los movimientos estudiantiles". Discusión del programa de Córdoba, Argentina, y de las posiciones del chileno Domingo Gómez Rojas. El autor señala que siempre el movimiento estudiantil se ha debatido entre una posición marxista-ortodoxa que lo caracteriza como pequeño burgués, y una de corte liberal revolucionaria ("radical", en la terminología norteamericana). La primera vertiente conduce a la formación de las "juventudes políticas" y al "culto del proletariado"; la segunda "indudablemente, ha producido los movimientos estudiantiles más turbulentos, rebeldes y ofensivos que conocemos".

* Hasta el número 7, *Proposiciones* no era foliada, sino hecha como cuadernillos; por ello no se indica número de página.

VICENTE ESPINOZA

"El movimiento de pobladores:
una evaluación crítica"

Número 5 (1982)

El autor analiza el movimiento de los sin casa y las organizaciones comunitarias antes y después de 1973. Percibe diversas líneas de acción dentro del movimiento poblacional.

JOSÉ BENGOA

"Autonomía política y cultura
obrera"

Número 5 (1982)

Comentario acerca de las características de la cultura obrera en el período de surgimiento del movimiento obrero chileno. Se plantea el tema de la autonomía cultural, relacionándola con las condiciones de segregación en que nació el movimiento obrero.

EDUARDO VALENZUELA

"De la historia según Vitale"
Número 6 (1982)

Crítica al último tomo de la *Interpretación marxista de la historia de Chile (1981-1970)*. El autor señala que "con Vitale parece cerrarse el ciclo de la historiografía marxista tradicional". Analiza en primer lugar el "mito de la marcha ascendente del proletariado revolucionario" que preside la obra criticada, en la medida en que "constituye una de las certezas más profundas de nuestra izquierda". Luego trata la cuestión de las clases medias y el "trauma del Frente Popular". El autor concluye: "Resultado imperdonable que se continúe preso en este esquema, toda vez que vemos una trayectoria histórica totalmente diversa [la expresada por el autor]: el radicalismo obrero se circunscribe al proletariado tradicional o marginal; las clases medias sorprenden ya a la izquierda de los sesenta con una vitalidad modernizadora que no sospecharon, mientras nuestra burguesía no demora mucho tiempo en desembarazarse del tradicionalismo agrario y recomponer una fortaleza, incluso inédita".

EDUARDO MUÑOZ

"El país de los conservadores"
Número 6 (1982)

Comentario crítico a la aparición del Primer Tomo de la *Historia de Chile* de Gonzalo Vial. Al autor le interesa analizar la "construcción de hegemonía cultural" en que se empeña el esfuerzo de los intelectuales conservadores". Señala que éstos tienen una función social, la cual ha sido hegemonizar sobre su clase, y en especial sobre las clases medias, una visión del pasado y del presente. Señala además que no se perciben rupturas importantes con la tradición historiográfica conservadora chilena.

JOSÉ BENGOA

"Acerca de la noción de Estado en Chile.
Crítica al libro del profesor Mario Góngora"

Número 7 (1982)

Análisis y comentario crítico al entonces recién aparecido libro del profesor Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Se señala en primer lugar que se lo considera como "uno de los más importantes trabajos que se han escrito en estos años"; además, que "el papel del historiador es mostrar que este país no parte de cero, y en eso Góngora es el maestro... El texto obliga a la reflexión, a la crítica, a discutir no sólo la conclusión, sino que la interpretación de las premisas". El autor critica la interpretación exclusivamente presidencialista que da Góngora al Estado chileno, y que caracterizaría la sociedad y la cultura. Al mismo tiempo, la ausencia de una visión democrática del Estado, otra cara de la moneda, impide observar el juego permanente entre autoritarismo e inclusión, y el elemento de integración que ha caracterizado al Estado chileno y lo ha hecho ser tan estable.

JOSÉ BENGOA

"El control del pasado como campo de
lucha política en el presente crítico del
país"

Número 8 (1983): 107-23

Comentario al libro del profesor Jean

Chesneaux, *Hagamos tabla rasa del pasado*. Se trabaja el tema de la "historia popular".

JOSÉ BENGOA

"La historia de los vencidos"
Número 10 (1984)

Síntesis de las principales hipótesis para la realización de la historia de los grupos indígenas y minorías étnicas. Se entrega un esquema interpretativo de la sociedad mapuche de los siglos XIX y XX.

ROLF FOERSTER Y PEDRO GUELL

"El subterráneo del poder o el retorno
del shaman"

Número 11 (1985): 103-12

Los autores, empleando categorías de la antropología, realizan un análisis de los símbolos de la sociedad chilena y de sus pugnas. "La política nacional puede interpretarse en el nivel simbólico como la pugna de dos comunidades rituales por legitimar la realización del buen orden en un mismo escenario".

GABRIEL SALAZAR

"De la generación chilena del 68.
¿Omnipotencia, anomia, movimiento
social?"

Número 12 (1986): 96-118

El autor estudia la generación del 68, las ideas de que era portadora, los procesos de crisis a que se ha visto sometida. Discute el concepto de quiebre histórico con ocasión del "quiebre del 73" y analiza el "tempo histórico" presente a la luz de una visión de "larga duración".

JOSÉ BENGOA

"Sociedad criolla, sociedad indígena y
mestizaje"

Número 12 (1986): 121-40

Ensayo histórico acerca de los desencuentros y estereotipos de la sociedad chilena. "Uno de los caminos para que una sociedad logre una identidad en la que sus miembros puedan reconocerse, es la aceptación de un origen primige-

nio común. En Chile ello requiere un acto previo: develar los estereotipos cambiantes y contradictorios con los que se ha percibido y se percibe a la sociedad mapuche, y que hoy son aplicados no sólo al araucano, sino también al pueblo urbano marginal".

HISTORIOGRAFÍA CHILENA: balance y perspectivas. Actas del "Seminario de Historia de Chile" realizado en SUR, julio-noviembre de 1985
Número 12 (1986): 157-70

Síntesis de las presentaciones y discusiones en el "Seminario de Historia de Chile" realizado en SUR durante 1985.

COMENTARIO a *Queremos votar en las próximas elecciones*, de Edda Gaviola et al.
Número 13 (1987): 187-88

COMENTARIO a *Gremios del magisterio, sesenta años de historia. 1900-1970*, de Iván Núñez.
Número 13 (1987): 188-89

GABRIEL SALAZAR

"Los dilemas históricos de la auto-educación popular en Chile. ¿Integración o autonomía relativa?"
Número 15 (1987): 84-133

El artículo es un estudio histórico de la educación popular en Chile.

COMENTARIO a *Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes*, de Alberto Flores Galindo.
Número 15 (1987): 230

COMENTARIO a *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933*, de Eduardo Devés.
Número 15 (1987): 230

COMENTARIO al libro *Historia del movimiento obrero*, de Pedro Milos y Mario Garcés.
Número 15 (1987): 233

COMENTARIO a *Carbón: 100 años de historia (1864-1960)*, de Enrique Figueroa y Carlos Sandóval.

Número 15 (1987): 232

COMENTARIO al libro *La posición de la mujer en la hacienda*, de Ximena Valdés S.
Número 16 (1988): 125

COMENTARIO al libro *Misioneros en la Araucanía*, de Jorge Pinto et al.
Número 17 (1989): 216

COMENTARIO al libro *Sociedad y población rural en la formación de Chile actual. La Ligua 1700-1850*, de Rolando Mellafe y René Salinas.
Número 17 (1989): 218

GABRIEL SALAZAR
"Estudiando —¿por fin?— los mercados banqueros del siglo XIX"
Número 17 (1989): 219-26

Comentario crítico a cuatro libros recientemente editados acerca de comerciantes, personajes ricos y burguesía chilena en el siglo XIX.

J. B.

documentos

Recuerdo aquellos días en que presentaba yo mis letrinas como aparatos capaces de acelerar la circulación de las materias orgánicas. Entonces promovía el reciclaje y, mirando hacia atrás, veo que era lógico que pensara así. Desde temprano me habían inculcado que *scripta manent*, lo escrito sobrevive a quien lo dictó. Así, me había acostumbrado a creer en la permanencia del pasado. Había aprendido a concebir la memoria como un pizarrón en el que se conserva todo, tal como fue.

Hasta que un día, oyendo a José Merlin contar-nos por tercera vez la misma historia sobre Sabinillo, su pueblo en la Mixteca Baja, me di cuenta de que el recuerdo no tiene que ver con la memoria. El recuerdo recrea los hechos, siempre semejantes y nunca iguales. La memoria los embalsama, los canaliza y los circula. Y entiendo que esta memoria, la que conserva tal cual lo dicho, es producto de una tecnología: sin el alfabeto no existiría ni se podría imaginar. Desde entonces, pienso que es así con todos los desechos. Lo que ustedes llaman el desecho es el análogo materializado de aquello que desde Aristóteles se ha llamado la memoria, o más precisamente, el "saber". Así como las leyes de la memoria determinan la sobrevivencia del pasado, la ley de conservación de la materia había engendrado en mí la ilusión de *stercora manent*, que todo excremento se conserva. Y, proyectando ésta, mi ilusión sobre el pasado, me había convencido de que, bajo muy distintas expresiones, todas las sociedades tradicionales habían reciclado sus desechos y lo habían hecho además en una forma más completa que nosotros. Guiado por este modo de pensar, andaba yo proponiendo a los campesinos nuevas técnicas para aproximarse otra vez a un ideal perdido. Fue la analogía entre la memoria occidental y el desecho moderno lo que disipó mi ilusión. Entendí que el desecho moderno, apto para ser conservado, tratado y circulado por el ingeniero, es tan novedoso como la memoria que el alfabetizador desarrolla en sus clientes.

Nosotros los alfabetizados somos incapaces de imaginar una forma de existencia con recuerdos vivos y sin memorias. Algo análogo sucede en el caso de los desperdicios o "restos". Particularmente en nuestro ambiente de tecnologías verdes, somos incapaces de concebir la despreocupación de todas las culturas del pasado con el desecho sin, al mismo tiempo, imputarles una capacidad de reciclaje que hoy estaría fuera de nuestro alcance. Temo que la ecología, y no sólo la tecnocrática sino incluso y sobre todo la blanda, esté en vías de legitimar el concepto capitalista de circulación. Todo historiador serio sabe que la idea de que una materia pueda recorrer un ciclo conservando su identidad aparece sólo a fines del siglo *xvii*, cuando casi simultáneamente se formulan los conceptos de circulación de la sangre, de la moneda, y de las ideas. Para entender el sentido que tuvieron las cosas en una sociedad pasada, es absurdo analizarla por medio de conceptos con mucho posteriores a ella. Y esto lo hacemos cuando buscamos en el pasado desechos que pueden ser reciclados.

Sin embargo, aun más grave que la tendencia a imputar nuestros emblemas mentales al pasado, es nuestra ceguera sobre lo que es en realidad el desecho moderno. A pesar de todas las ilusiones que proyectamos sobre el pasado, sé por experiencia que resulta más fácil hacer ver lo que era la vida sin el desecho moderno que definir aquello que hoy en día así se llama. Los efluvios históricos, los excrementos, miasmas, muges, tientos de otros tiempos, eran aspectos concretos de la encarnación de culturas; aquello que nosotros hoy nombramos el desecho es algo encarnado, culturalmente destructivo, la materialización de la negatividad.

Mis compañeros de México y yo nos vimos obligados a dar un nombre a este algo, y no era tarea fácil. Por buenas razones, nos decidimos a acuñar un término técnico. Creamos para este algo el neologismo de "des-valor". Sólo usando un término artificial podíamos designar el campo de nuestra investigación sin proyectar de antemano sobre él las connotaciones que impregnan los términos históricos para los restos sociales. Me quedará con el término, porque el propó-

* Conferencia dada en el "Primer Seminario Latinoamericano sobre Soluciones de Bajo Costo para Excrementos, Aguas Negras y Basura", Medellín, Colombia, julio de 1987. Reproducido de "Tecnopolítica", Doc. 87.06, Cuernavaca, México (mimeografiado).

sito de demostración hoy es subrayar la novedad de un fenómeno sin precedentes. Prefiero correr el riesgo de exagerar la ruptura de este fenómeno con toda realidad pasada, más que apoyar la ilusión de una esencial continuidad entre los restos de ayer y los restos de hoy. En esta conferencia no puedo analizar ni exponer el concepto de desvalor, lo hará Gustavo Esteva inmediatamente después de mi ponencia. Tampoco quiero sucumbir a la tentación de contarles lo mucho que habría que contar sobre las historias bien distintas del excremento, de la suciedad, del mal olor, de la podredumbre. Me limitaré a la especificidad del fenómeno del desvalor. Y esto lo haré intentando aclarar algunas de las razones por las cuales la percepción pasada de los restos no permite captar lo que nosotros entendemos por desvalor.

Cada sociedad tiene su propia manera de calificar los restos, y también de valorizarlos. Algunas de las maneras tradicionales de referirse a los desechos son las siguientes:

1. Lo que se tira fuera de la vista;
2. Lo que se empuja al otro lado de la frontera;
3. Lo que ha decaído, se ha reintegrado al suelo o se ha vuelto irreparable;
4. Lo anticuado, que valía en otro tiempo;
5. Lo malgastado, que hubiera podido llegar a su término y no llegó;
6. Lo venenoso, que da poder a los malévolos;
7. Lo impuro, con lo cual hay que evitar todo contacto.

Sin embargo, la esencia del desvalor no se deja capturar en estas categorías.

El desvalor no es una cosa: es una mera relación. Basta aquí con decir que el desvalor es la relación entre las culturas y el sistema económico. Yo prefiero decir: es la relación entre la cordura popular y el monstruo que engendra un sueño de la razón nombrado economía. Es la mentalidad económica que se burla de la cordura; el sueño del desarrollo que resta sentido a todas las corduras de la tradición. Este sueño transforma en aparente acto de locura el confiar en mis propios pies. Este sueño ha llenado el mundo con sillas de ruedas que me estorban y son una amenaza cuando quiero caminar, y que ponen mis lugares de destino fuera del alcance de mis pies. Este mismo sueño, que transforma mis andanzas en espera de autobuses, también paraliza mi recordar, mi recreación del pasado, y los sustituye por memorias que yo retiro de bancos de datos. Entre más quiero recordar, más me siento prisionero del sueño. Sabiendo que es una

pesadilla, no logro despertar. Lo que me ata a la pesadilla son los fantasmas de cordura que se infiltraron en ella. Y cada una de las migajas de cordura cultural que así se filtra por mi sueño económico es reducida a oro, es decir, redefinida como un valor. La vida frágil y tierna es transmutada por este sueño en una cantidad mensurable, en algo mejorable y acumulable. La cordura define lo que es bueno, la economía lo que es mejor.

Ahora bien: los valores que el sueño de la razón crea carecerían de legitimidad si no se presentaran como las cosas buenas de todos los tiempos, que ahora se ponen al alcance de todos y, además, con mejor calidad. Esta es la trampa. Si el transporte se viera por lo que es: parálisis de las andanzas, y la educación por lo que es: degradación certificada de las mayorías, y la memoria por lo que es: embalsamamiento de los recuerdos vivos, obviamente perderían mucho de su lustre. Las grandes metas del desarrollo se verían como campañas de destrucción. El transporte aparecería como destructor de un ambiente en el cual los pies sirven para algo, la escuela como monopolizadora del sentido. De esta trampa, muchos de nosotros ya hemos salido. Pero hay otra peor. Consiste en hablar del desvalor con aquellas palabras que siempre sirvieron para designar los males inherentes a la vida social. Para los que han caído en esta segunda trampa, los costos del desarrollo parecen soportables porque los encubren con referencias a los costos que todas las sociedades —en una forma u otra— tuvieron que asumir.

La meditación sobre el desecho moderno ofrece la ocasión de deshacer esta ilusión de continuidad. Y lo único que quiero sugerir con mi ponencia es la existencia de una brecha mental, de una discontinuidad epistemológica diría Foucault, entre el desecho y la materialización del desvalor.

Sin duda hay productos modernos de los cuales no nos podemos deshacer en las formas indicadas por el idioma tradicional. Frente a estas sustancias, los léxicos históricos de los restos están desvalorados. Las palabras tradicionales son incapaces de decir dónde se pueden esconder las sustancias tóxicas de Bhopal, más allá de qué fronteras puede ser barrida la basura radiactiva de Chernobyl, o a qué suelos pueden agregarse los excrementos cargados de mercurio. Si seguimos usando palabras tradicionales para designar la mezcla íntima de caca y de metales pesados que corre en el drenaje urbano o la combinación de restos alimenticios, de sales y plásticos llevados fuera de la ciudad por camiones compactadores, sólo podremos reforzar la ilusión de que nuestra relación con los restos tradicionales tiene algo en común con la que

tenemos con las nuevas realidades en las cuales se materializa el desvalor.

Como les dije, soy ingeniero. Trabajo en el campo de México, y también en la ciudad. El dominio de mi competencia: las letrinas. En mi trabajo con la gente, me molesta cada vez más oír a mis colegas hablar de excrementos y basuras domésticas en términos que los hacen comparables al material irradiado de una planta nuclear. Oigo, como una disonancia casi dolorosa, que nombran "basura atómica" esta forma de materialización del desvalor y siento la misma molestia cuando los oigo decir que tratan la caca en "sistemas de recirculación integral".

He llegado a entender que la mierda, cuando no es tratada, procesada y recirculada por ingenieros en reciclaje, no materializa ningún desvalor. Y, para la mayor parte de los hombres y de las mujeres de

América Latina, el sudor, el olor de la piel o las excreciones del cuerpo no han sido transformados en necesidad de desodorantes o de water-closets. Espero que nuestra reunión no contribuirá a hacerlos necesitados de expertos ecológicos.

Hay un derecho no reconocido por las Naciones Unidas: el derecho de cada pueblo a su propia mugre. Este derecho hay que defenderlo contra los higienistas que pretenden estandarizar la mierda para volverla estéril, contra los ingenieros sanitarios y civiles que quieren expropiarla, contra un cierto tipo de ecologistas que quieren mistificarla, aplicándole el concepto industrial de reciclaje. La reivindicación del derecho a la mierda propia es quizás nuestra última defensa contra la penetración del desvalor en nuestras entrañas.



La Construcción Institucional de las Ciencias Sociales
en América Latina (II Parte)

Fernando Calderón/Patricia Provoste

El Desarrollo Rural en el Ecuador, ¿hacia dónde?

Antonio Romero

Hacia una semiótica del discurso político

Daniel Gutiérrez

Las Relaciones Industriales en la fase de la
flexibilidad

Marino Regini

Bolivia: El Desarme Sindical

Gustavo Rodríguez Ostria

Modernidad y Capitalismo

Bolívar Echeverría

El Sueño de Newton

Wolfgang Schmidt

La Izquierda y la caída del Comunismo Soviético

Eric Hobsbawm

La Oscuridad en Acecho

Nelson Jurado

Para una Ecología de lo Cotidiano.

Alberto Melucci

Guayaquil y los Indios

Galo Ramón

Una forma distinta de novelar

Cecilia Velasco

De la Inteligencia de las Especies

Abdón Ulbida

El VI Encuentro de Historia

Joaquín Hernández

Sobre Elefantes y Gacelas en el debate sociológico
ecuatoriano

Agustín Cueva



MEDIO AMBIENTE Y URBANIZACION 30

Marzo, 1990

Año 8

Instituto Internacional
de Medio Ambiente y Desarrollo - IIED -
América Latina

Dirección:
Corrientes 2835, 6º "B" Cpo. A (1193)
Buenos Aires, Argentina
T. E.: 961-3050

"Desastres y vulnerabilidad en América Latina"

Presentación.

Los desastres no son tan naturales como parecen.
Hilda Herzer.

Desastres urbanos, fenómenos no-naturales.
Alfredo Rodríguez.

El manejo de los desastres naturales: conceptos y
definiciones básicas aplicadas a Chile.
Guillermo A. Espinoza.

Influencias de la urbanización en un desastre:
El caso del Area Metropolitana de la ciudad de
Buenos Aires.
Sergio Federovisky.

El tratamiento del problema de las inundaciones en
la cuenca de Itajai.
Beate Frank.

El "desastre natural" en Piura, Perú, 6 años después.
Conciencia y voluntad.
Eduardo Franco Temple.

Acciones y enseñanzas del trabajo en la
reconstrucción de Armero, Colombia.
Ebroul Huertas.

Análisis de la vulnerabilidad ante desastres naturales
usando como un ejemplo la erupción en el complejo
volcánico Lonquimay, Chile.
Gustavo Fuentes y Marisol Murillo Toro.

Bibliografía recomendada sobre desastres naturales.

Sección Argentina

Plan de desarrollo de áreas anegables e inundables
del chaco oriental.
Juan J. Neif y Carlos A. Patiño.

Propuesta para mitigar catástrofes por inundaciones.
Estudio de caso: Cuenca Arroyo Saladillo, Pcia. de
Santa Fe.
Amanda Pennesi.

Información

Congresos, seminarios, cursos.
Materiales recibidos.
Bibliografía.
Comentarios bibliográficos.

socialismo y participación 49

marzo, 1990

Editorial:

Consejo Editorial:

Elecciones 1990: un análisis

Artículos:

Políticas de poder, deuda, ajuste y Derechos Humanos.

Manuel Rodríguez Cuadros.

Tutela jurídica de los recursos fitogenéticos en el Perú.

Guillermo Figallo.

Canasta básica de consumo masivo y el IPC de los pobres.

Félix Jiménez.

La dinámica del empleo y el rol del SIU en el período de inestabilidad económica: 1985-1989.

Eliana Chávez.

La educación de adultos en América Latina.

José Rivero.

"El Otro Sendero" al trasluz.

José Carlos Fajardo.

Arte:

Poemas.

Rafael Catala.

Et in Azofra félix.

Félix Alvarez.

Documentos:

Los grupos de poder económico en el Perú.

Carlos Franco.

Crónica:

Foro sobre programas agrarios de gobierno 1990-1995.

Francisco Ramos.

Mesa Redonda sobre crédito agrario en el Perú.

Jesus Ruiton.

Reseñas y novedad bibliográfica:

Reseñas:

Poder y Sociedad en el Perú. (Luis Cueva Sánchez)

François Bourricaud.

El Perú desde la Escuela. (Eleana Llosa).

Gonzalo Portocarrero, Patricia Oliart.

Novedad bibliográfica:

Comenta cinco libros recientes.

Carlos Manuel Arámbulo.

Publicaciones recibidas:

Libros y revistas llegados en el trimestre.

Luis Cueva Sánchez.



cedep

SOCIALISMO y PARTICIPACION es una publicación trimestral del Centro de Estudios para el Desarrollo y Participación, CEDEP.

La correspondencia dirigirla a:

EDICIONES SOCIALISMO Y PARTICIPACION, José Faustino Sánchez
Carrión 790, Lima 17, Perú.



Leviatán

Revista de hechos e ideas

Otoño 1989 37 II Epoca

Actualidad

Valores democráticos y práctica política.
José M.^a Maravall.

Los sindicatos en la sociedad industrial desarrollada.
Manuel Chaves.

Memorandum sobre América Latina.
Enrique González Pedrero.

Adiós a Stroessner.
Benjamín Arditi.

Programa 2000

Las señas de identidad del socialismo.
Elías Díaz, Ramón Vargas Machuca, Antonio Santesmases, Raimon Obiols.

Análisis y debate

Las transformaciones del socialismo.
Salvador Clotas.

La crisis del Estado providencia.
Ludolfo Paramio.

Sobre el mito de la Revolución.
Luciano Pellicani.

Libros

El socialismo del futuro.
Miguel Porta.

Capitalismo y paro.
Miguel Porta.

Pedidos:

Editorial Pablo Iglesias
Monte Esquinza, 30 - 2.^a • 28010 Madrid.

Forma de pago: Talón bancario o Giro postal



LUA NOVA

REVISTA DE CULTURA E POLÍTICA

Agosto 89

nº 18

RELAÇÕES INTERNACIONAIS E O BRASIL

Editorial

Artigos

O Brasil no contexto internacional do final do século xx

Marcílio Marques Moreira

Dilemas da América Latina num mundo em transformação

Celso Lafer

Os Estados Unidos e a América Latina: Além da era Reagan

Abraham F. Lowenthal

A Europa e o mundo contemporâneo

Ignácio Ramonet

A Europa na política internacional: segurança, coexistência e cooperação

Giuseppe Boffa

A luta pela paz e pelo progresso social na nossa época

Rolf Reissig

A cooperação argentino-brasileira: significado e perspectivas

Ricardo Seitenfus

As modificações do sistema internacional e o Brasil

Tullo Vigevani

As bases de sustentação política do governo nos anos 90

Regis de Castro Andrade

México: o regresso do líder. Crise, neoliberalismo e desordem

Sergio Zermeno

Conto

A origem do céu e da terra

Getúlio Alho

Redacción, administración y suscripciones:

Pensamiento Iberoamericano

Instituto de Cooperación Iberoamericana,

Avenida de los Reyes Católicos, 4.28040 Madrid

Teléfono: (91) 5838390 - 5838391 • Télex: 42134 CIBCE • Telefax: 5838310/11/13

INTRODUCCION EDITORIAL

El Tema Central:

«ESTRATEGIAS Y POLITICAS INDUSTRIALES»

POLITICAS INDUSTRIALES NACIONALES

Casos latinoamericanos

Proteção, competitividade e desempenho exportador da economia brasileira nos anos 80.

José Tavares de Araujo Jr., Lia Haguenauer y João Bosco M. Machado.

Transformación productiva, crecimiento y competitividad internacional. Consideraciones sobre la experiencia chilena.

Alejandro Jadresic.

La reconversión industrial y el Estado concertador en Costa Rica.

José Manuel Salazar y Eduardo Doryan.

Política industrial e tecnológica no Brasil: Uma avaliação preliminar.

Jacques Marcovitch.

Casos europeos

Crisis y transformación de la industria española: base productiva y comportamiento tecnológico.

Mikel Buesa y José Molero.

La política industrial y la recuperación de la industria española.

Rafael Myro.

A politica industrial em Portugal.

Jaime Andréz.

Patrones de especialización comercial y competitividad internacional: el caso italiano.

Paolo Guerrieri.

ANALISIS DE PROCESOS SECTORIALES DE RECONVERSION INDUSTRIAL.

La industria metalmeccánica y la reestructuración industrial en Colombia.

Jorge Méndez.

Transformación productiva y competitividad internacional. El caso de las exportaciones siderúrgicas argentinas.

Roberto Bisang.

Reconversión de la industria química: una opción para el desarrollo de Costa Rica.

Eduardo Arguedas.

Cooperación técnica industrial en el ámbito empresarial latinoamericano.

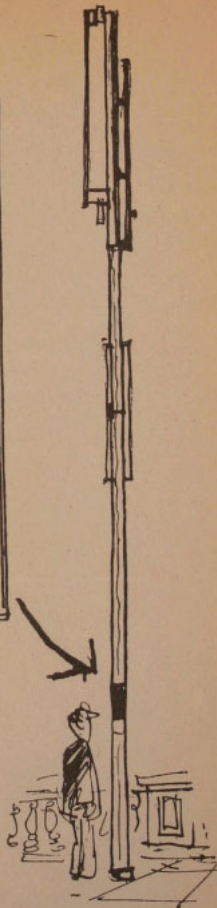
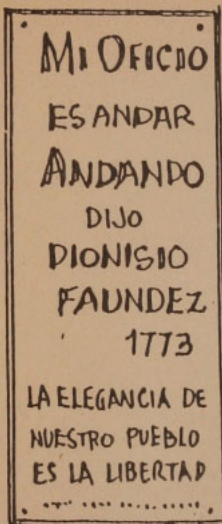
Jorge Beckel.

Texto de la placa que fue repuesta en el pedestal de la escultura de Claudio Girola en la Plaza de la Matriz de Valparaíso, el día 9 de abril de 1990, por profesores de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica de Valparaíso, en el marco del Seminario "Estética y Sociedad" organizado por ILET y CLACSO.

Esta publicación
se terminó de imprimir
el mes de julio de 1990,
en la Imprenta Libra
de la ciudad de Valparaíso.

Este volumen ha sido impreso en papel reciclado

Los símbolos utilizados en las portadillas se han reproducido del libro: "The Book of Signs" de Rudolf Koch, Dover Publications, Inc. New York, 1955.



Dibujo de Renzo Pecchenino (Lukas) reproducido de su libro "Apuntes Porteños" Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1971.

SUMARIO

CHILE: HISTORIA Y "BAJO PUEBLO"

IDENTIDAD GERMINAL

Leonardo León: *El malón de Curiñamcu. El surgimiento de un cacique araucano (1764-1767)* • René Salinas & Manuel Delgado: *"Los hijos del vicio y del pecado". La mortalidad de los niños abandonados (1750-1930)* • Gabriel Salazar: *Ser niño 'huacho' en la historia de Chile (Siglo XIX)* • (Anónimo comp.) Gabriel Salazar: *Penas de amor de un "roto estudiante"*.

EL DISCIPLINAMIENTO

M. Angélica Illanes: *Azote, salario y ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817-1850)* • Julio Pinto: *La caldera del desierto. Los trabajadores del guano y los inicios de la cuestión social* • José Bengoa: *Una hacienda a fines de siglo. Las Casas de Quilpué* • Guillermo Guajardo: *La capacitación técnico-manual de los trabajadores ferroviarios chilenos (1852-1914)*.

REBELDIAS

Peter Winn: *El taylorismo y la gran huelga Yarur de 1962* • Cathy Schneider: *La movilización de las bases. Poblaciones marginales y resistencia en Chile autoritario*.

REFLEXION HISTORICA

Jean Chesneaux: *El tiempo de la modernidad* • A. J. Bauer: *Sociedad y política rural chilenas en un enfoque comparativo* • Andy Daitzman: *Bandolerismo: mito y sociedad. Algunos apuntes teóricos* • Luis Alberto Romero: *Los sectores populares urbanos como sujetos históricos*.

NOTAS TECNICAS / Gonzalo Cáceres: *Tesis sobre temas de Historia de Chile: 1973-1988. (Títulos de un primer balance)* • José Bengoa: *Bibliografía sobre Historia Social. Artículos publicados en Revista Proposiciones: 1979-1989*.

DOCUMENTOS / Jean Robert: *El derecho a la mugre* • REVISTAS.

SUR
EDICIONES